

MIQUEL ÀNGEL LOPEZOSA

Crónicas de

Gabriel

LOS HIJOS DE LA LUZ

CRÓNICAS DE GABRIEL
LOS HIJOS DE LA LUZ

MIQUEL ÀNGEL LOPEZOSA

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reproducción reprográfica y el tratamiento informático.

Copyright © 2018 Miquel Àngel Lopezosa Criado.
Edición y maquetación: Miquel Àngel Lopezosa Criado.
Diseño de la cubierta: José Gabriel Espinosa Lucas.
Diseño de las ilustraciones B&N: José Gabriel Espinosa Lucas.
Corrección ortotipográfica: Sandro Doreste Bermúdez.
1ª edición, 1 de septiembre de 2018.
Todos los derechos reservados.
www.malopezosa.com
Código registro en Safe Creative: 1806307530931
ISBN: 9781719987585

los hijos de la luz



Miquel àngel lopezosa

A todos los que han creído en mí...

Prólogo

por

Sandro Doreste Bermúdez

La obra de Miquel Àngel Lopezosa Criado es una grata sorpresa para todo el que se adentra a ciegas en los inciertos mares de la fantasía; si has llegado a estas páginas, ya te habrás percatado de ello.

Este libro, si bien continúa la senda que se inició con *En búsqueda de la verdad*, es bastante más ambicioso. El elenco se amplía hasta abarcar a un grupo pintoresco y carismático que atiende a los ensueños de cualquier lector, una comitiva que presenta y muestra con detalle cada punto de los muchos mundos que el autor presenta... y he aquí uno de los puntos fuertes del texto, pues en todos estos mundos lucen guiños y homenajes a varias mitologías y tantos lugares del nuestro, un humilde alarde de la cultura del autor que se engrana con la fantasía épica para, entre ambos, conformar un universo complejo que tanto atrae a quien conoce las criaturas que en él reúnen como a quien las descubre a través de estas páginas.

Se muestra, así, *Crónicas de Gabriel* como un cuento destinado a los amantes de la fantasía clásica, tanto antiguos como nuevos; uno en el que la lucha entre el bien y el mal, la Luz y la Oscuridad, continúa su eterna danza como un río que arrastra no a unos pocos sino a muchos con espíritu para buscar la paz contra las fuerzas que sólo juntos pueden enfrentar.

Tanto un libro como otro, quizá este en especial, muestran una característica bastante peculiar y es que, a pesar de coincidir, en cierto modo, con una crónica del viaje de los héroes —fórmula empleada en *El señor de los anillos* entre otros tantos—, aquí el autor emplea las herramientas de sus protagonistas para abrir el abanico de lo posible en un prisma de caras unidas y diferenciadas, en una red de mundos y personajes que cimientan la construcción definitiva de esta trilogía, el colofón que nos espera a los lectores más allá de la palabra FIN de este libro.

Hasta entonces, podrás disfrutar de la maestría de estas páginas y de los

giros que esta senda sinuosa tiene preparados. Incluso el riachuelo más pequeño se encamina o se recupera aquí hacia el mar, todos ellos gracias a la ayuda del corazón, la sensatez o ambos a la par, y en su compendio se respira un mensaje de ánimo y vitalidad, un mensaje que se asienta en la importancia del tiempo presente, en el peso —para bien y para mal— de nuestras acciones, y que se resume en dos palabras que el propio Miquel Àngel nos recuerda a menudo:

¡Carpe Diem!

MENCIONES ESPECIALES.

Esta novela es el fruto de dos años de trabajo sobre el borrador que tenía de la segunda entrega de la saga *Crónicas de Gabriel*, en la que he reescrito, revisado el contenido y el estilo, elaborado y dado profundidad al importante elenco de personajes protagonistas que aparecen en la obra y, finalmente, corregido para ofrecer a mis lectores una historia de calidad que llegue a superar, si cabe, sus expectativas.

En primer lugar, quiero agradecer el apoyo de toda mi familia: a Esperanza por ser la gran damnificada, dado el tiempo que me ha robado la novela de estar con ella, y a pesar de ello no haber dejado de apoyarme ni de acompañarme en la consecución de este sueño; a mis hijos, Alexa y Gabriel, por creer en mí y por seguir dándome lecciones que no hacen más que enorgullecerme cada día más de ellos; a mi hermano José Luis, a Fidela y a Irene por estar siempre ahí y darme el calor que solo la familia puede dar; a mi prima Loli, a David, a Kevin y a Àlex, porque sé que me seguiréis siempre en mi vida y en todas mis locuras literarias; a Víctor, Esther, Àlex y Martina, porque mi vida se ilumina con vosotros.

También quiero dar las gracias a mis amigos, Rafa, Luisa, Damià y Anna, y a Juan, Carmen y Daniel, por vuestro cariño y apoyo, y por los maravillosos momentos que me habéis dado —y los que están por llegar—; a los miembros de la Orden del Ave Fénix, Lluís y Pilar, porque sé que siempre puedo contar con vosotros, allá adónde estéis; a Mireia Gustà, a Joaquín Casado y a Ivàn González, porque sois mis incondicionales en esta aventura; a mis compañeros del INS La Ferreria y del INS Gallecs, por la buena acogida que habéis mostrado en mi faceta como escritor; a mis alumnos de Documentació Sanitària, de Higiene Bucodental y de Cures Auxiliars d'Infermeria, porque sois mi alegría y aportáis la vitalidad que alimenta mi vocación de profesor —aunque tenéis que leer más y hacer menos postures XD—; a Sandro Doreste Bermúdez, por la magnífica corrección ortotipográfica de la novela; a mis compañeros del Círculo de Fantasía, por ofrecerme un espacio en el que crecer como escritor y crear nuevos y

apasionantes proyectos. ¡Sois geniales!

Y por supuesto a ti, querido lector, por apostar por un autor *indie* cargado de ilusión y perseverancia. Vosotros sois la razón por la que intento seguir creciendo como escritor y por la que cada día me exijo un poquito más para ofreceros historias que os hagan soñar, pues el mundo necesita de más soñadores...

¡Carpe Diem!

CAPÍTULO 1.

VOLVER A EMPEZAR.



«Las mejores decisiones que se pueden tomar son las que salen del corazón».

1

Los nervios me están matando desde que Gabriel no está. ¿Serán los remordimientos? Tal vez sea esa la razón por la que estoy garabateando sobre el papel lo que mi mente no quiere admitir. ¡Maldita sea mi estampa! He sido un cobarde, no debí dejarlo ir.

Todavía está fresca la tinta con la que ha escrito sus últimas palabras y eso no hace más que ahondar en mi dolor. Parece que haya pasado una eternidad desde nuestro primer encuentro, pero recuerdo aquel día como si fuese ayer. Nada más verlo, supe que Gabriel era diferente, que era alguien especial. Tras esa férrea coraza, se reveló un tipo frágil y próximo que no tardó en ganarse mi corazón. No solo se convirtió en el pilar sobre el que se sustentó mi existencia, sino que gracias a él recuperé las ganas de vivir y encontré al único amigo de verdad que he tenido en la vida, ¿y así le he pagado yo?

«Me niego a aceptar que hayas dejado de creer en lo que nos ha hecho fuertes y mucho menos ahora que por fin has podido reencontrarte con tu familia. ¿Por qué me has hecho esto, patas largas? ¿Por qué te has alejado de mí?».

No sé que voy a decirles a sus hijos. ¡Por todos los dioses! ¿Qué voy a decirle a Alexa? Sé que me odiará cuando se entere de que te he dejado marchar. ¿Qué excusa me invento yo...? ¡Mierda, me va a matar!

¡No, he de ser valiente y contarle la verdad! Pero ¿a quién quiero engañar? Sé que he hecho mal dejándome convencer, así que más valdrá que me deje de lamentaciones e intente encontrar una solución antes de que ellos regresen. ¿Y ahora por qué estoy llorando?

Debo ser fuerte y pensar. Eso se me da bien, ¿no?

A ver... ¿Adónde diablos ha podido ir? ¡Piensa, mentecato! Si ha atravesado la barrera dimensional para reunirse con su padre, el dragón gris, estamos perdidos. ¡No, no puede ser! O sí... ¡él es un dios! ¡Mierda, mierda, mierda...! Ahora ya no sirve de nada lamentarse, ¡idiota! Debo hallar una solución que me saque de este embrollo.

¡Espera un momento! Gabriel todavía no se ha completado como dios. Entonces... ¡entonces debe existir una forma para llegar hasta él! Pero ¿¡cómo!?

¡Venga, piensa, que lo tienes en la punta de la lengua! Y si... ¡Eureka! Eso puede funcionar... ¡Debe funcionar!

¡Ostras! Se escuchan voces acercándose. Guarda la compostura, pedazo de melón, ¡y no te muerdas las uñas! Hugo, muéstrate natural.

¡Por todos los dioses! ¡Ya están aquí!

*

Alexa y Ángelus me encontraron sentado en el banco. Venían cogidos de la mano y con la mirada iluminada. «Ellos se tienen el uno al otro; en cambio, yo...», pensé con un regusto amargo en la boca. Los jóvenes cerraron la puerta del claustro tras de sí y avanzaron lentamente por el atrio hasta que pasaron al jardín. Observé cómo se me acercaban y agaché la vista cuando vi que Alexa había puesto los ojos en mí.

—¿Qué te pasa, Hugo? —me interrogó con voz cantarina. No me atreví a mirarla—. Tú también hechas de menos a Antón, ¿verdad? —dijo apoyando la mano en mi hombro—. Todavía no me hago a la idea, pero Ángelus me ha ayudado a comprender que él vivirá siempre en nuestro corazón —comentó mientras se sentaba a mi lado—. Por cierto, ¿qué es eso? —advirtió al percatarse del diario de Gabriel.

Tuve que carraspear para que me saliera la voz.

—Las memorias de tu padre.

—¡Ostras! ¿Puedo...? —añadió con un gesto.

Le di el libro y, al alzar la vista, vi que Ángelus me estaba escrutando con sus ambarinos ojos. «¡Este, ya ha descubierto mi secreto!», me dije mientras volvía a esconder la mirada.

Alexa comenzó a hojear el manuscrito hasta que llegó a la última hoja escrita. De reojo, observé cómo le iba menguando la sonrisa a medida que leía y tuve que refrenar el balanceo de mis pies para que no le delatara mi nerviosismo. Finalmente no pude aguantar por más tiempo la presión y, armándome de valor, le revelé la verdad.

—Gabriel se ha marchado. ¡Le dejé ir!

Por un momento pensé que se había congelado el tiempo, al ver el gesto de incredulidad de Alexa.

—¿Qué has dicho? —murmuró. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. No dije nada, simplemente me preparé para aguantar el chaparrón—. ¡Te he hecho una pregunta, Hugo! —insistió con la voz quebrada—. ¿¡Dónde está

Gabriel!?

Miré a Ángelus, buscando su complicidad, pero este se limitó a fruncir el ceño mientras se acariciaba la barbilla con la yema de los dedos. Al mirar a Alexa vi que se estaba mordiendo tan fuerte el labio que creí que lo iba a reventar.

—Sé que he sido un estúpido, pero Gabriel me convenció para que le dejara marchar y ya sabes lo persuasivo que puede llegar a ser...

—Pero ¿se puede saber por qué narices lo has hecho? —bramó, levantándose de un salto y con un hilillo de sangre resbalándole por la barbilla—. Hugo, ¡tú me ocultas algo! Gabriel no se iría sin despedirse de mí... ¡Por todos los dioses, contéstame! ¿Dónde ha ido mi padre? ¿Por qué le permitiste irse?

Agaché la cabeza y respondí:

—Porque no me lo pidió tu padre... ¡Me lo pidió un dios!

Alexa me miró boquiabierta.

—¿Qué bobada acabas de decir, Hugo? —musitó con los ojos cubiertos de lágrimas.

La dureza de su mirada me derrumbó, así que acabé contándole lo que me había confesado Gabriel antes de su partida y lo impotente que me había sentido al no poder contrariar la decisión de un dios. Mi compañera negó varias veces con la cabeza antes de comenzar a dar nerviosos paseos con la mirada perdida. Ángelus se sentó a mi lado y apoyó la mano en mi rodilla.

—No debes martirizarte, amigo mío. Yo conocía los planes de mi padre y tampoco me atreví a oponerme a ellos.

—¡¿Cómo?! ¿Tú también lo sabías? —le recriminó Alexa agarrando con fuerza el diario en las manos—. Pero ¿qué clase de locura es esta...? ¿¿Se puede saber qué os pasa a vosotros dos!?

Ángelus no se encogió ante sus reproches.

—Gabriel sabía que no podría convencerte de lo arriesgado que sería acompañarlo en su misión e hizo lo que tenía que hacer. Ahora nos toca a nosotros ser valientes y asumir el reto que nos encomendó. Debemos confiar en que todo saldrá bien —argumentó sin vacilar. Luego me tomó fuertemente de la mano y alegó—: Hugo ha sido muy valiente dejándole marchar y creo no has sido justa con él al juzgarlo así.

—¡A mí no me sermonees, hermanito! Hugo ha actuado mal y lo sabe —apuntó atravesándome con la mirada—. ¡No...! ¡No puedo creerlo! Gabriel va a enfrentarse a su mayor reto ¿y va a hacerlo solo? ¡Esto es un sinsentido y

no pienso dejar a mi padre en la estacada!

—Esto nos viene demasiado grande, Alexa, ¡créeme! —replicó Ángelus—. Además, no estará solo... Osiris estará con él, ¿verdad, Hugo? —se apresuró a decir.

Negué con la cabeza.

—Gabriel tiene que enfrentarse a la serpiente solo. Me lo confesó.

Ángelus alzó la vista al cielo y comentó:

—Pero ¡aun así...!

—¡A la mierda tus argumentos! —terció Alexa, tragándose las lágrimas—. Tengo un mal presentimiento y no estoy dispuesta a perder a dos de las personas más importantes de mi vida en un solo día. Hugo, ¿no sabes cuánto me has defraudado! —Ese reproche se clavó en mi corazón como un agujón.

Alexa nos dio la espalda, seguramente para que no la viésemos llorar.

—No debes atormentarte, amigo. Ya se le pasará —me susurró Ángelus con una solidaria sonrisa.

—¡No, no se le pasará, ni a mí tampoco! —exclamé poniéndome de pie—. Tú no lo entiendes, Ángelus. Si hemos conseguido llegar tan lejos ha sido porque siempre hemos estado juntos, asumiendo los riesgos por igual. ¡Joder! Si no llega a ser por la cabezonería de Alexa jamás nos hubiésemos atrevido a ir a la dimensión del Fuego y entonces tú...

—Pero ¿qué es lo que no entendéis? —alegó Ángelus, levantándose del banco—. ¿Pensáis que a Gabriel le ha gustado tener que tomar esa decisión? Yo creo que no. Es más: él mismo me confesó que sería la decisión más dura que tendría que tomar en la vida —declaró tomando del brazo a su hermana—. Alexa, debemos ser realistas —añadió, mirándola a los ojos—. Hay mucho en juego y nuestro padre no quería jugárselo todo a una carta. Nosotros somos su as bajo la manga y tenemos una misión que cumplir para derrotar al Caos. ¿Lo entiendes ahora?

—Lo único que entiendo es que él nunca nos habría dejado solos en la estacada —añadió ella con la voz entrecortada—. Vosotros haced lo que os de la gana, pero yo me voy ahora mismo a buscar a Gabriel.

Ángelus negó con la cabeza.

—Hugo, ayúdame a hacerla entrar en razones, por favor —añadió con brazos suplicantes.

—¡Ni Hugo ni leches! —zanjé cruzándome de brazos—. Si me hubiera dejado convencer por los argumentos de Gabriel el día que lo conocí ahora mismo no estaría aquí delante de vosotros y mi vida sería un auténtico

desastre, así que —dije cogiendo la mano de Alexa— vamos a por los bártulos, que ahora mismo voy a enmendar mi error. ¿Podrás perdonarme algún día?

A Alexa se le volvió a iluminar la mirada.

—No hay nada que perdonar, Hugo. Pero ¿cómo vamos a dar con él?

—Creo que podremos hacer algo con esto, ¿no? —dije sacando la perla negra del bolsillo.

—¡Sabía que podía confiar en ti! —añadió Alexa dándome un abrazo.

—¡Un momento! ¿Y me vais a dar la espalda así, sin más? —intervino Ángelus con gesto de asombro—. Una cosa es que defienda la postura de Gabriel y otra muy diferente que no entienda la vuestra —alegó con serio semblante—. ¿No pretenderéis marcharos sin mí?

—Eso, amigo mío —dije apoyando la mano en su hombro—, depende de ti.

—La duda ofende, maese Hugo —dijo, mirándome con sus ambarinos ojos—. Estáis locos y yo aún más por seguiros la corriente, pero solo a unos locos se les habría ocurrido ir a la dimensión del Fuego en búsqueda de un sueño y allí os presentasteis los tres —apuntó sonriente—. Así que los tres iremos en búsqueda de Gabriel.

—Pues ¡ya estamos perdiendo el tiempo! —advirtió Alexa mientras se enjugaba las lágrimas con las mangas de la camisa—. Ahora sí que os reconozco, chicos. ¿Cuándo partimos?

Yo también suspiré aliviado. Por fin sentía que volvía a tomar las riendas de mi vida.

—Bueno... antes tendremos que encontrar un lugar que le permita a la perla negra rastrear el paradero de Osiris. He pensado que podríamos probar fortuna visitando uno de los portales dimensionales que conozco en la Tierra —les expliqué mientras tiraba del hilo de una idea que se me acababa de ocurrir.

—Pero ¡no te quedes callado! ¿¡Cuál es tu plan!?! —exclamó Alexa.

—El día en que me liberó de mi maldición, Gabriel cayó bajo el influjo de un conjuro *confusio* que lo transportó al lugar donde se encuentra el dragón gris. Como hace ya mucho tiempo que dejé de creer en las casualidades, tengo la intuición de que tal vez podamos encontrar un portal dimensional que enlaza con el entramado espacio-tiempo en el cementerio donde nuestros destinos se cruzaron —vaticiné mientras hacía rodar la perla negra en la palma de mi mano—. ¿Qué pensáis?

—A mí no me parece una mala idea —alegó Ángelus—. ¿Y tú qué dices, Alexa?

—¿Todavía no conoces la sagacidad de Hugo a la hora de desvelar misterios, hermanito? —respondió ella—. Nunca nos ha fallado y estoy convencida de que esta vez tampoco lo hará.

—Será mejor que seamos cautelosos porque todavía no sabemos si funcionará. Por si acaso, también nos llevaremos el manuscrito de Ceres. Gabriel me pidió que os hicierais cargo de él —declaré—. Ángelus, ¿por qué no vas a buscarlo al despacho de Antón?

El mago me miró, con una pícaro sonrisa y nos advirtió:

—No os vayáis a ir sin mí, ¿eh?

Vi cómo Ángelus corría por el atrio antes de entrar en el monasterio y me senté de nuevo en el banco.

—Toma, Hugo. Esto te pertenece a ti —dijo Alexa devolviéndome las memorias de su padre.

Acaricié los lomos del cuaderno y le pregunté:

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, gracias. Pero siento haber sido tan cruel contigo antes. He tenido un día de perros y solo me faltaba que me dieras esa noticia —dijo poniéndose colorada—. No debió resultarte nada fácil dejarlo marchar, ¿verdad?

—Pues si quieres que te diga la verdad, sí y no —respondí viendo cómo Alexa arqueaba ambas cejas—. Gabriel tiene el don de hablar con el corazón, pues de otra forma no habría podido convencerme de ello.

Alexa alzó la mirada al cielo azul y me comentó:

—Gabriel es Horus, ¿puedes creerlo? Y eso nos convierte a Ángelus y a mí en semidioses, ¿verdad?

—No creo que ese matiz vaya a cambiar la forma que tengo de veros y aunque todavía no me he acabado de hacerme a la idea, lo cierto es que saber que sois hijos de Horus explica muchas de las cosas que hasta ahora no alcanzábamos a comprender. Pero para mí siempre seréis mis amigos y nunca me veréis haciéndoos reverencias de bufón —bromeé, sonsacándole una sincera sonrisa.

—¡Cómo eres, Hugo! —dijo dándome un cariñoso guantazo en el brazo—. Pero no me podrás negar que saber la verdad añade más presión a la que ya teníamos y ahí va mi gran pregunta: ¿estaré preparada para estar a la altura de una semidiosa? —añadió colgándose de mi brazo.

—El tiempo lo dirá —vaticiné con un suspiro—. Si te sirve de consuelo te confesaré que es normal que estés asustada, como también lo estoy yo, pero, si te paras a pensar, eres la misma persona que se ha levantado esta mañana y volverás hacer las mismas cosas increíbles que te he visto hacer con la única diferencia de que ahora sabes el porqué. Sí, eres la hija de un dios, pero ¿eso te convierte en alguien especial? —apunté mirándola a los ojos—. Para mí, ya lo eras.

A Alexa se le escapó una sonrisa y abrió los ojos como dos soles.

—Hugo, prométeme que tú nunca me abandonarás.

«Ni la muerte me separaría de ti», musité en secreto.

En cuanto Ángelus regresó, con el manuscrito de Ceres bajo el brazo, entramos en el monasterio para ultimar los preparativos del viaje. Al entrar en la celda que había compartido con Gabriel no pude evitar estremecerme al ver su mochila tirada encima del colchón. «¿Por qué te habrás llevado tan poco equipaje, patas largas?», medité mientras sacaba mis pocas pertenencias del cajón de la cómoda.

Metí la tienda de campaña, la muda y el abrigo dentro de mi mochila y até, con una lazada, una sartén y una cuerda enrollada en su exterior. Luego me ceñí el hacha y el puñal a la cintura y me dirigí a la cocina, donde acabé de llenar la bolsa con comida para pasar varias jornadas fuera de casa.

Al llegar a salón vi que Alexa miraba hacia el exterior apoyada en el marco de la ventana y que Ángelus hojeaba distraídamente el manuscrito de Ceres mientras fumaba, recostado sobre la repisa de la chimenea.

—¿Estáis listos? —voceé desde el quicio de la puerta.

Alexa volteó la cabeza y frunció el ceño.

—¡Cuánto has tardado! —me espetó antes de agarrar todos sus enseres y salir echando leches hacia la puerta.

Mientras discurríamos por el pasillo del claustro, Alexa se ajustó el carcaj a la espalda, se colgó la mochila al hombro y se cruzó el mástil del arco en el pecho con una destreza que me asombró. Parecía tener prisa por abandonar aquel lugar y, cuando salimos del monasterio, con el sol luciendo en lo alto del cielo, nos lo demostró imponiendo un tiránico ritmo de marcha. Poco antes de que empezara a anochecer, ya habíamos atravesado las puertas de la dimensión de Antón. El viejo maestro había muerto pero no su energía, que seguiría velando por mantener alejada la Oscuridad de sus dominios, y, al echar una última mirada a las esfinges, tuve la impresión de que el clérigo ciego se despedía de nosotros desde lo alto de la escalinata.

—¿Lo estáis viendo? —exclamé, volteando la cabeza.

Mis compañeros miraron hacia el lugar al que estaba señalando y pusieron

cara de extrañeza. Volví a observar la escalinata pero Antón ya no estaba allí. Alexa no pudo sujetar las lágrimas y echó a caminar sendero abajo. Ángelus hizo un gesto de respeto con la cabeza y la siguió sin decir ni mu. Yo di media vuelta y me quedé un momento pensando en lo que había visto antes de musitar: «Algún día nos volveremos a ver, viejo amigo, y entonces nos reiremos de todo lo que ha pasado, sentados en una buena mesa y degustando una copa de vino».

Alcancé a mis amigos en un recodo de la arboleda y, al llegar a un claro, detuve el paso y emití un fuerte silbido para captar su atención.

—Creo que ya ha llegado la hora de empezar a poner en marcha mi plan y, como el lugar donde me encontró Gabriel queda muy lejos de aquí, no nos vendrá nada mal contar con esta ayudita para acelerar el viaje —dije enseñándoles la perla negra—. ¿Estáis preparados?

Formamos un círculo, enlazando nuestras manos, y puse la mente en el cementerio mientras conectaba con la energía de la gema mágica. Al instante todo empezó a darnos vueltas y nuestros cuerpos fueron transportados al lugar dónde se había iniciado mi aventura mucho tiempo atrás.

Delante de nosotros destellaba el contorno de una puerta dimensional al mismo son que lo hacía la perla negra. Jamás creí que regresaría a aquel cementerio. Volver a estar tan cerca de la cripta en la que había pasado más de cuatrocientos años de cautiverio me encogió el corazón.

—¿No percibís la energía de Gabriel? —anunció Ángelus rescatándome de mis recuerdos—. ¡Hugo, has dado en el clavo! No hace mucho que ha pasado por aquí.

Su presencia era más que palpable y el hecho de que la perla negra nos hubiera dejado delante de un portal dimensional no podía ser más alentador.

—¿A qué estamos esperando para entrar? —dije, deseoso de alejarme de aquel lugar.

—¡Espera un momento! —me alertó Alexa—. No quiero que Gabriel detecte nuestra presencia cuando entremos ahí adentro o de lo contrario nos convencerá para que le dejemos solo. Ángelus, ¿por qué no buscas en el manuscrito algún conjuro que nos haga imperceptibles para los sentidos?

El mago apoyó el códice en el poyo de la ventana de una cripta y hojeó ágilmente las páginas del manuscrito. No tardó ni cinco minutos en encontrar lo que andaba buscando.

—¡Aquí está! Creo que este hechizo servirá —comentó marcando un párrafo del libro con el dedo.

Ángelus cerró los ojos y recitó: «*Invideô anima ab omnia*». No ocurrió nada, o me lo pareció a mí, y miré extrañado a mis compañeros.

—¿Y ya está? Yo percibo vuestras presencias.

—Y así debe ser si queremos mantener el contacto telepático entre nosotros, pero te aseguro que nadie podrá detectarnos con otro sentido que no sea la vista —afirmó Ángelus mientras se guardaba el manuscrito en el interior de su capa—. ¿Listos para entrar?

Nunca antes había sentido nada parecido en mis viajes dimensionales. Nada más atravesamos el umbral, nuestros cuerpos y mentes se fundieron en uno solo y fuimos absorbidos por un oscuro vacío. La velocidad a la que viajaban nuestros cuerpos era tal que se me perforaron los tímpanos y caí en la inconsciencia. No sé cuánto tiempo permanecí sin entendimiento, pero recuerdo que fue una voz la que me despertó. «*Hugo, ¿me escuchas? Sigue mi voz*», escuché en la lejanía. Intenté responder a aquella llamada, pero no me brotó la voz. «*¡Vamos, amigo, sigue mi voz!*». Esta vez, la voz resonó más cercana y me resultó muy familiar. «*¿Gabriel, eres tú?*», me escuché decir. De pronto, sentí cómo la mente regresaba a mi cuerpo junto con una bocanada de bilis. Solo tuve tiempo de girarme a un lado para vomitar.

—¡Menos mal que ha despertado! Por un momento pensé que lo habíamos perdido —susurró la voz de Alexa.

Me zumbaban los oídos y, cuando abrí los ojos, me deslumbró una intensa luz.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué no puedo veros? —balbucí con voz pastosa.

—¡Dale un poco de tónico! —le escuché decir a mi compañera. Alguien me acercó el borde de una cantimplora a los labios y le di un pequeño sorbo. Me tranquilizó reconocer el sabor del poche de fuego y rápidamente me apresuré a tomar un largo trago—. ¡No tan deprisa, que nos conocemos! —advirtió Alexa, quitándome la cantimplora de la boca—. Hugo, abre los ojos. ¿Puedes verme? —me preguntó mientras me soltaba un par de bofetadas.

La obedecí y, al entornar los ojos, percibí sus facciones, aunque algo borrosas.

—¿Me das un poco más? —musité con la mente más despejada.

—¡Ni hablar! —me riñó—. Pronto te recuperarás y necesitamos que mantengas la mente lúcida.

No tenía fuerzas para contrariarla, así que le hice caso y dejé que la pócima hiciera su efecto. Al poco rato ya me vi con fuerzas para incorporarme y me quedé sentado con las piernas cruzadas. Ángelus y Alexa se acuclillaron a mi

alrededor.

—¿Qué me ha pasado? —dije todavía un poco mareado.

—Que hemos atravesado la mitad del universo en unos pocos segundos y tu cuerpo ha reaccionado peor que el nuestro —me explicó—. ¿Sabes que Ángelus ha descubierto que este lugar se halla en la frontera de la barrera ultradimensional? Ha encontrado la información en el manuscrito de Ceres. —No entendía qué me estaba intentando decir pero, cuando vi que me acercaba la cantimplora a los labios, la agarré e intenté girarla para beberme su contenido de un sorbo. Alexa me lo impidió y me advirtió—: Solo un ligero sorbo, ¿eh?

Esta vez no le hice caso y bebí hasta que descubrí que era agua.

—¿Te encuentras mejor, Hugo? —se interesó Ángelus.

—¡Uf! Por un momento creí que jamás saldría del laberinto del espacio-tiempo. ¡Menos mal que escuché tu voz, amigo! —dije mirándole a los ojos.

—¿De qué me estás hablando? —alegó con extrañeza.

De inmediato, posé la vista en Alexa.

—¡A mí tampoco me mires! —se apresuró a decir—. Dejémonos de misterios y centrémonos en lo que hemos venido a hacer aquí. Presiento a Gabriel no muy lejos de aquí —advirtió seriamente—... así que pongámonos en marcha y extrememos las precauciones.

Alexa me echó el brazo para ayudarme a levantarme. Cuando me incorporé, fui consciente de que nos encontrábamos rodeados de mausoleos.

—¿Hemos venido a parar a otro cementerio? —bufé sintiendo cómo se me revolvía el estómago.

—Pero este es muy diferente a cualquier otro, amigo mío —señaló Ángelus con misterio—. ¿No te has dado cuenta de que aquí no hay ni un solo muerto enterrado?

Proyecté los sentidos en un par de panteones y descubrí que mi compañero estaba en lo cierto.

—¡Ostras, es verdad! —exclamé asombrado.

—Y eso no es todo —añadió Alexa mordiéndose el labio—. ¡Mira el cielo!

Alcé la vista y casi me da un soponcio al ver que este estaba partido en dos. En el lado en el que nos encontrábamos lucía la luz del sol mientras que, en el otro, era noche cerrada.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —pregunté atónito.

—¿Es que no me has escuchado? —murmuró Alexa—. Estamos en el lugar donde el universo se parte en dos atravesado por la barrera

ultradimensional. Ángelus sospecha que aquí se encuentra la necrópolis de los dioses —declaró mientras se echaba la mochila al hombro—. Si ya hemos saciado tu curiosidad, Hugo, será mejor que nos pongamos en marcha.

Alexa nos hizo un gesto para que la siguiéramos y tomó una avenida repleta de fastuosas construcciones a ambos lados de la calzada.

«¿Para qué diantres necesitarán los dioses un cementerio?», me pregunté mientras intentaba caminar rápido para no perderles el paso. Ángelus se coló en mi mente y respondió: «*Para no olvidarse de que nada es eterno*».

Seguimos avanzando hasta que alcanzamos el límite donde el día se hacía noche y torcimos a la derecha por una calle que moría a las puertas de un mausoleo. No era el más majestuoso ni el más grande de los que había allí, pero sí el único que se hallaba entre ambos mundos.

Cuando nos detuvimos delante de la puerta del panteón, no pude evitar meter el brazo en la otra dimensión pero este salió repelido por una fuerza invisible. Alexa me reprendió con la mirada y no quedó más remedio que dejarme de experimentos. Fue entonces cuando presentí a Gabriel.

—¿Percibís su presencia, verdad? —musitó Alexa con los ojos iluminados.

—Sí, y a otra mucho más inquietante cerca de él —añadió Ángelus con gesto serio.

Atravesamos el umbral y pasamos a una antesala circular sostenida por una decena de columnatas de mármol serpentino. Había un par de antorchas encendidas en la pared y a unos pocos metros de la entrada, justo en el centro de la estancia, se veían los peldaños de una escalera que caracoleaba hacia el nivel inferior. Iniciamos un empinado descenso que nos condujo a un amplio pabellón, de unos cuarenta metros de largo por quince de ancho y diez de alto. La sala estaba iluminada por lámparas de aceite y el techo estaba sostenido por una docena de columnas jónicas distribuidas a ambos lados del pasillo central. Sin embargo, su estado de conservación era lamentable: los sepulcros, que en su día debieron lucir majestuosos, a ambos costados del mausoleo, estaban quebrados y sus restos desparramados por el pasillo central entre un amasijo de baldosas rotas. Algunas columnas estaban desgarradas o presentaban unas terribles dentelladas, rastro visible de la batalla que en su día libraron en aquel mausoleo El Señor Oscuro y el dragón gris.

Nos apostamos detrás de una columna con sigilo y casi me quedé sin aliento cuando, al mirar hacia el otro extremo de la estancia, vi la gigantesca estatua de un dragón alado. La criatura estaba retorcida, con las alas

desplegadas y las mandíbulas abiertas, mirando fijamente hacia un punto del salón, en concreto hacia uno de sus muros. Eché la vista hacia aquel lugar y me recorrió un escalofrío por toda la espalda al ver el claro rastro de un portal dimensional carbonizado en la pared. La tensa tranquilidad que reinaba en aquella estancia se truncó con el seco chasquido que procedía del dragón gris. Fue entonces cuando percibí otra presencia a su lado y, al fijar la vista, no pude evitar que se me acelerara el pulso al diferenciar una figura humana delante de él.

¡Era Gabriel!

Alexa nos hizo un gesto para que nos apresuráramos a ocultarnos tras los restos de un sepulcro y, con mucha cautela, fui asomando la nariz por encima del sarcófago para contemplar la escena que estaba a punto de acontecer. Gabriel parecía un muñeco, comparado con las sobrecogedoras proporciones del dragón, y aun así su voz no vaciló cuando recitó:

—Que el fuego que palpita por tus venas funda tus cadenas. Que la energía del tiempo disipe las tinieblas que atenazan tu corazón. Que aquel que de ti vio la luz sea tus ojos y tu guía. Sigue la estela de Horus, el resucitador, y regresa a la vida, gran Osiris.

El ser extendió los brazos y por sus manos brotó un vaporoso destello purpúreo que fue envolviendo por completo el cuerpo del dragón gris. No era Gabriel sino Horus quien trabajaba. Tuve que contener la respiración cuando, al juntar las manos, brotó un deslumbrante haz de luz que impactó contra la alada criatura al tiempo que se alzaba una temible voz:

—*¡Draco anima libertis!*

Lo que sucedió acto seguido fue increíble.

El dragón cobró vida y emitió un ensordecedor alarido que hizo tambalear los cimientos del mausoleo. Luego blandió las alas, que chocaron violentamente contra la pared provocando un enorme socavón, y se revolvió contra aquel que lo había liberado de su maldición, estirando el cuello y amenazándolo con sus fauces abiertas. Gabriel no se movió ni un ápice y, con un temple asombroso, dejó que se le acercara el hocico del dragón hasta casi tocarle la cara. Yo en su lugar, de no haber estado paralizado de terror, habría salido inmediatamente pitando de allí.

—¿Tanto te ha nublado el odio la razón que no eres capaz de reconocer a tu propio hijo, Osiris?

El dragón giró la cabeza y husmeó a Gabriel de pies a cabeza.

—¿Quién eres tú? —retumbó en todo el panteón—. Tienes la misma

aparición que mi hijo pero no eres quien dices ser.

—Eso será porque no te has fijado en la luz del sol y el brillo de la luna que desprende mi mirada, o porque no eres consciente de que el elixir de la vida corre por mis venas o porque no percibes las arenas del tiempo en mi corazón. Solo uno de tus hijos posee esas cualidades y Horus soy yo —apuntó Gabriel. Alzó la mano hasta tocar el hocico del dragón—. Padre, he cambiado y mucho, pero no tanto como para que no sepas quién soy.

El dragón plegó las alas y dio unos pasos alrededor de Gabriel.

—Mi mente está confusa, pero recuerdo haber percibido una magia muy oscura en alguien cuya esencia se parece demasiado a la tuya como para lo puedas negar —dijo con voz recelosa—. Ese ser se hizo llamar El Señor Oscuro. ¿Lo conoces, verdad?

—¿Cómo no iba a conocer a mi hijo, Osiris? Y el ser que creó a ese endemoniado fue el mismo que me arrebató el alma —respondió sin dejar de perseguirlo con la mirada.

—¡Así que lo admites! —rugió el dragón, soltándole una dentellada.

Gabriel ni se inmutó y contempló, impasible, cómo los afilados dientes de la criatura se habían quedado apenas a unos centímetros de su rostro.

—Sí, El Señor Oscuro es mi hijo y está llamado a convertirse en el ser más perverso y peligroso del universo, pues en su alma anida la primigenia Oscuridad. Pero supongo que él nunca te mostró la luz del sol —dijo Gabriel, haciendo aparecer la danzarina llama blanca en la mano— pues nadie puede invocar esta luz salvo Horus, el mismo que la creó. Y ahora..., ¿ya puedes confiar en mí, padre?

—¿En verdad eres tú, Horus? —preguntó, dando unos pasos hacia atrás. El dragón alzó el cuello y miró a su alrededor—. Pero ¿qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué son tan caóticos mis pensamientos?

—De esa historia solo conozco una parte y me gustaría saber la otra mitad. ¡Deja que te refresque la memoria! —anunció, haciendo cabriolar la llama blanca con más fuerza.

El dragón gris se estremeció cuando la luz imperecedera penetró por su pecho y, de inmediato, se revolvió.

—¿¡Dónde está ese demonio!?! —bramó volteando la cabeza hacia donde nos encontrábamos.

Rápidamente nos ocultamos tras el sepulcro y contuvimos la respiración. Solo la voz de Gabriel me sacó el miedo del cuerpo.

—Es una larga y triste historia, padre, pero, antes de contártela, deberías

tomar tu forma humana. Estás muy débil para continuar asumiendo la forma de dragón y debes guardar fuerzas para regresar a Aaru.

Volví a asomar la cabeza y, al mirar al frente, vi cómo Gabriel imponía las manos en el torso del dragón mientras sus palmas destellaban al tiempo que le transferían su energía vital. Alexa me hizo gesto y desfilamos agachados y con sigilo, sorteando los escombros que hallamos por el camino, hasta que nos ocultamos tras una tumba situada a unos quince metros del lugar dónde estaban Gabriel y el dragón.

En cuanto volví a mirar descubrí que se había iniciado la metamorfosis. Vi cómo el cuerpo de la criatura menguaba envuelto en una vaporosa nube azul. En cuanto se disiparon las sombras, apareció un hombre de complexión atlética al lado de Gabriel, casi de su misma estatura, con los cabellos negros y ondulados y lucía una larga perilla azabache que rompía el tono de su pálida tez. El sujeto vestía con una túnica *beige*, calzaba unas sandalias y como únicos atavíos llevaba un cinturón de cuero, del que pendía una diminuta daga dorada, y una hermosa sortija representada por un zafiro estrellado.

Ambos hombres estuvieron un rato mirándose antes de abrazarse con efusión. Sentí una profunda alegría por aquel reencuentro pero, por primera vez en la vida, percibí a mi amigo como el dios que era.

En aquel instante, me sentí el ser más insignificante del universo.

Por un momento imaginé lo que debería estar sintiendo Gabriel al verse junto su padre después de tanto tiempo de ausencia. Al ver las caras de mis compañeros, fui consciente del excepcional momento que debían estar viviendo teniendo tan cerca a los orígenes de su linaje. «¿Llegaré algún día a sentirme así?».

Gabriel se separó de Osiris y le preguntó:

—¿Cómo te encuentras, padre?

—Muy cansado, pero más feliz de lo que hubiera podido imaginar. Ya casi había perdido la esperanza de volver a verte y ¡fíjate! Estamos juntos otra vez —dijo con emoción contenida—. Dime: ¿qué ha sido de ti durante todo este tiempo de ausencia?

—Es una larga historia, pero creo que lo más importante ya lo sabes. Ahora estoy aquí para cerrar este largo ciclo que he permanecido en la Tierra —anunció apagando la voz.

Osiris posó las manos en los hombros de Gabriel y lo escrutó con la mirada.

—No tienes por qué saldar esa deuda tú solo, Horus —señaló con misterio.

—Padre, he tenido que engañar a las personas más importantes de mi vida para que me dejaran cumplir solo esta misión y ahora ya conoces los motivos que me han empujado a hacerlo. ¡No me lo hagas más difícil, por favor!

Osiris asintió con un gesto mientras golpeaba cariñosamente los hombros de Gabriel.

—No he pretendido juzgar tus actos, hijo mío, y mucho menos si crees que ese es tu destino, pero antes de que sigas tu camino debes contarme qué fue lo que pasó después de tu partida. Nos lo debes a tu madre, a tu esposa y a mí —apuntó—. ¿Por qué no regresaste?

Gabriel alzó la mirada y respondió:

—Porque se me olvidó que debía hacerlo.


Luego le relató su periplo por la Tierra, desde que apareció perdido y sin

recuerdos en las tierras del delta del Nilo hasta que decidió plantarle cara a la vida y vivir durante siglos valiéndose únicamente de su intuición e inteligencia para participar en la construcción del imperio de Egipto. También le contó cómo fue la llegada de Seth al planeta y cómo consiguió confinarlo en una prisión dimensional con la ayuda de su buen amigo Ramsés. En ese punto, Osiris interrumpió a su hijo para decirle:

—¡Qué curioso es el destino! Sin saberlo, tú alteraste el espacio-tiempo para crear una nueva dimensión en la Tierra donde encerrasteis a Seth y gracias a ello pude confinar a El Señor Oscuro en ese mismo lugar. Pero ¿qué pasó después?

—Por desgracia, mis investigaciones sobre la llegada de Seth nunca llegaron a buen puerto y, tras la muerte de Ramsés, fui dando tumbos por el mundo en búsqueda de respuestas que no hallé. Tuvieron que pasar varios milenios antes de que volviera a conocer a otro hombre excepcional aunque, para entonces, Alrinach ya me había borrado mis recuerdos terrenales y Apofis, tras poseer el alma de uno de sus acólitos, se encargó de arrebatar me todo lo demás. ¡No sé qué habría sido de mí si mi querido Hugo no me hubiera hecho recuperar la fe! Gracias a él hoy estoy aquí —concluyó, arrancándome un escalofrío.

—¿Hugo? —exclamó Osiris con asombro—. ¿No fue él quien te rescató del Inframundo cuando fuiste a buscar el manuscrito de Ceres?

—Así es. ¿Recuerdas nuestro encuentro en el Inframundo? —dijo con gesto contrariado—. ¿Y por qué no me dijiste que eras mi padre? ¡Superé la prueba de *Maat* !

—Creo que has vivido tanto tiempo como un humano que has olvidado que el poder de los dioses no es ilimitado —respondió dejándome de piedra—. Mi función en el Inframundo es juzgar los actos que los difuntos guardan en el corazón y estos te hicieron superar el veredicto de *Maat*, pero la identidad de un ser es inherente al alma y tú te presentaste sin ella. Por esa razón, ni Anubis ni yo pudimos saber quién eras en aquel momento —le explicó—. Horus, cuando recuperes el alma descubrirás que somos igual de vulnerables que las personas; no en vano las creamos a nuestra imagen y semejanza.

—Lo sé, padre, pero también sé que en esa vulnerabilidad radica el verdadero poder de los hombres y esa lección deberemos aprenderla los dioses cuanto antes —aseveró Gabriel.

Osiris se quedó con gesto pensativo.

—¿Cómo puede una debilidad convertirse en algo poderoso, Horus?

—Pues solo reconociendo nuestras debilidades podremos anticiparnos a los movimientos al enemigo. ¿Pueden decir ellos lo mismo?

—Supongo que no —advirtió Osiris—. Sin embargo, ya sabes que Apofis corrompió el corazón de los hombres aprovechando esa vulnerabilidad, ¿verdad?

—Nunca podré olvidarlo, padre. ¡Él fue quien convirtió a mi hijo en El Señor Oscuro! —reseñó Gabriel—. Pero gracias a ello, Apofis se cree invulnerable cuando no lo es, pues al crear a ese demonio dejó un fleco sin atar.

—¿Qué quieres decir?

Gabriel tomó del brazo a su padre y le explicó:

—Como Apofis no pudo extirpar la luz del alma de mi hijo, la partió en dos y El Señor Oscuro tiene su antítesis en Ángelus, el señor de la Luz, a quien conseguimos rescatar de la dimensión del Fuego.

—¡No sabes cuánto me alivia esa noticia, Horus! —exclamó Osiris—. Ese demonio está destinado a convertirse en la quintaesencia del Caos y será invencible cuando complete su transformación.

—Esperemos que Ángelus pueda llegar a neutralizar su poder, aunque El Señor Oscuro le lleva demasiada ventaja —alegó Gabriel con gesto preocupado.

—Pero él no está solo... ¿Qué fue de la niña que rescató Hathor del palacio del Caos? ¿Cuidó bien de ella Antón?

Miré a Alexa y vi que no pudo contener una emotiva sonrisa al escuchar que hablaban de su querido Antón.

—¡Lo hizo maravillosamente! El clérigo convirtió a Alexa en una avezada y poderosa maga de la Luz, y eso que aún no ha explotado todo su potencial. Pero lo más importante es que, gracias a él, es una maravillosa mujer. —Gabriel hizo una pausa y miró a su padre con aflicción—. Antón ha sido una bendición en mi vida, aunque por desgracia su última acción, la que consiguió desvelar mi verdad, lo condujo a la muerte —anunció cabizbajo—. Eso ya lo debías saber tú, ¿verdad?

Osiris nubló el semblante.

—Superó el veredicto de *Maat* y su alma inició su viaje hacia Aaru, donde se reunirá con su viejo amigo Tao. Pero ¿a qué viene esa cara? —exclamó arqueando las cejas—. ¡No te culpes por las decisiones que tomaron ellos! Asumieron con gusto lo que les deparó el destino, como lo vas a hacer tú.

—¡El destino no está escrito, padre, lo sé! —interpeló Gabriel.

—¿Cómo puedes afirmarlo con tanta vehemencia? —le refutó Osiris—. ¿Cómo crees que supimos del nacimiento de tus hijos? El oráculo lunar se lo desveló a Neftis y gracias a ello Hathor pudo idear la incursión a la dimensión del Fuego. ¿Y por qué crees que tu hija acabó en la dimensión de Antón? ¡Asúmelo, Horus! Existe un inexplicable poder que está por encima de todos, incluso de los dioses, y ese poder se llama destino —le reveló—. Te guste o no —prosiguió, acariciándose la barbilla—, tú no fuiste el culpable de la muerte de tus maestros. ¡El destino quiso que fuera así!

Gabriel negó con un gesto.

—Tal vez no fuera el destino, sino Antón el que le tendió un puente a Hathor hacia su dimensión, ¡o quizá la propia Alexa! Si no, ¿cómo explicas que pudieran salvar la barrera del espacio ultradimensional?

—De la misma forma que lo hizo Apofis para enviar a un hechicero negro en tu búsqueda o que ahora estemos juntos aquí pero a la vez separados por un infranqueable muro dimensional —argumentó con firmeza—. Nada ni nadie es perfecto, y eso lo debes aplicar a tu sistema de alterar el entramado espacio-tiempo para construir puertas dimensionales. Pero no debes atormentarte por ello pues gracias a esa imperfección del sistema este es mucho más difícil de vulnerar. ¡Piénsalo bien, Horus! ¿Por qué crees que el Caos es incapaz de encontrar *la puerta de puertas*?

—¿Por esa razón pudo El Señor Oscuro encontrar el camino hasta este lugar?

—De eso, quizá, tenga yo la culpa —le confesó Osiris, agachando la cabeza—. Después de tu partida estuvimos muy preocupados por la falta de noticias tuyas, y las cosas no hicieron más que empeorar cuando nos enteramos de que Apofis había conseguido escapar de su cárcel dimensional y estaba coordinando, junto con los hechiceros negros, el rescate de sus hermanos de las dimensiones del destierro. No podíamos quedarnos de brazos cruzados y nos arriesgamos a enviar a la Tierra a un emisario en tu búsqueda mientras nosotros y los magos blancos intentábamos proteger las puertas del destierro —le explicó.

—Y el destino quiso que enviarais a mi buen amigo Alejandro, el señor de la Guerra —adivinó Gabriel.

Me dio un vuelco al corazón cuando escuché el nombre de mi padre.

—Él aceptó la misión sin dudar y nos vinimos a este lugar para abrir una vía de conexión con el planeta. Pero cometí el error de subestimar al enemigo

y no conté con que pudieran estar vigilando nuestros movimientos. Por esa razón, cuando nuestros espías nos alertaron de que habían detectado la presencia del Caos en las fronteras del espacio ultradimensional, no tardé en personarme aquí con tu hermano Anubis para investigar qué era lo que estaba sucediendo.

—Y os encontrasteis con El Señor Oscuro.

—Así es. Jamás hubiera pensado que aquel sujeto, de complexión delgada y mirada ambarina, pudiera contener tanto odio en su corazón y mucho menos que pudiera desplegar tal acúmulo de poder. A Anubis lo anuló con un conjuro, como si de un niño se tratara, y yo tuve que transformarme en dragón para neutralizar su poder —relató erizándose el vello—. No sé qué hubiera pasado de haberse presentado El Señor Oscuro completado como ser, pero aquel infeliz no se habría librado de la aniquilación si no hubiera llegado a percibir tu impronta en sus ojos. Por un instante dudé y él lo aprovechó para echarme una maldición. Tan solo tuve tiempo de abrir un portal para confinarlo en una cárcel dimensional —dijo, mirando de reojo la sortija que llevaba en el dedo anular de su mano derecha—. De no ser por Anubis, quien consiguió enviar mi alma al Inframundo antes de que se completase la petrificación, me habría visto aprisionado en este lugar, atado de pies y manos durante todo este tiempo. Fui un necio al no acabar con ese demonio cuando pude hacerlo... ¿Podrás perdonarme, Horus? —añadió bajando el tono de voz.

—No tienes por qué avergonzarte, padre. Hiciste lo que creíste correcto y, si te consuela, debo confesarte que yo tampoco pude acabar con su vida cuando tuve la oportunidad. Quizá fuera el destino... —arguyó Gabriel—. Pero ahora el tiempo apremia y debes regresar a Aaru.

—Tienes razón —dijo mientras desenvainaba la daga que llevaba sujeta al cinto—. Creo que necesitas este objeto. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Apofis no me entregará el alma por las buenas, así que... —agregó al tiempo que empuñaba la daga.

Osiris miró con preocupación a Gabriel y, por un instante, se instauró el silencio en el mausoleo.

—¿Qué harán Hugo y tus hijos?

—A ellos les he dejado la responsabilidad de reunificar la alianza de las dimensiones de la Luz y de abrir *la puerta de puertas*. Ahora debes irte, padre —añadió con urgencia—. Él está a punto de llegar y todavía queda mucho por hacer antes de que estalle la inevitable guerra contra el Caos.

Ambos seres se miraron a los ojos; parecía que ninguno de los dos estuviera preparado para la despedida.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —le preguntó Osiris.

—Necesito que movilices a nuestros espías para vigilen los movimientos del enemigo y que les digas a mis hermanos que cualquier ayuda que puedan ofrecerles a Alexa, Ángelus y Hugo será bien recibida por ellos.

Osiris apoyó su mano derecha en el hombro de Gabriel.

—Haré todo lo que esté en mi mano. Pase lo que pase... ¡ya sabes dónde encontrarme!

—Por favor, dile a Hathor que la quiero y a mamá que sea fuerte —dijo antes de darle un abrazo que me hizo palpar de emoción—. Que tengas un buen viaje... Te quiero, papá.

—¡Suerte, Horus! Se avecinan negros nubarrones, pero recuerda que, después de la tormenta, siempre sale el sol.

Osiris alzó el brazo y abrió en la pared un portal dimensional con el zafiro estrellado que brillaba en su mano derecha. Luego avanzó con decisión y su estela se perdió, engullida por el umbral dimensional.

En ese instante me encontré más solo y perdido que nunca. A juzgar por el semblante de mis compañeros, ellos también parecían compartir la misma sensación. Nos recostamos sobre el sepulcro y, sin mediar ni una palabra, iniciamos una larga y tensa espera.

Gabriel no estaría solo para hacerle frente a la serpiente.

La llegada de Apofis nos pilló de sopetón. Por un momento no nos atrevimos ni a pestañear, pues su presencia era tan gélida y penetrante que parecía haberse detenido el tiempo. El frío se hizo dueño del mausoleo y, cuando asomé la cabeza por encima del sepulcro, apenas podía dejar de temblar. Allí estaba Gabriel y, a su lado, un sujeto que tenía más o menos su misma estatura, pero mucho más delgado y con unas suaves facciones que le conferían una aparente fragilidad. Apofis se recogió su larga melena negra en una coleta, sin perder de vista a su anfitrión, y se le quedó mirando con gesto altivo.

—Larga ha sido la espera, Apofis, y debo reconocer que tenía mis dudas de que vinieras, pero ya veo que tu fiel esbirro te dio mi mensaje —dijo con una irónica sonrisa.

—Hola, Horus. Veo que has recuperado tu habitual talante, pero no te hagas ilusiones. Todavía conservo un as bajo la manga; lo recuerdas, ¿verdad? —añadió con ironía.

—¿Cómo olvidarlo? Pero yo también te recuerdo que esta vez volvemos a reencontrarnos en igualdad de condiciones y lo importante es que has venido. Para bien o para mal, hoy va a cambiar el destino de uno de los dos —replicó Gabriel, atravesándolo con la mirada.

Apofis sonrió mientras se masajeaba con los dedos el puente de la nariz.

—Sigues siendo igual de soporífero que en el pasado, con la diferencia de que entonces tu advertencia no me habría resultado vacía —comentó dando un distraído paseo—. Este lugar lo construiste tú, ¿verdad? —Gabriel asintió con una mordaz sonrisa—. Entonces sabrás que existe una infranqueable barrera dimensional que te separa de lo que más anhelas. ¡No me vengas con burdas amenazas!

—Me alegra que tengas tan frescas mis virtudes en tu memoria, Apofis, aunque... —prosiguió poniendo gesto pensativo—, me sorprende que no recuerdes que el señor del entramado espacio-tiempo también puede

manejarlo a su antojo —añadió alzando los brazos.

En ese momento se escuchó un fuerte estruendo con el que se cerró el portal dimensional por el que había entrado el señor del Caos.

—¡Muy astuto, Horus! —murmuró Apofis, mirando a su alrededor—. Ahora ya no nos separa ninguna barrera y estamos encerrados en esta dimensión sin escapatoria. Pero ¿qué pretendes hacer dejándome encerrado aquí? ¿Obligarme a devolverte el alma con tus insufribles charlas filosóficas? ¿Quizá matarme de aburrimiento?

Gabriel se carcajeó al tiempo que hacía aparecer la daga dorada.

—Veo que empiezas a tomarme en serio... Ahora entrégame lo que me robaste o asume las consecuencias —añadió blandiendo el puñal.

—¡Maldita sea! ¡No puede ser! —rezongó, torciendo el gesto, mientras reculaba alejándose de Gabriel—. ¿Acaso crees que matándome recuperarás el alma? ¡Jamás te la daré! —le escupió arrastrando las palabras.

—De una forma u otra lo conseguiré, amigo mío. Le prometí a El Señor Oscuro que recuperaría el alma y ¡créeme! ¡Lo haré! —sentenció antes de abalanzarse contra él.

Apofis esquivó la estocada y corrió hacia el extremo de la pared donde se transformó en una gigantesca víbora. Su altura triplicaba la de Gabriel, pero su cuerpo... su cuerpo era por lo menos cinco veces superior.

La serpiente reptó por el suelo y se enroscó en una columna emitiendo un escalofriante cascabeleo con la cola.

—¿Crees que podrás matarme, asqueroso dios de la Luz? —siseó amenazándolo con los colmillos.

La víbora derribó una columna que había detrás de Gabriel con un golpe seco de su cola y este pudo esquivar los bloques de piedra que le cayeron encima a costa de descuidar su guardia, cosa que aprovechó la víbora para lanzarse sobre él. Gabriel esquivó una dentellada, tirándose de espaldas al suelo, y alzó la daga asestándole un corte en la panza. Apofis aulló de dolor y reculó hacia el muro con una profunda herida en el vientre.

—¿Es amargo el sabor de la muerte? —se mofó Gabriel mientras lamía el filo de la daga.

—¡Maldito seas, vas a morir! —rugió la víbora a la vez que se erguía sobre la cola.

Acto seguido lanzó una bola de fuego que no alcanzó a Gabriel al ponerse este tras el resguardo de una columna.

«¡Ha llegado el momento de actuar! ¡Seguidme!», anunció Alexa al

tiempo que nos hacía un gesto para que la acompañáramos. Seguimos a nuestra compañera, bordeando las columnas, hasta que alcanzamos una posición más cercana desde la que pudimos ver a Apofis sangrando profusamente por la herida.

La víbora reptó por el pasillo central, buscando a Gabriel entre los escombros, sin darse cuenta de que lo tenía justo un par de metros detrás de él, oculto tras una columna. Sin embargo, cuando saltó para asestarle el golpe de gracia, Apofis se revolvió y le trabó con la cola.

—Nadie es más astuto que yo —advirtió mientras se le iba enroscando al cuerpo.

La presión le obligó a soltar la daga, que cayó con estrépito al suelo, y Apofis siseó al ver el puñal mientras lo buscaba a tientas con la cola. «*Hugo, ¡no dejes que la coja!*», me alentó Ángelus antes de pronunciar el conjuro:

—*Immoveô vîpera.*

Pero Apofis estuvo muy rápido y contrarrestó el hechizo de mi compañero siseando:

—*Zsighorog Asshis.*

Acto seguido, Ángelus cayó al suelo y comenzó a convulsionarse preso de una maldición. «*Yo me encargo de él. ¡Ve a por la daga!*», me instó Alexa con una severa mirada. No me lo pensé dos veces. Eché a correr, esquivando todos los obstáculos que encontré por el camino, y conseguí hacerme con la daga antes que lo hiciera Apofis. Lo siguiente que vi fue la gigantesca cabeza de la víbora mirándome y cómo se abrían sus fauces para escupirme una bola de fuego.

Pude librarme de morir achicharrado metiéndome en el interior de un sarcófago pero, cuando salté para escapar de las garras de la serpiente, sentí un fuerte golpe en la espalda que me estampó contra la pared. Del encontronazo se me escapó la daga de la mano y fue a caer un par de metros delante de mí. Tenía un punzante dolor en la nuca y aun así hice el ademán de arrastrarme hacia ella, aunque me paralizó un intenso destello que percibí delante de mí.

Cerré los ojos y oculté la cabeza entre los brazos cuando presentí el fogonazo muy cerca, pero entonces sucedió algo inesperado. Me sentí flotar y, al abrir los ojos, vi que mi cuerpo estaba suspendido en el aire, protegido por una coraza invisible. No comprendí qué estaba pasado hasta que vi a Alexa y a Ángelus levitando envueltos en un halo blanco.

—*¡Prôtectio máximum!* —se alzó la desesperada voz de Gabriel.

Miré hacia abajo y vi a mi amigo aprisionado en la cola de la serpiente, con los dientes apretados.

—¡Gabriel, no lo hagas! —le grité con los ojos inundados de lágrimas.

Pero mi súplica no hizo efecto. La magia de Gabriel me reunió con mis compañeros y nos fue alejando hasta el otro extremo del salón.

—¡Marchaos de aquí, insensatos! —gritó con todas sus fuerzas.

Eché la vista abajo y vi cómo Apofis recogía la daga con la cola y la alzaba amenazante. De repente, la serpiente clavó sus verticales pupilas en las mías y susurró en mi mente: «*Despídete de él*».

Apofis descargó una mortal estocada que se insertó hasta la empuñadura en el pecho de Gabriel. La hoja de la daga se fundió con su piel emitiendo unos destellos carmesís y, poco antes de exhalar su último aliento, Gabriel nos regaló la más bondadosa de las sonrisas.

Grité hasta quedarme sin voz mientras intentaba romper la coraza mágica a golpes de hacha.

—No estéis tristes... —siseó la víbora mientras dejaba en el suelo el cuerpo inerte de Gabriel—. ¡Pronto os reuniréis con él!

Apofis serpenteó por el pasillo pero, de pronto, sufrió un fuerte espasmo que lo frenó en seco. Acto seguido abrió la boca y por ella brotó un diminuto destello, puro y radiante, que fluctuó en el aire hasta que llegó al lugar dónde yacía el cuerpo de Gabriel. La luz se mantuvo un instante suspendida por encima de su pecho y luego descendió hasta que penetró por su piel. El rostro de Gabriel pareció cobrar vida y la herida que le había dejado la daga en el pecho cicatrizó sin dejar huella.

—¡Me has engañado! ¡Maldito seas, Horus! —bramó la víbora mientras culebreaba hacia él.

Pero, antes de que pudiera alcanzarlo, el cuerpo de Gabriel empezó a emitir unos intensos destellos hasta que explotó, desintegrándose en mil haces de luz.

No pude ver lo que sucedió a continuación pues, con la cegadora onda expansiva, fuimos empujados al otro extremo del salón, pero, cuando el resplandor cesó, me incorporé y miré hacia el lugar dónde se hallaba Gabriel. Ya no percibí su rastro y dejé que las lágrimas fluyeran libres de ataduras. «¿Por qué ha tenido que acabar todo así, patas largas?».

El siseo de la serpiente me alertó de que aún no estábamos libres de peligro. Apofis se retorció en un rincón del mausoleo y, al torcer la cabeza, percibí que se le habían derretido los ojos. «¡Maldito seas! Por fin has

probado de tu propia medicina», mascullé poniendo mi pensamiento en Antón. Entonces percibí a mis compañeros a mi lado y tuve claro lo que teníamos que hacer.

—¡Aquí ya no podemos hacer nada! ¿Os encontráis bien? —dije mientras sacaba la perla negra del bolsillo—. Pues ¡salgamos echando leches de aquí!

Agarré las manos de mis compañeros y, tras abrir la puerta dimensional, abandonamos la dimensión con la certeza de que estábamos dejando atrás el capítulo más doloroso de nuestras vidas.

Nada más llegar a la Tierra me dejé caer en el suelo y rompí a llorar. Ni los avatares del viaje dimensional podían quitarme de la cabeza la mirada de Gabriel antes de morir y no cesaba de repetirme: «¡No puede ser verdad!». Entonces me pregunté si no habría sido mejor no haber estado allí. Pero Gabriel estaba muerto y eso tampoco habría cambiado. En ese momento, en el que no creía que pudiera existir nada en todo el universo que pudiera calmar mi dolor, recordé uno de los últimos consejos que me había dado Gabriel antes de despedirse de mí: «Todo sacrificio tiene su recompensa», y un halo de esperanza se enredó en mi corazón. «Si tú sabías que esa era la única manera de recuperar el alma y aun así decidiste hacerlo es porque tenías un plan, patas largas».

Debí quedarme dormido pues, cuando abrí los ojos, vi a Alexa sentada a mi lado con las piernas cruzadas y la mirada perdida en el atardecer. Ángelus, sin embargo, mantenía una pose más serena, aunque en sus ojos no se vislumbraba su habitual brillo.

—¿Por qué no sacas un poco de esa poción milagrosa que guardas en la mochila? —me preguntó Alexa, para mi sorpresa.

—¿El ponche de fuego?

—¿Qué pasa? ¿Es que solo podéis empinar el codo los hombres? —me soltó atravesándome con la mirada.

Le pasé la cantimplora y vi cómo le endilgaba un largo sorbo.

—¡Poco a poco, mujer, que no es agua! —le advertí, aunque ella pasó totalmente de mi sugerencia y no separó los labios del gollete hasta que no se pimpló la mitad de la botella.

—¡Esta vida es una mierda! —dijo antes de soltar un sonoro eructo—. ¿Por qué maldita razón tuvo que suicidarse Gabriel? ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—No lo sé...

—¡Bah! —exclamó mientras me tiraba la cantimplora.

No podía recriminarle nada a la pobre. Había sido un día nefasto y, si a ella le apetecía beber para olvidar las penas, ¿quién era yo para juzgarla? Tomé un poco de ponche de fuego y le pasé la cantimplora a mi compañero.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté al ver que mantenía su pose circunspecta.

Ángelus tomó un poco de ponche y contestó:

—Fatal, amigo mío. Todavía no comprendo qué es lo que pretendía conseguir Gabriel con su acción suicida. ¿De qué le va a servir recuperar el alma si ahora está muerto?

—Pero ¿qué os pasa? ¿Tú también piensas que se suicidó? ¡Eso es absurdo! —les recriminé.

—¿Y qué piensas tú, Hugo? —rezongó Alexa—. Gabriel renegó de la ayuda de Osiris y tampoco quiso contar con nosotros para hacerle frente a Apofis. ¡Vamos!, no eres tan necio como para no haberte dado cuenta de que hizo todo lo posible para que la serpiente lo matara. ¿Qué tienes que decir a eso, sabelotodo?

Le quité la cantimplora de las manos a Ángelus y le endilgué un largo trago. Luego se la pasé a Alexa y respondí:

—Una cosa es que vuestro padre sacrificara su vida para recuperar el alma y otra muy distinta es que lo haya hecho sin tener ideado algún plan que le permita, por así decirlo, resucitar. No sé si lo conseguirá, igual ni siquiera él lo sabe, pero de lo que estoy seguro es que lo intentará. ¡Me lo prometió y Gabriel nunca falta a su palabra!

—¡Bonito discurso, Hugo! —se mofó Alexa, dejándose caer en la hierba.

En aquel momento le habría dado unos azotes, pero sabía que lo que decía era producto de la frustración y del dolor.

—¿Crees que Gabriel tiene un plan? —me preguntó Ángelus, recobrando el brillo de su mirada.

—No me cabe la menor duda —aseveré al tiempo que me recostaba para quitarle la cantimplora de la boca a Alexa. Le puse el tapón al gollete y guardé lo que quedaba de ponche en la mochila—. Amigo mío, conozco a vuestro padre mejor que nadie y sé que nada en él es casual. Y para tu pregunta de ¿qué vamos a hacer? —dije mirando a Alexa—, ya tengo una respuesta. Tenemos que encontrar las gemas mágicas y abrir *la puerta de puertas* a los dioses. Solo así sabremos si el sacrificio de Gabriel valió la pena.

Alexa se incorporó y, sin poder contener una hiposa risita, me preguntó:

—¿Así que esperas verlo al otro lado del umbral?

A lo que yo le respondí:

—¡Estoy convencido de ello!

Mi compañera cerró los ojos y se dejó caer en la hierba. Tras hacer varios amagos de abrir los ojos, se quedó dormida. Me levanté, la tapé con una manta, pues ya empezaba a oscurecer y hacía un poco de fresco, y, mientras Alexa dormía la mona, le comenté a Ángelus:

—¿Me acompañas a buscar leña?

Recogimos unos cuantos troncos con los que hicimos una fogata y aprovechamos unas brasas para asar un poco de panceta para cenar. Al ver que Alexa no despertaba, después de apurar la cantimplora de ponche, nos fuimos a dormir.

El dulce olor a café recién hecho me despertó. Tenía un abultado chichón en la cabeza y una fuerte cefalea que me hicieron recordar mi enfrentamiento con Apofis y mis abusos nocturnos con el ponche de fuego.

Ángelus, que había recuperado el brillo de su mirada, me sirvió una taza cuando se percató de que me había despertado.

—¿Qué tal va tu cogote?

—Un poco dolorido, pero no te preocupes..., tengo dura la mollera. Y tú, ¿cómo has pasado la noche? —le pregunté mientras le echaba dos terrones de azúcar en el café.

—Bueno... He tenido extraños sueños, pero lo más curioso de todo es que tengo la sensación de que está a punto de sucederme algo extraordinario —dijo antes de dar un sorbo de café.

—La verdad es que no nos vendría nada mal tener buenas noticias —declaré esbozando una sonrisa.

—Mi querido Hugo, que espere que me pase algo extraordinario no quiere decir que sea necesariamente bueno —advirtió apagando mi sonrisa—. Pero no me hagas caso —se apresuró a decir—, tengo sensaciones ambivalentes al respecto y no quiero añadir más preocupaciones a las que ya tienes. Por cierto —dijo, mirando de reojo a Alexa—, ¿cómo crees que se despertará?

—Mal —me limité a decir mientras me acercaba la taza a los labios—. Dejémosla dormir un ratito más y así podremos tomarnos el café tranquilos.

—¡Vaya! No sabía que me tuvieras por tan mojigata, Hugo —me soltó Alexa provocando que casi se me atragantara el café—. Creo que ya soy bastante mayorcita como para saber cómo superar una resaca. Pero por mí, no

os cortéis... ¡Seguid a lo vuestro!

—¡Veo que te has levantado de muy buen humor, hermanita! —terció Ángelus sin disimular la risa—. ¿Te apetece un café?

—Sí, por favor, y cárgamelo bien —comentó mientras se levantaba sujetándose la cabeza con las manos—. Por cierto, ¿no habéis preparado nada de comer? ¡Me muero de hambre!

Me apresuré a calentarle en la sartén la panceta que había quedado de la cena y, mientras Alexa daba buena cuenta de su almuerzo, fui guardando los trastos en la mochila.

—¿Cómo estás? —le pregunté a la vez que me sentaba a su lado.

La miré a la cara y vi que tenía los ojos cubiertos de lágrimas.

—No me hago a la idea, Hugo —dijo sin alzar la mirada—. No puedo comprender por qué tomó Gabriel esa decisión sin contar con nosotros. ¡Somos su familia! —señaló secándose las lágrimas de los ojos con las mangas de la camisa. La tomé por las manos y entonces ella se me abalanzó y se me echó a llorar en los brazos—. ¿Por qué ha tenido que morir?

Sabía que no tenía palabras que pudieran consolarla, así que me callé y me limité a acariciarle los cabellos mientras intentaba no derrumbarme yo también.

—¿Qué hacemos ahora, compañeros? —dijo Ángelus. Miré al mago y vi que sostenía el manuscrito de Ceres en las manos—. He revisado el libro de arriba abajo y no he hallado ninguna información que oriente nuestra búsqueda de las gemas mágicas o de cómo llegar a los mundos aliados de la Luz.

Alexa salió de mi regazo y mientras se sonaba la nariz con un pañuelo señaló:

—Seguir nuestro camino, ¿no es lo que decíais anoche? El problema es que la gemas mágicas fueron entregadas a los reyes de las dimensiones aliadas y esos mundos se hallan más allá de la barrera ultradimensional... y ahí tenemos vetado el paso los humanos, ¿no?

—Yo no diría que estemos tan perdidos, hermana. Tenemos la perla negra y esta nos ha llevado a la frontera del espacio ultradimensional —razonó Ángelus.

—Tú lo has dicho, ¡a la frontera! Pero ya escuchaste a Apofis: ni Gabriel habría podido atravesar esa infranqueable barrera —subrayó Alexa—. ¿Qué piensas tú, Hugo? ¿Te encuentras bien?

Su pregunta me pilló totalmente descolocado, pues estaba persiguiendo

una idea que acababa de gestarse en mi cabeza.

—Creo... creo que ya lo tengo —dije acariciándome el chichón que tenía en el cogote—. Conozco un lugar en el que quizás podamos hallar respuestas a nuestras preguntas.

—¡No te hagas de rogar, amigo! ¿Dónde está ese lugar? —preguntó Ángelus.

Los miré, conteniendo la emoción, antes de revelarles:

—En el único lugar del universo al que se puede llegar solo si él se hace encontrar. ¿Habéis oído hablar del oráculo de Lizbeth?

—Pero ¿de verdad existe ese oráculo? —terció Alexa con cara de asombro. En ese momento me recordó a Gabriel—. Lo oí nombrar a Antón, pero siempre pensé que hablaba de él como un lugar legendario.

—Gabriel y yo estuvimos allí —anuncié con orgullo.

En ese momento me sobrevino una visión. En ella vi los jardines y el estanque que rodeaban al oráculo, pero la luz que irradiaba aquel lugar se había apagado como si los tonos grises hubieran velado los colores de los árboles y del agua. Luego apareció otra visión en la que se veía el interior del templo asolado y la fuente hecha añicos y, en la siguiente visión, vi los ojos de Lizbeth y estos apenas irradiaban un tenue hilo de luz en su interior.

—¿Qué te ha pasado, Hugo? —me preguntó Ángelus con cara de preocupación.

Era tan grande la opresión que sentía en el alma que casi no me salían las palabras.

—¡Salgamos de inmediato en busca del oráculo! —anuncié alarmado—. ¡Lizbeth se encuentra en grave peligro!

Mientras recogíamos los enseres y apagábamos el fuego, no podía dejar de pensar en las inquietantes visiones que había tenido. ¿Quién habría podido cometer tan cruel crimen? Para aquella pregunta solo se me ocurría una respuesta, pero el mero hecho de pensarla me hacía temblar de pavor. Mi conciencia no podía soportar la idea de cargar con otra muerte más.

Nos sentamos en el suelo y cerramos un círculo uniendo nuestras manos. Sabía que la forma más rápida de hacerse encontrar por el oráculo era buscarlo con el corazón y me dejé llevar por él. Me sorprendió lo rápidamente que entré en trance y lo fácil que me resultó conectar con mis amigos y guiarlos en el proceso. Lizbeth quería que la encontráramos y eso aceleró el proceso.

En cuanto abrí los ojos vi que nos encontrábamos al pie de la laguna y el espectáculo que observamos certificó todas mis sospechas.

—¿Qué es este horror? —exclamó Alexa dando una vuelta a su alrededor.

Si las visiones habían sido duras, la realidad era mucho peor. Apenas quedaba en pie un puñado de los árboles del jardín que circundaba el estanque y el puente de piedra que conducía al templo estaba casi en ruinas.

—Este el rastro que ha dejado El Señor Oscuro al pasar por aquí —dije mientras me encaminaba hacia el puente.

Fuimos sorteando los escombros hasta que llegamos al otro lado del puente y, cuando alcanzamos el camino que llevaba al oráculo, descubrimos que estaba obstruido por numerosos árboles que habían caído sobre él. Por suerte, el ser que había producido aquel desastre ya no se hallaba allí, pero no por ello dejaba de sentirme inquieto, pues tampoco percibía la energía de Lizbeth. «¿Dónde te habrás metido, pequeña?», cavilé mientras llegábamos a las puertas del templo. La construcción seguía desprendiendo la misma majestuosidad que la vez anterior, con su basílica guarnecida de mármol rosa y su cúpula de cristal, pero las sensaciones eran bien distintas, más aún cuando llegamos al atrio y vimos que la puerta estaba abierta.

Atravesamos el umbral y, nada más entramos en la nave principal, se me cayó el mundo a los pies. Las vidrieras que adornaban las paredes laterales del oráculo, por encima de los triforios, estaban rotas y sus restos desparramados por el suelo y la fuente sagrada, que estaba justo debajo de la cúpula, yacía ahora partida en dos en medio de un charco de aguas negras.

Comenzamos a buscarla por todos los rincones del templo, pero no hallamos ni rastro de ella.

—¿La veis? —les pregunté angustiada.

—No percibo su energía, Hugo —dijo, alarmantemente, Alexa.

Presentía que cada segundo que pasaba sin encontrarla era vital pero, ya estaba a punto de tirar la toalla, se iluminó mi esperanza cuando escuché en mi mente: «¡Hugo, ven a buscarme!».

—¡Mierda, Lizbeth está afuera!

Salí del oráculo y eché a correr, persiguiendo la brizna de energía que percibía, hasta que llegué a los pies del estanque. Allí se perdía su rastro y, por más que intenté buscarla con los sentidos, todos mis esfuerzos cayeron en un saco roto.

Caí de rodillas en la orilla y rompí a llorar. Era tanto el dolor que me producía su pérdida que habría sido capaz de matar a El Señor Oscuro con mis propias manos de haberlo tenido delante de mí. En ese momento llegaron mis compañeros y se arrodillaron a mi lado, y fue la agitada voz de Ángelus la que volvió a encender la luz de la esperanza.

—¡Hugo! ¿Qué puedes ver entre las aguas? ¡Allí donde despunta aquella roca!

Abrí los ojos y casi me dio un vuelco el corazón cuando percibí el cuerpo de una mujer estirado sobre la piedra. ¡Y parecía moverse! «¡Maldita sea, Hugo!, ¿en qué estabas pensando para no verla, so mendrugo?», me recriminé al tiempo que me lanzaba de cabeza al agua.

Nadé con todas mis fuerzas hacia la roca y, cuando alcancé la roca, me postré al lado de Lizbeth para comprobar si aún respiraba. No pude reprimir un suspiro de alivio cuando descubrí que lo hacía superficialmente, aunque tenía la piel helada. «¿Y qué hago ahora? ¡Tenía que haber venido Alexa también!», pensé. Pero su vida pendía de un hilo y no tenía tiempo de hacer un peligroso traslado hacia la orilla, así que impuse las manos en su pecho y dejé que mi energía vital fluyera hacia la vidente. Para mi sorpresa, Lizbeth abrió sus increíbles ojos azules y susurró, esbozando una sonrisa:

—Hugo... ¿eres tú?

—No hable, mi señora, todavía está demasiado débil —le susurré enjuagándome las lágrimas.

La vidente cerró los ojos y me temí lo peor, pero, al buscarle el pulso, se lo encontré y supe que la única posibilidad que tenía de salvar su vida era llevarla a la orilla para que Alexa le acabara de sanar.

—Aguanta un poco más, mi señora —musité mientras la tomaba en brazos.

Tenía la piel llena de magulladuras y una profunda brecha en la frente que me hizo temer que no aguantaría la travesía, pero tras sumergirla en el estanque descubrí que la magia del agua me ayudaba a regresar a la orilla y que Lizbeth había recuperado un poco de color en sus mejillas. Alexa me ayudó a sacarla del agua y acomodarla en rodal de hierba en el que daba el sol.

—¿Cómo está? —me preguntó mi compañera.

—¡Está muy grave, Alexa! ¡Ayúdala, por favor! —le rogué mientras le retiraba sus rubios mechones del rostro.

Para mi sorpresa, fue Ángelus quien se arrodilló a su lado e impuso las manos para cederle su energía vital mientras le susurraba: «*Sanâre pro fortia lûx*». El mago parecía haber secuestrado la luz del sol para dársela a ella; al tiempo que la cara de Lizbeth iba recobrando su vigor, la de Ángelus se iba apagando como una agónica vela. Cuando creí que iba a desfallecer, Alexa lo echó a un lado y lo relevó del cuidado de la vidente, que se quedó dormida en su regazo.

—Lástima que ayer te bebieras todo el ponche de fuego, Alexa —bromeé mientras me sentaba a su lado—. A Ángelus le vendría muy bien darle un tiento... o dos.

—No me hace falta tomar ningún tónico, Hugo. ¡Nunca pensé que podría ser tan feliz! —anunció sonriente.

Alexa y yo nos miramos atónitos.

—¿Te encuentras bien, amigo? —le pregunté sentándome a su lado.

Ángelus volteó la cabeza y me sonrió.

—¿Has sentido alguna vez que te falta el aire y aun así eres feliz?

—Tú estás enamorado, amigo mío. Pero ¡no puede ser posible! —dije, descartando aquella descabellada idea—. ¡Si la acabas de conocer!

—¿Recuerdas que esta mañana te he confesado que tenía la sensación de que me iba a ocurrir algo extraordinario? —susurró con los ojos resplandecientes—. ¿Hay algo más extraordinario que el amor, Hugo?

Miré a Alexa y esta se encogió de hombros y sonrió.

—Esto es muy raro, pero lo que realmente me preocupa es saber cómo habrá conseguido entrar en el oráculo El Señor Oscuro —dije rascándome la sien.

Ángelus se incorporó y se quedó de lado, apoyado sobre su antebrazo.

—Porque creyó que era yo —anunció, dejándonos con cara de pasmados—. Sé que os resultará muy extraño lo que os voy a decir, pero Lizbeth y yo somos almas gemelas; si he podido arrancarla de los brazos de la muerte es porque ella sentía lo mismo por mí. El amor la salvó, ¡nos salvó a los dos! Es paradójico, ¿verdad? Debió ser muy duro para Lizbeth abrirle el corazón a quien no podía corresponderle. Por eso El Señor Oscuro se ensañó tanto con ella —subrayó torciendo el gesto—. Gracias a los dioses, tu sexto sentido nos hizo llegar justo a tiempo.

—¡Mirad! Parece que ya despierta —advirtió Alexa apartando un mechón de sus cabellos.

Lizbeth comenzó a mover los párpados hasta que consiguió abrir los ojos. Gracias a los cuidados de los magos, habían desaparecido las magulladuras del cuerpo y la cicatriz de la frente, pero aún estaba lejos de estar recuperada del todo.

—¿Hugo, de veras eres tú? —susurró en cuanto se cruzaron nuestras miradas.

—En carne y hueso, mi señora, pero no hables ahora... Todavía estás muy débil y debes descansar.

La vidente se incorporó con la cara desencajada.

—¡No hay tiempo para eso! Un oscuro mal se cierne sobre ti, Hugo. ¡He podido verlo! Él me lo enseñó —confesó con voz trémula.

—No debes preocuparte por eso ahora, Lizbeth. El Señor Oscuro ya no está aquí y no puede procurarnos ningún daño. Lo que sí debe preocuparnos es saber qué hacía él aquí.

La vidente comenzó a temblar y se aferró a los brazos de Alexa.

—Nunca dejaré que ese miserable te vuelva a hacer daño —dijo Ángelus postrándose ante ella.

Lizbeth abrió los ojos, como si estuviera viendo a un fantasma, pero lo que expresaba su mirada era algo muy distante al temor.

—¡Por todos los dioses! ¿Eres real? —musitó alzando muy despacio el brazo, como si esperara que aquella imagen se desvaneciera nada más tocarla.

Ángelus sonrió cuando los dedos de la vidente acariciaron sus mejillas, y luego la tomó de las manos y la ayudó a ponerse en pie.

—Ahora ya no puede haber más secretos entre nosotros, solo tú y yo. Sabes que mi destino está ligado a un ser monstruoso, pero también que no volverás a estar sola, pues mi vida te pertenece —le susurró Ángelus mientras le acariciaba con los dedos la comisura de los labios—. Gabriel me dijo que algún día encontraría a alguien que llenase el vacío que había en mi alma y ese alguien eres tú.

Contemplamos, atónitos, cómo Lizbeth cerró los ojos antes de que se fusionaran sus labios en un apasionado beso. Fuera porque el sol incidió en ese momento sobre ellos o por la milagrosa magia del amor, Lizbeth volvió a brillar como cuando la vi por primera vez. Tuve que carraspear varias veces para que los tortolitos dejaran de besarse.

—Creo que ya tiene bastante dosis de luz, Ángelus. —Mi amigo la dejó en el suelo—. Por cierto, te presento a Alexa; ella también te sanó.

La vidente la miró como si estuviera viendo a una diosa.

—¡Te pareces tanto a tu padre! —comentó tomándola por las manos—. Siento mucho vuestra pérdida, pero no debéis estar tristes. Que Gabriel haya conseguido completar su ciclo en este mundo es un buen augurio. ¡Te lo aseguro!

—Todavía está muy reciente la herida, Lizbeth, y cada vez me resulta más difícil creer en los milagros. Pero ¡ojalá estés en lo cierto! Si alguien puede escapar de la garras de la muerte, es él —aseveró bajando la mirada.

Lizbeth le acarició cariñosamente la cara.

—Esa es la actitud, Alexa. Se avecinan negros nubarrones y el aliento del Caos está detrás de ellos, pero no debemos olvidar que detrás de la tormenta siempre está la luz. Otra cosa es lo que he visto en los ojos de El Señor Oscuro —añadió mirándome a mí—. Tal vez tengas razón y solo vi lo que El señor Oscuro quiso que viera, pero debes tener cuidado, pues he presentido la muerte rondando cerca de ti y eso no lo puede haber manipulado él.

Con el rabillo del ojo vi que Alexa se mordía el labio, con gesto preocupado, y quise quitarle hierro al asunto.

—¿Y cuándo no ha estado la muerte pisándome los talones? —repliqué poniendo la mejor de mis sonrisas—. Ahora estás cansada, después de haber pasado una experiencia tan traumática, pero ya verás cómo lo verás todo de otra manera en cuanto te encuentres del todo bien.

Alexa no parecía muy convencida con mis argumentos y miró a Lizbeth, tal vez buscando otra explicación.

—Siento no poder serte de más ayuda —le susurró la vidente, apoyando la

mano en su hombro.

El vaticinio de Lizbeth no era para tomárselo a la ligera pero, a tenor de los acontecimientos de las últimas horas, ya no percibía tan dramática la idea de morir. Si a Gabriel le había servido para reencontrarse con su alma, ¿qué me depararía a mí? Cada vez estaba más convencido de que la muerte no era más que el inicio de un nuevo ciclo. Por otra parte, había un asunto que me tenía de veras preocupado.

—¿En qué piensas, Hugo? —me preguntó Ángelus.

—En el motivo que trajo a El Señor Oscuro aquí —respondí mirando a Lizbeth.

—Evitar que pudierais hallar respuestas —confesó con la mirada entelada—. Sin embargo, gracias a tu providencial intuición me rescatasteis de las garras de la muerte y echasteis por tierra los terribles planes que él tenía para mí. Por esa razón el alma del oráculo todavía sigue viva y podréis preguntarle aquello que deseáis, aunque solo sea por esta última vez.

Lizbeth se acercó sonriente a la orilla del estanque. A continuación se sumergió en el agua y buceó hasta que volvió a emerger con un cáliz de granito negro en la mano. Me reuní con ella en la orilla y la ayudé a salir del agua.

—¡Estoy nervioso! Siento lo mismo que la primera —le confesé.

—Pero tú tendrás el honor de ser la última persona que obtendrá una respuesta del oráculo, pues hoy renuncio a ser su voz —advirtió echándole una cómplice mirada a Ángelus. Luego se acercó el borde del cáliz a los labios y lo llenó de un líquido turquesa que manó por su boca—. ¡Ya sabes qué debes hacer! —comentó entregándome la copa.

—¿Y tú...? ¿No me acompañas?

—Esta vez no, Hugo, pero no te preocupes... Me sentirás muy cerca de ti y todo saldrá bien. ¡Ya lo verás! —dijo acariciándome las mejillas.

Indeciso, me encaminé hacia el oráculo pero, antes de tomar el camino, di media vuelta y miré a mis amigos. Estos sonrieron y me hicieron un gesto para que siguiera avanzando. En aquel momento no pude evitar sentirme muy solo.

Recorrí el corto trayecto que me separaba del templo y, cuando atravesé el umbral, me invadió la misma sensación que tuve la primera vez, poco antes de dejar atrás todos mis recelos. Me acerqué a la fuente y me arrodillé delante de ella. Alcé el cáliz y lo situé delante de mis labios. Sentí cómo se me aceleraba el corazón. «¡Valor, Hugo!», cavilé antes de apurar el contenido de

la copa de un trago. Luego me relajé y cerré los ojos esperando que brotara la pregunta en mi mente.

Pero la sensación que sentí fue diferente a la que recordaba haber tenido la primera vez. El alma se me separó del cuerpo e inicié un vertiginoso viaje por un oscuro túnel hasta que me vi viajando por el universo como si formase parte de él, y tras dejar atrás innumerables galaxias apareció un diminuto punto de luz delante de mí que se fue convirtiendo en la silueta de un hermoso planeta azul.

Por unos instantes, mi conciencia se mantuvo flotando dando vueltas alrededor de aquel planeta. Y, de pronto, me sentí atraído por una absorbente fuerza que me empujó hacia un deslumbrante vacío.

Cuando abrí los ojos descubrí que me hallaba a los pies de una colina. En el cielo, azul y sin nubes, lucía un gran sol y a ambos lados del valle se habrían densos bosques de abetos. Una ráfaga de aire transportó un dulce aroma a hierbabuena. Me estaba preguntando: «¿para qué diablos me habrá enviado el oráculo a un viaje dimensional?», cuando me percaté de que, en lo alto de la colina, había un mirador al que se accedía por un caminito que culebreaba entre los árboles. Tomé el sendero y subí la empinada cuesta hasta que alcancé la cima. El paisaje que se divisaba desde lo alto era de ensueño.

El mirador, en sí, era un porche soportado por ocho columnas y un tejadillo de madera que lindaba, por la parte de atrás, con un pinar. En el cielo se veía el contorno de tres grandes planetas y, mucho más allá, el intenso brillo de una estrella. Lejos, en la falda de una cordillera de altas y nevadas montañas, que se recortaban en el horizonte, se hallaba una ciudad de blancos palacios, verdes jardines y presidida por una imperial pirámide que se erigía en el centro.

Di unos cuantos pasos, adentrándome en el porche, pero solo pude recorrer la mitad de la estancia, pues una barrera invisible me impidió llegar al otro extremo. Fue entonces cuando me pareció ver una figura acercándose desde el bosque. Era tal la energía que desprendía aquel ser que, por un momento, temí que fuera El Señor Oscuro y me oculté detrás una columna, para espiar sin ser visto, pero a medida que la silueta se acercaba se fueron disipando mis recelos, pues se iba perfilando la silueta de una mujer extremadamente alta, de cabellos negros y ondulados y piel morena. Vestía una corta túnica *beige* y caminaba sobre unas sandalias atadas al tobillo con unas cintas turquesas.

—¿No piensas salir de ahí? —me preguntó cuando llegó al otro extremo del mirador.

Me quedé paralizado al escuchar su voz; era tan embriagadora que pensé que había caído bajo un encantamiento. Me asomé tímidamente, sintiendo cómo me ardían las mejillas.

—Debe pensar que soy un idiota, mi señora —carraspeé para forzar que me saliera la voz—, por mi falta de tacto y descortesía, pero...

—¿Tú debes ser Hugo, verdad? —atajó mientras me hacía un gesto para que saliera—. ¡No sabes cuánto me alegra que estés aquí!

Salí de mi escondite y me quedé parado, sin saber qué hacer ni qué decir ni adónde mirar mientras ella se me iba acercando. Finalmente me atreví a alzar la mirada y me quedé pasmado, contemplando unos ojos azul marino capaces de fundir el corazón del más osado

—Así es, mi señora Esperanza... si es que me permite que la llame así — Necesité esforzarme para que me saliera la voz.

Aquellos ojos transmitían tanto amor que tuve que apartarlos por temor a que descubriera cuáles eran mis sentimientos hacia ella.

—Eso no tienes ni que preguntarlo, mi querido Hugo. Quien lo ha sido todo para mi amado también merece serlo para mí —dijo con una dulce voz—. Pero no debes avergonzarte de mostrarte tal y como eres, pues otros que se han creído más hermosos, sabios y poderosos que tú no han tenido el valor de abrirme el corazón sin reparos. De hecho, tu alma es tan noble que vas a ser el único humano que tendrá el privilegio de traspasar las fronteras de Aaru —dijo sacando el brazo más allá de la barrera que me impedía pasar—. Toma mi mano y entra en mi mundo. Será mejor que continuemos esta conversación en un lugar seguro.

Un cosquilleo recorrió toda mi espalda cuando sentí el cálido tacto de su piel y apenas pude dejar de temblar cuando puse un pie en la dimensión de los dioses.

—Perdóneme, mi señora, pero no sé qué me está pasando —dije sin atreverme a mirarla.

—¿Puedes tutearme? —dijo alzando mi barbilla con sus finos dedos—. Es normal que te encuentres destemplado, teniendo en cuenta que has realizado un largo viaje y has atravesado la barrera ultradimensional. Estás aquí porque te he llamado: necesitaba hablar con alguien de confianza y la única forma que tenía de hacerlo sin hacer saltar las alarmas del enemigo era a través de Lizbeth, mi sacerdotisa del oráculo.

—Eres muy amable, Esperanza —fue lo único que se me ocurrió decir.

Me sentía como estúpido adolescente, incapaz de aguantarle la mirada a una mujer, pero aquellos ojos pertenecían a Hathor, la diosa del amor. Inevitablemente mi pensamiento se fue con Gabriel y me invadió la nostalgia.

—¿Qué te ocurre, Hugo?

—Debes pensar que soy idiota, Esperanza, pero ahora, al estar tan cerca de ti, no he podido evitar echar mucho de menos a Gabriel. ¡Hablaba tanto de ti!

—Comparto tu tristeza y sé lo duro que es perder a alguien tan querido —dijo con el rostro afligido—. Pero el tiempo me ha enseñado a comprender que nada pasa por casualidad y que la amargura de la soledad siempre es recompensada por la alegría del reencuentro. Además, él siempre vivirá en el corazón de todos los que le han querido y en el de sus hijos. Gracias a ellos, su pérdida me ha resultado menos dolorosa.

Hathor hablaba con tanto cariño de los hijos de Gabriel que me sorprendió.

—Mi señora, ¿y no te importó que Gabriel tuviera hijos con otra mujer? —Su rostro se apagó al escuchar la pregunta—. Lo siento mucho, Esperanza, no he debido preguntarte algo así.

—No tienes por qué preocuparte, Hugo, admiro tu sinceridad por encima de todas tus virtudes —declaró con una sonrisa—. Los hijos son el legado más grande que puede dejar cualquier ser vivo en la vida y no te diré que no me causó dolor saber que mi esposo le había dado a otra mujer lo que nunca podrá darme a mí, pero fue precisamente eso lo que me empujó a ir al palacio del Caos a rescatarlos —afirmó con los ojos iluminados—. Hugo, siento que esos hijos son tan suyos como míos y los amo con toda mi alma. No sé si puedes entenderlo.

—Creo que sí, mi señora —dije mientras me recriminaba para mis adentros haberle hecho aquella estúpida pregunta.

—¿Me acompañas a dar una paseo? —Hathor se me colgó del brazo y, tras salir del porche, nos dirigimos hacia un caminito que se introducía en el pinar—. Sabía de tu sagacidad, pero debo confesar que no esperaba tan pronto tu llegada. Desde que Osiris nos informó de la muerte de Gabriel, mi única preocupación ha sido poder ponerme en contacto contigo. Con ese fin le envié a Lizbeth unas señales que la previeran de vuestra llegada al oráculo, pues confiaba que tu buen criterio te llevaría a buscar respuestas en él.

—¿Fuiste tú la que le enviaste las visiones de Ángelus? —le pregunté deteniendo el paso.

—No te lo sabría decir, Hugo. Solo puedo ponerme en contacto con Lizbeth mediante la intuición, para evitar que la señal sea interceptada por el Caos, e ignoro cómo se manifestarán mis mensajes en su mente. ¿Por qué me lo has preguntado? He percibido algo tenebroso detrás de esa pregunta —advirtió fijando su mirada en mis ojos.

—Creo que el enemigo vigila nuestros movimientos más de lo que

pudiéramos desear, pues El Señor Oscuro debió interceptar tu mensaje y se presentó en el oráculo —le confesé, provocando un gesto de horror en el rostro de la diosa.

—¿Le ha hecho algo a Lizbeth?

—Llegamos a tiempo para salvarla —declaré con sinceridad.

Hathor suspiró, echándose las manos a la boca.

—¡He puesto en peligro a mi sacerdotisa! —se lamentó.

—Pero gracias a ello ahora estoy aquí —le informé, antes de contarle lo acontecido durante la visita de El señor Oscuro al oráculo.

Esperanza escuchó el relato con suma atención y después perdió la mirada en el horizonte.

—Me temo que las cosas están peor de lo que pensaba. Menos mal que contamos con tu bendita intuición; si no, estaríamos ciegos e impotentes contra el enemigo.

—¿De verdad esperabas que yo diera ese paso? —le pregunté, asustado de que el destino de otras personas, o incluso de todo el universo, dependiera de unos instintos que ni siquiera podía controlar.

—¿Cuándo serás realmente consciente de la nobleza de tu estirpe, Hugo? —aseveró mirándome fijamente a los ojos—. ¿No te contó Gabriel nada de tu padre?

—Sé quién es, mi señora, pero me temo que mi valor no se corresponde con la valía que se me supone por ser hijo del señor de la Guerra —afirmé con total sinceridad.

—Asume cuanto antes que estás llamado a hacer cosas grandes, incluso más grandes que las que nos tocará hacer a los dioses, y entonces desaparecerán las dudas que planean por tu cabeza. Ahora, escúchame bien —dijo retomando la marcha, aunque esta vez de vuelta al mirador—. Tienes la perla negra, ¿verdad? —Asentí conteniendo el aliento—. Ese objeto es una de las cinco gemas mágicas que tienes que reunir para abrir *la puerta de puertas*. ¿No lo sabías? —Negué con un gesto—. Es gracias a la perla negra que has podido llegar a Aaru, pues la tiene la propiedad de llevar a quien la porte allá adónde le dicte el corazón.

—Entonces, ¿la perla negra puede llevarnos a los reinos aliados? Pero ¿cómo? —le pregunté superado por la presión.

—¿Tengo que responderte a esa pregunta?

La miré, avergonzado, y le confesé:

—¿Y qué pasará el día que me falle la intuición? ¡Yo no soy Gabriel!

—No, no lo eres, mi querido Hugo —comentó acariciándome la mejilla—, pero eres el heredero de un poderoso linaje y hallarás la respuesta para esa incógnita si aprendes a confiar en ti mismo. Además, las gemas mágicas fueron entregadas a cada uno de los cuatro reinos de la Luz.

—¿Cuatro reinos? Pero ¿no me acabas de decir que son cinco las gemas que se necesitan para encontrar *la puerta de puertas*?

Hathor miró hacia el horizonte y recitó, con una melodiosa voz:

—La perla negra, que contiene la fuerza de los metales, fue entregada al rey Edgar, regente de la dimensión del Norte. La esmeralda fulgurada, portadora de la energía del agua primordial, la custodia la reina Anna, monarca de la dimensión de Poniente. El rubí escarlata, en cuyo núcleo se halla la energía del fuego, fue cedido al rey Sigmund, emperador de la dimensión del Sur. El diamante boreal, portador de la luz de las estrellas, fue entregada al rey Alejandro, soberano de la dimensión de Oriente. A tu padre, Hugo —dijo, cortándome la respiración.

—¿Mi padre? Pero ¿no era el rey de los señores de la Guerra? —le pregunté con un nudo en la garganta.

—Y, desde que abandonamos la Tierra, también lo es del reino de Oriente. ¿Entiendes ahora el honor que representa pertenecer a tan noble linaje? —No supe qué decir—. En cuanto a la última y más poderosa de las gemas, el cuarzo blanco, debes saber que es la que le confiere a las demás la cualidad de encontrar lo que uno busca con el corazón, pero nadie sabe dónde hallarla excepto el escogido para abrir *la puerta de puertas*, o sea... tú.

—¿¡Yo!?! —exclamé con el vello de punta.

Por si no tuviera bastante con saber que era el príncipe heredero del reino de Oriente, también tenía que cargar con la responsabilidad de ser el elegido para abrirle la puerta a los dioses.

—Hugo, tú tienes ese honor y esa responsabilidad, pero todos confiamos en ti y no estarás solo en ese viaje —anunció con una compasiva sonrisa—. Igual que confiamos en que puedas reunir un poderoso ejército con el que poder hacerle frente al Caos cuando se desate la guerra.

Me quedé sin aliento al escuchar sus palabras, pero había ido a buscar respuestas y, me gustaran o no, tendría que escucharlas y sacar el máximo de provecho a la información.

—Y los mandatarios de las dimensiones aliadas, ¿cumplirán con su palabra?

—Confío en que sí, pues también les va la vida en ello.

—¿Qué debo hacer cuando encuentre la última gema mágica?

Esperanza sonrió mientras se desataba la cadena que llevaba colgada al cuello en la que había una diminuta llave de oro, rematada con el símbolo de *Maat*.

—Guárdala bien, Hugo, pues la necesitarás cuando las cinco gemas te muestren *la puerta de puertas* —comentó mientras me la ajustaba al cuello—. Os queda un largo y peligroso viaje, pero sé que lo conseguiréis.

Me sentía abrumado pero feliz por saber que Esperanza también confiaba plenamente en mí.

—¿Y Gabriel...? —carraspeé—. ¿Ese ha sido su final?

Hathor se encogió de hombros.

—Nadie puede saberlo, pero yo no voy a perder la fe —aventuró agarrándose a mi brazo.

No necesitaba escuchar más. Me aferré a aquel deseo como a un clavo ardiendo y, mientras realizábamos el camino de vuelta al mirador, fui consciente de lo mucho que se me había aligerado el peso que sentía en el pecho.

Cuando llegamos a los límites de Aaru, Esperanza detuvo el paso y se quedó ensimismada mirando al infinito.

—¿Sabías que no había vuelto a venir a este lugar desde que partió Gabriel?

Su mirada se inundó de lágrimas.

—¿Y volverías a dejarlo marchar?

—Nunca dudes de lo que te dicte el *ib* —respondió posando la mano en mi costado, justo encima del corazón—. ¿Qué es lo que te dice a ti?

—Estoy aterrado, mi señora, pero, mientras me quede un aliento de vida, lucharé por todos los seres a los que quiero —le confesé.

Hathor sonrió complaciente.

—Esa es la actitud, aunque no tendrás que llevar tú solo esa carga, ¿verdad? —vaticinó, mirándome con unos ojos más profundos que el océano—. No te entretengo más, Hugo. Dile a Lizbeth que me alegro muchísimo por su felicidad, aunque pierda a una gran vidente. Sobre todo, nunca dejéis de escuchar a vuestro corazón. ¡Hasta pronto, héroe de la Luz! —añadió, plantándome un beso en cada mejilla.

Di media vuelta para que no me viera sonrojado y atravesé las fronteras de Aaru, pero, antes de abandonar el porche y descender por el sendero que conducía a la puerta dimensional, volteé la cabeza y contemplé, una vez más,

el rostro más puro y bello que fuera a tener el honor de ver jamás.

Hathor me dijo adiós con la mano y me quedé mirando cómo se alejaba del mirador hasta que su figura se perdió por el camino que penetraba en el bosque.

Y con la extraña sensación que dejaba saber que había estado en un lugar que ningún humano ha pisado, inicié el viaje de vuelta al oráculo.

CAPÍTULO 2.

EL FORJADOR DEL VOLCÁN.



«A veces nos empeñamos en encontrar la felicidad lejos sin darnos cuenta de que suele viajar muy cerca de nosotros».

1

Nada más abrir los ojos me encontré con la intensa mirada de Lizbeth. Estaba arrodillada a mi lado, acariciándome los cabellos y con el semblante sonriente, pero me asusté al no percibir el tacto de su piel y mi preocupación fue en aumento cuando descubrí que tampoco podía despegar los labios de la boca cuando quise transmitirle el recado que la diosa Hathor me había dado para ella.

La vidente me ayudó a incorporarme y me dio de beber de una copa que contenía un líquido transparente e insípido que enseguida me espabiló.

—Lizbeth, tengo que decirte algo —dije en cuanto pudo brotarme la voz.

—No tienes que contármelo, soy la voz del oráculo —añadió sonriente—. Pero ahora debes reponerte del largo viaje. ¡Venga, bébetelo todo!

Tomé el cáliz y me bebí hasta la última gota. No sé qué contendría aquel brebaje, pero casi al instante se me fueron despertando los sentidos y fui recuperando el control de mi cuerpo. Lizbeth alzó la cabeza y miró hacia la cúpula con nostalgia.

—Echarás de menos este lugar, ¿verdad? —le pregunté mientras me estiraba para desentumecer las articulaciones.

—Jamás me había planteado que llegaría el día en que tendría que decirle adiós —musitó con una nostálgica voz—. No he conocido otro lugar y reconozco que me produce un profundo temor saber que tengo que abandonar lo que ha sido mi vida y la razón de mi existir desde que nací. Sin embargo, sé que es lo que debo hacer, aunque intuyo que no me resultará nada fácil adaptarme a mi nueva vida —expresó con una inquieta mirada—. Hugo, ¿qué voy a encontrarme ahí afuera?

Me sacudí las manos de polvo y tomé las suyas con delicadeza.

—Mi señora, yo también pasé por el amargo trago de dejar mi vida atrás y no una sino dos veces —subrayé tragando saliva—. Lo que tenga que venir nadie lo sabe, aunque puedo asegurarte una cosa: nunca te sentirás sola.

—No sabes cuánto agradezco tus palabras —declaró esbozando una

sonrisa—. Pero llámame Lizbeth, por favor.

—Está bien, Lizbeth, así lo haré —dije rascándome el cogote—. Por cierto, ¿dónde están los demás?

—Se quedaron en el estanque. ¿Por qué no vas con ellos? Necesito estar un momento a solas.

Me levanté y dejé que la vidente se despidiera del oráculo. No obstante, de camino a la puerta sentí que alguien me agarraba fuertemente del brazo.

—¿Qué ocurre, Lizbeth? —le pregunté extrañado.

—Aún no te he dado las gracias por venir aquí —advirtió con los ojos encharcados—. De no ser por ti...

Me quedé sin palabras cuando la vidente me abrazó. La consolé entre mis brazos hasta que la pobre consiguió atemperar sus ánimos. Lizbeth me besó en la mejilla, luego dio media vuelta y se alejó de mí.

Cuando salí del oráculo me estaban esperando mis compañeros con caras de expectación. Ángelus miró hacia el umbral extrañado y preguntó:

—¿Y Lizbeth?

—Está despidiéndose de su hogar, saldrá en un momento —lo tranquilicé mientras buscaba una sombra con la que protegerme de los molestos rayos de sol.

—¿Y qué tal ha ido? ¿Qué te ha desvelado el oráculo? —me asaltó Alexa intrigada.

Les relaté lo que había sucedido en mi inesperada visita a Aaru y lo que me había desvelado Hathor sobre las gemas mágicas y los reinos de las dimensiones de la Luz, aunque me guardé de contarles el origen de mi linaje hasta que lo tuviese un poco más asumido.

—¿Así que la perla negra es una de las gemas mágicas? —me preguntó Ángelus con gesto pensativo.

—Eso me dijo Esperanza. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿No te resulta extraño que la perla negra estuviera fuera del reino del Norte, Hugo?

La verdad es que ni me lo había planteado.

—Ahora que lo dices, creo recordar que Gabriel nos contó que cuando el monstruo Chüm se la entregó, le confesó que la gema procedía de un mago blanco, así que la pregunta que deberíamos hacernos es: ¿qué empujaría a ese mago a abandonar el reino del Norte llevándose la gema mágica?

—¿Un traidor? —aventuró Alexa.

—Puede ser... —cavilé yo—, pero también podría haberse visto obligado

a huir con la perla negra para evitar que cayera en manos del Caos.

Ángelus asintió con preocupación.

—En ese caso, creo que ya sé quién podría estar detrás de ello —aludió.

—¡El Señor Oscuro! —musitamos, al unísono, Alexa y yo.

—Así es... ¿No te dijo Hathor nada más? —me interrogó Ángelus.

Negué con la cabeza mientras intentaba dilucidar lo que significaría que aquella teoría fuera cierta.

—¿Y cómo es ella? —exclamó Alexa entusiasmada—. ¿Es guapa? ¿Simpática...? ¿Se acordaba de mí?

—Es impresionante y única, Alexa, pero a la vez humana y próxima. ¡No sé cómo explicártelo! —dije con los carrillos encendidos—. Y sí, se acordaba perfectamente de ti y no te puedes llegar a imaginar lo mucho que os quiere a Ángelus y a ti.

A Alexa se le iluminó la mirada.

—¡Ahora tengo más ganas de conocerla! —añadió sonriente—. ¿Y sabía lo de papá? —añadió mordiéndose el labio.

—No sabe qué habrá sido de él, pero ella no pierde la esperanza de volver a verlo y yo tengo el mismo presentimiento —le confesé—. Pero ¡no levantemos las campanas al vuelo! Si hiciéramos caso a todas las corazonadas... —La circunspecta mirada de Ángelus me cortó—. ¿Y a ti qué te pasa?

—Eres siempre tan comedido, amigo mío —añadió sonriente—. Me fío más de una corazonada de las tuyas que de lo que ven mis ojos. ¡Ven y dame un abrazo!

En ese momento salió Lizbeth del oráculo. Su cara contrastaba tanto con las nuestras que me hizo sentir incómodo por aquel pequeño momento de sosiego. Ángelus se encargó de aligerarle el ánimo con tan solo tomarla entre sus brazos.

Recorrimos el trayecto que nos separaba del estanque y, una vez allí, Ángelus se empeñó en vestir a la vidente con una indumentaria más acorde con la misión que teníamos que realizar. El mago consultó el manuscrito de Ceres y recitó un hechizo con el que la vistió con un holgado pantalón largo negro, una camisa de algodón blanca, una chaqueta negra y unas botas de caña alta; unas prendas muy prácticas pero muy poco femeninas. Para rematar la faena, le confeccionó un abrigo tres cuartos de cuero gris oscuro. Lizbeth no parecía muy satisfecha con el resultado, pues comenzó a mover el

cuerpo como si llevara una chaqueta de espinos.

La vidente se acercó a la orilla del estanque y miró su figura reflejada en el agua.

—¡Caray, qué pinta! —soltó haciendo un aspaviento—. Lo siento mucho, Ángelus, pero no estoy acostumbrada a llevar tanta ropa y, mientras el tiempo me lo permita, prefiero estar más cómoda llevando mis propias ropas. —El mago se quedó callado, viendo cómo su amada se desvestía hasta quedarse en ropa interior. Tras sumergir los pies en el agua, se materializaron unos pantalones cortos turquesa, una camiseta de manga corta blanca y unas sandalias—. ¡Bueno! ¿Qué tal estoy ahora?

—Muy guapa —atajé dándole un codazo a Ángelus, quien la observaba con la boca abierta—. Ya puestos... ¿Por qué no le fabricas una mochila? En algún lugar tendrá que meter tus ropitas, ¿eh?

En cuanto Lizbeth tuvo empaquetadas sus pertenencias, se echó la bolsa al hombro y declaró:

—¡Uf, estoy nerviosa! ¿Adónde tenemos que ir?

Saqué la perla negra y le dejé en la palma de la mano mientras recordaba la conversación que había tenido con la diosa Hathor.

—Dejaremos que sea ella la que escoja el lugar —dije antes de conectar con la magia de la gema—. ¿Estás preparada?

La vidente asintió, nerviosa, y cerramos un círculo con las manos antes de que dejara que mi energía confluyera con la de la perla negra. Acto seguido fuimos absorbidos por el espacio dimensional.

La traslación fue instantánea y aparecimos en una extensa llanura bajo un sol abrasador. Estábamos rodeados por un vasto un arenal y en varias millas a la redonda la única vegetación que teníamos para refugiarnos del sol eran unos arbustos, semejantes al tojo, como el que escogimos para aligerarnos un poco de ropa.

Después de refrescarme la nuca con agua de la cantimplora, me asomé un poco para visualizar el entorno. Miré hacia el cielo por si se veía alguna salvadora nube pero, por desgracia, estaba completamente despejado, así que no nos quedaría más remedio que aventurarnos por aquella sabana en busca de la civilización.

—¿Dónde habremos ido a parar? —me preguntó Alexa mientras se enjuaga el sudor con un pañuelo.

—No tengo ni idea, pero si estamos aquí es porque la perla negra ha debido hallar una señal, quizá la presencia de alguna gema mágica —

vaticiné.

—¿Y hacia dónde tenemos que ir? —volvió a preguntarme Alexa.

Hacía tanto bochorno que me costaba pensar con claridad, así que decidí explotar mi arma secreta y cerré los ojos para dejarme llevar por la intuición.

—Creo que es por allí —dije señalando hacia la primera dirección que me vino a la mente—. Lizbeth, ha llegado el momento de que le comiences a sacar partido a ese magnífico abrigo que te hizo con todo cariño Ángelus. — La vidente me miró con cara de espanto—. No es cuestión de que vayas andando por estos andurriales exponiendo tu delicada piel a la radiación. Y a vosotros os digo lo mismo. Cuanto más tapados vayamos, menos calor sentiremos.

La vidente obedeció a regañadientes, y porque los demás también lo hicieron, y emprendimos la marcha como si fuésemos nómadas del desierto. Para nuestro desconsuelo, al rato surgieron dos nuevos soles, uno por cada lado respecto a nuestra posición, lo cual no hizo más que incrementar la sensación térmica y nos obligó a realizar más paradas técnicas a la sombra para beber agua y retomar el aliento. A las dos horas de caminata observamos aliviados cómo se formaban unos negros nubarrones que rápidamente invadieron el cielo azul, aunque la alegría con la que recibimos las primeras gotas de lluvia se diluyó cuando comprobamos que eran calientes y que la humedad no hizo más que aumentar el bochornoso calor. Por fortuna, la tormenta pasó rápido y, cuando las nubes se disiparon, avistamos un oasis a menos de un kilómetro.

Apretamos el paso. En unos minutos nos detuvimos en los lindes de un frondoso bosque formado por unos árboles que se asemejaban a los sauces pero de hojas tostadas.

—¡Venga, entremos! Seguro que encontramos algún manantial no muy lejos de aquí —dije al tiempo que me adentraba en el oasis.

No me equivoqué. A un centenar de metros nos topamos con una laguna de aguas cristalinas donde nos zambullimos sin desvestir. Estaba el agua tan fresca y era tan dulce que bebimos hasta hartarnos y, tras rellenar las cantimploras, nos quedamos un buen rato sumergidos para huir del asfixiante calor. Pero nuestra calma se truncó cuando escuchamos un estruendo que hizo tambalear el suelo.

Alexa y yo nos miramos asustados, pues reconocimos de inmediato el origen del atronador ruido. Salimos inmediatamente del manantial para dirigirnos hacia el lugar del que parecía haber provenido el estrépito, y

corrimos entre la vegetación hasta que llegamos al otro extremo del oasis y descubrimos al causante de nuestra inquietud: un volcán por cuyo cráter se alzaba una columna de humo negro. Fue entonces cuando noté que la perla negra estaba palpitando en el bolsillo del pantalón, signo inequívoco de que nos estábamos acercando al lugar indicado.

—¿Qué ha sido ese estruendo? —advirtió Ángelus, casi sin resuello, cuando nos alcanzó.

No hizo falta que le respondiéramos, pues no pudo contener un suspiro de asombro cuando vio la humeante mole que se alzaba justo delante de nosotros.

—¿Y es ahí adónde tenemos que ir? —preguntó Lizbeth, torciendo el gesto.

—Estoy completamente convencido de ello —dije poniendo rumbo hacia el volcán.

Mientras nos acercábamos a la falda del volcán, tuve la extraña sensación de que nuestras vidas darían un cambio radical a partir de ese momento.

En cuanto llegamos al pie del volcán, empezó a declinar el último sol que quedaba en el cielo. Con él se redujo la temperatura, cosa que nos hizo menos duro el ascenso por la empinada ladera. Me sorprendió lo anchuroso y bien conservado que estaba el camino pese a los continuos temblores de tierra y, cuando alcanzamos cierta altura, también me extrañó no ver ninguna población a muchos kilómetros a la redonda. «¿Dónde se habrá metido la gente de este lugar?».

—¿No os parece extraño que la perla negra nos haya traído a un lugar tan alejado de la civilización? —comentó Alexa al leerme el pensamiento.

—Sus razones tendrá, pero a mí tampoco me gustaría vivir cerca de este inhóspito lugar —alegó Ángelus, quien había detenido el paso para beber de la cantimplora—. Aunque no creo que tengamos que esperar mucho tiempo para hallar respuestas. Percibo una arrogante presencia ahí arriba, así que... —suspiró alzando la mirada hacia la cima—, extrememos la precaución.

Reiniciamos el ascenso. Antes de alcanzar la cumbre descubrimos unas huellas de herradura en el fango y, un poco más arriba, en una de las vertientes del cráter del volcán, vimos a una preciosa yegua blanca atada al lado de un abrevadero. Alexa, nada más ver al animal, se le acercó y le acarició la crin mientras le daba un terrón de azúcar.

—¿Dónde esta tu jinete? —le preguntó mientras le hacía una carantoña.

En ese momento cambió la dirección del aire y trajo consigo un rítmico martilleo procedente del interior del volcán.

—¿Oís eso? —exclamé a la vez que corría hacia el cráter.

La puesta de sol había traído una fresca brisa que hacía más soportable la estancia en aquel infernal lugar. Al acercarnos a la oquedad vimos que había una senda que penetraba por la ladera de la montaña. Desde allí eran más audibles los martillazos y bajamos con precaución por el estrecho paso hasta que, pasados unos veinte metros, el camino se ensanchó separándose un poco de la chimenea del volcán. De repente pudimos respirar mejor, al levantarse

un poco de aire que se encargó de disipar los vapores volcánicos, y pudimos ver lo que teníamos delante con más claridad.

Ya no tuvimos dudas de la procedencia de los golpes, pues en un costado de la senda había una pequeña fragua excavada en la roca, y en su interior había un hombre, alto y fornido, moldeando a golpe de maza una barra de metal incandescente sobre un yunque.

El ruido de la fragua, sumado con el rugido del volcán, provocaban un estruendo atronador. «¿Cómo diablos lo podrá aguantar?», pensé mientras intentaba destaponarme los oídos con las palmas de las manos. El herrero metió la barra en la forja, levantando un fognazo, y dejó la tenaza y el martillo encima del yunque mientras se secaba el sudor que le caía por el cuello con una toalla que llevaba sujeta al cinto. Acto seguido, se recogió la rubia cabellera en una coleta y volvió a retomar el trabajo.

Nos quedamos parados a unos metros de la fragua sin saber qué hacer hasta que Alexa decidió tomar la iniciativa y se acercó con decisión al forjador.

—¡Buenas noches! ¿Podrías ayudarnos? —voceó.

Su voz quedó fagocitada de inmediato por el ruido ambiental y a Alexa no le quedó más remedio que acercarse un poco más para darle unos golpecitos en la espalda. El herrero se giró sobresaltado y dejó el filo encarnado del metal a escasos centímetros del estómago de Alexa. Esta ahogó un grito y reculó con tan mala fortuna que dio un traspié al borde de precipicio. Por unos momentos aguantó el equilibrio, pero finalmente su cuerpo venció y se precipitó al vacío. Por suerte, el forjador la pescó al vuelo y la rodeó por la cintura con su hercúleo brazo.

—Pero ¿qué hace esta preciosidad en mi fragua? —exclamó mientras la sostenía en volandas sobre la chimenea del volcán.

Alexa se sonrojó como nunca antes la había visto y se aferró con los brazos alrededor de su cuello. El forjador acogió con una complaciente sonrisa aquel gesto, cosa que provocó que se me incendiaron las entrañas.

—¿¡Quieres dejar a la señorita a salvo en el camino, so sobón!? —le espeté, fuera de mí.

—¿Y quién diablos eres tú? —se revolvió atravesándome con la mirada.

El fortachón dejó a Alexa al pie del camino y se me acercó con cara de pocos amigos. Tenía una estatura y una complexión sobrecogedora, con su musculoso torso desnudo y sus marcados abdominales, pero yo no amedrenté. Mantuve la posición sin apartar la mirada de sus centellantes ojos

azules mientras acariciaba el mango de mi hacha.

—Creo que se ha producido un lamentable malentendido, amigo... — irrumpió Ángelus interponiéndose entre los dos.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? —le soltó el herrero, apartándolo de un empujón.

El mago cayó de culo al suelo y se dio un coscorrón contra la pared del volcán.

—Pero ¿¡te has vuelto loco!? ¡Son mis amigos! —le gritó Alexa.

El herrero hizo caso omiso de su advertencia y me amenazó con la barra incandescente.

—Te he hecho una pregunta, monstruo. ¿A qué esperas para responderla?

—¿¡A quién has llamado monstruo!? —dije empuñando el mango de la hacha.

No sé qué habría ocurrido de no haber parecido Lizbeth, envuelta en un misterioso halo de luz, para aplacar los ánimos.

—¿Queréis dejar de comportaros como niños? —nos riñó con su melodiosa voz.

El herrero arqueó las cejas y la miró boquiabierto.

—Discúlpeme, mi señora —se apresuró a decir, postrando una rodilla en el suelo—. He tenido una reacción indigna de mí, pero corren tiempos difíciles y nunca sabes quién puede llamar a tu puerta. No sé si me entiende... —añadió alzando la mirada.

—¿Y eso te da derecho a tratarme así? —le solté muy enfadado.

—¡Quién fue a hablar! Quien se ha presentado en mi casa armado hasta los dientes para tacharme de sobón —replicó arrugando el morro.

—¿Vais a comenzar otra vez? —medió Lizbeth reprendiéndonos con la mirada—. Me temo que no hemos empezado con buen pie este encuentro, quizá porque nos hemos presentado de improviso y en un mal momento. ¿Qué tal si volvemos a intentarlo de nuevo? —añadió. Ambos miramos a la vidente y asentimos sin mucho entusiasmo—. Mi nombre es Lizbeth y ellos son Hugo, Ángelus y Alexa, *los hijos de la Luz*.

—¿*Los hijos de la Luz*? —exclamó mientras volvía a ponerse de pie.

—Tienes ante ti a los herederos de Horus —apuntó la vidente sin que tal revelación alterara ni un ápice su gesto altivo—. ¿Cuál es tu nombre, señor de la fragua?

—Me llamo Vulcano y creo que les debo una disculpa por mi impropio comportamiento... sobre todo a ti, maese Hugo —dijo alargando su mano.

—Yo también lamento haberme comportado como un energúmeno —me disculpé, sellando la paz con un fuerte apretón de manos.

Mantuvimos el puso durante un rato, tras el cual me miró a los ojos y sonrió al ver que también le aguantaba la mirada.

—Creo que me he equivocado contigo, Hugo, pero mi comportamiento no ha hecho honor a la consabida amabilidad de las gentes del sur y me gustaría tener la oportunidad de poder remediarlo —añadió, retomando su tono bravucón y sin dejar de devorar con la mirada a Alexa—. Decidme, ¿qué os ha traído a mi fragua?

Dejamos que fuera Lizbeth la que tomara la palabra.

—Pues, si quieres que te diga la verdad, aún no lo sabemos con seguridad, aunque quizás tú sepas algo al respecto —dijo con cautela—. Tengo la sensación de que nuestra presencia aquí no te ha pillado del todo por sorpresa; ¿me equivoco, Vulcano?

—Mi señora, uno ya no sabe cómo interpretar las señales que le llegan —respondió con una sagaz mirada.

—Entiendo... Pero no me negarás que esta no es la primera vez que me has visto, ¿verdad? —El herrero palideció—. No tienes que contármelo ahora, pues sé que recelas hasta de lo que ven tus propios ojos, pero quiero pedirte que confíes en mí. Tengo la intuición de que tú nos necesitas tanto como nosotros necesitamos de ti.

—Siento tener que contrariarla, mi señora, pero mi madre es sacerdotisa de Hathor, allá en el lejano reino del Sur, y desde niño me enseñó a no quedarme tan solo con lo que hay en la superficie —aseveró mirando a la vidente—. Lo que ocurre es que con vosotros tengo una sensación ambivalente y tal vez cuando sepáis el origen de mis recelos entenderéis mi extraño proceder.

La confesión de Vulcano me rompió todos los esquemas y me hizo temer que me hubiera fallado la intuición en el primer intento.

—¿No estamos en el reino del Sur? Entonces, ¿qué diablos estamos haciendo aquí? —rezongué en voz alta.

—Maese Hugo, este es Zauryn, uno de los planetas situados en los límites australes de la dimensión del Sur y una de las colonias que el rey Sigmund abrió para explotar sus ricas minas de metal, así que, en realidad, sí que estamos en el reino del Sur —dijo con un extraño tono de voz—. Y ahora sí que estoy de verdad intrigado con vuestra visita —añadió mirándome con ojos de halcón—. ¿Por qué queréis ir allí?

—Porque necesitamos ayuda —le solté, sin pensar—. Los señores del

Caos han escapado de sus cárceles dimensionales y están preparando una ofensiva con la que pretenden hacerse con el control total del universo ahora que los dioses de la Luz no pueden salir de Aaru. Te guste o no, la tarea de acudir a los cuatro reinos a pedirles a sus monarcas que cumplan con la promesa que les hicieron a los dioses nos ha tocado a nosotros —dije poniendo todas las cartas encima de la mesa.

A Vulcano se le cambió la cara al escuchar mi explicación.

—Creo que debemos continuar esta conversación en un lugar más tranquilo. No es necesario que unas criaturas tan bellas y delicadas pasen más tiempo respirando gases nocivos en este infesto lugar —añadió desplegando una empalagosa galantería—. ¿Por qué no me esperáis en el abrevadero? Voy a adecentarme un poco y en un momento me reúno con vosotros allí.

Hicimos caso a Vulcano y lo esperamos en lo alto del cráter. La fresca brisa de la noche y el aire puro me liberaron de la opresión que sentía en el alma, aunque había algo en el talante del forjador que me resultaba más inquietante que su irritante pedantería. Intuía que mi relación con Vulcano estaría cargada de tensiones.

Pero ¡no sabía cuánto!

Cuando Vulcano emergió por el cráter parecía otro hombre. Iba vestido con una elegante casaca granate, camisa blanca, pantalón de lino negro y botas de cuero, y enfundada al cinto llevaba una espada larga de un material más brillante que el acero. Si aquella espada era obra del herrero, había convertido una burda pieza de metal en una obra de arte que muy pocas manos serían capaces de forjar.

—¿Y bien? ¿Estáis preparados para dar un paseo? —advirtió con una amplia sonrisa—. Cerca de aquí tengo una cabaña. No es muy grande ni tiene camas para todos, pero servirá para que descansemos bajo un techo y comamos algo caliente. Allí podremos hablar con total tranquilidad.

—¿Queda muy lejos? —pregunté con fastidio.

—¿Acaso están muy cansadas tus cortas patitas? —se burló el forjador—. ¡No te tomes todo lo que te diga al pie de la letra, maese Hugo! —dijo al verme resoplar—. Ya te irás acostumbrando a mi ácido sentido del humor.

Lo miré de reojo y me guardé de decirle: «¡Te vas a enterar tú como te muestre yo mi sentido de humor!».

Vulcano desligó a la yegua y tuvo la gentileza de dejar que las chicas realizaran el viaje sentadas sobre su lomo. A nosotros nos tocó hacerlo a pie y, para colmo, al poco de iniciar el descenso se levantó un gélido viento que nos obligó a envolvernos con las capas. Una vez llegamos a los pies del volcán la caminata se hizo más amena, al amainar las ráfagas de viento, y en poco más de media hora llegamos a la cabaña.

Lo cierto es que me esperaba poco más que una choza, pero la casita, de piedra y construida en una sola planta, era amplia y muy bonita. Tenía dos ventanas de madera en la fachada principal y una puerta, cómo no, de hierro forjado a la que se accedía a través de un pequeño porche.

El forjador abrió la puerta y nos pidió que esperásemos fuera mientras encendía un candil. En cuanto se hizo la luz, vi que la puerta daba a una pieza rectangular que hacía de cocina y comedor a la vez, en la que había una

mesa de madera que ocupaba el espacio central, varios armarios y un sofá de cuatro plazas frente a una chimenea. La sala tenía una única puerta, que supuse que comunicaría con la habitación, y en la parte posterior de la cabaña había una ventana con vistas al volcán.

—Poneros cómodos. Estáis en vuestra casa —comentó nuestro anfitrión mientras dejaba la chaqueta colgada en el respaldo de una silla.

Dejamos los bultos en un rincón del pequeño recibidor y nos quedamos plantados en mitad del salón viendo cómo Vulcano encendía un fuego en la chimenea. En cuanto chisporrotearon los leños, azotados por las llamas, el herrero se dirigió a la cocina y sacó una hogaza de pan y una botella de vino de una despensa, que luego dejó encima de la mesa.

—¿Me ayudas en la cocina, guapetona? —le preguntó a Alexa con un guiño—. Y Hugo, ¿por qué no vas abriendo la botella? —añadió enseñándome un sacacorchos que sacó del bolsillo del pantalón.

Me acerqué al forjador y recogí el abrebotellas, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Dónde están las copas? —le pregunté, de mala gana.

—En la alacena —dijo, señalando a un armario que había encima de la chimenea—. Ya que estás, ¿te puedes encargar de poner la mesa?

Refunfuñando, fui colocando los platos, los cubiertos y las copas encima de la mesa, intentando no prestar atención a los chascarrillos con los que Vulcano arrancaba las carcajadas de Alexa. Una vez hube acabado la tarea me dejé caer en una silla malhumorado. Ángelus descorchó la botella de vino, me sirvió una generosa copa y se sentó a mi lado.

—Te ha salido un duro rival, ¿eh? —susurró pícaramente.

—¡Vete al cuerno! —repliqué, viendo de reojo cómo Vulcano aprovechaba la menor oportunidad para poner sus sucias manos encima de Alexa.

—Pues ¿sabes qué? —dijo dándole un sorbo a la copa—. Me alegro de que tengas competencia. ¡A ver si así espabilas!

Atravesé con la mirada a mi amigo, pero la voz de Lizbeth refrenó el impropio que estaba a punto de soltar.

—No le hagas caso, Hugo. Alexa y tú sois almas gemelas, pero todavía no estáis preparados para dar el paso... ¡Ten paciencia! —señaló posando su mano en la mía.

No sabría decir qué me incomodó más; si las bromas de Ángelus o la revelación de la vidente. Afortunadamente, el ruido de las sartenes en los fogones me sacó de mi introspección y focalicé todos mis esfuerzos en

ahogar mis penas en alcohol, para ver si así dejaba de escuchar las insoportables risas de los cocinillas.

Al rato regresó Alexa y sentó sonriente a mi lado. Jamás había visto brillar sus ojos de aquella manera. «¿Quién soy yo para inmiscuirme en su felicidad?», me dije intentando esbozar una sonrisa. Vulcano dejó una bandeja de huevos revueltos con panceta encima de la mesa y, al ver que había dado buena cuenta del vino, me echó una mordaz mirada y se fue a buscar otra botella antes de sentarse a comer con nosotros.

La cena estaba de rechupete y, después de degustar el rico pan de higos y almendras, que nuestro anfitrión sacó de postre, nos sentamos en un sillón para tomarnos un té verde bien calentito.

—Bueno, creo que ya ha llegado la hora de que tratemos los temas serios y será mejor que vayamos por partes —dijo mientras se liaba un cigarrillo—. Lo primero que debo confesaros es que no he sido demasiado sincero con vosotros, pero cuando os explique el porqué tal vez podáis perdonarme. ¿Qué tal si comienzo por el principio? Como sabéis, mi nombre es Vulcano, pero lo que desconocéis es que soy el príncipe del reino del Sur —anunció mostrando su perfecta dentadura.

—¿Tú...? ¿Tú eres un príncipe? —pregunté con tono burlón.

—¿Tanto te sorprende mi linaje, Hugo? —apuntó mientras se encendía el cigarrillo con una cerilla.

—Entonces, ¡tu familia es la heredera del rubí escarlata!, ¿verdad? —exclamó Alexa, mirándolo como si fuera un dios.

—El rubí escarlata ha sido el emblema de mi familia desde que los dioses se lo entregasen a mi padre, el rey Sigmund II, en agradecimiento por el valor que había mostrado poniendo a salvo a nuestro pueblo de la ira de Sekhen en la gran guerra contra el Caos —nos explicó, exhalando una bocanada de humo—. Mi padre, que por aquel entonces era un joven príncipe, consiguió abrir una puerta dimensional por la que guio a sus súbditos hacia un nuevo mundo antes de que las hordas del señor del Caos consiguieran abrir una brecha en las murallas de la ciudad. Desgraciadamente, mi abuelo, el rey Sigmund I El Valeroso murió defendiendo el portal dimensional y ese suceso marcaría para siempre el destino de mi padre, pues él nunca creyó ser merecedor de recibir tal favor de los dioses y siempre consideró que el rubí escarlata era una gema maldita —declaró con serio semblante.

—¿Y qué te pasó? ¿Por qué tuviste que abandonar tu hogar? —le preguntó Lizbeth.

—Es una larga historia, mi señora —comentó con la mirada perdida—. A mi padre le asignaron repoblar uno de los planetas situados en la dimensión del Sur. Es un mundo extraordinario y de grandes contrastes, pues en él existen dos ciudades separadas por un vasto océano. La capital del reino se llama Rubí y está ubicada en lo alto de una colina frente al mar. En ella se haya la Fortaleza de Hierro, una construcción con forma de martillo que se asienta sobre una superficie natural que se asemeja a un yunque. Y la ciudad está enclavada en una bahía en cuyo puerto se amarra una de las más poderosas flotas de los cuatro reinos. No obstante, lo más maravilloso de la ciudad son los bosques que se extienden desde las murallas y los ríos, cascadas y manantiales que brotan por doquier —señaló con los ojos encendidos—. Su clima es primaveral durante todo el año y combina horas de sol con otras de fina lluvia que hace que en el ambiente haya un perenne aroma a tierra mojada y que en sus verdes prados prosperen las manadas de caballos purasangre, las joyas de nuestro ejército de caballería. La otra gran urbe es Gélida, ubicada allende los mares, en la porción austral del planeta. Su belleza radica en su salvaje naturaleza y en las minas de metales y piedras preciosas que se encuentran en las Tierras Pardas, una enorme extensión boscosa que se halla en los límites nororientales del continente. Es una tierra de osos y en la Fortaleza Blanca tenemos las legiones de los guerreros del oso blanco. Desde ese castillo, cada noche, se puede contemplar el espectáculo de las auroras australes con las tres lunas.

—¡Vaya, qué lugar tan asombroso! —musitó Alexa, con ojos de besugo.

—¡Ya lo puedes decir! —añadió el forjador antes de continuar con el relato—. Durante los primeros años de reinado, mi padre exploró el espacio dimensional buscando otros mundos donde establecer unas colonias con la finalidad de amplificar la vigilancia del espacio-tiempo y consolidar una red comercial segura con la que comunicarse con los reinos aliados. De esta manera, la relación de los pueblos libres prosperó y se inició una época de expansión comercial y colonial que culminó con el Imperio de la Luz. Pero, como la avaricia humana no tiene límites, algunos se aventuraron a explorar las zonas prohibidas que se hallaban cercanas a las dimensiones del destierro y despertaron un poder oculto entre las sombras —comentó escondiendo la mirada en su taza de té—. Poco a poco la impronta del Caos fue extendiéndose como una plaga y algunas de las colonias más lejanas sucumbieron a la Oscuridad. Mi padre, quien por aquel entonces ya había recibido el sobrenombre de El Intrépido, convocó el primer cónclave de la

Alianza en el que se decretó establecer unos límites fronterizos seguros y cerrar todas las puertas dimensionales que se hallaban más cercanas a las dimensiones del destierro. Desde aquel momento se prohibieron los viajes dimensionales de exploración y se abandonó a su suerte a muchas de las colonias que se negaron a obedecer el decreto. Fue en aquel cónclave donde mi padre conoció a la princesa Helga, hija menor del rey del Norte y sacerdotisa de la Orden de Hathor, que se convertiría en su esposa —comentó con la mirada vidriosa—. Mi madre se mudó al reino del Sur después de la boda y al poco tiempo nació yo, trayendo de nuevo la felicidad al corazón de mi padre. Fue ella la que decidió llamarme Vulcano, pues gracias a su intuición percibió la fuerza de un volcán en mi alma y supo que estaba llamado a ser el mejor forjador de todo el universo. Mi madre no se equivocó y pronto superé en destreza a todos mis maestros. No había metal que se me resistiera y experimenté con nuevos materiales y aleaciones, que yo mismo ingeniaba, para fabricar verdaderas obras de arte, ya fueran las más bellas joyas o las más letales armas. Mi fama traspasó las fronteras de mi mundo y con ello un suceso que cambiaría nuestras vidas para siempre —anunció, quedándose ensimismado entre una nube de humo.

—¿Qué fue lo que sucedió? —le preguntó Alexa, tomándole de las manos.

—Un buen día llegó al reino una comitiva de una de las colonias más ricas de mi padre, formada por el gobernador y su joven hija —prosiguió, sin cambiar un ápice su semblante—. La visita pilló a mi padre de cacería y mi madre me obligó darles audiencia, pese a que sabía lo mucho que odiaba tener que ocuparme de las cosas de palacio. El gobernador se alegró de que fuera yo quien los recibiera, pues el motivo de su visita era pedirme que confeccionara una tiara de boda de diamantes negros para su hija. Me sorprendió que una muchacha de rica cuna no llevara el típico vestido sureño, de vuelo largo y algodón, sino un ceñido vestido de lino blanco que no hacía más que realzar sus sensuales atributos femeninos, y aún más que me sintiera irracionalmente atraído por ella pese a que llevaba la cara oculta tras un velo azul, tal y como manda la tradición entre las mujeres prometidas. Lo que vi tras él, por desgracia, me dejó totalmente trastornado —comentó tirando la colilla al suelo.

—Te enamoraste de ella, ¿verdad? —adiviné aliviado.

—Acostumbrado a las mujeres rubias, de ojos azules y piel morena del sur, me quedé prendado de la belleza de aquella pelirroja, de cabellos trenzados, tez blanca y unos ojos violetas capaces de encoger el corazón del hombre más

osado —comentó como si estuviese viéndola en aquel momento—. Nos enamoramos a primera vista y, pese a que el gobernador tenía fama de hombre rudo y desconfiado, me armé de valor y le pedí la mano de su hija. El gobernador accedió de inmediato, seguramente seducido con la idea de ver a su hija formando parte de la casa real, pero no conté con el rescoldo más importante que tenía que superar: el veredicto de mi madre. La reina se opuso radicalmente al enlace aludiendo que aquella joven no era de fiar, cosa que no hizo más que me empecinara en tirar adelante con mi decisión, con o sin su consentimiento. Finalmente la reina accedió al enlace, pero con la condición de que esperásemos a que regresara mi padre para que fuera él quien oficiara la ceremonia.

—Entonces, ¿estás casado? —le cortó Alexa, poniendo una cara que me revolvió las tripas.

Vulcano negó con serio semblante.

—Nada salió como había imaginado. Mi padre se quedó prendado de mi novia nada más verla y me felicitó por haber decido poner fin a mi soltería con tan bella mujer. Pero mi vida se derrumbó en vísperas de nuestra boda —confesó cabizbajo—. Mi madre descubrió, gracias a sus dotes videntes, que mi prometida era en realidad Andhra, la bruja blanca, uno de los mestizos que había tenido el gobernador con Alrinach, y averiguó que había venido a nuestro mundo para hacerse con el rubí escarlata y así tener bajo control del Caos la dimensión del Sur y sus poderosos ejércitos —murmuró con la mirada inyectada de odio—. Con ese fin, Andhra se valió de sus artes oscuras para seducir a mi padre, la noche anterior a nuestro casamiento, y convencerlo de que nos encerrara en las mazmorras del castillo a mi madre y a mí. Afortunadamente, el comandante de la guardia real advirtió a la reina de las intenciones de esa arpía y mi madre se presentó en mis aposentos antes del alba para instarme a huir del reino con la gema mágica. Cuando me contó lo que había pasado, quise tomarme la justicia por mi mano, pero mi madre me lo impidió: me advirtió de que Andhra estaba esperando que hiciera ese movimiento para así poder justificar mi muerte ante el rey, así que metí unas pocas mudas en una mochila y abandoné la dimensión con el rubí escarlata.

—¿Y te largaste abandonando a tu madre a su suerte? —le recliné.

—¿Y qué querías que hiciera? —replicó atravesándome con la mirada—. Ella me advirtió que la única forma de acabar con la bruja blanca era atravesándole su gélido corazón con una espada que todavía no había sido forjada... que tenía que forjar yo. Aún puedo escuchar las palabras con las

que se despidió de mí —confesó con lágrimas en los ojos—: «Yo seré la resistencia hasta que tú regreses para restablecer de nuevo la Luz en este mundo, hijo mío. Vulcano, tú naciste con un don y a él debes apelar para que se produzca nuestro reencuentro. Busca los metales antagónicos al hielo e intégralos en una aleación única que corte y queme al mismo tiempo. Cuando sientas la señal, regresa para liberar a tu pueblo».

El forjador se quedó callado, con la mirada perdida.

—Vaya... debió ser un amargo trago para ti —se solidarizó Ángelus—. Pero ¡no te preocupes! Nosotros te ayudaremos a cumplir con tu destino si decides unirte a nuestra compañía.

—¿Cómo?! —exclamé sintiendo cómo se me incendiaban las mejillas.

—¿Te estás escuchando, Hugo? La dimensión del Sur está en manos del Caos. ¡Tenemos que ayudarlos! —sentenció el mago.

«¿Por qué no puedes sujetar tu lengua, so mendrugo?», me reocriminé mientras buscaba una excusa con la que endulzar mi reacción.

—¡Claro que tenemos que ayudarlos! Pero ¿no lo has escuchado? Antes tiene que forjar esa espada o... ¿ya la has conseguido forjar? —le pregunté, temiendo cual sería su respuesta.

Vulcano se levantó del sofá y se dirigió hacia un armarito alto que había en un rincón de la sala. Abrió la portezuela y sacó una espada larga, enfundada en una bonita cinta de cuero con incrustaciones de diamantes negros, con la que volvió a sentarse con pose altiva.

—Esta es Magma, el azote de Andhra —anunció desenvainando la espada—. Está forjada con una aleación de acero y adamante con la que he conseguido concentrar el fuego del volcán en su interior. Su hoja está afilada con diamantes negros y no solo está preparada para cortar, también quema a quien consigue herir. —Vulcano pasó la yema del dedo por la hoja y esta le hizo un preciso corte, que no llegó a sangrar porque al instante la herida se cauterizó—. Creo que ya no debo esperar por más tiempo la señal que vaticinó mi madre. ¡Contad conmigo, *hijos de la Luz!*

Nos quedamos anonadados, contemplando cómo el reflejo del fuego del hogar refulgía en la pulida hoja de la espada.

Al mirar a Vulcano, sentado en el sofá mostrando con orgullo a Magma, el azote de Andhra, ya no veía al hombre sino al rey que estaba destinado a ser. El mero hecho de pensar en todo lo que debió pasar al verse traicionado por su propio padre y al tener que huir del lugar que un día lo vio nacer despertó en mí un sentimiento solidario que creí que no llegaría a profesar nunca por él. Otra cosa diferente era lo que parecía sentir por él Alexa. No había ni una mirada ni un gesto de Vulcano que no produjera una reacción que fuera inédita para mí, signos inequívocos de que tarde o temprano tendría que asumir mi derrota.

—No esperábamos tan malas noticias del reino del Sur, pero por lo menos ya hemos dado con una de las gemas mágicas que debíamos encontrar — anunció Ángelus, espabilándome de mi introspección.

«Algo es algo», medité mientras posaba la mirada en el forjador.

—Bueno... —dijo Vulcano mostrando una ridícula sonrisa—, lo cierto es que ya no la tengo.

—¿¡Qué!? —resoplé dando un puñetazo en la mesa—. ¿Cómo que ya no la tienes?

—Telemo me la robó —comentó torciendo el gesto.

—¿Telemo, el cíclope? —exclamó Lizbeth con la cara desencajada.

—¿Lo conocéis, mi señora? —señaló Vulcano, con tono de sorpresa.

La vidente nos miró con el semblante muy serio.

—Los cíclopes fueron seres crueles, perversos y muy ambiciosos, capaces de arrasar con todo aquello que se interponga a sus intereses. No en vano fueron creados por el mismísimo dragón negro, de quien heredaron su sobrecogedora fuerza, para formar parte del ejército con el que el Caos intentó conquistar la Tierra. De todos ellos —dijo bajando el tono de voz—, Telemo es el peor. Aprendió los secretos de la magia ancestral de mano de su creador y posee una afinada intuición. Amigos míos, si el rubí escarlata está en sus manos, estamos metidos en buen lío. Lo que no entiendo... —añadió

mirando al forjador— es cómo ha llegado a este mundo. Los dioses los separaron antes de recluirllos en prisiones subterráneas que excavaron en lejanas dimensiones.

—Me temo que la culpa de su aparición la tuve yo —apuntó el herrero con cara de circunstancias—. Cuando abandoné el reino del Sur fui dando tumbos, visitando muchos mundos, hasta que llegué a este planeta. Ya habéis comprobado que Zauryn no es el paraíso ni su clima es el más acogedor, pero en él descubrí el secreto mejor guardado de la porción austral de la dimensión del Sur: la magia oculta en los detritos del volcán, gracias a la cual pude forjar a Magma. Por otra parte, mis inicios en este planeta no fueron, precisamente, fáciles —confesó entrelazando los dedos de las manos encima de la mesa—. Trabajé muy duro y en poco tiempo conseguí aunar una pequeña fortuna con la que compré mi primera mina de diamantes negros. Sabía que ya había sido explotada y que tendría que excavar muy profundo para extraer sus tesoros, haciendo caso omiso de la advertencia del que me la vendió. «Yo de ti, no me adentraría en las profundidades de la mina, Vulcano, pues algo muy oscuro mora allí». Por desgracia, aquel hombre tenía razón y, debido a mi inconsciencia, liberé sin querer a Telemo de su prisión mágica —nos relató.

—Pero ¿cómo pudiste hacerlo? Esas cárceles fueron selladas por los dioses con la magia ancestral —le inquirió Lizbeth.

—Cuando Vulcano se propone una cosa, no desfallece hasta que la consigue, mi señora, ¡ya lo iréis comprobando! —certificó el forjador—. Lo cierto es que, desde ese momento, el cíclope se hizo dueño y señor de este mundo y tuvimos que entregarle una gran parte de nuestros tesoros a cambio de salvar la vida. También debemos pagarle un tributo anual de los tesoros hallados para poder seguir explotando nuestras minas, y avituallarlo mensualmente de bebida y de comida. Además, el muy granuja aprovechó las infraestructuras que había construido en la mina para no tener que mover del sitio todo lo que me robó. Por eso sé que en algún lugar secreto de ese antro debe haber una cámara llena de tesoros —nos explicó— y, antes de que el señor cascarrabias se me eche encima reprochándome que le diera el rubí escarlata —añadió, dedicándome una hiriente mirada—, debo decirte que los cíclopes tienen un sexto sentido para encontrar piedras preciosas y, sobre todo, aquellas que son especiales. ¡Lizbeth lo puede atestiguar!

—¿Y dónde está el problema? Él podrá ser muy poderoso, pero nosotros tenemos a dos excelentes magos, a una vidente y a un señor de la Guerra, por

no contar con la nueva incorporación del grupo: ¡el príncipe del Sur! —repliqué utilizando su mismo tonillo de voz.

—Vulcano está en lo cierto, querido Hugo —respondió Lizbeth con gesto de preocupación—. Aparte de su extraordinaria fuerza y envergadura, Telemo posee una afinada intuición, es muy inteligente y domina la magia ancestral con maestría. Además, si no han cambiado sus costumbres, los cíclopes suelen construir sus antros en lugares profundos y plagados de trampas mágicas para que nadie pueda robar sus tesoros. Eso implica que tendremos que enfrentarnos a él en su terreno y, teniendo en cuenta que los cíclopes tan solo fueron vencidos por los dioses, convierte el reto de recuperar el rubí escarlata en una misión imposible.

Se produjo un tenso silencio, solo roto por el crepitar del fuego.

—No estoy del todo de acuerdo con tu predicción, Lizbeth, y ahora te explicaré el por qué —añadió Vulcano con un guiño—. ¿Recuerdas que en la fragua afirmaste que aquella no era la primera vez que te había visto? Pues tenías razón, aunque fue en un sueño que tuve la víspera del fatídico día en que dejé escapar al cíclope de su prisión. Aquella noche recibí la visita de una misteriosa muchacha, pelirroja y de mirada añil, que irradiaba tanta belleza y sensualidad que de haber sido real me habría enamorado irremediablemente de ella. La joven se presentó con el nombre de Alhama y en cuanto me atreví a fijar mi mirada en la suya descubrí un misterio que me hizo estremecer. Sus ojos eran idénticos a los de mi madre y... y también a los tuyos —añadió mirando a Lizbeth—. De ahí mi reacción cuando te vi en la fragua por primera vez. Pero lo más extraño de aquel sueño fue cuando me reveló este enigmático mensaje: «Querido Vulcano, al despertar recibirás un objeto que esconde un enigma que deberás desvelar si quieres recuperar tu vida y liberar a tu pueblo de la Oscuridad. Tu avaricia te lo arrebatará, pero tu generosidad te lo devolverá, siempre y cuando seas capaz de captar la señal y entender que nada pasa por casualidad».

—Y yo era esa señal, ¿verdad? —vaticinó Lizbeth escrutándole con la mirada.

—Eres muy perspicaz, mi señora —añadió el forjador—. Nada más despertarme del sueño me encontré con un cetro de oro al pie de la cama y al verlo supe que aquel objeto era mágico, pues rezumaba magia ancestral por sus cuatro costados. ¡Era tan bello, Hugo! Su mástil estaba formado por los cuerpos entrelazados de dos cobras, cuyas bocas abiertas sostenían la cabeza de un halcón, y sus colas, los cuernos de una vaca.

—¡Horus y Hathor! —exclamé con un escalofrío—. Pero ¿para qué te entregaría ese objeto?

—Ese cetro es una obra de arte que solo ha podido crear un dios. Y tú has venido acompañado por los hijos de Horus, ¿no es así, maese Hugo? —anunció con una sagaz sonrisa.

—¿Y qué tiene que ver Lizbeth con este misterio? —le interrogué.

—Mis ojos, Hugo. Vulcano vio en mis ojos la señal que estaba esperando —terció Lizbeth—. Pero hablas del cetro en pasado. ¿También te lo robó Telemo? —Su gesto respondió por él—. Entonces tienes que resolver a toda costa ese enigma.

—Y es lo que voy a hacer —respondió Vulcano antes de dirigirse, a grandes zancadas, a la habitación.

El herrero trasteó durante un instante en su interior y regresó con una bolsa de cuero en las manos.

—¿Qué traes ahí? —le preguntó Lizbeth arqueando las cejas.

—Mi acto de generosidad —respondió mientras se sentaba en la silla—. ¿Qué necesita quien ve sin mirar? —Vulcano metió la mano en la saca y sacó una bola de cuarzo—. Este objeto pertenece a alguien muy especial, como tú, y sé que tus hábiles manos sabrán cómo extraer la magia que guarda en su interior. Con él podrás ver a través de los muros, por muy gruesos que sean, y también tiene el don de mostrar lo que ha sucedido, sucede o sucederá a quien tenga el tino de estar mirando en ese momento.

Lizbeth cogió la bola de cuarzo con delicadeza y le miró asombrada.

—¿Es de tu madre, verdad?

—Ahora comprendo por qué insistió en que me lo llevara conmigo —añadió con una nostálgica sonrisa.

—No sé qué decir —confesó ruborizada.

—¡No hay nada que decir! —exclamó Vulcano, volviendo a meter la mano en la bolsa—. Ahora tengo un regalo muy especial para una chica muy especial —añadió deslizando en el dedo anular de Alexa un anillo con una piedra totalmente negra—. Este es el metal más portentoso que he hallado entre los detritos del volcán. Volatile, lo he llamado.

—Bonita joya —dijo Alexa, sin saber adónde mirar.

—Pero no es una joya —le corrigió Vulcano esbozando una sonrisa—. Estira el brazo, agita con fuerza la muñeca, ¡y ya verás! —añadió, apartándose de su lado.

Alexa hizo el gesto y de su mano brotó un escudo que la cubrió por

completo.

—¡Guau! —exclamó con un sobresalto—. ¡Qué ligero es!

—Y eso no es todo... ¡También está a prueba de cualquier arma!

Vulcano desenvainó a Magma y golpeó con fuerza a Alexa. El escudo no solo repelió el ataque, sino que dejó temblando el brazo del forjador.

—¡Es increíble! —suspiró Alexa—. ¿Y cómo revierto el efecto?

—Con el mismo gesto —le reveló Vulcano mientras se masajeaba el antebrazo—. El volatile es un metal tan ligero, fino y moldeable que me ha permitido compactar todas las partes del escudo en el espacio que ocupa la gema, pero a la vez es tan tenaz que tan solo puede domarlo el fuego del volcán —le explicó—. ¡Bueno! ¿Por dónde iba? —advirtió sacando del fardo una pequeña cota de malla—. Para el señor cascarrabias tengo una coraza hecha exclusivamente con encajes de volatile ensartados en una coraza hecha con polvo de diamante negro. Fue un encargo que me hizo un gobernador, enano y bastante fondón, que nunca vino a recoger. ¡Menos mal que le cobré la mitad por adelantado! —se carcajeó—. ¡Venga, pruébatela! Creo que te irá como anillo al dedo. —Me asombró lo poco que pesaba y cómo se me adaptaba al cuerpo como un guante—. Y ahora, ¿por qué me miras así? ¿Acaso no te gusta? —rezongó torciendo el gesto.

—No es eso, Vulcano —me apresuré a disculparme—. Es que nunca me habían hecho un regalo así.

—Espero que a partir de este momento me tengas en mejor consideración, maese Hugo —dijo volviendo a meter la mano en la bolsa—. Y ahora te toca a ti, Ángelus. Todo mago debe tener un as oculto bajo la manga y creo que este objeto te vendrá de maravilla —añadió sacando una daga, envainada en una bonita funda de cuero—. Lo forjé con los restos de Magma y, por lo tanto, posee sus mismas cualidades.

Ángelus desenvainó el puñal y, tras comprobar la ligereza y el temple de su hoja con unos ágiles movimientos de muñeca, exclamó:

—¡Muchas gracias, Vulcano! Ahora ya no me sentiré inútil en el combate cuerpo a cuerpo, aunque me temo que antes tendréis que enseñarme cómo usarla —dijo con una tímida sonrisa.

—¿Y bien? —advirtió el herrero con su altivo vozarrón—. Creo que ahora tenemos nuevos argumentos con los que presentarnos en la cueva de Telemo, ¿verdad?

—Lo único que sé es que por hoy ya es suficiente —alegó Ángelus, sin poder contener un bostezo—. Se hace tarde y necesitamos tener la mente fría

para idear un buen plan. ¿Qué tal si nos vamos a dormir?

—Pero ¿qué estás diciendo? Todavía hay tiempo para echar un trago — resolvió Vulcano mientras se dirigía hacia despensa—. ¿Os apetece un *whisky*? —dijo balanceando una botella que contenía un líquido ambarino. Declinamos la invitación y vimos como nuestro anfitrión se servía un copazo —. ¡En fin, vosotros os lo perdéis! Chicas, si queréis ya podéis iros a descansar a la habitación que hay ahí al fondo. Solo dispone de una cama, pero es de matrimonio y dormiréis muy cómodas. Vosotros dos, escoged el rincón que más os guste e intentad dormir un rato, ahora os saco unas mantas.

Las chicas no se hicieron de rogar. Nos dieron las buenas noches y se metieron en la habitación con cara de sueño.

—¿De verdad que no queréis tomar un trago? —dijo cuando regresó con las mantas. De buena gana le habría tirado la botella a la cabeza, pero como tenía más sueño que ganas de discutir, me enrollé con la manta y me acurruqué en el sofá—. ¡Bah! Haced lo que queráis.

El forjador agarró la chaqueta del respaldo de la silla y se la puso de camino a la puerta de salida.

—¿Y tú, qué vas a hacer? —le pregunté intrigado.

El herrero detuvo el paso y respondió sin siquiera girarse:

—Algo útil.

Seguidamente salió de la cabaña, dando un portazo, y nos dejó con dos palmos de narices. Ángelus me pasó la petaca de tabaco y se sentó a mi lado en el sofá con la jarapa colocada a modo de capa.

—¿Qué te parece el figura? —le pregunté mientras prensaba un pellizco de tabaco en la pipa.

—Es un poco fanfarrón, pero me parece un buen tipo —comentó antes de encender con una cerilla la pipa.

—Pues a mí me parece un patán —sentencié al tiempo que me sacudía de tabaco las manos—. Sé que no ha debido tener una vida fácil, desde que se viera obligado a abandonar su hogar, pero eso no justifica que se comporte como un cantamañanas, ¿no crees?

Ángelus me echó una irónica sonrisita.

—Lo que de verdad creo es que estás celoso y no quieres reconocer que te está levantando a la chica. Pero si te sirve de consuelo —añadió suavizando el tono—, no tiene nada qué hacer con Alexa si tú haces bien tu trabajo.

Hablar de aquel tema me incomodaba tanto que preferí levantarme del sofá para buscar un lugar tranquilo donde fumar.

Encendí la pipa y me dirigí hacia la ventana de la parte trasera de la cabaña, donde podía disfrutar de unas bonitas vistas del volcán sentado en el poyo de la ventana. Una inmensa luna, bordeada por un anillo naranja, se alzaba por encima del cráter emitiendo una misteriosa luz.

En ese momento vi a Vulcano salir de un cobertizo con un capazo repleto de heno. Lo seguí con la mirada y vi cómo se dirigía hacia una caballeriza donde lo esperaba la yegua, quien lo recibió con unas gráciles cabriolas. El forjador vació el canasto en el pesebre y luego cogió un cepillo con el que comenzó a cepillar al animal mientras le canturreaba una tonadilla.

Escuchando el pegadizo estribillo comencé a divagar hasta que caí dormido.

Me desperté al sentir un fuerte destello. Todavía era noche cerrada y en el horizonte se había desatado una tormenta eléctrica que avanzaba hacia la cabaña con rapidez. Me levanté del banco y me desperpecé intentando no hacer ruido para no despertar a mis compañeros, quienes dormían a pierna suelta en el sofá. «¿Qué hora será?», pensé mientras me quitaba las legañas con un pañuelo.

Me volví a sentar en el poyo de la ventana y, como me aburría, decidí poner al día las memorias de Gabriel. Le saqué punta al lápiz con una navaja y abrí el diario por la última página escrita. Lo orienté a la ventana para ver lo que había escrito con la tenue luz de la noche. Parecía que habían pasado años desde que me despidiera de él en el atrio del monasterio de Antón, pero lo que pasaba en realidad es que lo echaba mucho de menos.

Me sacudí la nostalgia, que amenazaba con arrancarme unas lágrimas de los ojos, e intenté afinar la memoria para no dejarme en el tintero nada de lo que había acontecido desde entonces, y quedé tan ensimismado con la escritura que no me percaté de la sombra que se había parado delante de mí hasta que una voz pastosa me dijo:

—¿Qué estás haciendo, amigo?

—¡Ostras, qué susto me has dado, Ángelus! —dije con un respingo.

—¿No es ese el diario de mi padre?

Asentí conteniendo la emoción.

—Le prometí que continuaría con su obra ¡y a aquí estoy, devanándome los sesos!

—Pero ¡si apenas hay luz! —dijo haciendo brotar un destello de luz en su dedo índice.

—No eches la culpa de mi falta de talento a la falta de luz —me sinceré al ver que solo había escrito un par de párrafos.

—¡Ah, pues para eso creo que tengo una solución! —comentó dándome unas palmaditas en el hombro. Ángelus sacó el manuscrito de Ceres y lo

comenzó a hojear con avidez—. ¡Aquí está! —exclamó, señalando una de las páginas del libro—. Mira, Hugo, pronuncia este conjuro y tendrás una tarea menos de la que preocuparte.

—¿¡Qué pronuncie yo un conjuro!?! —aludí extrañado.

El mago fue a buscar una silla y se sentó a mi lado.

—¿Cuándo te darás cuenta del inmenso poder que guardas en tu interior? —dijo pasándome la mano por el hombro—. Tienes un talento innato para la magia, pero no quieres utilizarlo por temor a fracasar. Ya va siendo hora de que alguien te dé un empujoncito —añadió dándome un cariñoso coscorrón—. Es un hechizo muy sencillo de ejecutar y, para que sea efectivo, debes pronunciarlo tú.

—¿Y para qué sirve?

—Para que la magia se encargue de transcribir sobre el papel por ti lo que te suceda. ¿Estás preparado?

Ángelus me hizo un gesto para que cogiera el libro. Dejé el diario en el quicio de la ventana y tomé el manuscrito de Ceres como si fuera un objeto de porcelana.

—¿Y bien? —le pregunté con voz temblorosa.

—Recita el conjuro que hay bajo el título: «Escritura mágica» —dijo señalando un punto concreto del texto—. Pero tienes que hacerlo con determinación y dejando fluir la magia de tu interior.

—Lo dices como si fuera lo más fácil del mundo —refunfuñé.

—Seguro que sabes hacerlo, Hugo. ¡Va, concéntrate!

Nada más leer el verso supe que no podía hacerlo.

—Pero ¡si está en latín!

Ángelus me miró a los ojos y me susurró:

—Conecta con tu esencia y recita el encantamiento como te he dicho. Confía en ti y todo saldrá bien.

Memoricé el conjuro y me relajé hasta que me pareció que estaba preparado. Entonces me dejé llevar y musité:

—*Scribere in codicem cōgitâtîô.*

Miré a Ángelus y este me hizo un gesto de aprobación.

—¿Ha funcionado? —pregunté al ver que no aparecían los fuegos artificiales a mi alrededor.

—Mira el diario —se rio él.

Cuando fijé la mirada no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo.

—¡Leches! Pero ¡si aparecen las palabras solas! ¡Y con mi caligrafía! —

suspiré asombrado.

—Lo has hecho muy bien, amigo. Eso sí, debo advertirte que la magia no escribirá solo lo que ocurra sino también transcribirá los pensamientos, emociones y sentimientos que vivas en cada momento. ¿Estás preparado para abrir de esa forma tu corazón? —dijo escrutándome con la mirada.

En ese momento me quedé bloqueado. Saber que quedaría plasmado sobre el papel la parte más íntima de mi ser me producía terror.

—No sé, Ángelus...

—Si quieres, puedes revertir el conjuro.

He de admitir que estuve tentado de dar vuelta atrás, pero una vocecilla interior refrenó mi intención.

—¡No, mejor así! —me escuché decir—. He de asumir riesgos si quiero llegar conocerme a mí mismo y tal vez sea esta la única manera de conseguirlo.

Le devolví el manuscrito de Ceres y guardé el diario en la mochila. La tormenta se acercaba y ya empezaba a escucharse el eco de los primeros truenos cuando se abrió la puerta de la habitación de las chicas. Alexa apareció radiante y tuve que apartar la mirada cuando me percaté de que ella me estaba mirando de forma rara. «¡Seré idiota! ¿Me habrá visto babear?», me dije muerto de vergüenza.

En ese momento despertó Vulcano.

—¡Oh! Pero si ya están despiertas mis preciosas palomitas —farfulló el forjador mientras se desperezaba con un sonoro bostezo.

—¡Buenos días! —canturrearon al unísono las chicas.

—¿Qué tal habéis dormido? —preguntó Vulcano, levantándose de un salto del sofá.

—Muy bien, gracias —respondió risueña Alexa—. ¿Y vosotros...? ¿Habéis podido descansar? —comentó escrutándome con la mirada.

Ángelus me endiñó un codazo para hacerme reaccionar.

—Oh... ¡muy bien! —balbuceé atravesando con la mirada a mi amigo.

Pero, cuando quise reaccionar Vulcano ya había asaltado a Alexa con su empalagosa zalamería. «¿A qué esperas para rescatarla?», me sugirió Ángelus, haciéndome un gesto con la cabeza. Sin pensarlo, me levanté con decisión, pero con tan mala fortuna que tropecé con la alfombra y caí de boca al suelo.

—¿Te encuentras bien? —comentó Vulcano, aguantándose la risa.

Estuve a punto de levantarme y liarme a guantazos con aquel fanfarrón,

pero me reprimí al ver que tenía a Alexa delante de mí con la mano tendida.

—Se me ha debido quedar la pierna dormida al llevar toda la noche sentado en ese incómodo banco —improvisé al tiempo que me levantaba con un ágil movimiento del suelo.

—No le hagas caso a ese bobo. ¡No sabes cuánto te agradezco que me hayas liberado de sus tentáculos! —me susurró sonriente.

Acogí con alegría aquel gesto, pero me guardé mucho de disimularlo pues sabía que me estaría observando Ángelus y no tenía ganas de seguir alimentando sus locas teorías. En ese momento cayó un rayo y comenzó a llover con fuerza.

—No os preocupéis por la lluvia, pronto cesará —aseveró Vulcano al ver que mirábamos hacia la ventana—. ¡Así es el tiempo en el Sur! Tan pronto cae un aguacero como sale un sol abrasador. Pero ¡dejémonos de historias! La cueva de Telemo nos queda a dos jornadas de camino y tenemos que reponer fuerzas antes de que salga el sol. ¿Qué queréis desayunar?

—¿¡Dos días de caminata!?! —rezongué con un bufido.

—Así es, maese Hugo. Pero si es demasiado para ti, puedes quedarte esperándonos en la cabaña —replicó con una irónica sonrisa.

—¿Demasiado para mí? —le solté, encarándome con el gigantón.

—¡Tengamos la fiesta en paz, señores! —medió Ángelus interponiéndose entre los dos—. No sé vosotros, pero yo tengo mucha hambre y pensar en una larga travesía no ha hecho más que acentuar mi apetito.

En ese momento mis tripas se quejaron. La tensión del momento se disipó al instante.

Nuestro anfitrión preparó un almuerzo digno de elogios, a base de tostadas, manteca y longanizas asadas, perfecto para encarar una dura jornada de marcha. Mientras tomábamos el café, aproveché la ocasión para preguntarle a Vulcano una cuestión que me tenía muy intrigado.

—¿Cómo te las apañaste para liberar a Telemo de su prisión? Los dioses la debieron dejar blindada con poderosos conjuros.

Aquella pregunta le cambió la cara, pero no tuvo reparos en aclararme las dudas.

—No puedes llegarte a imaginar lo cabezón que llevo a ser cuando me lo propongo, camarada, pero debo reconocer que no fue coser y cantar hallar la forma de poder acceder a lo que yo creía que era un filón de diamantes negros. Puse mi ingenio a trabajar hasta que ideé un artilugio, compuesto por un contenedor de acero diamantado relleno de lava del volcán, al que le había

integrado un mecanismo de detonación a distancia, para explosionarlo cerca de la veta —nos explicó—. Como las primeras pruebas fracasaron, decidí aumentar el volumen de la carga y conseguí abrir una gran brecha en la pared. Pero la alegría se convirtió en desesperación cuando vi salir por la oquedad a Telemo.

—¿Y qué pasó después? —le pregunté, intrigado.

Vulcano apretó los dientes y los puños con tanta fuerza que los hizo sangrar.

—Con la liberación del cíclope se extendió una época de terror y oscuridad en el valle que duró hasta que conseguimos llegar al acuerdo que anoche os conté. Para evitar cualquier atisbo de rebelión, secuestró a las primogénitas de cada casa para convertirlas en sus esclavas —nos explicó—. Afortunadamente, a mí me dio la oportunidad de tener un trato más favorable si accedía a realizar algunos trabajos de forja para él. A partir de ese momento hizo un poco la vista gorda a la hora de recaudar sus impuestos, cosa que me ha permitido vivir holgadamente.

«¡Vaya con el tunante! Incluso es capaz de sacar beneficio de las situaciones más adversas», cavilé rascándome la barbilla.

—Parece ser que ya tenemos una idea bastante clara de lo que nos vamos a encontrar en ese lugar. ¿Cuándo nos vamos? —dijo Ángelus, a la vez que se levantaba de la mesa.

—¡No tan deprisa! —advirtió Vulcano—. He destinado una gran parte de mi riqueza en vuestros regalos y creo que merezco recuperar, en parte, mi inversión.

Se me cerró el estómago al escuchar aquellas palabras.

—¿A eso le llamas tú ser generoso? —le increpé, recibiendo por respuesta un gesto burlón.

Ángelus me sujetó del brazo cuando iba a saltar sobre él.

—¿Qué es lo que quieres, Vulcano? —le preguntó, con una templada voz.

—Os propongo quedarme con el sesenta por ciento de los tesoros que oculta el cíclope en su cueva. El resto os lo podéis repartir como os venga en gana —resolvió mirándome con ojos de rapaz.

—No solo a ti te pertenecen esos tesoros, Vulcano. Según nos has contado, en ese antro se oculta también la riqueza de tus vecinos —subrayó Ángelus.

—Pero ellos no podrán en riesgo la vida enfrentándose a Telemo, ¿verdad?

—¡Maldito usurero! —le espeté agarrándole por las solapas.

—¡Trato hecho! —voceó Ángelus—. Nosotros no hemos venido a buscar

fortuna y repartiremos el cuarenta por ciento de lo que hallemos entre los damnificados por la tiranía del cíclope. Además —dijo echándole una triste mirada a Vulcano—, seguro que ellos valorarán más la liberación de las chicas secuestradas que todo el oro y piedras preciosas que puedan recuperar.

El herrero me sonrió burlonamente.

—¿Ves como no es tan difícil negociar conmigo, maese Hugo? —dijo, apartándome con un empujón.

—Lo único que te pido es que no antepongas tu absurda ambición a nuestra misión, Vulcano —le advirtió seriamente Alexa.

—Tenéis mi palabra —zanjó Vulcano.

—Y sé que podemos confiar en ella —certificó Lizbeth, mirándolo a los ojos.

Vulcano asintió y en sus perspicaces ojos percibí una viva inteligencia pero también mucha nobleza. Eso me tranquilizó.

—¿Qué tal si nos ponemos en marcha? —dijo el herrero al percatarse de que lo estaba observando.

Después de recoger la mesa, Vulcano nos repartió unos bocadillos y, tras preparar las mochilas con lo necesario para no pasar la noche en la intemperie, salimos de la cabaña justo en el momento que nacían dos preciosos amaneceres. Como había aventurado nuestro anfitrión, las luces del alba se encargaron de ahuyentar la tormenta y traer consigo el bochornoso calor. Vulcano se dirigió a la cuadra y, tras rellenar el pesebre con heno y el abrevadero de agua, se despidió de su yegua y salió dejando la puerta abierta.

—¿La dejas aquí? —le preguntó Alexa con extrañeza.

—Mi chica sabe dónde tengo la hacienda y, en cuanto reponga fuerzas, se irá para allí.

—¿Tu chica? ¿Es que no tiene nombre? —le volvió a preguntar.

—Querida Alexa, allá en mi reino todos los caballos son libres, desde que nacen hasta que mueren; por esa razón nadie les pone un nombre. No iba a perder yo la costumbre aquí —respondió con un guiño.

Alexa acogió con una sincera sonrisa aquella explicación y no se separó de él cuando pusimos rumbo a la guarida del cíclope.

A un par de kilómetros abandonamos la llanura para seguir caminando por pequeñas zonas boscosas que nos resguardaban de los rayos de sol. Poco a poco fuimos dejando atrás la sabana y nos fuimos adentrando por un terreno montañoso rodeado de profundos valles. Aprovechábamos la sombra de los

pocos árboles que nos encontrábamos por el camino para huir del asfixiante calor y a eso del mediodía hicimos una breve parada en el vado de un río, donde pudimos refrescarnos y reponer fuerzas.

Después de la breve pausa, continuamos avanzando durante un buen trecho por un camino abrupto y arbolado que discurría a lomos de una empinada montaña hasta que, a eso de la media tarde, llegamos a una colina desde la que se veían los lindes de un espeso bosque en la distancia.

—Creo que será mejor levantar aquí un campamento antes de que anochezca. No me gustaría tener que atravesar ese maldito bosque en plena noche —advirtió Vulcano, mirando de soslayo hacia los árboles—. Hugo, ¿por qué no te encargas tú de montar las tiendas mientras Ángelus me acompaña a buscar leña?

Dejé a Alexa curando los magullados pies de Lizbeth, que había acusado el esfuerzo de tan larga caminata, y fui montando las dos tiendas mientras espantaba a guantazos a los molestos mosquitos. Concluida la tarea me senté en la hierba y me quedé mirando con intriga hacia el bosque mientras le daba un tiento a la cantimplora. En ese instante alguien me rozó en la espalda y casi me atraganté al descubrir que era Alexa.

—¿Qué te pasa, Hugo? Desde que llegamos a este mundo te noto apático, incluso distante... ¿No será por Vulcano? —preguntó mientras se sentaba a mi lado.

—¿¡Por Vulcano!? ¡Bah!, no sé a qué viene esa bobada.

—¿No estarás celoso? —musitó echándome una felina mirada.

Sentí cómo se me encendían las mejillas e intenté disimular aquella reacción con un largo trago de agua.

—¿Celoso yo? —repliqué tras secarme los labios con la manga de la casaca—. Eres tú la que parece estar encantada con su presencia, riéndole las gracias y dejándote embelesar con su palique. ¡No te reconozco, Alexa!

—¡Vamos, hombre, no seas así! —añadió poniéndose seria—. Vulcano consigue aligerarme el ánimo y eso es mucho para mí, sobre todo después de haber perdido a dos de las personas más importantes de mi vida —alegó, haciéndome sentir como un auténtico cretino.

Alexa me agarró de brazo y apoyó la cabeza en mi hombro. En aquel momento quise que se detuviera el tiempo.

—Perdona mi falta de tacto, pero creo que ese tipejo no es trigo limpio y tal vez... tal vez le tenga un poco de pelusa.

—Nunca te llegaré a la altura de los talones, ¿me oyes? Aunque no me

negarás que es muy guapo —bromeó achinando los ojos.

Alexa se acurrucó a mi lado e inmediatamente expulsé a Vulcano de mi cabeza. Su recuerdo no me robaría aquel momento.

—¿Dónde está Lizbeth? —le pregunté intrigado.

—La dejé estirada en la hierba después de curarle las yagas de los pies —dijo echando la mirada atrás—. Creo que se ha quedado dormida —añadió volviendo a esconder la cabeza en mi regazo.

Miré hacia el bosque y, en verdad, parecía siniestro bajo las últimas luces del día.

—Pero ¡si están aquí los tortolitos! —advirtió Vulcano tirando unos leños al suelo—. ¿Por qué no te encargas de hacer una fogata, maese Hugo? Otros todavía no hemos tenido tiempo de descansar, ¿verdad, Ángelus?

En su voz identifiqué un tonillo de disgusto que me gratificó, así que me levanté y encendí el fuego sin poder borrar la sonrisa de mi cara. Después cenamos en silencio y, tras alimentar la fogata para que nos durara toda la noche, nos retiramos a las tiendas para descansar.

Me reencontré rápidamente con el sueño, pero este estuvo plagado de inquietantes pesadillas. Todas ellas tenían un denominador común, El Señor Oscuro, y el mismo desenlace: mi muerte. Desperté bañado en sudor y salí de la tienda para tomar el aire. La sombra del bosque se recortaba siniestra delante de mí y me pareció percibir una energía que emergía de los árboles. Para colmo, no podía quitarme de la cabeza los ambarinos ojos de El Señor Oscuro poco antes de darme muerte. Finalmente, fui detrás de unos arbustos para orinar y luego me senté al lado de la fogata para ver si el fuego conseguía ahuyentar aquellas malas vibraciones.

Estaba refrescándome el cuello con agua cuando escuché el crujido de una rama seca a mi espalda. Empuñé el hacha y me revolví, poniéndome en pose de ataque.

—¡Tranquilo, amigo, soy yo! —susurró una potente voz al tiempo que salía de la penumbra la figura de Vulcano—. Sé que tú y yo no hemos hecho buenas migas, pero tampoco es para que te pongas así.

Relajé la musculatura y me dejé caer a tierra.

—Perdóname, pero no sé qué es lo que me está pasando esta noche —me disculpé.

—Son las musas del bosque. ¿Tú también las has sentido, verdad? —dijo Vulcano mirando hacia los árboles de soslayo.

—¿Las musas? Creía que eran seres benignos; de hecho, ya he conocido a una llamada Amanda.

El herrero arqueó las cejas y mientras se sentaba a mi lado.

—Entonces sabrás que son seres caprichosos, capaces de envenenar los pensamientos de las personas sacando a relucir sus debilidades o aquello que les causa temor —alegó, describiendo a Amanda a la perfección—. Además, esas golfas se han aliado con Telemo y protegen el Bosque Antiguo durante las noches, que es cuando ellas están despiertas.

—¿Son acólitas del cíclope? ¡Mierda! Entonces ¿él sabe que estamos aquí?

—le interrogué sintiendo un cosquilleo en la nuca.

—No son tan poderosas lejos del bosque, amigo mío; por eso no quise transitarlo de noche.

La serenidad de Vulcano me tranquilizó.

—¿Y por qué se habrán aliado con él?

—Veo que sabes muy poco de esos seres —advirtió, posando la mirada en el fuego—. Las musas se pirran por las piedras preciosas y serían capaces de lamerte el culo por un collar de diamantes. Telemo es un ser muy astuto y las ha comprado a golpe de oro para que le protejan sus fronteras durante la noche mientras él duerme en su madriguera. Dicen que el cíclope tiene un sueño tan profundo que no lo despertaría ni un rayo que cayera dentro de su cueva —apuntó antes de escupir con rabia al suelo—. Pero no te preocupes, pronto amanecerá y las musas se desvanecerán. ¿Qué te parece si calentamos un poco de agua para el té del desayuno?

Le eché un par de ramas secas para reavivar el fuego y pusimos una cacerola con agua para calentar. Mientras Vulcano preparaba la infusión, me encargué de despertar a mis compañeros. Al parecer, las musas no habían influenciado en su sueño y se despertaron muy contentos, más cuando vieron que en la sartén danzaban unas lonchas de panceta.

Una vez acabamos de almorzar, recogimos el campamento y nos pusimos en marcha con las primeras luces del día. Descendimos por una estrecha senda que zigzagueaba por la ladera de la montaña que enlazó con un camino que conducía hacia el bosque. A medida que nos acercábamos se incrementaba mi desasosiego pero, en cuanto nos adentramos entre los árboles, el camino se ensanchó y la luz que dejaba pasar las copas se encargó de disipar mis temores.

El bosque en sí era muy viejo y tupido, pero no daba la sensación de que estuviera habitado por perversas criaturas. Además, el paseo era muy bonito. Las ramas de los árboles se curvaban en arcos perfectos que aportaban sombra y los riachuelos, que brotaban a la superficie y volvían a penetrar en la tierra, proporcionaban un frescor que nos hizo muy agradable la travesía. De tanto en tanto miraba a mi alrededor esperando ver alguna sombra oculta entre los árboles, pero no ocurrió nada fuera de lo normal, por lo que di por buena la explicación que me había dado Vulcano acerca de las musas.

Poco antes de llegar al otro extremo del bosque, los riachuelos se unieron para formar un río que desembocaba en un ancho lago rodeado de montañas. Seguimos a Vulcano por una vaguada que, tras varios kilómetros de marcha,

nos condujo a un paisaje inhóspito, con muchos árboles tirados por el suelo, arrancados de cuajo, y unas turbadoras huellas repartidas por el fango.

Cruzamos al otro margen del río, a través del tronco de un abeto que lo atravesaba, y nos dirigimos hacia la ladera de una montaña. El camino, que debió estar pavimentado en algún momento como indicaban los adoquines que se amontonaban a los lados, estaba cubierto de matorrales y zarzas que tuvimos que apartar a golpes de mandoble. Con esfuerzo, nos condujo a la entrada de una cueva, cuyo techo era tan alto que podríamos haber pasado subidos, uno encima del otro, sin llegar siquiera a tocarlo.

—¿Es aquí? —preguntó Ángelus escudriñando con la mirada la entrada cueva.

—¡Chis! —musitó Vulcano, haciéndonos un gesto para que nos quedáramos quietos mientras él inspeccionaba el lugar.

El forjador examinó los alrededores del antro antes de hacernos una señal para que nos acercáramos.

—¿Qué has descubierto? —le preguntó Alexa.

—¡Estamos de suerte! El cíclope no está en casa —advirtió sonriente.

—¿Cómo puedes saberlo? —le pregunté asomando la nariz tímidamente por la entrada del antro.

—Si Telemo estuviera adentro, lo sabrías, ¡créeme! —dijo mientras se recogía los cabellos en una coleta.

—Demasiado fácil —musité presintiendo que algo iba mal.

—¿Es siempre tan quisquilloso? —les preguntó Vulcano a mis compañeros. Me molestó que Alexa asintiera con un gesto—. No le des más vueltas, Hugo. De tanto en tanto el cíclope abandona la cueva para ir a cazar.

«Sí, a cazarnos», pensé sin tenerlas todas conmigo.

—¿Ocurre algo, amigo? —me preguntó Ángelus.

—No lo sé... Quizá tan solo sea un presentimiento, pero sé que no debemos entrar ahí adentro.

—¿Y qué hacemos entonces? ¿Damos media vuelta y nos olvidamos del rubí? —replicó Vulcano con ironía.

En ese momento Lizbeth sacó la bola de cuarzo y se sentó en una roca que había cerca de la entrada de la cueva.

—Creo que ha llegado la hora de que pruebe la eficacia de este regalo —comentó fijando la vista en el interior del cristal.

La vidente permaneció un rato sumamente concentrada y luego recitó: «*Aperio lumen indiscretum fenestra*», e inmediatamente la bola mostró una

imagen del interior de la cueva, en concreto de una habitación que hacía de cocina, comedor y dormitorio. Lizbeth movió ligeramente el cristal y pudimos ver el mobiliario que había en la cámara. En medio de la estancia había una mesa redonda y una silla, en una de las paredes una chimenea y en la otra una cama de hierro deshecha, y no nos hubiéramos percatado del tamaño real del mobiliario de no ser porque en una de las paredes de la habitación también había abundantes muebles que parecían sacados de una casita de muñecas, como una cocina completa, con fogones, horno y fregadero. La bola continuó enseñándonos la sala hasta que nos mostró una puerta disimulada tras el cabezal de la cama que estaba cerrada con un candado de hierro.

—¿Qué habrá detrás? —musitó Vulcano relamiéndose los labios.

—¿Por qué no lo vemos? —respondió Lizbeth concentrando la mirada en la bola.

La imagen se fue difuminando hasta que dejó a la vista lo que se ocultaba tras la puerta. Era imposible cuantificar los tesoros que se acumulaban en las entrañas de la montaña, pero en mitad de un manto dorado y brillante fulguraba un destello carmesí que me hizo dar un vuelco al corazón.

—¿¡Qué os dije, eh!? Telemo no está en casa y ya sabemos dónde oculta la cámara de los tesoros. ¿Podríamos desear tener más suerte? —canturreó Vulcano frotándose las manos.

Parecía todo demasiado fácil.

—¿Qué más debemos saber de ese cíclope, Vulcano? —le pregunté, sintiendo cómo cobraba mayor fuerza el mal presentimiento. El forjador puso cara de sorpresa—. ¡Venga, no irás a decirme que nunca habéis intentado recuperar vuestros tesoros!

—Bueno... —carraspeó—, alguno lo ha intentado, pero...

—¡Sin paños calientes! —interpelé sin quitarle el ojo de la cara.

El herrero dio un par de vueltas en el umbral de la cueva con cara de preocupación.

—Telemo no suele ausentarse frecuentemente de su cueva, pues es muy desconfiado, pero, cuando lo hace, parece ser que la deja protegida con un conjuro —apuntó preocupado.

Aquello empezaba a cuadrarme más.

—Así que, para entrar, tendremos que anular el encantamiento que bloquea el acceso —medité mirando a los magos.

—No, si para entrar no hay problema, el problema es salir de allí —precisó

Vulcano.

El forjador nos confesó que nadie de los que se habían atrevido a entrar en el antro consiguió escapar con vida de allí. Sopesé aquella dificultad y finalmente concluí que, si la cueva estaba protegida con magia, fuera para entrar o para salir, seguro que Ángelus o Alexa hallarían la solución.

—¿Hay alguna cosa más que debamos saber sobre él? ¿Tiene algún punto débil, alguna manía...? —le pregunté.

—Si tiene alguna debilidad esa debe ser su ojo, pero siempre lo tiene protegido con un yelmo de acero diamantado y diamantes negros, a juego con la cota de malla que yo mismo le forjé. Por esa razón es vital que aprovechemos la suerte que hemos tenido de no encontrarlo en casa y robarle el botín antes de que regrese.

No podía refutar aquella estrategia, pero tenía el convencimiento de que allí había gato encerrado.

—¿Tú qué opinas, Hugo? —me preguntó Ángelus.

—Si he de serte sincero, hay dos cosas que no me acaban de cuadrar. La primera está relacionada con el enigma que le planteó la dama de sus sueños —referí provocando un gesto de sorpresa en la cara de Vulcano—. ¿Acaso no recuerdas que la vidente te advirtió que nada pasa de casualidad? Entonces ¿cómo explicas que precisamente hoy no esté Telemo en su cueva? Pero lo cierto es que hay un punto que creo que es aún más preocupante —dije mirando al mago—. En caso de que consigamos salir indemnes de ese antro... ¿qué pasará cuando el cíclope se de cuenta que le hemos robado?

—Hombre, en cuanto hayamos rescatado a las muchachas y las dejemos en manos de sus familias, ese ya no será nuestro problema, ¿no? —razonó Vulcano.

—No sigas por ese camino, amigo —lo reprendí secamente—. No podemos dejar que pague por nuestros actos gente inocente, así que tendremos que pensar qué hacer con el cíclope una vez completemos la misión.

—¿Y qué propones tú, listillo? —alegó Vulcano.

—Todavía no lo sé, pero...

—¡Bah, qué sarta de tonterías! —terció el herrero—. No podemos permitirnos perder un tiempo precioso buscando una solución para un problema que todavía no se nos ha presentado. Consigamos el rubí escarlata y ya nos ocuparemos más tarde de darle su merecido a Telemo.

Iba a refutarle el argumento cuando intervino Alexa.

—Vulcano, si no recuerdo mal, nos dijiste que Telemo se había instalado en la mina dónde estaba enclaustrado su hogar, ¿no es así? ¿Por casualidad esta cueva no formará parte de dicha mina?

—Pues sí. Pero ¿por qué me lo preguntas?

—Porque entonces sé cómo librarnos para siempre de él —respondió con una amplia sonrisa—. Solo tenemos que esperar que Telemo regrese a la cueva para volver a dejarlo encerrado en su prisión.

—¿Podéis hacer eso? —se asombró Vulcano con los ojos como platos.

Alexa miró a Ángelus y le preguntó:

—¿Crees que encontrarás en el manuscrito de Ceres un conjuro con el que regenerar la pared que Vulcano destruyó? —El mago asintió sin vacilar—. Pues yo tampoco tendré ningún problema para movilizar la magia ancestral y así dejar sellada la puerta para que el cíclope no vuelva a ver nunca más la luz del sol.

Vulcano empezó a dar saltos de alegría. En cambio, a mí no me convencía demasiado aquel plan y, a juzgar por el gesto de preocupación de Lizbeth, a ella tampoco.

—¿Y bien? ¿Estás contento ahora? —me interrogó el herrero.

No tenía ningún argumento con el que tirar por tierra aquel plan, así que no me quedó más remedio que asentir, para alegría de Vulcano.

—Pues no perdamos más tiempo. Seguro que, si hay alguna trampa mágica, debe encontrarse en la entrada de la cueva. ¡A buscarla, hermanita! —señaló Ángelus.

Me senté sobre una piedra que había a un lado del camino para ver cómo los magos buscaban por las inmediaciones del antro. No podía quitarme de la cabeza la voz que me alertaba que estábamos a punto de caer en una trampa y, mientras me devanaba la mollera intentando convencerme de que el plan de Alexa era un buen plan, Ángelus gritó que había encontrado algo oculto en una raíz que sobresalía de la pared de la montaña.

Al ver el revuelo que se había producido me reuní con mis compañeros para enterarme del descubrimiento.

—¿Son runas? —le preguntó Alexa a su hermano.

—Así es... —dijo Ángelus mientras inspeccionaba la raíz—. ¿Qué opináis vosotros? ¿Habéis visto algo parecido alguna vez?

Vulcano cogió el bulbo y lo observó con detenimiento. «¿Qué mirará con tanto misterio ese lumbreras, si no tiene ni pajolera idea de magia?», pensé divertido. Ante la negativa del herrero, Ángelus me hizo un gesto para que

viera la raíz. Tras echarle un simple vistazo, comprobé que la grafía era irregular y estaba acompañada por iconos.

—No tengo ni idea, lo siento —admití—. ¿Por qué no miras en el manuscrito de Ceres?

—Sé que hay un capítulo que está dedicado exclusivamente al estudio de las grafías arcaicas y creo que valdrá la pena consultar, pero, si las runas resultan ser un conjuro, estará protegido por la magia de Telemo —señaló arrugando la nariz—. ¿Podrás contrarrestarla, Alexa?

—Sin problemas —aseveró la maga sin titubear.

Mientras Ángelus estudiaba el manuscrito comencé a sentir mucho calor, como la noche anterior, antes de que aparecieran las terribles pesadillas motivadas por las musas. «¿Te ocurre algo, Hugo?», me preguntó Lizbeth. «No lo sé, pero..., pero tengo el presentimiento de que algo no va bien», le respondí sintiendo cómo me caían los goterones de sudor por el cuello.

—¡Ya lo he encontrado! —exclamó Ángelus provocando que Alexa y Vulcano se arremolinasen a su alrededor. Menos mal que Lizbeth se quedó a mi lado y me tomó de la mano—. Las runas representan la montaña y, cuando Telemo se ausenta, le recita un encantamiento que la mantiene despierta hasta que regresa. ¡Sé cómo revertirlo!

El mago agarró la raíz y, al tiempo, Alexa apoyó las manos en la pared. Acto seguido, Ángelus fijó los ojos en el bulbo y recitó: «*Dormiô cor montem*». La raíz comenzó a moverse hasta que desapareció engullida por la tierra. En ese momento, Alexa cerró los ojos y se desprendió una onda dorada de las palmas de las manos que se propagó desde el umbral hacia el interior de la cueva. Al instante, la montaña rugió con una especie de bostezo tras el cual se hizo el silencio.

—¿Ya podemos pasar? —preguntó, con voz ansiosa, Vulcano.

Ángelus miró a su hermana y, tras sonreír, anunció:

—¡Vía libre!

No tuve tiempo de reaccionar, pues en ese momento se hizo todo oscuro y me desplomé a la vez que irrumpían unas voces en mi cabeza.

«*Hugo, el peligro os acecha y a ti te tocará velar por la seguridad de los demás. El cíclope tiene más dones ocultos y sabe que acabáis de llegar. En el ojo está su secreto, un espejo de cristal que se mezcla entre los diamantes para su presencia simular. Con él lee las mentes de sus enemigos y prevé lo que estos harán, pero con el acero de una flecha al gigante cegarás cuando se destruya el espejo con el que todo puede presagiar. ¡Ay!, pero protégete*

bien de su mente o lo tendrás que lamentar».

Las voces se apagaron y abrí los ojos con el corazón en un puño. Alexa estaba delante de mí mirándome con cara de preocupación y al verla me tranquilice, aunque tuvieron que pasar unos interminables minutos hasta que conseguí poner mis pensamientos en orden. En mi caótica mente no cesaban de aparecer imágenes del cíclope buscándome con su gran ojo mientras yo intentaba, en vano, escapar de él. De repente, sentí que alguien me refrescaba la frente y la vista se me aclaró. Fue entonces cuando me percaté de que me encontraba en el regazo de Lizbeth.

—¿Y a este qué le pasa? —terció Vulcano con voz burlona.

—¿¡Quieres dejarlo en paz!?! —lo reprendió Alexa—. ¿Te encuentras bien, Hugo? ¿Qué te ha pasado?

Tardé un poco en reaccionar pues no me salían las palabras.

—¡No debemos entrar! —balbuceé—. El cíclope sabe que estamos aquí.

—¡Bobadas! ¿Acaso crees que, si fuera así, no lo habrían percibido Alexa y Ángelus? ¡Hasta tú lo habrías detectado! —aseveró el forjador.

Vulcano volvía a sacar su aplastante lógica a pasear y me encontraba demasiado confuso y débil para refutar su hipótesis. Gracias a los dioses, Lizbeth intercedió por mí.

—Lo que mal empieza, mal acaba, así que os propongo que entréis vosotros en la cueva mientras Hugo y yo nos quedamos guardando la retaguardia por si regresa Telemo antes de tiempo.

—No funcionará, Lizbeth —dije levantándome del suelo—. El gigante puede leer las mentes y ya sabe que lo estamos esperando.

—¡Joder, Hugo! ¿Eres siempre tan aguafiestas? —rezongó Vulcano.

«¿Cómo podemos engañar a quién ya sabe lo que pasará?», me pregunté pasando de las pullas del herrero. En ese momento recordé lo que nos ocurrió en el antro de las sacerdotisas de Alrinach.

—¡Déjame pensar un momento! Creo... creo que ya tengo la solución —atajé dándole un empujón—. Alexa, ¿puedes dejarme el arco y el carcaj? Y

tú, Ángelus, ¿podrías encontrar en el manuscrito algún conjuro que haga impenetrable mi mente para el cíclope? ¡Ah! Y, de paso, que me haga invisible también.

—Lo intentaré, amigo, pero ¿qué pretendes hacer?

Me eché el carcaj a la espalda y, mientras me colocaba el arco cruzado en el pecho, le comenté:

—Tú protégeme de la mente y de la vista de Telemo y luego realizad la incursión lo más rápidamente posible. Del resto... —dije tragando saliva— ya me encargaré yo. Pero no os puedo decir más. Además, alguien tendrá que velar para que el cíclope no escape de la cueva mientras vosotros dos os encargáis de aprisionarlo para siempre en su interior —Alexa me miró mordiéndose el labio—. Confiáis en mí, ¿verdad?

Mis compañeros me miraron y asintieron sin reparos. El mago comenzó a hojear el libro y no tardó en hallar una solución.

—¿Ya sabes lo que haces, Hugo? —Asentí con un gesto. Ángelus cerró los ojos y recitó—: *Prôtêctum mens et vîsus cyclopis*. —Sentí un cosquilleo por el cuerpo que pronto desapareció—. ¿Estás seguro de no querer venir con nosotros?

—No os preocupéis por mí, pero no os entretengáis —comenté mientras los instaba a entrar a la cueva—. Y recordad... —añadí mirando de soslayo a Vulcano—. El rubí escarlata es la prioridad.

Cuando mis compañeros desaparecieron por la oquedad y me senté en una roca con los nervios a flor de piel. «¡Qué locas ideas tengo! ¿Y qué haré si aparece el cíclope?» —me dije echándome las manos a la cabeza. Una vocecilla interior respondió—: «Pues, lo que haces con maestría... ¡Improvisar!».

Con esos poco alentadores pensamientos, me puse a contemplar cómo el sol se alzaba por encima de la montañas.

No había pasado ni diez minutos desde que viera partir a mis compañeros y ya no podía parar quieto sentado en la roca. «¿Por qué tardarán tanto?», me pregunté mientras daba vueltas alrededor del umbral de la cueva. Y en esas estaba cuando el sol descendió y se extendió una larga sombra en el suelo. Inquieto, me escondí tras la roca y alcé la vista con la esperanza de ver una nube que ocultaba el sol, pero lo que vi fue una tenebrosa silueta que se acercaba a la cueva. «¿De dónde diantres habrá aparecido?», pensé mientras me agazapaba tras la piedra. La sombra se fue acrecentando hasta que se detuvo a mi lado. Aguanté la respiración y, sin pensármelo dos veces, salí de mi escondite. Lo que vi plantado a pocos pasos del umbral de la cueva fue sobrecogedor.

El gigante debía medir no menos de cuatro metros de altura y el diámetro de su cuerpo, rechoncho pero prieto, más de dos. Su recia cabeza estaba protegida por un yelmo encastrado con diamantes negros y miraba hacia el interior de la cueva con una pose desgarrada, con los hombros caídos y las rodillas gachas, y la única indumentaria que cubría su elefantina piel era una robusta cota de malla y un taparrabos hecho harapos.

De repente, el cíclope giró la cabeza y fijó su enorme ojo azul sobre mí. Apreté los labios y contuve la respiración mientras su iris escudriñaba cada palmo de terreno que había a mi alrededor. Fue entonces cuando descubrí que el ojo, la única parte de su fisonomía que no abarcaba el yelmo, estaba protegido por una lente de diamante que refulgía a la luz del sol.

—¡Qué raro! —murmuró, con voz ronca, mientras se rascaba las nalgas—. Juraría que hay una presencia justo delante de mí —añadió alargando el brazo derecho.

Pude esquivar el manotazo de milagro apartando la testa de su trayectoria en el último momento. Tras comprobar que no había nadie allí, el gigante volvió a girar el tronco y husmeó hacia el interior de la cueva.

—Así que los ladronzuelos están dentro de la cueva... Pues voy a darles

una bienvenida que jamás olvidarán —comentó con tono burlón. Telemo se acercó al umbral y se detuvo a la altura del lugar donde Alexa y Ángelus encontraron la raíz que contenía la runa mágica—. Vaya, vaya, vaya... ¡Así que hay un mago entre esa chusma! —bramó rascándose la barbilla—. Creo que hoy me lo voy a pasar la mar de bien.

El cíclope entró en la cueva y encendió una antorcha que había colgada en la pared antes de perderse en su interior. Por un momento me quedé paralizado, pensando en lo cerca que había estado de descubrirme, hasta que volvieron a aparecer las voces en mi mente alertándome: «*Hugo, no debes vacilar o afuera te quedarás. El gigante tiene más trampas ocultas que utilizará para que de su cueva nadie pueda escapar*».

Atravesé el umbral de la cueva y eché a correr por el empinado pasillo, persiguiendo el fantasmagórico rastro que dejaba la luz de la antorcha delante de mí, hasta que casi me topé con el trasero del cíclope al girar a toda prisa por un recodo. Parecía estar buscando algo a tientas en lo alto de la pared y aproveché el momento para bordearlo por un lado y así poder ver qué estaba haciendo. Telemo acercó la tea a un canal y el fuego se propagó iluminando el túnel. Acto seguido accionó un tirador que había en lo alto de la pared y descendió del techo una enorme roca con la que dejó obturada la salida de la cueva. No perdí el tiempo y me avancé por el corredor para llegar a la habitación antes de que lo hiciera Telemo.

A los pocos metros el corredor empezó a descender hacia las profundidades de la montaña. El resto de galerías de la mina, que comunicaban con el pasillo principal, estaban tapiadas con bloques de granito así que lo tuve fácil para llegar a mi destino. La impresión que me llevé cuando llegué a la habitación fue mayúscula.

La sala tendría unos cien metros cuadrados y una altura de unos veinte metros. Delante de mí había una mesa, por debajo de la cual podía pasar sin llegar a tocar el tablero con la cabeza ni yendo de puntillas, y al fondo había una cama tan alta que para subirme a ella hubiese necesitado una escalera. La iluminación de la habitación corría a cargo de varias antorchas que había encendidas en las paredes, de un velón que había encima de la mesa y de los leños que ardían en la chimenea. En lo alto del techo había un angosto respiradero que comunicaba con el exterior. Y al girarme para inspeccionar el lugar por que había entrado, vi que la entrada de la habitación, en realidad, era una oquedad abierta en la roca que brillaba lamida por el fuego de las lámparas. «¿Así que le tomaste cariño a tu cárcel, Telemo», medité.

Como no quedaría mucho tiempo para que el gigante llegara a su alcoba, decidí ponerme en contacto con mis compañeros para instarles a que salieran rápidamente de la cámara del tesoro. Al acercarme a la puerta, vi tirada en el suelo la cerradura descerrajada y una rendija en la puerta por la que podía pasar un fornido cuerpo, aunque no el mío, y en su interior percibí la energía de mis compañeros, pero, cuando quise advertirles que Telemo estaba en la cueva, el eco de unas pisadas detrás de mí me hizo recular para esconderme debajo de la cama. «Se está complicando todo... ¿Por qué no me harían caso?».

Nada más entrar Telemo en la habitación, bordeó la mesa y se dirigió hacia el lugar donde estaba tirado el candado.

—¿¡Cómo habrán podido abrirla?! —bramó recogiendo la cerradura del suelo. El cíclope observó el candado y murmuró—: ¡Vulcano, maldito rufián! —Asomé la cabeza entre la colcha y me estremecí al escuchar cómo Telemo hacía polvo la cerradura con las manos. Al mirarle la cara y ver sus mandíbulas prietas, no pude evitar dejar de temblar—. ¡Amigo Vulcano! —canturreó—. Debo reconocer que no esperaba esto de ti, forjador, pero ¿quién no tiene un desliz? —voceó mientras se acercaba sigilosamente a la puerta—. Hoy estoy contento y voy a proponerte un trato que no podrás rechazar. Os perdonaré la vida a todos, siempre y cuando salgáis ahora mismo de ahí y no falte ni una sola pieza de mi tesoro. ¿Qué me dices? —No obtuvo respuesta—. ¡No os oigo con el acelerado pulso de vuestros corazones! —añadió alargando el brazo—. ¿Esa es vuestra última palabra?

El cíclope intentó coger el marco de la puerta, pero esta se cerró de golpe; alguien la había bloqueado desde el interior. Entonces, Telemo empezó a aporrearla con los puños, aunque pronto tuvo que desistir, agotado por el esfuerzo. El gigante dio media vuelta y le dio la vuelta a la silla, para orientarla hacia la puerta de la cámara del tesoro, antes de sentarse en ella. El sudor le caía a chorros por el cuello y, tras coger un paño que colgaba de un clavo en la pared, se quitó el yelmo y se secó la afechinada testa. Luego dejó el casco encima de la mesa y fijó en la puerta el gran ojo que tenía encima de su chata nariz.

¡No podía desaprovechar aquella oportunidad! Me colgué de la colcha y fui trepando por ella hasta que me subí a la cama. Saqué una flecha del carcaj y comencé a tensar lentamente el arco apuntando al ojo, pero, al apoyar la rodilla en el colchón, este venció por el peso y chirrió, captando la atención del Telemo, quien rápidamente se protegió con el yelmo y se levantó de la

silla sin apartar la mirada de la cama.

—¿Quién hay ahí? —voceó. Me quedé lo más quieto posible para evitar que el ruido delatara mi posición. El cíclope se levantó de la silla y avanzó hacia la cama sin quitar el ojo de ella—. ¡Qué raro! No puedo verte ni sentirte pero sé que estás ahí —dijo extendiendo el brazo.

El cíclope dio varios manotazos al aire, que pude esquivar, pero estaba acorralado.

—Pero ¡si está aquí el rubí escarlata! ¡Por fin vuelves a ser mío! —voceó Vulcano desde la cámara del tesoro.

El gigante volteó el cuerpo y se apostó precipitadamente tras la puerta.

—¿Cómo osas cogerlo, gusano? —gritó descargando un puñetazo contra la puerta—. Te destriparé y me comeré tus vísceras antes de matarte. ¿Me has escuchado, sabandija?

La providencial intervención de Vulcano me había salvado de una buena y aproveché la ira del gigante para bajarme del mueble y ponerme a salvo debajo de la cama.

—¿Y cómo vas a hacerlo, eh? ¿Echando la montaña abajo a golpes con tu cabeza hueca? —lo provocó el forjador.

Telemo dejó de aporrear la puerta y se apoyó en la pared resollando de cansancio.

—Yo no podré entrar, pero vosotros tendréis que salir tarde o temprano si no queréis morir asfixiados —advirtió más calmado—. Esa sala no tiene ventilación y calculo que no os deben de quedar más de seis horas de oxígeno. ¿Qué decís ahora? Ya no os hace tanta gracia burlaros de mí, ¿verdad? —voceó antes de expeler una carcajada—. Bueno, no respondáis si no queréis, ¡me sobra el tiempo! Apuesto a que, antes de que vuelva a amanecer, seréis vosotros los que me supliquéis que os abra la puerta.

El cíclope corrió un pesado pasador que había en lo alto de la puerta y dejó cerrada la cámara del tesoro a cal y canto antes de sentarse en la silla y sacar una pipa del interior del calzón. Luego tomó el velón que había encima de la mesa y, tras prenderle fuego al hornillo, se puso a fumar sin dejar de mascullar improperios. «Por lo menos, parece haberse olvidado de mí», pensé mientras me sentaba en el suelo a rumiar en las posibles opciones que tenía. Pero el tiempo pasaba y el gigante parecía que iba a cumplir con su amenaza al pie de la letra.

De pronto, Telemo chasqueó los dedos. Al instante se abrió una portezuela que estaba encastrada en la pared de la cocinilla y aparecieron unas rubias

doncellas, quienes rápidamente se alinearon en formación delante de Telemo. Una de las muchachas ahogó un mueca de sorpresa cuando se percató de mi presencia y tuve que hacerle un gesto para que no me delatara. Afortunadamente, la que parecía la más mayor de las chicas dio un paso al frente y alzó la mirada para mirar al gigante.

—¿Qué deseas, nuestro señor? —le preguntó con indolencia.

—¿Cómo te atreves a hablarme cuando no se te pregunta? —le soltó provocando que la pobre temblara de pies a cabeza—. ¡Bah, es igual! ¿Acaso no sabes qué hora es? —rugió antes de descargar un puñetazo encima de la mesa—. ¡Traedme ya la comida! ¡Y mucho vino!

Las doncellas se apresuraron a cumplir su orden y desaparecieron tras la portezuela, todas menos la que le había hablado a Telemo.

—Se te nota preocupado, mi señor.

El gigante la miró y torció el gesto.

—Sabes perfectamente que tenemos visita, así que no te hagas la tonta, Miranda —atajó sin contemplaciones—. Pero ¿qué haces ahí parada? Asegúrate de que no me falte de nada. ¡Vamos, mueve el culo!

La muchacha dio media vuelta y se metió en la habitación con la cabeza gacha. Aproveché la ausencia de las sirvientas para situarme en una posición más franca. Si el cíclope iba a comer, no podría hacerlo con el yelmo puesto, así que bordeé la mesa y me aposté a un lado de la chimenea, donde tendría el ojo de Telemo a tiro en cuanto se quitara la protección. Al instante volvieron a aparecer las doncellas con bandejas en las que portaban hogazas de pan, carne asada y cántaros de vino. Parecían muñecas al lado del gigante y apenas alzaron la vista cuando le entregaron las bandejas para que él las pusiera encima de la mesa. Después salieron tres jóvenes más, una con una bandurria, otra con una guitarra y la tercera con unos chinchines, y esperaron órdenes con la mirada fijada en el suelo.

—Hoy no estoy para danzas. ¡Largaros de aquí! —gruñó Telemo, provocando que las chicas huyeran despavoridas.

Había llegado el momento. Monté una flecha en el arco y le apunté al ojo para dispararle nada más se quitara el yelmo. Pero el cíclope descorrió un pasador y se echó hacia un lado la babera, dejando al descubierto únicamente la boca. Me quedé helado ante aquella inesperada reacción y no me quedé más remedio que ver cómo iba engullendo los pollos asados de un solo bocado.

El olorcillo que desprendía la comida me estaba volviendo loco. «Pero

¿cómo puedo tener hambre en una situación así?». Telemo finalizó el banquete con un sonoro eructo y no quedó ni una miga de pan encima de la mesa, por no contar que vació todas las ánforas de vino. Por esa razón no me extrañó que se levantara de la mesa y se acercara a la cama tambaleándose. «¡Por fin, un poco de suerte!», pensé al ver que Telemo se había quedado dormido nada más tirarse en el colchón.

Me acerqué a la portezuela que comunicaba con la habitación de las doncellas y piqué suavemente con los nudillos al comprobar que no la podía abrir por fuera.

—¿Podéis escucharme? —susurré. Nadie respondió, pero escuché unos apagados pasos detrás del umbral—. Abridme la puerta, soy Hugo.

Oí el murmullo de varias voces antes de que se descorriera el cerrojo y asomara la nariz una muchacha por el quicio de la puerta.

—¿Eres Hugo? —dijo escrutándome con sus grandes ojos verdes.

—Sé que mi aspecto no ayuda a generar confianza, pero comparado con el que ronca encima de la cama... —alegué con un gesto. La chica sonrió—. Bien, no tenemos tiempo que perder. Te llamas Miranda, ¿verdad? —La muchacha asintió—. ¿Fuisteis vosotras las que me advertisteis de las intenciones de Telemo?

—Sí, percibimos tu poderosa energía y pusimos todas nuestras esperanzas en que escucharas nuestra llamada, como nos pidió que hiciéramos Alhama —me explicó, con un susurro.

—¿Alhama? ¿A vosotras también se os presentó en sueños? —La chica asintió—. Bueno, lo importante es que gracias a vosotras estoy aquí y puedo anunciaros que por fin hoy vais a abandonar este infesto lugar. —La muchacha abrió los ojos y se echó a reír, contagiando de alegría a sus compañeras—. ¡Chis! Controlaros un poco, chicas, no lo vayamos a despertar.

Miranda asomó un poco más la cabeza y miró con temor hacia el lugar en el que dormía el cíclope.

—No te fíes de él —susurró haciéndome un gesto para que me acercara—. Telemo tiene el don de la clarividencia, por eso siempre sorprende a sus enemigos y resulta impredecible saber qué hará.

—Pero con lo que ha bebido seguro que no despertará en dos horas —susurró otra voz tras el umbral, llevándose la inquisidora mirada de Miranda.

—¡No lo hagas! —me advirtió seriamente la muchacha—. No sabemos qué es lo que se propone Telemo. Igual finge que duerme.

Sabía que corríamos el riesgo de caer en una emboscada, pero también que no tendríamos una oportunidad como aquella para escapar de allí.

—¿Queréis huir de este lugar? —la muchacha asintió con las pupilas dilatadas—. Me basta con media hora para abrir esa puerta y sacar a mis amigos de la cámara del tesoro. Iros preparando para partir de inmediato y llevaros solo aquello que sea imprescindible —le sugerí. Luego miré hacia el pasador que cerraba la puerta a cal y canto y le pregunté—: Por cierto, ¿no tendrás un poco de aceite?

La chica metió la cabeza para dentro y al momento me sacó un aceitero.

—Ten mucho cuidado, Hugo —dijo mientras cerraba la puerta de la habitación.

Dejé la aceitera encima de la silla y fui empujándola, sin quitarle el ojo al gigante, hasta dejarla al lado de la puerta de la cámara. Luego me encaramé en ella y unté generosamente el cerrojo con aceite. Comprobé que este cedía con facilidad y poco a poco fui descorriéndolo hasta que, cuando iba por la mitad, emitió un estridente chirrido.

Telemo abrió el ojo y se incorporó, quedándose sentado en el borde de la cama. Estuve a punto de saltar de la silla para ponerme a salvo, pero no hizo falta porque el cíclope se dejó caer nuevamente sobre el colchón y continuó durmiendo entre murmullos. Con el ruido, las doncellas habían salido de su habitación y me observaban muy asustadas. Les hice un gesto de calma y continué descorriendo el cerrojo hasta que la puerta se desbloqueó. Fue entonces cuando me puse en contacto con Alexa.

«¿Cómo os encontráis, amigos?», les pregunté. «Bien, pero un poco cansados por la falta de aire. ¿Puedes ayudarnos?». Comprobé que Telemo continuaba durmiendo y respondí: «Desbloquea la puerta y en un minuto seréis libres».

Bajé de la silla y la aparté sin dejar de mirar de reojo al gigante, pero cuando me dispuse a abrir la puerta me topé con otra dificultad: la hoja pesaba tanto que apenas pude abrir una rendija. Fatigado por el esfuerzo, metí la nariz por la hendedura y susurré:

—¿Podéis ayudarme a abrir la puerta?

Escuché cómo se propagaba el eco de mi voz por la cámara, pero al instante alguien respondió desde el interior.

—Hugo, ¡eres el mejor! —Era la voz de Alexa.

Me quité el halago de la cabeza y entre todos conseguimos abrir un hueco suficiente para que pudieran salir con holgura.

—¿Tenéis el rubí escarlata? —le pregunté a Ángelus cuando apareció por el umbral. Este me guiñó un ojo y se dio unos golpecitos en el bolsillo de su casaca—. Decidles a las muchachas que estén preparadas para salir de inmediato de aquí. Por cierto... ¿dónde está Vulcano?

Ángelus miró a su alrededor y se extrañó de no verlo detrás.

—Pero ¡si hace un momento estaba a mi lado!

No podía creérmelo. ¡El maldito herrero continuaba en el interior de la cámara del tesoro!

—¡Vulcano, sal de inmediato de ahí! —dije con un susurro.

No había hecho más que pronunciar la advertencia cuando el forjador salió de la cámara con una saca repleta de joyas.

—¡Qué impaciente eres, maese Hugo! —dijo con tono burlón.

Quise echarle las manos al cuello, pero en ese momento se cerró la puerta de la cámara del tesoro de golpe y se produjo el más sepulcral de los silencios.

Vulcano alzó la vista con la cara desencajada y a mí no me hizo falta hacerlo para saber que habíamos caído en la trampa de Telemo. Pero aquel no era un momento para lamentarse y mi instinto de supervivencia, afortunadamente, se puso a trabajar para salir de aquel embrollo.

—¿Adónde van mis ilustres huéspedes? ¿Acaso no queréis disfrutar de mi hospitalidad? —tronó Telemo haciendo tambalear el mobiliario—. Por cierto... —añadió escrutando a mi alrededor—, ¡no sabes cuánto te agradezco que hicieras esta tarea por mí!

—¡Ah, sí! —voceé desenfundando el hacha—. Pues yo esperaría un poco antes de agradecerme, pues todavía no has conocido el azote del viento —añadí al tiempo que dejaba fluir mi energía vital mientras le asestaba un hachazo en el tendón de Aquiles. Para mi sorpresa, la hoja seccionó el tendón y el gigante cayó de rodillas al suelo aullando de dolor.

—¿Quién me ha podido herir? —gritó buscándome con el ojo encendido.

—¿A qué esperáis? —les grité a mis compañeros—. ¡Salir disparados de aquí!

Telemo estaba herido, pero no tanto como para no contraatacar. Con un rápido movimiento, se incorporó y con un salto les cerró el paso antes de que pudieran huir por el corredor.

—¿¿Dónde te has metido, maldita sabandija?! —gritó mientras me buscaba con los sentidos—. ¡Da igual! Primero acabaré con tus amiguitos y después ya me encargaré de ti.

El cíclope comenzó a arrinconar a Alexa y Lizbeth, quienes se habían reunido con las doncellas cerca de la salida. Ángelus alzó la mano y recitó:

—*Teneo cyclops incantamentum.*

Telemo bajó la mirada y se carcajeó al tiempo que agarraba una de las mazas que había a un lado de la chimenea.

—¿Crees que vas a hechizarme en mi propio templo, estúpido mago? —le escupió soltándole un garrotazo.

El mago se protegió con los brazos, pero Alexa saltó a su lado y agitó la muñeca desplegando el escudo, de forma providencial, un instante antes de que el mazo alcanzara su objetivo. El encontronazo fue descomunal y puso a prueba la eficacia del escudo, que no solo resistió el impacto sino que hizo añicos la maza.

«¡Alexa, haz algo! ¡Usa la magia ancestral contra ese demonio!», le insté. «Todavía no puedo hacerlo. Antes tenemos que salir de aquí!». Vulcano aprovechó el desconcierto de Telemo para saltar sobre él blandiendo a Magma, pero el cíclope advirtió su movimiento y contraatacó dándole un puñetazo con el que lo empotró contra la pared. El forjador se quedó tendido en el suelo y el cíclope avanzó a trompicones para rematar la faena, pero yo ya había me había situado en su retaguardia y le seccioné el otro talón con el hacha antes de que alcanzara a su víctima.

—Alexa, ayuda a tu hermano a levantar a Vulcano y salid de aquí —le insté viendo cómo se retorció Telemo de dolor.

—¿Y tú? —me preguntó asustada.

—Yo protegeré vuestra huida hasta que consigáis reconstruir la pared de la prisión —dije haciéndole un gesto para que fuera con Ángelus—. Y no te preocupes por mí —añadí mirándola a los ojos—. Nunca te abandonaré.

Entre Alexa y Ángelus tomaron al herrero por los hombros y se dirigieron hacia la puerta junto con las muchachas y Lizbeth. Antes de que salieran le comuniqué a mi amigo: «Ángelus, ¿puedes dejar la sala a oscuras?». El mago asintió y recitó: «¡Inbibeô lûmen!», y al instante las lámparas y el fuego a tierra se apagaron dejando en penumbras la habitación.

Esta vez el cíclope fue muy rápido y agarró a Lizbeth del antebrazo mientras sacaba una afilada daga del interior del calzón.

—¿De verdad creéis que va a detenerme la oscuridad? —se carcajeó el cíclope, quitándose el yelmo.

Instintivamente, tiré el hacha al suelo y monté una flecha en el arco.

«Hugo, no dudes de tu instinto. Visualiza su ojo con los sentidos y dispárale. Ten fe en ti», me alentó Lizbeth. Inspiré suavemente y aguanté la respiración. Luego abrí los ojos y proyecté la mente hacia el lugar donde había visto a Telemo por última vez. Al principio me costó captar su presencia pero, en cuanto me liberé de la tensión, pude vislumbrar su rostro en la oscuridad y, al concentrarme en del ojo, lo visualicé como si estuviera viéndolo a plena luz del día.

«Ángelus, ¡vuelve a hacerme visible!». Al instante sentí como un

cosquilleo que me erizó la piel y grité, con todas mis fuerzas:

—Telemo, ¡estoy aquí!

El gigante se giró y me miró fijamente, con la pupila dilatada.

—¡Ahora te veo, maldita sabandija!

«¡Y yo a ti!», pensé mientras soltaba la cuerda del arco. La flecha penetró en su cuenca ocular y le reventó el ojo. Telemo se echó las manos a la cara y se arrancó la flecha, pero ya estaba cegado. Lizbeth corrió a mi lado y emprendimos el camino de huida.

—¡Ahora, cerrad para siempre este maldito lugar! —les grité a mis compañeros mientras la vidente se me adelantaba.

—¡Maldito seas, engendro del diablo! ¡No saldrás con vida de aquí! —bramó el cíclope a la vez me cerraba el paso con renqueantes pasos.

—Ahora solo quedamos tú y yo, Telemo —voceé oscilando la empuñadura.

Con esa distracción, Lizbeth logró dar los últimos pasos hacia el resto de mis compañeros. El gigante taponó la salida y se quedó de rodillas con los brazos extendidos. La sangre le caía a chorro por la cuenca ocular, pero la fortaleza de aquel titán parecía no tener límites y me buscó con los demás sentidos. Me abalancé sobre él y, tras esquivar sus torpes manotazos, le golpeé con todas las fuerzas en la mandíbula con la hoja de mi hacha. Del impacto le arranqué varios dientes de cuajo y, sin dejarle tiempo para reaccionar, agarré el mango del hacha con las dos manos y liberé la energía que acumulaba en mi interior para darle el golpe de gracia. La hoja se hundió en la frente y Telemo cayó al suelo en mitad de un rodal de sangre.

Tabaleándome, me dejé caer de culo al suelo, a un par de metros de donde yacía el cíclope. Sentía electricidad en las manos y el corazón galopando aceleradamente en el pecho. «¡Ya está!», suspiré mientras extraía la hoja del hacha de la cabeza de Telemo.

—¡Rápido, Hugo! —me gritó Ángelus, desde el corredor.

Apelé a las pocas fuerzas que me quedaban para levantarme y arrastrar los pasos hacia la salida pero, poco antes de llegar al umbral, escuché un lamento a mi espalda que me paralizó. Giré la cabeza y vi que el cíclope se había incorporado y buscaba a tientas la otra maza que había en la pared. Telemo todavía no había dicho la última palabra.

—¡Sellad este antro para siempre! —señalé, mientras recuperaba el resuello apoyado en la pared del corredor.

Ángelus alzó los brazos y pronunció: «*Sertum carceris*». La cueva

comenzó a temblar y cayeron algunos cascotes del techo, pero al instante vimos cómo se alzaba un muro que cerró la oquedad.

—Tu turno, hermanita —advirtió Ángelus, respirando agitadamente por el esfuerzo.

Alexa no esperó a que estuviera totalmente tapiado el agujero para apoyar las manos en la pared y liberar a través de ellas la magia ancestral. El muro fue sellando la habitación, envuelto en un halo amarillo, hasta que se fusionó con la montaña. Se escucharon unos apagados golpes al otro lado de la pared, pero Telemo no podría hacer nada para escapar de su prisión.

—Necesito respirar un poco de aire fresco. ¿Qué tal si nos vamos de aquí? —señalé mientras me sacudía de polvo las ropas.

—¡Espera un poco, Hugo! —voceó Vulcano a la vez que intentaba mantener erguida la espalda—. Aún no te he dado las gracias, amigo. Sin ti, ahora mismo estaríamos todos muertos.

—No me las des todavía —repliqué al tiempo que le echaba una furtiva mirada a aquella pared.

El ascenso por la galería principal de la mina fue duro pero feliz. Al llegar al lugar dónde estaba tapiada la pared con una roca, tuve que atar un cabo de una cuerda a una flecha para hacerla pasar por encima del tirador. Luego, tras comprobar que esta había quedado bien trabada, la desaté de la flecha y me colgué de ella para ver si hacía ceder al tirador. Pero no hubo manera de hacerlo y no me quedó más remedio que echar mano de Vulcano para conseguir desbloquear el paso entre los dos.

Nada más salir de la cueva, me dejé caer bocarriba en la sombra. Escuchar las risas de las muchachas que celebraban su libertad no hizo más que acentuar la alegría que sentía mi corazón y me incorporé para disfrutar también de aquel momento. No pude evitar sonreír al ver a las chicas corretear mariposeando alrededor de Vulcano.

—¡Toma ya! ¡Chúpate esta, Telemo! —gritó el forjador con el puño cerrado.

Me pareció percibir algo anómalo en su pose y acto seguido se desplomó. Entonces recordé el golpetazo que le había dado el cíclope y me apresuré a ayudar a Lizbeth a incorporarlo para dejarlo apoyado en su regazo. Le desabroché la chaqueta y la camisa y fue entonces cuando vi que tenía un enorme hematoma en las costillas.

—¡Alexa, necesita tu ayuda! —voceé buscándola con la mirada.

Alexa se arrodilló a un lado de Vulcano y entre los dos lo despojamos del

ropaje. No fuimos conscientes de la gravedad de sus lesiones hasta que le dejamos el torso desnudo y vimos que tenía varias costillas hundidas y otras fracturadas. Apoyé la cabeza en el tórax: apenas se le percibía la respiración, aunque su pulso era débil y acelerado.

—Debes sanarlo ahora o lo perderemos —le advertí a Alexa.

La maga impuso ambas manos en el costado y cerró los ojos. Al instante percibí un flujo de energía que se acumulaba en las palmas de las manos mientras las movía por encima de las heridas. Al pasarlas por las costillas fracturadas se escuchó un ruido seco, producido por los huesos rotos que volvían a colocarse en su sitio, y pudimos ver cómo iban desapareciendo las deformidades y las lesiones visibles de la piel hasta que esta adquirió tono rosado. Después colocó las manos en el esternón y descargó toda la energía que le quedaba de golpe. El tórax se expandió y Vulcano abrió los ojos al tiempo que hacía una profunda inspiración.

Alexa estaba tan extenuada por el esfuerzo que se tambaleó mareada, pero Vulcano se incorporó y la rodeó delicadamente entre sus brazos al tiempo que le alzaba la barbilla.

—Nunca podré agradecerte lo que has hecho por mí —susurró Vulcano antes de que se sellaran su labios con un beso.

Aquel instante se me hizo eterno y sentí cómo el corazón se me partía en dos.

—No... no ha sido nada... —musitó Alexa, tocándose los labios con la yema de los dedos.

Las muchachas rubricaron aquel momento con una retahíla de emotivos suspiros, cosa que aprovechó Vulcano para levantar en brazos a Alexa mostrando un alarde de fuerza.

—Hugo, tú todavía no has visto el rubí escarlata, ¿verdad? —exclamó Ángelus, rescatándome del pozo de tinieblas en el que estaba sumergido.

Mi amigo sacó la mano del bolsillo y la abrió, dejando al descubierto el hermoso rubí. Tenía una tonalidad roja intensa y desprendía un brillo fuera de lo común.

—¿Es bonito, eh? —dijo Vulcano mientras dejaba a Alexa en el suelo.

—¡Oh, sí...! Es precioso —dije intentando templar la voz.

—¿Y a qué esperas para cogerlo? —añadió Ángelus. No supe cómo reaccionar—. Creo que te corresponde a ti custodiarlo, amigo mío.

Sonrojado, cogí el rubí escarlata y saqué del bolsillo la perla negra, reuniendo ambas gemas en la palma de la mano. Al instante empezaron a

refulgir al unísono y noté un ligero cosquilleo en la piel.

—¡Míralo! —exclamó Vulcano con una sonrisa—. Para no gustarte las joyas, maese Hugo, te has llevado las mejores.

—Y tú tampoco no te puedes quejar, maese Vulcano —le solté echando una mirada furtiva a la voluminosa bolsa que llevaba colgada a la espalda.

—Pero ¡si no son más que las migajas! —comentó simulando una mueca de enfado—. Y además, no son todas para mí.

Vulcano buscó en la bolsa y sacó un hermoso cetro de oro que, por la descripción, era aquel que había aparecido a los pies de su cama después de haberlo visitado la extraña dama de sus sueños.

—¡Qué preciosidad! —exclamó Ángelus mirando el objeto sin pestañear—. ¿Sabéis que este es el cetro de Horus? Está descrito en el manuscrito de Ceres.

—¿A que ahora no lamentáis que perdiera un poco de tiempo buscándolo? —alegó Vulcano soltando una carcajada.

—¿Puedo? —le preguntó el mago.

Vulcano le entregó el cetro y, nada más cogerlo, Ángelus pareció brillar con una mayor intensidad.

—Ya sabemos a quién pertenece el cetro y con esta afirmación creo que ya puedo dar por resuelto el misterio. ¿A qué esperas para probarlo? —voceó el herrero, dándole una palmadita en la espada que casi le disloca el hombro.

Ángelus agitó levemente el báculo y de la cabeza de halcón brotó un fognazo que impactó contra un altísimo abeto, partiéndolo en dos.

—¡Vaya...! —suspiró Vulcano con la cara desencajada—. Creo que será mejor que guardes ese juguetito hasta que puedas controlar un poco mejor su poder —añadió con buen tino.

Pero a mí se me ocurrió que aún podía hacerse un buen uso de él.

—Espera un momento, Ángelus. ¿Por qué no le das un poco más de caña a ese cetro y cerramos para siempre la entrada de ese antro? —aludí con un gesto.

El mago nos instó a alejarnos de la cueva y luego blandió con fuerza el bastón. Esta vez, de la cabeza de halcón emergió un rayo azul que, tras impactar contra las rocas, explotó y echó parte de la montaña abajo.

Durante un buen rato solo se escuchó el estruendo provocado por la caída de los cascotes a la vez que se alzaba una nube de polvo que nos impedía ver qué sucedía más allá del umbral de la mina, pero, cuando la polvareda se disipó, pudimos comprobar que aquel lugar había quedado sellado para los

restos.

—¡Uf, cómo aprieta el calor! —comentó Lizbeth secándose el sudor del cuello con un pañuelo—. ¿Por qué no vamos a refrescarnos al río?

Hicimos caso a la vidente y, después de darnos un gratificante chapuzón, salimos del agua y nos refugiamos bajo la sombra de unos árboles que había cerca del margen del río. Aprovechamos que estaba cayendo la tarde para almorzar y descansar un rato. Alexa y yo apenas intercambiamos un par de veces las miradas y, de no ser por el incombustible Vulcano, quien no paraba de bromear y galantear con las muchachas, aquella velada se habría convertido en un funeral para mí.

—¿Y ahora qué? —me preguntó el herrero, tomando asiento a mi lado.

—No lo sé... —dije encogiéndome de hombros—. Lo decidirán las gemas mágicas, supongo. Pero ¿por qué me lo preguntas? —le inquirí.

—Porque entonces no corre tanta prisa que iniciemos nuestra próxima misión y os puedo invitar a pasar unos días en mi hacienda para que pueda recompensaros por la forma que os traté en nuestro primer encuentro. —Las doncellas aplaudieron entusiasmadas su ofrecimiento—. Además —añadió al percibir mi gesto de desaprobación—, tendremos que avisar a las familias de que hemos puesto fin al secuestro de sus hijas para que vengan a buscarlas. ¿Y qué mejor lugar que mi hacienda? Seguro que la yegua me espera con impaciencia.

«¡Ja! Lo que tú quieres es darte un baño de masas y de paso intentar dar rienda suelta a tus cuitas con Alexa, truhan», pensé para mis adentros.

Para mi desgracia, los demás estuvieron totalmente de acuerdo con la iniciativa de Vulcano y no me quedó otra que recoger los bártulos para que pudiéramos poner rumbo hacia su hacienda y llegar antes del anochecer.

Ya era entrada la tarde cuando llegamos a la valla que limitaba los jardines donde se ubicaba el imponente caserío de Vulcano. La fachada era blanca, tenía dos plantas con amplias terrazas y unas coloridas ventanas verdes. Nada más atravesar la valla escuchamos un relincho y vimos cómo se nos acercaba la yegua de Vulcano a todo galope. El reencuentro fue muy emotivo y no se libró ni Alexa, quien no pudo quitarse de encima al animal hasta que le dio un par de terrones de azúcar.

En cuanto la yegua regresó con la manada, recorrimos un bonito paseo y, al llegar al porche, fuimos recibidos por un aluvión de sirvientes, quienes se apresuraron en aligerar nuestra carga mientras Vulcano les daba las instrucciones para que arreglaran las habitaciones de invitados y que la cena estuviera lista en una hora. Una vez hubo dado las órdenes, nuestro anfitrión nos convidó a sentarnos en la mesa del porche. Al momento aparecieron unos mozos con unas jarras de cerveza helada.

—No hay mejor remedio para el cansancio que tomarse una cerveza contemplando la puesta de sol —comentó Vulcano alzando su jarra—. ¡Salud, compañeros!

Después de brindar con nuestro anfitrión me recosté en el respaldo de la silla y di un largo trago de cerveza. Era dulce, ligera y muy refrescante.

—Es muy bonita tu casa, Vulcano, y muy grande —advirtió Ángelus dejando la jarra encima de la mesa—. La construiste para echar raíces aquí, ¿verdad?

—No lo sé, amigo. Antes tendría que encontrar a la mujer de mi vida.

Aquella conversación se estaba yendo por unos sinuosos derroteros.

—Pero ¿no me dirás que todavía no la has encontrado entre tanta belleza sureña? —añadió Ángelus. Aproveché que mi amigo se encontraba sentado a mi lado para darle un codazo y susurrarle: «¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?». Este pasó de mi apreciación y continuó interrogando al herrero—: ¡Vamos, Vulcano! Tú no tienes pinta de ser ese tipo de hombres a

los que les gusta estar solos. Seguro que no te han faltado pretendientes.

—Tampoco soy ese tipo de hombres que se conforman con cualquier cosa —replicó con sutileza—. ¡Uf! No se puede aguantar aquí del calor. ¿Qué tal si nos damos un baño antes de la cena? Ya deben de estar listas las habitaciones —dijo apurando la cerveza de un trago.

Vulcano se levantó y nos invitó a entrar en la casona. Nos explicó que en la estancia principal se ubicaban la cocina, su despacho, el comedor y las habitaciones del servicio. Luego subimos por una amplia escalera de mármol hacia la primera planta, destinada a las habitaciones y los salones principales. La estancia estaba decorada con muebles de caoba de estilo colonial, los suelos estaban tapizados con alfombras y las paredes pintadas completamente de blanco. Vulcano nos asignó dos dormitorios colindantes, uno para nosotros y otro para nuestras compañeras, y alojó a las muchachas en las habitaciones de ala oeste.

Nuestra habitación era una pieza rectangular que se abría a una amplia terraza, tenía dos camas de matrimonio independientes y estaba amueblada con un espacioso chifonier, una mesa escritorio y un armario de cuatro puertas. La sala comunicaba con un cuarto de baño, provisto de bañera y ducha, que daba también a la terraza.

Me di una ducha rápida y dejé a Ángelus disfrutando de un vaporoso baño para salir a la terraza y despedir la tarde fumando en pipa. Desde la distancia, las lucecitas que tintineaban en las casitas de la aldea me transportaron hasta una época mucho más tranquila de mi vida, en concreto al lugar donde había pasado mi casi olvidada juventud. Desde pequeño había vivido obsesionado con el regreso de mi padre, pero tardé mucho tiempo en darme cuenta de que las cosas no suceden sin más y desperdicié los mejores años de mi vida ahogando mi frustración en vino y mujeres. De eso no era de lo único que me arrepentía.

—¿En qué estás pensando? —dijo Alexa apareciendo por la puerta de la terraza.

—Pero ¿qué manía es esa de entrar en los sitios sin avisar? —me revolví con el corazón acelerado.

Estaba radiante, con los cabellos húmedos y alborotados, y llevaba puesta una blusa blanca, remetida en el pantalón, que acentuaba el contorno de sus pechos.

—¿Te gusta la camisa? Me la ha regalado Vulcano.

Se me encendieron las mejillas de inmediato y aparté la vista simulando un

ataque de tos. «Pero ¿qué diablos me pasa?», me reocriminé.

—Es preciosa y te favorece mucho. Seguro que en cuanto te vea cae rendido a tus pies.

Alexa se acercó sonriente y se apoyó en la baranda.

—Todavía no has contestado a mi pregunta.

—No pensaba en nada, solo fumaba contemplando el paisaje —le mentí.

—¡Ya...! —dijo echando la vista al frente—. ¡Qué bonito es este lugar!, ¿verdad? ¿Te has fijado en la aldea? Parece como sacada de un cuento.

Me recosté sobre la barandilla y miré de reojo a mi compañera.

—Alexa, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Sé lo que me vas a preguntar —advirtió con una pícara sonrisa.

—¡Ah, sí...! —dije con el vello de punta.

—Yo también me he dado cuenta de que Vulcano me mira de una manera especial. Y también está el beso, claro —declaró poniéndose colorada.

Ya no podía soportar por más tiempo la incertidumbre.

—¿Lo amas?

—No... no lo sé —comentó mordiéndose el labio—. Pero me ha dado mucha rabia que me robara mi primer beso.

«Pues ¡anda que a mí...!», pensé perdiendo la vista en el cárdeno horizonte.

—¿De quién habláis? ¿De ese casanovas de pacotilla? —intervino Ángelus, saliendo a la terraza con una toalla sujeta a la cintura—. ¿Por qué no dejáis de darle vueltas a la perdiz y reconocéis que estáis hechos el uno para el otro?

—¡El que faltaba! —rezongué dándole la espalda.

—¡Pareces muy risueño! ¡Y perfumado! ¿Acaso prevés una noche romántica con tu chica? —señaló Alexa con una traviesa mirada—. Creo que ya va siendo hora de que tú y Lizbeth deis un paso, digamos... más carnal.

—¡No sigas! —atajó Ángelus, tapándole la boca con la mano—. ¿Por quién me tomas, hermanita? ¡No estamos casados!

Alexa no pudo reprimir un amago de risa.

—¡Vaya!, no sabía que eras tan remilgado —le soltó.

Ángelus no sabía dónde meterse.

—¿Y por qué no se lo pides? —le pregunté seriamente.

—¿Un... una boda...? —balbuceó, blanco de la impresión.

Aquella situación me estaba resultando muy cómica y también era una ocasión única para pagar a mi amigo con su misma medicina.

—Pues ¡claro que sí! ¿A qué tienes que esperar para proponerle hacer vida de pareja? —alegué dándole una palmadita en la espalda—. El tiempo es demasiado valioso para dejarlo perder... ¿Por qué no se lo pides esta noche en la cena? Seguro que dice que sí.

El mago se tambaleó, como mareado, y tuve que sujetarlo para que no se cayera al suelo.

—Pero... pero si ni siquiera tengo anillo de compromiso —se excusó.

—Creo que eso lo podemos arreglar con esto —dijo Alexa dándole una sortija de oro rosa con un hermoso zafiro azul—. Encontré esta preciosidad en la cámara del tesoro de Telemo y no me pude reprimir. Creo que le vendrá bien, tiene los dedos finos y delgados, como yo.

Ángelus extendió su temblorosa mano y tomó el anillo.

—¡No hay quién te entienda, amigo mío! ¿No tuviste duda en reconocer al amor de tu vida en cuanto lo viste y ahora vacilas en pedirle en matrimonio? ¡Anda! Ya puedes ir preparando un breve discurso, no vaya a ser que te atranques y acabes haciendo el ridículo. Ya verás cómo todo sale bien —le endilgué con un guiño.

—¡Quién me habrá mandado a mí salir a tomar el aire! —dijo, con el rostro más pálido que la leche—. Y ¡no me miréis con esas caritas sonrientes! No os libraréis tan fácilmente de mí y tarde o temprano acabaréis reconociendo que estáis enamorados. Y entonces te recordaré eso de «desperdiciar el tiempo», amigo mío.

Alexa cruzó por delante de nosotros y se dirigió hacia la puerta contorneando la cintura.

—Os dejo, chicos, que yo también debo arreglarme para la cena —anunció sonriente.

Quise decirle que todavía teníamos una conversación pendiente pero, cuando quise reaccionar, ya había desaparecido de mi vista.

—¡Menudo tontorrón! Tú sigue así y la perderás para siempre —declaró Ángelus sacándome la lengua.

Fuimos los últimos en llegar al salón. Las chicas de nuestro grupo llevaban unos maravillosos vestidos de noche que, cómo no, les había prestado Vulcano y estaban sentadas en una mesa redonda que había en mitad de la sala. Las muchachas que rescatamos de la cueva de Telemo estaban sentadas en una larga mesa, ubicada paralela a los ventanales, también estaban vestidas para la ocasión, y Vulcano se había puesto un elegante traje gris a

rayas que contrastaba con nuestra raída indumentaria de calle. Al fondo, en un rincón, estaban sentados los componentes de una pequeña orquesta. «Pero ¡si hasta tendremos baile!», pensé mirando nuestras fachas.

Bordeamos la mesa y nos sentamos en los dos asientos que quedaban libres, uno al lado de Lizbeth y el otro al lado de Alexa.

—¡Estás preciosa! —le susurré cuando me acomodé en la silla.

—Tú que me ves con muy buenos ojos —dijo sonriente—. ¿Le has visto la cara a Ángelus?

Miré a mi amigo y vi que lo único que destacaba de su fisionomía eran sus brillantes ojos ambarinos, que no dejaban de mirar de reojo a Lizbeth. Vulcano picó con una cucharilla la copa de vino y se levantó de la mesa.

—Amigos míos, esta velada degustaréis una delicias sureñas que no olvidaréis en mucho tiempo y el vino que he escogido para la ocasión es un blanco de reserva, seco pero con el dulzor típico de estas tierras —exclamó alzando la copa—. ¡Brindo por vosotros, *los hijos de la Luz!*

Brindamos a la salud de Vulcano y empezamos a comer las ricas viandas que había encima de la mesa. Lo cierto es que no hay mejor medicina para el cansancio que una buena mesa y comí hasta quedarme bien harto. Ángelus apenas probó bocado y se mostró ausente de las conversaciones durante toda la cena, tan ensimismado que Lizbeth tuvo que preguntarle varias veces si se encontraba bien. «¿A qué esperas, cobarde? O se lo dices tú o se lo digo yo», lo amenacé. Ángelus negó con la cabeza y me hizo un gesto para que mantuviera la boca cerrada.

Después del banquete, al ver que mi amigo no se atrevía a dar el paso, me levanté y tintineé con un tenedor en la copa.

—Ángelus tiene algo importante que... ¡Ay! —exclamé al sentir un puntapié en la rodilla.

El mago se levantó y, tras susurrarme: «¡Ya ajustaré cuentas contigo!», se encorvó hasta posar una rodilla en el suelo. Lizbeth, que contemplaba aquella escena como si estuviera viendo a un fantasma, no pudo reprimir un exhalar un suspiro de asombro cuando Ángelus le tomó la mano y le preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo?

Sin esperar respuesta, Ángelus deslizó el anillo en el dedo anular de su amada y la miró con cara de expectación.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Lizbeth, con los ojos cubiertos de lágrimas—. ¡Sí, quiero...! ¡Claro que sí!

Ambos se fundieron en un largo beso que culminó con el aplauso de todos

al grito de: ¡Viva los novios! Vulcano, totalmente embriagado de emoción, le hizo un gesto a los músicos y estos se pusieron a tocar una alegre melodía. Al instante salieron a la improvisada pista de baile las doncellas y se pusieron a bailotear. Para mi sorpresa, Alexa me cogió de la mano y me sacó a bailar.

—¡Caray, pero qué bien bailas, Hugo! —comentó mientras seguíamos el ritmo de un alegre foxtrot.

—¿Acaso creías que no me sabía divertir? ¡Qué poco me conoces, pequeña! Seré algo paticorto, pero en habilidad no me gana nadie —le solté haciéndola girar varias veces sobre sí misma.

La fiesta se alargó hasta la madrugada y durante toda la velada Alexa no se separó de mí. Antes de irnos a dormir, Vulcano nos anunció que en un par de días tendría todo preparado para celebrar una ceremonia nupcial en los jardines de su hacienda a la que invitaría a todo el pueblo.

Me metí en la cama sin desvestir y en aquel momento me di cuenta de lo maravillosa que puede llegar a ser la vida cuando se vive con más optimismo y disfrutando del momento. Me prometí que nunca más daría el brazo a torcer en mi búsqueda de la felicidad. ¡Me daba igual que Alexa no sintiera lo mismo por mí!

Yo la querría siempre y haría lo posible para hacerla feliz.

CAPÍTULO 3.

EL TEMPLO DEL AGUA.



«El dragón está en la montaña, donde el agua y fuego se hermanan, donde nacen las aguas primordiales y brota el fuego celestial».

1

Me despertaron unos cálidos y húmedos lametazos en la cara, como si se me hubiese metido un golpe de mar por las fosas nasales. El causante de tal efusivo despertar era un mastín de color canela que, habiéndome confundido quizás con un pariente lejano, se había abalanzado hacia la cama para mostrarme todo su afecto.

Unas risas procedentes de la terraza me hicieron reaccionar.

—Parece que le has caído muy bien a Lucas, dormilón —voceó Vulcano con una carcajada. Luego silbó y el perro saltó de la cama para acurrucarse a los pies de su amo—. ¡Ven con nosotros! Te estás perdiendo un almuerzo de aúpa.

Como ya estaba vestido, fui al baño a adecentarme un poco y me reuní en la terraza con mis compañeros. Sus platos estaban limpios, pero encima de la mesa había una bandeja con huevos revueltos con tocino y un cubierto para mí.

—¡Buenos días! —dije sintiendo cómo me martilleaban las palabras en la cabeza.

—Ayer te excediste con el vino, ¿eh, canalla? —comentó Ángelus con una pícarona sonrisa.

Pasé de su jocosos comentario y comencé a almorzar con apetito.

—Le estaba comentando al novio —intervino Vulcano— que había pensado en hacer mañana una ceremonia nupcial al aire libre con el frescor del atardecer. Así podrán disfrutar de una noche de bodas como mandan los dioses y solo nos demoraremos un par de días en salir a por nuestro próximo objetivo. ¿Qué te parece?

—Por mí, bien. No nos vendrá mal descansar y disfrutar de una alegre celebración.

—Vaya, parece que la hospitalidad sureña ha comenzado a ablandarte el corazón. ¡No sabes cuánto me alegro, Hugo! —aludió sin acritud.

Lo cierto es que no había querido objetar su sugerencia para no acentuar

mi resaca, pero preferí no quitarle la ilusión.

—¿Y ya has pensado en quién oficiará la ceremonia, Vulcano? —le pregunté metiéndome un trozo de panceta en la boca.

—¿Quién va a ser? ¡Tú!

Casi me atraganto al escuchar su propuesta.

—¿Yo...? Pero ¡si odio hablar en público! —dije entre toses—. ¡No, musculitos! Ya puedes ir buscándote a otro para desempeñar ese papel.

—¿Qué estás diciendo, Hugo? Nadie podría honrarme oficiando nuestra boda más que tú. Será como si mi padre también estuviera presente en ella —argumentó apelando a mi corazoncito—. Además, ¡fuiste tú quién me metiste en este embrollo!

—¡Vale, lo haré! —dije, dándome por vencido.

—¡Perfecto! —añadió Ángelus con una amplia sonrisa—. Y también serás mi padrino.

Esta vez no repliqué y continué comiendo sin levantar la vista del plato. Estaba tan emocionado con la noticia que, de haber hablado, se me habrían saltado las lágrimas delante de Vulcano.

—Por cierto —dije cambiando totalmente de tema—, ¿dónde están las chicas?

—¿Dónde van a estar? Escogiendo el vestido de la novia —anunció Vulcano mientras se liaba un cigarrillo—. Ahora que lo pienso, tú también necesitarás ponerte algo más decente que lo que llevas, Ángelus. En cuanto acabemos de almorzar llamaré a mi sastre para que te haga un traje a medida... ¡y otro para el padrino! —dijo zarandeándonos de los hombros con una carcajada.

Sería media mañana cuando el sastre acabó de tomarnos las medidas. Lucían dos soles en lo alto del cielo y ni una nube se atrevía a interponerse entre ellos, pero Vulcano nos condujo por un caminito que descendía entre un hayal hasta que llegamos a una explanada en la que había un lago. Allí estaban las chicas, a la sombra de unas encinas, con los pies metidos en el agua hasta los tobillos.

—¡Por fin nos vemos! ¿Qué tal habéis pasado la noche? —preguntó Ángelus, desabrochándose los botones de la camisa.

—¡Muy bien! —respondió Lizbeth alzando la vista—. No estoy acostumbrada a que me agasajen y me mimen tanto. Las chicas tienen tanta traza con el hilo y la aguja que ya tienen hilvanados nuestros vestidos.

Hablan por los codos y son muy chismosas, sobre todo cuando hablan de Vulcano, pero ¡son tan majas! —dijo sonrojando al forjador—. ¿Y qué tal os ha ido a vosotros con el sastre?

—¡Bah! Es estirado, amanerado y quisquilloso... Creo que me ha clavado un par de veces la aguja adrede —apunté recordando el mal rato que me había hecho pasar—. ¡Pues no me ha dicho el costurerucho que nunca había visto un cuerpo tan mal hecho!

—No seas tan duro con él, Hugo —añadió Vulcano—. Debes reconocer que no se lo pusiste nada fácil con unos continuos e imprevistos movimientos que le acarrearón al pobre más de un coscorrón. Además, no podrás quejarte del resultado. Estarás hecho un figurín —comentó con retintín.

—Eso, ¡tú sigue metiendo el dedo en la llaga! —refunfuñé—. Espero no ver mañana esas horribles chorreras en la camisa. Si no, ya os podéis ir despidiendo del maestro de ceremonias.

—¿¡Nos casarás tú, Hugo!? —exclamó Lizbeth emocionada—. Ahora sí que puedo decir que no puedo ser más feliz.

Ver sus ojos tan iluminados me quitó la tensión que acarreaba desde la visita al sastre.

—¿Por qué no volvemos a casa? —sugirió Vulcano—. Podemos refrescarnos con una cerveza mientras llega la hora de comer.

Pasamos el resto del día preparando el jardín donde se celebraría la ceremonia. Pusimos toldos, mesas y sillas para albergar a unas quinientas personas, pues Vulcano había decidido invitar a los habitantes de la aldea, quienes se unirían a los familiares de las doncellas. Lo cierto es que al anoecer ya se había presentado en la hacienda todo el mundo y Vulcano preparó una fiesta que acabó a altas horas de la madrugada.

Cuando desperté, Ángelus dormía como una marmota, pero tenía a los pies de la cama a Lucas, el mastín canela de Vulcano, mirándome como si me conociera de toda la vida. Me vestí y saqué al perro a dar una vuelta por el lago, así también tendría tiempo para repasar el discurso de la ceremonia. Al volver del paseo me encontré a Vulcano en el porche con una bolsa de hielo en la cabeza y un vaso de agua en la mano.

—Bonita resaca, ¿eh? —le solté al pasar por su lado.

Él me dedicó un obsceno gesto con el dedo corazón, pero se abstuvo de hacer algún comentario. Subí la escalera y, al llegar a la habitación, me encontré a Ángelus dando nerviosos paseos alrededor de la cama.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté mientras me estiraba encima de las sábanas.

El mago se sentó a mi lado y me miró con cara de preocupación.

—¿Nos estaremos precipitando?

—¡Qué va, hombre! ¿Por qué lo dices?

—¿Por qué va a ser? Tengo miedo, amigo mío —dijo dejándose caer en el colchón.

—¿De qué tienes miedo?

Ángelus giró la cara y me miró con lágrimas en los ojos.

—De perderla —susurró echando la vista al techo—. Parece que haya recaído sobre mí la maldición de perder a las personas que quiero y temo que me vuelva a pasar con Lizbeth.

—Pero ¿qué dices? Eso no va a suceder nunca, ¿me oyes? —le animé—. ¿Cuánto haces que no te miras al espejo? Tu energía crece a pasos agigantados, igual que tus cualidades de hechicero, desde que Lizbeth entró en tu vida. Además, tú la rescataste de la muerte —le recordé—. Ángelus, estoy convencido de que estarás preparado cuando debas enfrentarte a El Señor Oscuro, ¡ya lo verás!

—No sé qué haría sin ti, Hugo —dijo esbozando una sonrisa. Luego se incorporó y me miró fijamente a los ojos—. Siento que me está pasando todo demasiado rápido y tengo miedo de tropezar y caer.

—¡Bienvenido al club! Pero alguien me dijo una vez que nuestra fuerza radica en nuestra unidad y creo ciegamente en ese dictamen.

—Pero lo dijo alguien que ya no está entre nosotros.

Me sorprendió ver a mi amigo tan decaído.

—¿Estás seguro de lo que dices? Gabriel ya no estará entre nosotros, pero no nos ha abandonado; su presencia permanece intacta en nuestros corazones y nos acompañará hasta que nos reencontremos con él —aseveré.

Ángelus se estiró en el colchón con la mirada perdida. Necesitaba estar un momento a solas para poner en orden sus emociones, así que me levanté de la cama y me fui a dar una ducha.

Poco antes de la boda cayó una tormenta que vino de perlas para refrescar el ambiente. Me sentía embuchado en aquel traje pero, al ver la cara de asombro que puso Alexa cuando me vio salir al jardín, le perdoné al sastre todo lo que me hizo pasar el día anterior. Ángelus, por su parte, no podía estarse quieto a mi lado. Se había dejado las uñas a ras de la carne a base de

mordérselas y se puso tenso al escuchar la melodiosa música de un violín.

Lizbeth apareció colgada del brazo de Vulcano y se fue acercando lentamente al altar. Llevaba un vestido celeste muy escotado y el cabello recogido con una diadema de la que pendía un velo.

—No te habrás olvidado del anillo, ¿verdad? —le susurré.

—¡Mierda, Hugo, no caí en ese detalle! —bufó Ángelus con la cara desencajada.

—Pero yo sí —dije enseñándole dos sortijas de oro—. Anda, ¡sécate el sudor de la frente y ponte bien el cuello de la camisa! —le susurré mientras le dejaba mi pañuelo—. La novia está divina y no puede verte con ese careto.

Cuando llegaron al altar, Lizbeth le entregó el ramo de lirios que llevaba en la mano a Alexa, que estaba preciosa con un ceñido vestido rosa, y se puso al lado del novio mirándolo a través del velo. Tuve que darle un golpecito en el codo a Ángelus para que reaccionara y tomara de la mano a la novia.

—¡Hola a todos! —dije alzando la voz—. Hoy están aquí Lizbeth y Ángelus para unir sus almas en matrimonio y mostrar el amor que sienten ante los dioses y las personas. A Lizbeth la conocí en un momento en que las sombras ofuscaban mi mente y ella supo mostrarme el camino que debía seguir. A Ángelus lo rescatamos de las tinieblas y desde entonces se ha convertido en el faro que guía nuestro camino. En esta ceremonia, quiero proclamar que el amor que ambos se profesan estará ensalzado por el afecto y el cariño de todos los que los queremos, tanto los que hoy están aquí como los que un día estuvieron —dije conteniendo la emoción—. Por ellos, por nosotros, Lizbeth y Ángelus tomarán los votos del matrimonio declarándose el amor que sienten el uno por el otro y, para que esta unión quede consagrada para siempre, os intercambiaréis estos anillos que se encargarán de recordaros que no existe un arma más poderosa que el amor.

Le entregué uno de los anillos a Ángelus y le hice un gesto para que se lo pusiera a la novia.

—Lizbeth, recibe el amor que siento por ti, porque solo a ti te pertenece, y guárdalo en tu corazón para que perdure más allá de la muerte —declaró antes de deslizar el anillo en el dedo anular.

Le entregué el otro anillo a Lizbeth y esta tomó la mano de su amado.

—Ángelus, recibe el amor que siento por ti, porque solo a ti te pertenece, y guárdalo en tu corazón para que perdure más allá de la muerte —recitó introduciendo la sortija en su dedo anular.

—Para completar esta ceremonia, tan solo queda que ambos selléis vuestro

amor con un beso —proclamé con los ojos encharcados.

Ángelus alzó el velo, dejando al descubierto la cara de Lizbeth, y la besó tiernamente en los labios. Y, con un emotivo: «¡Viva los novios!», se disolvió el romántico momento y dio comienzo la fiesta.

Disfruté de la comida, del alborozo y de la alegría de aquel día, acaudalé todas las emociones como si fueran un tesoro pues sabía que llegarían tiempos tenebrosos en los que tendría que tirar de buenos recuerdos para no sucumbir a la Oscuridad, y compartí esos sentimientos con Gabriel, porque sabía que estaría viéndonos, allá adónde estuviera.

«¡Te echo tanto de menos, patas largas!».

Al día siguiente nos levantamos bastante tarde y dejamos que los tortolitos disfrutaran de su noche de bodas. A eso de mediodía bajaron los novios de la habitación y Vulcano los recibió con una sonora traca en el porche. Estaban sonrojados ante tanta muestra de afecto y más se pusieron cuando el forjador le preguntó a Lizbeth que qué tal se había comportado el león.

Después de comer nos despedimos a las muchachas, quienes regresaron a casa con sus familias, y pasamos la tarde preparando las mochilas para partir al día siguiente. Lo cierto es que los días que pasamos en la hacienda de Vulcano hicieron que nos recuperásemos de una buena parte del cansancio acumulado y nos ayudaron a cargarnos de optimismo.

Al alba nos reunimos en la cocina para tomar buen desayuno con el que iniciar con fuerzas nuestra próxima aventura. Después salimos de la casa y, una vez Vulcano se despidió de su servicio y de su yegua, extraje las dos gemas mágicas del bolsillo. En cuanto empezaron a resplandecer, les hice un gesto a mis compañeros para que unieran sus manos.

La translación fue inmediata y aparecimos en un páramo nevado, en mitad de una ventisca.

—¡Maldita sea! ¿Dónde diablos nos hemos metido? —refunfuñó Vulcano detrás de mí.

Nos refugiamos del viento bajo unos abetos y Ángelus utilizó el poder del cetro de Horus para crear una cámara invisible que nos aisló del frío mientras nos abrigábamos. Esperamos a que amainara la nevada y salimos de nuestro mágico refugio para inspeccionar el nuevo mundo. Las nubes eran amarillas y, cuando se disolvieron, dejaron a la vista un cielo turquesa en el que lucían varios soles y un gran planeta azul. Por otra parte, al mirar a nuestro alrededor fuimos conscientes de que estábamos en mitad de la nada, cercados por una cadena de altas montañas nevadas y la desazón se reflejó inmediatamente en nuestros rostros.

—¿No notáis algo extraño en el ambiente? —preguntó Lizbeth, tiritando envuelta en su abrigo.

Miré hacia lo alto de la montaña y tuve que disimular mi desencanto al descubrir que solo veía una inmensa mole blanca que se alzaba hasta donde se perdía la vista.

—Percibo tenuemente la energía de una gema mágica ahí arriba, pero también una poderosa fuerza que no sé interpretar —dije metiéndome las manos en los bolsillos.

—Yo también la siento, Hugo, y no me da buena espina —comentó Ángelus, sumándose a mi preocupación.

—¡Bueno! ¿Qué vamos a hacer? —alegó Alexa frotándose las enguantadas manos.

—Por lo pronto, voy a buscar un conjuro que nos solucione el problema del frío, pero después creo que no nos quedará más remedio que seguir el rastro de esa energía —explicó Ángelus alzando la vista hacia la mole que se alzaba delante de nosotros.

El mago consultó el manuscrito de Ceres y pronunció un hechizo que nos aisló de la gélida sensación térmica antes de ponernos en marcha. Me tocó encabezar la comitiva y fui creando una senda ascendiendo por una empinada cresta. La subida fue lenta y pesada, siempre pisando sobre un escarpado terreno y con la única compañía de los pocos abetos que nos cruzábamos por el camino.

A las pocas horas de ascenso tuvimos que buscar un lugar donde acampar, pues los soles se fueron poniendo y pronto caería la noche. Ángelus volvió a utilizar el cetro para hacer aparecer una burbuja que nos evitaría pasar la noche a la intemperie y entre Vulcano y yo conseguimos encontrar un poco de leña, con la que encendimos un fuego y preparamos una frugal cena caliente. Mientras comíamos empezó a nevar y no dejó de hacerlo en toda la noche.

El nuevo día salió completamente despejado. Por suerte, la nieve caída el día anterior se había compactado durante la noche, lo cual hacía menos dificultoso el ascenso al no quedarnos hundidos los pies con cada paso, pero los soles apenas calentaban y, por desgracia, Ángelus tuvo que prescindir del conjuro que nos aislaba del frío para guardar sus energías para el duro ascenso. El intenso frío, unido a la falta de oxígeno, provocó que tuviéramos que pararnos cada pocos pasos para recuperar el aliento. Así pasamos el interminable día y, al llegar la noche, Ángelus tuvo que volver a utilizar la

magia de su cetro para construirnos un invisible iglú donde guarnecemos del frío.

Después de cenar, salimos de nuestro refugio y nos sentamos a contemplar el cielo estrellado tapados con una manta. Al rato, Ángelus y las chicas se fueron a descansar, pues eran los que más acusaban el cansancio, pero Vulcano y yo preferimos quedarnos un poco más disfrutando de aquel magnífico espectáculo. Saqué una cantimplora llena de ponche de fuego, que había destilado en la hacienda del forjador, y le hice un gesto para que la cogiera.

—Prueba esto... Te animará —añadí con un guiño.

Vulcano agarró la cantimplora y le endiñó un largo trago.

—¡Guau, está muy bueno! —exclamó, cerrando los ojos.

—No te pases, que esto es demasiado fuerte para ti —bromeé quitándole el frasco.

Le di un buen tiento a la cantimplora y perdí la mirada entre las montañas nevadas, iluminadas por el brillo de una inmensa luna.

—Maese Hugo, en verdad eres una caja de sorpresas —susurró Vulcano—. Bajo esa apariencia de hombre tosco y bruto, percibo que hay una persona de la que uno se puede fiar. ¿Me pasas ese ponche?

—Veo que el licor ya te ha desatado la lengua. Pero ¡qué más da! Aquí no hay mucha gente a la que puedas aburrir y, además... —dije, sintiendo cómo el licor se me subía a la cabeza—, hace mucho frío y esto entra la mar de bien.

Vulcano le dio un trago y dejó la cantimplora apoyada en la nieve mientras alzaba la mirada para contemplar las estrellas.

—Es la noche más bonita que haya visto jamás —comentó con la mirada iluminada.

—Es la magia que tiene la montaña —afirmé mientras me acurrucaba en la manta—. Aquí puedes ser tú mismo, al estar tan lejos de todo y sin preocuparte de ocultar tus...

En ese momento fui consciente de que le estaba haciendo una delicada confesión a Vulcano y me callé.

—¿Ocultar qué...? ¿Tu feo careto? —señaló con un guiño.

—Búrlate si quieres, pero no siempre he sido así, ¿sabes? —le solté volviendo a coger la cantimplora—. Y me refería a esconder los miedos, ¡tío listo!

—Perdóname, Hugo, a veces me cuesta sujetar la lengua y no mesuro el

daño que le puedo causarle a los demás —se disculpó mirándome con ojos sinceros. Vulcano me pasó, sorprendentemente, el brazo por los hombros, y me comentó—: Tú y yo no somos tan diferentes. Ambos ocultamos nuestros sentimientos bajo una espesa máscara de hierro, impenetrable para los demás. Solo he amado a una mujer y ella me rompió el corazón, tanto que no sé si podré algún día volver a amar —se confesó perdiendo la mirada entre las estrellas—. Pero tú tienes la suerte de estar rodeado del calor de tus amigos y ellos te profesan un amor desinteresado y sincero.

—Vulcano, yo...

—No me interrumpas, por favor —dijo quitándome el ponche de las manos—. Sé que tengo un carácter ácido e indómito, que soy egoísta y que a veces me comporto de forma superficial debido a que me he criado en un ambiente poco propicio para las amistades verdaderas. Pero algo ha cambiado en mi interior desde que os conocí —dijo antes de amorrarse al gollete—. ¡No sé cómo explicártelo! Por vez primera siento envidia... ¡Sí, y no me mires así! —añadió al ver el gesto que le estaba poniendo—. Envidio la relación que tenéis y el irrompible lazo que os une, pues yo eso no he vivido jamás nada así. Me pregunto... —comentó tragando saliva—, ¿podré sentir algo parecido algún día?

Aquella confesión me dejó tocado pues había prejuzgado a Vulcano sin conocerlo en realidad. Me prometí que no volvería a cometer nunca más ese error.

—No sé qué decirte —dije, devolviéndole el abrazo—. Tú sigue así y seguro que te ganas mi corazón. Tampoco soy tan ogro —añadí antes de dar un sorbo de ponche—. Y ahora lo guardo porque, si no, mañana no nos podremos levantar.

Vulcano se rio de buena gana y continuamos disfrutando de la noche, cada cual en su intimidad.

Nos despertamos poco antes del amanecer y, después de comernos un trozo de pan duro mojado en té caliente, continuamos con el ascenso. Me sentía de muy buen humor, pese a que el frío apretaba de lo lindo, pues intuía que estábamos cerca de la cima; cada vez percibía la energía de la gema con mayor intensidad.

Al rato llegamos a un pequeño collado en el que había un pequeño bosque de abetos, donde hicimos un alto para descansar.

—Ya queda poco, amigos —los animé al ver sus fatigadas caras.

—¡Si tú lo dices! —replicó Vulcano, dejándose caer en la nieve.

Lizbeth se me acercó y me preguntó con cara preocupada:

—¿Qué crees que nos encontraremos ahí arriba, Hugo? Percibo la energía del agua pero también otro poder que no alcanzo a interpretar.

—Yo también lo siento —añadió Alexa—. Nunca he percibido tal concentración de magia ancestral, pero parece estar embebida de una fuerza... ¿cómo la definiría...?

En ese momento escuchamos un murmullo procedente de lo alto de la montaña que nos puso en estado de alerta. Alcé la mirada pero no descubrí nada extraño salvo el sonido de algo deslizándose sobre la nieve.

—¡Corred hacia esos abetos! —les advertí con un gesto—. Algo baja de la montaña a gran velocidad.

Corrimos a ocultarnos entre los árboles y, una vez estuvimos a cubierto, Alexa montó una flecha en su arco y tensó la cuerda preparada para atacar. Vulcano y yo desenvainamos nuestras armas, agazapados entre unos blancos matojos, y el mago se quedó junto a Lizbeth empuñando el cetro mágico.

A los pocos minutos apareció la silueta de un sujeto que descendía por la montaña sobre una tablas que llevaba atadas a los pies. Iba cubierto por unas gruesas pieles y la cabeza tapada con la capucha del abrigo, pero no parecía llevar ninguna arma, por lo menos visible. Al llegar al lugar dónde se hacían visibles nuestras pisadas, giró el tronco y, con un habilidoso quiebro, se quedó clavado en la nieve. El individuo observó hacia dónde iban las pisadas y luego avanzó hacia nuestra dirección deslizando suavemente las tablillas por la nieve. Alexa soltó la cuerda del arco y la flecha se insertó en la nieve, entre las piernas del misterioso ser.

—¡No des ni un paso más! —le advirtió, tensando otra flecha que había cogido del carcaj.

El individuo puso las tablas en cuña y se detuvo en seco, escrutando con la vista entre los abetos.

—Vengo en son de paz —voceó una voz femenina.

Nos miramos de soslayo pero sin quitarle el ojo a nuestra visitante.

—Muéstranos tu rostro y avanza lentamente hacia aquí con los brazos en alto —le ordenó Alexa con tono amenazante.

La mujer se descubrió la cabeza y apareció una larga cabellera negra que, con un golpe de aire, se le enmarañó por la cara dejando entrever una tez más blanca que la nieve.

—No voy armada —aseveró mientras se deslizaba por la nieve. La chica,

que no aparentaba ser mayor que Alexa, se detuvo a unos cinco metros del lugar dónde nos encontrábamos y escudriñó hacia los árboles con unos achinados ojos azules—. ¿Quiénes sois?

—¡Eso quisiéramos saber de ti! —exclamó Vulcano saliendo de los matorrales—. ¿Cómo te llamas, monada?

La chica puso una mueca de susto cuando vio aparecer al gigantón. A su lado, ella parecía una muñequita de porcelana, pero con un rápido movimiento alzó una mano y lo dejó paralizado.

—¡No me gusta cómo me miras! —murmuró, cerrando la mano.

El forjador dejó caer la espada y se echó las manos al cuello mientras su cuerpo se alzaba un palmo del suelo. Alexa le disparó una flecha, pero esta se pulverizó antes de que llegase a su objetivo y, al instante, la maga cayó desplomada al suelo retorciéndose de dolor. Miré a Ángelus y le hice un gesto para que actuara. «*¡Se lo que me hago, amigo!*», me advirtió ocultando el cetro en el forro de la capa.

—Por favor, no les hagás más daño —voceó el mago, saliendo del escondite con las manos alzadas.

—¡Detente! —atajó ella, clavando los ojos en él.

Ángelus detuvo el paso y la miró contrariado.

—¿A qué viene la animadversión que percibo en tu mirada? —la interrogó.

—¡Qué situación más inquietante! —dijo sin quitarle el ojo—. Las dos caras de una misma moneda reunidas en un mismo lugar. Esto no puede estar sucediendo por casualidad —anunció torciendo el gesto.

En ese momento Vulcano gritó de dolor.

—¿Puedes liberar a mis amigos, por favor? —le imploró Ángelus—. Seguro que tu reacción está motivada por un malentendido que podemos aclarar si decides conversar.

—¿Por qué debo hacerlo? —atajó ella—. Habéis entrado subrepticamente a mi mundo y me habéis atacado sin provocación alguna... Por no contar con lo que he presentido en la imaginación de ese depravado —alegó echándole una furtiva mirada a Vulcano.

—Si no crees en mis palabras, ¿por qué no lees en mi mente? —le propuso el mago.

La chica miró a Ángelus con desconfianza, pero finalmente fijó sus ojos en él y lo escrutó durante unos segundos.

—¡Está bien! —dijo al tiempo que abría la mano y liberaba a mis

compañeros de la maldición.

Vulcano cayó de rodillas al suelo e intentó llenar de aire sus pulmones con urgencia. Alexa se quedó tendida de lado respirando con agitación.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté mientras la ayudaba a levantarse.

—¡Uf! Era como si me estuviese estrangulando el alma —dijo, con el rostro pálido como la nieve—. ¿Quién diablos será? ¡Es muy poderosa!

Miré a la muchacha y me hice la misma pregunta.

—¿Y qué habéis venido a hacer a este mundo *los hijos de la Luz*, la adivina del oráculo y el príncipe de la dimensión del Sur? Eso no me lo has dejado ver, Ángelus —precisó echándole una perspicaz mirada.

—Desde luego, no hemos venido a recibir esta agría bienvenida. ¿Se puede saber por qué diablos me has atacado? —intervino Vulcano masajeándose el cuello.

El forjador recogió la espada y se incorporó pesadamente del suelo.

—No te habría hecho ningún daño si no te hubieses presentado con perversas intenciones —señaló ella, aguantándole la mirada.

—¿¡Perversas intenciones!?

—¿Acaso crees que no he leído en tu asquerosa mente lo que me querías hacer? —alegó, señalándolo con un dedo acusador.

—Pero ¿¡qué rayos estás diciendo!?

 —le soltó Vulcano, ruborizado hasta las cejas.

Estaba claro que la chica había interpretado de forma literal las intenciones de mi compañero, pero eso no explicaba por qué había aplicado el mismo castigo a Alexa.

—Vulcano tendrá muchos defectos, pero la depravación no es una de ellas y, si fueras tan buena leyendo las mentes, seguro que habrías averiguado eso. Si hubiésemos querido hacerte algún mal, no te habríamos amenazado con flechas o espadas —dije saliendo de los matorrales—. Así que tiene que haber algo más detrás de tu reacción que nos deberías explicar, ¿no crees, jovencita?

«*Eres tan sagaz como tu padre, Hugo, pero igual de ciego que él*», respondió en mi mente.

—¿¡Cómo!?

 —repliqué, para sorpresa de mis compañeros.

—Mi nombre es Tian Shui y soy la guardiana del templo de Anuket. Mi misión es proteger este lugar sagrado de cualquier intromisión y no pienso pedir disculpas si he errado en mi diagnóstico —aseveró, con una frialdad que me atravesó el alma.

—¿De verdad que eres Tian Shui, El Cielo Reflejado En El Agua? — proclamó Lizbeth emocionada—. Pero ¿es que no conocéis la leyenda? —nos preguntó al ver que la mirábamos con cara de asombro—. ¡Ella es la hija de Anuket, el dragón azul!

Una ráfaga de aire le alborotó los cabellos y la chica alzó la vista al cielo.

—¿El dragón azul también tuvo hijos? —pensé en voz alta.

—¿Y tanto le extraña al que se hace llamar hermano de Gabriel? —replicó Tian Shui mirándome con desdén—. Pero eso ahora no importa. Se está haciendo tarde y se avecina una tormenta. Acabemos esta conversación en el templo.

Sin más, la enigmática muchacha se desabrochó las correas que mantenían sujetos los pies a las tablas y se las colgó a la espalda. Luego se cubrió la cabeza con la capucha y nos hizo un gesto para que la acompañáramos.

Tras un largo ascenso, en medio de una intensa nevada, vimos cómo emergía una colosal construcción en lo alto de la cumbre. Aproveché que tenía a Ángelus a mi lado para preguntarle: «¿Por qué no has utilizado el cetro de Horus cuando Tian Shui nos ha atacado?». El mago me miró de reojo y respondió: «Porque algo me decía que no debía hacerlo. Aunque, ahora que lo dices, tú tampoco hiciste nada... ¿También te lo advirtió la intuición?».

El templo de Anuket estaba construido sobre los cimientos de la montaña, en una sola planta, y ocupaba un espacio circular en cuya fachada principal había un pilono de acceso. Pero lo más asombroso de su arquitectura era su cúpula transparente en la que podían verse reflejados los densos nubarrones. Me sorprendió ver los aledaños del edificio libres de nieve pero, nada más pisar el pedregoso terreno, descubrí que el motivo de aquel extraño fenómeno era que desde el subsuelo se desprendía una poderosa fuente de calor.

—¿Qué está pasando aquí? —le pregunté a Tian Shui mientras nos dirigíamos a la puerta del templo.

—Sigues sin querer ver, Hugo. No te preocupes; en cuanto entremos, te lo explicaré —respondió antes de adelantarse para abrirnos la puerta.

Jamás olvidaré lo que vieron mis ojos nada más poner un pie en el templo de Anuket. Dejando a un lado que las extraordinarias dimensiones de aquel santuario no guardaban ninguna relación con las proporciones que se intuían desde el exterior, ver el enorme lago que ocupaba la porción central, justo debajo de la cúpula acristalada, y el oasis que se distribuía a su alrededor era algo que mi mente no alcanzaba a comprender. Era como si el templo albergara un mundo en miniatura, con un microclima interior generado por la luz que se filtraba por la bóveda de cristal, con sus nubes, corrientes de aire, temperatura y humedad, por no hablar de la variada masa de vegetación, riachuelos, manantiales y la exótica fauna que pululaba a sus aires, como mariposas, aves, mamíferos, reptiles y un largo etcétera.

—Ya podéis guardar los abrigos en las mochilas. Aquí ya no los necesitaréis —nos comentó Tian Shui tras cerrar la puerta del templo.

Seguimos a la sacerdotisa por un sendero sembrado de amapolas y nos adentramos entre la vegetación, sorprendidos por la cantidad de metales y drusas de piedras preciosas que aparecían entre las rocas. Tuve que tirar más de una vez del brazo de Vulcano para que no se quedara encantado contemplando aquellos tesoros. Finalmente, llegamos a la orilla del lago y Tian Shui nos convidó a sentarnos en la arena.

—Sabía que el templo de Anuket era un lugar mágico y maravilloso, pero esto... —musitó Lizbeth con la mirada encandilada.

—¿Acaso esperabas menos de la más bella creación del dragón azul? — señaló Tian Shui perdiendo la vista en el lago—. Mi madre escogió este planeta para construir su templo porque descubrió que contenía el agua primordial del universo, el origen de su poder, y tenía que preservarlo de cualquier tentativa del Caos de hacerse con su control porque este mundo se encarga de mantener el equilibrio hídrico de todos los planetas con vida del universo. Por esa razón, mi madre me dejó a su cargo y le pidió a Horus que conectara este templo con Aaru para que pudiera acudir a verme siempre que quisiera hacerlo.

—Entonces, ¿este es el lago de las aguas primordiales? —le preguntó la vidente.

—Así es. Anuket depositó una parte de su esencia en el interior de esta montaña y gracias a ello se pueden dar las condiciones necesarias para crear el milagro que estáis viendo —declaró alzando la mirada—. De este lago depende la vida de todos los seres vivos y yo soy la responsable de preservarlo de cualquier amenaza, pues soy la guardiana de este templo y la única que puede abrir la puerta dimensional. ¿Entendéis ahora por qué actué así cuando percibí vuestra presencia en este mundo?

—Hay algo en tu relato que no encaja —advirtió Ángelus—: ¿cómo explicas la oscura presencia que percibo en las entrañas de esta montaña?

Tian Shui no varió su gesto con aquella dura acusación.

—Ahí está el quid de la cuestión, Ángelus —anunció envuelta en un aura de misterio—. ¿Cómo habrías actuado tú después de que El Señor Oscuro hubiese intentado violar tu hogar?

—¿¡Él está aquí!? —exclamó el mago, consternado.

—Y os parecéis tanto... —replicó la sacerdotisa—. Sé que os estáis preguntando qué es lo que está pasando aquí y que la mayoría de vosotros

desconfiáis de mí, pero esta es una larga historia que se inició con la inesperada llegada de una comitiva de los señores de la Guerra, capitaneada por el rey Alejandro, regente del reino de Oriente. De eso hará esta noche dos lunas.

—Pero ¿ese no es tu padre? —me preguntó Alexa con cara de sorpresa.

Estaba tan bloqueado que no supe qué contestar.

—Tu padre fue un insensato viniendo a este mundo, pero yo lo fui más al cometer el error de darle cobijo... y su inconsciencia la pagamos todos muy caro —advirtió con una frialdad que me encogió el alma.

—Pero ¿qué vino a hacer aquí? —acerté a decir.

—Pretendía poner a salvo el diamante boreal de El Señor Oscuro, malaconsejado por su califa. Yo intenté convencerlo de que regresara a la dimensión de Oriente y cerrara sus puertas a cal y canto, de que ningún señor del Caos era tan poderoso como para superar la magia de la gema, pero mi advertencia llegó demasiado tarde —declaró mirándome a los ojos—. El Señor Oscuro había aprovechado un resquicio que había quedado antes de que se cerrase la puerta dimensional para colarse en este mundo y desatar su perversa maldad. Jamás había visto semejante ostentación de maleficencia concentrada en un solo ser. Los señores de la Guerra lucharon con valentía y defendieron el templo de Anuket hasta el último aliento, pero él era demasiado poderoso y...

La sacerdotisa hizo una pausa en su narración, tal vez para escoger unas palabras menos duras con las que darme la mala noticia.

—Murieron todos, ¿verdad? —vaticiné, sin poder contener las lágrimas.

—Fueron muy valientes y protegieron el templo hasta que pude invocar a mi madre pero, cuando ella llegó, nada pudo hacer por ellos. Lo siento, Hugo —añadió, con tono compasivo.

El dolor que sentí al saber que ya nunca volvería a ver a mi padre me sumió en profundo pozo. Sentí la consoladora mano de Ángelus en mi hombro y una brizna de luz iluminó mi corazón.

—¿¡Dónde se ha escondido ese maldito gusano!?! ¡Lo mataré! —bramé, levantándome con el hacha en la mano.

—Eres muy valiente, pero debes saber que ni sumando el poder de todos los que estamos aquí podríamos superarlo —aseveró Tian Shui.

—¿Y qué pasó después de que llegara tu madre? ¿No pudo acabar con él? —le preguntó Vulcano, quien había permanecido con la boca cerrada desde el desafortunado incidente con la sacerdotisa.

Tian Shui ensombreció el semblante y fijó la vista en el lago.

—Anuket es pacífica por naturaleza, incapaz de hacerle daño a nadie, ni a su peor enemigo, pero El Señor Oscuro desplegó todo su poder para hacerse con el diamante boreal y la obligó a transformarse en dragón para poder defenderse de su feroz ataque... y, cuando los dioses asumen la forma celestial, se convierten en unos seres irracionales y fuera de control. Nada podía salvar a El Señor Oscuro de su aniquilación, pero en el último momento consiguió proyectar el alma fuera de su cuerpo y tomar a mi madre como rehén —declaró, dejándonos anonadados.

—Entonces, ¿El Señor Oscuro ha poseído al dragón azul? —le inquirió Lizbeth con gesto preocupado.

—Y solo es cuestión de tiempo que consiga doblegar su voluntad para abandonar el templo con el diamante boreal —reveló alzando la mirada.

—¿Puede hacerlo? Pero ¡si carece de cuerpo! —advirtió Ángelus.

—¿Por qué crees que me dejó con vida? —aludió Tian Shui poniendo una cara que lo decía todo.

—¡No podemos permitirselo! —intervino Alexa mordiéndose el labio—. ¿Dónde está ahora el dragón azul?

—En el manantial subterráneo del que mana el agua primordial. Al estar cerca de la fuente de su poder, puede mantener a raya a El Señor Oscuro —le explicó—. Pero ¿por qué me lo preguntas? ¿Tienes un plan?

Alexa le cogió de las manos y sonrió.

—Debemos exorcizar el alma de El Señor Oscuro del cuerpo del dragón azul y creo que entre todos podremos hacerlo. ¿Verdad, Ángelus? —le preguntó a su hermano.

El mago asintió, sin mucho convencimiento, y por primera vez vi Tian Shui emocionada.

—¿Y cuándo lo vamos a intentar? —le preguntó a Alexa.

—Cuando tengamos clara cuál es la mejor opción. No podemos obviar que El Señor Oscuro tiene el poder de hechizar a un dios, ¡ya lo hizo una vez! —remarcó.

Parecía que había un plan para plantarle cara a El Señor Oscuro, pero esta vez mi estado de ánimo no estaba para celebraciones; la pena me estaba corroyendo por dentro.

—Tian Shui, me gustaría ver el lugar dónde está enterrado mi padre, si es que has podido darle una digna sepultura —dije forzando para que me saliera la voz.

—Está abajo, enterrado junto con los demás, en la cripta que construí en el lugar dónde cayeron —dijo con una compasiva mirada—. En cuanto anochezca te llevaré allí, pues se encuentra muy cerca del manantial de las aguas primordiales y El Señor Oscuro controla la voluntad del dragón azul durante las horas del día.

—¿Tiene algún momento de lucidez el dragón azul? —le interrogó Ángelus.

—Solo al amanecer, cuando realizo el ritual de despertar del dios. Creo que ese sería el mejor momento para intentar expulsar el alma de El Señor Oscuro del cuerpo de mi madre —señaló Tian Shui—. Por cierto, ¿no tenéis hambre? No hay nada mejor que un buen puchero caliente para combatir el cansancio de varias jornadas de escalada.

Mis compañeros aplaudieron aquella idea y acompañaron a la sacerdotisa a la cocina del templo a preparar algo para comer. En cambio, yo necesitaba estar un momento a solas para digerir la noticia de la muerte de mi padre y me quedé sentado en el lago con la única compañía de mi humeante pipa.

No dejé de llorar durante todo el tiempo que estuve a solas en el lago. Fueron unas lágrimas muy amargas con las que rendí homenaje a dos de las personas más importantes de mi vida, pues hasta aquel momento no fui consciente de que todavía no había llorado la muerte de Gabriel y, al ponerlo en mi pensamiento, tuve la revelación de que tanto mi padre como yo habíamos sido íntimos amigos de él. ¿Sería casualidad?

—¿Cómo estás? —me preguntó Alexa a la vez que aparecía paseando por la orilla del lago.

Alcé la mirada y la abracé, mojándole la camisa con las últimas lágrimas que me quedaban. ¡Gracias a los dioses los tenía a ellos!

—Espero que hayáis dejado algo de comida, ¡tengo un hambre feroz! — bromeé, sonsacándole una sonrisa. Alexa me interrogó con la mirada—. Estoy mucho mejor, de verdad. Aunque últimamente no ganamos para disgustos, sé que vendrán tiempos mejores, ¡ya lo verás!

—Lo sé, Hugo —dijo ella, antes de plantarme un beso en la mejilla—. ¿Así que eras el príncipe de Oriente? ¡Qué calladito te lo tenías!

No tenía ganas de hablar de ello y, como Alexa tampoco insistió con el tema, me levanté de la arena y la acompañé a la cocina.

Tian Shui tenía una casita en la orilla septentrional del lago. Estaba hecha con fango y piedras y solo constaba de una planta que hacía de cocina, salón y dormitorio. Mis amigos estaban en la mesa tomando un té y, en cuanto la sacerdotisa me vio entrar, se levantó para servirme un plato de sopa de ajo del perol que humeaba en el hogar. La bebida me supo a gloria y apenas me tomé el té, adulterado con un chorrito de ponche de fuego, también se vino un poco arriba mi estado de ánimo.

Cuando terminamos el almuerzo regresamos al lago. Las nubes se habían abierto y los rayos de sol se colaban por la cúpula de cristal inundando de luz el templo. Fue entonces cuando ocurrió un suceso que hacía mucho tiempo que no había percibido. Una fuerte oleada de energía vital, tan intensa que me

estremecí, recorrió el cielo durante unos interminables minutos.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Vulcano, pálido de la impresión.

—¿No lo habías percibido antes? Son *los devoradores de sombras* — respondí casi con un susurro—. Son unos invisibles e intangibles seres que trafican con la energía vital de los seres humanos sin que nadie parezca saber con qué intención. Ya los había percibido en la Tierra, pero jamás con tal intensidad.

Parecía que hacía siglos que había abandonado el planeta aunque, a decir verdad, hacía ya mucho que había perdido la noción del tiempo con tanto viaje dimensional.

—¿*Los devoradores de sombras*? —exclamó Tian Shui, frunciendo el ceño—. Mi madre los llamaba *los hijos de la Nada*.

—¿*Los hijos de la Nada*? Nunca escuché ese nombre entre los señores del Caos —apunté.

Tian shui alzó la mirada y me miró.

—Es que no pertenece al Caos, Hugo. La Nada es un ente anterior al universo y perdurará cuando este llegue a su fin.

—¿Y qué más sabes sobre ese misterioso ser? —le interrogó Alexa.

—Pero ¡si tan solo es una leyenda! —alegó ella divertida—. Bueno, si estáis tan interesados os lo contaré. Antes de que mis abuelos, los dragones grises, fueran conscientes de su propia existencia, solo existía un infinito vacío de absoluta oscuridad, pero ese reino tenía como regente a una deidad perversa y autoritaria, la Nada, y a su antítesis y servil amante, Magnum. Eso fue así hasta que los dragones grises se conocieron y, con una explosión de amor, crearon el universo. Desde entonces, nadie ha tenido noticias de la Nada y su recuerdo forma parte de una leyenda.

—¿Y qué me dices de *los devoradores de sombras*? ¿También pertenecen a una leyenda? —interpeló, con su habitual tono hiriente, Vulcano.

—Esos seres son harina de otro costal —dijo Tian Shui, torciendo el gesto—. Siempre se han manifestado en este lado del universo y son muy reales, como habéis podido comprobar. Pero yo tengo una teoría que es mucho menos inquietante que la existencia de la abominable Nada y es que esos entes utilizan la energía vital para subsistir.

—Pero movilizan una cantidad ingente de energía. ¿Hacia dónde la enviarán? —intervine, rascándome la barbilla.

La sacerdotisa alzó la vista hacia la cúpula.

—Adonde vayan ellos, Hugo. *Los hijos de la Nada* son parásitos y siempre

van juntos en busca de su sustento —terció Tian Shui.

—¡Vamos!, que es como buscar una aguja en un pajar, ¿no? ¡Maldita sea! —farfulló el forjador—. Pues creo que ya tenemos demasiados frentes abiertos como para preocuparnos de otro más. ¿Qué os parece si centramos nuestros esfuerzos en resolver el problema que nos atañe? Pronto anochecerá.

—Estoy de acuerdo contigo, Vulcano. ¿Qué habéis pensado hacer? —advirtió Tian Shui, mirando a los magos.

—Lo primero, que Ángelus consulte el manuscrito de Ceres —alegó Alexa.

—¿Tenéis el manuscrito? —exclamó la sacerdotisa arqueando las cejas.

—Gabriel lo rescató del Inframundo —precisé con orgullo.

Tian Shui fijó su mirada en mí.

—Por cierto, ¿qué ha sido de Horus? ¿Por qué no os acompaña?

Yo no tuve valor de contárselo.

—Cayó en manos de Apofis —contestó Alexa con la mirada vidriosa—. Al menos consiguió que la serpiente le devolviera lo que le arrebató —añadió con orgullo.

—¡Vaya...! Lo siento mucho, chicos —comentó apenada.

—Pero tu madre no ha caído ni caerá, ¡no, si podemos evitarlo!, así que desterremos el desánimo y pongámonos a pensar en cómo podemos patearle el culo a ese Señor Oscuro —añadió Vulcano con tono bravucón.

Parecía que nuestro compañero ya comenzaba a pensar como uno más del grupo.

—Tienes razón, Vulcano, pero creo que esta vez debo ser yo el que se encargue personalmente de organizar la misión. Nadie, mejor que yo, conoce el proceder de El Señor Oscuro —comentó Ángelus mientras se levantaba con el manuscrito en la mano.

El mago dio media vuelta y se perdió entre la marañas de arboles y plantas. Mientras se alejaba, percibí en mi amigo algo que me resultó muy familiar y que me recordó mucho a Gabriel.

Ángelus regresó con los últimos rayos de sol. Por su semblante percibí, que la cosa no había ido bien. El mago pasó por nuestro lado y avanzó con paso firme hasta quedarse parado al pie del lago. Nos arremolinamos a su alrededor y esperamos que nos revelara sus conclusiones.

—Siento no ser portador de buenas noticias —anunció confirmando lo que ya intuíamos—. He revisado a fondo el manuscrito de Ceres y no he hallado ningún hechizo con el que poder exorcizar el alma de El Señor Oscuro con plenas garantías de éxito.

—¿Estás seguro de ello? —le interrogó Vulcano. Ángelus asintió con un gesto—. ¿Y entonces qué vamos a hacer?

El mago nos miró con seriedad.

—Tendremos que explorar otros medios que...

—¡Mientes! —bramó Tian Shui, amenazándolo con un dedo acusador—. ¡Mientes y no entiendo por qué! —El mago palideció ante tan dura reprimenda—. Sabes que hay una forma de exorcizar a El Señor Oscuro, pero la obvias... ¿Por qué?

—No tenías que haberte metido en mi mente, Tian Shui —la increpó el mago, con una dura mirada—. Pero ya que lo has hecho... ¿He de decirte el por qué?

—No hay salida sin asumir riesgos, Ángelus —insistió ella.

—Pero ¡es tu madre! —replicó él.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —medié, interponiéndome entre los dos.

La sacerdotisa me miró con ojos suplicantes.

—Convéncelo de que utilice su cetro mágico. ¡Es la única forma que tenemos de acabar de una vez por todas con El Señor Oscuro!

—¿De qué está hablando, Ángelus? —le interrogué, buscándolo con la mirada.

Este resopló de fastidio.

—¡No pienso poner en riesgo la vida del dragón azul! —remarcó el mago—. Todavía no estoy preparado para enfrentarme a él y apenas sé cómo interpretar la magia del cetro de Horus. ¡Ese arma podría ser letal para Anuket! ¿Lo comprendéis ahora?

—Entonces, ¿hay una posibilidad de eliminar a ese gusano? —le inquirió Vulcano. Ángelus negó con la cabeza, bastante enfadado—. Amigo mío, no hace falta ser muy inteligente para adivinar por qué me dejé Alhama ese cetro y, por lo que sé, tu destino es enfrentarte algún día con él. Creo —dijo apoyando la mano en el hombro del mago—, que no nos queda más remedio que recorrer ese camino.

—Pero ¡todavía no! —protestó Ángelus—. No puedo garantizar la seguridad de Anuket si utilizo el cetro sin saber cómo controlarlo. ¡Así lo advierte el manuscrito de Ceres!

—Pero ¿tan poderoso es? —le preguntó Lizbeth.

—La forjó Gabriel por si tenía que defenderse de la daga de oro que había creado el dragón negro pero, antes de abandonar la Tierra, la escondió en algún secreto lugar porque no quería llevar consigo a Aaru un arma tan letal. ¿Lo entendéis ahora? ¡El cetro de Horus podría llegar a matar a un dios! —anunció dejándonos pasmados—. Así que no me pidáis que lo utilicé contra él pues podría poner en riesgo la vida de Anuket —añadió apartándose del forjador.

No podía haber aparecido en peor momento la primera desavenencia del grupo.

—Parece ser que no habrá consenso. Hagámoslo por votación —resolvió Vulcano, buscando nuestra aprobación con la mirada—. Yo estoy con Tian Shui. Enfrentémonos a El Señor Oscuro y hagamos que pague caro por sus crímenes.

Miré a los ojos de Ángelus y no dudé hacia qué lado posicionarme.

—Yo prefiero no tomar riesgos. Ya hemos perdido a uno de los dragones celestiales y mi padre no resucitará por mucho que matemos a El Señor Oscuro —argumenté—. Propongo que busquemos otra solución.

—¡Bien! Dos votos a favor y dos en contra. ¿Cuál es tu decisión, pequeña? —le preguntó a Alexa.

—Yo no voy a posicionarme. Entiendo las razones de Tian Shui, pero también las que expone mi hermano y no voy a forzar a que haga algo de lo que pueda arrepentirse. Yo me abstengo.

De repente, Lizbeth descubrió que la estábamos mirando todos.

—No nos queda tiempo, Ángelus, lo presiento —dijo con un hilo de voz—. Creo que estamos todos de acuerdo en que El Señor Oscuro nunca abandonará el cuerpo del dragón azul si no se ve realmente amenazado, y yo veo luz dónde tú tan solo ves sombras, cariño —comentó mirándolo fijamente a los ojos—. Creo en ti y sé que hallarás la forma de hacerlo sin poner en riesgo la vida de Anuket.

No hubo alegría en las caras de los ganadores y eso me tranquilizó.

—No me queda más remedio que aceptar la decisión de la mayoría, pero tengo miedo, mucho miedo —dijo Ángelus con el rostro compungido.

Tian Shui se le acercó y le cogió de las manos.

—No puedo empujarte a realizar una misión en la que no crees, pero esta no será la última dificultad que tendrás... que tendremos que superar en el largo camino que aún nos queda por recorrer —advirtió, buscando su mirada—. Por esa razón quiero que pienses por un momento en cómo afrontaría tu padre esta situación y, si después de hacerlo sientes la más mínima duda en tu corazón, te eximiré de cumplir con esa carga y entre todos buscaremos otra solución.

—No sabes cómo te lo agradezco, Tian Shui —dijo agradeciéndole el gesto con una sonrisa—. Si me lo permitís, necesito estar un momento a solas.

—Yo te acompañaré, Ángelus —declaró Lizbeth, colgándose de su brazo.

La pareja bordeó el lago y, mientras se alejaban, no pude evitar compadecerme de mi amigo por tener que aguantar tanta presión.

—¡Tian Shui! —carraspeó Vulcano—. ¿Te importa que me dé una vuelta por ahí para examinar los metales que brotan de la tierra de este maravilloso templo?

—Estás en tu casa —respondió ella—. ¿Qué te parece si vamos a ver a tu padre? ¿Estás preparado, Hugo?

Miré a Alexa y ella entendió de inmediato que no podría dar aquel paso solo. Nada más sentir el tacto de su mano se me templó el ánimo y asentí un gesto.

Seguimos a Tian Shui por un caminito que nos condujo por un paseo de abedules hasta el otro extremo del templo. Allí nos encontramos con un soportal tras el cual se veían los peldaños de una escalera que se descendían en línea recta hacia las profundidades de la montaña. Nada más asomar la cabeza por la gruta se alzó un rugido que me erizó todo el vello de la espalda.

—Me temo que El Señor Oscuro ya ha percibido vuestra presencia —susurró Tian Shui mientras encendía una antorcha que pendía de la pared—. Pero no os preocupéis... mientras el dragón azul permanezca en el manantial del agua primordial, estaremos a salvo de ese demonio.

La sacerdotisa empezó a bajar los escalones y, a unos quinientos metros, dejamos la escalera y continuamos por un corredor que moría en un amplio espacio circular en el que había ocho túmulos.

Tian Shui señaló a uno de los sepulcros y me postré a los pies con un nudo en la garganta. El destino volvía a golpearme con fuerza arrebatándome el único lazo que me unía con mi pasado. Primero fue mi madre, luego Gabriel y ahora... Rompí a llorar con los puños cerrados. En aquel momento deseé con todas mis fuerzas que Ángelus consiguiera acabar con la vida de aquel ser miserable; incluso me arrepentí de no haberlo hecho yo cuando lo tuve delante en el palacio del Caos.

—¿Sufrió mucho? —le pregunté a Tian Shui, alzando la vista del suelo.

La sacerdotisa negó con la cabeza y luego salió de la cripta, dejándonos solos.

—Siento mucho tu pérdida, Hugo —me susurró Alexa mientras se arrodillaba para darme un abrazo.

—Sé que apenas lo tenía presente en mi recuerdo, pero... —Las lágrimas anegaron mi voz, revolviendo la inquina que bullía en mis entrañas—. ¡Juro, por Gabriel, que mataré a ese asesino, aunque sea lo último que haga en la vida!

—Llora a tu padre cuanto quieras, pero el odio no te hará ningún bien —comentó Alexa, arropándome en su regazo—. Además, dudo que Gabriel apoyase esa decisión cuando hay tanto en juego. Será mejor que guardes tus fuerzas para llevar a buen término la misión que llevamos entre manos. Ya llegará el momento de rendir cuentas con el Caos.

Sabía que mi compañera tenía razón pero en aquel momento era incapaz de razonar con claridad.

—¿Y cómo vamos a conseguirlo? El Caos parece ir siempre un paso por delante y cada vez nos lo pone más difícil restándonos efectivos. ¿Hasta cuándo podremos aguantar? —repliqué, mirándola fijamente a los ojos.

—No sabría decírtelo, Hugo, pero sé que todavía no ha llegado el momento de enfrentarnos con nuestros enemigos y mucho menos de hacerlo movidos por la rabia y el dolor —se justificó—. La prioridad ahora es liberar al dragón azul de la amenaza de El Señor Oscuro y recuperar el diamante

boreal y para ello tendremos que actuar con cabeza, siendo más inteligente que él. ¡Ya verás como Ángelus halla la forma de hacerlo!

Ya no me sorprendía la madurez que mostraba Alexa, aunque sus sabias palabras no menguaban el dolor de mi corazón.

—¿Cómo puedes soportarlo? —le pregunté.

Alexa fijó la mirada en el suelo y, al hacerlo, se le cayó una lágrima que tiñó de carmesí la arena.

—A mi me ayuda recordarlos con amor, pues solo con amor se puede llenar ese vacío —comentó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Alcé la mirada y le acaricié el rostro.

—No sé qué haría sin ti... —musité acercando mi boca a sus labios.

Alexa giró la cara y se levantó apresuradamente del suelo.

—Lo siento, pero no... ¡No puedo hacerlo! —comentó, saliendo a toda prisa de la cueva.

Me quedé paralizado, escuchando cómo se alejaba el eco de sus pasos por el pasadizo sin atreverme casi ni a respirar. «Pero ¿¡qué he hecho!?!», me recriminé sintiendo cómo se me venía el mundo encima. Jamás me había sentido tan desdichado, pero tal vez había sido mejor que las cosas salieran así. Ahora mi corazón no albergaba duda alguna sobre los sentimientos de Alexa por mí y podría tirar adelante sin tener que cargar con la pesada carga de una falsa esperanza. «¿A quién quiero engañar?», me respondí al sentir cómo se me encogía el corazón. Solo esperaba que aquel insensato acto no repercutiera en nuestra amistad, pues para eso nunca podría estar preparado.

—¿Qué tal estás?

Era la voz de Tian Shui y me dio un susto de muerte. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y me giré intentando simular mi mejor sonrisa. La sacerdotisa estaba en el umbral de la cueva y en sus manos sostenía una voluminosa hacha de doble filo de incomparable belleza.

—¿Qué... qué es? —tartamudeé mientras me levantaba del suelo.

—Era de tu padre, así que ahora te pertenece a ti como rey de los señores de la Guerra.

Tian Shui me hizo entrega del hacha con un solemne gesto. Era bastante más grande que la mía pero mucho más liviana. El metal, muy parecido al acero pero de un color dorado, tenía unas incrustaciones en las que se leía: «*Labrys, brâchium Rêgis*»^[1]. La agarré fuerte por la empuñadura y la hice girar con un balanceo de la muñeca, comprobando su perfecto equilibrio, y de repente sentí cómo mi brazo y el hacha formaban parte de un mismo ser.

—¡Guau! —suspiré sintiendo cómo me subía la adrenalina.

—No hay nada que anime más a un guerrero que un arma que se acople perfectamente con él. Así sucedió, mientras le perteneció, y así será hasta que exhales tu último aliento —proclamó Tian Shui—. Me alegra que este presente haya conseguido paliar parte de tu dolor. Seguro que tu padre se siente orgulloso de ti, allá adónde esté.

La sacerdotisa no esperó a que le diera las gracias y se alejó perdiéndose su estela tras el umbral.

Volví a quedarme solo, pero esta vez fui consciente de que tenía el aliento de todo un pueblo detrás, de que no estaba aislado. Había llegado el momento de que diera un paso adelante y asumiera otra responsabilidad para la que, con total seguridad, tampoco estaba preparado... pero tampoco estaba preparado para ser El Señor de la Tierra y, hasta el momento, no me había ido nada mal.

Por lo menos, ahora tenía otra preocupación más con la que minimizar la metedura de pata con Alexa.

6

Cuando salí de la cripta me reencontré con mis compañeros en la orilla del lago. Era ya noche cerrada y todos estaban charlando alrededor de Ángelus. No pude evitar cruzar la mirada con Alexa, aunque solo fuese por una fracción de segundo, lo suficiente como para percibir que todavía estaba recelosa conmigo. Hice de tripas corazón y me puse al lado de Vulcano para unirme a la conversación.

—¡Menuda arma! ¿De dónde la has sacado? —susurró mirándome de soslayo.

—Es una larga historia... ¿Qué cuenta de nuevo Ángelus? —le pregunté.

—Me parece que ya tiene un plan de ataque, pero quería esperar a que llegaras tú para compartirlo con los demás.

En ese momento, el mago tomó las riendas de la conversación.

—La única manera que he encontrado para derrotar a El Señor Oscuro es utilizando la técnica del señuelo. ¿Qué es lo que más ansía, a parte de hacerse con el diamante boreal? Recuperar su cuerpo —sentenció con una sagaz sonrisa—. Nuestra estrategia se basará en hacerle creer que tiene una oportunidad de poseer mi cuerpo y, cuando se aventure a saltar de huésped, entonces atacarle con el poder del cetro de Horus. Para que El Señor Oscuro se trague el anzuelo, deberéis interpretar cada uno de vosotros magistralmente su papel, así que, si os acercáis un poco, os explicaré con detalle el plan.

Ángelus nos desveló su plan y acordamos ejecutarlo al alba para que el mago pudiera recargar el cetro con la energía del sol.

Nos fuimos a pasar la noche a la cabaña de Tian Shui y, después de la cena, los chicos decidimos dormir afuera ya que hacía una agradable

temperatura y solo había una habitación, que compartirían nuestras compañeras. Para mí supuso un alivio no tener que pasar la noche cerca de Alexa, con quien apenas había compartido un par de fugaces miradas conmigo desde que había regresado de la cripta, pero, para variar, Ángelus se encargó de volverme a recordar aquel incómodo momento.

—¿Qué te ha pasado con mi hermana? Parece que la has liado parda.

Simulé poner una cara de sorpresa.

—Nada, que ha habido una pequeña confusión que...

—¿Intentaste besarla? —exclamó Vulcano soltando una carcajada.

—¿Os lo dijo ella? —repliqué, muerto de vergüenza.

—¡Pues claro que no! Lo llevas pintado en la cara —señaló el forjador cuando pudo contener la risa—. Pero ¡no te lo tomes así, hombre! Si te contara las veces que me han dado calabazas...

—¡Bah...! —dije desenfundando a Labrys.

Ver mi cara de bobo reflejada en su resplandeciente hoja no me ayudó a salir de aquel embrollo, pero sentir la energía que manaba de su interior me hizo sentir más cerca de mi padre de lo que habría creído poder estar jamás.

—¡Qué bonita joya! Era del rey de los señores de la Guerra, ¿verdad? —comentó poniéndose serio—. ¿Puedo...?

Lo miré de reojo, pero al final se la dejé pues quería saber la opinión de un experto. Vulcano tomó el hacha como si fuese un frágil instrumento y examinó detenidamente cada detalle. De tanto en tanto arqueaba una ceja, acompañada de una mueca de asombro, y, tras comprobar su equilibrio y el filo, cortando uno de sus cabellos en el aire, me la devolvió con un gesto de aprobación.

—Este arma no ha sido forjada por ningún mortal, de eso no me cabe la menor duda, pero tengo mis dudas sobre la aleación que han utilizado en su elaboración. Es un material más ligero que el acero pero mucho más resistente y por lo menos contiene hierro, carbono, azufre, polvo de diamante, zirconio, wolframio y cobre, materiales muy complejos de forjar para crear tal maravilla —comentó asintiendo con la cabeza—. Esta obra de arte ha debido ser creada por alguien muy diestro con la fragua y muy poderoso, capaz de integrar la magia ancestral con los materiales de una forma magistral... Yo diría que un dragón celestial —aseveró dejándome pasmado—. Amigo mío, no quisiera tener que batirme contigo en combate cuerpo a cuerpo con esta joya. En tus manos, te convierte en un ser imbatible.

—¡Vaya...! —suspiré asombrado.

—¿Qué tal si intentamos descansar un rato? —dijo Ángelus, amagando un bostezo—. Nos vendrá muy bien contar mañana con un artilugio tan poderoso en manos del nuevo rey de los señores de la Guerra, pero estoy que me caigo de cansancio.

A mí también me apetecía desconectar un rato de tantas emociones, así que nos estiramos en la hierba y nos pusimos a dormir.

Aquella noche conseguí dormir de un tirón y sin ningún mal sueño. Me levanté antes de que mis compañeros lo hicieran y, para despejarme, decidí ir al lago para darme un baño. En el cielo no había ni una sola nube que me entorpeciera ver el espectacular centelleo de las estrellas a través de la cúpula.

Cuando salí del agua me llevé un buen sobresalto al encontrarme a Vulcano mirándome con una chirriante sonrisa.

—¿Y a ti, qué te pasa? —le solté al tiempo que me ponía, precipitadamente, los calzoncillos.

—No te he visto cuando me he despertado y me ha hecho gracia ver que te estabas poniendo guapo para cuando te vea Alexa —bromeó, sacándome de mis casillas—. ¡Vamos, no te pongas así! Cuando estoy nervioso, no dejo de decir tonterías.

—Tú eres tonto, siempre dices tonterías —repliqué mientras me ajustaba los pantalones—. Volvamos a la cabaña, que pronto amanecerá y no quiero que tus nervios te provoquen un ataque de estupidez antes de enfrentarnos a El Señor Oscuro.

Cuando llegamos a la cabaña, pillamos a Ángelus preparándose para salir a recargar el cetro de Horus.

—¿Y de dónde salís vosotros dos? —anunció el mago con cara de sorpresa—. ¡Venga! Pasad adentro y desayunar algo. Las chicas ya han preparado café y tostadas y, en cuanto regrese, bajaremos a vérnoslas con nuestro amigo.

Gracias a los dioses, Alexa me devolvió la sonrisa cuando se cruzaron nuestras miradas, expulsando definitivamente las sombras de mi corazón.

Tras el desayuno, esperamos a que llegara Ángelus y seguimos a Tian Shui hacia el manantial subterráneo de las aguas primordiales. Tomamos el mismo camino que había recorrido el día anterior para visitar la tumba de mi padre, pero continuamos bajando hasta que la escalera llegó a su fin y nos encontramos en una gigantesca gruta. Lo más sorprendente de aquel lugar era la distribución de los principales elementos. Las paredes y el techo eran de

roca; todo el suelo, de hielo; en el subsuelo, bajo varios cientos de metros cúbicos de hielo, refulgía una inmensa masa ígnea que se encargaba de proveer de luminosidad inversa a la estancia; y al fondo de la gruta había un pequeño oasis que bordeaba al manantial de las aguas primordiales, un espectacular chorro de agua que brotaba a borbotones y se alzaba varios metros del suelo.

Tian Shui se metió en un pequeño santuario y nos pidió que la esperásemos en la puerta. Al poco, apareció vestida con un kimono turquesa tan ampliamente escotado que apenas tapaba sus níveos pechos. Llevaba los cabellos recogidos en una trenza y se había perfilado de negro los ojos realzando el intenso azul de sus ojos.

—Tan solo dispondremos de unos minutos para hablar con mi madre antes de que El Señor Oscuro vuelva a tomar el control. Después, se convertirá en un ser despiadado y devastador —nos advirtió la sacerdotisa—. ¿Estáis preparados?

Atravesamos el glacial hasta que llegamos al manantial. Las aguas estaban tranquilas y no se percibía ningún movimiento en su interior. A un gesto de Tian Shui, nos dispusimos a ocupar nuestras posiciones. Vulcano y Ángelus bordearon el lago y se situaron cerca de la orilla, ocultos entre la vegetación. Lizbeth se ocultó en un rincón de la laguna, con los pies sumergidos en el agua, y se preparó para entrar en acción. A cierta distancia de la orilla, Alexa, con su escudo protector, y Tian Shui, detrás de ella, esperarían la señal del mago para actuar. Entretanto, a mí me tocó hacer de señuelo, esperando a los pies del lago primordial. «¡Mierda! Me siento como un gusano en el anzuelo», cavilé sin poder dejar de temblar.

Entonces, Tian Shui despertó al dragón.

—El sol regresa para expulsar las sombras y penetra en las cavernas donde el hielo es perenne para recordarle que la Luz siempre prevalecerá. Con el ritual del fuego y del hielo, te reclamo para que reinicies el ciclo de tu despertar.

Su voz se apagó y durante unos instantes no percibí nada salvo el cantarín gorgoteo de la fuente, pero, de pronto, sentí una agitación interior y cómo se movilizaba una palpitante energía desde las profundidades de la laguna. Se expandió una onda por el agua a la vez que una sombra emergía a la superficie. Me mantuve firme, empuñando con ambas manos el mango de Labrys, pero no pude evitar recular unos pasos cuando emergió la

gigantesca cabeza del dragón. Sus ojos, azules como el océano, se fueron acercando zigzagueando hacia la orilla mostrando un inquietante fulgor.

—¿Quién eres tú? ¿Dónde está mi hija!? —bramó, alzándose una poderosa voz que hizo retumbar la cueva.

El dragón fijó la vista en mí y se acercó hasta dejar su enorme hocico a apenas a unos centímetros de mi cara. Su agitada respiración removía un aliento sulfuroso que echaba para atrás. «*¡Aguenta, amigo mío! Piensa que es Anuket la que te habla*», me animó Ángelus.

—Mi... mi señora... soy el heredero de Labrys, Señor de la Tierra y rey de los señores de la Guerra... —tartamudeé.

—¡Qué retahíla de títulos ostentas! Y, sin embargo, has obviado el más importante de todos, aquel que atesoras en tu corazón —advirtió fijando sus verticales pupilas en mí.

—Tienes razón, mi señor, pero no quería parecer pedante ante vos —respondí tragando saliva.

—¿Ante vos? —se carcajeó—. ¿Es así como te dirigías a Horus? No, ¿verdad? —añadió con gesto serio—. Aquel que se hace llamar hermano de Gabriel también es el mío y debe tratarme como a un igual. ¿Qué tal si empezamos de nuevo?

El dragón volvió a fijar su mirada en la mía y esperó. «*¡No te entretengas, Hugo! Dile lo que hemos venido a hacer aquí antes de que vuelva a estar poseído por el alma de El Señor Oscuro*», me apremió Ángelus.

—Tian Shui nos ha contado lo que sucedió con El Señor Oscuro y quiero que sepas que no estás sola para luchar contra él —dije intentando no atropellar las palabras.

—Mi querido Hugo, ¡ni yo misma soy capaz de controlarlo! El diamante boreal está perdido, pero no quiero que recaigan sobre mi conciencia vuestras muertes ni la de mi hija. ¡Marchaos ahora que estáis a tiempo de hacerlo! —nos instó al tiempo que se le escapaba una lágrima de su ojo izquierdo.

De repente, el dragón cerró los ojos y algo cambió en el rictus que me hizo recelar.

—¿Qué te pasa, Anuket? —le pregunté con voz temblorosa.

No obtuve respuesta y miré hacia atrás, buscando con la mirada a Ángelus. «*Hugo, ¡sal inmediatamente de ahí!*», me alertó el mago.

No me lo pensé dos veces. Reculé hasta dejar asentados mis pies sobre el firme y oscilé el hacha sin apartar la vista del dragón.

—¡Vamos!, ¿a qué esperas? —murmuré apretando los dientes.

El dragón abrió los ojos. Estos se habían tornado ambarinos.

Sin previo aviso, se abalanzó hacia mí con las fauces abiertas y como una exhalación. No tuve tiempo de reaccionar; cuando las mandíbulas de la bestia se cernieron sobre mí, sentí una fuerte presión en el pecho al fracturarse mis costillas y un dolor tan insoportable que creí que perdería el conocimiento. El dragón volteó varias veces la cabeza, intentando partirme en dos, y luego me escupió estampando mis huesos contra el suelo.

Di unas cuantas volteretas hasta que mi cuerpo frenó al chocar contra una roca. Tenía el cuerpo magullado y apenas podía moverme del dolor, pero estaba entero y no entendí lo que había sucedido hasta que me eché la mano al pecho y percibí la rígida cota de malla que me había regalado Vulcano.

Giré la cabeza y, al ver que el dragón no estaba lo suficientemente alejado del manantial, me incorporé renqueante y empuñé a Labrys antes de encararme con el dragón.

—¡Has fallado, Señor Oscuro! —voceé captando su atención.

El dragón extendió sus alas y se abalanzó sobre mí sin prestar atención a lo que sucedía a su alrededor. Lizbeth levantó un muro de agua que Alexa convirtió en hielo mientras Vulcano salía en mi defensa blandiendo la espada.

El dragón refrenó el avance y miró hacia atrás para ver cómo se hacía cada vez más grande la muralla de hielo y, al comprender que no tenía escapatoria, se libró del forjador con un golpe de cola y se dirigió hacia mí con la boca abierta y acumulando entre sus fauces una inmensa bola de fuego. Sentí el abrasador aliento del dragón pero, antes de que me diera el golpe de gracia, Ángelus y Tian Shui se interpusieron en su camino. El mago lo amenazó con el cetro de Horus mientras la sacerdotisa le cubría la retaguardia confiriéndole parte de su poder.

—¡Por fin nos volvemos a encontrar, espectro de la Luz! ¡Y en el mejor momento! —murmuró maliciosamente el dragón.

—¡Jamás dejaré que abandones este lugar con el diamante boreal! —Y agitando el cetro, recitó—: *Exorcismus revelâtio*.

Sorprendentemente, el mago dio un giro de ciento ochenta grados y descargó un rayo sobre Tian Shui que impactó a bocajarro sobre su cuerpo. La sacerdotisa se retorció con una horrible mueca de dolor antes de desintegrarse fagocitada por la voracidad de la luz.

Cuando se apagó el destello, miré con los ojos desorbitados a Ángelus sin poder dar crédito a lo que acababa de ver.

—Pero ¿¡qué has hecho, asesino!? —le gritó Vulcano con un gesto de

horror.

Se escuchó un desgarrador alarido, procedente del dragón, que provocó que todos volviéramos a fijar la vista en él. La bestia se encogió y retorció las alas a la vez que su cuerpo era envuelto por una vaporosa nube que brotaba de su piel. Poco a poco la silueta de la bestia fue menguando y, cuando se disipó el vapor, quedó al descubierto el cuerpo desnudo de una mujer.

Vulcano fue el primero que se acercó a interesarse por ella.

—¡Es Tian Shui! —exclamó, mirándonos emocionado.

Lizbeth se aproximó y la tapó con una manta mientras la ayudaba a ponerse de pie. Magullado y confundido, contemplé boquiabierto aquella escena.

—¿Quiénes sois? —balbuceó la chica, sin apenas tenerse derecha.

—Calma, pequeña, todavía estás afectada por el hechizo de El Señor Oscuro —le comentó la vidente—. Hugo, ¿te queda algo de ese mejunje que os tomáis a escondidas Vulcano y tú?

Sonrojado, me acerqué y le di la cantimplora. Tian Shui sorbió un poco de licor y al instante reapareció el color rosado en sus blancas mejillas.

—¿Puede explicarme alguien qué es lo que ha sucedido aquí? —pregunté rascándome el cogote.

—¿Tan fuerte te golpeó la cabeza el dragón? —bromeó Ángelus dándome unos cariñosos golpecitos en la testa—. Cuando El Señor Oscuro se percató de que habíamos llegado a la dimensión, le usurpó la identidad a Tian Shui y utilizó su poder para transformarla en dragón mientras él ideaba una estrategia que le permitiera conseguir su objetivo. Para ello, inventó una historia que resultara lo suficientemente verosímil como para no levantar nuestras sospechas y, a partir de ese momento, tejer su red de araña con la intención de dejarnos atrapados en ella —nos explicó Ángelus.

—Pero ¿con qué finalidad? —le preguntó Alexa.

—Con una doble finalidad —apuntó el mago—. El Señor Oscuro sabía que no podía escapar de la dimensión sin el diamante boreal y que, si Tian Shui

unía su poder al nuestro, probablemente no saldría victorioso, sobre todo después de saber que yo tenía el manuscrito de Ceres y el cetro de Horus. Al hacernos creer que el enemigo era el dragón, se aseguraba quitarse de medio a Tian Shui y, de paso, mermar nuestros poderes antes de aniquilarnos.

Vulcano carraspeó antes de preguntar:

—¿Y por qué no nos quitó del medio nada más vernos? Alexa y yo fuimos testigos directos de su inmenso poder.

—Porque todavía no había completado su transformación y tenía que invertir una gran parte de su poder para mantener hechizada a Tian Shui —respondió el mago—. Gracias a los dioses pude darme cuenta a tiempo; si no...

Nada más pensarlo me estremecí.

—Pero ¿cómo lo descubriste? —lo interrogó Alexa.

—La verdad es que fue debido a una intuición —nos reveló—. No lograba entender el interés que tenía Tian Shui de que utilizara un arma tan peligrosa e incontrolable aun a sabiendas del riesgo que corría su madre, así que le dije a Lizbeth que solo había una forma de averiguarlo y nos personamos en el manantial para tener un cara a cara con el dragón —añadió echándole una cómplice mirada a su amada—. Me sorprendió que se nos acercara nada más llamarlo y que no presentara signo alguno de agresividad, hecho que no hizo más que cobrar más peso mi sospecha. Cuando le anulé el conjuro que me impedía comunicarme con él descubrimos el engaño con el que intentaba someternos El Señor Oscuro.

—¿Y por qué diablos no acabaste con El Señor Oscuro nada más saber la verdad? —le recliné a mi amigo mientras me masajeaba el adolorido torso—. Lo siento, Tian Shui, ya sé que tuviste que ser convincente interpretando tu papel pero, si no llego a tener puesta la cota de malla que me regaló Vulcano, no lo cuento.

—Porque no podía hacerlo, no sin su ayuda —respondió el mago—. Ya os he dicho que tengo mucho que aprender antes de convertirme en el mago que estoy llamado a ser y lo único que se me ocurrió para librarnos de él era utilizar su misma táctica. Por suerte, El Señor Oscuro se tragó el anzuelo y me cedió su poder para que resultara el plan.

—Entonces... ¿lo has matado? —exclamó Vulcano, mostrando una incipiente sonrisa.

Ángelus negó con la cabeza.

—Me temo que solo he conseguido expulsarlo de esta dimensión —nos

confesó—, pero no tenemos que lamentarnos por ello; lo importante es que hemos liberado de sus garras a la verdadera Tian Shui y, si no me equivoco —dijo mirando a la sacerdotisa—, reunir el diamante boreal con sus hermanas.

La sacerdotisa metió la mano en el interior de su kimono y extrajo la gema mágica.

—Después de todo, he podido cumplir con la palabra que le di a tu padre —dijo, echándome una piadosa mirada—. Todavía no os he dado las gracias por todo lo que habéis hecho por mí. Realmente, no sé cuánto tiempo habría aguantado la presión de El Señor Oscuro —añadió mientras me entregaba el diamante boreal.

—Hay una cosa que no acabo de entender —dije acariciándome el chichón—: ¿por qué no llamaste a Anuket para evitar que El Señor Oscuro exterminase a los señores de la Guerra?

Tian Shui me acarició la barbilla con la mirada triste.

—Siento muchísimo tu pérdida, Hugo, pero mi madre no habría podido acudir en nuestro auxilio ni en el caso de que hubiera escuchado mi llamada. El Señor Oscuro inventó esa historia para justificar la presencia del dragón en el manantial de las aguas primordiales pero, desde que los dioses viven en Aaru, solo pueden abandonar su reino cuando se abra *la puerta de puertas*.

Estaba magullado, pero feliz por haber conseguido salir de aquel embrollo.

—¡Anda, Lizbeth, pásame el ponche! —le insté con un guiño—. Creo que tanto yo como Tian Shui nos merecemos otro traguito.

La vidente me tiró la cantimplora.

—Ya sabes cómo te levantas cuando abusas de ese brebaje —señaló con una pícara sonrisa.

Cogí la cantimplora y, tras echar un buen buche, me sentí mucho mejor. Luego le pasé el ponche a la sacerdotisa y vi cómo se bebía hasta la última gota.

—Entra como el agua, pero es muy fuerte, mi señora —le advertí.

—No tienes de qué preocuparte, Hugo, el alcohol apenas me hace efecto. Tienes que darme la receta, nunca antes había tomado algo tan revitalizante —declaró mientras me devolvía la cantimplora.

—Mi señora, iniciamos mal nuestro primer encuentro y ahora comprendo por qué —dijo Vulcano tomándola de las manos—. Sé que puedo resultar impetuoso y arrogante algunas veces, y otras un patán superficial, pero eso solo forma parte de mi fachada. Espero, que a partir de este momento, tengas

una mejor imagen de mí —añadió besándole el dorso de la mano.

Tian Shui se puso colorada y los demás acogimos el gesto del gigantón con una espontánea carcajada.

—No te preocupes, Tian Shui, pronto te acostumbrarás a su tediosa palabrería. En el fondo es un buen hombre, pero es de pesado... —certifiqué mientras introducía la gema en la bolsita de cuero, junto con la perla negra y el rubí escarlata—. ¡Bien! ¿Y ahora qué harás? ¿Te unes al grupo?

—Ahora que sé cuál es alcance del Caos y lo he sufrido en mis propias carnes, he comprendido que debo trasladar mi lucha más allá de la seguridad de este templo. De nada servirá preservar la integridad de este templo si Apofis triunfa, así que —dijo clavando sus azules iris en las mías—, ¡contad conmigo, amigos!

Vulcano no pudo reprimir que se le iluminaran los ojos con la noticia.

—¿Puedo pedirte un favor, Tian Shui? Este templo está plagado de tesoros que jamás me hubiera atrevido a soñar —dijo con su empalagosa palabrería—. ¿Podría recoger una pequeña muestra de piedras preciosas como recuerdo?

—Tendrás que conformarte con llevarte su recuerdo en tu memoria, pues todo lo que ves aquí se convertiría en polvo nada más salir de la dimensión —precisó Tian Shui, encogiéndose de hombros.

—¡Vaya, qué lástima! —suspiró el herrero con la decepción pintada en la cara.

Tian Shui le echó una última mirada al lago de las aguas primordiales y luego echó a andar con determinación hacia el santuario. La acompañamos hasta la puerta y, cuando vimos que desaparecía tras el umbral, decidimos esperarla afuera, pues pensamos que quería estar un momento a solas. Al instante salió con un jersey dorado de cuello alto, un pantalón, una chaqueta de cuero azul marino, unas botas negras y, a la espalda, una mochila de tela gris. Pasó por nuestro lado, sin mediar palabra, e inició el camino de regreso a la planta superior del templo.

Al llegar a la escalera, Alexa se me colgó del brazo, haciendo galopar los latidos de mi corazón. ¡Por fin volvía a ser todo igual entre los dos!

CAPÍTULO 4.

LA ESTRELLA QUE CAYÓ DEL CIELO.



«¡Oh!, diosa de la naturaleza, ¿puede haber algo más hermoso que el
brillo de una estrella?».

1

Cuando llegamos a la cabaña, Alexa se empeñó en echarme una mirada a las heridas. Me tumbé encima de la cama con el torso desnudo y fijé la vista en el techo mientras que ella me imponía las manos en el pecho. Sentí su cálido tacto y se me erizaron todos los pelos de mi piel, provocando una sonrisita en mi cuidadora. Al final decidí cerrar los ojos e intenté relajar el cuerpo.

—Menos mal que llevabas la cota —dijo Alexa mientras me inspeccionaba el tórax—. Esto te va a doler un poco, pero pronto pasará.

Sentí una punzada, pero en unos segundos el calor de sus manos se encargó de mitigarlo. Luego continuó con el resto de mis heridas y, en menos tiempo de lo que me hubiese gustado, me dejó como nuevo.

—¡Oh, muchas gracias, Alexa! —suspiré mientras me volvía a vestir—. Pero ¿qué me has hecho? ¡Me siento como un toro! —exclamé al comprobar que no me dolía nada.

En ese momento entró Tian Shui en la habitación.

—No iba a dejarte magullado y apaleado antes de que nos conduzcas por un viaje dimensional —bromeó la maga con ojos pillos.

—¡Bah, tan solo es magia! En cambio, tu brebaje... —terció la sacerdotisa—. Tienes que contarme su secreto.

Como nos habíamos quedado sin mi poción mágica, le pedí a Tian Shui la lista de ingredientes y juntos preparamos una buena cantidad de ponche de fuego en la cocinilla. También aprovechamos que habíamos encendido el fuego para hacer algo decente para almorzar y, con las últimas provisiones que nos habíamos llevado de casa de Vulcano, elaboramos una comida de rechupete.

Después de almorzar, recogimos las mochilas y salimos del templo de Anuket rumbo a nuestro nuevo destino. Estaba atardeciendo y las tres lunas comenzaban a alzarse en el cielo. Había unos amenazadores nubarrones en el blanco horizonte pero, para cuando arreciara la tormenta, ya habríamos abandonado la dimensión.

—¿Listos para el viaje? —les pregunté sacando las gemas mágicas.

Hicimos un círculo y, al unir las manos, sentí cómo las tres joyas comenzaban a palpar. Cerré los ojos y al instante aparecimos en mitad de un camino rodeado por un vasto bosque.

Guardé las gemas y disfruté de la mistura de olores y colores que desprendían los troncos, la hojarasca y la tierra. La verde vegetación se extendía sin límites que cubría miles de hectáreas de tierras salvajes, donde la mano del hombre no había llegado jamás. El aire era fresco y perfumado, se escuchaba el canto de los pájaros y podía verse el vuelo de unos animalillos peludos y verdosos, muy parecidos a las ardillas, saltando de copa en copa de los árboles.

Nos despojamos de la ropa de abrigo y nos quedamos en mangas de camisa, pues la temperatura era muy agradable. El cielo era de un azul intenso, estaba libre de nubes y en el cielo lucía un gran sol. Me sorprendió que el paisaje fuera tan parecido al de la Tierra, tanto que por un momento pensé que nos encontrábamos allí, pero aquellos bosques eran muy antiguos y en sus entrañas podía percibirse oculto el poder de la naturaleza. ¡Puro y salvaje a la vez!

Me acerqué a los lindes del bosque y, al inspeccionarlo, me sorprendió ver que la arboleda, pese a estar densamente poblada, estaba extremadamente limpia y, por así decirlo, ordenada. Los troncos se hallaban perfectamente alineados y el follaje se extendía por el suelo tapizándolo de tonalidades verdes y marrones, como si de una alfombra de terciopelo se tratara. Los ramales estaban perfectamente colocados y las copas de los árboles parecían haber sido peinadas y modeladas con un mágico cepillo para que lucieran en perfecta armonía.

Fue entonces cuando caí en que no percibía ninguna señal, en contra de como había ocurrido en los otros mundos que habíamos visitado hasta aquel momento, y eso me mosqueó.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —pensé en voz alta.

—¿Quién pregunta eso? —respondió una voz que no procedía de ninguna de nuestras gargantas.

Vulcano desenvainó ruidosamente su espada mientras Alexa cargaba el arco con una flecha. Yo no me atreví a desenvainar a Labrys, temiendo provocar en nuestro misterioso anfitrión una reacción como la que tuvimos con Tian Shui, y escruté el bosque mientras daba vueltas a mi alrededor.

Nada se movió, ni una hoja de los abetos, y tampoco se volvió a escuchar

la voz. Miré a mis compañeros y también negaron con un gesto. Sin embargo, yo percibía una presencia muy poderosa, aunque no podía precisarla en único punto; era como si su energía procediera de todo el bosque a la vez.

Debíamos de estar ofreciendo una estampa muy cómica moviéndonos en círculos, expectantes ante una amenaza que no se materializó, y al cabo de un rato insté mentalmente a mis compañeros a que depusieran la pose de defensa. «*Actuad como si no hubiese pasado nada. Estoy seguro de que, en cuanto nos vea relajados, nuestro misterioso acompañante volverá a actuar*».

Comenzamos a andar por el camino, con los sentidos en alerta, pero cuando llevábamos un buen trecho sin escuchar ni ver más que a los animalillos del bosque y el viento silbando entre los árboles, detuvimos la marcha para analizar lo que había sucedido.

—¿Pudiste localizar su voz, Hugo? —me preguntó Ángelus, mirando de reojo hacia los árboles.

—¿De qué voz habláis? —se volvió a escuchar, pero en el otro extremo del bosque.

Esta vez no me pilló desprevenido y rápidamente me adentré entre los troncos y corrí hacia un alto abeto, el lugar de donde había salido la voz. Para mi sorpresa, no encontré a nadie allí, pese a que era materialmente imposible que alguien hubiera podido haber huido tan rápidamente sin haberme percatado de ello. Miré a mi alrededor y busqué algún hueco secreto en el árbol, pero allí no había otras huellas que no fueran las mías.

—¿Has encontrado algo? —voceó Vulcano.

—¿A quién hay que encontrar? —La voz se escuchó, ahora, muy cerca del camino donde se encontraban mis compañeros.

Esta vez fue Tian Shui la que, en dos zancadas, saltó detrás de unos matorrales y, por la cara que puso, dio a entender que había corrido la misma suerte que yo. «¿Qué clase de enigma se esconde en estos bosques?», me pregunté mientras me reunía con mis amigos.

—¿Puedes decirnos quién eres? —voceó Ángelus.

—¿Y quiénes sois vosotros? —respondió la misteriosa voz desde un punto indeterminado del bosque.

Ya no perdimos el tiempo en intentar descubrir al causante de aquel extraño fenómeno, pero el mago continuó interrogándolo.

—¿Por qué lo quieres saber?

—¿Por qué lo queréis saber vosotros? —replicó la voz.

—Porque somos *los hijos de la Luz* y hemos venido a este mundo a

reencontrarnos con nuestros aliados y la esmeralda fulgurada —le explicó Ángelus—. Ahora que sabes quiénes somos, nos gustaría saber quién eres tú.

Se produjo un silencio solo roto por el graznido de una chotacabras.

—Me llaman Marcel y soy el tesorero de los árboles de estos bosques y también su pastor, aunque hay quien me llama el duende del bosque.

Miramos hacia la vereda del camino porque parecía haber brotado la voz cerca de allí, pero no apareció nadie.

—¿Y no puedes mostrarte ante nosotros? —preguntó el mago.

—¿Y por qué debería hacerlo? —impugnó la voz, ahora justo detrás de mí.

Como era de esperar, cuando me giré no había nadie allí, pero empezaba a entender la forma que tenía aquel ser para comunicarse. Actuaba repitiendo el patrón con el que te dirigías hacia él. Si tú le preguntabas, él respondía con una pregunta y, si le replicabas con una frase, entonces también lo hacía él.

—Porque tú nos ves y nosotros te queremos ver a ti. Ahora guardaremos las armas y te podrías mostrar, si es que vuestra vucencia estima conveniente ayudar —respondí, improvisando una rima consonante.

—He leído en vuestros corazones y no he percibido animosidad, de lo contrario serían vuestras vidas las que podrían peligrar. Si vuestro deseo es poderme ver, solo tenéis que abrir la mente y ante vucencias me presentaré.

Como supuse, el misterioso ser respondió con una rima, pero lo que jamás habría imaginado es que apareciera por el camino un hombrecillo mucho más bajo que yo, con orejas de elfo, nariz ramosa y piel acorchada. Vestía con un colorido peto verde y marrón, zuecos azules, camisa blanca y un gorro bermellón. Sus ojos eran marrones, profundos y denotaban una milenaria longevidad; por el contrario, su semblante expresaba una jovial sonrisa y tenía una perfecta dentadura, blanca como marfil. Parecía un ser inofensivo, a pesar de rezumar magia por todos los poros de la piel.

—Gracias por dejarte ver, maese Marcel —lo saludó gentilmente el mago—. Ya sabes lo que hemos venido a buscar, pero aún no nuestros nombres. Me llamo Ángelus y estos son mis compañeros, Tian Shui, Lizbeth, Alexa, Hugo y Vulcano —anunció.

El extraño ser nos miró con ojillos de rapaz y, tras inspeccionarnos, con detenimiento relajó un poco su pose.

—Yo no tengo la esmeralda fulgurada ni he poseído una joya jamás, ni mágica ni vulgar, ni me tengo que reunir con mis aliados ni soy amigo de guerras y mucho menos entiendo de intrigas. Tan solo soy el pastor de estos bosques y a ellos me debo en cuerpo y alma —atajó el duende, poniendo los

brazos en jarra.

—¡Vayámonos de aquí! Hemos dado con un gnomo viejo y chiflado que no hace más que decir bobadas —gruñó Vulcano, mirándolo con desprecio.

—¡Eso, iros de aquí! Sobre todo tú, tonto y grandullón, que mientes más que hablas y te ciega la ambición —replicó el duendecillo antes de propinarle una patada en el trasero.

Vulcano hizo el ademán de agarrarlo por la pechera, pero el pastor de los bosques se desvaneció y apareció detrás del forjador, amenazándolo con su propia espada.

—¿Cómo diablos lo has hecho? —exclamó Vulcano, echándose la mano al cinto.

—¿Acaso tu soberbia no te ha dejado ver? —terció Marcel.

Como la situación estaba pasando de cómica a peliaguda, decidí intervenir.

—Perdona a mi compañero, es imprudente e impulsivo pero tiene un gran corazón —dije con tono conciliador—. ¿Verdad que no le querías hacer ningún mal, Vulcano?

El forjador forzó una sonrisa y respondió:

—Perdone, maese Marcel. No era mi intención ser descortés.

El duendecillo escrutó al forjador achinando los ojillos.

—¡Hum...! Aunque mientes más que un pendón, no seré yo el que te niegue el perdón —respondió volviendo a envainar la espada en el cinto de Vulcano con un movimiento imperceptible.

Alexa se acercó al duende y le preguntó:

—¿Puedo preguntarte una cosa, Marcel?

—¿Por qué no lo pruebas? —replicó poniendo los bracillos en jarra.

—¿Por qué nos mientes diciendo que no sabes nada de la esmeralda fulgurada?

El duendecillo palideció y, sorprendentemente, se echó a llorar.

—¿Por qué tenéis que martirizarme metiendo el dedo en la fuente de mi dolor? —dijo entre sollozos.

—Entonces, ¿sabes dónde podemos encontrarlo? —medió Vulcano.

Marcel dejó de gimotear y lo atravesó con la mirada.

—¿Para qué quieres saberlo, usurero?

—¡Tengamos la fiesta en paz! —La voz de Tian Shui sonó tajante, tanto que el duende se asustó—. Si quieres decirnos dónde podemos encontrar la gema mágica, dínoslo y, si no, ¡que pases un feliz día!

La sacerdotisa hizo el ademán de dar media vuelta, pero el duendecillo la

agarró del brazo al tiempo que se postraba a sus pies.

—Perdonad mi inexcusable comportamiento, mi señora del agua milagrosa. Si bien es cierto que nunca he visto ni tenido esa gema, debo admitir que no he dicho toda la verdad. —Marcel sacó un colorido pañuelo y se mocó sonoramente antes de canturrear—: «En la profundidad del bosque hay un alto roble donde ocurre un suceso digno de contemplar: cada noche una estrella baja del cielo, brillante e inmaculada, y nada más se posa en el viejo árbol se convierte en una bonita mujer. Sus cabellos son dorados y blanca su tersa tez, y la envuelve un terrible misterio que la hace padecer. Abrazada al vetusto roble, suspira, gime, llora por un amor que no llega a aparecer, y noche tras noche, la estrella espera y desespera hasta que su presencia se desvanece con el nuevo amanecer».

—¿Y qué tiene que ver...? Digo... —dije, rascándome el mentón—, que no veo la relación entre la estrella despechada, el viejo roble y la esmeralda fulgurada.

—Es difícil de interpretar pero, si se busca una gema que procede de las estrellas, nadie mejor que una de ellas para poderle preguntar —aludió con un guiño.

«¿Así de fácil?», cavilé.

—¡No sabes cómo te agradecemos tu ayuda, Marcel! —dijo Alexa sonriente—. ¿Podrías llevarnos a ese viejo roble?

—Los que necesitan ayuda se deben ayudar... ¿Lo podéis interpretar?

«¡Ya decía yo!», me repliqué.

—¿En qué podemos ayudarte? —le preguntó Alexa.

Este le miró con una astuta sonrisa y respondió:

—¿Me podéis seguir?

Y su pregunta era en sentido literal pues, nada más pronunciarlas arreó a correr y a duras penas pudimos seguirle el ritmo, y eso que hacía lo imposible por no dejarnos atrás.

La frondosidad de aquellas interminables filas de árboles y la limpieza que se observaba en sus suelos ofrecían un espectáculo visual admirable. Hayas, pinos, abetos, robles, castaños, chopos y encinas se agrupaban por familias y en un perfecto estado de orden y limpieza. Sus ramas, perfectamente alineadas para que no se tocaran las unas con las otras, se desplegaban como un abanico de tonos, del verde intenso al marrón otoñal, componiendo un lienzo de incomparable belleza. Parecía que estábamos en un bosque

encantado y pronto supimos que el causante de aquel prodigioso estilismo era el mismísimo Marcel. Era maravilloso contemplar cómo el duende iba transformando el paisaje con cada paso que daba. Los árboles se acicalaban, sus troncos resplandecían y sus hojas enverdecían como si fueran tocados por una varita mágica.

Después de un largo trayecto, que apenas se hizo pesado debido a que íbamos pisando sobre un mullido césped, el duendecillo se paró en el límite del bosque que lindaba con una zona devastada. Los árboles habían sido arrancados de cuajo y brutalmente mutilados y los ramales, raíces y hojarasca formaban un amasijo putrefacto que ennegrecía el suelo.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Un ciclón? —suspiró Vulcano poniendo una mueca de horror.

—¡Es mucho más terrible que eso! —añadió Tian Shui—. Percibo un poder oscuro arraigado en la profundidad del bosque. Marcel, debes decirnos quién es el causante de esta barbarie.

El duende no pudo sujetar las lágrimas.

—Han sido los lobos de poniente —declaró torciendo el gesto—. Aparecieron hace doce lunas, famélicos y muy asustados. Yo me apiadé de ellos, les di cobijo y los alimenté como si de hijos míos se tratara. Los dejé vivir en el bosque con una única condición: que fueran respetuosos con las reglas de la naturaleza, y durante un tiempo vivieron en armonía con el resto de seres que moran en él. Cazaban lo necesario para vivir y se esmeraban en provocar los mínimos destrozos cuando organizaban sus cacerías. Pero sus almas se ennegrecieron cuando apareció el gran lobo gris —murmuró con temor—. Su espeluznante silueta se recortó en la noche mientras una terrible tormenta rasgaba los cielos, con su guadaña de rayos y sus tambores de truenos. Sus ojos refulgían, empenachados de veneno, y derramaban un odio tal por la vida que me hizo estremecer. Tenía una corpulencia estremecedora, que lo hacía un gigante entre los demás, y pronto se convirtió en el jefe de la manada. Les habló en una extraña y gutural lengua y desde aquella noche se volvieron agresivos, destructivos y anormalmente poderosos —añadió con ojos tristes—. Mataban por placer, destruyendo todo lo que encontraban a su paso. El lobo gris sometió a sus congéneres e instauró una ley de caos y terror, que se ha expandido por todos sus dominios con el resultado que estáis viendo.

—Y por lo que parece... —intervine apoyando mi mano en su hombro—, nada pudiste hacer para evitarlo.

Marcel negó amargamente.

—El lobo gris los ha dotado de una magia oscura muy poderosa y son inmunes a mis sortilegios. Lo único que he podido hacer es proteger con mi magia el resto del bosque y a partir de estos límites no pueden pasar. Por el momento... —respondió secándose las lágrimas con un pañuelo.

—Está claro que ese lobo gris no ha llegado a este mundo por casualidad y sospecho que anda buscando algo —comentó Lizbeth echándonos una preocupada mirada—. Marcel, puedes contar con nosotros para eliminar a esa alimaña de tus bosques, pero antes debes contarnos todo lo que sepas sobre ese lobo gris.

—No debemos preocuparnos por esas criaturas. Sé cómo actúan los lobos y, si son inmunes a la magia, no creo que lo sean al filo de mi espada —anunció Vulcano en tono bravucón—. Solo debemos saber dónde tienen su guarida y les daremos caza en menos que canta un gallo.

El duende se desvaneció y apareció sentado en una rama que quedaba a la altura del forjador.

—¡Te vuelves a equivocar, grandullón! —le espetó retándole con la mirada—. Ni te imaginas el poder que tienen esos lobos. Siempre actúan en grupo y no les importa el daño que les puedas infligir, pues luchan sin temor hasta morir. Desde que han tomado como jefe al lobo gris, se han convertido en unos seres monstruosos que serían capaces de arrancarte tu tonta cabezota de un solo bocado, y al que menos debes subestimar es a ese monstruoso lobo —dijo con la mirada perdida—. No lo hiere el acero y es muy inteligente. También es perverso, maléfico y cruel. Sabe captar la debilidad de sus adversarios para golpearles con vehemencia. La última vez que me enfrenté a él, de no ser por mis queridos árboles, que les cerraron el paso, me habría aniquilado... y estos, lo pagaron muy caro —anunció, bajando del árbol de un salto.

—Confía en nosotros, Marcel —dijo Alexa—. Ellos actuarán en grupo pero nosotros también, con la diferencia de que ellos lo hacen por temor mientras que nosotros lo hacemos por honor y lealtad.

—Pero ¡son muchos! —advirtió el duende alzando la vista.

—Sí, pero solo nos tendremos que preocupar de uno, el lobo gris. Si el líder cae, caerán también los demás —alegó ella—. Marcel, ¿sabes cuándo será la próxima luna llena?

—¿Crees en las casualidades? —aludió con una perspicaz mirada.

La maga sonrió.

—¿Acaso existen? —terció con un guiño—. ¿Dónde podemos encontrar a esos lobos?

—¿Estás cerrando el trato? —la interrogó, arqueando las cejas.

—Tú lo has dicho. Dos que se necesitan...

Marcel se subió encima de un tronco caído y señaló hacia una dirección concreta del bosque.

—Viven en una cueva que hay cerca de un arroyo, a unas veinte millas de aquí. No tiene pérdida, pues solo tendréis que guiaros por el penetrante hedor que emana ese maldito antro, pero será mejor que os apresuréis en darles caza antes de que se haga de noche. Amparados por la oscuridad es cuando se muestran más poderosos —concretó.

—¿Qué pretendes hacer, Alexa? —le pregunté intrigado.

—Está claro que el lobo gris maneja la magia negra y esas criaturas están influenciadas por los ciclos lunares, sobre todo por la luna llena. Si esta noche conseguimos desentrañar su magia, quizás podamos acabar con él —me explicó.

—¡Perfecto, entonces! Nos vemos al alba, chicos. ¡Os deseo mucha suerte! —exclamó Marcel, a modo de despedida.

—¿Y tú qué harás? —le preguntó Vulcano.

—¿Cumplir con mi parte del trato? ¿Ves cómo dos que se necesitan están condenados a entenderse? —replicó, desapareciendo de nuestra vista.

Era pasado el mediodía cuando nos adentramos en el bosque de los lobos, como lo había bautizado Alexa. La devastación se acentuaba a medida que avanzábamos y pudimos ver muchos árboles, alguno de ellos tejos milenarios, talados de cuajo mediante terribles dentelladas. También reinaba un nauseabundo hedor, provocado por restos de animales en descomposición entre la hojarasca, que apenas nos dejaba respirar. Afortunadamente, después de varias horas de caminata, dejamos atrás el bosque y subimos la ladera de una colina, donde encontramos el lugar perfecto para descansar y respirar un poco de aire fresco.

—¿Puedes ver dónde está el arroyo? —me preguntó Ángelus.

Inspeccioné el horizonte hasta que en el siniestro paisaje vislumbré una desdibujada hendidura. Afiné el oído en aquella dirección y no tardé en percibir el sonido de una corriente de agua. Luego reseguí con la mirada el riachuelo, a ambos lados, hasta que encontré una ensenada en la que había un montículo.

—¡Ya veo la guarida de los lobos! —informé a mis compañeros—. No queda ni a una hora de aquí, así que te sugiero que nos cuentes cuál es tu plan, Alexa.

Nos pusimos alrededor de la maga y la escuchamos con atención.

—Antón era un estudioso de las criaturas de la noche y decómo el Caos buscaba inocularles la semilla del mal para convertirlas en sus secuaces. Descubrió que el nexo que unía a dichas criaturas era la luna y el efecto que produce el plenilunio en ellas. ¿Sabíais que la cara oculta de la luna es una poderosa fuente de magia ancestral? —Nuestras caras respondieron por sí mismas—. ¿Y sabíais que esa porción no visible comunica con todos los mundos en los que hay alguna luna y que actúa como un espejo por el que proyecta su magia?

Aquella revelación no me pilló por sorpresa.

—Entonces, ¿es cierta la fábula que habla de la diosa Selena, una gata de

misteriosos ojos verdes, que desciende por las noches de la luna hasta los tejados de las casas para vaticinar cosas que están por pasar? —le pregunté, recordando un cuento de mi infancia.

—¿Quieres centrarte, Hugo? —me reprendió Alexa—. Pues la teoría de Antón es que cualquier criatura de la noche, sea cual sea su naturaleza, recibe la influencia de la magia ancestral a través de la luna; en el caso de los seres oscuros, tiene el poder de anular la magia negra que gobierna en sus almas si se consigue concentrar la suficiente cantidad.

—Es ahí donde interviene el cetro de Horus, ¿verdad? —adivinó Ángelus.

—Eso es. Entre todos deberemos atraer al lobo gris y a su manada para que, cuando salga la luna llena y esta proyecte la magia ancestral con el máximo esplendor, puedas recogerla en tu cetro y acabar con ese monstruoso ser. Seguro que, si el líder cae, desaparecerá el influjo que tiene sobre los demás —aseveró.

—Pero Marcel nos advirtió de que no podíamos hacerles frente de noche. ¡Él mismo fracasó! —le recordó Tian Shui.

—Lo sé, pero tendremos que correr ese riesgo si queremos tener una oportunidad de quitar del medio al lobo gris —reiteró Alexa.

Aquel plan no era descabellado y confiaba plenamente en mis compañeros, pero no parecía ocurrir lo mismo con Tian Shui, a juzgar por cómo fruncía el ceño.

—¿A qué viene tu preocupación? —le preguntó Lizbeth.

—Tengo un mal presentimiento —comentó con serio semblante—. Algo me dice que ese lobo gris esconde un oscuro secreto y que es mucho más peligroso que lo que podamos imaginar.

—¡No me digas que te dan miedo los lobos! —advirtió Vulcano con tono burlón.

—¡Y tú también deberías temerlos! —atajó, borrándole la sonrisa de la cara—. Quizá vosotros no lo sepáis, pero los lobos lucharon en la gran guerra al lado del Caos. Son seres aguerridos, valientes y en la caza no tienen rival. Y luego está ese lobo gris... ¿Qué clase de poder debe manejar para doblegar a un tipo tan poderoso en estos bosques como Marcel? Solo digo que no subestimemos a ese ser —concluyó metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—Nunca lo hacemos, Tian Shui —certificó Ángelus—. Además, ¿qué otra cosa podemos hacer?

Allí se acabó la discusión. Después del almuerzo nos sumergimos entre la

enmarañada vegetación, intentando seguir la dirección que nos conduciría a la guarida de los lobos.

Durante un buen rato, el paisaje no varió ni un ápice y pese a ello la mayoría de nosotros iba con el ánimo resuelto. Poco a poco el sendero se amplió y en el barro pudimos ver una multitud de huellas producidas por unas grandes patas. Entre ellas había una que daba a entender con qué clase de alimaña nos la tendríamos que ver.

Justo cuando la tarde comenzaba a languidecer, llegamos al antro de la manada.

Descendimos por un sinuoso sendero hasta que nos plantamos en mitad de un claro desde donde se podía ver con claridad la entrada de una cueva, cerca del curso de un riachuelo. Me adelanté al grupo e inspeccioné las inmediaciones, pero no hizo falta que entrara en su interior para saber que estaba vacía.

—Esperaban nuestra visita, pues estas huellas son muy frescas y se separan en diferentes direcciones —comentó Vulcano haciéndonos un gesto para que nos acercáramos.

En la tierra se veía las marcas de un gran lobo que destacaban sobre las demás y estas estaban enfrentadas, dando a entender que no hacía mucho se había producido un tenebroso cónclave en aquel lugar.

—¿Cuántos lobos crees que forman la manada? —le preguntó Alexa al forjador.

Vulcano se acuclilló y observó las pisadas con detenimiento.

—No menos de treinta ejemplares —aventuró con el rostro serio.

—¿Y dónde diablos se habrán metido? —pregunté echando la vista a mi alrededor.

En ese momento se escuchó un desgarrador aullido, al que se le unieron otros, que se encargó de darle respuesta a mi interrogante.

—Más valdrá que nos dejemos de charlas y nos preparemos para la emboscada. No falta mucho para que anochezca y no creo que esperen mucho para asaltarnos —nos advirtió Alexa, mirando de soslayo a ambos lados del bosque—. ¡Vulcano, Hugo! Excavad una fosa delimitando un anillo defensivo mientras nosotros nos encargamos de buscar leña para encender un fuego.

No nos costó demasiado cavar un foso en la tierra, de un metro de profundidad y medio de ancho, que rellenamos con un montón de hojarasca seca y gruesos leños a los que prendimos fuego, delimitando una

circunferencia de unos diez metros de diámetro. Luego nos dispusimos estratégicamente en el interior de esta para vigilar todos los flancos; Vulcano y yo en la periferia, para defendernos de los lobos a espada y hacha, y Alexa cerca del fuego para hacerlo con el arco y flechas incendiarias. Entre tanto, Tian Shui y Lizbeth se quedaron cerca del riachuelo para utilizar la magia del agua, llegado el momento, y Ángelus les daría soporte en caso de necesidad.

La espera se me hizo eterna pero, cuando el sol se ocultó y la oscuridad se extendió por el bosque como un gélido manto negro, empecé a percibir unas tenebrosas presencias. «¿A qué estarán esperando esas malditas alimañas?», me pregunté mientras escrutaba hacia las sombras inquieto. El tiempo fue pasando lentamente y, para colmo, no había ni rastro de la luna llena en el despejado cielo. Tan solo nos iluminaba la fantasmagórica danza producida por el fuego, cuyas llamas teníamos que ir alimentando continuamente para evitar que menguaran. Y, como suele ocurrir en estos casos, la calma pasó a la tempestad de forma precipitada.

—¡Huelo a perro mojado! —murmuró Vulcano, escupiéndolo en el suelo.

—Ya están aquí, pero no veo al lobo gris —musitó Lizbeth, mirando fijamente la bola de cristal.

—Y yo no puedo penetrar en sus mentes ni anular la magia negra que emponzoña sus almas —añadió Tian Shui con rostro preocupado.

Entonces emergió de la negrura el húmedo hocico de un lobo. Respiraba con agitación y aun en la penumbra el contorno de aquella bestia se revelaba descomunal. Se detuvo y nos observó durante unos instantes antes de desaparecer, volviéndose a internar en la oscuridad de la noche. Escuché unos guturales gruñidos que me helaron la sangre y, tras unos segundos de suspense, se oyeron unas inquietantes pisadas a nuestro alrededor. ¡Nos estaban rodeando! Luego se hizo el silencio hasta que una voz, tan desgarradora y cargada de maldad que no podía proceder de ningún ser humano, lanzó un aterrador:

—¡Matadlos!

Al instante aparecieron varios lobos, que duplicaban con creces su tamaño normal, y se dispusieron a atacarnos por varios costados. Sus ojos rojos refulgían lamidos por el fuego. Comenzaron a dar vueltas a nuestro alrededor relamiéndose los hocicos. Los primeros que intentaron quebrar nuestra barrera defensiva fueron dos lobos blancos, que se acercaron desde el arroyo con la mirada feroz, pero, cuando intentaron atravesar nuestra línea defensiva, se quedaron atrapados en un denso muro de hielo que levantó Tian

Shui con su magia, donde perecieron congelados.

—¡Chicos, esas criaturas son inmunes a la magia, tened cuidado! —nos alertó la sacerdotisa.

La muerte de sus compañeros enrabetó a dos lobos que aparecieron por mi flanco, aunque cayeron abatidos por sendas flechas que les disparó Alexa antes de que llegaran a atravesar la fosa. No tuve tiempo de agradecerse, pues volvieron a aparecer tres lobos pardos por un costado de la fosa que había quedado más desprotegido por el fuego. Alexa mató a uno, insertándole una flecha en el ojo antes de que saltara, y yo solo pude interponer el filo de mi hacha cuando se abalanzó sobre mí el segundo, aunque con tan mala fortuna que caí de espaldas, vencido por su peso, y me quedé atrapado bajo su cuerpo inerte. Aquel habría sido mi fin de no ser por Vulcano, quien consiguió rebanarle la cabeza al tercero cuando sus afilados colmillos ya se cernían sobre mi cuello.

El forjador me ayudó a quitarme de encima a la bestia y me levanté blandiendo el hacha por si tenía que repeler otra incursión, pero ya no apareció ningún lobo más. Tenía la ropa empapada de sangre y el pulso a mil, pero lo único que me importaba era ver aparecer la luna llena en el cielo ¡y esta no aparecía!

Volvimos a ocupar nuestras posiciones y esperamos la segunda ofensiva. El silencio era tan profundo que solo se escuchaba el crepitar del fuego en el foso y los acelerados latidos de mi corazón, pero sabíamos que el peligro acechaba entre las sombras y eso que el lobo gris aún no había hecho acto de presencia.

Unas pisadas nos alertaron de que la manada se había reagrupado y estaba lista para otro ataque. Sin embargo, en ese momento aparecieron las primeras estrellas y pudimos ver cómo se nos acercaban despacio tres lobos negros que escoltaban a un gigantesco lobo gris de refulgentes ojos verdes. Aquel ser casi duplicaba en tamaño a sus compañeros, y en su mirada percibí una inteligencia que no era propia de un animal. De inmediato, fijó la vista en Ángelus y se relamió el hocico a la vez que esbozaba una sonrisa.

—¡Buenas noches, damas y caballeros! —comentó con una voz ronca y quebrada—. Me llamo Karl y os doy la bienvenida a mi maravilloso reino. ¿Qué os ha traído por aquí?

—Hemos venido a impartir justicia y a devolver estas tierras a su verdadero dueño —replicó Ángelus con tono amenazante.

—¿Te refieres a ese duendecillo? —dijo con ironía—. Por cierto, ¿dónde

se ha escondido? Aún tengo que resolver una deuda que tengo pendiente con él.

—Eso no te incumbe, Karl. ¡Ahora vas a pagar por todas tus fechorías! —le espetó el mago.

El lobo gris se carcajeó con tanta rabia que hizo que los lobos que lo acompañaban retrocedieran profiriendo unos lastimeros alaridos.

—Debo reconocer que no te faltan agallas, pero sí inteligencia, enfrentándote a mí en plena noche —murmuró dando unos pasos hacia delante.

—¿Eso crees? ¿Acaso habrías dado la cara si nos hubiéramos presentado a plena luz del día? —El lobo gruñó enseñándonos sus temibles colmillos—. ¿Sabes qué es lo que pienso? Creo que eres un cobarde, Karl. Si tan poderoso eres y tan seguro de ti mismo estás, ¿por qué has venido tan bien acompañado?

Los tres lobos hicieron el ademán de atacarnos, pero el jefe los refrenó con furiosas dentelladas.

—¡No os mováis, inútiles! ¡Ya saciaréis vuestra hambre después! —les gritó, haciéndoles retroceder de terror. Luego fijó los ojos en Ángelus—. ¿Crees que soy estúpido y no sé reconocer el poder de mis enemigos? Además, tenemos hambre y un jefe debe mantener bien alimentada a su manada.

—¿Y qué es lo que pretendes, alimentar a tu manada o condenarla a muerte?

—¿A muerte? —se carcajeó—. No eres tan poderoso como para ser valedor de poseer tal don, Ángelus, hijo de Horus. Sí, sé tu nombre y el de tus amiguitos, él me los desveló. Y sí, estaba esperando vuestra llegada a este mundo desde hace tiempo, tanto que ¡mira lo que me ha obligado a hacer el aburrimiento! Pero ¡créeme! Mi advertencia no es baladí, conozco muy bien a El Señor Oscuro y tú continuas siendo la sombra de lo que es él —comentó mostrando una maléfica sonrisa—. ¿Acaso crees que llegarás a ser algún día un digno rival? Sabes que no... Eres tan solo un despojo de su ser, débil e inseguro, incapaz de anteponer tu propio interés al de los demás. Eres tan patético que ni siquiera fuiste capaz de proteger a tu madre de un destino cruel. ¿Qué me dices ahora, mago de pacotilla? ¿Aún te quedan ganas de impartir justicia?

El mago agachó la cabeza al tiempo que una lágrima emergía de sus ojos.

—No estamos aquí para escuchar las fanfarronadas que te ha susurrado tu

amo en la intimidad —terció Alexa—. ¿Dónde está El Señor Oscuro? No lo sabes, ¿verdad? Tu amo es tan solo es un alma errante en búsqueda de un cuerpo que parasitar, ¿y sabes por qué? —añadió mirándolo con desprecio—. Porque lo derrotamos.

—¡Cuida tus palabras, mocosa! Mi señor ya ha ocupado un nuevo cuerpo pero anda ocupado en otros menesteres más importantes. Por eso me ha confiado esta tarea a mí, al gran Karl.

Lizbeth avanzó con la bola de cristal en la mano y le gritó:

—¿Y qué te prometió El Señor Oscuro a cambio de cometer tal locura? ¿Poder y honor? ¿Y por esa falsa ilusión traicionaste a tu pueblo y a tu estirpe? —lo recriminó con los ojos anegados en lágrimas—. Lo tenías todo en la vida: éxito, honor y amor. ¿Por qué decidiste cambiar de bando? ¿Por poder? —lo increpó—. ¡Te equivocaste, Karl!, pues el poder es efímero y el honor tan solo puede recibirse de los dioses.

—¿¡Y dónde estaban tus dioses cuando él masacró a mi pueblo!? ¿¡Adónde fueron a parar nuestras plegarias!? —replicó con desprecio el lobo gris—. El maestro me hizo comprender que la única manera de sobrevivir era sirviendo al bando ganador. Así que lo mismo os digo a vosotros: ¡uníos al Caos o morid!

—Pero ¡tú eras el guardián de la puerta dimensional, pudiste escoger otra opción! —replicó Lizbeth.

El lobo gris sonrió ante aquel comentario.

—¡Asumidlo, ha llegado la hora del Caos! —dijo mirando a Ángelus—. Más te vale que aceptes esa realidad e intentes unirte al bando vencedor. ¡Quizás él sea benévolo contigo!

—¡Jamás! —murmuró el mago.

—Es igual... Pronto tendré en mi poder todas las gemas mágicas y entonces ¡habrá llegado el tiempo del reinado del lobo!

—¡Eso será pasando por encima de nuestros cadáveres! —le advirtió Vulcano, amenazándole con la espada.

—¡Así sea! —profirió Karl—. Mis compañeros están hambrientos y pronto cobrarán su merecida recompensa devorando vuestras entrañas.

A un gesto de su líder, los tres lobos comenzaron a dar vueltas a nuestro alrededor mientras él recitaba un extraño conjuro en una gutural lengua. De reojo, vi cómo Ángelus miraba al cielo estrellado esperando, con ansiedad, alguna señal de la luna, pero lo único que apareció fue una misteriosa sombra que se extendió, y lo tapó todo.

Me extrañó percibir el nerviosismo del mago. Pronto sabría el por qué.

E l gran lobo gris murmuró unos guturales versos y comenzó a transformarse en un ser monstruoso. Los huesos crepitaron y se ensancharon mientras los miembros de la jauría miraban aterrados la terrible metamorfosis de su líder. El lobo fue ganando altura a la vez que se le encrespaba el lomo, marcando una poderosa musculatura dorsal. Una vez acabada la transformación había duplicado su envergadura original. Karl alzó su descomunal cabeza y nos miró por encima de la columna de fuego antes de desaparecer de nuestra vista.

Ángelus elevó la barrera de fuego agitando el cetro de Horus, pero eso no evitó que la manada se fuera acercando lentamente al cerco. Miré con nerviosismo a mi alrededor y, al echar la vista al flanco que defendía Vulcano, vi que lo estaban asediando cinco lobos blancos desde el otro lado del foso. De repente, fuimos sacudidos por una poderosa ráfaga de aire y una parte del fuego del círculo defensivo se apagó.

Lizabeth se puso detrás de Tian Shui cuando los lobos atravesaron el cerco y Vulcano acudió en su auxilio.

—¿No puedes hacer nada, Tian Shui? —le preguntó Vulcano mientras las protegía blandiendo la espada.

—Ya te he dicho que son inmunes a mi magia, pero no te preocupes por mí ni por Lizabeth, yo me encargaré de mantenerlos a raya —señaló reculando hacia el arroyo.

Tian Shui se concentró y, cuando uno de los lobos saltó sobre ella, alzó las manos con ímpetu y de la tierra brotó una lanza de hielo que ensartó al animal por el vientre. Vulcano decapitó al lobo que saltó sobre él de un certero golpe de Magma y yo destripé a otro que le atacaba por la retaguardia, pero ya teníamos a cinco más cercándonos. Alexa disparó una flecha incendiaria que impactó sobre el lomo de un lobo que, al huir, les prendió fuego a los demás, iniciándose una caótica fuga. Entonces miré a Vulcano y vi que tenía a un enorme lobo gris agazapado detrás de él. No me dio tiempo

a abrir la boca cuando se la alimaña le atacó por la espalda, clavándole una dentellada en el hombro.

El forjador amagó un grito, pero pudo revolverse para agarrarlo del cuello y partírselo antes de quitárselo de encima. Vulcano postró una rodilla en el suelo e intentó contener la hemorragia taponando la herida con la mano. Lo ayudé a levantarse y, mientras me lo llevaba a rastras hacia la entrada de la cueva, me quedé paralizado con el aullido que profirió el lobo gris. Al instante, la tierra tembló y explotó, haciéndome saltar por los aires.

Aterricé cerca del umbral de la cueva. Cuando me incorporé tenía la visión distorsionada y un fuerte zumbido en los oídos. A la primera que vi fue a Lizbeth. Yacía inconsciente al lado de una roca, con un reguero de sangre alrededor de la cabeza. Tian Shui, que estaba a su lado, tenía varios rasguños en la cara y reculaba rodeada por tres lobos. Vulcano arremetió contra las bestias blandiendo la espada al tiempo que me gritaba:

—¡Hugo, ayuda a Alexa! ¡Rápido!

Mi compañera había abatido a dos lobos con el arco, pero había diez más rodeándola y a unos cinco metros de mí vi a Ángelus delante del gran lobo gris, amenazándolo con el cetro de Horus. «*¡Ve con Alexa! De Karl, ya me encargo yo*», me instó cuando se percató de que dudaba a quien acudir.

Gracias a la destreza con el arco de Alexa y a mi tino con el hacha, conseguimos mantener a los lobos a una distancia prudencial hasta que un grito de dolor nos alertó de que algo iba mal. Vulcano había abatido con su espada a un lobo negro, pero no había podido evitar que este le desgarrara el abdomen con sus afiladas garras. Sangraba a chorros por el vientre, pero seguía defendiéndose de otros dos lobos a golpe de espada. Tian Shui, quien estaba cerca del riachuelo, defendía aquel flanco convirtiendo el agua en puñales de hielo cada vez que algún lobo se atrevía a atravesarlo.

—Ayuda a Vulcano. Él te necesita más que yo —me instó Alexa.

Decapité a los dos lobos que se me echaron encima y le partí la cabeza en dos al que estaba a punto de darle el golpe de gracia a mi compañero.

—¿Cómo te encuentras, amigo? —le pregunté mientras lo cargaba en el hombro y reculaba para dejarlo tendido al lado de Lizbeth.

—Creo que de esta no salgo, Hugo, pero antes me llevaré por delante a unas cuantas bestias más —me susurró a la vez que se taponaba con la mano la herida.

Lo dejé apoyado en la roca y saqué un rollo de gasa que llevaba en la mochila para hacerle un vendaje compresivo en el abdomen.

—Te pondrás bien, ¡ya lo verás! —le dije, una vez le hube ajustado la venda en la cintura—. Ahora intenta no hacer bruscos movimientos, que has perdido mucha sangre.

—No te prometo nada, maese Hugo —respondió él con un guiño.

En ese momento despertó Lizbeth y me miró asustada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz temblorosa.

No pude responder, pues la voz del lobo gris se encargó de silenciar la noche.

—¡Parad, hermanos! —La manada se quedó inmóvil, con una pose de sumisión—. Al final resultará que no eres tan diferente a El Señor Oscuro. Estás viendo cómo sufren tus amigos y solo te preocupas en salvar tu miserable vida. ¿A qué esperas para hacerle frente a tu destino, Ángelus?

La espeluznante criatura se le acercó esbozando una sarcástica sonrisa. Ángelus fue retrocediendo sin dejar de amenazarlo con el cetro de Horus.

—A veces uno debe esperar a que llegue el momento oportuno para actuar —dijo mirando de reojo al cielo—. Pues el que es paciente y confía en sí mismo suele encontrarse a poderosos aliados por el camino.

En ese momento el cielo se abrió y apareció la luna llena, curiosamente cuando estaba a punto de amanecer. Ángelus alzó enérgicamente el cetro y este se inundó con su argentada luz. Karl sonrió al ver a su supuesta amenaza.

—No le temo a los poderes de la noche y mucho menos el que proviene de la luna, pues mi fuerza se nutre de ella —rugió mostrándole los colmillos—. ¡Prepárate para morir!

El gran lobo gris aulló y, tras tensar sus cuartos traseros, saltó con las fauces abiertas sobre Ángelus. En ese momento se paralizó el tiempo y pude ver, con total claridad, cómo el mago agitaba el báculo y brotaba de la cabeza de halcón una nube blanca que envolvió al gran lobo gris y lo atrapó, haciéndole levitar. Luego blandió nuevamente el cetro y recitó: «*Revelio anima lupus*» y, con un fuerte estruendo, el cuerpo de Karl salió disparado, impulsado por un destello cegador, hasta que cayó tras unos matorrales.

Los lobos de la manada se quedaron inmóviles, aterrados al ver que estaban mermando de tamaño. Muchos huyeron del lugar, pero otros permanecieron quietos, sin saber qué hacer.

—Karl, ¡muéstrate como el hombre que naciste! —voceó Ángelus.

Miramos hacia la espesura y apareció un hombre desnudo dando tumbos. Estaba extremadamente delgado, con los cabellos rubios y lacios, enredados por los hombros y la mirada perdida. El infeliz intentó taparse las vergüenzas

con las manos cuando nos vio y se echó a llorar al ver el despojo en el que se había convertido.

—¿Qué me has hecho, maldito? —balbució entre sollozos.

—Mostrar la clase de traidor que eres y darte la oportunidad de pedirle clemencia a quien perjudicaste con tu proceder. ¿Puedes hacerte visible, Marcel?

—¿Puede negarse el sol al día o la luna a la noche? —respondió el duendecillo, que apareció dando saltos por el riachuelo.

Karl le miró con desprecio.

—¿¡Quieres que le pida clemencia a ese mamarracho!? Que lo hagan esas bestias estúpidas. Ellos fueron los responsables de la destrucción de sus bosques.

Algunos lobos empezaron a gruñir, mostrando los colmillos.

—Ellos solo hicieron lo que tú les obligaste y ya están perdonados —respondió Marcel—. En cambio tú...

—¿¡Yo qué!? —le espetó rabioso—. Cuando llegué a este mundo tan solo eran unos criaturas famélicas, despreciables y sucias que bailaban a tu son. ¡Yo los convertí en unos seres poderosos! ¿Qué habrían hecho sin mí esos muertos de hambre?

—¿Por qué no se lo preguntas tú? —replicó Marcel.

Karl dio media vuelta y se topó con la manada. Los animales estaban tan hambrientos que vieron en su antiguo líder una presa fácil con la que saciar el hambre.

—¡Esperad! ¿No me reconocéis? —comentó con voz suplicante. Los lobos se relamieron y comenzaron a rodearlo—. ¡Deteneos, estúpidos, me debéis obediencia! —les gritó con los brazos extendidos.

Pero el instinto animal pudo más que una amenaza vacía. Karl ahogó un grito cuando un lobo pardo le desgarró el cuello y tuvimos que apartar la vista cuando el resto de la manada se le unió al dantesco banquete.

El semblante de Marcel no expresó alegría con el fatal desenlace. A los pocos minutos, cuando ya no quedaban ni las migajas de Karl, el duendecillo habló con el nuevo macho alfa, el lobo pardo.

—El trato que un día tuvimos vuelve a estar vigente si os comprometéis a respetar las reglas de la naturaleza. —El lobo asintió con un gesto de cabeza—. En cuanto regenere esta parte del bosque, volverá a ser vuestra. Me alegra mucho volver a contar con vuestra amistad —dijo acariciando el lomo del animal.

La manada dio media vuelta y se alejó adentrándose en las penumbras.

—¡Ángelus, ayúdame! Vulcano está muy mal —le alertó Alexa, con voz urgente.

Marcel se hizo paso y se arrodilló al lado del herrero con un frasco que había sacado del bolsillo de su casaca. Luego le echó un chorro sobre la herida del abdomen y otro en la que tenía en el hombro mientras farfullaba algo en un idioma ininteligible. Vulcano exhaló un leve gemido y se quedó dormido.

—¡Ha perdido mucha sangre! —anunció el duendecillo—. Debo llevarlo cuanto antes a mi casa y reemplazar el volumen perdido con la savia del gran alcornoque. Si no...

—Pero ¿se pondrá bien? —le preguntó Alexa asustada.

—¿Saldrá el sol por la mañana? —replicó él.

Marcel fabricó una litera de emergencia con unas cuantas ramas y un poco de follaje que recogió del suelo y, tras cargar con el cuerpo de Vulcano, salió pitando con él. En un visto y no visto desapareció dejándonos con dos palmos de narices.

—¿Adónde habrán ido? —comenté asombrado.

—Al gran alcornoque, supongo —respondió Ángelus intentando seguir con la vista el rastro del duende—. No creo que nos cueste mucho dar con ese lugar, pues la magia de Marcel nos mostrará el camino.

Efectivamente, lo que hacía un momento no eran más que ramales y troncos desparramados anárquicamente por el suelo se habían convertido en una alfombra verde que serpenteaba bajo la luz de la luna.

Con los ánimos renovados, echamos a andar en pos de la casa del duende de los bosques.

Tras una hora de marcha, dejamos atrás el bosque de los lobos y nos adentramos por un camino que ascendía a lomos de una montaña. Seguíamos el rastro que había dejado el pesado paso de la camilla en el suelo. El cansancio comenzaba a hacer mella, pero los nervios por saber cómo estaría nuestro compañero nos alentaban a seguir adelante.

Ya lucía con fuerza el sol en el cielo cuando llegamos a la explanada presidida por un impresionante alcornoque, cuyo diámetro no podía ser abarcado ni entre diez fornidos hombres.

De repente, se abrió un trozo de corcho en lo alto del árbol y emergió la cabeza de Marcel.

—¡Mira quién aparece por sorpresa! —advirtió Ángelus.

—¡Bienvenidos a casa! —exclamó sonriente.

El duende posó las manos en el tronco y transformó el alcornoque en una preciosa casita de dos plantas. Había una puerta redonda para entrar y dos ventanas en la planta baja. En la planta superior había una ventana, desde la que nos estaba saludando Marcel, y una balconada repleta de geranios justo al lado .

—¿Cómo está Vulcano? —le preguntó Alexa, preocupada.

Inmediatamente, el duendecillo desapareció de la ventana y se plantó delante de ella con los brazos en jarras.

—¿Cómo crees tú que está?

La maga puso cara de sorpresa y contestó con un dudoso:

—¿Bien...?

—¿Por qué no subes a verlo? —replicó Marcel, haciendo aparecer la puerta de su casita del árbol.

Alexa echó a correr hacia el umbral y se escuchó cómo subía precipitadamente por las escaleras. Me sorprendió el gran interés que había mostrado mi compañera para ver a Vulcano, pero decidí no seguir dándole vueltas a un asunto que ni me iba ni me venía y entré, con los demás, dentro

de la casa de Marcel.

Nada más pasar a un anchuroso recibidor, no pude evitar asomar la cabeza por las dos puertas a las que tenía acceso. Una comunicaba con una amplia cocina a la que no le faltaba ni un detalle; la otra, a un acogedor salón provisto de una mesita redonda, un sofá y una cuca chimenea de piedra. A la derecha había una angosta escalera que caracoleaba alrededor del tronco.

—¿Vulcano está ahí arriba? —le pregunté a Marcel mientras intentaba imaginarme cómo se las habría apañado el duendecillo para subir por allí cargando a hombros al forjador.

—¿Por qué no lo comprobamos? —replicó él, con ojillos pillos.

Subimos en fila india, siguiendo a Marcel, hasta que llegamos al distribuidor de la planta superior. Me sorprendió el enorme tamaño de aquella estancia, iluminada por la luz que entraba por la ventana, y que solo comunicaba con una puerta que había en el otro extremo del pasillo.

—¿A qué esperáis? ¡Pasad! —exclamó el duende con un gesto.

Tuve la desgracia de encabezar la comitiva. Nada más abrir la puerta sorprendí a Alexa, en el borde de la cama, besándose apasionadamente con Vulcano. En cuanto se percató de que la estaba mirando, se sentó rápidamente y echó la mirada hacia el balcón. Me quedé paralizado, a un lado de la puerta, mientras pasaban mis compañeros. Ángelus me dio una palmadita de ánimo en el hombro cuando pasó por mi lado.

—Gracias, Marcel —musitó Vulcano al ver aparecer al duende por la puerta.

—¡Vaya bribón! Esta madrugada estabas medio moribundo y en cambio ahora... ¡Festejando con tu palomita! —exclamó con un aspaviento—. Pero no te vengas arriba tan rápido. Todavía estás muy débil y debes descansar.

Vulcano tenía las mejillas sonrojadas y los brazos le sobresalían por encima de las sábanas, dejando a la vista el apósito de hojas de sauce que le tapaba la herida del hombro. En cuanto nos vio, alzó la mirada y nos saludó con un tímido gesto antes de quedarse dormido en su mullido colchón.

—¿Se pondrá bien? —se interesó Alexa.

—¿Por qué no acompañáis a Hugo a la cocina y preparáis algo para almorzar mientras le hago la cura a Vulcano? Y tú también; Alexa, ya me has distraído suficiente al convaleciente —le riñó, cariñosamente, el duende.

De buena gana abandoné la habitación y bajé las escaleras a toda prisa para refugiarme en la cocina. Lo cierto es que no tenía hambre y, como no tenía ganas de quebrarme la cabeza, puse en el fogón a calentar una sartén para

preparar una gigantesca tortilla con el par de huevos de avestruz que encontré en la alacena.

Al rato llegó Marcel y me quitó, de un empujón, de los fogones.

—Pero ¿qué haces? —rezongué.

—¿Qué clase de almuerzo es este? —me soltó mientras tiraba directamente el contenido de la sartén a la basura—. Vosotros, id tirando para el comedor y tú quédate conmigo, Hugo. ¡Tenemos que hablar!

—Yo...

—¡Déjate de pamplinas! Te creía más capaz —dijo mientras descolgaba de la pared un par de sartenes—. ¡Venga, saca los trastos para preparar la mesa! Los platos están en ese armario, los cubiertos en ese cajón de abajo, los vasos en el estante de arriba y las servilletas ahí..., ¡sí, esas, tarugo! Pero ¿es que no las ves? —terció el duendecillo señalándolas con el dedo.

—Yo...

—Disculpa mis modales. Cuando tengo hambre, me pongo de un humor de perros —me interrumpió nuevamente, aunque suavizando el semblante—. Y vosotros ¿qué hacéis ahí parados? ¡Al comedor, a poner la mesa! —les ordenó mientras ponía al fuego las sartenes.

Marcel comenzó a cocinar con una velocidad que apenas tuve tiempo para ver lo que estaba haciendo. De pronto, llenó un plato con un salteado de setas, otro con panceta y uno más chorizos y huevos fritos y, sin darme ocasión de reaccionar, abrió la puerta del horno y metió una hogaza de pan al tiempo que sacaba un cochinito asado.

Aproveché que se había parado un momento para preguntarle:

—¿Llevas mucho tiempo en este bosque?

—¿Te gusta hacer preguntas impertinentes? —refunfuñó sin mirarme a la cara.

—No quería importunarte, pero es que me intriga una cosa y...

—¡Dispara! —comentó, plantándose delante de mí con los brazos cruzados en el pecho—. ¡Va, que es para hoy!

—Parece que el bosque y tú estáis conectados de una manera especial, como si esa unión estuviera más allá de la magia. Quiero decir —carraspeé al ver que estaba frunciendo el ceño— que tengo la sensación de que tú formas parte del bosque como el bosque forma parte de ti.

El duendecillo sonrió.

—¡Me sorprendes, amigo! De hecho, no dejáis de sorprenderme todos vosotros. Pero ¿quién no se relaciona con su entorno? —meditó a la vez que

sacaba unas truchas de la sartén— La magia en sí no existe, es trivial si no se interacciona con el medio y se entiende que este también vive en nuestro interior. En la amistad radica vuestra fuerza, si no..., ¿cómo, si no, habríais sobrevivido a un pasado tan lleno de dolor? —comentó enigmáticamente—. Pero, hasta que no halléis la conexión que os une con el entorno, no seréis invencibles. ¡Ahí se esconde el gran misterio! Con este discurso —dijo, probando con un cucharón el contenido de un puchero que no había visto poner al fuego— solo pretendo darte una explicación coherente en respuesta a tu anterior pregunta. Yo llevo en este bosque el mismo tiempo que llevas tú sin saber quién eres, maese Hugo.

Marcel sacó el pan del horno y se secó las manos con un paño de cocina.

—No entiendo...

—Ni lo entenderás hasta que descubras tu verdadera naturaleza —precisó mientras se rascaba el entrecejo con el dorso del cucharón.

—¡Eso no es cierto! ¡Sé perfectamente quién soy! —aseveré.

—¡Bobadas! —dijo derramando la sopa en una sopera—. Que sepas quién es tu padre no te cura de tu ignorancia. Sé que has percibido la llamada del bosque y que la has desoído como tantas otras veces has hecho, tal vez por miedo o quizás porque temes no encontrar aquello que piensas que eres, pero ¿quiénes somos para juzgarnos a nosotros mismos? —exclamó antes de darme un golpe de cuchara en la frente—. La historia nos juzgará por nuestros actos, no por lo que seamos, y, mientras no te entre eso en tu dura mollera, seguirás siendo un necio inteligente, un ciego con ojos y un sordo con oídos. ¿Me pillas?

—¿Y qué debo hacer? —le pregunté desesperado.

—¿Y a mí me lo preguntas? —dijo lazándome otro cacharrazo, que esta vez frené con la mano—. ¡Ves! Ya comienzas a ver y, en cuanto pruebes mi vino de savia, igual empiezas a oír —añadió con un guiño—. Pero ¿qué haces mirándome como un búho? ¡Saca las bandejas al comedor!

—¿Al comedor? —exclamé al recordar el tamaño de aquella sala.

Marcel me amenazó con el cucharón y fui desfilando con un par de bandejas al comedor. Para mi sorpresa, mis compañeros estaban sentados alrededor de una larga mesa y las proporciones de la estancia parecían haberse adaptado a las personas que albergaba. Poco a poco empezaba a entender cómo funcionaba la magia en aquel lugar.

Acabé de colocar las viandas en la mesa y fui a buscar al duendecillo. Lo cierto es que la charla con Marcel me había hecho olvidar lo que había

sucedido en la habitación y, cuando volví a encontrarme cara a cara con Alexa, pude actuar con normalidad. Eso me hizo sentir bien.

Comimos hasta quedar bien hartos y acompañamos la comida con una bebida muy refrescante, que tenía un ligero toque de alcohol y que Marcel nos presentó como vino de savia.

—El secreto de su elaboración no os lo puedo desvelar pues forma parte de mi inherente esencia —dijo antes de que me atreviera a preguntar.

Después del almuerzo, Marcel subió con Alexa a ver al convaleciente Vulcano, pues la maga quiso saber cómo lo había sanado por si tenía que aplicar el mismo remedio en el futuro —o eso quiso que creyéramos—, y nos dejaron a los demás la gratificante tarea de recoger la mesa y fregar los platos. Ángelus instó a que las chicas se fueran a descansar un rato para asaltarme a preguntas mientras retirábamos las cosas de la mesa.

—Yo no tiraré la toalla, Hugo. Mi hermana no sabe lo que quiere y lo de Vulcano es tan solo un amor pasajero —señaló al tiempo que dejaba los platos en el fregadero.

—Y tú sí sabes lo que ella quiere, ¿verdad?

—¡Pues claro que sí! —insistió él—. Estáis hechos el uno para el otro, pero todavía no has sabido tocar la tecla correcta.

—¡Habló el músico! —resoplé abriendo el grifo—. Para ti ha sido muy fácil, entre Lizbeth y tú hubo un flechazo directo. Pero ¿qué hago siguiéndote el juego? Yo soy feliz viéndola feliz y, si su felicidad está ligada a Vulcano, me alegraré mucho por ella. Bueno, por los dos. ¡Tú ya me entiendes...! —dije alzando la vista—. Pero ¿de qué te ríes? —Ángelus quiso disculparse, pero solo consiguió que le diera un ataque de risa—. ¡Lárgate de aquí! Ya lavo los platos yo —le solté, echándole de la cocina.

Comencé a fregar los trastos y, al rato, escuché un ruido a mi espalda que me exacerbó.

—¿Ya estás otra vez aquí? Te he dicho que me importa un bledo lo que haya entre Alexa y... —dije, dándome la vuelta.

Casi me da un pasmo cuando vi en el umbral a Alexa, plantada con los brazos cruzados.

—¿Así que eso es lo que piensas?

—No me pidas explicaciones, yo no te las estoy pidiendo a ti —resolví, volviéndome a centrar en los platos.

—No es eso lo que parece, Hugo —advirtió, poniéndose a mi lado—. He decidido dejarme guiar por mi corazón, como me aconsejó Amanda, y por esa

razón he besado a Vulcano. ¿Te parece mal?

Dejé el estropajo en el fregadero y me enjuagué las manos con agua limpia.

—Haz lo que te parezca, que no voy a juzgarte por ello, pero yo ya estoy cansado de jugar a este juego —dije mientras me secaba las manos con un paño—. Lo único que sé es que, si no paso página, voy a sufrir y no quiero volver a pasar por ello, ¡de verdad! Te deseo lo mejor, lo sabes, y ojalá encuentres el amor, ya sea con Vulcano o con otra persona. Pero no me pidas que te espere eternamente, pues no creo que me merezca un trato así.

—Yo...

En ese momento entró Marcel en la cocina.

—¿Es que no se puede estar tranquilo en ningún sitio? —refunfuñé.

El duende arrugó el morro y me soltó:

—¿Aún está todo así?

Le tiré el paño a la cara y aproveché que el duendecillo se dedicaba a poner orden para salir de la casa a airear mis pensamientos.

Me puse a la sombra del alcornoque y saqué la pipa para ver si fumando se me iba la melancolía pero, al abrir la petaca, me di cuenta de que no tenía tabaco. «¡Maldita sea mi estampa!», mascullé. Guardé la pipa y me recosté en el tronco para analizar lo que había ocurrido hacía un momento en la cocina. Había dado un transcendental paso en mi relación con Alexa y sabía que lo había hecho en la dirección correcta, pero una cosa es lo que te dicta la conciencia y otra muy diferente lo que te dicta el corazón.

En esas estaba cuando el duendecillo salió de la casa y encendió la pipa chasqueando los dedos. El aroma de aquel tabaco era tan sutil y desconocido que me embriagó de inmediato.

—Marcel...

—En la despensa encontrarás un arcón de madera llena de tabaco —advirtió con un guiño—. Procura llenar la petaca, pues no hallarás otro tabaco igual en todo el universo. ¡Ah! Y, de paso, rellena también el de Ángelus.

Cuando entré en la cocina, no estaba Alexa. Me sentía mal, como si le hubiese fallado, y por un momento me arrepentí de haberle abierto la puerta a mis sentimientos. Abrí la puerta de la despensa y me agaché para abrir la tapa del arcón.

—Has hecho muy bien diciéndome lo que piensas. Me he comportado como una estúpida —balbuceó Alexa detrás de mí.

Del susto, me incorporé de golpe y me di un buen coscorrón contra el marco de la puerta de la despensa. Alexa estaba sentada en un rincón de la cocina y no la había visto al entrar. Llevaba una botella casi vacía de vino de savia en las manos.

—Veo que te has pillado una buena cogorza —dije masajeándome el chichón.

—Sí, estoy borracha, ¿y qué? Por lo menos ahora digo tonterías empujada por el vino... ¿Me pasas otra de estas, guapo? —hipó, señalando a la alacena con los ojos estrábicos.

—Creo que ya has bebido suficiente. Voy a prepararte un café.

Alexa se levantó del suelo y se dirigió tambaleándose hacia el armario. Tuve que sujetarla cuando pasó por mi lado para que no se callera de bruces y eso pareció divertirla, pues se agarró a mi cuello y se rio a carcajadas.

—Venga, siéntate aquí mientras preparo la cafetera —le comenté mientras la acompañaba a una silla.

Pero, antes de llegar a nuestro destino, Alexa me apretó contra su pecho, con una inesperada fuerza, y me besó. Rápidamente aparté la cara.

—¿¡Por qué lo has hecho!?! —me reprendió antes de soltarme una sonora bofetada.

Alcé la mirada y vi a Ángelus mirando la escena con cara de circunstancia desde la puerta. «¡El que faltaba!», cavilé. Alexa dio media vuelta y salió de la cocina sollozando. Me dejé caer en la silla y me eché las manos a la cabeza para intentar asimilar lo que había ocurrido allí. Ya comenzaba a cogerle manía a aquella cocina.

—No me sermonees, por favor —dije cuando vi que Ángelus había cogido una silla y se había sentado a mi lado.

—No pretendía hacerlo, amigo mío. Había venido a por tabaco y...

—Está en ese armario —dije señalando con un dedo—. Llena también mi estuche, anda, que me he quedado a la mitad.

El mago se levantó y, cuando llegó al armario, volteó la cabeza.

—No le hagas caso... Hiciste lo que tenías que hacer y, cuando esté sobria, te lo agradecerá. —Ángelus rellenó sendas petacas y regresó a mi lado—. ¿Por qué no salimos afuera? Hace una tarde maravillosa.

Cuando salimos, vimos a Marcel fumando donde lo había dejado. Lizbeth y Tian Shui se habían quedado dormidas en la hierba y yo también me habría quedado frito si al duende no se le hubiese ocurrido la brillante idea de que lo acompañara al bosque de los lobos para enseñarme una cosa que jamás podría olvidar.

Esta vez no me costó tanto seguirle el paso, pues me notaba como más ágil y rápido en mis movimientos.

—Es otra de las propiedades de mi vino de savia. Te revitaliza tanto por fuera como por dentro —me reveló el duende, adivinando mis pensamientos.

Al llegar al devastado bosque, percibí un profundo gesto de tristeza en el rostro de Marcel. Rápidamente mutó de talante y empezó a tocar una alegre melodía con una flauta al tiempo que se ponía a danzar entre los árboles. La

transformación fue milagrosa.

Allá donde pisaba el duendecillo, resurgía el bosque por arte de magia. De las marchitas raíces brotaban los verdes tallos que, al instante, se convertían en árboles que reemplazaban a los caídos. Así continuó, reparando cada palmo de bosque devastado al son de la música que brotaba de su flauta. En unas pocas horas, en las que apenas hizo dos pequeños descansos para ingerir un poco de vino de savia, el bosque de los lobos quedó totalmente regenerado y aderezado.

A media tarde llegamos a la casita del árbol y cuál fue nuestra sorpresa al encontrarnos a las chicas desternillándose de risa mientras Ángelus las observaba divertido.

—¡Hola, Marcel! —dijo Lizbeth con voz hiposa.

—¡Ay!, que estas niñas han tomado sin mesura mi licor —exclamó Marcel al descubrir varias jarras tiradas por el suelo—. ¡Os vaticino una buena resaca!

—Ya se lo advertí, pero no me hicieron caso —alegó en su defensa Ángelus al ver que el duende le recriminaba con la mirada.

—Pero ¡no te enfades, Marcel, que no somos tan malas! —comentó Tian Shui sin poder contener la risa—. No lo entiendo... Nunca me había afectado tanto el alcohol.

—¡Pues claro que no! Este vino no afecta únicamente al cerebro sino también a los sentidos —refunfuñó mientras recogía las jarras vacías.

—¡Ah, eso sí que no! Ya recogemos nosotras todo lo que hemos puesto por medio —anunció Lizbeth mientras intentaba levantarse del suelo.

La vidente se incorporó, pero trastabilló y se cayó de culo al suelo, provocando la hilaridad de Tian Shui.

—¡Ya me lo dirás mañana, mi señora! —replicó el duendecillo, negando con la cabeza.

Marcel se metió en la casa, murmurando secretos improprios, y me senté al lado de Ángelus a ver si tenía la fortuna de que su jarra no estuviera vacía.

—¿Dónde está ella? —le pregunté después de dar un buen trago de vino.

—Creo que con Vulcano. Lleva toda la tarde con él —dijo alzando la mirada hacia la balconada—. ¿Cómo lo llevas tú?

Negué con un gesto y engullí el resto de vino que le quedaba a mi amigo en su copa. En ese momento salió Marcel de la casa con una jarra en la mano.

—¿Nos vas a dar más? —se carcajeó Lizbeth a la vez que alzaba su copa.

—¿Más? Tómatelo de un trago y se te pasará el mareo —dijo llenándole el

vaso.

—¡Aj, está amargo! —exclamó la vidente tras darle un largo trago. Luego tuvo que contener las arcadas para no vomitar aquel brebaje, pero al instante se le cambió la cara y pudo levantarse manteniendo el equilibrio—. ¡Por todos los dioses! ¿Qué clase de brebaje me has dado? —protestó echándose las manos a las sienes.

—¿Quieres más? —Lizbeth lo atravesó con la mirada—. Solo dije que te quitaría el mareo, mi señora —añadió Marcel con un guiño—. Ahora te toca a ti.

Tian Shui se negó a engullir aquel mejunje, pero acabó cediendo ante la insistencia del duende. Al instante dejó de tambalearse sentada y recuperó un poco de color en su pálida piel.

—¿De dónde venís? —me preguntó Lizbeth.

—Marcel ha reparado el estropicio provocado por los lobos en el bosque. ¡Tendrías que ver cómo lo ha dejado!

A Lizbeth pareció interesarle mi respuesta, pues rápidamente le preguntó a Marcel:

—¿Cómo es que te dedicas a cuidar de los bosques?

El duendecillo se encogió de hombros y replicó:

—¿Cómo es que la lluvia cae del cielo? Por no preguntarte... ¿Cómo es que un oráculo me hace esa pregunta?

—No era mi intención molestarte, Marcel —se disculpó la vidente.

—Y no lo has hecho, mi señora —se apresuró a contestarle Marcel—. Lo cierto es que no sabría responderte. Me he estado dedicando a cuidar de los árboles desde que tengo uso de razón y solo sé que soy feliz haciéndolo. ¿Se necesita un argumento mejor?

—¿Y no te sientes solo? —le preguntó Tian Shui.

—¿Se puede estar solo cuándo se está rodeado de esta maravilla? —dijo esbozando una amplia sonrisa—. Amo a estos bosques, pero no puedo precisar el porqué. Siento a través del bosque y mi corazón está ligado a cada árbol, a cada semilla y a cada ser viviente que habita en él. ¡Así es mi naturaleza!

Aquella reflexión había sido tan profunda y sincera que me estremecí. «¿Por qué yo no seré capaz de sentir algo parecido?».

—¿¡Es que aquí no se come nunca!? —bramó la voz de Vulcano desde la planta superior.

Marcel se irguió, poniendo tieso su cuerpecillo y sus afiladas orejas, antes

de desaparecer de la vista. Al momento apareció por la puerta, sorprendentemente, con el forjador a su lado. Vulcano, quien parecía estar completamente recuperado, se desperezó y alzó una jarra de vino a modo de brindis. Al poco, apareció Alexa a su lado.

—¡Qué sed tengo! Anda, ponme una copita, compañero —ronroneó el forjador.

—Solo un traguito, que tienes el estómago vacío y te va a sentar mal —le advirtió Marcel.

Este hizo caso omiso y se la bebió de un trago.

—¿A qué huele ahí adentro? —exclamó el herrero, echando la vista al interior de la casa.

—¿A qué huelen las nubes? —replicó el duende.

—Creo que es pavo rustido —aventuré afinando el olfato.

—No, es faisán al horno con patatas y verduritas del bosque. ¿Nos vamos a cenar? —respondió Marcel dando unas palmadas—. Esta noche veremos la estrella. Lo prometido es deuda.

Con tanto vaivén de emociones se me había olvidado el tema de la estrella y la esmeralda fulgurada. Acompañamos al duendecillo al salón y degustamos una comida que, si cabe, era aún más exquisita que la que tomamos en el almuerzo. Marcel nos sorprendió con una suave cerveza de savia, aunque para las chicas únicamente les ofreció agua que manaba del mismo alcoroque, milagrosa para la resaca, según él.

Después de saciar el apetito salimos afuera para ver el anochecer. Unas algodinosas nubes se interponían entre los postreros rayos de sol que teñían de rojo el cielo.

Vulcano salió en ese momento de la casa del árbol dándose unos golpecitos en la pancha.

—¡Oh, creo jamás había comido tan bien! ¡Me siento como un toro! —comentó mientras se sentaba en una robusta raíz que sobresalía del suelo, justo al lado de Marcel.

—¡Deberías sentirte como un joven fresno! Has ingerido la comida de cuatro hombres y has bebido más savia de alcoroque que yo mismo, que ya es decir —añadió el duende.

El forjador apoyó la mano en la pierna de un sorprendido Marcel y le comentó:

—Todavía no te he agradecido lo que has hecho por mí. Soy un hombre brusco y terco en palabras y sé que tú y yo no empezamos con buen pie, para

variar, pero ahora he contraído una deuda contigo que no sé si podré saldar algún día. ¿Podrías perdonar la necedad de este patán?

El duendecillo acogió con una complaciente sonrisa aquel gesto y respondió, como no podía ser de otra manera, con una pregunta.

—¿Qué hay que perdonar? —Luego alzó la vista al cielo y agregó pensativo—: Vi cómo te enfrentabas valientemente a cuatro lobos para salvar a Tian Shui y cómo luchaste hasta el último momento para no desfallecer y ayudar a tus compañeros —añadió posando la vista en él—. Tu corazón es noble y yo también debo disculparme por haberte prejuzgado sin apenas conocerte. ¿Podrás perdonarme, maese Vulcano?

El herrero achuchó a Marcel con su hercúleo brazo y respondió:

—¿Qué hay que perdonar? ¡Me has salvado la vida, amigo mío!

El duendecillo se secó una lagrimilla que brotó de la emoción y se puso en pie de un salto.

—¡Ha llegado la hora! Pronto descenderá la estrella del cielo y debemos desvelar qué la hace sufrir.

Marcel se metió las manos en los bolsillos y, antes de que pudiéramos reaccionar, perdimos su estela, engullida por el bosque.

6

A lcanzamos a Marcel en un cruce de caminos. El duendecillo estaba risueño y, a partir de ese momento, caminó mucho más lento, tanto que no nos costó seguirle el paso. El bosque se iba iluminando a medida que aparecían las estrellas en el cielo y, además, en cuanto se sumó la luna pudimos caminar entre los árboles con total claridad.

Marcel recitaba unos versos en una extraña lengua que me hacía evocar épocas en las que el bosque era joven y el mundo se regía únicamente por los designios de la naturaleza.

Finalmente llegamos a un claro y el duende se detuvo al lado de un viejo roble.

—Ya casi es la hora —susurró alzando la vista al cielo.

Alcé la mirada y perdí la vista entre los millones de estrellas que lucían en la noche, y la vi. En un principio creí que se trataba de una estrella fugaz, pero esta varió el rumbo y descendió precipitadamente hacia el lugar en el que nos encontrábamos. La luz me cegó por un instante pero, al volver a mirar, encontré la silueta de una mujer sentada en uno de los ramales del roble.

Su tez era brillante y unos mechones dorados le resbalaban por los hombros dorados que le tapaban parcialmente el escote de su vestido *champagne*. Rodeando uno de sus desnudos tobillos apareció un fino cordel de oro que la unió al ramal. Su mirada era triste.

Sin hacernos caso, acurrucó en el tronco del roble antes de musitarle: «¿Dónde estará el alma de mi amado, que nunca puedo hallar?».

Sorprendido, miré a Marcel, pero este había desaparecido sin dejar huella. Iba a preguntarles a mis compañeros si la habían escuchado hablar, pero percibí un destello que me hizo alzar la mirada. La estrella me estaba mirando, con sus penetrantes y relucientes ojos grises, y creí que mis pies habían echado raíces en la tierra cuando la vi descender el roble.

—Hugo, ¿eres tú? —Intenté hablar pero no me brotó la voz. La estrella descendió del roble y me cogió de las manos, radiante de felicidad—. ¡Por fin han escuchado mis súplicas los dioses! No sabes cuánto tiempo he estado

esperando una señal... pero ¿qué haces tan callado? ¿Es que ya no te acuerdas de mí? —musitó entristeciendo el semblante.

—¿Cómo podría olvidarme de ti, si fuiste mi salvación? Te buscaba cada una de las noches de mi cautiverio para que me alejaras de mis penas con tu alegre vitalidad —dije con voz temblorosa—. ¿Cómo olvidarme de aquellos lejanos mundos que gracias a ti pude contemplar? ¿Cómo olvidarme de las interminables horas que pasaba contándote las historias de amor que tanto te gustaba escuchar? No, mi señora, sería incapaz de olvidar a la estrella que alumbró mi pesar.

Mis compañeros miraban aquella escena como si estuvieran soñando.

—¡A ver si me aclaro! —terció Vulcano arqueando las cejas—. ¿Ya os conocíais vosotros dos? Pero ¿cómo?

—¡Uy, qué torpón soy! Te presento a mis compañeros de viaje. Ellos son Alexa, Lizbeth, Tian Shui, Ángelus, Vulcano y... —busqué con la mirada a Marcel pero no lo hallé—. ¡Bueno!, falta nuestro duendecillo de los bosques, que no sé dónde se habrá metido esta vez. Ella es Aurora, la estrella que me ayudó a no caer en la locura durante las largas noches que viví encerrado en el pétreo cuerpo de una gárgola. Gracias a ella se mantuvo viva mi esperanza de volver a recuperar la libertad —le expliqué.

—Estoy encantada de conocerlos —señaló Aurora, iluminándolos con la mirada—. Debo confesar que Hugo también cambio mi vida —prosiguió mientras me acariciaba las mejillas—. Hasta que te conocí, solo miraba a los humanos con desdén, no entendía cómo los dioses les habían dejado un mundo maravilloso a unos seres tan egoístas y codiciosos, pero tus ojos me hicieron descubrir otros sentimientos que jamás creí que podría albergar el alma humana. Conocí la bondad, la nobleza y, sobre todo, el amor. ¡Cuánto amor rebotaba tu mirada a pesar del dolor que te había causado! —comentó emocionada—. Por esa razón acudía cada noche a verte. Quería entender por qué las personas podían sucumbir ante un poder tan ardorosamente frío y tan dulcemente doloroso, capaz de destruir y de crear al mismo tiempo. Entonces comprendí que el amor era el verdadero legado que habían dejado los dioses a la humanidad y, desde ese momento, anhelé sentir algún día algo así. Pero ¿quién sería capaz de enamorarse de una estrella? La respuesta la hallé en este mismo lugar —dijo con un intenso brillo en la mirada.

—¿Encontraste el amor, Aurora? ¿Por eso dejaste de venir a verme? —le pregunté con un nudo en la garganta.

La estrella alzó la vista y señaló a hacia un punto del firmamento.

—Desde ahí arriba todo se percibe diferente; puedes ver tantos mundos y tanta belleza que te es imposible alcanzar... Pero esa es la gracia y la maldición que tenemos las estrellas, percibir con todos los sentidos lo que ocurre en cualquier lugar del universo y poder viajar por el espacio-tiempo adónde nos lleve el corazón. Una noche sentí una vehemente llamada en forma de canción —declaró echando la mirada hacia el roble—. Su voz era melodiosa y el sentimiento que emanaba de su alma era tan bello y repleto de amor que me quedé prendida irremediabilmente de lo que decía. Cantaba a las plantas, al agua, al cielo, a la tierra y... a una estrella; ¡cantaba para mí! —dijo antes de entonar—: «Para ti, estrella, cuyo brillo encandila mis noches y cuya belleza seduce a mi soledad. Nadie como tú realza lo bello ni existe una joya que supere tu beldad, pero ¡qué cruel llega a ser el destino que no se me permite que te pueda tocar! ¡Ojalá pudiera acariciar tus cabellos de oro y templar mi alma con tu dulce fulgor! Solo así podría alejar de mí la tristeza y contigo por siempre brillar» —concluyó apagando el brillo de su voz—. Así fue como conocí al hombre que me arrebató el corazón, y tan profundo fue el sentimiento que generó en mis entrañas que una diosa escuchó mis plegarias y me concedió el don de convertirme en una mujer para pudiera conocer a mi amor. ¿Puedes imaginarte lo que sentí la primera vez que vi mi reflejo en el agua y me contemplé por primera vez como una mujer? —señaló al tiempo que su cuerpo empezaba a destellar—. Fue la noche más maravillosa de mi vida y mi primer encuentro con él fue tan natural que nos enamoramos nada más vernos. Pero todo sueño tiene un final y aquel se me reveló muy amargo. ¡No quería despertar! —Aurora se quedó callada, con el semblante totalmente compungido.

—Pero entonces... ¿qué pasó? ¿No lo volviste a ver? —le pregunté tomándola por las manos.

—El hechizo solo duraba una noche. Cuando le rogué a la diosa que estaba dispuesta a renunciar a todo por convertirme en una mujer, ella accedió, aunque me puso como única condición que quería asegurarse de que el hombre al que amaba era merecedor de mi amor. ¡Nunca imaginé que pudiera sentirme tan feliz! Pero mi felicidad se truncó de la forma más cruel —anunció cabizbaja—. No entiendo qué debió ocurrir entre la diosa y mi amado, pero debió ser algo horrible, pues a él lo condenó a vivir recluido en el interior de este roble y a mí pasar todas las noches a su lado, sin poder disfrutar de él. ¿Puedes imaginar un peor suplicio, Hugo?

«¿Qué clase de diosa podía infligir tan injusto castigo?», pensé sintiendo

cómo se me encogía el corazón.

—¡Eso es una aberración! —exclamó Alexa—. Seguro que habrá una forma de romper esa maldición; ¿verdad, Ángelus?

El mago la miró sorprendido.

—¿Puede ser eso cierto? —profirió Aurora acercándose a él.

La estrella no pudo continuar avanzando, pues se lo impidió el cordel de oro que se hallaba atado al tobillo.

—Buscaremos una solución, pero no puedo prometerte nada —advirtió Ángelus mientras inspeccionaba el cordón de oro—. Percibo una magia muy peculiar, una mezcla de magia ancestral y una fuerza oscura que no alcanzo a interpretar.

Miramos al mago con asombro, pero la seguridad que transmitía su semblante no daba lugar a dudas.

—¿Estás seguro de ello? —le preguntó Lizbeth.

—Esa magia procede del Caos, pero no del que conocemos —advirtió Alexa tocando el cordel—. Yo creo que se trata de una nueva fuente de poder, quizá originaria del Caos pero que se ha transformado hasta convertirse en una magia salvaje e indómita. ¿No había una señora del Caos que renunció a luchar con sus hermanos en la gran guerra?

—¡Magnolia! —susurré.

Ya sabíamos quién podría ser la causante de aquella maldición, un ser con el temperamento y el carácter necesario para hacerlo. Pero ¿seríamos capaces de convencerla para que diera marcha atrás?

—¿Y a qué esperamos para encontrarla? —exclamó Vulcano mostrando su perfecta sonrisa.

—Yo no me haría tantas ilusiones —alegó Tian Shui, con su seco talante—. Si el encantamiento lo ha pronunciado Magnolia, dudo mucho que vayamos a anularlo. Nadie ha podido domarla, ni siquiera Horus consiguió que participara como uno de los miembros del Cónclave que se organizó después de la gran guerra.

—¡Eso no lo sabremos hasta que hablemos con ella! —agregué con optimismo—. Lo que no sé —dije rascándome la barbilla— es cómo conseguiremos encontrarla.

—Es la diosa de la naturaleza, ¿no? No creo que sea difícil dar con ella en este lugar —advirtió Alexa mirando a su alrededor.

—¡No sabéis lo que os agradezco vuestro gesto, amigos! Espero poder pagaros algún día lo que estáis haciendo por mí —advirtió Aurora

emocionada.

—Quizás puedas hacerlo ahora —terció Vulcano con una sagaz mirada—. ¿Sabes dónde podemos encontrar la esmeralda fulgurada?

La estrella sonrió.

—Desde que los dioses nos pidieron que concentráramos nuestra energía en ella, no la he vuelto a ver, pero sé que se encuentra en este lugar. Percibo su energía, aunque no os puedo precisar más —dijo echando la vista a su alrededor.

—¡Bueno, pues ya tenemos dos cosas qué hacer! Y puedes estar tranquila, mi señora. Tu caso está en las mejores manos, ¿a qué sí, chicos? —proclamó Vulcano con su habitual pedantería.

—¡Para el carro, amigo! —atajó Ángelus—. Antes de nada, me gustaría que Aurora nos explicara con pelos y detalles lo que pasó el día en que Magnolia la hechizó y Alexa tendrá que interpretar la magia ancestral que utilizó la diosa de la naturaleza, pues solo así tendremos una oportunidad de seguirle el rastro y tal vez convencerla para que revierta su maldición.

Poco antes de que llegase el alba, nos despedimos de la estrella con la promesa de que nos personaríamos en el roble en cuanto volviera a anochecer para anunciarle el avance de nuestras investigaciones.

Tomé las manos de Aurora con fuerza e intenté transmitirle toda mi fuerza mientras ella me regalaba la más brillante de las sonrisas.

—No vemos esta noche, mi señora, y, con un poco de suerte, ambos podremos presumir de haber alcanzado nuestro sueño.

—¡Ojalá sea así, Hugo! —musitó ella.

Vulcano la ayudó a subir a la rama del viejo roble y la dejamos aferrada a su verdadero amor antes de regresar a la casita de Marcel.

Llegamos al alcornoque por la mañana. Se nos había hecho muy larga la caminata, sobre todo porque ya llevábamos muchas horas sin dormir y no habíamos probado bocado desde la tarde anterior. Sin embargo, al acercarnos a la casa-árbol y llegarnos el dulce aroma a panceta asada, presagié un buen desayuno antes del merecido reposo. Allí nos encontramos a Marcel, sentado en la puerta, con una carita sonriente y una humeante pipa en los labios.

—¿Dónde diablos te has metido? —le pregunté.

—¿Quién te crees que se ha pasado horas preparándolo todo para que podáis descansar? —respondió el duende mientras se levantaba con una cabriola—. ¿Qué tal os ha ido con la estrella?

—Ya que te has tomado tantas molestias con el almuerzo, ¿por qué no te lo contamos mientras comemos? —replicó Vulcano.

Ayudamos al duende a preparar la mesa y le relatamos lo que había ocurrido con Aurora. Marcel escuchó la historia con sumo interés y, tras el almuerzo, salimos de la casa a tomarnos un café. En ese momento me percaté de que el duende había montado seis hamacas entre las ramas del alcornoque.

—¿Así que la estrella se llama Aurora? ¡Qué bonito nombre! —comentó Marcel, con los ojillos brillantes—. Y ¿por qué creéis que es Magnolia la responsable de su maldición? Yo la conozco y es una mujer muy amable y buena, tal vez peque un poco de impulsiva, sobre todo si se la contradice o se le pone de mal humor —resolvió, más locuaz que de costumbre.

Miramos a Marcel asombrados.

—¿Tú la conoces? —le preguntó Lizbeth, abriendo sus preciosos ojos de par en par.

—¿Habéis visto dónde estáis? —alegó el duendecillo arqueando las cejas—. Esta dimensión está regida por la magia de la naturaleza en cada árbol, en cada arroyuelo, en cada flor... Su poder rezuma en cada palmo de estos bosques.

—Entonces, ¿sabes dónde encontrarla? —le inquirió Tian Shui.

—¿Sabes si lloverá? —replicó el duende mirando al cielo—. Eso, amiga mía, dependerá de la Magnolia con la que tengamos que lidiar, pues como diosa de la naturaleza tiene dos caras bien diferenciadas: una es amable, como las tibias tardes de verano, y la otra es terrible, como la colérica fuerza de un huracán. Pero ¡no pongáis esa cara! Magnolia será muchas cosas, pero no rencorosa ni vengativa.

—Parece ser que la conoces muy bien —advirtió Tian Shui—. ¿Sería posible que pudiéramos prepararnos una cita con ella?

—¿Por qué no se lo preguntas tú misma? —señaló Marcel poniendo ojos pillos.

Al instante, una brisa aterciopelada acarició las copas de los árboles, transportando un fresco aroma a azahar, y por el sendero apareció una mujer vestida con un corto y escotado vestido verdoso que realzaba su bronceada y moldeada silueta. Su melena era negra y salvaje y su almendrada mirada avellana era tan penetrante que creí que podría desnudarme el alma con solo mirarme. Había algo en su porte y sus facciones que me recordaron a Apofis, pero su talante no me pareció tan agresivo.

La diosa se nos acercó comiéndose una manzana mientras nos hacía una meticulosa inspección visual.

—Pero ¡mira quiénes están aquí! —exclamó con una melodiosa voz—. Mi bienhadado Marcel y una bella y noble comitiva formada por príncipes, semidioses e ilustres sacerdotisas, servidores todos de la Luz. La verdad es que me siento alagada al haber sido reclamada por tan ilustres personajes, pero mi tiempo es oro y no creo que lo que vaya a escuchar me ayude a rentabilizarlo —añadió arrugando la nariz—. Así que vayamos al grano... ¿Qué queréis de mí?

Marcel le hizo una pequeña reverencia y respondió:

—Mi amada Magnolia, su humilde y fiel servidor...

—Espero que no me halláis citado para adularme con empalagosas y serviciales palabras —replicó la diosa, tirando los restos de la manzana al suelo.

Vulcano fue el encargado de retomar la palabra.

—Mi señora, ni las más generosas descripciones de su persona hacen gala a lo que ven mis ojos y...

—¿Acaso no hay nadie aquí que sea capaz de hablar sin intentar lisonjearme? —atajó mirándome a mí.

Por un momento su mirada me intimidó y me dejó helado, no en vano

estaba delante de una señora del Caos, pero, al recordar lo que le había hecho a Aurora y a su amado, sentí cómo me dominaba el peso de la justicia expulsando cualquier atisbo de temor.

—No creo que te hayamos insultado al tratarte con la consideración y el respecto que te mereces, ni que mis compañeros sean merecedores de tan recias palabras, mi señora; pero, como nuestro tiempo también es muy valioso, no me andaré por las ramas —añadí poniéndome de pie—. No somos nadie para juzgar los actos de una diosa, pero tampoco mereceríamos el respeto de nadie si no defendiéramos una causa justa, por mucho que le pesase a quien lo tuviera que oír. Te hemos llamado para hacer justicia y pedirte que repongas el mal que en su día le hiciste a dos seres inocentes —declaré sin dejar de mirarle a la cara.

Magnolia sonrió, mostrándome sus marfilados dientes.

—¿Me gustas! ¿Cómo te llamas, fiel servidor de Horus?

—Hugo, mi señora —respondí intentando relajar también la pose.

—Puedes tutearme, Hugo; a fin de cuentas, estoy delante del señor de la Tierra y rey de los señores de la Guerra, ¿no es así? Sin desmerecer a tan ilustres acompañantes —añadió, mirándolos sin acritud—. Magnolia es mi nombre de nacimiento, pero desde hace mucho tiempo adopté el de Natura, que me gusta mucho más.

Que nos tratara ahora con tanta diligencia me incomodó pero, como Marcel nos había advertido del talante cambiante de la diosa, preferí no perder la oportunidad de relatarle sin paños calientes el asunto de la estrella.

—Natura, te hemos llamado porque...

—¿Crees que no sé lo que me vais a pedir? —apuntó frunciendo los labios. Aquel cambio en su talante me puso en alerta, pero inmediatamente suavizó de nuevo el semblante y apuntó—. Reconozco que me habéis impresionado gratamente. Huelga decir que no es la primera vez que sé de vosotros; la fama os precede y os honra. Sin embargo, no pretendáis propasaros inmiscuyéndoos en una historia que solo me produce dolor, no sea que desatéis la furia que se esconde en mi interior.

Alexa se le acercó y con un tono dialogante le explicó:

—Entiendo tus sentimientos, Natura, pero...

—¿¿Cómo vas a entender mis sentimientos si eres incapaz de interpretar los tuyos!? —la cortó con los ojos encendidos.

—No te puedo quitar la razón pero tampoco dártela. No entiendo de amor porque tal vez nunca me he enamorado —insistió Alexa aguantándole la

mirada—, pero sí sé lo que es amar y, cuando se ama, no se destruye. ¡Piénsalo! Ni el odio ni la ira te han apaciguado el dolor de un amor no correspondido, ¿verdad? —aseveró mordiéndose el labio—. ¿O acaso eres más feliz martirizando a dos seres que se aman?

Magnolia la miró con desdén y, por un momento, pensé que explotaría su lado más salvaje. No obstante, al instante se le dibujó una sonrisa en los labios y suspiró, como con alivio.

—Marcel, ¿no tendrás a mano un poco de ese exquisito vino de savia que destilas?

—¿No me conoces, Natura? —dijo él, haciendo aparecer una jarra y una copa en las manos.

El duende derramó una generosa cantidad de licor en la copa y Natura se la bebió de un trago. Fue increíble la transformación que se produjo en su fisionomía. Parecía haber rejuvenecido varios años, la piel se le puso más sonrojada y tersa y la mirada más cristalina.

—No se puede negar que sois unos magníficos mediadores —dijo con otro suspiro—. No entiendo cómo los celos han podido cegar con tanta vehemencia mi voluntad ni cómo una niña virgen ha sido capaz de abrirme los ojos y liberarme de mi dolor. Espero que algún día seas capaz de ver tus sentimientos tan claros como los estoy viendo yo —añadió mientras le acariciaba la mejilla—. Hoy debo reponer el mal que un día hice. En cuanto llegue la noche daré por finalizada una época llena de innecesario sufrimiento. Os espero en el viejo roble al anochecer.

Natura dio media vuelta y se alejó por el sendero por dónde había aparecido hasta que, con un soplo de aire fresco, se desvaneció.

Al instante Marcel sacó la flauta y comenzó a bailar al son de una alegre melodía. Vulcano se unió al baile, quitándole la jarra de vino de savia de las manos, y de repente todos empezamos a bailar. En uno de los lances coincidí con Alexa y, al cruzarnos las miradas, supe que nada ni nadie podría doblegar el poder de nuestra amistad, ni tan siquiera el amor.

Después de almorzar nos echamos en las hamacas a descansar. Me quedé profundamente dormido nada más apoyar la cabeza en la lona y descansé de un tirón hasta que desperté sobresaltado con el estruendo de un sartenazo. Tenía un pulsátil dolor de cabeza, que me hizo recordar los excesos con el vino de savia, y al alzar la vista al cielo entreví, entre las hojas del alcornoque, que debía estar bien entrada la media tarde.

—¡Venga, dormilones, que la merienda no puede esperar! —anunció Marcel con otro sartenazo antes de desaparecer por el umbral.

El duende tuvo que reponer varias veces las jarras de néctar de savia y las bandejas con tostadas y mantequilla. Cuando le preguntamos de dónde sacaba las provisiones, nos respondió: «Quién siembra, recoge, ¿no? Pues eso». Lo cierto es que el descanso nos vino de maravilla, aunque también influyó lo atento y cariñoso que estuvo Marcel en todo momento; a todo nos respondía con una amplia sonrisa, incluso cuando se puso a llover.

Con el atardecer pusimos rumbo hacia al viejo roble acompañados por el olor a pinaza, musgo y tierra mojada. El paisaje que mostraban los frondosos bosques era espectacular. Se habían acentuado las tonalidades verdes y marrones de los árboles ofreciéndonos una sensación de extrema libertad. «¡Cómo se nota que Natura vuelve a ser feliz!», pensé embargado con tanta belleza.

Estaba tan distraído disfrutando del paseo por el bosque que no fui consciente de que habíamos llegado a nuestro destino hasta que no escuché una melodiosa voz que aclamaba:

—¡Bienvenidos a mi reino, *hijos de la Luz!*

Magnolia se había convertido en una jovencita de belleza salvaje. Llevaba un lazo verde en la frente, que recogía su larga melena azabache, y se había puesto un vestido esmeralda que realzaba el tono moreno de su piel y el brillo de sus ojos avellana.

Todavía quedaba un rato para el anochecer y nos sentamos al pie del viejo

roble para contemplar la puesta de sol.

—Natura, ¿conoces los planes de tus hermanos, verdad? —le preguntó Ángelus, con cautela.

—Hace tiempo que no tengo noticias de ellos, pero sé lo que pretenden. Ahora bien, antes de que intentes convencerme de que me posiciono en el bando de la Luz, quiero que me respondas sinceramente a una pregunta: ¿no se merecen los mortales un escarmiento por todo el mal que han hecho? Porque no fue el dragón negro, ni siquiera Apofis, el responsable de la capacidad de destrucción de los mortales ni de las ansias de poder que muestra la naturaleza humana —declaró con una dura mirada—. No siento compasión alguna por el destino de la humanidad, Ángelus. ¡Ellos se lo han buscado! —sentenció.

—¿Estás segura de ello? ¿Quién inculcó el odio en los mortales? —le recriminó el mago.

—Estás muy equivocado. Todos tenemos luces y sombras, bueno, ¡casi todos! —precisó posando la vista en él—. Y Apofis actuó siguiendo los dictámenes de su naturaleza, no le quedaba otra opción. Pero los mortales ¡sí que la tuvieron! Así que no echemos la culpa de todos los males que asolan al mundo únicamente a los señores del Caos.

—¿Y qué sentido tiene entonces provocar la guerra? —razonó Tian Shui, visiblemente enfadada.

Magnolia la miró fijamente a los ojos y respondió.

—¡Conseguir el poder! ¿Aún no os habéis dado cuenta de que todo el conflicto entre el Orden y el Caos se reduce a una lucha de poder? ¿Y quién establece los ciclos de poder? El más fuerte —advirtió con contundencia—. No seamos ingenuos. Solo las guerras resuelven ese enigma y ambos poderes se necesitan, por muy antagónicos que sean, y el orden universal exige que haya ciclos de poder. La Luz ha tenido un largo ciclo de reinado, no le culpemos a la Oscuridad de reclamar ahora el suyo.

—¿Y es eso lo que tú quieres? ¡Que destruyan toda esta belleza! —señaló Alexa.

—Todo lo que muere, renace, pequeña. Ese es el ciclo natural de las cosas y el caótico orden que debe imperar en el universo. Pero no, no me gustaría que sucediera eso —comentó con tristeza—. Ya sabéis que mi naturaleza tiende al Caos pero, a diferencia de mis padres y de mis hermanos, soy la única que ha sabido entender que debe existir un equilibrio entre ambas fuerzas. Por esa razón pienso que ser imparcial es una postura que equilibra

mi conciencia con mi esencia. Como creo que esa es la postura más justa, ahí es donde me voy a mantener. ¿No reclamabais justicia? —apuntó con una sagaz sonrisa.

Su argumento era inapelable, pero me quemaban las palabras en la boca si no le decía:

—No tienes por qué intervenir, Natura, pero el Caos nos lleva una considerable ventaja y nos vendría bien equilibrar un poco la balanza. Por lo menos, ¿podrías darnos algo de información que nos acerque un poco más a ellos?

El sol comenzó a declinar por el horizonte, extendiendo las sombras de la noche por el cielo azul.

—Lo único que os puedo decir es que llevan mucho tiempo buscando el templo del Origen, pues creen que desde allí podrán realizar el asalto a la Tierra —me respondió—. Lo siento, pero no os puedo ayudar más.

«¿El templo del Origen? ¿Será allí dónde se oculta *la puerta de puertas*?», me pregunté.

—Tiene su lógica —advirtió Tian Shui con cara de preocupación—. Ese lugar se comporta como una imagen especular de la Tierra y, a diferencia con otras dimensiones, el tiempo confluye de manera paralela. Quizá se encuentre allí *la puerta de puertas* —vaticinó, adivinando mis pensamientos.

—¿Y sabes dónde se encuentra ese templo? —le pregunté a Tian Shui.

—Nadie lo sabe salvo aquel que puede abrir *la puerta de puertas*. ¿Puedes responderlo tú? —resolvió arqueando una ceja.

Volvíamos al punto de partida, pero por lo menos podíamos estar tranquilos. El Caos no hallaría ese templo antes de que yo lo hiciera y para entonces, esperaba haberles abierto *la puerta de puertas* a los dioses.

—Ya veis que se trata de una carrera contrarreloj en la que no estáis tan mal posicionados —aseveró Magnolia—. Ellos lo saben y, por esa razón, esperarán a que regrese el dragón negro de su misión para dar el golpe definitivo a sus enemigos.

—¿Sabes qué fue a buscar el dragón negro? —le preguntó Ángelus.

—Solo él puede saberlo, pero por vuestro bien espero que no haya conseguido encontrarlo.

Un destello fulguró en la noche y nos hizo alzar la vista al cielo.

—¡Ha llegado la hora, maese...! Pero ¿dónde se ha metido Marcel? —exclamó Vulcano buscando al duendecillo con la mirada.

Otra vez había vuelto a desaparecer, pero no teníamos tiempo de buscarlo

pues la estrella ya había descendido del cielo y estaba a punto de posarse en la rama del roble. La magia se encargó de obrar el milagro de convertirla en mujer y, cuando vio que también nos acompañaba Magnolia, la mirada se le inundó de lágrimas.

—¡Lo habéis conseguido! —susurró emocionada.

—Tienes buenos amigos, querida —comentó Natura acercándose al árbol—. Perdóname si puedes, Aurora. Me dejé llevar por los celos y he tardado mucho tiempo en darme cuenta de mi error. —La diosa apoyó la palma de la mano en el viejo roble y murmuró un conjuro en una extraña lengua—. La maldición desaparecerá cuando beses a tu amado.

Aurora rodeó con los brazos el tronco y lo besó tiernamente. Repentinamente, el árbol la abrazó entre sus ramales y comenzó a menguar hasta transformarse en un apuesto joven y, con un fulgurante destello, el cordel de oro que les unía por los tobillos desapareció, aunque la joven pareja continuó besándose sin mostrar ningún pudor.

—¡Ejem! —carraspeó Vulcano, interrumpiendo la romántica escena.

La pareja se separó y nos miraron un poco avergonzados. Había algo en la mirada del joven que me resultó muy familiar.

—¿Marcel? —aventuré afinando la vista.

—¿Hugo? —respondió, fijando sus ojillos marrones en los míos.

Magnolia se encogió de hombros, mostrando una pícara sonrisa.

—¿Cómo poder resistirse a tan apuesto joven y a un ser que ama tanto la naturaleza como la amo yo? —añadió—. Fui muy egoísta truncando vuestro amor. ¿Podréis perdonarme?

—No te guardo rencor, Natura, pues conozco tu esencia y sé que no lo hiciste con mala intención —señaló Marcel, postrándose ante ella para besarla la mano.

Aurora contemplaba aquella escena llorando de emoción.

—Pero ¿entonces el roble y el duende eras tú? —le preguntó Lizbeth.

—Alma de duende y corazón de árbol es mi naturaleza. Ese es mi destino y ese es mi don —respondió él.

Así que Marcel se convertía en duende durante el día y por la noche en un viejo roble. ¡Por eso desaparecía al anochecer!

—¡Bien está lo que bien acaba y creo que yo ya sobro aquí! —aseveró Natura, dando media vuelta.

—¿Te vas ya? —le preguntó el duende.

—Todavía me queda una cosa por hacer —advirtió mirando a Aurora—.

¿Estás convencida de renunciar a ser una estrella para vivir una vida terrenal? Sabes que, en cuanto te conviertas en una mujer, deberás renunciar a la inmortalidad y que Marcel seguirá siendo joven por siempre.

—No podría vivir de otra manera —respondió la Aurora.

—¡Espera un momento! —irrumpió Marcel tomando las manos de su amada—. Si tú debes renunciar a tu inmortalidad, yo también renunciaré a la mía y, en cuanto te llegue la hora, ambos abandonaremos este mundo juntos.

La estrella acogió las palabras de su amado con lágrimas en los ojos.

—¡Maldita sea, no puedo permitirme perder al mejor duende de los bosques que existe en todo el universo! —bramó Magnolia—. Creo que podré realizar el hechizo sin que pierdas la inmortalidad —anunció para alegría de todos.

—¡Oh! Nunca podré olvidar lo que has hecho por mí —añadió Aurora, abrazándola.

—¡Vale, déjame ya! Habéis tenido la inmensa fortuna de conocer mi cara amable, pero no tentéis a la suerte —anunció, poniendo una malévolamente sonrisa—. A partir de este momento serás una mujer, pero mantendrás tu alma de estrella, así que cuídate mucho de brillar con intensidad o podrás chamuscar al que tengas a tu lado —añadió con un guiño.

La diosa posó la mano en el corazón de Aurora y musitó un ininteligible verso.

—¿Ya está? —musitó la estrella con una deslumbrante sonrisa.

Magnolia asintió con un gesto y comentó:

—Ahora debo irme. Duro fue el castigo, pero grande ha sido la recompensa, ¿verdad? ¡Os deseo lo mejor!

Marcel tomó de las manos a la diosa y le confesó:

—Espero que algún día encuentres a tu amor verdadero, Natura. Tú también mereces ser feliz.

—¡Uy, no me lo desees! —rezongó con un airoso gesto—. Ahora sé perfectamente lo peligroso que puede ser el amor y, conociéndome como me conozco, no creo que exista un hombre en todo el universo capaz de saber llevarme sin perecer en el intento —advirtió seriamente—. ¡Suerte en vuestro viaje!

Magnolia alzó la vista al cielo y, con un soplo de aire, desapareció.

—¡Anda! —dije dándome un guantazo en la frente—. Se ha ido la diosa y no le hemos preguntado si sabía dónde podíamos encontrar la esmeralda fulgurada.

Marcel chasqueó los dedos y en la palma de su mano apareció una preciosa gema, de color verde intenso, que comenzó a brillar al mismo son que las estrellas.

—¿Así que al final tenías tú la joya, granuja? —voceó Vulcano con una carcajada.

—No lo he sabido hasta que no se ha roto la maldición.

—¿Y de dónde la has sacado, Marcel?

El pastor de los bosques giró la cabeza y miró sonriente hacia los árboles.

—Me la ha dado Natura.

Aquella confesión nos pilló por sorpresa a todos. Al final resultó que la diosa de la naturaleza iba a poner su granito de arena en la eterna lucha contra la Oscuridad.

CAPÍTULO 5.

EL REINO DEL NORTE.



«No hay ave más maravillosa que la que renace de la muerte y vuela envuelta en fuego».

1

Regresamos a la casa-árbol del duende antes del amanecer. Marcel insistió en que bebiéramos un poco de agua de savia antes de irnos a dormir, aludiendo que dormiríamos como un tronco, y después subió con a Aurora a su habitación para disfrutar de su luna de miel en intimidad. A nosotros nos tocó dormir en las hamacas, pero como estaba tan cansado y hacía una temperatura tan agradable, me quedé dormido en un santiamén.

El día amaneció con unos nutridos nubarrones en el cielo. «Creo que a Magnolia se le ha acabado su buen humor», pensé cuando empezó a chispear. Lizbeth y Ángelus todavía dormían, pero de Vulcano y de Alexa no había ni rastro.

—Hace un rato que se han ido a dar un paseo por el bosque —me informó Tian Shui, sentada en el poyo de la puerta—. ¿Qué líos se traen esos dos entre manos?

Me incomodó un poco su pregunta y mi primer impulso fue darle largas con alguna excusa, pero pensé que ella no tenía la culpa de mis cuitas y que me vendría bien airear mis pensamientos con la única persona del grupo con la que compartía la soltería.

—Creo que se están enamorando, pero parece ser que todavía no se atreven a dar el paso —dije saltando de la hamaca.

—¿Y qué pasa contigo?

Miré a Tian Shui y me esforcé en sonreír.

—No me lo pongas más difícil, por favor.

—Pero ¡tú la amas! —insistió ella.

—¡Mira, Tian Shui! Cuanto antes acepte que mi amor no es correspondido y que debo contentarme con su amistad, antes acabará mi sufrimiento —dije mientras me encaminaba para la puerta—. Voy a preparar el almuerzo, ¿me dejas pasar?

La sacerdotisa me dejó un hueco pero, cuando pasé por su lado, me cogió de la mano y me susurró:

—Tú también mereces ser feliz.

Quise agradecerle el gesto, pero se me atragantaron las palabras con el nudo que se me hizo en la garganta.

Me metí en la cocina y empecé a preparar el desayuno. Estaba metiendo el pan en el horno cuando vi a Vulcano apoyado en la puerta. Llevaba la felicidad pintada en la cara. Me limité a darle los buenos días.

—¡Menudo careto! —exclamó mientras cogía un racimo de uvas del frutero—. ¿No has pasado buena noche, amigo?

—No. Bueno... sí. ¡Bah! Estaba muy cansado —dije intentando mostrar una espontánea sonrisa.

El forjador se me acercó, con serio semblante, y se apoyó en el mármol del fregadero.

—Esta es una situación muy delicada para mí —dijo escupiendo las pepitas de la uva en la pila—. Sé que entre Alexa y tú hay algo muy especial, pero creo que me estoy enamorando de ella y no quiero que pienses que mi fama de Don Juan va a echarlo todo a perder.

—No hace falta que intentes justificarte, Vulcano. Ya sois mayorcitos y libres de tomar vuestras decisiones, ¿no crees? —atajé previendo que su charla iba para largo.

Vulcano sonrió aliviado.

—¡No sabes el peso que me quitas de encima! Para mí era muy importante que esta relación no supusiera un distanciamiento entre vosotros y tampoco quería que influyera en nuestra incipiente amistad —señaló dándome un asfixiante abrazo.

—¡Vale, lo pillo! Pero guárdate las carantoñas para ella —dije quitándomelo de encima.

De reojo vi que miraba golosamente la bandeja de panceta ahumada.

—¡Qué buena pinta tiene! —dijo echando la mano a la bandeja.

—¡Lárgate de aquí! —le solté a la vez que lo echaba de la cocina a empujones.

El herrero me sacó la lengua, antes de salir por la puerta y, al quedarme a solas con mis pensamientos, me pregunté: «¿A quién pretendes engañar?». Al rato empezó a llover con fuerza y escuché unos pasos que bajaban por la escalera.

—¡Buenos días, Hugo! —me saludó Aurora desde el quicio de la puerta—. ¿Qué estás haciendo? ¡Huele de maravilla!

—¡Hola, Aurora! —dije mientras me secaba las lágrimas con disimulo—. Espero que hayáis pasado una buena noche y que traigáis mucha hambre, pues estoy haciendo comida para una boda. Por cierto... —dije, cuando caí en que la estrella no habría probado nunca la comida—. ¿Qué comías allí arriba?

Nada más soltar la pregunta fui consciente de mi estupidez y me sonrojé hasta las orejas. Pero Aurora se me acercó y me plantó un beso en cada mejilla, llevándose mi vergüenza de un plumazo.

—Algún día te lo contaré —susurró sonriente—. Pero ahora... ¡Tengo un hambre que me muero!

—¿Y Marcel, aún duerme?

—¡Qué va, si apenas hemos dormido! —respondió sin picardía—. Nos hemos pasado la noche hablando y parece ser que eso le ha abierto el apetito. Está con los demás en el salón y me ha enviado para apremiarte con el almuerzo.

Acabé de sacar los huevos de la sartén y la hogaza de pan del horno, cargué con las bandejas camino del comedor ¡y allí estaban las tres parejitas! Me senté al lado de Tian Shui e intenté asimilar que, a partir de aquel momento, tendríamos que interpretar el papel de vela en cada reunión. Gracias a los dioses, la tremenda espontaneidad de Aurora, al expresar las sensaciones de cada bocado que probaba, hizo de aquel almuerzo un momento de relajación y risas. Con el té, Marcel nos anunció que ellos también se unirían a nuestra compañía y, al ver la alegría que nos había producido la noticia, se puso a bailar al son de su flauta provocando que los demás bailásemos a su alrededor.

Nada más acabar de comer, me encargué de recoger la mesa y me escondí en la cocina para fregar los cacharros.

—¿Cómo estás, Hugo?

Era Alexa.

—Ya he tenido una charla con Vulcano, él te contará.

—No, quiero que me lo cuentes tú —insistió ella.

Sabía que no se contentaría con evasivas, así que me tocó coger el toro por los cuernos.

—Mis sentimientos hacia ti no van a cambiar por nada del mundo y solo espero que siga habiendo entre nosotros la misma complicidad que hemos tenido hasta ahora. El resto no importa, de verdad. Quiero que seas feliz.

—Sí que importa —advirtió Alexa, con los ojos vidriosos—. ¿Y si me

equivoco?

Tomé sus manos y la miré fijamente a los ojos.

—Tienes que recorrer ese camino y descubrir lo que sientes por él sin pensar en nada más y asumiendo los riesgos. Si no lo haces, te arrepentirás toda la vida y continuarás haciéndome daño con tu indecisión —le expliqué mientras recogía una lágrima que hacía equilibrios en su pestaña con el pañuelo—. Yo también te quiero, Alexa, y quiero que seas feliz, aunque sea con otro hombre... y Vulcano es un gran hombre.

Alexa me abrazó y se echó a llorar. Contuve el chorro de emociones que recorrían mis entrañas con estoicidad y, solo cuando ella abandonó la cocina, me derrumbé.

Mientras Aurora acompañaba a Marcel a despedirse de sus bosques nosotros nos preparamos para partir. Elaboré más ponche de fuego, al que incorporé agua de savia, mientras Ángelus confeccionaba ropa de viaje para Aurora y Marcel. A la estrella le preparó un pantalón y una camisa gris, un chaquetón, una capa y unas botas de cuero, además de muda, y al duende lo vistió con un pantalón marrón, una camisa a cuadros, un chaquetón granate, a juego con las botas, y una capa verde pino. A ambos les encantó la indumentaria y, en cuanto se cambiaron las ropas, nos preparamos para partir.

Ya habíamos recuperado cuatro de las cinco gemas mágicas y, para mí, era un misterio hacia dónde nos llevaría la puerta dimensional que se abrió delante de nosotros.

—¡Espera un momento, Hugo! —exclamó Vulcano sacando de su mochila una daga envainada—. No es conveniente de que Marcel vaya por la vida sin ningún arma. Está hecha con el mejor acero y es capaz de atravesar las cotas de malla convencionales.

El duende rechazó el ofrecimiento con un gesto.

—Gracias, pero no las necesito, amigo mío. Mi naturaleza no me permite quitar la vida de ninguna criatura, pero no te preocupes —dijo acariciando la fusta de la flauta—, sé cómo defenderme.

—¡Tonterías! —gruñó el herrero—. Cógela, me quedaré más tranquilo si la llevas. —Marcel no hizo el ademán de agarrarla—. ¡Va, llévala contigo! Aunque solo sea para sacarte la broza entre las uñas.

—Si él no la quiere, la llevaré yo —advirtió Aurora quitándosela de la mano—. Yo también sé cómo defenderme, querido, pero he visto lo que hacen los acólitos del Caos y esto me puede venir muy bien en un momento

dado. ¿Nos vamos? —añadió con una determinación que me sorprendió.

Guardé las gemas en el bolsillo y luego le hice un gesto a mis amigos para que fueran atravesando el umbral. Yo lo crucé el último y, tras hacerlo, descubrí que nos hallábamos en lo alto de un acantilado, contemplando cómo las rizadas olas de una brava mar rompían contra las rocas. Estaba anocheciendo y el cielo estaba totalmente encapotado. A lo lejos se vislumbraba la entrecortada luz de un faro y las gélidas ráfagas de viento no me dejaban pensar con claridad. «¿Y ahora qué?», medité al tiempo que me abotonaba hasta el cuello el abrigo.

—¿A qué lugar hemos venido a parar? —advirtió Tian Shui mientras se alzaba el cuello del abrigo.

—Estamos en el reino del Norte, la tierra de mis abuelos —voceó Vulcano, haciéndose oír por encima del viento—. El faro que veis se llama El Ojo Vigilante y es una fortificación que vela para que las embarcaciones no zozobren durante la noche y choquen contra las afiladas rocas que protegen la ciudad de Rocaviva. ¡Ya veréis que ciudad, chicos! Construida a un lado la bahía y a lomos de un acantilado, con su doble amurallamiento que la defiende en dos niveles, y el imponente alcázar del Fénix, Rocaviva representa el espíritu y orgullo norteño —añadió emocionado.

—Estarás contento, ¿verdad, cariño? —exclamó Alexa, entrelazando sus dedos con los del forjador.

—Así es. Hace mucho tiempo que no veo a mi familia materna y seremos recibidos con los brazos abiertos, ¡ya lo veréis! —aseveró—. Lo que no sé es cómo vamos a llegar hasta allí. La ciudad está al otro lado del estrecho de Los Norteños, una profunda lengua de mar que separa ambas penínsulas.

Al momento escuché un leve tintineo, procedente de una cala que había debajo del acantilado, y al afinar la vista vi que aquel sonido procedía de una embarcación que había varada en la arena de una cala.

—Creo que yo puedo dar respuesta a esa incógnita, Vulcano —dije, alzando la voz—. Ahí abajo hay una barca, varada al pie del acantilado, y no creo que esté allí por casualidad.

A Vulcano se le cambió la cara.

—¿Y a qué estamos esperando? —señaló alzando la vista al cielo gris—. Está a punto de arreciar un temporal y no me gustaría que nos cogiera en alta mar. Además —dijo con gesto preocupado—, sospecho que debió pasar algo muy gordo para que tuvieran que sacar la perla negra fuera de la dimensión y me arde la curiosidad de saber qué está pasando aquí.

El forjador enfiló una senda que bajaba entre las rocas del acantilado y lo seguimos, soportando las investidas del viento e intentando no perder el pie al pisar las resbaladizas rocas que había en el angosto paso, hasta llegamos a la cala. La embarcación, que resultó ser más grande de lo que creía, tenía más de diez metros de eslora, contaba con un mástil, una vela y un pequeño castillo de popa. Era totalmente blanca y tenía un ave fénix con las alas desplegadas representado en el casco.

Entre Vulcano y yo ayudamos a nuestros compañeros a subir a bordo a través de una escalerilla que estaba anclada a la borda y luego hicimos las maniobras para botar el velero. Yo me encargué de retirar las calzas que estabilizaban la quilla de la embarcación en la guía de madera mientras que el herrero se encargaba de largar la cuerda que la mantenía sujeta a la pared, girando una gruesa manivela. En cuanto el velero entró en el agua, trepamos por la escalerilla hasta que llegamos a cubierta. Vulcano desligó el cabo que nos unía con tierra y, en cuanto se puso al timón, orientó el balandro hacia mar abierto.

Nada más salir de la cala, me puse al mando del timón mientras Vulcano procedía a izar la vela mayor. Era sorprendente su agilidad de movimientos largando la driza y asegurando los cabos en las cornamusas, teniendo en cuenta las fuertes ráfagas de viento, pero él solo se bastó para realizar la maniobra en un momento. Luego volvió a ponerse al mando de la nave y la enderezó para poner rumbo a la ciudad.

Las olas rompían contra el trinquete con fuerza, tanto que nos teníamos que agarrar con fuerza a las barandillas de cubierta, pero el navío no varió la dirección mientras atravesábamos el estrecho de Los Norteños y, tras bordear un acantilado, pudimos ver las luces de la ciudad.

Aun en penumbras, a medida que nos íbamos acercando se hacía más evidente la grandiosidad de Rocaviva. Cuando la tuvimos de frente, observé que la ciudad estaba ubicada en mitad de una bahía y rodeada de acantilados. Fuertemente fortificada, podían diferenciarse los torreones y las murallas de los dos niveles defensivos, estando el superior ocupado por una ciudadela y un impresionante alcázar. En el extremo sur del acantilado se alzaba un templo, justo en el vértice, y en el extremo norte, el faro y la fortificación que lo defendían.

Cerca de la costa, el viento comenzó a menguar y Vulcano dejó al timón en manos de Alexa para ir arriando la vela.

—¿A qué es bonita? —señaló al tiempo que plegaba la vela mirando

encandilado la ciudad.

—Y muy grande —precisé sin poder parpadear para contemplar la iluminada mole que se alzaba delante de mí.

Vulcano acabó de asegurar la vela, ligándola con cabos a los gratiles del mástil, y me comentó:

—Pues espérate a ver el salón del trono. Con sus paredes engalanadas con bellos tapices, los suelos forrados con extraordinarias alfombras y las grandes arañas que penden desde sus altos techos... allí se casaron mis padres, ¿sabes? —dijo con la voz un poco quebrada—. Pero no nos descuidemos, que ya estamos llegando a puerto y vamos demasiado rápidos para atracar.

El herrero volvió a tomar los mandos el timón y encaró suavemente el balandro para guiarlo por el puerto. Nos apoyamos en la baranda de estribor para admirar la nutrida armada que había amarrada en él: en total, no menos de un centenar de barcos, entre galeones, carabelas, fragatas y bergantines. En tierra firme se podían ver los cuarteles de marina, con sus coloridos estandartes ondeados por el viento.

Una multitud nos esperaba en el muelle y aclamaban en voz alta: «¡Ha llegado la Barca Blanca! ¡Han llegado los emisarios de Horus! ¡Loados sean los dioses al escuchar nuestras plegarias!». Me inquietaron un poco aquellas proclamas pues que esperasen la llegada del balandro solo podía significar que la ciudad estaba pasando por dificultades, como sospechaba Vulcano.

—¿Qué os dije, eh? —voceó Vulcano, pleno de júbilo—. En cuanto me vea mi abuelo nos van a tratar a cuerpo de rey.

Atracamos el velero, nos tiraron una pasarela para que pudiéramos tomar tierra y fuimos recibidos por una comitiva de guardias reales ataviados con un flamante uniforme negro que tenía bordado, a oro y plata, un escudo con la figura de un ave fénix en la pechera. Los guardias nos hicieron un pasillo de contención para evitar que se nos echara encima la muchedumbre que se había congregado en el muelle y, poco antes de llegar a tierra firme, Vulcano se adelantó para saludar al hombre que nos esperaba al final de la dársena. Tenía el porte de los grandes reyes y en la cabeza portaba una corona de hierro.

—¿Qué ha pasado con los modales del norte? ¿¡Esta es forma de recibir al nieto del rey!?! —gritó el forjador con los brazos extendidos.

—¡Por todos los dioses! ¿Eres tú, Vulcano? —advirtió el hombre, con voz trémula.

Al rey pareció darle un vahído, pero fue sujetado férreamente por un

oficial que estaba a su lado. Había algo en el talante de aquel hombre, de rubia cabellera y mediana edad, que me recordó mucho al de Vulcano.

—¿Qué te ha pasado, abuelo? —le preguntó mi amigo, sumamente preocupado.

—No debes preocuparte por su estado de salud, sobrino. ¡Está más fuerte que una roca! —comentó el oficial, mostrando una amplia sonrisa. Luego le hizo un gesto a dos guardias para que se hicieran cargo del rey y exclamó—: ¡Bienvenido a tu casa, Vulcano!

Los dos hombres se fundieron en un abrazo. Los presentes clamaron el momento con vítores.

—¡Dejadme, inútiles! —farfulló el rey, deshaciéndose de los soldados—. ¡Dejad que salude a mi nieto!

El hombre, quien no aparentaba tener más de sesenta años y que tenía unos profundos ojos azul marino, agarró por los hombros a Vulcano y lo miró fijamente antes de darle un emotivo abrazo. Era un poco más bajo que Vulcano, aunque tenía también una complexión atlética y fuerte, y sus cabellos canos parecieron brillar con más brío después de aquel emotivo reencuentro.

—¡Por fin estoy en casa, abuelo! —advirtió Vulcano con la voz trémula de la emoción.

—¡Cuánto tiempo he estado soñando con este momento! Pero los dioses siempre son clementes y te han traído de vuelta a casa, nieto mío. ¡Nada más y nada menos que en La Barca Blanca! —remarcó dándole un par de besos en las mejillas.

Vulcano miró a su abuelo con los ojos cubiertos de lágrimas.

—¿Qué pasa con La Barca Blanca? ¿A quién esperabais ver llegar?

—Eso será mejor que te lo expliquemos dentro —dijo mirando de soslayo a su alrededor—. Pero ¿quiénes son los que te acompañan?

El forjador nos miró sonriente.

—Te presento a unos seres excepcionales. Ellos son los hijos de Horus: Alexa y Ángelus. Este es mi buen amigo Hugo, señor de la Tierra, rey de Oriente y de los señores de la Guerra. Esta muchacha tan bonita es la hija de Anuket y se llama Tian Shui. Y ellos son nuestra última incorporación al grupo: Aurora, la estrella, y Marcel, el duende de los bosques —anunció con orgullo para que nos aclamasen la multitud—. Amigos míos —dijo, una vez se acallaron las voces—, ¡os presento al rey Edgar y al príncipe Nicolás! —dijo agarrando por el antebrazo al hombre, apuesto y de ojos azules, que casi

lo alcanzaba en estatura.

—¡Por todos los dioses, la profecía era real! —exclamó el rey—. ¡Sed bienvenidos a mi casa! Y, por favor, llamadme Edgar.

Saludamos al rey y a su hijo y luego pusimos rumbo hacia las puertas de Rocaviva, la capital del reino del Norte.

Rocaviva era majestuosa. La ciudad había sido construida sobre la roca de un acantilado que abrazaba la bahía de tal forma que las paredes verticales servían de murallas naturales ante un posible ataque invasor por mar. Nada más atravesar la puerta de la ciudad nos encontramos con una plaza bordeada de tiendecitas y en la que había las paradas de un mercado ambulante. Las empinadas calles estaban iluminadas con farolas de aceite y fuimos recorriéndolas aclamados por los cientos de personas que se acumulaban en las aceras, balcones y ventanas de las casas.

Una vez llegamos al primer nivel defensivo, las puertas se cerraron a la multitud y atravesamos una plaza en la que se encontraban los cuarteles de artillería. Continuamos subiendo por una empinada avenida, que discurría paralela a la muralla y nos condujo hacia los dos murallones que limitaban la puerta de acceso al segundo nivel y a la ciudadela. En el adarve se distribuían, en fila, decenas de cañones de largo alcance y me sorprendió ver tanto movimiento militar en las murallas a aquellas horas de la tarde.

El príncipe alzó la voz y dio la orden de que bajaran el puente levadizo. Las cadenas de hierro rechinaron a medida que la pasarela iba descendiendo hasta que esta tocó tierra. Cruzamos el puente y, tras atravesar los espesos muros, desembocamos en un silencioso patio de armas. Aquel era, con diferencia, el mayor de todos por los que habíamos pasado y, en el lado que lindaba con la bahía, había una terraza en la que se habían dispuesto más cañones de largo alcance con su correspondiente batería de artillería. Desde aquel mirador se tenía una panorámica de toda la bahía, desde el acuartelamiento que defendía el faro, al norte, pasando por el puerto y los cuarteles de marina, ubicados a los pies de la ciudad, hasta, al sur, el templo que se alzaba al borde del acantilado.

Recorrimos el amplio patio de armas y nos detuvimos a las puertas de la ciudadela. Los goznes chirriaron y se alzó la puerta abriendo el paso a una plaza que comunicaba con las cabellerizas y los pabellones militares,

ubicados a ambos lados, y al frente el imponente alcázar, de estructura cuadrangular, con sus dos altos torreones ubicados al norte y al sur, respectivamente. Los guardias reales nos dejaron en las puertas del castillo y, una vez allí, proseguimos el trayecto acompañados únicamente por el rey Edgar y el príncipe Nicolás.

Reconfortados por el calor que hacía en su interior, recorrimos un amplio corredor iluminado con lámparas de araña y nos dirigimos hacia el ala norte, donde nos encontramos una escalera de caracol desde la cual partían los peldaños que conducían hacia lo alto del torreón y hacia las profundidades del alcázar. Iniciamos un prolongado ascenso hasta que alcanzamos el punto más alto de la torre. En el rellano solo había una puerta y, cuando nos hicieron pasar, descubrimos que se trataba de una acogedora estancia circular, de unos cincuenta metros cuadrados, en la que había una chimenea, un recio escritorio de caoba y varias librerías repletas de libros. En una de las paredes había un ventanal desde el que podía verse el faro y cómo oscilaba la luz alumbrando el océano. En el cielo ya comenzaban a tintinear algunas estrellas.

Nos quedamos todos de pie, calentándonos delante de la chimenea, excepto Vulcano que no paraba de moverse inquieto alrededor del rey.

—¿Qué está pasando aquí, abuelo? Jamás había visto tal despliegue militar en la ciudad.

Edgar se acercó a la ventana y, tras recostarse en el muro, respondió:

—Hijo mío, han pasado tantas cosas que no sé por dónde empezar.

En su rostro se reflejaba la preocupación.

—¿Por qué no le explicas la traición de tu querido consejero? —intervino el príncipe, atravesando el rey con la mirada.

—¡Cometió un error que pagó con su propia vida! ¿No es suficiente, Nicolás? —se revolvió Edgar.

—¿¡Un error!?! —estalló el príncipe—. ¡Ese traidor trajo la Oscuridad a nuestro mundo, padre, y lo hizo movido por una estúpida profecía!

—¿Se puede saber de qué narices estáis hablando? —terció Vulcano, interponiéndose entre ambos hombres.

—¡Pregúntaselo a él! —dijo Nicolás, mientras se sentaba enojado en un butacón—. Y pregúntale también por qué continúa confiando en esa panda de ratas de biblioteca.

—¿Y bien? —atajó Vulcano—. ¿Qué tienes que decir, abuelo?

Edgar apartó la mirada de la ventana y se dirigió con un parsimonioso paso

hacia el escritorio.

—Tú llegaste a conocer a Roger. Fue el sumo sacerdote de la Orden del Ave Fénix, mi consejero y mi mejor amigo. ¿Lo recuerdas, verdad? —Vulcano asintió—. Pues tu tío se ha empeñado en sostener la teoría de que nos traicionó, y tal vez tenga razón, pero si lo hizo no fue intencionadamente —precisó mirando de reojo a Nicolás—. Luchó conmigo en la gran guerra y mantuvo su inquebrantable lealtad durante los muchos siglos que ocupó el cargo de sumo sacerdote, pero debió ocurrirle algo, después de que nos llegaran las noticias de la fuga de los señores del Caos de las dimensiones del destierro, pues comenzó a tener unas visiones que le anunciaban la llegada del *El Elegido*, un ser que estaba llamado a convertirse en nuestro salvador —anunció con el semblante sombrío—. Los acontecimientos se precipitaron desde que supimos que el reino del Sur había caído en manos de Andhra, la bruja blanca, y que la dimensión había sido cerrada a cal y canto. Estuve a punto de volverme loco al no tener noticias de la suerte que habíais corrido y le pedí consejo al sumo sacerdote. Fue cuando me confesó lo de las visiones y la llegada de *El Elegido*. Pero Roger cometió el error de actuar por su cuenta, dejándose llevar por su intuición, y utilizó la perla negra sin consultárnoslo para abrirle la de nuestra dimensión a un ser admirable —declaró fijando la vista en la chimenea—. Aquel joven, de rasgos delicados, cabellos y tez albina y unos ojos azul glacial embelesadores, se ganó las simpatías de la corte con su afable trato y desbordante carisma. Se hacía llamar Marcus y se nos presentó como el embajador que habían enviado los dioses para ayudarnos a liberar a la dimensión del Sur de la tiranía de Andhra. ¿Puedes imaginarte lo que significó eso para mí? —apuntó mientras buscaba con la mirada a Vulcano—. Gracias a él rearmamos nuestra armada y, mientras, él utilizó sus conocimientos de ingeniería para hacer de Rocaviva un bastión inexpugnable. ¡Todo lo hizo en el nombre de los dioses! Lo que desconocíamos en aquel momento era a qué dioses rendía tributo.

—¡Yo te lo advertí, padre! —rezongó el príncipe.

—Déjame acabar —atajó el rey con un gesto—. Marcus nos advirtió de que los señores del Caos estaban preparando una ofensiva para hacer caer a los reinos de las dimensiones aliadas, como había hecho Andhra, y nos ayudó a elaborar unas estrategias de defensa de la ciudad mucho más eficientes. En muy poco tiempo consiguió ganarse mi confianza y la del consejo militar y él mismo se encargó de coordinar la construcción de muchos de los navíos que habéis visto amarrados en el puerto. También ayudó a Roger en sus pesquisas

para hallar la fórmula de hacer revivir al ave fénix de sus cenizas. En fin, que nos embaucó con su don de palabra y sagaz personalidad —añadió cabizbajo—. Gracias a los dioses, Nicolás, quien había desconfiado de él desde el primer momento, ordenó a sus espías a que le siguieran el paso y descubrió que Marcus era en realidad el hermano de Andhra, un hechicero negro que se había infiltrado en nuestra dimensión para hacerse con la perla negra y con el control de nuestro reino. Desgraciadamente, una vez fue desenmascarado el impostor, se nos planteó un problema de muy difícil solución. ¿Cómo deshacernos de él? —dijo a la vez que se apoyaba en el borde del escritorio—. La respuesta la halló Roger. Descubrió que la única forma de detener las intenciones de Marcus era cerrando la conexión que lo mantenía unido con la fuente de la que se nutría su poder, pero para ello debería cerrarse la puerta dimensional con la perla negra desde el exterior y él se ofreció a hacerlo, al sentirse responsable de la llegada del hechicero albino. Desgraciadamente, Marcus averiguó sus intenciones y le hirió mortalmente con una lanza de hielo antes de que pudiera atravesar el umbral dimensional, aunque no consiguió evitar que Roger cerrara la puerta. Menguado su poder, a Marcus no le quedó más remedio que huir en una de nuestras naves hacia el norte, al continente helado. Sin embargo, en su camino, fue haciendo escala en varias de las ciudades más septentrionales para desolarlas y reclutar un ejército de no muertos con el que ha conseguido construir una temible armada con la que pretende atacar Rocaviva —reveló volviendo a echar la vista hacia la ventana.

—¿Y no perseguisteis a ese engendro del Caos? —le preguntó Vulcano.

El rey bajó la mirada. Fue el príncipe Nicolás el que se levantó del butacón y, apoyando las manos encima de la mesa, expresó:

—Esos eruditos de pacotilla y los sacerdotes de la Orden del Ave Fénix convencieron a tu abuelo para que construyera La Barca Blanca apoyados por una estúpida profecía que les había revelado Roger antes de que abandonara la dimensión con la perla negra —precisó—. Le desaconsejaron enviar a nuestra flota a aplastar a la amenaza del norte aludiendo no recuerdo qué banal razón. Ahora, esa amenaza se ha convertido en una terrible realidad y el brujo albino se aproxima a nuestra ciudad con una armada de más de trescientos barcos de guerra y su ejército de espectros. ¡No tardaremos en avistar sus negras velas desde los torreones de Rocaviva! —aseveró, mirando de reojo al rey—. Pero lo peor de todo es que, a sabiendas de ello, tu abuelo prefiere hacerles frente escondidos tras nuestras murallas que enviarles

nuestra flota para abordarlos en alta mar. Vulcano, ¡ayúdame a hacerle entrar en razones! ¡Con tus amigos seríamos invencibles!

—Abordarlos en alta mar sería una locura, Nicolás. Ya sabes que Marcus domina la magia negra —terció Edgar—. Además, también sabes que el sumo sacerdote descubrió que el único ser capaz de anular la magia del hechicero albino es el ave fénix, así lo dicta la profecía.

—¿Otra vez con esa cantinela del ave fénix? Pero ¡si ni siquiera saben interpretar la magia que protege sus cenizas! —replicó el príncipe, cruzando los brazos en el pecho—. ¿Acaso no te has parado a pensar en las miles de muertes inocentes que provocará el asedio de la ciudad? ¡Vamos, padre, abre los ojos de una vez! ¿No creías ciegamente en la profecía? —dijo, mirándonos a nosotros—. ¡Pues ya tienes aquí a los verdaderos emisarios de los dioses! Ellos son muy poderosos. Juntos podremos derrotar a Marcus.

La tensión aumentaba por momentos.

—No creo que sea una buena idea abordar al ejército de Marcus en alta mar —intervino Ángelus, captando la atención de Edgar y Nicolás—. Si, como afirma el sumo sacerdote, solo existe una forma de acabar con ese pérfido hechicero, lo más sensato será que nos pongamos a trabajar en esa teoría e intentemos desvelar el misterio que envuelve al ave fénix. Además, es imprescindible que mantengamos la flota de Rocaviva intacta para poder utilizarla en la guerra que se avecina contra el Caos.

—¡Ya me lo veía venir! —se carcajeó Nicolás—. ¿Lo has escuchado, padre? Ahora resulta que están aquí para llevarse a nuestra armada. ¡Y tú que creías en las malditas profecías!

El rey se acercó a Vulcano y lo escrutó con la mirada.

—¿Es eso verdad, hijo? ¿Habéis venido para dejarnos indefensos?

—Nunca os dejaríamos indefensos, abuelo. Pero, en parte, Nicolás tiene razón —le confesó—. Tenemos la misión de reinstaurar la alianza entre los cuatro reinos y aunar fuerzas para luchar, junto a los dioses y los magos, contra la ofensiva que prepara el Caos para invadir la Tierra. Eso será cuando deba ser. Ahora, también estamos aquí para ayudaros a evitar que el reino del Norte caiga en manos de ese hechicero ¡y así lo haremos! —aseveró con convicción—. Además, así lo avala la profecía, ¿verdad?

Edgar asintió con un sonriente gesto.

—¡¿Y ya está?! ¿Ellos te regalan los oídos con lo que quieres oír y los demás no tenemos nada que objetar? —atajó Nicolás bufando como un búfalo—. Sobrino, esperaba mucho más de ti. Él ya está mayor y entiendo

que no quiera asumir riesgos; en cambio, tú...

El forjador agachó la mirada y no se atrevió a replicar.

—Es la primera vez que Vulcano antepone la lógica a su impetuosa vanidad y lo aplaudo por ello. ¡Otros deberían aprender de él! —intervine, sintiéndome, de inmediato, observado por todos.

—¿Y tú no tienes un reino del que ocuparte, Hugo? —advirtió el príncipe torciendo el gesto—. Pues no te inmiscuyas en este.

En ese momento sentí cómo se me despertaba una incontrolable fuerza interior, pero la aplaqué. De nada serviría que todos perdiéramos los nervios.

—Si no conseguimos ponernos de acuerdo, pronto no habrá reinos que gobernar, maese Nicolás —alegué, aguantándole la mirada.

—¿Y sabes cómo hacer revivir al ave fénix?

—No, pero...

—Entonces, dime una cosa —advirtió Nicolás, templando el tono de voz—. ¿Qué haremos cuando Marcus y su implacable ejército de no muertos desplieguen la desolación por la ciudad?

No tuve que pensarme la respuesta.

—Aguantar la investida hasta que mis compañeros consigan revivir al ave fénix. ¡Y lo conseguirán!

Nicolás exhaló una irónica sonrisa.

—Pues más valdrá que os deis prisa. En menos de dos días ya divisaremos los negros galeones en el horizonte y esos tonsurados llevan siglos intentando desvelar ese enigma sin resultado alguno. Si queréis perder un valiosísimo tiempo poniendo vuestras esperanzas en un puñado de cenizas, ¡allá vosotros!, pero no contéis conmigo —aseveró mientras ponía rumbo hacia la puerta—. Tengo otras preocupaciones más importantes que tratar... por ejemplo, preparar la defensa de esta ciudad.

—Y si te enseño una muestra de lo reales que pueden llegar a ser las profecías, ¿cambiarías de opinión? —le solté, al tiempo que dejaba caer las gemas dimensionales encima de la mesa.

Nicolás volteó la cabeza y las miró con incredulidad.

—¡Por todos los dioses! ¿Cómo las habéis conseguido?

—Con determinación y fe, amigo mío. Y aceptando que nada pasa por casualidad —le revelé.

El príncipe se quedó de brazos cruzados, sin saber qué decir.

—Siento haberte ofendido, Hugo. Bueno... y a todos los demás —añadió mirando a mis compañeros—. He estado tanto tiempo esperando vislumbrar

un rayo de luz entre tanta oscuridad que he acabado perdiendo la fe, pero parece ser que hoy se me está dando la oportunidad de recuperarla y no puedo permitirme el lujo de dejarla escapar —dijo fijando la mirada en Edgar—. Será mejor que nos pongamos en marcha, ¡no hay tiempo que perder! ¿Por qué no les muestras la profecía y los llevas a ver a los sacerdotes al templo, padre?

Los ojos de Nicolás brillaban de una forma especial.

—¿Y tú qué harás? —le preguntó el rey.

El príncipe abrió la puerta y anunció, con un guiño:

—Asegurarme que Rocaviva sea una ciudad inexpugnable.

Luego abandonó la sala y escuché cómo sus pasos se alejaban precipitadamente por la escalera de caracol.

Miré hacia la ventana y vi la luz del faro parpadeando en la oscuridad mientras, más allá, la fantasmagórica sombra de una aurora boreal danzaba al compás del centelleo de las estrellas. El rey Edgar estaba ensimismado, con la mirada perdida, y por un momento pensé que algún día sería yo el que tendría quien soportar el insufrible peso del poder. ¡Y tuve miedo!

—Gracias, rey Hugo, por abrirle los ojos a mi hijo —advirtió Edgar sacándome de mi introspección—. A veces se comporta como mi difunta esposa y, desde que su hermana Helga cayó en manos de la bruja blanca, le puede más el corazón que la razón.

«¿Rey Hugo?», pensé con un escalofrío.

—Llámame, Hugo, a secas, por favor —le dije sonrojado—. Entiendo el proceder de su hijo; todos hemos sido jóvenes y nos hemos dejado llevar por las emociones. No obstante, se nota a una legua su nobleza y su valor, pues de lo contrario no habría dado su brazo a torcer.

El monarca mantenía la mirada fija en una de las gemas, la perla negra. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas.

—¿Dónde la hallasteis? —me preguntó.

—La encontró Gabriel... bueno, Horus, en un mundo submarino —respondí viendo cómo Edgar se esforzaba por no derrumbarse—. Su amigo hizo lo correcto, pues gracias a él la perla negra pudo ser encontrada y hoy estamos aquí —añadí intentando calmar su pesar.

—Todos hemos cometido errores y lo continuaremos haciendo, pero en nuestras manos está aprender de ellos —comentó mientras abría un cajón de la mesa. Luego rebuscó algo en su interior y sacó un pergamino que desplegó sobre la mesa con sumo cuidado—. ¿Puedes guardar las llaves mágicas, Hugo? Ha llegado el momento de que os desvele la profecía.

_¡Claro! _dije mientras metía las gemas en el interior de la bolsita de cuero.

Edgar extrajo unos lentes del bolsillito de su chaqueta y, tras ajustárselos,

recitó:

—«En cuanto La Barca Blanca arribe a puerto y el fuego refulja entre la oscuridad y la luz, el que en muerte vive, de las cenizas renacerá y con su argentado brillo las gélidas sombras devorará».

—¿Y bien...? ¿Qué opinas tú, Hugo? —me preguntó el rey, quitándose los lentes.

Me quedé un poco parado, pues me pilló de sopetón la confianza que ponía en mí el rey. Sopesé las ideas que pululaban por mi mente antes de dar un veredicto.

—Creo que el fuego que brilla entre la oscuridad y la luz hace referencia al sol del amanecer, justo en el momento en que la noche toca a su fin coincidiendo con el nacimiento de un nuevo día. ¿Tiene su lógica, no? —vaticiné.

—¿Qué te parece Hugo, abuelo? ¿A que es un fenómeno? —exclamó Vulcano, dándome una fuerte palmada en la espalda.

—¡Vaya, me dejas asombrado! —suspiró Edgar—. Pero hay otra pega más —añadió con gesto preocupado—. Las cenizas del ave fénix están metidas en el interior de un cofre que nuestros sacerdotes no han conseguido abrir jamás.

—No te preocupes por eso, seguro que ellos lo harán. Pero, por si acaso... —añadió desenvainando a Magma—, yo también puedo hacer fulgurar el fuego en el filo de mi espada. Por las venas de ese demonio corre la misma sangre que tiene la bruja blanca y esta espada está destinada a acabar con esa maldita estirpe para siempre.

—¡Así se habla, hijo! —expresó el rey Edgar mientras enrollaba el pergamino—. ¿A qué esperamos para desenterrar las cenizas del fénix? Quizás allí encontréis alguna cosa que nos ayude a interpretar mejor la profecía.

Parecía que con el desvanecimiento de las reticencias se discernía un rayo de luz al final del túnel.

—¿Lo habéis visto con vida alguna vez, Edgar? —le preguntó Marcel con tono emocionado—. Siempre me han apasionado las criaturas mágicas y el ave fénix es una de las más misteriosas y legendarias, pues solo existe una en todo el universo y se dice que tiene el poder de matar pero también el de otorgar la vida, como su propio ciclo vital.

El monarca lo miró con los ojos iluminados.

—¡Tendrías que haberlo visto luchar en la gran guerra, maese Marcel! Las hordas enemigas huían despavoridas cuando el fénix se abalanzaba sobre

ellos con las alas y el cuerpo envueltos en llamas. ¡Ni la serpiente se atrevía a retarla! Pero, cuando acabó la contienda, su brillo se fue apagando y durante una noche su vida se apagó. Tan solo quedaron sus restos carbonizados. Nadie supo explicarnos qué pudo haberle pasado, pero el buen Horus guardó sus cenizas en un cofre y nos las entregó el día en que llegamos a este mundo con el vaticinio de que volvería a renacer de sus cenizas el día que el Caos amenazara de nuevo a nuestro mundo —le explicó—. Será mejor que os lo enseñe. ¡Acompañadme!


Salimos de la cámara del torreón y seguimos al monarca por la escalera de caracol hasta que llegamos a la planta subterránea. Desde allí transitamos por un frío corredor que conectaba con un entramado de galerías y nos detuvimos delante de un portal custodiado por dos centinelas. La puerta era de hierro y tenía un sistema de apertura compuesto por una cigüeña y tres cerraduras.

Edgar les ordenó que abrieran la puerta acorazada y los centinelas extrajeron una llave y la introdujeron en sendas cerraduras. El rey sacó una llave dorada y la metió en la tercera ranura. A su gesto, los tres giraron la llave y, tras emitir un chasquido metálico, uno de los guardias giró la cigüeña y abrió la puerta.

—No hay mucho espacio ahí adentro y el techo es muy bajo. ¡Cuidado con vuestras cabezas! —nos advirtió Edgar.

La sala del tesoro, en verdad, era muy pequeña y hacía mucho frío en su interior. Ocupaba un espacio rectangular, de no más de quince metros cuadrados y forrado con estantes que contenían cajas de caudales, que comunicaba, al fondo, con una portezuela. Edgar se nos adelantó y abrió la puerta con una llave que sacó con disimulo de un colgante que llevaba en el cuello.

El monarca encendió una antorcha y se encorvó antes de atravesar el umbral. Luego volteó la cabeza y nos hizo un gesto para que lo siguiéramos. El pasadizo era angosto y mis compañeros tuvieron que atravesarlo con la cabeza gacha, pero, cuando aparecimos en la sala no pudimos contener un suspiro de asombro. Toda ella refulgía al reflejarse la luz de la antorcha con las montoneras de oro y piedras preciosas que rebosaban en los arcones.

Edgar atravesó rápidamente el pasillo central y tomó de un estante un pequeño arcón de madera maciza. Casi se me sale el corazón por la boca cuando vi el emblema que había grabado en la tapa, el mismo que tenía el manuscrito de Ceres: .

—¡He aquí, la joya de mi corona! —proclamó alzando el arcón—. Pero

será mejor que vayamos al templo de la Orden del Ave Fénix y nos reunamos con el sumo sacerdote. Allí estaremos más cómodos y más calentitos — resolvió para nuestro alivio.

Volvimos a recorrer el camino andado y, tras el cansino ascenso por la escalera, regresamos a la planta baja. Esta vez, Edgar tomó un pasillo que conducía al sur y salimos del alcázar a través de una galería acristalada que bordeaba el acantilado. El corredor comunicaba con el templo, que estaba construido en el borde del precipicio y que había visto cuando navegábamos en La Barca Blanca. Eran impresionantes las vistas que teníamos del océano, mientras atravesábamos la galería, y las sensaciones que provocaba escuchar el murmullo de las olas varios centenares de metros abajo. Tras una larga caminata, alcanzamos el otro extremo del acantilado y nos dirigimos hacia las puertas del santuario, vestidos por las frías ráfagas de viento.

El rey aporreó la puerta con el picaporte y, al rato, escuchamos unos apagados pasos procedentes del otro lado del umbral. Alguien descorrió un cerrojo y, tras abrirse el portal de par en par, apareció un joven sacerdote vestido con una túnica lila y un cinturón negro de cuero.

—¡Majestad! —exclamó un tonsurado haciendo una reverencia—. Pasad, os estábamos esperando.

—¡Échate a un lado, muchacho! —le endilgó el rey mientras atravesaba el umbral—. Y vosotros, ¿a qué esperáis para entrar? ¡Hace un frío del carajo! —Edgar caminó decididamente por el corredor hasta que se detuvo en una de las puertas que quedaba a la derecha—. ¿Ha llegado ya el sumo sacerdote? Pero ¿dónde diablos te has metido, chico? —voceó echando la vista atrás.

El tonsurado, que se había quedado cerrando la puerta, se abrió paso como pudo entre nosotros y apareció con un manajo de llaves en la mano.

—¡Ya voy, mi señor! Isaac os está esperando adentro —se apresuró a decir mientras abría la puerta.

Jamás había visto una biblioteca tan bonita como aquella. Tenía una estructura heptagonal y todas las paredes estaban cubiertas por diferentes niveles de estanterías a las que se accedía a través de escaleras, pasarelas y puentes enlazados entre sí. En cada extremo había sendos ventanucos por los que se colaba la intermitente luz procedente del faro, cosa que le confería un ambiente misterioso a la estancia, pero la iluminación de la biblioteca estaba garantizada por tres grandes arañas repletas de velas que pendían desde los altos techos.

En una mesa, que quedaba enfrente de la puerta, había un joven leyendo un

voluminoso libro con unos lentes.

—¡Mira a quiénes te he traído, Isaac! Son los emisarios de Horus y ¡mi nieto es uno de ellos! —proclamó el rey con orgullo—. Robert tenía razón.

El sumo sacerdote cerró el libro y alzó la mirada. Tenía unos rasgos finos y unos ojos azules de mirada inteligente.

—¡Por todos los dioses, Edgar! ¿Aún dudabas de que fuera cierta la profecía de mi padre? —comentó levantándose de la silla.

El monarca dejó el cofre encima de la mesa y luego nos presentó, uno a uno, al tonsurado.

—Veo que ya os ha explicado Edgar lo mucho que esperábamos vuestra llegada, pero lo que quizás no sabréis es lo mucho que significa para mí. Espero que la presencia de Vulcano haya podido aplacar las reticencias de Nicolás —señaló sin pelos en la boca.

—¡Ya sabes cómo es, Isaac! Pero sí, mi hijo parece haber entrado en razones —aludió el rey.


—Esperemos también no darle razones para que vuelva a desconfiar del buen hacer de la Orden —añadió el sumo sacerdote, esbozando una sonrisa—. Nadie, hasta ahora, ha sabido cómo abrir este cofre que, como ya os habrá contado Edgar, nos entregó Horus el día que se instauró el reino del Norte —dijo tomando la urna entre las manos—. Así que, en realidad, no podemos afirmar que se encuentren las cenizas del ave fénix en su interior. Eso pronto lo sabremos, o eso espero... —señaló mirando a Alexa y a Ángelus—. ¿Quién de vosotros dos quiere hacer los honores?


—Hermanito, tú eres el experto en conjuros —alegó Alexa.

El mago sostuvo el arcón en las manos y lo observó detenidamente.

—¿Curioso, verdad? —comentó el rey—. El cofre no tiene goznes visibles ni hendidura para una cerradura ni se intuye alguna rendija por la que hacer palanca con una daga ni... ¡nada de nada!

—¡Déjalo, Edgar, no le metas más presión! —le riñó Isaac.

Ángelus acabó de examinar el cofre y lo volvió a dejar encima de la mesa al tiempo que negaba con la cabeza. Nunca le había visto tan decaído. Sin embargo, me resistí a rendirme ante la evidencia y comencé a cavilar hasta que mis ojos volvieron a tropezar con el símbolo: .

—¿Puedo...? —dije apartando a un lado a Ángelus. Reseguí el contorno de  con los dedos y recité—: *Exhibeô signum codex*.

El símbolo comenzó a destellar y ambas letras se separaron, dejando al descubierto un pequeño agujero circular.

—¡Nunca dejarás de sorprenderme, amigo! —exclamó Ángelus, dándome unas palmadas en el hombro.

—Solo he recitado lo que le escuché decir a Gabriel en una ocasión como esta. Tengo muy buena memoria —subrayé al ver que todos me miraban asombrados.

—¡Tú siempre tan modesto! —señaló el mago—. Y creo que aquí encaja perfectamente la perla negra, ¿no crees?

Asentí sonriente mientras sacaba la gema de la bolsa. Todos miramos con suspense cómo el mago introducía la gema en la ranura y no pudimos reprimir un suspiro de asombro cuando el cofre se abrió emitiendo un sonoro chasquido. Ángelus destapó el arca y dejó al descubierto un lienzo blanco que tenía el relieve del ave fénix bordado con hilos de oro y estaba sellado con el símbolo ☉. El mago dejó el fardo encima de la mesa y lo inspeccionó detenidamente.

—El sello está protegido por la magia ancestral —comentó mirando a Alexa. Luego sacó el cetro de Horus y lo agitó, al tiempo que recitaba—: *Doceô magia occultus*. ¡Mirad! Han aparecido unas runas alrededor del sello —exclamó mientras las escrutaba—. ¿Has visto algo parecido alguna vez? —le preguntó al sumo sacerdote. Este les echó una ojeada y negó con la cabeza—. Y también han aparecido unos pictogramas intercalados entre las runas —añadió, tras observar los símbolos con detenimiento—. Este parece que sea un faro; este otro es, sin duda, el ave fénix, pero el último... este parece ser... —caviló—, el sol, ¿no?

Isaac se ajustó los lentes y examinó la runa.

—Eso parece —respondió, no muy convencido.

—Quizá las runas nos indican que en el faro puede estar la clave para revivir al ave fénix. ¿Tiene algo de especial ese lugar? —le preguntó a Isaac.

—Lo único particular es la llama que lo alumbra. Nunca se apaga, es una luz imperecedera —reveló sonsacándonos una sonrisa a Alexa y a mí.

—¿Puedo ir a verlo? —le preguntó Ángelus.

—Sí, claro.

Ángelus levantó la vista y nos miró con optimismo.

—Sé que podemos conseguirlo, pero necesitaré de toda la ayuda que pueda tener y, sobre todo, tiempo —remarcó mirando al rey—. ¿Puedo contar con ello, Edgar?

—¡Chico! —voceó el rey buscando con la mirada al joven sacerdote—. Ve a buscar a los sabios y despiértalos, si hace falta a patadas, para que se

pongan a trabajar de inmediato con esas runas. Esas cacatúas resabiadas llevan demasiado tiempo viviendo de la contemplación y ya ha llegado el momento de que demuestren su valía.

El tonsurado salió pitando de la biblioteca a obedecer la orden.

—Cuenta también con nuestra ayuda, Ángelus —comentó el sumo sacerdote—. Iré a buscar a mis hermanos y, si es preciso, trabajaremos día y noche hasta dar con la solución.

—¡Perfecto! —voceó Edgar dando una palmada—. El resto ya no hacemos nada aquí. ¿Qué tal si ayudamos a mi hijo en la defensa de Rocaviva?

—¡Eso está hecho, abuelo! —dijo Vulcano—. Esta ciudad jamás habrá estado más protegida. Contamos con cuatro poderosas mujeres y un duende de los bosques, capaz de hacer la magia más increíble con su sola presencia, y aquí donde lo ves —dijo zarandeándome por los hombros—, el amigo es un experto con el hacha y siempre consigue sorprenderte con algún que otro as que se guarda bajo la manga. ¡Ya tengo ganas de enfrentarme a ese maldito hechicero albino y atravesarle el corazón con Magma!

Con ese alarde de inconsciencia, salimos de la biblioteca del templo y regresamos al salón del trono para preparar la estrategia de defensa de la ciudad.

Era avanzada la noche cuando nos retiramos a descansar. La reunión con Nicolás y con los oficiales de la ciudadela había sido dura por más que el rey les anunciara los avances que había hecho Ángelus respecto a la profecía. Los generales de marina seguían enrocados en su postura de salir al encuentro de las naves del corsario albino antes de que fuera demasiado tarde, pero finalmente fue el príncipe Nicolás quien les hizo entrar en razones y por fin se pudo dar por terminada aquella interminable reunión.

Apenas pude despuntar unas pocas cabezadas en toda la noche. Hacía mucho frío en la celda que compartía con Vulcano y sus incesantes ronquidos me empujaron a levantarme en mitad de la noche para sentarme en un sofá que había enfrente de la chimenea. Ni si quiera bajo el calor del fuego pude expulsar el frío que parecía haberse hecho fuerte en mi interior. «Esto debe ser producto de la magia negra de ese hechicero», pensé mientras me echaba una manta encima.

En ese momento me pareció escuchar el murmullo de unos tambores y me levanté sobresaltado del sofá para mirar por la ventana. Afuera arreciaba el viento espoleando a las olas que rompían contra el acantilado, pero lo único desalentador que pude ver era la inquietante aurora boreal que parecía estar vigilando nuestros movimientos.

Debí quedarme dormido en el sofá pues, al volver a abrir los ojos, en la chimenea languidecían los rescoldos de un tronco y la luz del alba se colaba por la ventana.

Avivé el fuego, para ver si conseguía entrar en calor, y cuando dejé de echar vaho por la boca fui a despertar a Vulcano.

—¿Qué... qué está pasando?! ¡Ya están aquí! —gritó incorporándose con los cabellos empapados en sudor.

Mi compañero parecía no haber despertado del sueño y, parecía estar mirando a través de mí mientras no dejaba de balbucear frases incoherentes que hacían referencia a muertos vivientes, el gélido invierno y los ojos de la

muerte. Vulcano se dejó caer en el colchón y fijó la vista en el techo.

Pasé la mano por delante de los ojos y, tras chasquear los dedos y darle unas palmaditas en las mejillas, decidí pellizcarle el esternón, obteniendo el mismo resultado. «Y ahora, ¿qué hago?». Entonces recordé que tenía ponche de fuego en la cantimplora y, tras darle a beber un par de tragos, Vulcano pareció volver a la realidad. De paso, le di un buen tiento a la cantimplora para entrar yo también en calor.

—¿Qué te ha pasado, amigo? —le pregunté en cuanto se recostó más calmado en el almohadón.

—¡Lo he visto, Hugo! Su cadavérico rostro, sus ojos, álgidos como el hielo, y su alma gélida —musitó con la mirada perdida—... Sabe que estamos aquí y que tenemos las gemas mágicas. ¡Viene a por ellas!

Nunca lo había visto tan asustado.

—Relájate, tan solo ha sido una pesadilla.

—¡No, ha sido muy real! —gritó, aferrándose a mis muñecas—. No hay humanidad en ese pérfido ser y en sus ojos he visto lo que nos va a hacer. ¡Con él llegará la muerte y la desolación!

—Ese hechicero intenta inocularte la semilla del miedo en el corazón, pero no lo conseguirá. ¡No estás solo! —lo alenté antes de darle a beber otro poco de ponche—. La fortaleza está defendida por miles de hombres valientes y por nosotros, ¿acaso lo olvidas? —le solté, zarandeándolo por los hombros—. Además, estoy convencido de que Ángelus no tardará en dar con la clave que hará revivir al ave fénix de sus cenizas. ¡Ya lo verás!

Vulcano me miró con sus ojos azules y sonrió.

—Amigo mío, te estás convirtiendo en mi faro. ¡No sé que haría sin ti! —dijo con una sincera mirada—. Pero debemos avisar a mi tío y a mi abuelo de las intenciones de Marcus, pues arribará a nuestras costas esta misma noche —añadió torciendo el gesto—. ¡De eso estoy completamente convencido!

Nos reunimos con nuestros compañeros en el comedor de oficiales. Me desencantó no ver a Ángelus allí, más aún cuando el rey nos comentó que todavía no se sabía nada de sus avances. Vulcano le comentó a su abuelo lo que le había revelado el hechicero albino en sueños, cosa que corroboró Lizbeth al haberlo visto también en su bola de cristal, y el rey dio inmediatamente la orden a sus oficiales de que instauraran el estado de sitio en toda la ciudad.

Después del almuerzo salimos afuera a alentar a las tropas. Los oficiales ya

habían movilizado a un importante número de efectivos para defender las murallas y habían enviado un refuerzo de hombres a la guarnición que había en el faro, que sería la que sufriría la primera investida de las fuerzas enemigas. Los ingenieros de la ciudad habían fabricado una lona gigantesca con la que pretendían cegar el faro, en cuanto se avistaran a las naves enemigas, y provocar que algunas de ellas se estrellaran contra las afiladas rocas del arrecife.

El sol apenas calentaba y a eso del mediodía se veló el cielo con unos nubarrones que nada tenían que ver con una tormenta, provocando que cayera aún más la temperatura. Desanimados y hastiados por lo lento que pasaba el tiempo, regresamos a la ciudadela para comer. Las caras de los hombres denotaban la tensión que sufrían al percibir tan cerca la batalla. Por nuestra parte, el caldo caliente y el pollo rustido se encargó de templarnos un poco los ánimos.

Estábamos tomándonos una taza de té cuando apareció Ángelus en el comedor. Le hice un gesto, pero no me vio entre la muchedumbre. Entonces me levanté y fui sorteando a los numerosos soldados que aguardaban cola para el rancho, pero, antes de que llegara a alcanzarlo, vi cómo salía del comedor a toda prisa con una fiambrrera en la mano. Para colmo, mientras regresaba a la mesa vi que Alexa le estaba haciendo carantoñas a Vulcano, sentada sobre sus piernas, y de repente se me quitaron las ganas de acabarme el té.

La tarde, si así se le podía llamar a aquella especie de mortecina luz producida por la gélida bruma que tapaba el cielo, la pasamos como pudimos en el adarve de la ciudadela. Los soldados mantenían las fogatas encendidas y se calentaban las manos sin dejar de mirar de reojo hacia el océano. Vulcano parecía taciturno y ni siquiera me hizo alguna de sus pesadas bromas en toda la tarde. Antes del anochecer, un oficial nos vino a buscar para decirnos que el rey nos había convocado en el salón del trono para concretar la estrategia de defensa con el príncipe y los generales.

Llegamos los últimos y nos sentamos en los huecos que habían quedado en la mesa redonda, al lado de Alexa y de Ángelus. Nicolás comentó que ya casi había sido completada la evacuación de la población a las galerías subterráneas de la ciudadela y que la máxima prioridad era proteger a la armada, que estaba amarrada en el puerto, antes de que llegaran las hordas de Marcus. Alexa, Lizbeth y Tian Shui se ofrecieron a proteger la flota con su magia y salieron de inmediato a cumplir con su cometido, junto con un

nutrido número de soldados de la guardia real. Al resto nos tocaría defender la plaza con uñas y dientes y rezar para que Ángelus consiguiera el milagro antes de la ciudad cayera en manos de Marcus. Aurora y Marcel se quedaron un poco parados al ver que nadie parecía haber contado con ellos, pero Edgar les anunció que tendrían que ayudarlo a coordinar la evacuación de la población y a alentarlos durante la batalla.

Cuando salimos del salón del trono, la niebla había desaparecido; quedaba a la vista un cielo sin nubes. Por el puente levadizo continuaba el éxodo de los últimos ciudadanos que entraban en la ciudadela y poco antes de que cayera la noche, toda la ciudad ya había sido evacuada. Se instauró un espectral silencio.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Vulcano frotando las manos bajo la fogata de la garita.

—Me mata la espera, pero al mismo tiempo temo lo que está por venir —dije mientras ocultaba la cabeza y las orejas bajo un pasamontañas—. ¿Y tú?

El forjador echó una seria mirada hacia el faro y comentó:

—¡Mira cómo se afanan esos valientes para tener preparada la artillería! Saben que serán los primeros que soportarán la embestida de la flota enemiga y que la mayoría de ellos morirá, pero se preparan para la batalla sin vacilar y sin descanso.

No pude evitar estremecerme con las duras palabras de mi amigo, pero tenía razón. El retén del faro tenía una delicada tarea que realizar y aguantarían allí hasta el último momento para causar el mayor número de bajas en las tropas enemiga, pero los supervivientes no correrían mejor suerte, pues regresarían a la ciudad para unirse a los soldados a los que les tocaba defender el primer nivel del fortín.

El sonido de un poderoso cuerno nos alertó de que ya habían avistado al enemigo y acalló el murmullo de la tropa. Miré hacia el horizonte y vi cómo se recortaban las velas de las embarcaciones, diminutas por la distancia, ocupando toda la anchura del océano. En ese mismo instante el sol se ocultó y apareció una aurora boreal que iluminó un cielo sin luna, ofreciéndonos un espectáculo sobrecogedor. El horizonte del océano quedó teñido de negro con las velas de los centenares de barcos que parecían haber emergido de la nada y, aun en la distancia, pude distinguir el eco de los tambores de guerra. En la terraza del nivel inferior, los artilleros se apresuraban a cargar los cañones mientras que los arqueros tomaban posiciones en las torres y a lo largo del adarve para lanzar la primera lluvia de flechas incendiarias en cuanto se

pusieran a tiro las embarcaciones. No obstante, aún faltaba mucho tiempo para que se avistaran las primeras naves cerca de la costa y la armada del hechicero albino haría escala antes en la fortificación del faro.

No podía dejar de dar nerviosos paseos, acariciando el mango de Labrys, mientras veía cómo arribaban las primeras naves a la costa. Al quebrado tronío de un cuerno, los artilleros de la guarnición del faro iniciaron la primera tanda de bombardeos. Los destellos y estallidos se sucedían sin parar al tiempo que se alzaba el danzante brillo del fuego por encima del acantilado provocado por los barcos incendiados. Los soldados de la fortaleza gritaron de júbilo y el espectáculo pirotécnico habría sido digno de ver de no ser porque, al poco tiempo apareció, también, el fuego enemigo.

Los primeros impactos cayeron sobre las torres defensivas del faro haciéndolas saltar por los aires. Los alaridos de los soldados heridos y de aquellos que corrían por la muralla envueltos en llamas eran desoladores. Los artilleros contraatacaron, pero ya no con tanto tino, mientras que los cañones de los galeones negros irrumpían contra las murallas con una puntería infalible; eso sí, sin que cayera ni un solo proyectil cerca del faro. El intercambio de fuego se sucedió en ambos sentidos hasta que cesó de hacerlo la artillería del fortín. Fue entonces cuando aparecieron los primeros grupos de artilleros supervivientes por el puerto, que fueron aclamados como héroes cuando atravesaron las puertas de la ciudad. Por desgracia, el goteo de hombres acabó rápido y sentí cómo se me partía el alma cuando escuché que se cerraban las puertas de la ciudad. Más allá podía escuchar los agónicos gritos de los heridos, alzándose por encima del amasijo de fuego y escombros en que se había convertido la fortaleza del faro.

Volvió a sonar un cuerno que hizo temblar el suelo a nuestros pies y la luz del faro se ocultó, haciéndose la oscuridad. No tardamos en escuchar el estrepitoso crepitar de los barcos que chocaban contra las afiladas rocas de los arrecifes. Sin embargo, Marcus contaba con una imponente armada y pronto vimos doblar las primeras galeras por el acantilado.

Los artilleros de Rocaviva se esmeraron en castigar a las naves enemigas con los certeros disparos de los cañones y hundieron varios de los galeones que se encontraban más cercanos a la costa. El fuego cruzado era ensordecedor pero, cuando parecía que la balanza vencía de nuestro lado, apareció un negro galeón con sus negras y agujereadas velas hinchadas por el viento. El barco avanzó inusualmente rápido y pronto quedó expuesto a nuestra artillería. Los cañonazos tronaron desde la terraza del primer nivel de

la fortaleza, pero ningún proyectil consiguió hacer blanco. Entonces emergieron una cincuentena de cañones a estribor del galeón y se desató la desolación.

Toda la artillería del primer nivel quedó destruida con el primer bombardeo, dejando inutilizado el sistema de defensa de la ciudad ante un inminente desembarco. La siguiente ofensiva pretendía aniquilar al mayor número de soldados, pues, cuando los proyectiles explosionaban, no solo causaban destrozos en las murallas sino que las incendiaban con una sorprendente intensidad. La mayoría de artilleros del nivel inferior perecieron carbonizados y los que sobrevivieron abandonaron sus puestos o saltaron del adarve para huir del fuego. Aquel alarde de aniquilación del hechicero albino no hizo más que hundir la moral de los aterrados soldados, quienes miraban aquella dantesca escena sin poder contener las lágrimas. Tal era la impotencia que los artilleros del segundo nivel hicieron tronar sus cañones, a pesar de que la mayoría de los barcos no estaban a tiro, y lo peor estaba por llegar.

Sonó el cuerno del gran galeón negro y empezó a formarse una gélida bruma alrededor de la flota enemiga que la hizo invisible. Ante la imposibilidad de hacer blanco, cesaron los bombardeos y la oscuridad, que en un primer momento se había convertido en nuestra mejor aliada, ahora nos daba la espalda. Sentí cómo el frío se me infiltraba hasta la médula y tuve el presentimiento de que algo iba mal. «¿Qué estará tramando ese maldito hechicero?», medité mientras afinaba la vista y, a través de la niebla, veía cómo arribaban cientos de botes a la costa. ¡Había empezado el desembarco!

Me puse en contacto con Alexa y le advertí: «*¡Debéis hacer algo para evitar la invasión!*». No obtuve respuesta, pero al momento comenzó a soplar viento de poniente que se encargó de disipar la bruma, poniendo en evidencia la jugada de Marcus. Lo más sorprendente sucedió a continuación, cuando misteriosamente la mar se fue retirando de la costa dejando al descubierto el fondo marino. Me estaba preguntando qué diablos estaba pasando cuando me percaté de que los soldados que tenía a mi lado miraban al océano con cara de espanto. Miré al horizonte y vi una gigantesca ola que se precipitaba sobre el litoral. El maremoto no tardó en llevarse por delante a las primeras embarcaciones que se encontró por el camino, provocando una gran batahola, y no pude reprimir que se me escapara un suspiro de asombro cuando vi que la ingente ola viraba de rumbo para enviar al grueso de naves enemigas contra las rocas del acantilado. Fue entonces cuando percibí que la responsable de aquel fenómeno era la magia de Alexa y Tian Shui.

El estruendo fue desgarrador. Cuando las aguas volvieron a la normalidad, descubrimos que el tsunami había hecho zozobrar a dos tercios de la armada de Marcus, aunque el gran galeón negro y los barcos de mayor envergadura resultaron milagrosamente ilesos y volvían a ocupar posiciones de asalto.

«¡Ya no podemos hacer más, Hugo! Ahora nos centraremos en mantener a salvo la flota de la ciudad», anunció Alexa en mi mente.

Sonó el cuerno del galeón corsario y se retomó el desembarco a la ciudad, esta vez acompañada por el fuego de artillería de sus poderosos cañones. Los proyectiles iban dirigidos a derrumbar las murallas que circundaban las puertas de la ciudad y a crear el mayor número de bajas entre los soldados que las defendían. Los artilleros de Rocaviva recrudecieron la ofensiva y hundieron muchas de las lanzaderas que arribaban a la costa, pero no pudieron evitar que la horda de muertos vivientes invadiera la bahía y marchara implacable hacia la ciudad, y a la ofensiva terrestre se sumó la artillería del gran galeón.

El primer proyectil cayó en la terraza del segundo nivel y, al explosionar, arrasó con la mitad de la artillería. Eché la vista abajo y vi decenas de cuerpos mutilados entre un amasijo de hierros. «¿Cómo es posible que pueda tener tanto alcance?», me pregunté mientras escrutaba con la vista la cubierta del galeón. La respuesta la obtuve en forma de un fognazo proveniente de un cañón de proporciones descomunales. La bombardera acabó con las defensas artilleras de Rocaviva; solo nos quedaba defenderla con flechas y espadas y, al ver a la marea negra que se nos venía encima, pensé que tendríamos que apelar a un milagro de Ángelus para salir airosos de aquella batalla.

El ejército de espectros que asediaba las puertas de la ciudad podía contarse por miles. Si lo que pretendía el hechicero albino al mostrar aquel alarde de fuerza era expandir el terror en los soldados, lo había conseguido. Muchos de los que defendían la puerta huyeron despavoridos ante la imposibilidad de hacer frente a aquella escalofriante horda de muertos vivientes que atravesaban las murallas de la ciudad. Aunque caían a cientos abatidos por las flechas de los arqueros, el flujo de espectros que desembarcaban en la orilla era imparable. Pronto los tendríamos a miles en las puertas de la ciudadela.

Volvió a sonar el cuerno en el galeón negro. Al fijar la vista pude ver, con total claridad, que había salido un bote en el que había una figura albina, de larga cabellera albina, de pie manejando el timón. Pero no podíamos preocuparnos todavía del hechicero: ¡ya teníamos a los espectros encima!

La lucha en las murallas del segundo nivel se estaba encarnizando y las defensas estaban a punto de caer, pues una legión de no muertos transportaban un cañón portátil y también unas escaleras parapetadas y unas largas pasarelas con las que pretendían salvar el foso para llegar hasta los muros.

—Aquí no hacemos nada, Vulcano. Dejemos que los arqueros hagan su trabajo y bajemos al patio de la ciudadela antes de que esos seres endemoniados alcancen sus puertas —le dije a mi compañero, haciéndole un gesto para que me siguiera.

Corrimos por el adarve y cuando llegamos a la plaza Vulcano ordenó a unos soldados, aterrados y escondidos tras los muros, que nos acompañaran para defender la puerta con arco y espada. El patio estaba repleto de fornidos soldados a la espera para entrar en acción. Los gritos se escuchaban cada vez más cerca de la puerta y pronto comenzaron a silbar las flechas desde las torres. Alguien gritó desde el torreón: «¡Ya están aquí!», y al instante se escuchó un estruendo que hizo saltar por los aires la torre y parte de la muralla. Muchos soldados murieron con la explosión, pero los que consiguieron salvarse no corrieron mejor suerte y perecieron en el adarve, abrasados por las llamas que se propagaron por las murallas.

—¡Que nadie abandone su puesto! ¡Disparad a discreción! —gritó Vulcano al ver que algunos vacilaban al ver cómo entraban los espectros por las grietas de los muros.

Los arqueros redoblaron sus esfuerzos y, entre todos, conseguimos mantener cerradas las líneas durante esa primera arremetida, pero el número de espectros parecía inagotable y luchaban con fiereza, sin importarles caer abatidos, pues aun así continuaban batallando, ya fuera a rastras o renqueando. Lo único que conseguía dejarlos fuera de combate era cortarles la cabeza y eso fue lo que hicimos, Vulcano y yo, con todos los que pasaban por nuestro lado, que fueron muchos.

A los pocos minutos, el patio de armas se convirtió en un campo de cadáveres. Muchos de los soldados que fallecían por el enemigo se transformaban en muertos vivientes que se unían a las hordas del brujo albino. Pese a ello, continuamos luchando codo con codo y sin dejar de causar un buen número de bajas entre los no muertos hasta que el empuje enemigo nos obligó a replegar las líneas.

Entonces se alzó el sonido de un cuerno y se abrió el portón de la ciudadela, por donde apareció el príncipe Nicolás acompañado por la

caballería. Los espectros dejaron de luchar y recularon despavoridos, pero fueron arrollados por los caballos hasta que no quedó ni uno en pie. Los soldados aclamaron la providencial llegada del príncipe con vítores, más aún cuando vieron que había venido acompañado por un escuadrón de infantes de marina, pero Nicolás desmontó del caballo y ordenó, a viva voz:

—¡Atrancad las puertas y reagrupar las fuerzas inmediatamente! ¡Lo peor está por llegar!

No acabó de pronunciar la frase cuando un se alzó el estridente bramido de un cuerno.

Y llegó el frío, el gélido frío.

No nos hizo falta ninguna explicación para saber qué era lo que estaba pasado. Los arqueros que defendían la puerta desde el adarve se quedaron petrificados, mirando hacia el otro lado, y los que estaban en el patio de armas acallaron la voces y se miraron entre sí con temor. El príncipe Nicolás ordenó a la caballería que regresara a la ciudadela y los demás cerramos filas con él para batallar cuerpo a cuerpo.

El cuerno volvió a romper el silencio y percibí una presencia que me estremeció. Al mirar a mi alrededor no vi a más de dos mil hombres, a todas luces insuficientes para detener la última embestida de Marcus y a su horda de no muertos, ¡y todavía no había ni rastro de Ángelus!

—Bueno, amigo mío —me susurró Vulcano, sonriente—. Has honrado a tus ancestros luchando con valentía. Para mí será un honor caer el campo de batalla a tu lado, si es que ese es el destino que me tienen deparado los dioses.

—Pero ¿qué estás diciendo, patán? Aún nos quedan muchas juergas por delante y no pienso caer en la primera batalla que libremos contra el Caos —le solté, intentando liberarme un poco de la tensión que llevaba encima—. Pero para mí también es un orgullo luchar con un amigo.

En ese momento, el portón estalló en mil pedazos y los que nos encontrábamos más cerca fuimos impulsados al otro extremo del patio. Vi que Vulcano se levantaba renqueante del suelo, pero ileso, y me incorporé agarrando a Labrys con ambas manos. Los soldados que defendían la puerta o estaban muertos o malheridos y los que había en las murallas echaron a correr por el adarve para ponerse a salvo.

Nicolás le ordenó a tres hombres de su guardia personal que lo siguieran a la puerta.

—¡No vayas, tío! —le gritó Vulcano.

—Ha llegado la hora de que ajuste cuentas con ese malnacido y acabe de una vez por todas con esta locura —masculló al tiempo que desenvainaba la

espada.

El príncipe avanzó con determinación hasta que emergió por la puerta un hombre, alto y muy delgado, cuya melena blanca era ondeada por el viento. El sujeto vestía de uniforme azul marino y en su mano derecha llevaba un bastón de hielo. Con la llegada de Marcus se había detenido la batalla; tanto los soldados como los espectros lo observaban sin pestañear.

—¡Mira quién ha venido a recibirme! —exclamó el brujo con una irónica voz—. Príncipe Nicolás, me alegra mucho verte. ¿Qué tal está tu padre? ¿Se ha repuesto ya de la pérdida de su sumo sacerdote?

—Gracias a los dioses voy a tener el honor de rebanarte el cuello, Marcus —masculló Nicolás, oscilando la espada.

—Pero ¿qué hace ese loco? —murmuró Vulcano echando a correr hacia la puerta.

—¡Mierda! —dije corriendo tras él.

Nicolás se abalanzó sobre el hechicero blandiendo la espada, pero el brujo interpuso su báculo y quebró la hoja por la mitad. El príncipe intentó, entonces, ensartarle lo que le quedaba del arma, pero Marcus esquivó la estocada y, con un certero golpe, le atravesó el corazón con la punta de su bastón.

Vulcano gritó de impotencia al ver desplomarse a su tío en el suelo.

—¡Maldito hijo de puta, vas a morir! —bramó al tiempo que esgrimía a Magma.

El brujo interpuso el bastón, pero el aceró lo quebró y tuvo que dar un salto atrás para evitar que la hoja le cercenara el cuello. Marcus se echó la mano al gaznate y esbozó una mordaz sonrisa cuando la vio ensangrentada.

—Hoy debe ser mi día de suerte, creo que me voy a divertir —murmuró el brujo, mientras hacía brotar de su mano un látigo de hielo.

—¿Qué tal sabe el cálido metal de Magma, el azote de Andhra? —masculló Vulcano con altivez.

Vulcano esgrimió un rápido golpe con el que intentó insertarle el filo de la espada en el corazón, pero el brujo frenó la estocada levantando un muro de hielo plagado de afiladas estacas que, en el acto, lanzó violentamente sobre él con un gesto de brazo. Gracias a los dioses conseguí destrozar los punzones de hielo mediante un certero golpe de Labrys antes de que mi amigo fuera atravesado por la empalizada, aunque no pude evitar que impactara el bloque de hielo. Vulcano cayó de espaldas al empedrado.

—Esto te queda demasiado grande, amigo —le advertí mientras lo ayudaba

a levantarse del suelo—. ¿Qué tal si acabamos con ese miserable entre los dos?

En ese momento el cielo se comenzó a teñir de tonos. Por un momento pensé que aparecería Ángelus montado a lomos del ave fénix para poner fin a aquella batalla, pero me equivoqué; era la maldita aurora boreal que acompañaba a Marcus y lo que apareció por la puerta fue una horda de espectros. Los soldados acudieron a la lucha y Vulcano y yo comenzamos a repeler las embestidas de los no muertos, espalda contra espalda, dejando el suelo sembrado de un amasijo de sangre y huesos. Labrys silbaba con cada golpe de muñeca y de una sola tacada, a veces, conseguía decapitar a dos o tres espectros, pero el ejército del brujo parecía no tener fin mientras que el nuestro iba menguando lenta pero inexorablemente.

Por fortuna vino a rescatarnos la caballería, con el rey Edgar a la cabeza, que cargó arrasando a todos los espectros que se les ponían por medio. No obstante, el monarca tenía una sola cosa en la mente y buscaba con odio al hechicero albino entre la multitud.

—¡Defiende a tu abuelo! Ya hemos tenido suficiente con la muerte del príncipe —insté a Vulcano mientras me defendía dando mandobles por doquier.

El forjador se fue haciendo hueco decapitando a todos los no muertos que se encontraba por el camino, pero no llegó a tiempo para evitar que el rey espoleara a su caballo y cargara contra Marcus. El brujo esperó la embestida y, cuando lo tuvo cerca, agitó el látigo y rebanó las patas del caballo, que se derrumbó en el suelo haciendo saltar por los aires a su montura. Edgar se empotró contra el empedrado y dio varias volteretas hasta que quedarse tendido bocabajo, a pocos metros del hechicero albino.

Vulcano aulló y saltó sobre Marcus con la espada en alto, pero este adivinó el golpe y lo desarmó con un fuerte golpe de flagelo. Magma saltó por los aires y cayó a un par de metros del forjador. Este saltó a por ella con la mano ensangrentada, pero, antes de que consiguiera agarrarla, Marcus convirtió el látigo en una lanza de hielo y se la ensartó en la muñeca. Vulcano gritó de dolor e intentó por todos los medios desatascar la punta de la lanza, que había quedado trabada en el suelo, pero no lo consiguió y observó, con impotencia, cómo el brujo se dirigía hacia el lugar dónde yacía su abuelo con una pérfida sonrisa en la boca.

—Luego me encargaré de ti —le largó con altivez.

La rabia se apoderó de mí y sentí cómo mi fuerza interior conectaba con

Labrys. ¡No me lo pensé! Golpeé con todas mis fuerzas con el hacha el suelo y se abrió una profunda brecha que partió el patio de armas en dos, dejando al rey Edgar fuera del alcance del brujo. Marcus me miró contrariado e hizo aparecer un bastón que dirigió amenazante hacia mí. Por desgracia, ya no me quedaban más energías para repeler el inminente ataque y me preparé para lo peor.

Entonces ocurrió algo inesperado.

Percibí un fulgor en el cielo y, al alzar la vista, vi que la causante de aquel extraordinario fenómeno era Aurora. Estaba levitando en mitad de la plaza, destellando con una intensa luz, la luz de una estrella. «*Aparta la mirada, Hugo, o mi brillo te cegará*», anunció Aurora en mi mente. Agaché la mirada y sentí un intenso resplandor que apenas duro un breve lapso de tiempo.

—¿¡Qué me pasa!?! —gritó el brujo.

Alcé la mirada y vi que Marcus sangraba por las cuencas de los ojos mientras intentaba deshacerse con torpes golpes de lanza de las raíces que habían brotado a sus pies y lo inmovilizaban hasta la cintura.

Se escuchó un estruendo en el faro y vi, con total claridad, la silueta de un enorme pájaro envuelto en llamas que revoloteaba a su alrededor. El fénix se precipitó hacia la ciudadela y Marcus solo pudo girar la cabeza antes de que una inmensa bola de fuego se precipitara sobre él. El brujo alzó el báculo, pero este se desintegró con las primeras llamaradas, igual que lo hizo su cuerpo hasta que se desvaneció. En ese mismo instante los espectros cayeron al suelo, envueltos en una nube de cenizas que se evaporó con los primeros rayos de sol.

El pájaro de fuego graznó mientras cabriolaba, haciendo piruetas en el cielo azul, y al fijar la vista en él me pareció ver una figura menuda, de melena pelirroja, en mitad de las llamas. No pude evitar sonreír al imaginar la desbordante alegría que estaría sintiendo Ángelus a lomos del fénix.

Sin embargo, al volver a mirar a mi alrededor, comprendí que todavía no había llegado el momento de las celebraciones. Una vez desaparecieron los restos de los no muertos, me vi envuelto de cadáveres y no pude evitar echarme a llorar, aunque, al escuchar los lamentos de los muchos heridos que se repartían allá donde mirase, fui consciente de que tampoco había llegado la hora de lamentar las pérdidas; todavía quedaba mucho por hacer.

Me acerqué a Vulcano y lo liberé de la lanza que atravesaba su muñeca.

—Al final, Ángelus lo consiguió —suspiró el forjador, alzando la vista al cielo.

—Déjame echarle un vistazo a esa herida —le comenté mientras me arrodillaba a su lado. Saqué una venda de la mochila y, tras desinfectar la muñeca con un poco de ponche de fuego, le hice un vendaje de urgencia—. Espero que aguante hasta que Alexa te cure —añadí con un guiño. Vulcano se levantó y se dirigió hacia el lugar donde yacía el cuerpo de su abuelo. Se sentó y tomó la cabeza del rey en su regazo—. ¿Qué tal está?

—Todavía está inconsciente. Se llevó un buen golpe, pero es un hombre fuerte y se pondrá bien.

No había acabado de pronunciar la frase cuando apareció Marcel, acompañado de Aurora.

—¡Eso lo arreglo yo en un santiamén! —exclamó el duende mientras se arrodillaba al lado del monarca.

Marcel sacó un pañuelo y lo embadurnó con un líquido que vertió de una ampolla antes de acercarlo a las fosas nasales del rey. De inmediato, Edgar dio un respingo y se incorporó con los ojos desorbitados. Miró a Vulcano y también a Marcel, pero parecía que estuviera buscando a alguien más. De pronto, me entraron ganas de llorar.

—¿Dónde está mi hijo? —farfulló nervioso—. ¿¡Dónde está Nicolás!?

Vulcano lo ayudó a levantarse y lo acompañó al lugar donde había caído el príncipe. Lo custodiaban cuatro soldados de la guardia real, quienes se postraron ante el rey en señal de duelo. Edgar lloró la pérdida de su hijo, acompañado por Vulcano. Me aparté para dejarles en intimidad y, de paso, para darle un buen trago a mi cantimplora de ponche de fuego.

—¿Empinando el codo de buena mañana? —escuché la burlona voz de Alexa, detrás de mí.

Sonreí y corrí a abrazarla sin poder contener la emoción.

—¿Qué haces dándole sermones al pobre Hugo? Ha sido muy valiente y se merece no un trago sino un barril entero de ese brebaje —alegó Marcel en mi defensa.

Alexa me plantó un par de besos en las mejillas, sin importarle mancharse la cara de sangre.

—¡Perdóname, te he puesto perdida! —me disculpé al ver que tenía las ropas teñidas de grana.

—¡Vaya, esto sí que es bueno! ¿Has tenido que luchar contra cientos de espectros y lo que más te preocupa es manchar de sangre la ropa de Alexa? —se carcajeó Marcel—. ¡Tómame un poco de esto! —añadió pasándome una cantimplora—. Es agua de savia y seguro que te revitaliza tan bien como tu

brebaje aunque sin dejarte resaca. Aún nos queda una larga jornada por delante.

El duende tenía razón. El día sería muy largo y tendríamos que afrontarlo lo más frescos posible. Por lo menos, saber que mis amigos se encontraban bien mitigaba, en parte, el dolor que sentía por la multitud de pérdidas que habíamos sufrido. Los caídos en la batalla serían el triste recuerdo que me llevaría de la dimensión del Norte, pero tenía el consuelo de saber que la población civil no había corrido ningún daño.

El sol se ocultó y un cálido aleteo nos advirtió de que algo sobrevolaba por encima de nuestras cabezas. El ave fénix batió las alas, ya sin fuego, y se posó suavemente en el patio de la ciudadela. De él desmontó Ángelus, quien se acercó al lugar donde estaba el rey para darle sus condolencias.

—Siento que la solución haya llegado demasiado tarde, Edgar. Lo hemos intentado hasta el último momento —se disculpó antes de darle un abrazo.

El monarca lo miró con ojos vidriosos e hizo un esfuerzo por sonreír.

—Mi hijo murió defendiendo a su pueblo con honor y valentía, como debe morir un soldado —advirtió apesadumbrado—. Para vosotros solo puedo tener palabras de agradecimiento. Habéis inoculado un hálito de esperanza en el corazón de los norteños. ¡Desde la gran guerra no los había visto luchar con más convicción y fiereza! Y nos habéis devuelto a nuestra criatura más insigne —comentó mirando con orgullo al ave fénix—. Hoy es un día que jamás hemos de olvidar por más que la tristeza nos rompa el corazón. Lloremos a los caídos, enterrémoslos con honores y después celebremos con ellos la victoria en una cena de gala —voceó, provocando que los presentes gritaran al unísono: «¡Gloria a los caídos!»—. Ahora debo enterrar a mi hijo para que descanse al lado de su madre, quien nos aguarda desde que falleció en la gran guerra, y a vosotros os dejo la penosa tarea de darle una digna sepultura a los muertos. Será un largo día, pero la noche se encargará de aligerar un poco el pesar de nuestros corazones.

El rey encabezó la comitiva encargada de transportar los restos del príncipe al interior del templo del trono y con su triste paso fúnebre los vimos desaparecer tras el umbral.

La batalla de Los Espectros, como así la bautizaron los poetas de la ciudad, sería recordada con orgullo por las generaciones venideras del reino del Norte a pesar de la muerte y dolor que trajo consigo. Más allá de la épica y la gloria, aquella experiencia me ayudó a creer en los milagros. Después de todo, no hay fuerza del Caos que sea capaz de superar la entereza de un

pueblo unido.

Con ese pensamiento iniciamos la reconstrucción de la ciudad.

Los oficiales se encargaron de organizar varios retenes: uno para que sofocasen los fuegos que todavía no habían sido apagados, otro para amortajar a los soldados caídos, de forma que pudieran recibir el último adiós de sus familiares, y un tercero, para que montaran un hospital de campaña en el patio de armas del segundo nivel para así poder tratar a los soldados heridos, que eran muchos. Marcel, quien conocía las increíbles propiedades sanadoras de las lágrimas del ave fénix, tomó las riendas de organizar las tareas médicas junto con Alexa y, gracias al encomiable saber y entrega que ambos demostraron, se pudieron salvar a muchos de los soldados que llegaron al hospital.

Por la tarde despedimos con honor a todos los caídos y el rey se encargó de officiar un sentido funeral en el patio de armas de la ciudadela. El príncipe Nicolás fue enterrado en el panteón familiar, junto a su madre, y el resto de víctimas fueron incineradas, como era costumbre en la ciudad, en el interior de un enorme barco funerario que arrojaron a la mar para que el fuego purificador enviara sus almas al Inframundo.

Al anochecer, toda la ciudad se engalanó para la cena conmemorativa de la victoria de la batalla de Los Espectros. La mesa la presidió el rey Edgar, visiblemente afectado, acompañado de Vulcano. Nosotros ocupamos un lugar privilegiado en la mesa y, durante la velada, Ángelus nos relató lo que había acontecido hasta que consiguieron dar con la clave para despertar al ave fénix de su letargo.

—Cuando os marchasteis, el equipo de Isaac y los sabios se pusieron a trabajar en descifrar las runas mientras nosotros poníamos rumbo al faro para ver si allí descubríamos alguna pista que nos ayudase a desvelar el misterio del ave fénix, pero allí no hallamos nada y no nos quedó más remedio que regresar al templo y centrarnos en el estudio de las runas.


»Nos pasamos toda la noche buscando en los libros de la biblioteca y en el manuscrito de Ceres alguna información relacionada con las grafías y

pictogramas, pero al amanecer tuvimos que darnos por vencidos. Estábamos tan cansados que nos retiramos a una celda para echarnos una pequeña cabezada, que resultó ser providencial, pues mientras dormía tuve una revelación.

»Desperté a Isaac y regresamos a la biblioteca. Esta vez ni me molesté en intentar descifrar las runas, pues si estaba en lo cierto no nos daría más información que la que nos daban los pictogramas, y empecé a darle vueltas a lo que representaban: el faro, el ave fénix y el sol. Tenía que haber una relación que explicase aquella secuencia y, después de mucho meditar, llegué a la conclusión de que lo que representaban los pictogramas era el ritual que debía hacerse para revivir al fénix de sus cenizas. El pictograma que creíamos que representaba al sol, en realidad, hacía referencia a la llama imperecedera que ilumina al faro y, al interpretar a los tres pictogramas en conjunto, comprendí que, para resucitar al ave fénix, teníamos que depositar las cenizas en la llama imperecedera del faro. Así que así lo hicimos.

»Llegamos al faro tocados por el atardecer y subimos a la cúspide para poner en marcha nuestro plan. Sin embargo, cuando esparcimos las cenizas encima de la llama blanca, no ocurrió nada. Me senté en el suelo, desesperado, intentando hallar una respuesta, y fue Isaac quien me la reveló. Para interpretar correctamente la información deberíamos haber relacionado los pictogramas con la profecía. Entonces me acordé de ti, Hugo, cuando vaticinaste que el ave fénix renacería con el nacimiento de un nuevo sol. Eso quería decir que, en el caso de que nuestra hipótesis fuera cierta, tendríamos que esperar al amanecer para poner en práctica el experimento.

»Nos quedamos en el faro y, cuando empezaron a tronar los cañones, utilicé la magia del cetro para proteger el faro de la artillería del hechicero albino. Nada pudimos hacer para evitar la masacre en el fortín y vimos, impotentes, cómo los valientes artilleros lucharon hasta que las baterías fueron desarticuladas por el fuego enemigo y a los supervivientes no les quedó más remedio que huir hacia la ciudad.

»A medida que fueron pasando las horas y recrudesciendo la batalla, se fue también desvaneciendo mi esperanza de que Rocaviva resistiera hasta el alba. Pero ¡no podía ser! La profecía decía claramente que el fénix conjuraría la amenaza del Caos; algo habíamos interpretado mal. Fue en ese momento de profunda desazón, mientras contemplaba la filigrana  bordada en el paño que contenía las cenizas, cuando tuve una revelación que resolvió el misterio. ¡El símbolo también formaba parte de la ecuación!

Consulté el manuscrito de Ceres y descubrí que uno de los significados del símbolo era que representaba un camino inverso, desde el final hacia el principio. Al relacionarlo con la profecía comprendí que el fuego que refulge entre la oscuridad y la luz no era el del sol del amanecer sino el que lo hace durante ese camino que va desde la oscuridad hacia la luz, o sea, el de las estrellas. ¡Y nosotros contábamos con una capaz de brillar con luz propia!

»Me puse en contacto con Aurora y le pedí que liberara la energía de su alma para que resplandeciera con su máximo esplendor. A Marcel lo insté a que utilizara su magia para evitar que el brujo albino pudiera escapar. El resto ya lo sabéis —concluyó.

El salón se quedó en silencio hasta que un espontáneo se atrevió a romperlo con unos tímidos aplausos. Al instante a este se unieron muchos más y, en un momento, se produjo una ovación que no se olvidaría en años en la ciudad, y a los aplausos le sucedieron los vítores en honor a los caídos. Eso provocó que Marcel sacara su flauta y, con su música y los improvisados versos de los poetas, se interpretara la primera canción que en honor a la batalla de Los Espectros.

Después de la cena, quise evadirme de la efusión y las emociones vividas en aquella inolvidable velada y salí a la terraza buscando algo de intimidad. Hacía mucho frío, pero me sentía a gusto escuchando el murmullo de la calmada mar y disfrutando del aroma a tabaco que exhalaba mi pipa.

—¡Por fin logro dar contigo, Hugo! ¿Qué haces aquí afuera, con el frío que hace?

Alexa me observaba, apoyada en el marco de la puerta de la terraza, envuelta en una capa. Un golpe de aire le alborotó el cabello, acentuando su salvaje belleza.

—¡Cuánto te ha crecido el pelo! Estás muy guapa con el cabello suelto —improvisé, viendo cómo se me acercaba sonriente.

—No creas que con tus halagos voy a perdonarte el haberme dejado tirada ahí adentro —bromeó al tiempo que se me colgaba del brazo.

—¿Y Vulcano?

—Ya sabes cómo es... En cuanto se abandona a la juerga, no puede evitar sucumbir al encanto de las jovencitas que revolotean a su alrededor —dijo, para mi sorpresa—. ¡Es broma, tonto! —declaró con una carcajada—. Vulcano no se ha separado de su abuelo; todavía está muy afectado por la muerte de Nicolás.

Nos quedamos en silencio, contemplando el centelleo de las estrellas reflejado en el océano, hasta que el silencio empezó a ser tan tenso que no lo pude soportar.

—¿Cómo va vuestro noviazgo? —dije, poniendo sobre la mesa la cuestión que nos incomodaba a los dos.

Alexa dibujó una tímida sonrisa.

—Vulcano es muy tierno conmigo y se está comportando como un caballero. Creo que nos va bien —precisó, mordiéndose el labio.

—¿Solo lo crees?

—¿Qué quieres decir? —me preguntó mirándome con sus preciosos ojos grises.

—Bueno, pensaba que ya sabrías lo que sientes por él. —Alexa se acurrucó en su capa y echó la mirada al frente—. No me hagas caso. No tengo ningún derecho a...

—No, te entiendo —me cortó ella—. Sigo igual que perdida que siempre, pero esta vez presiento que estoy tomando la dirección correcta.

En ese instante se abrió la puerta de la terraza y emergió Vulcano con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Dónde se ha metido mi preciosa novia? —comentó antes de darle una calada a su cigarrillo—. ¿No lo escuchas? —dijo moviendo el cuerpo rítmicamente—. Ha empezado el baile. ¿Te lo vas a perder?

Alexa me sonrió con un guiño y echó a caminar hacia él.

—¡Pasadlo bien, pareja! —dije con la mejor sonrisa que pude interpretar.

—Pero ¿no te vienes? —atajó, contrariado, Vulcano—. ¡Ya has pasado suficiente frío esta noche! ¡Venga, para adentro! Hay una pelirroja de ojos castaños que me ha preguntado por ti —añadió con ojos pillos.

—Ahora entro —mentí—. Aún no he acabado de fumarme la pipa.

El forjador se encogió de hombros y luego entró al salón, llevándose en volandas a Alexa.

Me apoyé en la baranda y le di una calada a la pipa, pero esta se había apagado. Palpé los bolsillos buscando las cerillas. Sin embargo, cuando las encontré me di cuenta de que se me habían quitado las ganas de fumar.

CAPÍTULO 6.

EL REINO DE OCCIDENTE.



«Los bosques más antiguos ocultan unos secretos que no deberían ser desvelados a no ser que se esté preparado para conocer la verdad».

Pasamos varios días reconstruyendo Rocaviva. La batalla de Los Espectros había producido estragos en la ciudad pero, gracias a la magia de Ángelus, quien cada vez integraba más rápidamente las doctrinas del manuscrito de Ceres en el uso del cetro de Horus, el portento de Marcel, quien hacía brotar vida con su don, y a la fortaleza y resolución que mostraron los norteños trabajando a destajo, en unas pocas jornadas conseguimos levantar las casas caídas, los muros y torreones derribados en la ciudadela y recuperar la plena actividad en el fortín del faro.

No obstante, no todo el tiempo lo destinábamos al duro trabajo. Todas las tardes nos íbamos a contemplar el atardecer en la terraza de la ciudadela con una buena jarra de cerveza en las manos. Era nuestro momento de paz y simplemente nos quedábamos maravillados ante la salvaje belleza que desplegaba la ciudad con la puesta de sol. Por las noches, además, me colaba a hurtadillas en la habitación de la pelirroja que me presentó Vulcano para retozar con ella hasta altas horas de la madrugada. Sin embargo, todo lo bueno tiene su final y, una vez la ciudad hubo recuperado la normalidad, decidimos que ya había llegado la hora de nuestra partida y que así se lo haríamos saber al rey, cuando nos reuniéramos para cenar en el salón del trono.

Me sorprendió no ver a Vulcano ni a Lizbeth en nuestro habitual lugar de encuentro, pero pensé que igual ya nos habían adelantado y encaminamos nuestros pasos hacia el alcázar. La puerta del salón estaba abierta y, al acercarnos, vi que Edgar se hallaba sentado en el trono, con la barbilla apoyada en su puño derecho. Mostraba un serio semblante y unas marcadas ojeras, aunque se esforzó por cambiar la cara cuando nos vio entrar.

—¡No os quedéis ahí parados, amigos míos! ¡Pasad! —exclamó Edgar, levantándose rápidamente del sitial.

El monarca nos instó a que nos sentáramos alrededor de una mesa redonda, que habían montado para la ocasión cerca de la ventana, y dio un par de

sonoras palmadas con las que entraron unos camareros cargados de humeantes bandejas.

—¿Dónde diablos se habrán metido esos dos? —le susurré a Alexa al ver que no aparecían.

En ese momento se abrió la puerta con estrépito e irrumpieron Vulcano y Lizbeth por el umbral.

—Perdona el retraso, abuelo, pero tenemos que decirte algo muy importante —anunció con voz nerviosa—: ¡hemos recibido noticias de mi madre!

Se produjo un tenso murmullo en el salón que el rey aplacó dando una palmada encima de la mesa.

—¿De qué estás hablando, hijo? ¿Cómo está mi Helga? —le preguntó emocionado.

Nuestros compañeros tomaron asiento en la mesa y nos relataron lo que habían descubierto.

—¡La reina se encuentra muy bien! —respondió Vulcano, sin poder contener su entusiasmo—. Lo mejor de todo es que no está sola. El general Norman, lugarteniente de los guerreros del oso blanco, se ha hecho fuerte en la fortaleza de Gélida y está aunando un ejército con el que espera alzarse contra la bruja blanca... pero será mejor que te lo explique Lizbeth; ha sido ella la que ha conseguido ponerse en contacto con la reina a través de la bola de cristal.

Los ojos del rey se clavaron en los de la vidente.

—¿Qué es lo que te ha dicho Helga, mi señora?

—Por desgracia no he podido hablar con ella, tan solo he percibido en la bola lo que su hija me ha proyectado con sus pensamientos —advirtió Lizbeth con cautela—, pero ha querido que supiéramos que se encuentra bien y que tiene conocimiento de nuestra victoria sobre Marcus; se lo escuchó decir a un acólito de Andhra.

—¡No sabes lo feliz que me hace esa noticia! —advirtió Edgar emocionado—. ¿Y qué sabes de la resistencia? ¿Para cuándo está preparado el asalto a la ciudad?

—Creo que todavía no cuenta con suficientes efectivos para hacerlo y...

—¿¡Y a qué estamos esperando para ayudarlos!? —declaró el rey, levantándose de la silla.

—A que llegue el momento preciso de hacerlo —apuntó Lizbeth con cautela.

—¿Y cuándo llegará!? —le increpó.

Lizbeth bajó la mirada y se produjo un tenso silencio. Vulcano decidió intervenir entonces.

—Abuelo, nadie más que yo tiene ganas de echarle el guante a Andhra, pero hacerlo ahora sería un suicidio; la muerte de su hermano está muy reciente y no quiero poner en riesgo la vida de mi madre —alegó llevándose la asesina mirada del rey—. Además, confío en la intuición de Lizbeth ciegamente y, si ella dice que todavía no ha llegado el momento...

—¡Tonterías! Si esa bruja no ha matado ya a tu madre es porque sabe que le sirve más viva que muerta y porque su poder es limitado mientras continúe aislada en la dimensión. ¿Cuándo encontraremos una ocasión mejor que esta para darle el golpe de gracia a Andhra? Con el ave fénix y los emisarios de Horus ,seremos invencibles —aseveró, relamiéndose los labios.

—¿Te escuchas, abuelo? Hablas igual que lo hacía Nicolás, movido por el odio, y mira adónde lo ha llevado. —Edgar torció el gesto—. ¡Helga es la única hija que te queda, joder! ¿Es que también la quieres perder?

Ambos hombres se enfrentaron con la mirada.

—No ganamos nada discutiendo entre nosotros, caballeros —medié levantándome de la silla—. Edgar, confiaste en nosotros cuando nos vistes arribar en La Barca Blanca. ¿Tanto ha cambiado desde entonces tu opinión? —El rey agachó la vista—. Sé que no es fácil lidiar con el dolor que produce la muerte de un ser amado, pero todos hemos perdido a alguien muy querido por el camino y lo único que podemos hacer para evitar que esas muertes hayan sido inútiles es confiar los unos en los otros. Si no, ¡créeme!, no nos quedará esperanza.

Edgar se dejó caer en la butaca.

—Lo siento mucho. —se disculpó—. Hugo: tu padre debe de estar muy orgulloso de ti, allá adónde esté. Espero que sepas perdonar a este viejo idiota. A veces se me olvida lo fácil que es caer en el desánimo cuando la pena te aflige el corazón. Sin embargo, gracias a los dioses —advirtió alzando la vista—, os tengo a vosotros.

Vulcano abrazó emotivamente a su abuelo y le susurró:

—Lo conseguiremos... ¡ya lo verás! Pronto liberaremos a la reina Helga de las cadenas de la Oscuridad.

Después de cenar nos retiramos a descansar, pues la intención era partir con las primeras luces del día. Aquella noche esquivé el impulso que me

incitaba a pasar mis últimas horas en el reino del Norte en los brazos de mi fogosa amante y dormí solo en mi habitación.

Por la mañana nos reunimos con los mandatarios de Rocaviva en el patio de armas de la ciudadela y esbozamos la estrategia que seguiríamos una vez hubiéramos concluido la reunificación de los reinos de la Luz. El rey Edgar esperaría nuestra señal y la magia del ave fénix se encargaría de abrir la puerta dimensional para conducir la armada del Norte a la guerra contra el Caos.

Se escuchó un graznido y, al levantar la vista, vi al fénix describiendo unas piruetas en el cielo azul. Ángelus le silbó y el pájaro descendió hasta que se posó en el suelo con un vigoroso agitar de alas. El ave se le acercó y el mago le acarició el pico mientras soportaba sus cariñosas embestidas.

—Cuídalo bien, Isaac —le comentó, a la vez que hacía un gesto para que se aproximara.

El fénix escrutó al sacerdote con los ojos y luego le acercó el pico en señal para que se lo acariciara.

—No te preocupes, Ángelus. No le faltará de nada —respondió el sumo sacerdote mientras deslizaba un terrón de azúcar en su boca.

—Estad atentos a su señal. El ave Fénix arderá en llamas y sabréis que ha llegado el momento de partir.

Nos despedimos de nuestros amigos y nos dirigimos al puerto, donde nos esperaban los infantes de marina para llevarnos a la puerta dimensional en La Barca Blanca. Nos hicimos a la mar, esta vez sentados en unos cómodos butacones que habían habilitado en la cubierta, y nos alejamos de Rocaviva bajo la atenta mirada del fénix, que nos seguía sobrevolando nuestras cabezas.

Una vez desembarcamos, recorrimos la senda que nos conduciría a lo alto del acantilado y, una vez allí, saqué las gemas mágicas y se abrió una puerta dimensional. Me sorprendió no haber tenido que conectar con ellas para activarlas y supuse que ya no dependería más de mi intuición el destino escogido.

Dejé que atravesaran mis compañeros el portal y no pude evitar echar un último vistazo a Rocaviva antes de abandonar la dimensión.

Nada más llegar al nuevo mundo, Marcel no pudo reprimir un suspiro de asombro al contemplar el valle, sitiado por abruptas montañas, en el que nos encontrábamos. Los bosques de abetos se extendían hasta donde alcanzaba la

vista, tiñendo de verde y marrón el paisaje, mientras el cielo se iba cubriendo con una densas nubes violáceas que les otorgaba un aspecto vetusto y salvaje.

Comenzó a caer una fina lluvia y salimos de la senda para protegernos bajo los árboles, donde aprovechamos para quitarnos los abrigo, pues la temperatura que hacía en aquel lugar era muy agradable. Una vez me acomodé la mochila a la espalda, salí de la arboleda para contemplar el paisaje y dejar que la suave brisa que se había levantado, transportando el dulce aroma a tierra mojada, me embelesara antes de dejarme guiar por mi instinto, pero me resultó imposible, pues la profundidad de los bosques que nos rodeaban desprendía una energía que me encogía el alma.

—¿A qué dimensión habremos ido a parar? —preguntó Tian Shui mientras paseaba la vista entre los árboles.

Vulcano se encogió de hombros y respondió:

—Ni idea... Yo solo había visitado la dimensión del Norte para ver a mi familia, pero jamás tuve interés de aventurarme en las demás.

—A mí me recuerda a tu mundo, Marcel, pero más abrupto y arcaico —aventuró Alexa.

El duende se acuclilló y cogió un puñado de arena del suelo.

—Los árboles y la tierra me dicen que nos hallamos en la dimensión de Occidente. Es el reino más antiguo de todos y estos son los bosques más profundos que haya visto jamás. En ellos percibo poderes tan primigenios como el mismo universo.

Al poco dejó de llover y Marcel nos sugirió que tomamos un sendero que se introducía en el bosque. A medida que nos adentrábamos en la arboleda, se acentuaba mi sensación de que éramos observados por unos ojos invisibles. También sentía una mareante sensación de agobio, como si me faltase el aire, pero lo achaqué a la poca luz que dejaban pasar las pobladas copas de los árboles y a la dura marcha que imponía Marcel; parecía que tuviera prisa en dejar atrás aquel vetusto bosque. A los pocos kilómetros, el sendero se ensanchó y nos condujo a la orilla de un caudaloso río que partía el bosque en dos.

Me arrodillé en el margen y me eché un poco de agua por el cuello para ver si conseguía así mitigar un poco el cansancio que sentía. El agua estaba fría y tenía un ligero sabor azafranado que calmó de inmediato mi sed, pero, cuando me fui a levantar, se coló una danzarina voz en mi cabeza que me advertía:

«¡Ha llegado el señor de la Tierra, el liberador de los durmientes, el

hermano de la Luz! Pero ¡ay, pobre de ti! Cuídate de las arpías o te conducirán a las tinieblas con sus afilados dientes de cristal y despertarán en tu alma a la bestia para atarte a la Oscuridad».

—¿Qué te pasa, amigo? Te has quedado pálido —me preguntó Ángelus, quien se había arrodillado a mi lado para llenar la cantimplora de agua.

Al oír su voz desaparecieron las voces, pero no mi inquietud.

—No estoy seguro, pero de pronto —dije algo mareado— me siento muy cansado.

El mago me tocó la frente y me inspeccionó por debajo de los párpados.

—Parece estar todo correcto. El cansancio debe estar motivado por tus locas escapadas nocturnas en pos de la preciosa pelirroja que te agenciaste en la ciudad —dictaminó sonriente—. ¡Ves! Ya comienzas a tener color en las mejillas. En cuanto descanses en poco se te pasará la flojera.

Yo sabía que aquella no era la causa, pero no quise agobiarlo con mis preocupaciones y me levanté para reunirnos con el resto de compañeros, quienes nos estaban esperando sentados en un tronco a un lado del camino.

Volvimos a reanudar la marcha por una vereda que serpenteaba siguiendo el cauce del río y, a la media hora de caminata, este se ensanchó al tiempo que se empezaba a escuchar un gran estruendo a lo lejos. La causante de aquel bullicio era una impresionante catarata que drenaba el agua del río por un tajo que parecía no tener fin, ya que la nube producida por la caída no dejaba ver el fondo.

—¿Y ahora qué? —refunfuñó Vulcano, secándose los goterones de sudor de la frente con las mangas de la camisa.

—¿Qué raro! —dijo Marcel mientras reseguía la amplitud del salto de agua con la mirada—. Esta catarata no parece natural; es más, estoy seguro de que no lo es. ¿Veis el relieve del borde por donde caen las aguas? —añadió señalando con el dedo—. ¿No os parece demasiado recto y uniforme como para haberse producido de forma espontánea y natural?

—Ahora que lo dices —dije fijando la vista—, tienes razón. Más que una catarata, parece una presa desbordada.

—¿Y eso responde a mi pregunta? —señaló Vulcano con fastidio.

Marcel le dedicó una inquisidora mirada y le soltó:

—¿Y por qué no la buscas tirándote por la cascada? Venga, dejémonos de charlas y busquemos un camino alternativo que nos vuelva a llevar al río allí abajo.

El duende oteó a su alrededor y tomó el único sendero transitable que

descendía a un lado de la catarata y que, gracias a su don, se convirtió en una suave alfombra. Una vez acabamos el descenso, continuamos caminando un buen rato por una senda que nos condujo a una encrucijada. Hacia un lado se escuchaba el rumor del río y hacia el otro el camino se introducía en un tupido bosque. Marcel puso rumbo hacia los árboles.

—¿Ahora ya no buscas el río? —le inquirió Vulcano.

—¡Pues no! —atajó, de malas formas, antes de acentuar el ritmo de su marcha.

Parecía que Marcel había perdido el hábito de responder a las preguntas con preguntas desde que se había convertido en humano. Apreté el paso y, cuando estuve a su altura, le pregunté:

—¿Qué te pasa, amigo?

—Se nos está haciendo tarde y no me gustaría pasar la noche en este bosque. Presiento un poder oculto, no muy lejos de aquí, que procede de una criatura primitiva, no carente de inteligencia y sumamente peligrosa —advirtió sin apartar la mirada del camino—. Más valdrá que extrememos las precauciones.

Vulcano, que al parecer estaba escuchando la conversación, se nos acercó y nos comentó:

—Entonces será mejor que abra yo la marcha y que Hugo cuide la retaguardia. Magos, estad atentos a cualquier movimiento sospechoso que percibáis —voceó para que todo el mundo se enterase.

El forjador se puso al mando de la marcha y echó a andar a grandes zancadas, cosa que no me dejó otra opción que forzar el paso para no quedarme muy atrás. Al poco, empecé a sentirme muy cansado, tanto que tuve que pararme para secarme el sudor de la frente con un pañuelo.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Alexa, quien, al ver que me había quedado retrasado, decidió retroceder el camino andado.

—Creo que es el bosque —dije, casi con un hilo de voz—. Me está absorbiendo la energía. ¿No lo notas tú?

Mi compañera alzó la vista, pensativa, y luego negó con un gesto.

—Toma un trago de agua y te encontrarás mejor —dijo pasándome la cantimplora.

Di un pequeño buche de agua y me remojé la nuca para ver si me despabilaba.

—Llámame alarmista, pero este lugar me da mala espina —le comenté mientras le devolvía la cantimplora.

Alexa dio un sorbo de agua y la guardó.

—¿Por qué lo dices? ¿Por lo que ha dicho antes Marcel?

—¡No es por eso...! Bueno, ¡sí, también! —refunfuñé rascándome el cogote—. Este maldito bosque nos está alejando del cauce del río y nos está llevando hacia dónde se le antoja. ¡Mierda! Pero ¿por qué estoy tan cansado? —dije apoyándome en un árbol.

—Hugo... —dijo Alexa apoyando la mano en mi hombro—. Tenemos que seguir o vamos a perder a los demás.

Miré hacia el camino y bufé antes de echar a andar, con el paso más rápido que me permitía el cuerpo, detrás de Alexa. Me sentía culpable por haber retrasado a mi compañera, así que intenté forzar un poco más. Al pasar por una senda recubierta de hojarasca, resbalé y me caí por un barranco, con la mala fortuna de arrastrar también a Alexa al agarrarme miserablemente de su brazo.

Comenzamos a dar volteretas y tumbos hasta que nos quedamos trabados entre las púas de un inmenso zarzal. Escuché los improperios de Alexa cerca de mí y, al echar la vista a un lado, vi cómo intentaba liberar una pierna de las zarzas.

—Pero ¿en qué estabas pensando, Hugo? —me recriminó en cuanto consiguió deshacerse de los espinos.

—Lo siento, ¡no sé qué me ha pasado! —repliqué sin poder zafarme de las afiladas púas—. ¿Puedes ayudarme?

Mi compañera se sacudió el polvo del pantalón y me ayudó a desenredarme de las espinas. Cuando, por fin, pude ponerme en pie, no pude evitar mirar hacia el final del terraplén y me alegré de que la fortuna hubiese plantado un zarzal en aquel lugar, pues había evitado que nos despeñásemos contra unas afiladas rocas. Luego alcé la vista y me percaté de que habíamos caído un buen trecho, tanto que no alcanzaba a ver el sendero. Entonces se escuchó un ruido, en lo hondo del barranco, que me puso los pelos de punta. Aguantando la respiración, miré hacia abajo y descubrí que las rocas habían desaparecido y que en su lugar se había abierto un negro boquete.

—Alexa, ¡salgamos cagando leches de aquí!

No había llegado a acabar la frase cuando emergió un grueso tentáculo de la oquedad. El apéndice reptó como un rayo por el suelo y trabó del tobillo a Alexa, haciéndola caer de boca antes de arrastrarla hacia el abismo. Empuñé a Labrys y descendí dando saltos hasta que conseguí cercenar el palpo. El inhumano alarido que brotó de las profundidades de la hondonada me dejó

horrorizado, pero no esperé a ver qué salía esta vez del agujero y tomé la mano de Alexa para echarnos a correr barranco abajo hacia una arboleda.

Con las prisas, no nos dimos cuenta de que en nuestro camino se cruzaba un arenal y, nada más poner un pie en él, comenzamos a hundirnos en la tierra.

—¡Tú, ni te muevas! —me advirtió Alexa mientras intentaba agarrarse al extremo de una raíz de sauce que sobresalía del suelo.

La maga estiró el brazo pero, como no llegaba a alcanzarla, hice caso omiso a su advertencia y la empujé con el mango del hacha hasta que consiguió aferrarla. El esfuerzo me costó hundirme en las arenas hasta los hombros, pero valió la pena y mi compañera pudo salir con agilidad del arenal.

—¡Rápido! —le grité cuando se me tragó la tierra hasta el cuello.

Alexa arrancó un largo ramal del sauce y me lo tiró antes de que la arena me llegase a la boca. Agarré el cabo con la mano de izquierda mientras, con la derecha, lanzaba a Labrys fuera del arenal, y poco a poco conseguí escapar de aquel mortal agujero.

Me dejé caer bocarriba para retomar el aliento, pero el estremecedor graznido provocó que me incorporara de un salto del suelo justo a tiempo para ver cómo emergía la cabeza de una monstruosa criatura por la negra oscuridad.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué clase de horror es ese? —exclamó Alexa con la cara desencajada.

El monstruoso ser tenía una cabeza de serpiente, de la que emergían sus largos apéndices, y un cuerpo de batracio recubierto de gruesas escamas. La bestia flexionó sus cuartos traseros y pegó un salto con el que se plantó delante de nosotros, mostrándonos su lengua viperina.

—¿No puedes echarle un hechizo de los tuyos? —le pregunté a Alexa al tiempo que recogía el hacha del suelo.

—¿Acaso crees que no lo he intentado? —replicó ella—. Ese engendro es inmune a la magia ancestral, así que a lo único que podemos apelar es a nuestra destreza con el hacha y el arco —dijo ajustando una flecha en la cuerda.

Alexa le disparó a la cabeza, pero el proyectil salió rebotado. Como castigo, la alimaña abrió la boca y emitió un estridente zumbido con el que mis oídos amenazaron con reventar. El dolor era tan insoportable que caímos de rodillas al suelo, con las manos tapándonos las orejas, y lo que sucedió a

continuación lo viví como si formase parte de un sueño.

Apareció Marcel. Con un gesto, brotaron las raíces del sauce bajo los pies de la bestia y empezaron a estrangularla enroscándose por todo su cuerpo. Eso provocó que desapareciera el zumbido y que se liberase de la presión de mis oídos. En ese momento apareció Vulcano por detrás de la alimaña y, tras blandir a Magma, le seccionó uno de sus cuartos traseros. El monstruo se revolvió de dolor e intentó dar caza a su enemigo soltándole una dentellada, pero Vulcano lo esquivó y con otro certero golpe le abrió una profunda brecha en la otra pantorrilla. La bestia aulló y reptó hacia el agujero para volver a esconderse en las entrañas de la tierra.

Marcel se acercó y se postró al lado de Alexa con cara de preocupación. Lo vi gesticular con la boca, aunque no conseguí escuchar lo que le decía. Entonces fui consciente de que todavía tenía las palmas de las manos tapándome los oídos. Al apartarlas, vi que estaban ensangrentadas y tenía tanto dolor en los oídos que pensé que me había quedado sordo para siempre.

Me quedé sentado, con la mirada perdida, y no me percaté de que el duende estaba a mi lado hasta que me dio a beber una pócima, de sabor insípido, que me liberó del dolor de inmediato. Quise darle otro trago, pero él me quitó la cantimplora de los labios y esta vez sí que pude escuchar que me decía:

—No abuses, Hugo, que este elixir es tóxico si se toma en grandes cantidades.

Aliviado, me recosté sobre el tronco del sauce mientras Marcel se encargaba de curarme los tímpanos echándome unas gotas de su milagroso elixir.

—¡Escuece! —protesté, apartando su mano de un guantazo.

—Eso es porque cura. ¡No te muevas, que aún no he acabado! —resolvió mientras me giraba la cabeza para curarme el otro oído.

—¿Qué diablos era esa bestia? —le preguntó Vulcano a Marcel.

Este alzó la vista y respondió:

—Batranco lo llamaban los antiguos hombres. Criaturas primigenias como esa viven en las frondosidades de los bosques más viejos, donde excavan profundas galerías y se alimentan de la podredumbre cuando no encuentran carne fresca que llevarse a la boca —le explicó—, pero rara vez suelen salir de su guarida a pleno día, pues su piel es muy sensible a la radiación solar. Me pregunto cuál habrá sido la razón por la que se habrá aventurado a atacarnos.

—¿No lo adivinas? —refunfuñé mientras giraba la cabeza para que se me destaponara el oído.

—Tiene que haber algo más que el hambre —meditó frunciendo el ceño.

—Bueno, eso no importa ahora. ¿No decías que no querías que nos sorprendiera la noche en este bosque? —le inquirió Alexa, levantándose de un salto—. Por cierto... ¿Dónde están los demás?

Al instante, apareció el resto del grupo descendiendo con cautela por el terraplén.

—¿Qué ha pasado aquí? ¡Menudo susto nos habéis dado! —advirtió Aurora mientras se echaba a los brazos de Marcel.

—Es una larga historia, pero ya encontraremos un momento mejor para contarla. No tardará en atardecer —respondió alzando la vista al cielo.

Seguimos a Marcel por el sendero y volvimos a encontrar el cauce del río poco antes de que llegásemos a los lindes del bosque. El río continuaba su curso, zigzagueando por el valle, hasta perderse por poniente, y justo delante de nosotros se alzaba una imponente ciudad amurallada, construida sobre los cimientos de una montaña y coronada por un fornido castillo de estructura cuadrangular. Cada baluarte albergaba un alto torreón y en el centro del fortín sobresalía la torre del homenaje, en cuyo ápice ondeaba una bandera en la que destacaba la cabeza de un halcón sobre un fondo marrón. También eran dignas de mención, por su increíble belleza, las terrazas ajardinadas que bordeaban el castillo, y no menos sorprendentes eran los gigantescos halcones que sobrevolaban por encima de la torre del homenaje emitiendo unos estridentes graznidos. Uno de aquellos pájaros planeó en círculos con sus alas extendidas hasta que aterrizó dentro del recinto amurallado del castillo. A este lo siguieron los demás hasta que solo quedó uno volando en el cárdeno cielo. «¿Para qué diablos querrán a esos bicharracos en la ciudad?», me pregunté mientras enfilábamos la empedrada avenida que descendía hacia la urbe.

Al rato, vimos que salía un grupo de unos quince jinetes montados a caballo de la ciudad y que avanzaban al trote en nuestra dirección. La insignia que ondeaba en el estandarte era la misma que flameaba en el castillo y, por el porte de los lanceros, tuve la impresión de que no formaban parte de una comitiva de bienvenida. En unos minutos fuimos rodeados por los caballos mientras los jinetes nos amenazaban con sus afiladas lanzas. Las monturas empezaron a danzar girando a nuestro alrededor, aunque, para mi sorpresa, a quien más miraban no era a mí sino a Marcel.

—¿Quiénes sois y qué hacéis en el reino de Poniente?

La voz que brotó tras el casco procedía de una mujer.

—¿Y quién lo pregunta? —voceó Vulcano avanzando hacia el caballo con su habitual altanería.

—La capitana de las amazonas de Céfiro —replicó la jinete barrándole el paso con su lanza—. ¿Vais a responder o preferís marcharos por dónde habéis venido?

Ángelus tomó de la mano a Alexa y se adelantó un par de pasos. Las lanceras le cerraron el paso, pero el mago no se amedrentó y, tras alzar la mirada, contestó:

—Nos llaman *los hijos de la Luz* y no lo hacen de forma baladí. Mi nombre es Ángelus y ella es mi hermana Alexa, y somos los hijos terrenales de Horus, quien, si no me equivoco, fue el fundador de vuestra ciudad, ¿verdad? —anunció, provocando que las amazonas se mirasen entre sí nerviosas.

—¿Y qué si sois quiénes afirmáis que sois? La ciudad está cerrada para los forasteros que no han sido invitados por la reina, sobre todo para aquellos que vienen del bosque Sombrío —terció la amazona, sin apartar la mirada de Marcel.

—¿Por qué lo miráis como si estuvieseis viendo a un fantasma? —le pregunté intrigado.

La amazona giró el casco y me miró, recelosamente, con unos encendidos ojos verdes.

—¿Se puede saber qué hace él con vosotros? —me espetó.

Miramos a nuestro compañero extrañados. Por la cara que ponía, Marcel parecía tan sorprendido como nosotros con aquel comentario.

—¿Por qué lo preguntáis? —señaló el duende.

Los caballos relincharon y recularon con temor cuando se acercó Marcel. Las jinetes alzaron las lanzas y miraron indecisas a su capitana mientras intentaban templar el ánimo de sus nerviosas monturas.

—¿De veras no me conoces, Marcel? ¡Soy Thalía! —respondió la amazona quitándose el casco.

Al instante se deslizó por sus hombros una larga melena caoba y quedó al descubierto la cara de una bella mujer.

—¿Debería conocerte? —dijo él, con gesto contrariado.

La capitana miró a sus compañeras y, a su señal, la portaestandarte sacó un cuerno y lo hizo sonar, provocando la estampida de los pájaros que se escondían en los bosques.

—¿Qué está pasando aquí? —dije, cansado de tanto misterio—. Primero le cerráis las puertas de Céfiro a los hijos de quién construyó vuestra ciudad y ahora os dirigís a Marcel como si lo conocierais de toda la vida. ¿Quiere

alguien explicarme qué diablos pasa en este lugar?

Se escuchó un seco graznido en el cielo y, al alzar la vista vi, que un enorme halcón ponía rumbo hacia el lugar donde nos encontrábamos.

—Pronto lo sabrás —señaló la amazona con serio semblante.

El rapaz descendió, dando amplios giros, hasta que se posó en el suelo levantando una ligera nube de polvo. El colosal animal se acercó, amenazándonos a picotazos, pero luego encorvó una ala permitiendo que pudiera desmontar su jinete. De un brinco, bajó una jovencita, muy alta y estilizada, de largos cabellos castaños y ojos azules, vestida con un mono marrón. La muchacha se ajustó la espada en la vaina que llevaba a la cintura y acarició cariñosamente el cuello del halcón mientras nos observaba con curiosidad. Tenía una mirada directa y no dudó en tomar como interlocutor a Ángelus, quien tuvo que alzar la vista para mirarla a los ojos.

—Me llamo Elisabeth y soy la reina del reino de Poniente. Sed bienvenidos a Céfiro, la capital de mi reino —anunció con tono firme pero suave.

Ángelus la saludó y, después de hacer las debidas presentaciones, comentó:

—Estamos un poco confundidos con este inesperado recibimiento y la verdad es que todavía no comprendemos por qué Thalía conoce a nuestro compañero.

La reina observó a Marcel y, pasados unos segundos, dirigió la mirada a la capitana y le comentó:

—Has hecho muy bien advirtiéndome de su llegada, Thalía. Podéis regresar ya a la ciudad para informar a la comandante de la llegada de nuestros invitados. ¡Ah! Y encárgate personalmente de que estén preparadas las habitaciones del ala oeste para esta noche.

—¿Las presidenciales? —exclamó la amazona con asombro.

—¿Cómo, si no, deberíamos recibir a los invitados más distinguidos que hayan visitado jamás nuestra ciudad? —añadió con tono solemne la reina. Thalía giró la montura y, con un gesto, ordenó a las amazonas para que pusieran rumbo a la urbe—. Bueno, si no me han informado mal, vosotros sois *los hijos de la Luz* —comentó mirándonos a Alexa, a Ángelus y a mí. En aquel momento, si me hubieran cortado no hubiese sangrado—. Sin duda, esta es la mejor noticia que podíamos recibir, aunque no pensaba que fuera a ser tan pronta vuestra llegada.

—¿Nos esperabais, mi señora? —le preguntó Vulcano.

—Así es, príncipe Vulcano, pero esa es una historia que os contaré gustosamente de camino a la ciudad, pues está anocheciendo y no debería sorprendernos la noche fuera de sus murallas. Por cierto, llamadme Elisabeth; así yo también podré tutearos y no tendremos que perder el tiempo en formalismos —apuntó mientras se acercaba al halcón.

La reina le susurró al oído y el animal se alejó un poco de ella antes de agitar sus inmensas alas para alzar el vuelo y alejarse hacia la ciudad.

—¿Cómo habéis conseguido adiestrar a unos seres tan terribles como hermosos? —le preguntó Marcel asombrado.

—Resulta gracioso que me lo preguntes precisamente tú —comentó la reina con una misteriosa sonrisa—. Pero ¡no os preocupéis! —añadió mirándonos a los demás—. En cuanto lleguemos a Céfiro, saciaré vuestra curiosidad. ¿Nos vamos? Hay un bonito paseo hasta la ciudad para disfrutar de este maravilloso atardecer.

Durante el trayecto, Elisabeth nos comentó que su reino estaba erigido sobre una jerarquía matriarcal desde que su abuela Elia instaurara la escuela de amazonas estando su pueblo todavía en la Tierra. La defensa del reino siempre había estado a cargo de las amazonas y las sacerdotisas del templo de Neftis, mientras que los hombres se encargaban del cuidado de los niños y del adiestramiento de los grandes halcones, indispensables para protegerlos de la maldición que les había echado Alrinach tras caer derrotada en la gran guerra.

—¿A qué tipo de maldición te refieres? —le preguntó Tian Shui.

—A la que cada noche se cierne sobre la ciudad causando el terror entre sus habitantes. «Allá adónde vayáis hallaréis el horror y la oscuridad» —recitó la reina encogiendo el semblante—. Las llamamos *sombras de la noche*, pero nadie sabe quiénes son ni cómo son porque nunca se dejan ver. Lo que sí dejan visible es el rastro de sus fechorías. De los infelices que sorprenden en plena noche fuera de la ciudad, tan solo queda la piel y los huesos cuando nace un nuevo día. Afortunadamente temen a los halcones porque tienen un sexto sentido que las detecta; por esa razón ellos son los encargados de mantenerlas alejadas de la ciudad durante la noche.

—Y ese poder oscuro proviene del bosque Sombrío, ¿verdad? —adivinó Lizbeth.

—Es una gran suerte tener a un druida de los bosques entre nosotros —dijo Elisabeth mirando a Marcel de soslayo—. Es sabida la fama que tenéis de conocer todos los secretos que se ocultan en los bosques. ¡Quién sabe! Tal

vez seas tú quien ponga fin a nuestra maldición.

—No te entiendo, Elisabeth —contestó Marcel, arqueando las cejas.

—No hay nada qué entender, querido. El oráculo vaticinó vuestra llegada y, con ella, el fin de la maldición.

—¿Tenéis un oráculo? —exclamó Lizbeth.

Elisabeth sonrió.

—Alguien le puso ese sobrenombre, aunque en realidad solo es una mujer que de tanto en tanto tiene visiones de lo que va a pasar. Ella vaticinó también la muerte de mis padres en la batalla de Orión aunque, por desgracia, aquella fue su primera premonición y nadie quiso tomársela en serio — declaró con triste semblante.

—¿Qué ocurrió? —se interesó Alexa.

—Orión era nuestra más grande y próspera colonia debido a las explotaciones de *mineralita*, uno de los metales más preciados del universo por su extraordinaria ligereza y versatilidad. Alrinach aprovechó que el gobernador había mantenido abierta una ruta comercial extradimensional clandestina de contrabando de *mineralita*, desde que se cerraran las fronteras de la dimensión de Poniente, para invadir la colonia y hacerse con el control de las preciadas minas de metal —nos explicó—. Mis padres movilizaron un ejército de más de tres mil lanceras y un centenar de halcones para recuperar a Orión y desoyeron el vaticinio que tuvo la comandante la víspera de la partida. En cuanto se presentó nuestro ejército en la colonia, Alrinach envió a la batalla a su hueste de brujas y arpías. Las Amazonas consiguieron hacerlas retroceder y los reyes les ordenaron que las persiguieran hasta acabar con todas ellas sin saber que Alrinach les estaba preparando una emboscada — declaró cabizbaja—. Abaddon esperaba que se alejasen lo suficientemente de la puerta dimensional para atacarlas, por tierra y aire, con su ejército de lobos y grifos. El ejército de Poniente, rodeado y superado en número por el enemigo, resistió el asedio del Caos hasta que Alrinach decidió aislarlos mediante un temporal de nieve y hielo. Pronto comenzaron a disminuir las provisiones y el frío, el hambre y las incesantes escaramuzas perpetradas por las arpías y los lobos fueron disminuyendo la moral de nuestras tropas. La batalla estaba perdida y la única salida para no entregar el reino de Poniente a Alrinach era poner fuera de su alcance el diamante boreal. El día de la batalla final, mi madre ordenó a la comandante que regresara a nuestro mundo con uno de los pocos halcones que todavía quedaban con vida y mientras huía, viendo cómo masacraban al ejército de Poniente, tuvo la revelación de la

llegada de *los hijos de la Luz* a este mundo. De eso... ¡hace tanto tiempo!

Nos quedamos mudos, escuchando aquella desgarradora historia, pero en los ojos de la reina había desaparecido la pena y brillaban con el fulgor de la esperanza.

—¡Oh, no sabéis cuanto lo siento! —dijo Marcel, agachando la cabeza en señal de duelo.

—De nada sirve lamentarse, druida —replicó la reina—. Se avecinan tiempos difíciles y por esa razón me siento feliz de teneros aquí. Quizá estemos ante el inicio del cambio que hemos estado esperando durante muchos años. Además, hoy es un día de inesperados encuentros —añadió, acariciando la cara de Marcel— y eso debemos tomarlo como una señal de los dioses.

La reina Elisabeth se abstraigo en sí misma y reinició la marcha con paso firme. No volvió a abrir la boca durante el resto de la travesía.

A medida que nos íbamos acercando a la capital del reino de Poniente se hacía más evidente su majestuosidad y belleza. Las murallas se alzaban una cincuentena de metros del suelo y alrededor de la montaña se extendían las casas en un despliegue de color. Las que estaban en los niveles inferiores, más humildes, apenas disponían de un pequeño balcón y unas ventanitas, pero las de los niveles superiores tenían grandes terrazas ajardinadas y altos ventanales por los que se colaba la luz del sol. En lo alto del cerro, imponente, se erigía el castillo con sus cuatro recios torreones que lo defendían por los cuatro costados.

Al llegar a las puertas de Céfiro, salió a recibirnos una escolta de doce amazonas. Eran altas y atléticas, vestían con un uniforme verde oscuro y llevaban un arco largo atravesado al pecho y un carcaj colgado a la espalda. Vinieron al trote y nos acompañaron hasta que llegamos a la plaza mayor. Una vez allí, saludaron a la reina y volvieron a sus puestos de guardia. Nos sorprendió no ver a nadie más esperándonos en la plaza, pero pronto comprendimos el porqué. En cuanto la luz del sol menguó, comenzaron a atrancarse las puertas y ventanas de las casas y las centinelas que vigilaban desde las almenas empezaron a desfilar por el adarve para bajar las escaleras que conducían a los cuarteles ubicados a ambos lados de los portones. La ciudad quedó totalmente desértica. Solo los halcones, cuyos graznidos se escuchaban en lo alto, parecían tener licencia para campar a sus anchas por el cielo de la ciudad.

Avanzamos por la plaza hasta que llegamos al lugar donde se encontraba un curioso dispositivo que nunca antes había visto. Se trataba de un habitáculo, encajado en una guía metálica que ascendía por la ladera vertical de la montaña a través de una gruesa cadena de hierro que le salía del techo y se alzaba hasta donde no alcanzaba la vista. A un lado había cinco amazonas, dispuestas alrededor de unas aspas que estaban conectadas con una palanca anclada al suelo.

Elisabeth abrió la portezuela del cajón y nos hizo un gesto para que pasásemos a su interior.

—Céfiro está levantada sobre el monte Celsus y solo hay dos formas de llegar al castillo, situado a más de setecientos metros de altura —advirtió echando la vista arriba—. Una es subiendo a pie por las empinadas calles de la urbe y la otra, mucho más rápida y recomendable a estas horas de la tarde —comentó esbozando una sonrisa—, es mediante este elevador que salva los metros de desnivel en tan solo unos minutos. Eso sí, no es apto para aquellos que tengan vértigo. ¿Os animáis a subir?

—Yo paso de subir a pata, mi señora —me apresuré a decir al ver la cara de indecisión de mis compañeros.

En cuanto estuvimos en su interior, la reina cerró la puerta y, a un gesto, las Amazonas empezaron a empujar las aspas accionando un sistema de palancas que puso en movimiento el elevador. Tuve que contener el aliento durante los interminables minutos que duró el pronunciado ascenso, rezando para que no se rompiera la gruesa cuerda que sostenía la cabina, pero la experiencia valió la pena pues, nada más llegar al nivel superior, fuimos testigos de una espectacular puesta de sol entre las dos lunas que emergían por el horizonte.

En cuanto el elevador quedó parado, Elisabeth accionó el pomo de la puerta y salimos a una terraza ajardinada que lindaba con el castillo. Nos estaba esperando una escolta real en formación, vestidas con un uniforme de gala verde y armadas con lanzas, que se puso firme en cuanto vieron aparecer a la reina. En el extremo había una alta mujer, de caballos castaños y ondulados, ataviada con una túnica negra y ceñida en la que destacaba la estrella de ocho puntas dorada que llevaba a la solapa. La misteriosa dama se nos acercó con un talante más cariñoso que marcial y, cuando estuvo delante de Elisabeth, la tomó delicadamente por la cintura y le dio un tierno beso en los labios.

La reina se giró hacia nosotros.

—Os presento a Georgina. Es la comandante, la gran sacerdotisa del templo de Neftis y la persona con la que comparto mi vida —anunció Elisabeth, echándole una cómplice mirada—. Cariño, ellos son *los hijos de la Luz*.

—Encantada de conocerlos, pero ¿podéis llamarme Gigi, por favor? —dijo mostrando una simpática sonrisa—. Mi vida está condicionada por los agobiantes formalismos derivados de mis cargos, pero con mi familia y mis

amigos prefiero mostrarme tal y como soy: una mujer sencilla cuya máxima ambición es disfrutar de los pequeños momentos que le regala la vida. —Gigi nos saludó, uno a uno, con un beso en cada mejilla, pero cuando llegó a Marcel lo miró de una forma que incomodó visiblemente a Aurora—. Como os ha debido comentar Elisabeth, precedimos vuestra llegada a Céfiro hace mucho tiempo, en un momento de desesperanza y mucho dolor. Gracias a los dioses, desde entonces hemos podido sanar las heridas y nuestro pueblo ha conseguido resurgir con más fuerza para afrontar el terrible reto que deberemos afrontar para conservar la libertad. Por esa razón, hoy nos sentimos muy honrados y afortunados por teneros aquí —añadió mostrando una sincera sonrisa—. Pero los hados del destino son caprichosos y esta vez han querido sorprenderme con una grata noticia que ha colmado de dicha mi corazón —dijo volviendo a fijar la mirada en Marcel—. Sin duda, debéis estar cansados después de la accidentada travesía por el bosque Sombrío; no todo el mundo puede presumir de salir con vida después de enfrenarse con un batranco... a no ser, claro, que se sea inmune a sus poderes, como los druidas de los bosques. ¡Qué suerte que tuvierais uno cerca!, ¿verdad? —añadió mirándonos a Alexa y a mí.

—Gigi, perdóname si te hablo sin tapujos —terció Marcel acaparando todas las miradas—. ¿Nos conocemos?

—¡Oh, sí! ¡Claro que nos conocemos! —apuntó ella con una sagaz sonrisa—. Lo que me sorprende es que todavía estés atrapado con el hechizo de tu amiguita. A Magnolia le debió haber costado mucho dejarte ir tan bien acompañado —añadió posando sus almendrados ojos marrones en los de Aurora—. Así que ya va siendo hora de que sepas la verdad.

De repente, el duende comenzó a caminar hacia Gigi como si esta estuviera tirando de él con un hilo invisible.

—¿¡Qué me estás haciendo!?! —exclamó Marcel sin poder dejar de avanzar.

Aurora intentó socorrer a su amado, pero Gigi la paralizó con un gesto.

—No intentes usar tus poderes contra mí, Marcel. ¡No resultará! —añadió mientras lo rodeaba con los brazos.

Nos quedamos de piedra al ver a Gigi, acercar sus labios a la boca del duende hasta sellarlos con un largo beso.

—¿Qué...? —musitó Alexa boquiabierta.

Marcel se quedó paralizado, con los brazos inertes, durante el tiempo que duró el beso más extraño que haya contemplado jamás. Cuando Gigi separó

sus labios y exhaló una densa bocanada gris, no pude más que suspirar perplejo.

El duende dio unos titubeantes pasos y se desplomó al suelo con los ojos abiertos.

—¿¡Qué le has hecho!?! —le gritó Aurora, fulgurando de pies a cabeza.

—Tranquila, fierecilla, que pronto lo entenderás —respondió Gigi mientras se tambaleaba, visiblemente agotada.

En cuanto Aurora se vio libre de su encantamiento, se arrodilló al lado de Marcel y lo tomó en su regazo.

—¡Parece que ya vuelve en sí! —dijo acariciándole la cara.

Marcel la miró y sonrió.

—¿Qué... qué me ha pasado? —musitó.

Aurora miró a Gigi, buscando una explicación.

—Ayúdalo a levantarse, querida —dijo con un gesto.

La pareja se levantó y, en cuanto Marcel posó los ojos en la comandante, no pudo contener una mueca de sorpresa antes de susurrar:

—¿Hermana?

La sacerdotisa se le echó a los brazos y ambos se fundieron en un emotivo abrazo. Aurora, quien contemplaba aquella escena con cara de alivio, se unió al abrazo y también se echó a llorar.

—Creí que nunca más volvería a verte, hermanito —musitó Gigi con voz trémula—. ¡No sabes la de veces que me he arrepentido de haberte enviado a aquella misión!

—¿Cómo... cómo he podido olvidarme de todo? —preguntó Marcel acariciándole nerviosamente la cara como si dudase de que lo que estaba viendo fuese real.

—Magnolia te hechizó para que no recordaras tu pasado pues, sabía que era la única manera de mantenerte atado a ella, pero ¡eso ahora no importa! Has vuelto a casa y parece ser que todo el sufrimiento ha valido la pena, ¿verdad? —añadió, echándole una tierna mirada a Aurora.

—¡Ejem! —carraspeé rascándome la cabeza—. ¿Podría explicarme alguien qué está pasando aquí?

—Estaré encantada de hacerlo, Hugo —señaló Elisabeth mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo—. Gigi y Marcel son los hijos mellizos de Neftis y Anubis. Como fueron concebidos y nacieron en esta ciudad, la diosa decidió dejarlos bajo la custodia de mis padres para que crecieran y pudieran completar su destino en este lugar. Desde pequeño, Marcel tuvo

muy desarrollado su don por la naturaleza y nuestros sabios lo aleccionaron para convertirlo en el druida de los bosques más poderoso del universo. Por otro lado, Gigi destacó por su gran intuición y dotes de mando y pronto alcanzó el doble cargo de gran sacerdotisa de Neftis y el de comandante, convirtiéndose en la mujer más poderosa e influyente del reino —comentó dedicándole una solidaria mirada—. Después de la triste batalla de Orión, sabíamos que Alrinach no pararía hasta conseguir arrebatarnos el diamante boreal y que era solo cuestión de tiempo que encontrara la forma de entrar en este mundo, así que a Gigi se le ocurrió que la mejor forma de distraer su atención era poner fuera de su alcance al objeto de su deseo. Sin embargo, ¿quién podría custodiar la gema mágica sin levantar las sospechas de Alrinach? Marcel pensó que la mejor candidata era Magnolia. Era una empresa difícil, pues es por todos conocido el indómito carácter de la diosa, pero él sabía que podría utilizar su don para embaucarla —comentó mirándole con complicidad.

—¿Fue a ti a quién se le ocurrió la idea de seducirla? —le recriminó Aurora, frunciendo el gesto. Marcel agachó la mirada y no respondió a su dura acusación—. Pero ¡eso fue un acto muy mezquino! —le increpó—. ¿Y lo hiciste cuando ya me conocías?

—Habíamos concebido ese plan antes de que nos viéramos por primera vez, Aurora. ¡Y ya sabes que le negué mi amor! —se defendió él.

La estrella constriñó el rostro, deglutiendo las lágrimas.

—¿¡Y también me engañaste a mí!? —explotó, rompiendo a llorar.

—¡No, claro que no...!

Aurora echó a correr por el patio de armas. Marcel hizo el ademán de ir tras ella, pero Alexa lo detuvo agarrándole del brazo.

—Déjale un poco de espacio... Ya me encargo yo —añadió antes de ir a buscarla.

En ese momento se ocultó totalmente el sol, otorgando todo el protagonismo de la noche a las dos grandes lunas, pero ni el argentado brillo que inundó de luz la terraza fue capaz de animar la melancólica mirada de Marcel y yo, por mi parte, me sentí como un cerdo por haber propiciado aquella discusión.

—Gigi, ve a buscar a las chicas. No es conveniente que anden solas por la calle en plena noche —le instó Elisabeth—. El resto, venid conmigo. En cuanto se oculta el sol, las temperaturas caen en picado.

Acompañamos a la reina hasta la puerta del castillo. Una vez en su interior,

nos despojamos de todos los bultos y los dejamos bajo la custodia de los dos mozos de cámara que salieron a nuestro encuentro. El vestíbulo del castillo era muy amplio, de techos altos y estrechos ventanales, y estaba caldeado por un par de chimeneas ubicadas en sendos costados de la puerta. Al fondo de la estancia había una escalinata, vigilada por dos fornidas amazonas, que un poco más arriba se partía en dos y daba un giro de ciento ochenta grados, para llegar al rellano del piso superior.

Al poco llegaron las tres damas. Las pobres tenían el frío pintado en sus semblantes y a Marcel se le agrió el gesto cuando Aurora le giró la cara al pasar por su lado. Subimos a la planta superior y seguimos a nuestras anfitrionas por un corredor que nos condujo a una galería de amplias vidrieras que comunicaba con el ala oeste del castillo. Mientras caminábamos por el pasillo, no pude evitar desviar la vista hacia la siniestra silueta que mostraba a lo lejos el bosque Sombrío e inmediatamente me embargó el desasosiego.

—¿Qué te pasa, Hugo? Tú también percibes el oscuro mal que se oculta en el bosque, ¿verdad? —me susurró Marcel, quien caminaba cabizbajo a mi lado—. Por cierto... ¿Qué te dijeron las ninfas del agua cuando bebías al pie del río?

—¿Qué...?

—No te hagas el tonto conmigo. Sé que se pusieron en contacto contigo y tengo un mal presentimiento —dijo ensombreciendo el semblante—. ¿De qué te advirtieron, amigo?

Quise sincerarme, pero, sin saber por qué, le dije:

—De verdad, estoy bien. Es solo es ese maldito bosque, que cada vez que lo veo me da repelús al recordar el encontronazo con ese batranco.

Marcel me echó una mirada perspicaz, pero no insistió y apretamos el paso para no retrasarnos de nuestros compañeros.

Una vez dejamos la galería atrás, nos encontramos con un amplio distribuidor que comunicaba, a la derecha, con una escalera que subía a las plantas superiores y, a la izquierda, con un pasillo que comunicaba con varias puertas cerradas. En una de ellas se encontraba Thalía, vestida con el uniforme de gala.

La capitana nos abrió la puerta y nosotros pasamos a un salón oval en el que habían dispuesto lo necesario para una cena. En medio de la sala había una mesa redonda, vestida con un blanco mantel, y con cubiertos y sillas para

nueve comensales. En una de las paredes había unos armarios de caoba que albergaban una notable colección de libros y en la otra, más austera y en la que se encontraba la gran chimenea que caldeaba la estancia, estaba tan solo el retrato de los padres de Elisabeth, o eso fue lo que supuse al ver el gran parecido que tenía la reina con aquella mujer. Al fondo, había unos portones acristalados que daban acceso a una terraza iluminada por las dos lunas. Más allá, se vislumbraba la siniestra silueta del bosque Sombrío envuelta en una especie de vaho fluorescente.

Nos acercamos a la mesa y me busqué un sitio desde el que no tuviera esas inquietantes vistas del bosque. Gigi se sentó al lado de Marcel y yo quedé custodiado por Ángelus y Vulcano, de tal forma que en la mesa se quedó todo el mundo desaparejado. Al poco aparecieron cuatro camareros. Transportaban unas bandejas con copas que contenían un líquido espumoso y ambarino. Elisabeth esperó a que tuviéramos una copa en las manos para hacer un brindis.

—¡Por *los hijos de la Luz* y por el reino de Poniente!

Después del brindis me senté en la silla y, sin saber por qué, mis ojos se quedaron fijos en las cristaleras de la terraza, atraídos por una parpadeante luz que percibí en el bosque Sombrío. Por un momento pensé que era debido a un efecto óptico producido por el brillo de las lunas reflejadas en la ventana, pero lo descarté en cuanto descubrí que estas se movían y se acercaban de forma hipnótica al castillo.

De repente, las luces desaparecieron y sentí unas presencias más gélidas que el hielo muy cerca de mí. Me froté los ojos, intentando despertar de aquella alucinación, pero aparecieron unas siluetas casi invisibles flotando a mi alrededor y que me decían con sus apagadas voces: «¡*Hugo, ven con nosotras! ¡Nuestra señora te espera!*». Aparte la vista pero, al mirar hacia las cristaleras, vi cómo aparecía la estilizada figura de una mujer entrando desde la terraza y, de pronto, todo lo que me rodeaba desapareció.

Era extremadamente bella y su voluptuoso cuerpo, mínimamente tapado por un escotado viso beige, despertó mi excitación como nunca antes lo había hecho una mujer. Se me acercó con gráciles movimientos de cintura y se sentó a horcajadas en mis rodillas, rodeándome con sus álgidos brazos. Sus lisos cabellos negros y sus intensos ojos violetas destacaban en su nívea tez, aunque lo más inquietante eran los afilados colmillos que asomaban entre sus carnosos labios. Bruscamente, apretó su vientre contra el mío y empezó a mover sensualmente sus caderas, frotando su sexo contra mi entrepierna.

La excitación fue en aumento, sobre todo cuando fue acercando su boca a mi cuello. Nunca había sentido nada como lo que experimenté al percibir sus fríos labios posándose en mi piel. El mero contacto me arrancó un escalofrío y mis labios buscaron con urgencia los suyos, febriles de pasión. Sus delicados dedos se interpusieron en mi camino y, sonriéndome, me susurró: *«Pronto estaremos juntos por toda la eternidad y saciaremos todos nuestros deseos, pero antes debes ofrecerme tu alma libremente... ¿Estás dispuesto a hacerlo, Hugo?»*, profirió mientras me ensartaba los ojos con su añil mirada. Cerré los ojos y asentí con un gesto antes de sentir cómo me desgarraba el cuello con sus afilados colmillos, expandiéndose el frío glacial del universo por mis venas.

Luego, sobrevino la oscuridad.

Lo primero que vi cuando desperté fue a una araña que tejía su tela en un rincón del techo. Estaba estirado sobre un mullido colchón y me sentía muy cansado. De hecho, me habría puesto a dormir otra vez si no me hubiese percatado de que Alexa dormitaba en una butaca que había al lado de la cama. En ese momento se coló un rayo de luz por el ventanal y, al alzar la vista, vi que el sol estaba saliendo por el horizonte.

—¿Qué me ha pasado...? ¿Dónde estoy? —me escuché decir con voz pastosa.

Alexa despertó sobresaltada pero, al verme, sonrió y se desperezó con un prolongado bostezo.

—¿Cómo te encuentras, Hugo? —preguntó, amagando otro bostezo—. ¡Menudo susto nos has dado!

En ese momento sentí un escozor en el cuello; sin embargo, al tocarme no percibí que tuviera herida alguna. Alexa se sentó de golpe en el colchón y me acercó una cuchara que contenía un mejunje que olía a rayos.

—¿Qué diablos es eso? —dije apretando los labios.

—Pero ¿qué haces tonto? ¿No me obligarás a hacerte tragar la medicina, verdad? Sabes que puedo hacerlo —me amenazó sin poder contener la sonrisa.

Como no tenía ánimos para discutir con ella, me incorporé y me tragué aquel brebaje, amargo y áspero, de un trago.

—¡Por todos los dioses! ¡Puaj...! ¡Es vomitivo! —exclamé conteniendo las arcadas. Rápidamente Alexa me acercó una copa que engullí sin siquiera olerla. Tenía un sabor fuerte, pero estaba dulce y revitalizaba por momentos—. ¡Oh, esto es otra cosa! —exhalé relamiéndome los labios—. Dame más.

—Pero ¡mira que eres bruto! Te has bebido de golpe lo que tendría que haberte durado todo el día —me regañó Alexa.

—¿Qué es? Está muy bueno.

Alexa dejó la copa en la mesita y respondió:

—Lo ha hecho Marcel. Ha mejorado la fórmula substituyendo el alcohol de la receta original por extracto de savia y no sé qué hierbas y raíces más. Gracias a esta pócima hemos conseguido controlar las fiebres. ¡No sabes lo preocupados que estábamos! —anunció posando sus ojos en mí.

—¿Y lo otro qué es? —dije mirando con repugnancia el frasco que contenía el brebaje.

—También lo destiló Marcel y, según me dijo, con esa medicina pretende que no sucumbas a la toxina con la que te debiste contaminar en el bosque Sombrío, quizás al pisar alguna seta que contuviera esporas venenosas —me explicó.

Entonces recordé vagamente lo que me había sucedido.

—¡Bobadas! Esto debe ser obra del ser que me atacó durante la cena. ¿Sabéis quién era esa mujer? —le pregunté mientras me estiraba en la cama.

Alexa me miró extrañada.

—¿De qué hablas, Hugo? Nadie te atacó, de repente te caíste redondo al suelo. ¿No lo recuerdas?

—¿No la visteis? —añadí contrariado—. Pero ¡si pasó por delante de vuestras narices!

—¿Qué estás diciendo? Nadie entró o salió del salón; ¡te lo aseguro! Debes haberlo soñado; has tenido mucha fiebre toda la noche —apuntó, cogiéndome de la mano.

—¿Y qué dice Marcel? —Alexa arqueó las cejas—. Él intuía algo, ¡me lo confesó! ¿Qué explicación os ha dado de lo que me sucedió?

—Ninguna... —declaró pensativa—. Cuando te desmayaste, nos ordenó que te trajéramos a la habitación y que te controláramos la fiebre con compresas frías mientras indagaba qué podía haberte pasado. No lo he vuelto a ver desde esta madrugada, cuando ha venido a traerme más pócima y el jarabe con las instrucciones para que te tomaras la medicina.

En ese momento entró Marcel en la habitación. En cuanto me vio, cambió su funesto gesto por una sonrisa.

—¡Qué bien que estés despierto! —declaró con unas marcadas ojeras—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Tú también la viste, verdad? ¡Explícaselo a Alexa...! ¡Explícale qué me atacó! —lo asalté, incorporándome del colchón.

El druida se quedó al pie de la cama y me miró con gesto preocupado.

—Es mejor que no te exaltes, Hugo, todavía estás muy débil —dijo intentando esbozar una sonrisa.

—¿Cómo quieres que me calme si nadie me quiere creer? —lo increpé.

Marcel se sentó en el colchón, al lado de Alexa, y me apoyó la mano en la pierna.

—Yo te creo, amigo... Descríbeme, exactamente, a ese ser.

Me dejé caer en el colchón y me esforcé para que me saliera la voz.

—No sé... era una mujer joven y me hizo unas cosas obscenas que... — dije, sintiendo cómo se me encendían las mejillas.

—Hugo, dime... —señaló con voz trémula—, ¿esa joven tenía unos afilados colmillos?

—¡Sí, y su cuerpo estaba frío como un témpano!

—¿Y te mordió? ¿¡Recuerdas si te mordió!? —replicó, mirándome fijamente a los ojos.

—Creo que sí... —musité—. Pero ¿por qué pones esa cara?

El duende agachó la cabeza y respondió:

—Amigo mío, tendrás que apelar a todas tus fuerzas para luchar contra una grave enfermedad.

—¿¡Qué!? —le espetó Alexa saltando de la cama—. ¿De qué estás hablando? ¡Me dijiste que se pondría bien!

Marcel continuó con la mirada gacha.

—¿Qué me pasa, amigo? —le pregunté sintiéndome, de pronto, muy cansado.

—Has perdido mucha sangre y tu cuerpo está sufriendo una rápida transformación, por eso te sientes tan débil —dijo masajeándose las sienas.

—¿¡Quieres dejar de dar rodeos, Marcel?! —le recriminó Alexa—. ¿Qué le pasa a Hugo?

El duende entrecruzó los dedos de la mano y alzó la vista.

—Voy a serte sincero: la cosa no pinta bien. Has sido mordido por una vampira, la más peligrosa de las criaturas de la noche y una de las hijas de Alrinach —declaró con triste semblante.

—¿Una vampira...? ¿¡Me he dejado seducir por una acólita del Caos!? — rezongué contrariado.

—No debes avergonzarte por lo que pasó. Esos seres pueden llegar a ser muy persuasivos y, cuando despliegan su sensualidad, son capaces de abolir la voluntad del hombre más íntegro —señaló.

—Tenías que haberla visto, Marcel —susurré con un hilo de voz—. Era muy bella, de embaucadores ojos violetas y carnosos labios, pero más fría que un carámbano y más peligrosa que el más afilado metal. Todo lo que me

hacía y decía me hacía enloquecer. Y la deseaba... ¡No sabes cuánto deseaba a esa mujer! —dije causando una mueca de sorpresa en la cara de Alexa—. ¿Qué me ha hecho ese desalmada, amigo?

—Has sido mordido por una vampira y ahora tu destino está atado al suyo, pues inoculó en tus venas la ponzoña de la Oscuridad. Sentirás lo que ella sienta, desearás lo que ella quiera y acudirás a ella cuando sientas su llamada —me desveló, totalmente abatido—. Lo siento amigo, pero para ese mal no tengo cura.

Alexa se sentó en la cama y miró a Marcel, mordiéndose el labio.

—Pero ¿tan grave es? —le inquirió.

—Las vampiras fueron el azote de nuestro pueblo cuando los señores del Caos invadieron la Tierra. Tienen el poder de sumir en la Oscuridad a quienes inoculan su ponzoña, normalmente hombres poderosos a quienes desean convertir en un ser de la noche —relató.

Aquella revelación me cayó como una losa porque sabía a lo que se refería. Ella me lo enseñó.

—Pero algo podremos hacer, ¿verdad? Hugo es un hombre fuerte y resistirá a la llamada de la Oscuridad —declaró Alexa.

—Nadie ha sobrevivido a la mordedura de una arpía, pero por lo menos ahora sabemos quiénes son las responsables de la maldición de este reino... aunque no alcanzo a comprender cómo han podido burlar la vigilancia de los halcones.

—¿Y qué importa ahora eso? —alegó Alexa—. Debemos remover cielo y tierra y hallar una cura para el mal de Hugo antes de que sea demasiado tarde. ¡Tú eres un druida de los bosques! Algo se te ocurrirá, ¿no?

Marcel alzó la mirada al techo y permaneció un buen rato en silencio.

—Quizás los maiors...

—¿Los maiors? —exclamamos, al unísono, Alexa y yo.

El duende se levantó de la cama y se dirigió hacia la ventana.

—Céfiro fue construida por Horus y unos colosales seres, mitad árbol y mitad roca, llamados maiors o gigantes tronco-rocas. Y según cuenta la leyenda, cuando llegaron los dioses a este planeta, el monte Celsus estaba inundado por las aguas del río Atlas, el más grande de este mundo. Fue el mismísimo Horus quien convenció al dios del río para que desviase su curso y a cambio le concedió el don de que pudiera concebir a sus hijas, las ninfas acuáticas. Los maiors drenaron las aguas del Atlas del valle y las condujeron hacia el desfiladero del bosque Sombrío, dónde construyeron la presa y la

gran catarata por la que las aguas del río siguen su curso hasta llegar al mar Angosto —nos relató mirando a través de la ventana—. Después de construir Céfiro, los maiors desaparecieron o cayeron en el olvido pues, cuando Horus le entregó este mundo al reino de Poniente, ya no había ni rastro de ellos.

—¿Crees que esos seres legendarios pueden salvar a Hugo? —lo interrogó Alexa.

Marcel volteó la cabeza y respondió:

—Cuentan que los maiors podían curar cualquier mal, pues la magia ancestral corría por la savia de sus venas. El problema es que nunca se los ha visto en el reino, si es que existieron alguna vez.

—A mí me basta con eso, Marcel —dije con el corazón acelerado—. ¿Cuándo salimos a buscarlos?

—Tú no vas a ninguna parte, amigo mío —remarcó, con un gesto taxativo—. En tu actual estado no es conveniente que...

No le dejé acabar. Me levanté de la cama y lo cogí en volandas para voltearlo un par de veces antes de volverlo a dejar en el suelo.

—¡Intenta evitarlo! —le solté con un guiño—. Solo necesito reponer fuerzas con un buen almuerzo y un par de jarras de esa variante de ponche de fuego que has preparado con tanto tino. Por cierto —dije al ver que me encontraba en calzoncillos—, ¿dónde están mis ropas?

—En ese armario las encontrarás —comentó Alexa con un gesto—. ¡Venga, Marcel, que no vale la pena discutir con ese cabezota! Dejemos que se vista y bajemos a la cocina para que le preparen algo de comer.

Mis amigos se encaminaron hacia la puerta pero, antes de que salieran de la habitación, le pregunté a Marcel:

—¿Sabes cuánto tiempo me queda?

El druida giró la cabeza y me miró fijamente a los ojos.

—Veinticuatro horas. A lo sumo... cuarenta y ocho.

Dicho eso, desaparecieron tras el umbral, dejándome con un regusto amargo de boca.

Ángelus vino a buscarme a la habitación para acompañarme al comedor. Por su semblante, adiviné que ya lo habían puesto en antecedentes sobre mi dolencia, pero no me importunó preguntándome al respecto, cosa que agradecí. Lo que menos necesitaba era sentirme agobiado con las preocupaciones que causaba en los demás. Antes de salir de la habitación, miré por la ventana y me serené al contemplar las maravillosas vistas que ofrecía el valle con el sol de la mañana.

Seguí a mi amigo por un largo pasillo y luego descendimos por una escalera que desembocó en el distribuidor que comunicaba con la galería que conducía al ala este. Desde allí podía verse con claridad la extensión del bosque Sombrío, que a plena luz del día ofrecía una estampa totalmente opuesta a la que tenía al anochecer, pero me sentí un poco incómodo cuando percibí que mis fuerzas parecían revitalizarse con la energía procedente de la arbolada. Por suerte no tardamos en abandonar la galería y pude deshacerme de aquella extraña sensación.

Como era de esperar, en la cocina estaban el resto de mis compañeros, acompañados por Elisabeth y Gigi.

—¿Cómo estás, amigo? —me interrogó Vulcano con tono preocupado.

—¡No lo atosiguéis a preguntas! —voceó Marcel, emergiendo de entre los fogones con un frasco en la mano—. Ven, Hugo, siéntate aquí —me ordenó, señalando con una cuchara de palo a una silla.

Nada más sentarme me vino el tufillo que emanaba del gollete de la botella.

—¡Oh, no! —refunfuñé al ver cómo el druida me acercaba una cucharada de medicamento—. ¿Es necesario que vuelva a tomarme eso?

—Es lo único que puede frenar el efecto de la ponzoña. ¡Abre la boca! —atajó metiéndome la cuchara hasta el gástrico.

Intenté tragarme aquel mejunje de un trago, pero las arcadas lo devolvieron al paladar y tuve que taparme la boca con la mano para evitar escupirlo.

—¡Agua! —exclamé con la lengua fuera.

Marcel me pasó una jarra que, por fortuna, contenía su maravilloso elixir con el que pude anular el amargo sabor de la medicina. El duende se sentó a mi lado y le hizo un gesto a un camarero, que acudió presto con una bandeja con huevos revueltos, panceta y pan. Tenía tanta hambre que empecé a comer sin esperar a que se sentaran los demás.

—¿No coméis? —les pregunté con la boca llena.

—Nosotros ya hemos almorzado, pero no diré que no a un trago de eso —comentó Vulcano con un guiño.

El forjador se sentó a mi lado y el resto también tomó asiento alrededor de la mesa. Durante un buen rato nadie dijo nada, se limitaron a mirar cómo comía, pero era tanto el apetito que tenía que continué comiendo sin prestarles la menor atención.

—¿Estás seguro de que fue una vampira la que le atacó? —le preguntó Elisabeth al druida, rompiendo el incómodo silencio.

Marcel carraspeó y cuando le miré me preguntó:

—¿Te sacia la comida el hambre, Hugo?

Miré a la mesa y entonces me di cuenta de que estaba dando buena cuenta de una bandeja de embutidos después de haber dejado limpia la de huevos con panceta.

—Ahora que lo dices...

La reina palideció al escuchar mi respuesta.

—Pero ¿cómo es posible, hermano? Nunca hemos visto a una vampira en este mundo —alegó Gigi contrariada.

—Tú lo has dicho. Nunca las hemos visto a ellas, pero sí el resultado de sus ataques —respondió Marcel.

—¿Quieres decir que *las sombras de la noche* son en realidad unas vampiras? —insinuó la comandante.

—Es más: yo diría que la que atacó anoche a Hugo fue Lilianne, la hija mayor de Alrinach —afirmó—. Ha sido muy astuta consiguiendo mantener oculta su presencia y la de sus hermanas durante todo este tiempo, pero algo deben querer de ti para que se arriesgaran a entrar en Céfiro estando vigilada por nuestros halcones —añadió fijando su mirada en mí.

—¿Tan poderosa es esa Lilianne? —le pregunté sin dejar de masticar.

Elisabeth tomó la palabra, visiblemente afectada.

—Esa vampira asesinó a mi abuela Elia en la gran guerra y, de no ser por nuestra señora Neftis, quien consiguió salvar su alma atravesándole el

corazón con una estaca, la habría arrastrado a las tinieblas —declaró, dejando escapar una lágrima de sus ojos.

—¿Entonces esas arpías no son inmortales? —aventuró Tian Shui.

—A los convertidos por las vampiras se los puede matar atravesándoles el corazón o cortándoles la cabeza, pero Alrinach procuró dotar a sus hijas del suficiente poder para que ningún arma pudiera herirlas. Sin embargo, hay dos cosas a las que no son inmunes: al poder de Aron, un gigantesco halcón que creó Horus y que fue el padre de nuestros halcones, y a la luz del sol; por eso actúan siempre de noche —respondió Marcel—. Me temo que han debido hacerse más poderosas desde que los dioses las desterraron de la Tierra, pues antes no eran invisibles a los sentidos de nuestros halcones.

Hablar de aquellos seres me quitó el apetito y me hizo recordar que mi la salvación de mi alma pendía de un hilo.

—Marcel, ¿les has comentado que hemos pensado buscar a los maiors para ver si ellos conocen una cura para mi mal?

—Así es, pero debemos recabar toda la información posible para saber cómo podemos defendernos de ellas o hacerles frente. Seguro que deben estar vigilando nuestros movimientos y, en cuanto sospechen lo que pretendemos hacer, intentarán evitarlo a toda costa —alegó, con acierto, el druida—. Hugo, sé que las ninfas del agua se pusieron en contacto contigo, las presentí, y sé que te comunicaron algo. Por favor, es sumamente importante que nos digas lo que te dijeron.

Lo cierto era que recordaba con total nitidez el mensaje de las ninfas, pero notaba la boca pastosa y la lengua tan trabada que no podía hablar. Rellené el vaso con la pócima de Marcel y, tras engullirla, desapareció aquella extraña sensación y pude recitar el verso.

—«Ha llegado el señor de la Tierra, el liberador de los durmientes, el hermano de la Luz! Pero ¡ay, pobre de ti! Cuídate de las arpías o te conducirán a las tinieblas con sus afilados dientes de cristal y te convertirán en el señor de las Tinieblas para en tu alma a la bestia despertar».

Nada más acabar de hablar, intuí una presencia que me excitó sobremanera. Busqué con los sentidos y vi unos ojos violetas semitransparentes justo detrás de la comandante. Quise actuar pero ella anuló mi voluntad y me obligó a contemplar aquella escena con una mezcla de temor y excitación. Lilianne acercó sus cianóticos labios al cuello de Gigi y, tras abrir la boca, emergieron unos colmillos, afilados como cuchillas, que le desgarraron la yugular.

—¡Por todos los dioses! —gritó Gigi antes de desplomarse en el suelo con los ojos en blanco.

No pude reaccionar pues estaba sintiendo, a través de la vampira, el placer que sentía sorbiendo su sangre. Vulcano se apresuró a levantarla en cuanto empezó a convulsionar.

—¡Túmbala encima de esa mesa! —le instó Ángelus.

El forjador depositó el cuerpo de Gigi en la mesa y el mago le colocó una cuchara de madera entre los dientes mientras le susurraba unas ininteligibles palabras en el oído. Al instante, su cuerpo dejó de convulsionar y se quedó profundamente dormida.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Alexa, preocupada.

—Creo que ha tenido una visión, pero esta vez *algo* o *alguien* ha intervenido para evitar que nos contara nada —vaticinó Marcel, escrutando con la mirada a su alrededor.

En ese momento escuché el eco de una carcajada y, al echar la vista a la ventana, vi a Lilianne de cuclillas sobre el alféizar. Súbitamente, la presentí en mi mente y pude leer en sus pensamientos tan bien como en los míos. «*Gracias por la información que has compartido conmigo. ¡Nos vemos pronto, mi amor!*», añadió antes de saltar al vacío.

—¿Qué has visto, Hugo? —me interrogó Ángelus, zarandeándome por los hombros.

No podía reaccionar, ni siquiera cuando presentí que Tian Shui hurgaba en mi mente.

—¡Lilianne ha estado aquí! Y... ¡ha mordido a Gigi! —les explicó la sacerdotisa a los demás.

Marcel echó a correr hacia la ventana y, tras mirar por ella, regresó con el rostro desencajado.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Desde cuándo las vampiras son tan poderosas como para soportar la luz del sol? —prorrumpió, dando un puñetazo a la mesa.

En cuanto la vampira desapareció, pude volver a tomar el control de mi voluntad.

—Yo lo sé —dije captando la atención de mis compañeros—. Las arpías son capaces de tomar prestado el poder de las víctimas a las que muerden para utilizarlo en su beneficio y Lilianne se ha servido de mi energía para ser inmune al sol... pero lo peor de todo es que ha podido leer en mi mente y sabe que soy el portador de las gemas mágicas. Esa es la razón por la que se

interesó por mí y por lo que arriesgará todo para atraerme al Caos —declaré abatido—. Alexa, creo que debes ser tú la que se haga cargo de custodiarlas mientras encontramos una solución para Gigi y para mí. Ahora, más que nunca, debemos tener fe y creer en las leyendas. ¡Salgamos a buscar a los maiors de inmediato!

—¡Tú no te mueves de aquí, Hugo! ¿No ves que es eso lo que quiere que hagas esa arpía? —advirtió Alexa.

—Pero solo yo puedo encontrar a los gigantes, ¿no has escuchado lo que me dijeron las ninfas? ¡Soy el liberador de los durmientes!

—Es demasiado arriesgado, amigo mío —apuntó Marcel—. Si Lilianne consigue lo que se propone...

—Entre todos lo conseguiremos —aseveró Tian Shui, echándome un cable—. Alguien debe quedarse al cuidado de Gigi, y ¿quién mejor que tú, Marcel? Lizbeth y yo iremos en busca de las ninfas acuáticas, a ver si podemos obtener algo más de información. Los demás, ¡encontrad a esos gigantes y démosles una lección a esas vampiras!

Cuando llegamos a los jardines del alcázar, nos estaba esperando Thalía y un escuadrón de amazonas con sus correspondientes halcones. Elisabeth nos distribuyó por parejas en las aves y se ofreció a llevarme a mí personalmente. Me acomodé en el lomo del animal, ella tomó las riendas detrás de mí y, a la voz de la reina, el halcón agitó las alas y echamos a volar. Me aferré fuertemente a las correas que llevaba sujetas al cuello y, en cuanto el ave estabilizó su vuelo, pude disfrutar de una experiencia que jamás habría de olvidar.

—¿A qué es maravilloso volar, Hugo? —me susurró Elisabeth al oído.

—¡Es alucinante! —dije con un cosquilleo en el estómago.

—Bueno, ahora te toca a ti decidir qué rumbo debemos tomar.

Asomé un poco la cabeza por un costado y revisé todo lo que se veía a mis pies hasta que mi vista divisó la gran catarata.

—¡Es allí! —voceé, haciéndole una señal.

Elisabeth agarró las riendas y dirigió al halcón hacia el lugar que le había indicado. En cuanto sobrevolamos las inmediaciones de la cascada, el animal inició el descenso y aterrizó en un claro que no quedaba muy lejos de la catarata.

Nada más tomar tierra, la reina me ayudó a desmontar del pájaro, pero tuve que sujetarme a su poderosa ala para no caerme por culpa del tembleque que tenía en las piernas. Los halcones nos habían dejado en una explanada que había en el bosque Sombrío y, cuando estuvimos todos preparados, iniciamos la marcha en búsqueda de los maiors.

Me dejé llevar por el instinto y durante los primeros metros caminamos a buen ritmo, pero al rato empezaron a flaquear mis fuerzas y tuve que obligarme a dar un paso tras otro para no desfallecer. Alexa aprovechaba cada una de mis paradas de descanso para darme una cucharada de la medicina de Marcel y un buen trago de su ponche. De esta forma fuimos avanzando hasta que escuchamos el rugido de la catarata. Fue entonces

cuando sentí las voces de las ninfas del agua advirtiéndome: «*Hugo, ¡no sigas o ellas te atraparán! Busca en tu alma la llave, la fuerza en tu corazón y el coraje en tus entrañas y a los gigantes de su letargo despertarás*».

—¿Va todo bien? —me preguntó Ángelus preocupado.

Balbucí algo y eché a andar por un sendero que ascendía entre unas rocas, empujado por una imperiosa necesidad. En un principio no las vi, pero las presentí muy cerca de mí hasta que escuché su llamada:

—¡Date prisa! Hugo de la Tormenta, no te puedes demorar, pues tu amada ya te espera en su trono de cristal.

»¡Corre, vuela!, no la hagas esperar, pues tu señora desespera por poderte abrazar y en su tálamo de plata vuestro enlace consumir.

Eché a correr cuesta arriba, desoyendo las voces que escuchaba tras de mí. Sabía que la llamada de la vampira me conducía a mi perdición, pero me daba igual; lo único que deseaba era reencontrarme con ella y saciar mi hambre voraz. Mis movimientos eran rápidos y ágiles, tanto que dejaba atrás a los árboles a una vertiginosa velocidad.

No tardé en dejar atrás a mis compañeros. Al llegar a la catarata me metí por un resbaladizo sendero que se serpenteaba hacia el interior a un par de metros de la densa cortina de agua. Escuché cómo mis amigos pasaban de largo y avancé por la sinuosa senda hasta que me detuve al presentir una presencia en mitad de un chorro de agua.

—¡Por fin has llegado, amor mío!

Me acerqué, mirando con lascivia la exuberante figura que se intuía tras el agua y, al llegar el lugar, metí el brazo en la catarata para agarrarla por la cintura y atraerla hacia mí. Lilianne clavó sus maravillosos ojos violetas en los míos y me besó con una pasión rayana con la ansiedad.

—Lilianne, mi señora —dije en cuanto se separaron nuestros labios.

La arpía me asió burdamente de los cabellos y me apretó la cabeza contra su vientre. El mero contacto con su terciopelada piel incendió mi deseo y me levanté para volver a besar sus labios. Ella respondió apasionadamente a mi beso, pero refrenó mi mano cuando se introducía en su entrepierna.

—Debemos esperar a que se materialice tu transformación, mi amor —me susurró a la vez que me mordisqueaba la oreja—. Pero antes debes hacer algo por mí.

Lilianne me tomó de la mano y levitamos en el interior de la cascada. El ruido era ensordecedor y el abismo que se abría a escasos centímetros de mis pies, vertiginoso, pero estando con ella no sentía miedo. Fuimos bajando

hasta que nos detuvimos delante de una hendidura que penetraba bajo tierra. Lilianne me introdujo en el angosto paso y, en cuanto puse los pies en el suelo, me apretó contra su cuerpo y me volvió a besar.

Cuando abrí los ojos podía ver perfectamente en la oscuridad y ya empezaba a intuir mis sentidos más afinados. Lilianne me cogió de la mano y me condujo por aquel entramado de túneles a gran velocidad. Sus carcajadas me contagiaban de felicidad y aumentaban las ganas que tenía de convertirme en un ser de la noche. Finalmente, nuestros pasos nos llevaron a una cueva donde fuimos recibidos por sus hermanas, quienes se materializaron entre las gotas de agua que caían del techo.

—Hugo, estas son mis hermanas: Lupe, Ann, Brenda y Su —anunció entre risas.

Las vampiras dieron vueltas a mi alrededor, enseñándome sus afilados colmillos y acariciándome con sus gélidas manos.

—¿A qué esperas, Lili? ¡Pídele que eche abajo la presa! —le instó Brenda, con una melodiosa voz.

—Todavía es pronto y está muy débil para enfrentarse a *ellos*, pero ya queda muy poco para que llegue el momento —respondió mientras me arrastraba hacia el interior de la cueva—. Ahora verás el alcance de mi poder, amor mío, y comprenderás que, cuando unamos nuestras almas, nunca más te sentirás vacío ni ella te volverá a despreciar.

Alzó la mano y el paisaje cambió drásticamente. Estábamos en una acogedora habitación presidida por una cama con dosel vestida con terciopelo rojo. La arpía me miró con ojos lascivos y me arrastró hacia la cama antes de tirarme sobre ella sin contemplaciones. Lilianne levitó por encima de mi cuerpo y se colocó a horcajadas sobre mi cintura, mirándome con sus fríos ojos violetas.

—Yo... —balbuceé sonrojado.

—¡Chis! No digas nada, mi amor —susurró ella, mordiéndose sensualmente el labio—. Tú has sido el elegido para reinar junto a mí la noche y pronto podrás ver, sentir y percibir igual que lo hago yo. Entonces, el señor de la Tierra podrá poseer a la señora del Agua y nada ni nadie nos podrá detener.

Lilianne lamió mis labios con su fría y húmeda lengua, incendiando mi deseo, y luego me fue desnudando lentamente.

—Te amo... —dije con el pulso acelerado.

—Contente, amor mío, todavía no ha llegado el momento —musitó

mientras me acariciaba el rostro.

Una vez desnudo, Lilianne me embadurnó todo el cuerpo con un aceite que olía a cedro y al instante me embargó un sosiego con el que me quedé dormido. Soñé que ya no tendría que preocuparme más por mi físico ni sufriría por un amor no correspondido en cuanto dejara esa vida atrás.

No sabría precisar cuánto tiempo dormí, pero tengo cristalino en la memoria lo que sentí cuando desperté, sacudido por una fuerte convulsión. Pude sentir las gotas de agua brotando de la tierra y el movimiento de los gusanos al arrastrarse por el fango. Al alzar la vista al techo vi, con total nitidez, cómo una diminuta termita se estaba dando un festín con una raíz que sobresalía del techo, escuché el murmullo de las nubes agitadas por el viento y olí el perfume de unas azucenas que crecían en el margen de la catarata.

—¡Bienvenido a mi mundo, Hugo! —escuché la voz de Lilianne a mi lado.

Al girarme tropecé con su lujuriosa mirada y esta vez no refrenó mi pasión. Le hice el amor con una intensidad que jamás había experimentado, pues era capaz de percibir no solo con mis sentidos sino con los suyos también, y mi apetito sexual parecía no tener fin, pues Lilianne sabía lo que tenía que hacer en cada momento para renovar mi deseo cuando las fuerzas comenzaban a flaquear.

Después de varios encuentros, me dejé caer exhausto entre las sábanas con la mirada fijada en el techo.

—Debes tener un hambre atroz, mi amor —me susurró mientras me acariciaba el pecho. Miré a Lilianne y, de repente, sentí un fuerte impulso de abalanzarme sobre su piel para absorber toda la sangre que corría por sus venas. Pero ella refrenó mi deseo y me miró fijamente a los ojos—. Para que tu transformación sea plena, debes pedirme pertenecer a mi linaje y prometerme que jamás traicionarás a los dictados de tu corazón.

—¡Te lo juro! —dije con voz ansiosa.

—Eso es, cariño, libera la Oscuridad de tu alma —musitó mostrándome el cuello.

Me lancé con furia sobre su ella pero, antes de que mis colmillos alcanzaran su objetivo, alguien me cogió de los brazos y tiró de mí, sacándome de la cama.

—¡Está muy fuerte y eso que aún no se ha alimentado! —se carcajeó Brenda, apareciendo detrás de una de las columnas del dosel.

En ese momento me percaté de que Su y Lupe me estaban sujetando por los brazos. Intenté deshacerme del férreo placaje sin dejar de mirar el cuerpo

desnudo de Lilianne, tumbado en la cama.

—¿Qué hacemos, Lili? Está que se muere por saciar su sed —señaló Lupe.

—Pues no lo hagamos esperar más —respondió Lilianne, chasqueando los dedos.

Inmediatamente presentí una presencia detrás de mí y mi apetito se acentuó. Las vampiras me giraron y vi a Alexa tumbada inconsciente en un altar.

—¿Tienes sed? —me susurró Lilianne al oído—. ¿Percibes el cálido aroma de su sangre? ¿Y el suave tacto de su piel? Es excitante saber que puedes hacerla tuya y saciar tu hambre de una sola vez, ¿verdad?

—¡Soltadme! —les grité poseído por la imperiosa necesidad de sorber su sangre y satisfacer todos mis deseos.

Lilianne se acercó al altar, contorneando sus desnudas caderas, y se situó detrás de Alexa. Poco a poco, le fue desabrochando los botones de la camisa hasta dejar sus pechos al descubierto. Siguió desabotonando y, cuando llegó al vientre, fue acariciándole sensualmente el cuerpo hasta que llegó a su cuello sin dejar de mirarme con lascivia. Lilianne se agachó lentamente y, tras susurrarle al oído, Alexa balbució agitada antes de incorporarse aterrada del altar.

Brenda y Ann se aparecieron a ambos lados del altar y la sujetaron por los brazos mientras se reían burlonamente de ella. Alexa intentó zafarse, pero se quedó paralizada cuando fijó la vista en mí.

—¡Mirad que cara ha puesto! —se carcajeó Ann—. ¿No reconoces a tu amiguito? Pues espera a ver lo que va a hacer contigo.

Yo ya no era dueño de mi voluntad y ardía de deseo por dar rienda suelta a mi instinto animal. Alexa me miró y no pudo evitar echarse a llorar.

—¿Me vas a entregar ahora las gemas mágicas? —le preguntó Lilianne con una altiva sonrisa.

—¡Jamás te las daré! —le escupió Alexa, intentando soltarse de las arpias que la sujetaban.

La vampira se me acercó y, tras pasarme el brazo por la espalda, musitó:

—Solo te falta dar un paso para convertirte en mi rey y dejar de sentirte insignificante. Ella te despreció por tu físico y ahora tienes la oportunidad de hacerla tuya, de resarcirte de tu dolor. ¡Mátala y recupera las llaves dimensionales para mí, Hugo!

Sus hermanas me liberaron y me acerqué impasible hacia el altar.

—¡Dámelas, son mías! —le increpé.

Alexa me miró fijamente a los ojos y negó con un gesto.

—Hugo, soy yo —musitó.

No percibí temor en su mirada, pero sí una profunda tristeza y, por un momento, titubeé. Ese gesto no le pasó inadvertido a Lilianne.

—¿A qué esperas? ¡Acaba con ella o lo haré yo! —me amenazó.

Me revolví y la desafié, mostrándole los colmillos.

—¡Ella es solo mía! —rugí, provocando la sonrisa de Lilianne.

«*¡No estás solo, Hugo!*», escuché la voz de Ángelus en mi mente. Me sacudí aquellos pensamientos y me abalancé sobre Alexa. «*¡La luz está contigo!*», me susurró Aurora antes de rozarla y, de pronto, una brizna de luz se encendió en mi corazón. «*Un inesperado aliado espera tu llamada*», me reveló la voz de Lizbeth cuando creí que ya nada me podía parar.

Cerré mis fauces sobre el cuello de Alexa, pero solo mis labios rozaron su piel. El veneno que emponzoñaba mi alma se diluyó como un azucarillo en café caliente y volví a recuperar el control de mi voluntad. Por fortuna, mis nuevos poderes de la noche me permitían pensar con mayor lucidez y no tardé en maquinare un plan. «*Alexa, vuelvo a ser yo. Haz todo lo que te diga y todo saldrá bien. ¿Confías en mí?*». No hizo falta que me respondiera.

Con un veloz movimiento, le arranqué el corazón a Ann con mis propias manos, convirtiéndola en polvo. Para cuando me revolví, las demás ya se habían desvanecido en una nube de vapor.

Ayudé a Alexa a bajar del altar y, mientras ella se abotonaba la camisa, corrí hacia la cama para vestirme y recoger el resto de mis cosas. Ninguna arpía se atrevió a salir de su escondite, pues ahora sabían que era inmune a sus encantamientos.

—Fuiste una necia dotándome de poder cuando todavía no te habías cobrado mi alma, Lilianne. Ahora no sois invisibles para mis ojos —voceé al tiempo que desenvainaba a Labrys y me dirigía con decisión hacia una pared.

Blandí el hacha y, tras hundirla en la roca, apareció el cuerpo inerte de Brenda atravesada por el filo. Sus hermanas se materializaron y me miraron con odio.

—No sé cómo has podido liberarte de mi maldición, pero jamás saldréis con vida de este antro —me intimidó Lilianne, mostrándome sus colmillos.

—Te equivocas, querida: tu soberbia te ha traicionado más de lo que imaginas, pues me mostraste el verdadero motivo por el que me escogiste y ahora utilizaré todo lo que me enseñaste en tu contra —anuncié cambiándole la cara.

«*Ponte detrás de mí, Alexa*», le insté.

—¡Maldito seas mil veces, Hugo! —siseó Lillianne con rabia—. Pero ¿te cuento un secreto? Pronto amanecerá y te abandonarán los poderes de la noche. ¿Cómo la protegerás entonces?

Las arpías se dispersaron por la cueva, prorrumpiendo unas sonoras carcajadas, y se hicieron invisibles a mis sentidos, convirtiéndose en gotas de agua. En ese momento las palabras de Lizbeth cobraron sentido y capté una presencia acercándose con un hambre voraz.

—Hay poderes más antiguos que la Luz o la Oscuridad dispersos por el universo que son inmunes a cualquier encantamiento... y algunos andan sedientos de almas —remarqué antes de precipitarme hacia la pared, empuñando a Labrys.

La hoja impactó violentamente contra la roca y la hizo saltar por los aires, abriéndose una profunda oquedad.

—¡Has fallado, estúpido, y ya ha amanecido! —tronó la voz de Lillianne.

Escuché sin inmutarme sus carcajadas, pues sabía pronto las habrían de acallar. Sus voces se ahogaron cuando vieron emerger por el agujero al batranco. La bestia bramó al ver a Labrys oscilando en mi mano y, en cuanto detectó a las vampiras, optó por cambiar de presas.

Las vampiras no podían huir de la cueva pues la luz del sol las habría matado, ahora que no podían protegerse con mi poder, y era inútil que intentaran ocultarse del batranco, pues ningún alma era inmune a su voracidad. Lupe intentó escapar por el pasadizo, pero la alimaña la cazó al vuelo con sus afilados dientes y la devoró ante la horrorizada mirada de sus hermanas. Lillianne y Su se desvanecieron, pero el Batranco las paralizó con su primigenia magia y les comenzó a absorber el alma con sus tentáculos. Ya apenas podía verlas, pero preferí no tentar a la suerte y exhorté a Alexa a salir cuanto antes de allí.

Abandonamos a toda prisa el antro corriendo por el túnel y no disminuimos el paso hasta que llegamos a la salida. Asomé la cabeza y miré hacia arriba para comprobar cómo estaba el camino hasta el sendero. Teníamos que escalar un largo trecho, pero en la pared había buenos asideros dónde agarrarse. Dejé que fuera Alexa la que fuera delante y, tras unos minutos de escalada, alcanzamos la senda.

Cuando salimos de la catarata y pude respirar aire puro bajo el cielo azul, no pude evitar lanzar un grito. Al momento se escucharon unas voces que gritaban nuestros nombres desde lo alto de la loma.

Nos miramos con complicidad y subimos por la empinada senda para culminar aquel feliz reencuentro.

Fuimos recibidos con una exaltante alegría por parte de nuestros compañeros, pues se esperaban lo peor desde que Alexa desapareció en extrañas circunstancias la noche anterior. No nos dejaron descansar hasta que les hubimos contado todo lo que había pasado en la cueva de las vampiras. Por razones obvias, yo omití los detalles más escabrosos de aquella escalofriante aventura y también me guardé de relatarles las inconfesables atrocidades que se me pasaron por la cabeza durante el poco tiempo que viví como una criatura de la noche.

Después de almorzar en el margen del río, nos llegaron buenas noticias desde Céfiro. Una amazona nos informó de que Gigi había despertado y se encontraba en muy buen estado, aunque todavía algo débil y bajo los cuidados de Marcel, y que durante su letargo se le había revelado una premonición: los maiors existían y debían ser despertados. Aquella se había convertido, pues, en nuestra siguiente prioridad, y recordé que Tian Shui y Lizbeth habían ido a buscar información sobre el paradero de los gigantes tronco-rocas.

—¿Qué habéis descubierto al hablar con las ninfas acuáticas? —les pregunté a la vidente.

—Nos costó mucho que las ninfas se dejaran ver, pues vivían atemorizadas por las arpías y no querían conversar con nadie que no fueras tú, pero, en cuanto las convencimos de la importancia que tenía que pudiéramos dar con los maiors para acabar con ellas y que tú estabas en peligro, nos prometieron que hablarían con su padre para ver si él sabía algo de ellos —reseñó.

—¿Y qué os dijo el dios? —le pregunté ansioso.

—Todavía no hemos vuelto a saber nada de ellas —respondió Tian Shui, encogiéndose de hombros.

De golpe, emergió en la orilla del río el cuerpo de una bonita muchacha, de cabellos melaza y ojos verdes. La belleza de aquellas criaturas era asombrosa, pero no superaba la beldad de mi señora Aretusa.

—¡Hola, Aina! —exclamó Lizbeth, nada más verla. La náyade saludó a la vidente y, a su gesto, aparecieron tres ninfas más que se parecían a ella como gotas de agua—. Amigos míos, os presento a Aina y ellas son sus hermanas: Iris, Flor y Coral. Precisamente ahora mismo estábamos hablando de vosotras.

—Mis señoras, rogamos que disculpéis nuestro retraso, pero nuestro padre no les tiene mucha estima a los humanos y nos ha costado persuadirlo de que quisiera ayudar —se justificó mientras salían del río. Sus cuerpos estaban únicamente cubiertos por unas diminutas telas que realzaban su silueta—. Además, también teníamos que esperar a que amaneciera pues tememos profundamente a las arpías.

—¡Pues de eso ya no tenéis que preocuparos! Nunca más las volveréis a ver —las tranquilicé.

Las ninfas se miraron contrariadas.

—¿Por qué te burlas de nosotras, Hugo? —añadió Aina, dejándome helado—. Lilianne consiguió escapar del batraco y ahora espera que llegue la noche para vengar la muerte de sus hermanas.

—Entonces, no hay tiempo que perder —advirtió Vulcano, levantándose de la hierba—. ¿Qué os dijo vuestro padre sobre el paradero de los gigantes?

—Que desaparecieron en cuanto construyeron esta presa y que esperan, dormidos, a que los despierte su señor —comentó Aina mirándome a mí.

—¿¡Yo!?

—Tú eres el señor de la Tierra, ¿verdad? Pues los maiors solo se despiertan cuando se lo pide su señor.

«¡Vaya, qué bien! Y nadie sabrá cómo conseguirlo, ¿no?», cavilé.

—¿Sabes por dónde empezar a buscar? —me preguntó Aurora.

«¿A qué esperas, Lili? ¡Pídele que eche abajo la presa!», recordé. «¿Qué interés tendrían en pedirme algo así?», medité.

—Creo que sé dónde están —dije con cautela—. Aina, ¿tus hermanas y tú podríais inspeccionar en profundidad la catarata?

—Sí... ¿Por qué?

—Porque, si no me equivoco, los gigantes deben formar parte de los pilares de contención de la presa. Las vampiras tenían un especial interés en que la tirara abajo —precisé, sintiendo cómo aquella corazonada cobraba cada vez más fuerza.

Las ninfas se zambulleron en el río y volvieron a aparecer en unos minutos. Tenían la sonrisa pintada en sus caras.

—¡Lo sabía! —exclamé dando un brinco.

—Hugo, los maiors están dónde dijiste, pero se encuentran muy debilitados —me explicó Aina mientras se acercaba a nado hacia la orilla—. Las arpías deben de haberlos envenenado durante años y lo cierto es que no creo que puedan aguantar una crecida de las aguas —añadió mientras salía del agua.

Se escuchó una estridente risotada que me revolvió las tripas. Cuando miré hacia su origen, vi cómo se desvanecía la estela de Lillianne en una púrpura neblina. Al instante, el cielo comenzó a encapotarse con negros nubarrones y el viento viró atrayendo a la tormenta.

—¡Maldita sea! —escupí apretando los puños en alto—. Esa malnacida nos ha escuchado y está utilizando su magia para provocar la rotura de la presa. ¡Tenemos que despertar a los maiors antes de que consiga su objetivo! Si no —dije mirando a Elisabeth—... Céfiro será devastada por las aguas.

—¿Podemos ayudarte, Hugo? —me preguntó Aina.

—¿Podéis llevarme dónde están los maiors? Sé que podéis hacerme respirar bajo el agua si me... Bueno... ¡Ya sabéis cómo!

—Será un honor poder hacerlo —señaló Aina cogiéndome de la mano.

Me quité las botas y me acerqué a la orilla del río, siguiendo los pasos de la ninfa.

—¿Y qué podemos hacer los demás? —preguntó Alexa poco antes de que nos metiéramos en las bravas aguas.

Volteé la cabeza y contesté:

—Los magos quedaros para ver si podéis frenar la crecida con vuestra magia. Los demás, regresad a la ciudad y organizar la evacuación por si no podemos evitar el desastre.

—También necesitaremos de vuestra presencia, señoras Lizbeth y Tian Shui, para calmar el genio de nuestro padre —añadió una de las hermanas de Aina—. El dios Atlas tiene un gran corazón, pero seguro que se pondrá como una furia cuando se despierten los gigantes tronco-rocas. No olvida que ellos fueron los que desviaron su curso y nunca se han llevado demasiado bien —precisó, haciéndoles un gesto para que se zambulleran en el río.

Sin perder más tiempo, nos sumergimos en el agua con las náyades y, tras recibir un largo y profundo beso de Aina, me dejé llevar por la corriente como si volviese a ser un hijo del agua.

Por un momento, cuando abrí los ojos, solo sentía un murmullo lejano y cómo la distorsionada luz del exterior intentaba atravesar la densa columna de agua. Al mirar al lado vi que Aina me sujetaba por la cintura. La ninfa me hizo un gesto, para que me diera la vuelta y entonces los vi. No estaban ni a medio metro de distancia y parecían pétreas estatuas, pero sus rostros severos, de ojos rasgados y profundos, y sus musculosas y arbóreas extremidades no daban lugar a dudas. Aquellos seres eran los maiors.

Ahora que los había encontrado, se me planteaba otra difícil cuestión: ¿cómo podría despertarlos? Imaginaba que tendría que buscar la respuesta en mi interior, en algún rincón olvidado de mi esencia, y movilizar toda mi fuerza interior, pero lo cierto es que lo único que se me ocurrió fue llamarlos por su verdadero nombre, aquel que solo sabía yo. «*¡Nems, venid a mí!*».

La tierra comenzó a temblar y Aina se agarró a mi cuerpo, aterrorizada. «*¡No temas!, son seres inofensivos... creo!*», la intenté tranquilizar. Al instante, uno de los gigantes abrió los ojos y me miró con sus iris negros. «*¿Por qué has tardado tanto, mi señor?*». Intenté buscar alguna excusa que ponerle, pero en ese momento se escuchó un estruendo y, de pronto, se hizo la oscuridad.

Puse mis sentidos en el exterior y escuché cómo llovía torrencialmente. Lilianne ya había desatado su malvado plan. «*¿Cómo te llamas?*», le pregunté. El nems pestañeó un par de veces. «*Ariel, así me llamo yo!*», respondió. «*Pues Ariel, ya va siendo hora de que despiertes a tus hermanos. Las cosas se están poniendo feas ahí afuera y la hija de Alrinach está detrás de ello!*», le insté. El gigante cerró los ojos y pareció quedarse dormido. «*Estamos muy cansados, mi señor. ¿Por qué has llegado tan tarde?*», me preguntó volviendo a abrir sus pesados ojos. «*¡El señor de la Tierra no llega nunca tarde; llega cuando tiene que llegar!*», bramé empuñando mi hacha.

En ese momento fui poseído por una fuerza que no había conocido hasta entonces y el instinto me dictó que descargara con todas mis fuerzas a Labrys

contra la presa. El hacha voló e impactó en la pared de la catarata, produciendo una gran brecha que se expandió verticalmente, amenazando con partirla por la mitad. «*Pero ¿¡qué he hecho!?*», pensé horrorizado. De pronto, Labrys retornó a mi mano, como por arte de magia, y los maiors que dormían abrieron los ojos y extendieron sus brazos para volver a unir la hendidura. Sus músculos se tensaron y la grieta fue cerrándose hasta que ambos extremos volvieron a quedarse unidos. Entonces se produjo algo realmente sorprendente.

Los nems comenzaron a incrementar su tamaño y Ariel nos tomó entre sus dedos antes de que su cabeza emergiera por encima de la catarata. Diluviaba y en el cielo se había desatado una batalla de rayos y truenos que parecía estar marcando el tétrico compás del fin del mundo. Casi se me paraliza el corazón cuando vi cómo se nos venía encima una gran ola empujada por una oscura magia. «*¡No os preocupéis! Ya dominamos la furia del agua una vez y lo volveremos a hacer*», comentó el nem con una voz ronca. Ariel y sus hermanos consiguieron juntar sus cuerpos justo unos instantes antes de que la gran ola impactara contra ellos con estruendo. Las furiosas aguas retrocedieron sin que los gigantes tronco-rocas cedieran ni un milímetro su posición y se alzó el estridente grito de Lilianne por encima de la tormenta, uno que provocó que arreciara el aguacero aún con mayor ímpetu.

Me sentía como un guisante en la mano de Ariel, inmune a cualquier adversidad. Sin embargo, cuando vi cómo se armaba otra ola, aún más gigantesca que la anterior, y se precipitaba azotada por las desatadas maldiciones que la arpía profería desde el cielo, supe que ni los formidables nems podrían contener aquella fatalidad. Ariel rugió, y con él los demás maiors, y volvieron a aumentar de tamaño hasta convertirse en unos colosos. La ola chocó con violencia contra el impenetrable muro y se replegó sobre sí misma para luego retroceder. Lilianne aulló en lo alto al ver repelido su ataque por segunda vez, pero por encima de su voz se alzó un graznido que pareció paralizar el tiempo.

Levanté la vista y vi la sombra de un gigantesco pájaro que sobrevolaba por encima de los encendidos nubarrones. La arpía chilló, pero esta vez de terror, cuando un halcón de unas proporciones monstruosas se abalanzó sobre ella tras emerger en medio de la tempestad. Nada pudo hacer Lilianne para evitar que aquella bestia alada la partiera en dos con su poderoso pico, poniendo fin a su malvada existencia.

Al momento, la tormenta se diluyó y apareció un fornido sol que inundó de

claridad el valle. El cauce del río, poco a poco, volvió a ser el normal y Ariel nos dejó, a Aina y a mí, en el margen del río. Poco a poco, los gigantes tronco-rocas comenzaron a menguar de tamaño hasta casi quedarse en la mitad. Aun así, continuaban siendo enormes, tanto que, cuando Ariel llamó al portentoso halcón y este se posó en su brazo, casi parecía de tamaño real.

—¡Buen trabajo, amigo Aron! —comentó, con su reverberante voz, el nem—. Y muchas gracias, mi señor, por haber sabido despertar nuestros adormecidos sentidos y por haber llamado a Aron, el gran halcón.

No recordaba haber hecho eso último, pero me dio igual.

—¿Cómo es que no abandonasteis este mundo con los dioses? A ver, no me malinterpretes, que no os estoy recriminando que no lo hicierais, pues gracias a ello hemos conseguido salvar a Céfiro de la devastación —subrayé rojo de vergüenza.

Ariel sonrió tras escuchar mi argumentario.

—Porque le prometimos a Horus que velaríamos por el pueblo de Poniente hasta que consiguiéramos erradicar al Caos —contestó mientras le acariciaba el lomo al halcón.

Dicho esto, Ariel masculó algo en el idioma de los nems. Sus hermanos introdujeron los brazos en el agua y comenzaron a modelar la presa a la vez que murmuraban unos versos mediante sonidos guturales. De esta forma reforzaron la presa con unos enormes bloques de roca y, cuando parecieron estar seguros de que su trabajo estaba acabado, separaron sus cuerpos para que el Atlas volviera a seguir su curso.

Los gigantes tronco-rocas se alejaron de la catarata, pero se quedaron con las piernas metidas en el río sin saber por dónde salir, pues estaban totalmente rodeados por bosques. Entonces aparecieron varios halcones volando en el cielo y, al fijar la vista descubrí que uno de ellos estaba aterrizando al otro lado de la catarata y que en su lomo me pareció distinguir la silueta de Marcel. Efectivamente, en cuanto el halcón tomó tierra, vi cómo desmontaba de su lomo el druida y empezaba a bailar mientras se dirigía hacia el bosque. Al instante los árboles comenzaron a moverse y a dejar el suficiente espacio como para que pudieran salir los maiors del río sin que ninguno de ellos fuera pisoteado.

Pese a su gran envergadura, los gigantes se movieron con una extraordinaria agilidad y, cuando estuvieron sobre tierra firme, me di cuenta de que no todos tenían la misma estatura. Ariel, sin duda, era el más grande de ellos.

—¿Qué tal estáis? —voceó Alexa, apareciendo en el margen del río, acompañada por Lizbeth, Tian Shui y Ángelus.

Corrí hacia ellos y los abracé, liberando toda la alegría que tenía en el corazón.

—Contuvimos la magia de Lilianne tanto como pudimos pero, si no llega a ser por su providencial aparición... —comentó Ángelus, mirando con asombro a los nems desde el borde de la cascada.

—¡Son unos seres extraordinarios! Pero ¿ahora qué hacemos? —rezongué, pensando que tendríamos que realizar una penosa caminata para reunirnos con Marcel y los maiors.

Un graznido sobre mi cabeza respondió a mi pregunta. Varios halcones aterrizaron cerca del río y a lomos de tres de ellos estaban la reina Elisabeth, Gigi y la capitana Thalía. Cada uno nos montamos en un halcón y Gigi quiso que yo la acompañara a ella.

—Quiero tener el honor de montar al salvador de mi pueblo. Espero que no te importe —me susurró en cuanto acoplé el cuerpo en la montura.

Eché la vista atrás y alcé la mirada para mirarla a los ojos.

—Ambos compartimos el mismo estigma y eso nos acompañará mientras vivamos. ¿Cómo me va a importar dejarme llevar por mi hermana de penurias? —anuncié con un guiño.

Gigi emitió un fuerte silbido y el halcón agitó las alas antes de alzar el vuelo. Jamás podré olvidar la sensación de libertad que sentí en aquel momento, mientras nuestros cuerpos sobrevolaban a más de mil metros del suelo.

CAPÍTULO 7.

EL REINO DE ORIENTE.



«No existe nada más bello y misterioso que la luz de la luna sobre la
inmensidad del desierto».

El halcón tomó rumbo hacia Céfiro, pero lo hizo en círculos para no adelantarse a los nems, que caminaban en aquella dirección por tierra. Las vistas del valle eran impresionantes desde arriba. Seguí con la mirada el curso del Atlas y vi cómo serpenteaba hasta desembocar, a muchas leguas, en la mar. De repente, una sombra ocultó el sol y, al alzar la vista, vi que Aron, el padre de todos los halcones, sobrevolaba con las alas extendidas sobre nuestras cabezas.

Céfiro se había echado a la calle y se veía a una gran multitud fuera de las murallas. Gigi guio al halcón hacia una explanada que había en las afueras de la ciudad y allí aterrizamos junto con los demás.

Vulcano fue al encuentro de Alexa y, tras cogerla en volandas, la besó. Aquella era la primera vez que no me sentía incómodo al ver sus muestras de cariño. Por desgracia, yo tampoco me libré del abrazo de oso con el que acostumbraba a saludarme el fortachón.

—¡Te has convertido en el héroe de la ciudad! —me soltó en cuanto me liberó de su abrazo—. Las chicas nada más hacen que preguntarme por ti. Creo que esta noche dormirás caliente, canalla —me susurró con un guiño.

Pasé de la bravuconada de mi compañero, pero en el fondo sabía que no me vendría mal ahogar mis penas en los brazos de una mujer, sobre todo para quitarme de la mente los perversos encuentros sexuales con los que Lilianne intentó llevarme al mundo de las tinieblas. En ese instante se escuchó un murmullo de asombro y todo el mundo se quedó callado mientras se sentía un temblor de tierra.

Los maiors avanzaron hasta quedarse a unos veinte metros de la multitud. Marcel y las náyades, que también los habían acompañado, parecían muñecos a su lado y eso que los nems habían menguado bastante de tamaño durante el trayecto. Los niños suspiraron de asombro, tras las piernas de sus padres, cuando vieron la gigantesca sombra de Aron, que descendió en círculos hasta posarse en el brazo de Ariel y emitió un poderoso graznido.

Elisabeth avanzó unos metros y proclamó:

—¡Sed bienvenidos a Céfiro, vuestra ciudad! —La gente comenzaron a vitorear a los gigantes tronco-rocas y estos asintieron con un gesto de gratitud—. Hoy nos hemos reunido en este lugar con nuestro pasado para que nuestro futuro sea más próspero y hermanado. Si hace unos días me hubieran dicho que estaría delante de los legendarios maiors y de las maravillosas hijas de Atlas, no lo habría creído, como tampoco hubiera imaginado que el regreso de Marcel estaría ligado a la llegada de *los hijos de la Luz*, pero ¡aquí están! —remarcó orgullosa—. ¿Con esto qué pretendo decir? Que se acercan tiempos de cambios, algunos difíciles de asimilar, pero ahora tengo el convencimiento de que también son tiempos de esperanza, de grandes alianzas y de retornar a encauzar el destino que nos marcaron los dioses a los pueblos libres, pues ahora el reino de Poniente es más poderoso y aún lo será más cuando los cuatro reinos vuelvan a estar unidos bajo una misma bandera. Por esa razón, quiero que miremos a nuestro futuro con ilusión y decisión, pues hoy se ha demostrado que, después de la tempestad, siempre regresa la calma. ¡Vivan los reinos libres! ¡Vivan los pueblos de la Luz! —aclamó con los brazos en alto.

La muchedumbre gritó con una única voz: «¡Viva!». Al instante Marcel empezó a entonar una alegre melodía con el dulce sonido de una flauta a la que se sumaron los cánticos de las gentes de la ciudad. Así se inició la gran fiesta, que duraría hasta altas horas de la madrugada, y que yo acabé, como vaticiné mi buen amigo Vulcano, retozando en el lecho de una morenaza de ojos verdes.

Elisabeth insistió en que pasáramos unos días de descanso en Céfiro, aludiendo de que necesitaban pasar más tiempo con Marcel y Aurora, y accedimos encantados. Siempre recordaré aquellas semanas que pasamos en Céfiro como la más próspera de mi vida en cuanto a encuentros amorosos. Descansar, lo que se dice descansar, lo hice poco debido a que las Amazonas, a parte de ser virtuosas luchando en el campo de batalla, también lo eran entre las sábanas. Lo cierto es que necesitaba sentirme humano para olvidar a Lilianne y todos aquellos corruptos sentimientos que compartí con ella... y lo conseguí.

El día de nuestra partida nos reunimos en las puertas de Céfiro con nuestras anfitrionas, los maiors y las náyades, acompañadas por un extraño ser, muy apuesto y vigoroso, que nos presentaron como el dios Atlas, quien

no quiso que nos fuéramos sin agradecerlos que hubiésemos acabado con las vampiras que atemorizaban a sus hijas.

Ángelus les reveló que Aron, el gran halcón, sería el encargado de abrir la puerta dimensional cuando el reino de Poniente fuera llamado a la guerra. La reina Elisabeth se comprometió que reuniría al mayor ejército de Amazonas del reino de Poniente. Para ello enviaría a Thalía a reclutar al máximo número de ellas por los pueblos y ciudades que se repartían a lo ancho y largo de aquel mundo y la comandante se encargaría del adiestramiento de los grandes halcones que se criaban en las escarpadas montañas del norte.

No obstante, llegó el momento de las despedidas y este fue especialmente duro para Marcel, quien se fundió en un sentido abrazo con Gigi y Elisabeth antes de partir.

—¿Estáis preparados? —pregunté.

Mis compañeros asintieron y, tras conectar con la energía de las gemas mágicas, se abrió un portal dimensional.

—¡Un momento, mi señor! —advirtió Ariel, poniéndose de cuclillas delante de mí. Miré sorprendido al gigante y no pude contener un gesto de asombro cuando se arrancó con la mano un pequeño mechón de sus cabellos—. En nombre mío y de mis hermanos, queremos agradecerte lo que hiciste por nosotros y por esta ciudad regalándote uno de los dones más valiosos que poseemos. Guárdalo bien, pues con él podrás adquirir la apariencia de un árbol sin que nadie pueda captar tu esencia y algo nos dice que lo necesitarás. Si no, siempre podrás acordarte de nosotros cuando lo veas —añadió, entregándome el presente. Cogí el mechón y me quedé mirándolo sin saber cómo reaccionar—. ¡Ah, claro...! —exclamó, soltando una carcajada que casi me hace caer de culo—. Para activar su poder, tan solo tendrás que coger un puñado de tierra y pensar en qué árbol te quieres convertir. El efecto durará todo el tiempo que tú quieras, pero no te recomiendo que sea demasiado, no vaya a ser que te sientas tan a gusto que acabes tentado a vivir como árbol por toda la eternidad. Y lo que te digo no es pueril —dijo, remarcándolo con un gesto—. Ten en cuenta que, mientras seas un árbol, tendrás la misma fuerza que nosotros. Te habrás convertido en un nem.

Agradecí, con una reverencia, el gesto de Ariel y, sin más dilación, cruzamos el umbral dimensional.

El contraste con el que nos encontramos cuando aterrizamos en aquella dimensión fue espectacular. De la frondosidad de los bosques del reino de

Poniente habíamos pasado a la absoluta aridez de un desierto. A nuestro alrededor se extendía un océano de pardas dunas salpicado por pequeños islotes de vegetación. Afortunadamente el sol estaba declinando por poniente y el calor no era sofocante, aunque tuvimos que aligerar un poco nuestra ropa antes de iniciar la marcha.

—Creo que hemos llegado a las perdidas tierras de Oriente, tu reino, maese Hugo. ¿Por dónde sugieres ir? —preguntó Vulcano con una sonrisita.

—Aunque este sea el reino de mi padre, te recuerdo que hasta ahora jamás había puesto un pie aquí, melón —le solté mientras me cubría la cabeza con un pañuelo, a modo de turbante—. Sin embargo, tienes razón: será mejor que sea yo el que decida qué camino tomar —dije, dejándome llevar por una intuición.

Lo cierto es que solo tuvimos que remontar la pendiente de la duna que teníamos delante para quedarnos boquiabiertos ante la maravillosa ciudad que apareció en mitad del desierto. Parecía sacada de un cuento de *Las mil y una noches*. Amurallada y rodeada de vastos oasis, en la ciudad destacaban sus blancos palacetes, todos ellos provistos de terrazas, altas torres, con sus arcos de ojiva túmida y angrelados que sobresalían sobre los abovedados tejados de las casitas, y en la porción central, destacando por encima de las demás construcciones, se hallaba un gran palacio de mármol blanco con dos altos minaretes aún más altos que todo lo demás. El palacio poseía un gran mirador y estaba asentado en varios niveles, también provistos de terrazas, en los que se distribuía una espesa vegetación que recordaba la estética de los legendarios jardines de Babilonia. En la espalda del palacio, señalando el punto central de la ciudad, se elevaba un obelisco sobre el que comenzaba a aparecer una enigmática y abombada luna llena.

Nos dirigimos hacia las puertas de la urbe con la esperanza de ser bien recibidos. Nos paramos en el puesto de guardia y de la garita salió un centinela vestido con uniforme negro, cimitarra al cinto y cubierto por un turbante, que en cuanto nos vio nos hizo una reverencia.

—¡Sed bienvenidos a Alejandría! Nuestro bienhadado califa Arkham espera ansioso recibir en el Palacio de Oriente a nuestro rey Hugo y a *los hijos de la Luz* —anunció sin abandonar la reverencia—. Mi nombre es Ahmed y soy el general de los guerreros del tigre y el dragón. Acompañenme, por favor.

Nos quedamos anonadados ante aquel cordial recibimiento, pero no protestamos y nos limitamos a seguir a Ahmed con la sonrisa pintada en

nuestras caras.

Nada más atravesar las murallas, se alumbraron de golpe todas las farolas de la ciudad y Ahmed, al ver cómo mirábamos asombrados aquel fenómeno, nos explicó que el difunto rey Alejandro había encontrado un yacimiento de gas en el desierto y lo había canalizado, conduciéndolo a todas las casas y calles, para proporcionar un alumbrado gratuito para los ciudadanos de Alejandría. Luego nos condujo por las vivarachas calles, llenas de actividad pese a que ya había anochecido, y al llegar a la zona noble dejamos atrás el bullicio y pudimos admirar la belleza de los jardines que pendían de las terrazas de los palacetes que se repartían por callejas del casco antiguo de la ciudad.

Antes de llegar a las puertas del palacio de Oriente nos encontramos con un pintoresco mercadillo donde nos agasajaron con un refrigerio a base de granadas, uvas, higos e hidromiel bien fría. Me encantaba el olor que desprendía la mezcla de aromas procedente de las especias que se vendían en las paradas y el colorido de las ropas que se mostraban en los puestos ambulantes. Mientras nos tomábamos el pisco, le pregunté a Ahmed por qué la cúpula del palacio tenía también una terraza y me respondió que mi padre la había construido en honor a la luna, pues le recordaba mucho a la que veía en la Tierra y quería tener un lugar donde poder contemplarla todas las noches.

—¡Qué suerte hemos tenido para llegar a la ciudad en plena luna llena! — dije amagando un suspiro.

—¡Oh, siempre brilla así, mi rey! Todos los días del año y a cualquier hora del día o de la noche —señaló Ahmed—. La luna es la mayor de nuestras maravillas y pronto entenderás el porqué.

Ahmed nos acompañó al puesto de guardia del palacio donde nos esperaba Alí, un hombrecillo moreno y de intensos ojos verdes, el mayordomo del califa, que nos acompañaría hasta la sala de audiencias. El sirviente nos condujo por un patio acequiado, circundado por unos bellos jardines colgantes, que nos llevó a la puerta que daba acceso al edificio principal del complejo palaciego.

—Este es el palacete de Selena, el templo de culto de nuestra deidad. Tras él se encuentran los jardines de Oriente, una de las maravillas de Alejandría, pues alberga al oasis más grande de nuestro reino —proclamó Alí emocionado—. Si son tan amables, esperen un momento aquí. El califa Arkham no tardará en venir a recibirlos.

El mayordomo desapareció tras cruzar la puerta y nosotros nos quedamos contemplando aquella preciosa construcción.

El palacete de Selena estaba constituido por una pieza abovedada central, provista de numerosos ventanales recubiertos de celosías, y estaba coronado por una terraza circular que debería ofrecer unas magníficas vistas de toda la ciudad. A ambos lados de este edificio se encontraban dos dependencias de cuyos costados emergían ambos minaretes, las construcciones más elevadas de la ciudad. Justo por detrás de la cúpula se levantaba el gran obelisco, coronado con una estrella de siete puntas dorada.

Pasados unos minutos, apareció por la puerta del palacete un hombre de mediana edad, constitución atlética y rubios cabellos, vestido con una túnica de color marfil. Sus ojos, de color aceituna, centellearon en cuanto me vieron y se dirigió hacia nosotros con una radiante sonrisa.

—¡Has llegado muy puntual, mi rey, como predijo Selena! Mi nombre es Arkham y en nombre de todos tus súbditos te doy la bienvenida a tu hogar, Hugo —dijo dándome un cálido abrazo—. Tienes la profunda mirada de tu padre, aunque esos ojos negros debes haberlos heredado de tu madre, ¿verdad? —dijo dándome unos cariñosos golpecitos en el cuello. Sin dejarme contestar declaró—: Alejandro y yo éramos como hermanos. ¡Siento muchísimo su pérdida! Pero ese era su destino, el mismo que te ha traído hoy aquí, ¡y no sabes cuánto me alegra verte tan bien acompañado! Bienvenidos a vuestra casa, *hijos de la Luz* —añadió haciéndoles una reverencia a los demás—. Pero ¡pasad adentro! Quiero mostraros un lugar muy especial; me atrevería a decir que el sitio más importante de Alejandría —señaló, colgándose de mi brazo.

Aquel recibimiento me dejó un poco parado.

—Espera un momento, Arkham. —El califa me miró con suma atención—. Por lo que parece, estabais al tanto de que mi padre ha muerto y también estabais esperando nuestra llegada. ¿Cómo podíais saberlo con tanta precisión? ¿Quién es Selena, un oráculo?

El califa dibujó una complaciente sonrisa y respondió:

—Pronto lo sabrás, mi rey.

Arkham nos abrió las puertas del palacete y lo seguimos por una escalinata de mármol rosa que subía varias plantas, bordeando la cúpula, hasta que llegamos al piso superior.

Desde allí se abría una terraza que ofrecía unas vistas del desierto imposibles de olvidar.

La panorámica que ofrecía el desierto, con el brillo de la luna llena iluminando las dunas y peinando las hojas de los palmerales en un cielo sin nubes, era de una belleza sin igual, tan hermosa como misteriosa, tan real como inescrutable. A nuestros pies se extendía la majestuosa ciudad de Alejandría con sus casitas encaladas, sus frondosos jardines y sus calles alumbradas por la luz de las farolas: un despliegue de colores, olores y formas que transformaban la ciudad en un lugar repleto de ilusión y embrujo para los sentidos.

—¡Este lugar es maravilloso! —exclamó Aurora, abrazada a Marcel.

Arkham sonrió mostrando su nacarada dentadura.

—Eso dicen nuestros visitantes pero, al venir el cumplimiento de una estrella, aún es para tenerlo más en cuenta —dijo gentilmente—. Cuando mis padres, Nilo y Valeria, llegaron a este mundo, escogieron este lugar, el oasis más frondoso y hermoso del gran desierto, para erigir Alejandría, la capital del reino de Oriente, en honor a nuestro rey. Este templo lo construyó mi padre, el primer califa del reino, por indicación de mi madre, pues ella tuvo la premonición de que en este lugar aparecería el oráculo de Selena —nos explicó.

—¿Tu madre era vidente? —se interesó Lizbeth.

—No, mi madre solo era la suma sacerdotisa del oráculo de Selena en la Tierra y, como tal, tenía el don de poder invocar a la deidad allá adónde estuviera —dijo, mirando con nostalgia a la luna.

—Hablas de ella en pasado. ¿Qué le ocurrió? —le preguntó la vidente.

—Que mis padres desaparecieron, en extrañas circunstancias, engullidos por la tormenta de arena más devastadora que se haya visto jamás en el reino de Oriente. Hace tanto tiempo que sucedió que ya he perdido la esperanza de volver a verlos —confesó con voz emocionada.

—No desesperes, Arkham. Hay personas que, después de sobrevivir a una catástrofe, se sienten desorientadas u olvidan sus recuerdos debido al trauma

y un buen día, de pronto, recuperan sus recuerdos y regresan cuando sus familiares ya no esperaban ese milagro —lo animó el forjador.

—Mucho me temo que en este caso no es así, maese Vulcano. El don de invocar a Selena se transmite entre las primogénitas de mi familia de generación en generación y, desde la desaparición de mis padres, es mi hija la que ostenta ese título, así que...

Se produjo un incómodo silencio en el que creí que el califa se echaría a llorar.

—¿Entonces este lugar es un oráculo? —le preguntó Tian Shui con la evidente intención de cambiar la triste conversación.

—Sí y no, mi señora, pero no tardarás en comprobarlo con tus propios ojos, pues predijo para el día de vuestra llegada un vaticinio —anunció el locuaz califa—. Sin embargo, esta vez será diferente a todas las demás pues, para bien o para mal, cambiará el destino de mi familia y quiero que me prometáis, aquí y ahora, delante de Selena —añadió echando la mirada a la luna—, que acataréis lo que dicte el oráculo hasta las últimas consecuencias, sea cual fuere su veredicto.

—¿Por qué lo cuentas tan preocupado, Arkham? ¿A quién quieres ocultarle tu ansiedad? —advirtió Lizbeth.

—Mi señora, una vez fuiste la voz de un oráculo y debes saber que cada cual tiene su destino y debe acatarlo. Yo estoy preparado a asumirlo, pero quizá no lo esté para mantenerme firme cuando tenga que hacerlo, según como reaccione la persona que más quiero en este mundo —añadió con gesto circunspecto—. Por esa razón preciso contar con vuestra complicidad y me ayudéis a afrontar ese momento si me veis vacilar.

—Cuenta con ello, Arkham —dije en nombre mío y en el los demás—. Seguro que ya sabes que el motivo que nos ha traído aquí no es para que yo reclame el trono, ¿verdad?

El califa asintió, esbozando una sonrisa.

—Pero, si quieres que el reino de Oriente acuda a la guerra contra el Caos, entenderás que no pueden hacerlo sin su rey, ¿verdad? —replicó, dejándome sin palabras—. Ya ves que nadie puede escapar de su destino, sea súbdito o sea rey, y tu padre lo sabía muy bien cuando el oráculo previno la llegada del señor Oscuro a nuestro mundo. Te llegó el diamante boreal, ¿verdad? —me preguntó con un susurro.

—¿Mi padre sabía que moriría en el templo de Anuket? —exclamé sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Lo desconozco, pero sé con total certeza que Alejandro sabía que tenía que ir a ese lugar para hacerle llegar a su legítimo heredero la gema de Oriente. Así se lo reveló, aquí mismo, Selena —declaró volviendo a fijar los ojos en la luna llena—. Gracias a los dioses, el rey nos libró de la amenaza del Caos y ahora estás tú aquí para ocupar su puesto. Debes perdonarme por haber mantenido tu llegada a la ciudad casi en secreto, pero he preferido posponer tu presentación como rey para mañana, cuando hallamos escuchado lo que nos tenga que decir el oráculo —anunció con misterio—. ¡Ay!, que os estoy aburriendo con mi verborrea y seguro que estáis cansado de un largo viaje. Vayamos al palacio, que aún quedan unas horas para el veredicto de Selena y la cena nos está esperando. ¡Eso sí que no puede guardar! —terció dándome una palmada en el hombro.

Abandonamos la terraza y, mientras bajábamos por la escalinata, Arkham nos fue contando cómo se distribuían las habitaciones del palacio. En la planta baja estaban las dependencias de la guardia real, el arsenal y las despensas. La primera planta estaba destinada a las cocinas, a los comedores y a las habitaciones de invitados. La segunda planta estaba destinada a los dormitorios personales del califa y de su familia, a la biblioteca y a la sala de danza y música. Por otra parte, la última planta era de uso exclusivo del rey y de su harén.

—Mi padre... ¿tenía esposas? —le pregunté intrigado.

—¡Qué va! Alejandro siempre le fue fiel a la única mujer a la que amó. ¿Te lo puedes creer? —se carcajeó el califa.

Le reí la gracia, pero en el fondo me sentía como un cerdo por haberle sido «infiel» a Alexa.

Arkham se detuvo delante de una puerta y, tras aporrearla con los nudillos, aparecieron dos mozos negros de más de dos metros de estatura y más musculados que el mismísimo Vulcano.

—Son eunucos —me susurró el califa al oído con disimulo.

Los muchachos recogieron nuestros bártulos y se alejaron por el pasillo para desaparecer tras la puerta de una habitación.

—Espero que disfrutéis de la velada. Después de la cena y del espectáculo de musical que interpretarán mis esposas en vuestro honor, volveremos a subir a la terraza para escuchar lo que nos diga el oráculo —dijo, haciéndonos un gesto para que pasásemos al interior del salón.

En aquella cámara octogonal, de techado abovedado y forrado de madera tallada con símbolos geométricos, había una mesa ovalada preparada para

albergar a diez comensales. «Aquí o sobra una silla o falta una persona», pensé. Obviamente se trataba de esto último pues, unos minutos después de que tomáramos asiento, apareció una muchacha de belleza deslumbrante que nos dejó boquiabiertos a los hombres y admiradas a las mujeres.

La moza, quien no tendría más de veinte años, lucía un vestido de dos piezas de color turquesa, compuesto por un ceñido corpiño y una corta faldilla, rematada con un pañuelo de tul rosa. El conjunto no hacía más que realzar sus sensuales curvas, desde las caderas hasta unas esbeltas piernas. Como su padre, sus ojos eran verdes, pero, a diferencia de él, sus cabellos eran negros y su piel estaba deliciosamente bronceada. La chica se nos fue acercando y aun en la distancia me percaté de que era más bajita que yo. Sin saber por qué, me sentí tan intimidado con aquella mujer que fui incapaz de aguantar la mirada.

—¡Ven, hija, y conoce a nuestros invitados! —exclamó Arkham con los brazos extendidos. La muchacha obedeció y se nos acercó con una impresionante sonrisa—. Te presento a Hugo, nuestro rey, y ellos son sus compañeros, *los hijos de la Luz*, si no recuerdo mal: Alexa, Aurora, Lizbeth, Tian Shui, Ángelus, Marcel y Vulcano. ¿A que no me he equivocado? —advirtió con una carcajada—. Amigos míos, tengo el honor de presentaros a mi única hija y sucesora, Sherezade. Es la niña de mis ojos y ha sido educada para dominar toda suerte de artes, como el de la guerra, la danza, la gestión, la política y la religión. Como debéis imaginar, también ocupa el cargo de suma sacerdotisa del templo de Selenia y será ella la encargada de invocar a nuestra deidad —anunció orgulloso—. Por favor, mi niña, saluda a nuestros invitados.

—¡Buenas noches, damas y caballeros! —saludó con una embelesadora voz—. He oído increíbles historias de *los hijos de la Luz* y ahora os tengo aquí, ¡delante de mí! —añadió a la vez que nos saludaba, uno a uno—. Pero ¿qué torpe soy! Seguro que estáis cansados del largo viaje y yo no hago otra cosa que parlotear como mi querido padre. Encima, todavía no te he saludado, mi rey. ¡Con las ganas que tenía de conocerte! —dijo mientras me aguantaba la mirada sin parpadear—. Espero que no pienses que soy una mojigata, Hugo. ¡Sé bienvenido a tu casa!

Me quedé mudo de la impresión. Aquella muchacha tenía la capacidad de desnudarme el alma.

—¡Dile algo, idiota! —me susurró Vulcano, dándome un disimulado codazo.

No me dio tiempo a hacerlo. Para mi sorpresa, Sherezade me rodeó con los brazos y me besó tan cerca de la boca que me quedé sin aliento.

—¡Me muero de hambre! ¡Que empiece la cena! —voceó el califa, haciéndole un gesto a uno de los eunucos.

El hombretón abrió una puerta y por ella desfilaron unas mujeres que transportaban unas bandejas de las que emanaba unos efluvios que quitaban el sentido. De pronto, me entró un apetito feroz y tomé asiento en la primera silla que tenía a mano. Cuando Alexa pretendía sentarse a mi lado, Sherezade se le adelantó y le quitó el sitio sin contemplaciones. La maga la atravesó con la mirada, pero intentó disimular su enfado mientras se sentaba al lado de Vulcano, a quien se le iban los ojos detrás de las muchachas del harén.

Después de cenar, unas chicas que portaban unos instrumentos musicales se dispusieron en círculo alrededor de Sherezade y comenzaron a tocar una melodiosa canción. Para las delicias de todos, la princesa se levantó de la silla y empezó a cantar.

En los felices tiempos en los que los dioses convivían con las gentes de Oriente, sucedió algo maravilloso que nadie ha podido olvidar. Del agua nació un tigre blanco y del desierto un dragón austral, y eran tan bravas y aguerridas criaturas que Horus los nombró protectores de la ciudad.

Pero sus almas eran antagónicas y, si ambos coincidían, no dejaban de batallar. Horus le otorgó al tigre la frondosidad de los oasis y poder disfrutar de la luz del sol, y al dragón disfrutar de la tranquilidad de la noche y en el desierto hallar la felicidad. Por muchos años convivieron en armonía, respeto y paz, y velaban noche y día protegiendo a la ciudad.

Pero, una tarde de verano, Sekhen la quiso asolar con una tormenta de arena con la que la pretendía sepultar. El tigre blanco desgarró con su garras la ventisca y el dragón austral la diluyó con sus alas de cristal, y desde entonces nadie ha sabido que les ha podido pasar, pero las malas lenguas dicen que andan perdidos en un laberinto del que no pueden escapar.

Ese fue su castigo por haber hecho a Sekhen enojar. ¿Quién te cuida, tigre blanco? ¿Quién guía tu caminar? ¿Dónde estás, dragón austral? ¿Quién te puede encontrar?

Sherezade alargó la última nota hasta que su melodiosa voz puso punto y final a la canción. Durante un buen rato nadie se atrevió siquiera a respirar.

Había narrado con tanto sentimiento aquella historia que parecía habernos embrujado con su emotivo cantar.

—¡Bravo, hija mía! ¡Bello, mi amor! —aplaudió Arkham, levantándose de la silla.

Imitamos al califa y, cuando la princesa se volvió a sentar, me preguntó sonrojada:

—¿Te ha gustado?

Solo pude señalar el vello, que todavía se mantenía de punta, suficiente para sonsacarle una sonrisa que me llegó al corazón.

—¿Y esa historia es real o solo ficción? —intervino Alexa con un tono que no supe interpretar.

Sherezade la miró con un desdén mal disimulado y respondió:

—Es tan real que se trata de una historia de amor. Pero ¿qué puede saber alguien que no lo ha conocido?

Alexa se quedó con la boca abierta pero, cuando iba a replicar con los ojos centellando, Vulcano advirtió en voz alta:

—He visto el buen gusto que hay en este palacio y debo reconocer que el trabajo de orfebrería es excepcional. Supongo que en este reino debe haber una gran riqueza en minas de metales y no me gustaría marcharme de este lugar sin haberlas visto antes, ¡claro!, siempre y cuando cuente con el permiso del califa.

Arkham no desaprovechó aquella ocasión para regalarnos los oídos con una de sus peroratas.

—El desierto es el gran protagonista de nuestro mundo, pero no es único paisaje con el que cuenta. Desde las áridas llanuras del norte hasta las boscosas tierras del sur, las dunas forman parte del paisaje allá adonde se mire, pero también guarda unos tesoros ocultos para aquel que los quiera buscar —añadió con una perspicaz mirada—. Uno son nuestros hermosos y prósperos oasis, sobre el más grande de todos se construyó la ciudad, y otro son nuestras fértiles minas de metales preciosos y no preciosos que se hayan en las minas de nuestra región austral. Eso y el buen hacer de nuestro difunto rey Alejandro durante siglos nos han permitido forjar un ejército de los señores de la Guerra que cuenta con más de veinte mil efectivos, sin contar con las baterías del tigre y del dragón, con más de seis mil artilleros que no tienen parangón en los cuatro reinos. El fuego y el acero son nuestro legado, maese Vulcano —explicó con orgullo—, pero, sobre la última cuestión que me has planteado, no creo que tenga que ser yo quien deba contestar —

añadió, posando la vista en mí.

Yo me encogí de hombros, pasando de la cándida mirada de mi compañero, pero el califa ya tenía preparada una nueva sorpresa y tras chasquear los dedos un eunuco abrió la puerta y al instante entraron en la sala una buena parte de su harén. Las instrumentistas se dispusieron en semicírculo mientras las bailarinas lo hacían ocupando el centro del comedor y, en cuanto empezaron a sonar los acordes de las bandurrias, las flautas y los tambores, las muchachas iniciaron a contornear sus cinturas sensualmente, provocando el tintineo de los cascabeles que llevaban cosidos en sus coloridas cintas de tul. Como sabía que Sherezade no me quitaba el ojo e intuía que Alexa tampoco, no aparté la vista de las bailarinas hasta que acabó el espectáculo musical. Una vez se retiraron las artistas de la sala, Arkham nos comunicó que ya había llegado la hora de subir al oráculo de Selena.

El espectáculo que ofrecía el firmamento en plena noche fue digno de ver, con una luna tan grande que parecía que pudiéramos tocarla con alzar la mano. Arkham nos colocó en semicírculo y Sherezade se ubicó en mitad de la terraza, justo en el punto en el que partía la sombra que producía el obelisco que teníamos a nuestra espalda. Paulatinamente la sombra fue avanzando por el piso, como si se tratara de la manecilla de un reloj, y la princesa esperó a que pasara justo por el centro de la terraza para recitar:

—Yo, Sherezade, hija de Arkham y nieta de Nilo y Valeria, te invoco como sacerdotisa del templo de Selena para que me guíes en las tinieblas. Reina de la noche, señora de la luz de plata y custodia de los mundos libres, desciende por la escalera mágica que a todos *une y muéstranos tu clarividencia*.

»¡Selena, yo te invoco!

Escuchamos un maullido que nos hizo mirar hacia la cúpula del templo y de repente aparecieron unos inquietantes ojos verdes en el ápice del obelisco, unos que empezaron a descender misteriosamente por una senda invisible hasta quedarse en el borde del tejado.

Miramos, asombrados, cómo una gata de pelaje gris perla se posaba de un salto en la terraza y se dirigía con sus gráciles movimientos felinos hacia la princesa. La gata frotó el lomo entre sus piernas y se le subió ágilmente a los brazos, donde se recostó emitiendo un sonoro runruneo mientras se lamía la

pata trasera con su áspera lengua. Nos miramos, sin entender nada, hasta que el felino empezó a hablar.

—¡Por fin ha llegado el momento de desvelar uno de los secretos más esperados de este reino! —anunció con una femenina voz—. Pero antes debo presentarme. Mi nombre es Selena y soy la hija de la luna —declaró subiéndose de un salto en el hombro de Sherezade—. Os estaréis preguntando por qué os he convocado hoy aquí, ¿verdad? La respuesta es sencilla pero compleja a la vez. Ha retornado el rey y, con él, la esperanza para este pueblo —señaló fijando sus pupilas verticales en mí—. Sé que no estás preparado para ejercer de monarca de un pueblo al que ni siquiera conoces, pero ¿no ha sido ese tu sino durante toda tu vida? Lo creas o no, todas las pruebas que has tenido que superar en tu largo camino han estado orquestadas por el destino para prepararte para este momento. Hugo, ¡ha llegado la hora de que reveles como rey! —dijo antes de saltar al suelo. Y, mientras se me acercaba, advirtió—: Sin embargo, antes debes superar una última prueba.

La gata se me subió a la chepa y se paseó por mis hombros, frotándose la cabecita contra mi pelo con un ronroneo.

—Dime, Selena: ¿qué debo hacer? —le pregunté intentando mirarla a los ojos.

El felino se sentó y vaticinó:

—Se avecina la guerra, tantas veces temida como esperada, y ha llegado la hora de que el rey despierte al tigre y al dragón. En el laberinto los encontrarás, pero ese lugar permanece oculto en el desierto y es allí dónde deberás buscar. El califa no sabe dónde se esconde, pero lo hallará y tú no sabes cómo se sale, pero lo harás. Solo hay dos cosas que debéis saber de ese lugar: el día abre sus puertas y la noche las vuelve a cerrar, y en el laberinto dos entrarán, pero tan solo uno de ellos saldrá. Si consigues ser el rey y dejas al hombre atrás, a las criaturas rescatarás y sus guardianes retornarán al reino de Oriente.

Dicho esto, la gata empezó a acicalarse la cara con su húmeda pata.

—¿Qué has insinuado, Selena? ¿Que mi padre morirá? —explotó Sherezade.

—No está en mis manos ni en la de los dioses alterar el destino, y mucho menos en las tuyas, querida —alegó la gata sin alterar su tono de voz—. Además, él ya recibió el vaticinio y aceptó la responsabilidad. Tú ya estás preparada para ocupar su lugar.

—¿Es cierto eso, padre? ¿Tú ya lo sabías? —le reprendió.

Arkham me miró con ojos suplicantes y no quedó más remedio que cumplir con la palabra dada.

—Sherezade, todos tenemos...

—¡Tú cállate! —me soltó atravesándome con la mirada—. ¡Respóndeme, papá! —insistió sin poder contener las lágrimas.

—Lo siento, hija mía, pero, si ese debe ser el destino del califa, lo aceptaré igual que lo hizo mi rey —respondió intentando mantener firme su voz.

—¡No! ¡No debemos aceptar nuestro destino pues este no está escrito! —rugí. La gata saltó asustada de mi hombro—. Estoy totalmente convencido de que mi padre luchó hasta el último momento por su vida, sea lo que fuese lo que le vaticinase el oráculo, y nosotros también lo haremos y te demostraremos que no tienes razón, Selena.

El felino se relamió los bigotes y siguió con la mirada la sombra del obelisco, que estaba a punto de desaparecer por el extremo de la terraza.

—Se me hace tarde. Debo irme —dijo antes de echar a caminar hacia la sombra.

—¿Y ya está!? —voceé—. ¿Esa es tu última palabra, Selena?

La gata detuvo el paso y giró su cabecita.

—Cuando cumplas la misión y liberes al tigre y al dragón, te revelaré cuándo debéis partir para la dimensión del Sur —anunció esbozando una sonrisa—. Mi trabajo ha concluido aquí; ya comienzas a actuar como el rey que debes ser. ¡Buena suerte!

Dicho esto, Selena cogió carrerilla y, de un salto, se plantó encima de la sombra. Luego nos miró, haciendo destellar sus felinos ojos verdes, y desapareció misteriosamente.

La velada acabó con casi todo el mundo enfadado. Arkham nos acompañó a los dormitorios de la planta superior y allí se despidió de nosotros antes de bajar a sus aposentos. Sherezade lo siguió, sin disimular sus morros, y ni siquiera nos dio las buenas noches. Alexa y Vulcano se metieron en su habitación sin decir ni pio y los únicos que tuvieron el tacto de dedicarme una solidaria mirada fueron las otras dos parejas. Como en los viejos tiempos, me tocó a mí pasar la noche solo.

Me estiré en la cama, pero me fue imposible conciliar el sueño, tal vez porque extrañaba la habitación o porque la encontraba demasiado ostentosa para mí. Además, no dejaba de darle vueltas al drástico cambio que parecía haber dado mi relación con Alexa a raíz de haber conocido a la princesa. «¿Y qué culpa tengo yo de que esa loca esté interesada en mí? Ni que fuera la primera vez que me ve con otra mujer», cavilé girándome de golpe en el colchón. Después de dar varias vueltas, me quedé mirando hacia la puerta de la habitación y, a los pocos segundos, vi por el resquicio cómo se detenía una sombra al otro lado del umbral.

Con sigilo, me levanté de la cama y corrí para ocultarme detrás de la puerta. Efectivamente, mis sospechas se confirmaron cuando vi girar el pomo de la puerta. Dejé que la puerta se abriera y, cuando se coló un bulto en la habitación, salté sobre él. Del encontronazo, caímos al suelo y, tras rodar un par de veces por la alfombra, conseguí inmovilizarlo, quedándome sentado a horcajadas mientras lo agarraba por las muñecas. El corazón me iba a mil y cuando me aparté para que la luz que se colaba por la ventana pudiera incidir sobre el misterioso intruso, me quedé helado.

—Pero ¿qué haces aquí? —tartamudeé contrariado.

Sherezade entornó sus maravillosos ojos verdes y me abanicó, agitando sus largas pestañas, antes de susurrarme con picardía:

—He venido a intentar seducirte, pero veo que no ha hecho falta insistir mucho.

Me levanté rápidamente y la miré sin saber muy bien qué hacer.

—¡Lo siento, princesa, creí que...!

La muchacha me miró con cara de no haber roto un plato.

—¿Me vas a dejar aquí tirada? —musitó estirando los brazos.

Me apresuré a cogerla de las manos y, para mi sorpresa, en vez de dejarse llevar, Sherezade tiró con fuerza de mí y, con un rápido movimiento, volteó mi cuerpo y se quedó sentada a horcajadas encima de mí inmovilizándome por las muñecas.

—¿¡Mi señora!?! —protesté, sonrojado hasta las orejas.

La muchacha comenzó a mover la cintura con maestría mientras se mordía con pillería el labio.

—¡Guau! Pero ¿qué le pasando a mi rey? —susurró, mirando con asombro a mi entrepierna.

Giré el tronco y me deshice fácilmente de ella. Luego me levanté y me alejé, poniéndome detrás de la cama. Sherezade se levantó divertida y se me acercó contorneando las caderas.

—No ha sido una buena idea venir aquí —dije haciéndole un gesto para que se detuviera.

Ella pasó de mis palabras y siguió avanzando hasta que me acorraló contra la pared.

—Solo he venido a darte las buenas noches, que con el enfado me olvidé de despedirme de ti —dijo con voz melosa—. Bueno, y también a darte las gracias por lo de antes.

—¿Por lo de antes?

La chica se sentó en el borde de la cama y me hizo una señal para que me sentara a su lado.

—¡Venga, siéntate aquí! Prometo ser una niña buena.

«Pero ¿qué hago sintiéndome como un idiota?», pensé mientras tomaba asiento.

—¿Lo dices por lo de tu padre? —Ella asintió sonriente—. Haré todo lo que esté en mi mano para que salgamos los dos del laberinto. ¡Te lo prometo!

—Sé que lo intentarás, pero —dijo bajando la vista—... hasta ahora el oráculo nunca se ha equivocado en sus predicciones.

—¡Tú no me conoces! —me apresuré a decir mientras alzaba delicadamente su barbilla para mirarla a los ojos. Tuve que contenerme para no besarle los labios—. Hemos hecho cosas increíbles y hemos superado pruebas imposibles...

Sherezade me acalló con un beso y ya no pude contenerme. La estiré en la cama y le retiré los cabellos de la cara para dejarme embelesar contemplando sus ojos, pero, cuando se iban a juntar nuestros labios, alguien picó levemente en la puerta.

—¡Hugo! ¡Hugo! ¿Estás despierto?

¡Era la voz de Alexa!

Me levanté con un respingo y me quedé quieto, apoyado en la pared, mirando nervioso a mi alrededor.

—¡Escóndete, rápido! —le susurré a Sherezade.

—¿¡Cómo!? —murmuró, frunciendo el ceño.

—Sí, debajo de la cama o... en el armario. ¡Va, rápido! —insistí.

—¡No pienso hacerlo! —me soltó, acentuando los morros.

—¡¿Hugo...?! ¿Hay alguien ahí? —musitó Alexa, volviendo a picar en la puerta.

«¡Mierda! ¿Qué hago ahora?», pensé dando nerviosos paseos. Finalmente decidí abrirle la puerta y que pasara lo que tuviera que pasar.

Corrí, de puntillas, hacia la puerta, pero cuando así el pomo me di cuenta de que estaba en calzoncillos. «¿Y, ahora qué?». Puse cara de sueño y entreabrí la puerta.

—¿Qué haces aquí? —le susurré poniendo voz de sorpresa.

Alexa alzó la cabeza y figoneó el interior de la habitación mirando por encima de mi hombro. Bajé la vista al suelo y me preparé para aguantar el chaparrón.

—No podía dormir y me ha parecido escuchar un ruido en el pasillo. ¿Estás bien? —dijo simulando poner cara de preocupación.

Giré la cabeza y solo vi la cama deshecha. «¿Dónde se habrá metido?», pensé aliviado.

—Si quieres pasar, no estoy muy presentable, pero...

Antes de acabar la frase, Alexa ya se había colado en mi habitación.

—¿A qué huele aquí? —dijo husmeando el ambiente.

—No lo sé, ando un poco resfriado —mentí por no quedarme callado—. Bien. ¿Qué estás haciendo aquí? Y quiero la verdad.

Esta vez fue Alexa la que se quedó parada.

—No te voy a mentir —dijo negando con la cabeza—. No me gusta nada esa gata en celo de Sherezade. Se ha pasado toda la noche devorándote con los ojos... ¿Qué se habrá creído esa mosquita muerta para atosigarte así?

Pensé que en cualquier momento la princesa iba a aparecer desde cualquier

rincón y que se iba a montar un buen pollo en plena noche en mi habitación. Sin embargo, no ocurrió nada.

Alexa se dirigió hacia la cama y se sentó donde poco antes lo había hecho Sherezade. ¡Me quería morir!

—Creo que exageras... ¿Atosígame? —señalé encogiéndome de hombros.

—No quiero que pienses que soy una histérica ni nada de eso, pero es que... No quiero que te haga daño, Hugo —susurró mordiéndose el labio—. ¿Por qué no te sientas un poco a mi lado? Hace mucho que no pasamos tiempo juntos... a solas.

Dos mujeres invitándome a la cama en la misma noche era demasiado para mí, así que preferí quedarme de pie.

—¿Y Vulcano? —le pregunté, temiendo que él también pudiera presentarse en la habitación.

—¿Qué pasa con él? —dijo arqueando una ceja.

—Eso me gustaría saber. ¿Os pasa algo? —Alexa giró la cara y apagó el gesto—. A ver, ¡aquí pasa algo raro! Si no, ¿a qué viene presentarse en plena noche a mi habitación cuando sabes de sobras que no es la primera que la paso acompañado por una mujer?

—¿¡Está ella aquí!? ¡Lo sabía! —bramó levantándose como un resorte del colchón.

Alexa empezó a escudriñar con la mirada y, antes de que la situación se me fuera de las manos, apunté con tono firme:

—Ha estado aquí, pero le pedí que se marchara.

El comentario pareció ser convincente, pues ella relajó el semblante y volvió a sentarse en la cama. Estaba preciosa, tocada por la luz de la luna. «Pero ¿en qué estás pensando, mendrugo? Céntrate y piensa en alguna excusa para que se vaya de aquí», me dije mientras me acercaba a la cama.

—Perdóname, me he comportado como una niña celosa y no tengo ningún derecho a entrometerme en tu vida, ahora lo veo claro. Tengo que dejarte espacio como tú lo hiciste por mí —dijo esbozando una melancólica sonrisa—. Eres un cielo, Hugo, te mereces ser feliz.

Alexa me besó en la mejilla y desfiló hacia la puerta.

—Yo también te quiero —musité, viendo cómo abandonaba la habitación.

Suspiré y conduje mis pasos hacia la cama con el convencimiento de que no podría olvidar aquella noche por mucho empeño que pusiera en hacerlo.

Me tiré encima del colchón e intenté dejar la mente en blanco.

—¿Vas a dejarme toda la noche debajo de la cama? —susurró una voz debajo de mí.

«¡Ostras! ¡Me he olvidado de la princesa!». Salté de la cama y me arrodillé para mirar debajo de ella. Sherezade no me dejó tiempo para reaccionar. Se abalanzó sobre mí y me dio un beso.

—Es lo menos que me merezco por aguantar todo lo que he tenido que oír. ¡Menuda fulana está hecha esa amiguita tuya! —me soltó frunciendo los labios.

Ayudé a la princesa a levantarse del suelo y luego le pregunté algo que no podía quitarme de la cabeza.

—¿Por qué te has interesado en mí? Apenas me conoces y... ¡mírame bien! Soy un adefesio y nunca cambiaré de aspecto. ¿Es esto lo que quieres para ti?

Sherezade se puso de puntillas y me besó en la frente.

—Quizá no sepa mucho de ti, pero mi corazón sabe todo lo que necesita saber. A mí me basta —dijo dando media vuelta—. ¡Buenas noches, mi amor!

Me dejé caer en el borde de la cama sin poder dejar de mirar, embobado, cómo se contorneaban sensualmente las caderas de Sherezade mientras ponía rumbo hacia la puerta.

Desperté con un tremendo dolor de cabeza. Me levanté de la cama y me di una ducha con la esperanza de que se disipara mi cefalea. El agua caliente no hizo más que aflorar el baturrillo de sentimientos que se removieron en mi corazón la noche anterior y no me quedó más remedio que airear esos pensamientos acabando la ducha con agua fría.

Cuando salí del baño me encontré con un montoncito de ropa nueva encima de la cama. Había una camisa de seda blanca, una túnica de lino gris, a juego con un pantalón bombacho, y unas babuchas negras. Al paquete le acompañaba una nota.

Desplegué el papel y pude leer con una exquisita caligrafía:

«Anoche me esmeré para tomarte bien las medidas y, a falta de achuchones, me he pasado toda la madrugada confeccionando estas ropas para ti. Espero que todo te talle bien. Nos vemos pronto, guapetón.

»Tuya, Sherezade».

No pude quitarme la sonrisa de la boca mientras me vestía y lo cierto es que, cuando me vi en el espejo, tuve que reconocer que la princesa había hecho un buen trabajo. Me quedaba todo como un guante.

Alguien tocó la puerta y seguidamente una voz retumbó en el corredor.

—¡Mi rey! Le traigo su desayuno.

Abrí la puerta y me encontré con uno de los eunucos que había visto en la cena la noche anterior. Transportaba una bandeja llena de viandas en las manos.

—¡Oh, no hacía falta que te molestaras en traérmelo! Prefiero desayunar con los demás —dije rascándome la nuca—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

El castrado me miró con asombro y, por un momento, perdió un poco su regia pose.

—Doro, mi rey —dijo con voz titubeante.

—¿Me acompañas al comedor, Doro? Y llámame Hugo, por favor —dije dándole una palmada en el brazo.

El eunuco me condujo al mismo lugar dónde habíamos cenado y allí me encontré con Ángelus y Lizbeth, quienes estaban acabando de desayunar.

—¡Buenos días! —canturreé mientras tomaba asiento—. ¿Y los demás?

—Marcel, Aurora y Tian Shui salieron temprano con Arkham a dar una vuelta por el desierto en camello —dijo Ángelus tras limpiarse la boca con una servilleta—. De Alexa y...

En ese momento entró Vulcano con un cigarrillo en los labios y cara de no haber pasado una buena noche. Se sentó a una silla, sin saludar, y se sirvió una taza de té. Yo no sabía dónde mirar.

—¿Dónde has dejado a Alexa, dormilón? —le preguntó el mago con un pícaro guiño.

—No tengo ni idea. No estaba en la cama cuando me he despertado y creo que ha pasado toda la noche fuera —dijo exhalando una negra bocanada—. ¿La has visto tú, Hugo?

Alcé la vista y puse cara de sorpresa.

—¿Yo...? No, amigo mío. De hecho, acabo de bajar a desayunar y con los únicos que me he encontrado ha sido con ellos —dije con un gesto.

El herrero se quedó mirando al vacío, con el cigarrillo entre los dedos, y no comentó nada más en todo el desayuno. Yo me abstuve de hacer ningún comentario más y me serví un plato de cuscús con dátiles que me comí acompañado con un buen tazón de café.

Al rato apareció Sherezade y, nada más verme, me saludó y se acercó grácilmente a la mesa.

—¡Hola a todos! —dijo echándole una simpática mirada a Vulcano. Este ni se dignó a mirarla—. ¿Qué tal has pasado la noche? —me preguntó al sentarse a mi lado.

—Mejor que otros —musité ocultando la boca con la mano.

Sherezade miró con indiferencia a Vulcano y luego me miró, de arriba abajo, asintiendo con la cabeza.

—¡Vaya, estás muy guapo! —silbó poniéndome colorado—. ¿Te gusta la ropa que he hecho para ti?

Mis compañeros me miraron con una mueca de sorpresa.

—¡Oh, sí, muchísimo! Tienes muy buena mano con la costura y también muy buen ojo —alegué con un guiño.

—Mi padre me ha dicho que estará ocupado con una visita por el desierto

hasta el mediodía y que por la tarde hará la presentación oficial del rey y de *los hijos de la Luz* al ejército de la ciudad en un acto multitudinario —informó para mi desencanto—. Por eso he pensado en que podríamos ir a pasar la mañana al oasis real y pasear por sus frescos jardines. ¿Qué os parece? —dijo extendiendo la invitación a los demás.

—Yo paso —respondió Vulcano antes de levantarse de la mesa y salir con cara de pocos amigos del comedor.

—¿Qué le pasa? —me interrogó Ángelus extrañado.

—¿Es que no lo ves? ¡Han tenido su primera crisis! Pero pronto se les pasará, ya lo verás —apuntó Lizbeth. Luego miró a la princesa y le comentó —: Me encantaría visitar ese oasis, Sherezade, y conocer algo más sobre la historia y costumbres de este maravilloso pueblo.

—¡Estaré encantada de guiaros! Por cierto —añadió mirándome a mí—, ¿dónde está tu amiguita?

No tuve que responder porque en ese instante apareció Alexa por la puerta.

—Hola —dijo, forzando una sonrisa, cuando posó la mirada en la princesa —. ¿Habéis visto a Vulcano?

Ángelus le comentó que se acababa de marchar y Alexa abandonó la sala con el rostro compungido.

—¡Bien! —exclamó Sherezade con una sonrisa—. ¿Nos vamos?

Nos levantamos de la mesa y, antes de salir del comedor, Ángelus se acercó a mi lado y me susurró, con voz picarona: «Tú y yo tenemos una conversación pendiente, truhan».

El oasis real estaba ubicado en la misma ciudad, solo que en la zona más septentrional, y se accedía a través de un puente que atravesaba un manantial. En la entrada había un nutrido número de guerreros, uniformados de pies a cabeza totalmente de negro y armados con un par de cimitarras que llevaban sujetas a la cintura.

Ahmed salió a recibirnos en cuanto nos vio.

—¡Qué grata sorpresa volver a ver a mi rey tan bien acompañado! —dijo, bajando la voz para que no lo escucharan los demás—. Perdonad que os hable con susurros, pero Arkham me ordenó que mantuviera vuestra identidad secreta hasta esta tarde y he hecho lo posible para velar por que así fuera, aunque no creo que haya servido para evitar que los rumores de la llegada del rey se hayan propagado como la pólvora por toda Alejandría.

—No te preocupes, Ahmed; es inevitable que las noticias vuelen, sobre todo cuando todo el mundo le tenía tanta estima mi padre. Solo espero estar a

la altura de las circunstancias —le dije, también, con un susurro.

—Estoy convencido de ello, pero si necesita cualquier cosa, puede contar conmigo, mi rey —señaló gentilmente.

—Sí que hay una cosa que sí puedes hacer por mí: llámame Hugo, por favor.

—¡Oh! Será un honor para mí, mi... digo, Hugo —añadió sonriente—. Por cierto, ¿qué te trae por aquí?

—Dejaros de tantos cumplidos e iniciemos el paseo por el oasis, que ya empieza a apretar el calor —terció Sherezade, colgándose de mi brazo—. Ahmed, a partir de este momento yo me encargo de la custodia de nuestros invitados.

La princesa lo tenía todo previsto. Después de deambular por un paseo de arces, con el frescor que emanaban los chorros de agua de las muchas fuentes que había en aquel jardín, llegamos a un manantial y nos encontramos un picnic dispuesto sobre un mantel que habían estirado en la hierba. Había varias cestas con dátiles, higos y frutos secos y unas jarras de té helado que nos permitieron pasar una magnífica mañana de recreo al frescor de las aguas cristalinas y la sombra de las palmeras.

Al regresar al palacio salió a nuestro encuentro Alí, el mayordomo del califa, y nos acompañó a un salón diferente al que ya conocíamos. Este estaba ubicado en una zona más fresca del palacio y daba a una terraza ajardinada. Allí estaba el resto de nuestros compañeros y lo primero que hice fue buscar con la mirada a Alexa y Vulcano. Respiré tranquilo al verlos juntos y con una pose acaramelada.

Nada más vernos, Arkham vino a darme un abrazo y, tras demostrar otro de sus alardes de locuacidad, explicándonos con pelos y señales la increíble variedad de climas que podían darse en el desierto, dio la orden para que nos trajeran la comida. Si la cena había sido exquisita, los platos que nos dieron a degustar estuvieron a un nivel superior y nos permitieron hacer un viaje por la rica y variada gastronomía del reino de Oriente.

Tras el almuerzo, el califa nos recomendó echarnos una siesta para digerir la comida y mitigar los rigores de las horas más calurosas del día. También me recordó que el acto de presentación del rey sería a las ocho de la tarde. Aquella cuestión me tenía un poco preocupado y nervioso, pero sabía que tenía que afrontarla con la máxima responsabilidad pues quería que mi padre estuviera orgulloso de mí.

Me estiré encima de la cama y, ante la imposibilidad de quedarme

dormido, me fui a dar un relajante baño. Fuera por el perfume a azahar, de las sales de baño que mezclé con el agua tibia o por el incienso de opio que quemé al lado de la bañera o , quizá por ambas cosas, me quedé profundamente dormido.

Desperté como un hombre nuevo. Me di una ducha fría, para despabilarme, y me vestí con un uniforme negro que me había llevado Doro a la habitación por encargo de Arkham. Mientras hacía tiempo, fui practicando el pequeño discurso que había escrito en un pedazo de papel para la ocasión.

Llegada la hora, Ahmed vino a recogerme a la puerta de mis aposentos y me condujo a los jardines de Oriente, el lugar dónde se realizaría la ceremonia. El general me dejó al pie de una escalera que subía a un estrado y se dirigió a ocupar su puesto de vigilancia. Por mi parte, para matar el nerviosismo no se me ocurrió una mejor idea que asomarme por encima del parapeto.

Me sentí abrumado al ver la multitud que se había congregado, y eso que solo veía una pequeña porción del inmenso jardín. No quedaba espacio ni para un alfiler y muchas se habían quedado fuera del recinto y hacían cola en las calles colindantes.

Al rato apareció Arkham por la escalera y se dirigió con paso firme hacia mí.

—¿Qué tal estás, Hugo? —Intenté responder, pero el califa no me dio opción y continuó diciendo—: Es impresionante la que se ha formado por ti, ¿eh? Y eso que a muchos los ha pillado fuera de la ciudad pues es la época de negociar con las especies que nos llegan desde nuestras tierras del sur. Más de uno se habría cortado un dedo por poder haber asistido a tu coronación. ¡Menudo negocio se van a perder! —advirtió con un aspaviento—. ¡Bueno! ¿Estás preparado?

El califa me agarró del brazo y empezamos a subir las escaleras que conducían al estrado, pero me detuve en seco y le pregunté:

—¿Cómo era mi padre, Arkham? Necesito saberlo antes de subir ahí arriba.

El califa se quedó boquiabierto y sonrió.

—Ven, siéntate a mi lado, Hugo —dijo mientras se dejaba caer de culo en un escalón—. Alejandro era el hombre más extraordinario que he conocido y solo le he conocido dos debilidades: su amor incondicional por Horus, con quien luchó cuerpo a cuerpo contra Apofis en la gran guerra, y la familia que dejó en la Tierra. No dudó en dejarlo todo cuando recibió el encargo de

Hathor por buscar a su señor y, después de su regreso, volvió a arriesgarlo todo para intentar dar contigo. ¡Tendrías que haberle visto llorar la muerte de tu madre! —dijo, haciéndome saltar las lágrimas—. Por esa razón, cuando el oráculo vaticinó que tenía llevar el diamante boreal al palacio de Anuket porque era la única manera de que te llegara a ti... ¡no vacilé, aun a sabiendas que tendría que dar su vida a cambio! Aún recuerdo la cara de felicidad que tenía cuando nos despedimos en el umbral dimensional. «No estés triste por mí, Arkham, pues, en cuanto cruce esa puerta, no solo estaré salvando a mi pueblo, sino que también estaré salvando mi alma. Sé que, aunque no volveré a ver a mi hijo, nunca más me separaré de él. ¡Díselo cuando lo veas, amigo! ¿Me prometes que se lo dirás?», me dijo con la voz quebrada.

—¿Y qué consuelo saco yo sabiendo eso?

El califa sonrió con un gesto de melancolía.

—¿Tienes el amuleto que te regaló tu padre siendo un bebé? —me preguntó.

Me eché la mano al pecho, con el corazón acelerado, y busqué debajo de la cota de malla la cadena que llevaba un colgante en lapislázuli de Sejmet [\[□\]](#). Se lo enseñé y le pregunté, intrigado:

—¿Qué tiene que ver Sejmet con mi stirpe?

—Eres el rey de los señores de la Guerra y, como tal, debes rendir tributo a la diosa de la guerra, aunque sea del Caos —replicó Arkham.

—¿Rendir pleitesía al dragón negro? —prorrumpí.

—También es hijo de los dragones grises y hermano de Horus. ¿Aún no lo has entendido, Hugo? —advirtió, mirándome con sus ojos verde oliva—. No puede existir Orden sin Caos, pues ambos conceptos conviven en nuestros corazones y los necesitamos para sobrevivir. Eso sí: tu padre nunca sintió devoción por Sejmet y tampoco la temió, pero sí que la respetó durante toda su vida. Lleva con honor ese amuleto y muéstralo sin miedo ni vergüenza, pues hasta ahora no te ha ido nada mal, ¿verdad? —Después de aquella charla, me sentía mucho mejor y el miedo que atenazaba mi alma se desvaneció—. Pues, si ya te he aclarado tus dudas, ¡no hagamos esperar más a tu pueblo!

Sin dejarme tiempo a contestar, subimos las últimas escaleras y, tras hacer una pequeña pausa en el rellano, echamos a caminar por la pasarela que conducía hacia el estrado.

El gentío estalló de júbilo nada más vernos aparecer y me estremecí de emoción al escuchar los vítores que coreaban: «Viva el rey Hugo El Sabio».

Pero aquello no fue nada si lo comparamos con lo que sentí cuando vi el impresionante despliegue militar que había en formación en mitad del jardín, a ambos lados del obelisco. Más allá, la muchedumbre lo ocupaba todo.

El califa agitó los brazos y, poco a poco, el bullicio fue menguando hasta convertirse en un contenido murmullo.

—Hoy es un día glorioso, el día en el que el heredero al trono del reino de Oriente va a ser coronado como rey. Y esta coronación no podría tener un mejor augurio que el que realizó anoche nuestra señora Selena en el oráculo. Ciudadanos de Alejandría, nuestro rey Hugo El Sabio ha sido elegido por el oráculo para devolver a nuestro reino a sus dos máximos defensores: ¡el tigre blanco y el dragón escupe-fuego! ¡Que lo dioses salven al rey Hugo! —proclamó, incendiando el ánimo de todos los presentes. Durante unos emocionantes minutos fue imposible acallar el clamor popular, cosa que me hizo sentir especialmente incómodo, pero aquel era un momento histórico para la ciudad y no les podía fallar. Cuando se calmó un poco el vocerío del público, el califa le hizo un gesto a Ahmed y este apareció con una corona de hierro en la mano—: Como me encomendó mi amigo, el rey Alejandro, hoy tengo el honor de coronar rey del reino de Oriente a su único hijo, el rey Hugo El Sabio —dijo tomando la corona en las manos—. Mi señor, ¿estás dispuesto a ocupar el trono del reino de Oriente para gobernarlo con justicia, honor y valentía?

—¡Sí, acepto! —respondí a viva voz.

—Mi señor, ¿juras proteger a la dimensión de Oriente y mantenerla libre de la Oscuridad?

—¡Sí, lo juro!

—Mi señor, ¿prometes ser el rey de los señores de la Guerra, tratarlos con honor e intentar guiarlos siempre hacia la victoria?

—¡Sí, lo prometo!

—¡Yo, Arkham, califa de Alejandría, guardián del templo de Selena y súbdito del reino de Oriente, te proclamo a ti, Hugo El Sabio, rey de Oriente y de los señores de la Guerra! —aclamó al tiempo que depositaba la corona encima de mi cabeza.

Jamás olvidaré el júbilo y el amor que sentí en aquel glorioso momento. Tampoco pude evitar echar alguna lágrima en recuerdo de mi padre y de Gabriel. Gracias a ellos podía estar viviendo aquel momento que tanto me pertenecía a mí como a ellos. Me juré que nunca los defraudaría y procuraría que siempre estuvieran orgullosos de mí allá dónde estuvieran.

En cuanto la gente calló supe que había llegado mi turno de tomar la palabra y todo lo que había pensado decir se borró de mi cabeza de un plumazo, así que me tocó improvisar y para ello abrí mi corazón.

—¡Bienamado pueblo de Oriente! Soy un hombre sencillo al que le han pasado cosas extraordinarias, tanto buenas como malas, que me han ido modelando hasta el día de hoy. No me considero sabio pero tampoco un necio, ni he tenido más pretensión en mi vida que disfrutar de las pequeñas cosas que me hacen feliz, pero el destino ha querido que se cruzaran en mi camino personas que cambiaron mi percepción de la vida y de mí mismo. He sido maldito por un pérfido ser y bendecido por el más grande de los dioses. He vivido cosas increíbles acompañado por seres aún más increíbles. He viajado a mundos tan exóticos y lejanos, a ambos lados de la barrera ultradimensional, que me cuesta saber en cada momento en qué lugar estoy, y he tenido que decir adiós a seres que no debieron morir y que han dejado un vacío irremplazable en mi corazón —declaré conteniendo el aliento—. Por eso, cuando hoy he sido nombrado con tantos honores, he recibido el cariño de mi pueblo y he recibido el privilegio de ser regente de la dimensión de Oriente, ni me he reconocido como persona ni creo que sea merecedor de tanta consideración pues yo soy Hugo, a secas, amigo de mis amigos, quien espera que algún día podamos librarnos de la sombra de la Oscuridad todos los pueblos libres. Aun así, he aceptado el compromiso que adquirí en el momento de nacer, aunque entonces ni siquiera lo supiera, porque un hombre debe ser honesto consigo mismo y debe honrar a sus referentes en la vida; a los que son, a los que fueron y a los que serán. Gracias a Gabriel, mi amigo, mi hermano y mi dios, soy el señor de la Tierra; gracias a Alexa y a Ángelus, soy uno de *los hijos de la Luz*; y gracias a mi padre, a quien apenas conocí pero con el quien me une un indeleble lazo de amor, seré vuestro rey. Por el rey Alejandro... ¡Viva el reino de Oriente!

La tarima tembló con las miles de voces que se alzaron al unísono haciendo vibrar mi corazón. Al instante se reunieron mis amigos conmigo en el estrado.

En aquel momento se iniciaba mi andadura como rey de los señores de la Guerra y de Oriente. También me sentí más cerca de mi padre de lo que me hubiese imaginado jamás.

La ceremonia de coronación terminó al anochecer con un festival de fuegos artificiales que inundó de tronío, luz y color la inmensidad del desierto. El califa preparó una cena multitudinaria al aire libre, con música y bailes, y la fiesta se alargó hasta altas horas de la madrugada. Para mi desgracia, mis obligaciones como rey se iniciaron inmediatamente después de la coronación y tuve que atender a los oficiales de los señores de la Guerra, a la nobleza de la ciudad y a un sinfín de mandatarios de otros lugares del reino que quisieron ofrecerme sus mejores deseos en mi nuevo cargo.

Por esa razón, cuando conseguí escabullirme de la fiesta con una jarra de vino para tomarme una copa en una apartada terraza, me sentí el hombre más feliz del mundo. Desde allí tenía unas espectaculares vistas del desierto, iluminado por la luna llena y un firmamento estrellado. Por supuesto, la tranquilidad me duró el tiempo que tardó Vulcano en tropezar conmigo. Venía solo y con bastantes copas de más.

—Pero ¿mira quién está aquí? —exclamó, con voz pastosa, nada más verme—. ¡Dame un abrazo, Hugo! ¡Te quiero!

Casi me tumbó al suelo cuando se dejó caer sobre mí.

—Yo también te quiero mucho, amigo, pero será mejor que te ayude a buscarte un asiento antes de que nos caigamos y nos demos un buen trompazo.

No sin esfuerzo conseguí poner erguido al grandullón y llevarlo casi a rastras hacia uno de los bancos de la terraza.

—¡Anda! Pero ¡si tienes una jarra de vino! —dijo cuando logró enfocar la vista en mí—. ¡Venga, echemos un trago a tu salud! ¡Brindemos por Hugo El Sabio, nuestro rey! —añadió con voz hiposa.

—Tú ya has tenido bastante, amigo, si no que quieres que mañana no te reconozcas ni tú mismo —repliqué llevándome su morrocotuda mirada—. A ver, ¿qué haces tan solo por aquí? ¿Dónde has dejado a Alexa?

—¿Y tú me lo preguntas...? ¿Por qué no lo adivinas, señor perfecto?

«¡Me lo merezco!, por preguntar», me recriminé mientras me rellenaba la copa y, de paso, la suya también.

—Sé por lo que estás pasando, Vulcano, pero, si la quieres, debes aceptarla tal y como es —dije sentándome a su lado en el banco.

—¿Y crees que no lo intento? —advirtió con los ojos brillantes. No supe qué contestar. Finalmente, Vulcano sorbió un poco de su copa y me preguntó —: ¿Cómo consigues vivir con ello, Hugo?

—¿Con qué?

—Con amarla pero verla feliz en otros brazos —respondió mirándome fijamente a los ojos.

Me descolocó que me hablara con tanta franqueza, pero respondí también con franqueza.

—No es fácil, te lo aseguro, pero al final encuentras la forma de hacerlo. «¡Carpe Diem!», solía decir Gabriel en estos casos.

Vulcano reclinó el cuerpo y se dejó caer con los codos sobre las rodillas y la cabeza gacha.

—Ella te quiere —susurró sin alzar la vista.

—Y también te quiere a ti. Tal vez entre los dos formamos su hombre perfecto —le dije con total sinceridad—. Pero tú y yo no somos tan diferentes por dentro y, si logras abrirle el corazón...

—¿Qué no somos diferentes? —advirtió, retirando unos mechones rubios de la cara para posar sus tristes ojos azules en los míos—. No digo que no sea cierta tu teoría, pero tú estás más cerca de parecerte a mí físicamente de lo que yo lo estaré jamás de ser la sombra de tu corazón.

Vulcano apuró la copa y se quedó callado, con la mirada fija en su interior. Quise decirle unas palabras de consuelo, pero se levantó y se marchó antes de que pudiera hallarlas. Ver a un hombre tan íntegro alejarse arrastrando el alma por el desamor me dejó abatido, tanto que no percibí cómo se acercaba alguien hasta que no lo tuve encima.

—Hola, Hugo. Era Vulcano quién estaba hablando contigo, ¿verdad? —me preguntó Alexa con voz apagada. Asentí con un gesto—. Lo llevo buscando toda la noche. ¿Sabes adónde va?

Alcé la mirada y vi la congoja de su corazón dibujada en los ojos.

—Él te quiere de verdad y merece que le des una oportunidad —Alexa me miró indecisa—. ¡Venga! ¿A qué esperas?

Perseguí con la mirada su estela hasta que desapareció. Todavía me quedaba media jarra de vino y, como se me habían quitado ganas de regresar

a la fiesta, decidí bebérmela allí en la intimidad. Iluso de mí... Al instante percibí una presencia detrás de mí. «¡Por fin da conmigo alguien que me alentará la noche!», pensé.

—¿Es que no puedo estar a solas ni un momento? —bromeé volteando la cabeza.

—¿Qué te pasa, Hugo, a qué viene esa cara de decepción? ¿No soy quién esperabas?

Era Tian Shui.

—Sinceramente, no, pero siéntate conmigo. Aún me queda un poco de vino. ¿Quieres? —dije, balanceando la jarra con la muñeca—. No me vendrá mal una compañía que no remueva sentimientos encontrados en mi interior.

La sacerdotisa declinó el vino, pero se sentó a mi lado y se quedó con la mirada perdida en el desierto.

—Espero tener algún día la misma suerte que Alexa.

—¿A sí? ¿Y por qué?

Tian Shui giró la mirada y me confesó:

—Por lo mucho que la quieres.

—¿Crees que el amor es una cuestión de suerte?

—¡Pues claro que no! —señaló frunciendo sus rasgados ojos azules—. Me refiero a que una persona tan poco sociable como yo le costará mucho encontrar el amor, por mucho que anhele hacerlo, y, aunque te resulte un pensamiento perverso, hasta que llegamos a este mundo me reconfortaba saber que tú también estabas solo.

Nunca antes había tenido una conversación tan íntima con Tian Shui y supuse aquel encuentro no había sido casual. Llené la copa de vino y se la pasé a mi amiga; ella lo necesitaba más que yo.

—No tienes por qué sentirte mal por eso. Además, todavía sigo siendo el mismo solterón de antes.

—Por poco tiempo —aseveró, escrutándome con la mirada—. ¿Acaso crees que no me he dado cuenta de lo que siente por ti Sherezade? Te estás enamorando de ella, pronto lo sabrás, y serás un idiota si no la correspondes con tu amor. Nadie te querrá como te quiere ella.

Aquella confesión me tocó el alma.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello? Apenas la conoces.

Tian Shui sorbió un poco de vino y volvió a fijar sus ojos en el desierto.

—No me ha hecho falta leerlo en su mente, solo basta observar cómo te mira cuando tú no la ves o cómo actúa cuando está a tu lado. Ella te ama

íntegramente y sin condiciones, desde el contenido hasta el envoltorio, pues Sherezade ama y siente con el corazón, y ese —declaró mirándome a los ojos—... nunca engaña. Eres muy afortunado, Hugo, por amar y ser amado.

El silencio de la noche lo rompió el canto de una cigarra.

—No sé qué decir, la verdad.

—Entonces no digas nada —comentó, levantándose del banco—. Creo que aquí estorbo. ¡Adiós!

Antes de que pudiera objetar algo, dejó la copa en el banco y se alejó, igual de discreta que había aparecido, dejándome a solas con mis pensamientos.

—¡Me cae bien Tian Shui! —escuché una voz procedente de las sombras.

—¡Ostras, Sherezade, qué susto me has dado! —exclamé con un respingo—. Pero ¿qué hacías ahí? ¿Espiar-me?

—¡Ya te gustaría...! —añadió emergiendo, de un salto, de la penumbra—. Nunca creí que este lugar fuera tan concurrido. Supongo que no te importará si también te hago un poco de compañía, ¿verdad?

No esperó una respuesta. Se sentó a mi lado y se me acurrucó en el brazo.

—¿Lo has escuchado todo? —Me miró con una pícara sonrisa—. ¿Y qué tienes que añadir al respecto?

—Que te enamorarás perdidamente de mí si me dejas intentarlo —añadió divertida. Lo cierto es que Sherezade se estaba convirtiendo en un aliento de aire fresco en mi vida y me sentía muy afortunado por tenerla a mi lado—. Pero, ahora en serio —susurró apagando el tono de su voz—: sería la mujer más afortunada del universo si algún día sintieras por mí lo mismo que sientes por Alexa.

Dejé la jarra a un lado del banco, pues ya no la necesitaba, y la atraje contra mi pecho, sintiendo cómo se le aceleraba el corazón.

—Dame un poco de tiempo para que sanen las heridas y te prometo que, si descubro que lo que despiertas en mi corazón es el amor, me entregaré en cuerpo y alma a ti.

Sherezade me miró con unos ojos inundados de felicidad y no me dijo nada más en toda la noche. Simplemente disfrutamos del momento hasta que nos sorprendió el amanecer.

«¡*Carpe Diem!*!»

Después de dejar a Sherezade en la puerta de su habitación, fui a darme una ducha y me pasé la mañana durmiendo hasta que a mediodía vino a buscarme Ahmed para llevarme a una reunión que había convocado el califa. La razón era presentarme a los generales antes de comer. Tuve una gran acogida por parte de los altos mandos de los señores de la Guerra y, después de un corto almuerzo, me pasé toda la tarde reunido con los representantes de los gobernadores de las principales ciudades del reino.

Lo cierto es que los primeros días después de mi coronación los pasé tratando con los asuntos burocráticos que no había podido atender Arkham y que estaban pendientes desde la muerte de mi padre. Tuve que autorizar los nombramientos de los nuevos funcionarios, emisarios reales, embajadores y alcaldes, que ocupaban sus cargos en funciones, y tratar con los representantes de la burguesía y con los comerciantes temas relacionados con la recaudación de impuestos, escuchar sus peticiones, sugerencias y quejas para darles solución antes de enfrascarme en la misión que realmente me importaba. En definitiva: tuve que ponerme al día de todas mis responsabilidades como rey en unas pocas semanas y únicamente disponía de las tardes para liberarme de mis funciones reales y disfrutar del poco tiempo libre que me quedaba pasándolo con mis amigos y descubriendo todos los rincones de Alejandría. No obstante, estas semanas sirvieron también para que volvieran a calmarse las aguas entre Alexa y Vulcano, para recuperarnos de todas las vicisitudes acumuladas en nuestro periplo dimensional y, como no, para que se consolidara mi amistad con Sherezade... aunque, como todo en la vida tiene un inicio y un final, una vez finiquitados los importantes asuntos en la corte llegó el momento de hacer cumplir el vaticinio de Selena.

Una mañana, convoqué a mis amigos y a Arkham en el palacete de Selena para planificar la inminente salida en busca del laberinto. Cuando llegué al salón del trono ya me estaban esperando todos, aunque me sorprendió ver a Sherezade en una reunión a la que no había sido convocada. Me senté en la

mesa redonda y dejé que Arkham tomara el turno de palabra cuando me lo pidió.

—Lo primero que me gustaría explicaros es la presencia de mi hija en esta reunión —dijo mirando de reojo a Sherezade—. Sé que estamos a punto de embarcarnos en una empresa muy peligrosa y que, aun con la inquebrantable voluntad y optimismo que muestra Hugo por una favorable resolución de la misión, las posibilidades de que el oráculo falle en su predicción son ínfimas, por no decir nulas —subrayó, ahora mirándome a mí—. Por esa razón, en presencia del rey y de *los hijos de la Luz*, yo Arkham, califa de Alejandría, abdicó de mi cargo en favor de mi hija, la Sherezade, tal y como dictan las leyes del reino de Oriente.

—¿¡Qué estás diciendo, papá!?! —exclamó la princesa, frunciendo el ceño.

El califa iba a replicar, pero decidí cortar inmediatamente aquella conversación que no nos llevaba a ningún lado.

—Yo pienso igual que Sherezade. Ya habrá tiempo para abdicar cuando las tribulaciones te pesen demasiado, amigo mío. Ahora, lo importante es centrarnos en la cuestión que tenemos entre manos para afrontar la liberación del tigre blanco y el dragón escupe-fuego con las máximas garantías —señalé llevándome una cariñosa mirada de la princesa.

—Pero a mí me ampara el derecho de abdicar de mi cargo cuando lo crea conveniente —replicó Arkham.

—Y yo tengo el poder de rechazar tu demanda —dije, acallándolo—. Arkham, sé que tu intención es buena y que lo has hecho movido por el corazón, pero no podemos permitirnos el lujo de aceptar una derrota antes de haber plantado batalla y yo no lo pienso hacer. ¿Tú sí? ¿O puedo contar con mi califa para esta misión?

—Tu sobrenombre no es baladí, Hugo El Sabio —declaró emocionado—. ¡Claro que puedes contar conmigo!

—¡Perfecto! Ahora que ha quedado aclarado este pequeño incidente, creo que podemos continuar con el orden del día y diseñar la estrategia para encontrar el laberinto. ¡Ya puedes irte tranquila! —añadí mirando a la princesa.

—¿Y qué pasa entonces conmigo? —terció Sherezade, escrutándome con los ojos.

La miré con extrañeza.

—No entiendo qué quieres decir.

—Lo sabes perfectamente, Hugo. ¿No piensas contar conmigo en esta

misión? —dijo cruzándose de brazos.

Ángelus me observó con gesto divertido. «*¡A ver cómo lidias con esta fiera!*», me advirtió mentalmente.

—Pues ¡claro que no, hija! —se me adelantó el califa.

—¿¡Ah, no!?! —se le encaró Sherezade, levantándose de la silla—. ¿Hace un momento era buena para tomar las riendas de Alejandría y ahora pretendéis quitarme del medio como si no sirviera para nada? Estoy preparada para ayudaros en este proyecto. ¡Lo sé!

—Hija mía, sé que eres todo corazón y que harías lo imposible por ayudarme a salir con vida del laberinto, pero tu lugar está aquí. ¿Quién ocupará el califato de Alejandría en el caso de que las cosas salgan mal? —razonó—. Sherezade, cariño, todavía no estás preparada para enfrentarte a una dificultad así.

Ese comentario la hizo explotar.

—¡Sé que estoy preparada para acompañaros, padre!

—¡No, no lo estás! —atajé con firmeza. Sherezade me miró con incredulidad—. No sabemos qué puede pasar en ese laberinto ni quién puede estar esperando nuestra llegada, así que cuantos menos riesgos tomemos, mucho mejor nos irá al grupo. —Supe por la cara de la princesa supe que no la estaba convenciendo—. Además, Selena no dijo nada de que debieras acompañarnos. ¡Por algo sería!

—¡Sí que lo dijo...! Bueno... esa noche no, pero...

La princesa se quedó callada, apretando los labios para deglutir las lágrimas que le producía la impotencia de no poder darnos un motivo de peso.

—Te prometo que haremos todo lo posible para salir indemnes de ese laberinto, pero tu misión está aquí, en Alejandría, y ese es el deber que te encomiendo —declaré.

Sherezade alzó la mirada y suavizó el semblante, aunque sus ojos no podían ocultar la gran decepción que sentía.

—Si esa es la voluntad de mi rey —dijo sin mirarme a la cara.

—Así es —sentenció con todo el dolor de mi corazón.

Vi cómo se encaminaba la princesa hacia la puerta y salía, cabizbaja, del salón.

Me sentí francamente mal por haber tenido que tomar aquella decisión, pero sabía que estaba haciendo lo correcto. Quería demasiado a aquella mujer como para arriesgar su vida innecesariamente.

Después de consensuar las líneas generales del plan, que consistían básicamente en cómo organizar la búsqueda del tigre y el dragón una vez hubiéramos hallado el laberinto, quedamos en reunirnos en dos horas en el jardines de Oriente, ya vestidos adecuadamente para realizar una larga travesía por el desierto.

Estaba tan atribulado que, cuando llegué a mi habitación, tuve que darme una ducha fría. Más relajado, me vestí con un *thawb*^[□] de algodón gris y me cubrí la cabeza con un *kufiyya*^[□] blanco. De reserva, me llevé una chaqueta de algodón azul oscuro para la noche. Me ajusté a Labrys en el cinto y salí de la habitación.

Cuando llegué al jardín, ya estaban mis compañeros montados por parejas en un camello. También estaba Ahmed y un nutrido número de señores de la Guerra preparados para partir con camellos cargados de provisiones. A mí me tocaba ir con Arkham pero, cuando me acerqué al cuadrúpedo, intuí que no me lo iba a poner fácil para subir. El animal reculó y me enseñó los dientes, pero no me amedrenté y, tras agarrar las riendas, lo obligué a bajar el cuello y le susurré: «*Rex desertum*». El camello me devolvió el gesto y se postró para que pudiera montarme en la silla.

El califa volteó la cabeza como si estuviera esperando que apareciera alguien.

—No vendrá, Arkham —le comenté, intuyendo a quién aguardaba.

Su cara era un poema, pero finalmente espoleó al camello para que echara a andar.

La ciudad en pleno había salido a las calles para despedirse de sus aguerridos héroes y sus vítores nos insuflaron ánimos para el viaje. Por otra parte, una vez dejamos Alejandría atrás, que apenas parecía una bruma borrosa en el horizonte, tuvimos que enfrentarnos a la dureza del desierto. El invariable paisaje de arenas y dunas se hizo pronto monótono y, al sumarse la acción de un sol abrasador, parecía que las horas de travesía fueran días. Ni siquiera el incombustible Marcel, quien sacó fuerzas de flaquezas para tocar una alegre canción con su flauta, nos quitó la desazón que parecía haberse apoderado de todos nosotros. El único que parecía estar disfrutando de la travesía era Arkham, quien no borró la sonrisa de su cara durante toda la jornada.

Después de deambular por aquel océano de arena durante todo el día, haciendo únicamente alguna parada técnica en algún palmeral para descansar y comer, decidimos hacer noche en un oasis con las primeras luces del

anochecer.

A ese día se sucedieron muchos más sin que Arkham ni los magos hallaran un rastro de la magia que ocultaba el laberinto, hasta que una noche, mientras contemplábamos la luna desde un manantial de un oasis, les comenté a mis compañeros una idea que se me acababa de ocurrir.

—Creo que estamos enfocando mal nuestra búsqueda y he pensado que, si no podemos encontrar el laberinto, haremos que lo haga él... y es a ti, Arkham, al que le toca hacer el reclamo.

—No te entiendo, Hugo —dijo con extrañeza.

—Haz lo que te diga y ya verás.

Lo que pretendía era utilizar la misma táctica que nos había permitido encontrar el oráculo de Lizbeth. Le dije al califa que se estirara en la arena, con los ojos cerrados y la mente en blanco. Luego me concentré hasta que conecté con su energía y, en cuanto mi respiración se acompasó con la suya, le susurré: «Llama al laberinto».

Arkham movió los labios y susurró algo ininteligible. Acto seguido, el suelo empezó a temblar y se levantó una ventolera que agitó violentamente las hojas de las palmeras haciéndolas doblegar.

—¡Se acerca una tormenta de arena! —gritó Ahmed, con la cara desencajada.

Me levanté y observé cómo se acercaba una gran polvareda gris a gran velocidad.

—¡Atad a los camellos a las palmeras! ¡Rápido! —ordenó Arkham a los guerreros—. Vosotros, y tumbaros al lado de los camellos y taparos con mantas. ¡No os levantéis pase lo que pase!

Hicimos caso al califa y, antes de que llegaran las primeras rachas de la tormenta, ya estábamos a cubierto. Era sobrecogedor escuchar el colérico zumbido del viento azotando la arena contra las mantas. La tormenta duró toda la noche y, con la luz de un nuevo día, se desvaneció.

En cuanto salí del improvisado campamento me quedé maravillado ante la imponente muralla de arena que había aparecido de la nada delante de mí. Los muros del laberinto se alzaban una cincuentena de metros por encima de nuestras cabezas y se extendían, a ambos lados, hasta donde no alcanzaba la vista. En frente, se abría una hendidura que se intuía el único punto de acceso de aquella colosal construcción.

—¡Levantaros, amigos! ¡Ya hemos encontrado el laberinto! —voceé echando la vista a los bultos que se intuían entre los camellos.

El oasis había sido barrido por la tormenta de arena y solo quedaban en pie unas cuantas palmeras que había alrededor de un manantial.

Vulcano fue el primero en salir.

—Pero ¿qué diablos...? —rezongó mirando la colosal muralla de arena.

Poco a poco fue apareciendo el resto de la compañía. Mis compañeros miraban con asombro el laberinto mientras los señores de la Guerra se encargaban de conducir a los camellos al manantial y desenterrar los bártulos que quedaron debajo de la arena.

—¿Estáis todos bien? —nos preguntó Ahmed. Todos asentimos hasta que fuimos consciente de que faltaba uno—. ¿Dónde está Arkham?

Se me encogió el alma cuando descubrí que, efectivamente, el califa no se encontraba entre nosotros.

—¡Buscadlo bajo la arena! —les insté.

Escavamos una amplia zona de arena, pero no hallamos ni rastro de Arkham, y lo primero que se me vino a la cabeza fue el vaticinio de Selen y la promesa que le había hecho a Sherezade. «¡Por todos los dioses! ¿Cómo ha podido pasar?», pensé horrorizado.

—¡Esperad! —advirtió Lizbeth, mirando la bola de cristal—. Creo que lo veo... ¡Sí, es él! —exclamó esbozando una sonrisa—. Pero —añadió virando el gesto—... anda perdido por el laberinto.

Corrí hacia la puerta y grité su nombre, pero no obtuve respuesta.

—¿A qué estamos esperando? ¡Vayamos a por él! —abogó Vulcano, encaminándose hacia el interior con determinación.

—¡No entres ahí! —le insté abortando su intención—. Antes tenemos que pensar en quiénes entraremos y cómo nos moveremos por el laberinto sin correr el riesgo de perdernos en el interior. ¿Alguien ha entrado alguna vez en un laberinto? —Nadie respondió. Cavilé, mientras me rascaba la nuca, hasta que recordé las palabras de Selen—. Arkham tenía que encontrar el laberinto y lo ha hecho, ahora me toca a mí hallar al tigre y al dragón y conseguir que salgamos todos de ahí antes de que anochezca —dije echando una furtiva mirada a la puerta del laberinto—. Ahmed, tú y tus hombres os esperaréis aquí cuidando de los camellos. No me gustaría salir de ese infernal lugar y encontrarme perdido en el desierto.

El general de los señores de la Guerra se despidió de nosotros en la puerta y, sin más dilación, atravesamos el umbral del laberinto de Sekhen.

Las paredes del laberinto estaban forradas de arena y si las tocabas se desmenuzaban, aunque la magia que las mantenía erguidas se encargaba de volverlas a rebozar inmediatamente, por lo que resultaba inútil intentar excavar un agujero para atravesar un muro. Además, el pasillo era tan estrecho y alto que no podíamos pasar más de dos personas a la vez, haciendo que cada paso que dábamos fuera más claustrofóbico que el anterior.

Marcel, con su memoria prodigiosa, se encargaba de memorizar todos los movimientos que hacíamos por el laberinto y, por si acaso, llevábamos cuerdas de sobras para ir largándola a medida que profundizábamos en el laberinto, asegurando así la posibilidad de encontrar la salida una vez hubiésemos completado la misión. De tanto en tanto gritábamos el nombre del califa, aunque sin obtener respuesta, y llegó un momento que habíamos revirado tantas veces que nos hacía imposible poder orientarnos en aquel entramado de pasillos. Fueron pasando las horas y el sol ya lucía en lo más alto del cielo y continuábamos sin encontrar ni a Arkham ni el rastro de los guardianes de la ciudad; pero, al doblar por un recodo, Tian Shui se detuvo en seco y exclamó:

—¡Por aquí ya hemos pasado!

—¡Eso es imposible! Llevo un registro mental de todos los pasos que hemos dado y estoy convencido de que esta es la primera vez que pasamos por aquí —alegó Marcel con convencimiento.

—¿Y cómo explicas esto? —dijo recogiendo una colilla de cigarrillo del suelo—. ¿Es tuya, Vulcano?

El forjador asintió contrariado.

—Estaremos dando vueltas en círculos —aventuró Ángelus.

—¿Y dónde está la cuerda? —advirtió Aurora, mirando a su alrededor.

Aquel descubrimiento era más inexplicable, si cabe, que el de la colilla.

—¡No os mováis! —añadió Marcel echando a correr por el corredor—. Voy a comprobar una cosa... Ahora vuelvo.

Vimos cómo el duende desaparecía al doblar la esquina y nos quedamos parados sin saber qué hacer. Al rato me pareció escuchar un ruido al fondo del pasillo y, al ver que no aparecía Marcel, me acerqué a investigar. Cual fue mi sorpresa cuando descubrí que en el lugar dónde había girado mi compañero se había levantado una pared y abierto un nuevo pasillo en el lugar donde antes había un muro. Entonces lo comprendí.

—¡Es el laberinto el que se mueve! —voceé.

—¡Vaya y ahora hemos perdido a Marcel! —rezongó Vulcano con un aspaviento.

Iba a reunirme con mis compañeros cuando volví a escuchar algo al otro extremo del corredor. Eché a correr pero, al doblar el recodo, solo vi continuaba el pasillo hasta bifurcarse en dos. Di media vuelta para regresar y no había alcanzado la mitad del corredor cuando oí cómo se deslizaba una pared. Corrí, pero cuando quise torcer me topé con una pared. Desenfundé a Labrys y golpeé con todas mis fuerzas contra el muro, pero la hoja cortó la arena como la mantequilla y la oquedad volvió a rellenarse. «¿Y ahora qué?», cavilé intentando mantener la calma.

Me sequé el sudor, que me caía a chorro por el cuello con un pañuelo, y me paré a reflexionar un rato antes de deambular sin ton ni son por el laberinto. «¡A ver, mendrugo! Si el laberinto cambia a su antojo su fisionomía es inútil intentar aplicar la lógica para salir de este lío. Tengo que usar... la intuición, ¡eso es!», resolví poniendo mis pensamientos con Hathor. Esta me dictó caminar sin rumbo por los pasillos y, al rato, me pareció escuchar una voz tras una esquina.

Sin correr, me acerqué y vi al califa sentado, con la cabeza escondida entre las rodillas al final del corredor.

—¡Arkham, por fin te he encontrado!

El califa alzó la cabeza y, en cuanto me vio, se echó a llorar.

—¡Malditas sean las visiones! ¡Largo de aquí! —gritó al tiempo que hacía unos torpes aspavientos.

Me acerqué y me arrodillé a su lado. Arkham continuaba mirándome con los ojos vacíos. Tenía la piel de la cara deshidratada y los labios ensangrentados y cortados. Le di de beber un poco de agua de la cantimplora, a pequeños sorbos para que no se atragantase y, cuando lo vi un poco más espabilado, le di un poco de poche de fuego. El pobre recuperó el color de sus mejillas de inmediato.

—Hugo, ¿de verdad eres tú? —musitó, tocándome el rostro con un

vacilante pulso.

—En carne y hueso, amigo mío. En cuanto te recuperes un poco nos reuniremos con los demás —dije dándole otro traguito de mi pócima—. Ahora ya sé cómo moverme por este laberinto y cómo salir de él —añadí con un guiño.

Me senté un poco al lado del califa y, mientras el me relataba cómo había ido a parar al laberinto, yo aproveché para hidratarme y refrescarme echándome un poco de agua por el cuello.

—Una voz familiar me despertó en mitad de la tormenta. Por un momento pensé que había sido un sueño, pero cuando volví a escuchar la voz, alzándose por encima del zumbido del viento, no tuve la menor duda de que procedía de Sherezade y de que era tan real como lo somos tú y yo ahora. Me armé de valor y me enfrenté a la tormenta hasta que vi una tenue silueta moviéndose delante de mí. Grité su nombre y como respuesta recibí un: «Ayúdame, papá», y no me lo pensé. Corrí hacia la sombra y deambulé sin rumbo, azotado del viento, hasta que con la luz del sol descubrí que me había perdido en el laberinto. Desde ese momento la he estado buscando hasta que he comprendido que jamás la volvería a ver —declaró con los ojos cubiertos de lágrimas.

—No debes decir eso, Arkham. La magia que rige este lugar te hizo escuchar y ver alucinaciones para que nunca encontraras la salida del laberinto, pero ahora estoy yo aquí y sé qué camino debemos seguir —dije mientras le ayudaba a levantarse del suelo—. ¿Vamos a por los demás?

Arkham me dio un emocionado abrazo e iniciamos la búsqueda siguiendo el mismo método que me permitió encontrarlo a él.

Con el primero que dimos fue con Marcel y, cuando le expliqué cómo teníamos que movernos por el laberinto, no nos costó encontrar al resto de la compañía, la cual, con muy buen criterio, se había mantenido unido y sin perder la calma. Ya solo quedaba poner en práctica mi teoría y esperar que diera resultado.

Saqué del bolsillo la bolsita que contenía las gemas mágicas y cogí el diamante boreal con mis dedos pulgar y corazón.

—Esta es la piedra que le dieron los dioses a mi padre y algo me dice que no solo tiene el poder de concentrar la energía de las estrellas —dije mirando cariñosamente a Aurora—. Si el tigre blanco y el dragón escupe-fuego son los protectores del reino de Oriente, seguro que responderán a la magia de la gema y a la voz de su rey.

Conecté con refulgente brillo del diamante boreal y al primero que visualicé fue al tigre. Deambulaba, inquieto, a orillas de un estanque. Cuando lo llamé, me miró con sus ojos verdes y le pedí que se dejara encontrar.

—¡Mira, Hugo! —exclamó Alexa, sacándome de mi introspección.

Miré en la dirección que señalaba mi compañera y vi que al fondo del pasillo se entreveía el contorno de una palmera. Nos dirigimos hacia el extremo del corredor y aparecimos en los lindes de un esplendoroso oasis.

Mis compañeros corrieron hacia el estanque de aguas cristalinas que había en mitad de un palmeral y se zambulleron sin desvestir. Marcel, que se había quedado a mi lado en la orilla, husmeó mirando hacia los árboles y me susurró:

—Tengo la intuición de que estamos ocupando el territorio de una temible bestia que nos observa. ¿Qué dices tú, Hugo?

No tuvimos que esperar para hallar una respuesta. Escuchamos un rugido y emergió un tigre blanco entre la vegetación. Sus ojos verdes parecían refulgir poseídos por su instinto animal y, cuando nos vio, nos enseñó sus feroces fauces como señal de advertencia.

Vulcano salió del agua e hizo el ademán de empuñar su espada, pero lo refrené y di un paso al frente, plantándome delante del tigre. El animal bordeó el estanque y se me acercó con el lomo erizado y una amenazante mirada.

—¿Tan salvaje te has vuelto que te has olvidado de hablar? —le inquirí, aguantándole la mirada.

El tigre se alzó sobre sus cuartos traseros y me lanzó un zarpazo, pero le enseñé a Labrys y el felino refrenó el golpe antes de que llegara a rozarme la cara.

—¿Eres tú, mi rey? —preguntó con una voz grave y forzada.

—¿Acaso has olvidado a Labrys, la que fue forjada con el fuego del dragón y la fuerza de tus garras?

—Llevo tanto tiempo perdido en este oasis que ni recuerdo las blancas casas de Alejandría ni las frescas fuentes del jardines de Oriente ni la esplendorosa belleza del palacete de Selena. ¿Por qué has tardado tanto tiempo en venir a buscarme, mi rey?

Enfundé a Labrys y me acerqué al tigre, que refuló al percibirme tan cerca. El animal era casi tan alto como yo, pero en sus ojos percibí una ancestral inteligencia. Le acaricié la cabellera y le comenté:

—Nadie puede escrutar más allá de lo que le depara el presente, pero este

era el momento de buscarte y esta la hora del reencuentro. ¡Aquí estoy! — aseveré—. En el laberinto del tiempo, todo aquel que sucumbe a sus miedos acaba encerrado en él. ¿A qué temes, señor del agua?

—¡Yo no temo a nadie ni a nada! —rugió irguiendo el lomo.

—No es lo que me cuentan tus ojos —reliqué.

El tigre volvió a relajar su pose y se acercó a la orilla del estanque a beber agua.

—¿Y qué puedes ver que no sepa yo? —me preguntó volteando la cabeza.

En aquel momento tuve una intuición y la dejé brotar.

—Temes a aquello que te complementa, a aquello que te completa como ser. Temes... —dije con cautela— al dragón escupe-fuego.

Como esperaba, el tigre no se tomó a bien mi argumento y se abalanzó sobre mí con las fauces abiertas. No me moví ni un ápice y el felino cerró la boca a unos escasos centímetros de mi cara, echándome su fétido aliento.

—Ya sabes que no podemos convivir el uno cerca del otro sin intentar destruirnos y que solo nos toleramos cuando debemos defender al reino de Oriente del Caos. ¡Odio a esa bestia alada! —rugió el tigre.

—Lo sé, pero esa no es la cuestión —comenté apartándome un poco de él—. Esta vez se os ha venido a reclamar para algo mucho más importante y tendréis que convivir el uno con el otro en armonía si queréis servir bien a vuestro rey.

—¡Jamás lo conseguirás! —replicó el tigre sin dejar de dar vueltas.

—Eso ya lo veremos —musité presintiendo que se acercaba una poderosa presencia—. El dragón viene de camino y no tardará en presentarse aquí.

El tigre se puso en alerta y, al instante, una sombra ocultó al sol. Miré hacia arriba y vi una silueta que me sobrecogió. Había visto volar al ave fénix y conocía la envergadura de los grandes halcones de Poniente, pero el vigoroso vuelo de aquel dragón, con sus largas alas desplegadas y su afilada cola haciendo de timón, me dejó abrumado. La bestia empezó a descender hasta que se posó en la arena, levantando una densa polvareda.

El dragón era de color nacarado y sus escamas tenían un tono bermellón que les confería un contraste amenazador.

—¿Me habéis llamado, mi rey?

Su voz era grave y exhalaba hilos de humo por la boca.

—Así es. Y como ves estoy acompañado —dije con un gesto—. Y ahora que ya estamos todos, voy a hacer las presentaciones —añadí al ver que el dragón y el tigre ya habían intercambiado la primera mirada hostil—: os

presento a *los hijos de la Luz*, Alexa y Ángelus; a la voz del oráculo, Lizbeth; a la sacerdotisa de Anuket, Tian Shui; al príncipe del reino del Sur, Vulcano; a Aurora, la estrella; y al duende de los bosques, Marcel. Al califa Arkham ya lo conocéis y yo soy Hugo, hijo de Alejandro, vuestro rey.

El dragón no mostró ningún tipo de reacción ante tan honorífica presentación, pero sí que podía cortarse la tensión que se proferían las dos bestias enfrentadas.

—¿Y qué queréis de nosotros? No percibo la amenaza del Caos en el reino —me preguntó sagazmente el dragón.

—La amenaza del Caos es global y estamos aquí con la misión de reinstaurar la gran alianza de los pueblos libres. Como vuestro rey, os reclamo para que participéis en la gran guerra —le expliqué.

—¿Y cómo pretendes salir de aquí? Jamás conseguirás que convivamos por mucho tiempo en un mismo espacio, mucho menos pretender que yo me adentre por el laberinto oliendo el asqueroso aliento de ese bicho escupefuego —rugió el tigre blanco encorvando el lomo.

El dragón agitó las alas y se enfrentó al tigre con su amenazante boca humeante. En ese momento me sobrevino una intuición y se la revelé a Ángelus, pues necesitaba de su magia para llevarla a cabo.

—¿Y si os dijera que conozco la forma de poder hacer compatibles vuestros caracteres? ¿Estaríais dispuestos a intentarlo? —Miré de reojo a Ángelus y este asintió con un gesto. El dragón relajó su actitud y el tigre depuso su agresiva posición ante mi propuesta—. ¿Confíais en mí?

—Si es la decisión de nuestro rey... —dijeron, al unísono.

A mi gesto, Ángelus avanzó con el cetro de Horus en la mano y los instó para que se pusieran lo más cerca posible el uno del otro. Estos obedecieron, aunque sin salir de sus respectivas parcelas, y miraron con recelo al mago.

—No temáis, solo os mostraré la verdad —comentó Ángelus antes de agitar el cetro y recitar—: *Dissolvô invisô incantamentum*.

Del báculo brotó un vaho gris que envolvió el cuerpo de las bestias ocultándolos bajo una densa bruma, y, cuando la niebla se disipó, dejó al descubierto una estampa asombrosa.

El dragón era ahora una mujer, de ojos marrones y tez morena, cuya melena azabache caía por encima de su kimono blanco. El tigre se convirtió en un hombre de rubia cabellera, blanca piel y ojos esmeralda que vestía con una túnica negra. Había algo en los ojos de aquella mujer que me resultaba sutilmente familiar, pero no fue hasta que Arkham se abalanzó sobre ellos

emocionado cuando cobró sentido mi intuición.

—¡Amigos míos, os presento a mis padres, Valeria y Nilo! —proclamó el califa mientras se enjugaba los ojos con un pañuelo. Era tanta la felicidad de aquel feliz reencuentro que hasta la reservada Tian Shui tenía los ojos brillantes. Arkham me miró emocionado y me preguntó—: Pero ¿cómo?

—Creo que eso se lo tendrías que preguntar a ellos —respondí conteniendo una lagrimilla.

Valeria le acarició la cara a su hijo y le confesó:

—¿Recuerdas de dónde procede la leyenda de los protectores de nuestro pueblo, verdad? Todo ocurrió cuando acompañamos al rey Alejandro, escoltado por un ejército de señores de la Guerra, a una reunión clandestina con los mandatarios de los cuatro reinos, los magos blancos y los dioses para organizar la ofensiva final contra el Caos. Caímos en una emboscada de las tropas de Sekhen y, cuando íbamos a ser masacrados, le rogué a la luna llena, bajo un juramento inquebrantable, que se llevara nuestras almas a cambio de salvar a nuestro rey. Fue la primera vez que se me apareció Selena y se sintió tan conmovida con nuestro gesto que accedió a nuestros ruegos y convirtió a tu padre en el tigre blanco y a mí en el dragón para que pudiéramos ayudar a salir indemne a nuestro rey, aunque nos advirtió que aquel conjuro acabaría cuando se desvaneciera la amenaza del Caos, pues en estado animal nos convertíamos en unos seres incompatibles que no podíamos convivir juntos sin intentarnos destruirnos —explicó—. Una vez conseguimos aniquilar a las hordas de Sekhen, Selena nos volvió a convertir en humanos, pero nos anunció que, para saldar la deuda que habíamos contraído con ella, tendríamos que construirle un oráculo, allá adónde estuviera nuestro pueblo, y que las primogénitas de nuestro linaje tendrían que ocupar el cargo de suma sacerdotisa de su orden. También nos advirtió que tendríamos que mantener en secreto todo lo referente a su existencia y lo que había acontecido en aquella noche y nos reveló que, llegado el momento, tendríamos que hacer un sacrificio al que no le podíamos poner condiciones. La aparición de un enorme tigre blanco y de un dragón escupe-fuego durante la batalla de Sekhen se convirtió en una leyenda que nadie supo cómo explicar, así que cumplimos la palabra de mantener oculto nuestro secreto hasta que Selena nos pidió que teníamos que desaparecer... y así lo hicimos —concluyó Valeria.

—¡Eso ya no importa! Ese mal sueño ya ha acabado y nunca más os volveréis a separar de vuestra familia —proclamó Arkham, desatado de

alegría.

—Me temo que tus padres hicieron un juramento inquebrantable^[□] a Selena y creo que, cuando vuelvan a sentir la amenaza del Caos, tendrán que cumplir su palabra y defender a su rey —señaló Ángelus, apagando la cara del califa—. Pero ¡es mucho mejor así! —añadió, dándole unas palmadas de ánimo en el hombro—. Cuando el reino de Oriente sea llamado a la guerra, el tigre blanco y el dragón escupe-fuego podrán abrir la puerta dimensional y llevar al ejército de los señores de la Guerra a luchar contra el Caos.

—Eso si salimos de este lugar antes de que anochezca —advirtió Marcel echando la vista al cielo.

Miramos al frente y se me encogió el valor cuando vi los imponentes muros del laberinto. Apenas nos quedaba una hora para la caída de sol, tiempo, a todas luces insuficiente, para salir de allí.

—Pues ¡ya me diréis cómo vamos a conseguirlo! —exclamó Vulcano, leyéndome el pensamiento.

—¡Quizá yo tenga la solución!

Nos pusimos en alerta al escuchar brotar aquella voz tan imposible de la nada, y me quedé de piedra cuando vi aparecer a Sherezade a mi lado, salida como por arte de magia. La princesa me dedicó una pícara sonrisa y corrió a abrazarse con su padre y sus abuelos, dejándome con dos palmos de narices.

Se abría otra incógnita en aquella misteriosa misión, pero yo estaba la mar de contento con aquella inesperada aparición.

La situación había dado un giro de ciento ochenta grados. La presencia de Sherezade, además de sorprendente, me planteaba varias incógnitas imposibles de resolver. La primera: cómo diablos no se había perdido en el laberinto y la segunda: cómo se las había apañado para que no pudiéramos percibir su presencia hasta el momento en que apareció.

—Pero ¿qué haces aquí, hija mía? —le preguntó Arkham, totalmente desatado de felicidad.

—Cumplir con mi deber, desobedeciéndote a ti y a mi rey —comentó mirándome de reojo—. No me siento orgullosa por ello y debo reconocer que jamás he pasado tanto miedo en toda mi vida, pero al final mi intuición me ha dado la razón y tampoco voy a disculparme por haber hecho lo que tenía que hacer.

La miramos extrañados, pues con su explicación solo había añadido más humo a su misteriosa aparición.

—No voy a juzgarte por tus actos, Sherezade, pero creo que nos debes una explicación, pues intuyo que tu acto de rebeldía no ha sido casual —dije mientras me acercaba a ella.

—Tienes razón, Hugo. Será mejor que empiece la historia por el principio.

Sherezade nos comentó que tuvo su primera premonición siendo niña y que le había impulsado a subir a escondidas al templo de Selena para invocar al oráculo desobedeciendo a su padre. Por aquel entonces, Arkham renegaba del oráculo, pues lo culpaba de la desaparición de sus padres, y no quería que su hija siguiera los pasos de su madre. Aquella noche la luna llena estaba completamente tapada por unos densos nubarrones y aun así apareció una gata negra que tenía unos inusuales ojos violetas. Para su sorpresa, la gata se le acercó y, cuando estuvo cerca de ella, se convirtió en una mujer. Era alta y su rostro era bello, aunque su penetrante mirada y sus oscuros cabellos, más negros que la noche, le otorgaban una presencia terrible y misteriosa; era la diosa Neftis. Su cuerpo estaba envuelto en una hermosa capa turquesa, que se

quitó delicadamente y se la entregó a la princesa. «Esta capa está tejida con un material único, que solo se encuentra en la cara oculta de la luna y que tiene la capacidad de reflejar el brillo del mar por el anverso y ser invisible e intangible por el reverso», le comentó. «¿Por qué me hacéis este regalo, mi señora? He desobedecido a mi padre subiendo aquí», le había preguntado la princesa. «Porque, cuando decidimos desobedecer una orden por hacer caso a nuestro corazón, siempre obtenemos la recompensa del perdón. Algún día tendrás que volver a hacerlo y entonces sabrás por qué obsequio hoy tu indisciplina, pequeña Sherezade». Aquel día llegó cuando le negamos participar en la búsqueda del laberinto. La princesa se las apañó para subirse a unos de los camellos de carga de la expedición y de esta manera viajó como polizona, robándonos a hurtadillas la comida, hasta que llegamos al laberinto.

—¿Puedes enseñarnos esa capa, Sherezade? —le preguntó Lizbeth.

La princesa hizo un pliegue invisible con las manos y la capa apareció. Tenía estampadas unas estrellas de siete puntas sobre el fondo turquesa y un tacto rugoso a la vista, como si estuviera tejido con arena, pero lo más sorprendente sucedió cuando replegó la capa sobre sí misma y se la colocó tapándose las piernas. Sus extremidades se transparentaron y pudimos ver el cuerpo de Tian Shui, que estaba detrás de ella. Incluso pudo introducir el brazo y moverlo a través de la tela como si en realidad no existiera.

—¡Es increíble! —suspiró Aurora.

—Sí, ¡y muy bonita!, pero ¿cómo nos ayudará a salir del laberinto? —le soltó Alexa como si allí no hubiera ocurrido nada extraordinario.

—Pues de igual forma que me trajo aquí —replicó Sherezade, con una irónica sonrisa—. Parece ser que, además de ser invisible e intangible, también tiene el poder de burlar la magia del laberinto y de encontrar cualquier lugar que te indique el corazón. Gracias a ello he logrado dar contigo, Hugo —advirtió mirando de reojo a Alexa—. Pero será mejor que lo comprobéis vosotros mismos. No queda mucho para que anochezca y estoy convencida de que no tardaremos mucho en salir de aquí. ¡Seguidme!

La princesa se puso el manto de Neftis y desapareció de nuestra vista. Era asombroso que, aun a sabiendas de que la tenía delante de mí, no pudiera captarla ni siquiera con los sentidos. Sherezade deslizó un cordel por debajo de su invisible manto y seguimos su rastro cuando empezó a moverse en una dirección. De aquella forma fuimos recorriendo los pasillos del laberinto, viendo cómo algunos muros se movían a nuestro paso y cómo otros se abrían en el último momento para dejarnos vía libre, hasta que conseguimos salir del

laberinto.

Afuera nos estaban esperando Ahmed y los guerreros. El primero, nada más ver que Arkham salía con nosotros, acudió a saludarnos con gran alegría.

—¡Lo habéis conseguido! —dijo abrazándose efusivamente al califa—. Pero ¿dónde están el tigre y el dragón? —preguntó, después del efusivo abrazo.

El general se quedó boquiabierto cuando abrimos el paso y aparecieron Valeria y Nilo, y casi le dio un síncope cuando vio aparecer de la nada a Sherezade.

La fiesta que se organizó después del que el laberinto se desvaneciera como un espejismo con los últimos rayos de sol fue extraordinaria. No nos importó ni el cansancio ni los tensos momentos vividos en su interior, pues había concluido con el reencuentro de una familia a la que empezaba a querer con toda mi alma.

Ya de noche, cuando todo el mundo dormía, me quedé a solas con mis pensamientos, contemplando el espectacular brillo de la luna, y, mientras degustaba en silencio el aromático tabaco de mi pipa, como un susurro, me pareció oír un maullido transportado por la brisa del desierto.

El paseo de vuelta en camello fue hechizante y cautivador. Aunque duró varias jornadas, se nos hizo mucho menos pesado que el de ida y a mí me sirvió para conocer un poco más la vida y costumbres de mi pueblo. Arkham, con su habitual locuacidad, me explicó que el reino de Oriente estaba dividido en cinco regiones repartidas en el único continente del planeta. La región austral, muy árida y poco habitada por su infernal clima, de noches gélidas y días sofocantes, era el lugar dónde estaban las principales minas de metales y piedras preciosas. La región boreal era la más rica en ríos y manantiales, por esa razón sus grandes bosques y extensiones de campos de té, arroz, especias, café, cereales y huertas la hacían una de las regiones más fructíferas y pobladas del reino. Las regiones del este y del oeste se caracterizaban por sendas cordilleras de altas montañas nevadas y estaban prácticamente deshabitadas, aunque tenían fama por la belleza de sus gentes, de tez blanca y ojos claros y afinada intuición, sobre todo la de sus mujeres. De hecho, la madre de Sherezade provenía de las tierras de poniente, aunque por desgracia murió al dar a luz antes de que los dioses le otorgaran a su familia la gracia de la inmortalidad. La más extensa era la región central, ocupada por el desierto y los grandes acuíferos subterráneos procedentes de las montañas

que la hacían rica en oasis y en prósperas ciudades.

Como el roce hace el cariño, Alexa y Sherezade limaron asperezas por el camino y parecieron haber enterrado el hacha de guerra. Sabía que nunca llegarían a ser amigas, pero el cambio de actitud que mostraron la una por la otra hizo que mi relación con ambas fuera mucho más cómoda.

Durante el viaje de regreso llegamos al consenso de que nos quedaríamos en Alejandría el tiempo que hiciera falta hasta que Selena nos enviara la señal de partir hacia la dimensión del Sur. A Vulcano le costó aceptar la decisión de la mayoría, pero al final logramos convencerlo de que era mejor esperar a que la resistencia estuviera preparada para iniciar la reconquista del reino del Sur.

Mis compañeros aprovecharon aquellos días para descansar y a mí me sirvieron para organizar con Arkham la reagrupación de los señores de la Guerra que estaban repartidos por todas las tierras del reino. Con ese fin enviamos a Ahmed y a varios oficiales de confianza a realizar las tareas de reclutamiento y adiestramiento de futuros guerreros en las principales ciudades.

Después de un par de semanas nos llegó la señal que estábamos esperando y por partida doble. El oráculo de Selena nos reveló el día y el momento exacto en el que podríamos entrar en la dimensión del Sur sin ser detectados por el guardián de la puerta y, a la par, Lizbeth recibió un mensaje de la reina en la bola de cristal que la advertía de que la bruja blanca estaría ausente durante unos días de Rubí, coincidiendo con la fecha que nos anunció la gata vidente, y de que un amigo estaría esperando nuestra llegada.

Una noche antes de partir, decidí pasar mi última velada en Alejandría con Sherezade. Lo cierto es que, durante los días que pasamos en la ciudad, la princesa me dejó espacio y ni siquiera provocó algún encuentro a solas. Por esa razón, cuando fui a buscarla a sus aposentos, la alegría que mostraron sus ojos al verme fue desbordante. Me pidió un momento para hacerse unos retoques y me quedé sin aliento cuando apareció por la puerta.

Se había puesto un vestido blanco de algodón, de generoso escote, que realizaba el verde de sus ojos y el moreno de su piel. Subimos la escalinata que conducía a la terraza del templo de Selena. Cuando llegamos al rellano, le pedí que cerrara los ojos y la ayudé a subir el último tramo de escaleras guiándola para que no se cayera. Luego la llevé al centro de la terraza y le dije que ya los podía abrir.

Sherezade amagó un gesto de sorpresa cuando vio que le había preparado una romántica cena bajo las estrellas.

—¡Oh, Hugo, eres un amor! —suspiró antes de colgarse en mis brazos y darme un apasionado beso.

Saboreé aquel delicioso instante y, cuando se separaron nuestros labios, la acompañé a la mesa y le saqué la silla para que pudiera sentarse en ella. En ese momento se escuchó un trueno y se empezaron a amalgamar unos nubarrones en el cielo.

—Espero que te guste la cena. La he preparado con la ayuda de Marcel —le comenté mientras me sentaba.

—¿Y a qué se debe este inesperado homenaje? —me preguntó echándome una sagaz mirada.

«¡Vaya, pues sí que vas directa!», pensé mientras me ajustaba la servilleta al cuello.

—Ya sabes que mañana partimos hacia la dimensión del Sur y no quería dejar pasar la oportunidad de poder despedirme de ti como te mereces. Además —dije alzando la mirada—, tengo que hacerte una propuesta.

—¡Ah!, ¿es por eso? —me soltó sonriente—. No debes preocuparte, amor. He hablado con mi padre y está de acuerdo de acceder a mis deseos.

—No te entiendo... ¿Con qué está de acuerdo?

—¿Con qué va a ser? ¡Con nuestro matrimonio! —me soltó muy seria.

—¿Con nuestro matrimonio...? —exclamé asustado—. Estarás bromeando, ¿verdad?

Sherezade se echó a reír.

—¡Pues claro que sí, hombre! Nunca daría ese paso sin contar con tu opinión —puntualizó en cuanto pudo contener la risa—. Me refería a que mi padre me ha dado permiso para formar parte de vuestra compañía siempre y cuando me queráis aceptar y, por lo que parece... ese es el favorcito que me querías pedir, ¿verdad? —Asentí sorprendido con su sagacidad—. ¡Vaya, qué decepción! —aludió fingiendo enfado—. ¿A qué esperas? ¡Suelta lo que me querías proponer!

—Me gustaría que tuvieras en cuenta unas importantes cuestiones antes de que tomes esa decisión, pues las cosas se podrán cada vez más difíciles.

—Lo dices por Alexa, ¿verdad? Pero ¡sí ya somos amigas! —bromeó.

—Permíteme acabar —dije tomándola por las manos—. Sherezade, me encantaría que te unieras al grupo, pero no solo porque así lo intuye mi corazón sino por todo lo que nos puedes aportar con tu presencia. Puedes

invocar al oráculo de Selena y también cuentas con la capa de la diosa Neftis. Esas cualidades nos vendrán muy bien para afrontar las muchas dificultades que nos encontraremos hasta el final del camino —le expliqué con toda franqueza—. Pero, si ya estás dispuesta a embarcarte en esta loca aventura, lo único que puedo decirte es... ¡Bienvenida a la hermandad de *los hijos de la Luz!*

La princesa saltó de la mesa y se sentó en mi regazo para luego empezar a comerme a besos.

—¡Soy muy feliz, Hugo! —señaló con los ojos iluminados—. Y espero hacerte algún día igual de feliz.

No hizo falta que le dijera que aquel día ya había llegado para que ella lo supiera. La abracé y, en silencio, contemplamos la luna hasta que comenzó a llover.

CAPÍTULO 8.

EL REINO DEL SUR.



«No hay redención sin lucha ni victoria sin honor, pero el honor solo les pertenece a los que luchan con tesón».

E stuvo lloviendo toda la noche y por la mañana el cielo estaba encapotado, pero no amenazaba con tormenta. Nos reunimos todos en el comedor; sin embargo, durante el desayuno no hubo la misma alegría que otras mañanas. Vulcano era el que peor cara tenía y parecía no haber pegado ojo en toda la noche, ¡y no le faltaban razones! Había llegado la hora de partir hacia el reino del Sur y sabía con quién se las tendría que ver y los riesgos que entrañaban aquella misión.

Cuando salimos al jardín el sol lucía con fuerza. Las caras de los abuelos de Sherezade y la del propio Arkham eran un poema. Dejamos que la princesa se despidiese de su familia y, poco antes de que llegara el momento que había vaticinado el oráculo, conecté con las gemas mágicas e hice aparecer la puerta dimensional.

Miré al califa y con un gesto le dije todo lo que él necesitaba saber. Su hija estaba en las mejores manos y velaría por que no le pasara nada malo.

—¡Buena suerte, amigos! —dijo Arkham en cuanto vio refulgir el umbral.

—Gracias, amigo mío. En cuanto llegue el momento de acudir a la guerra, ¡ya sabréis lo que tenéis que hacer para abrir la puerta! —advertí mirando a Nilo y Valeria—. ¡Nos vemos en el campo de batalla!

Nada más pasar al otro lado del umbral aparecimos en un prado en el que una impresionante manada de caballos correteaban a lo lejos. A lo lejos se alzaba una cordillera de grandes montañas y a ambos estábamos abrazados por unos tupidos bosques de abetos. Nada más pisar la tierra que lo vio nacer, a Vulcano se le iluminó la mirada y tuvo que alzar la vista al cielo para que no lo viéramos llorar.

Hice desaparecer la puerta dimensional y luego me puse una chaqueta, pues la temperatura era bastante fresca y comenzaba a lloviznar. En el cielo había unas rasgadas nubes que tapaban el sol y que hacían presagiar que pronto cesaría de llover. Al echar la vista a los purasangres y oler el dulce

aroma a tierra mojada que envolvía el ambiente, no pude evitar que mi mente viajara hacia el mundo de Antón... y, por como Alexa se mordía, emocionada, el labio, a ella también parecía estar pasándole algo parecido.

—¿En qué lugar del reino del Sur estamos, Vulcano? —le preguntó Tian Shui.

—En el Viejo Continente, en concreto en las praderas del este, a unos trescientos kilómetros de ciudad de Rubí —dijo mientras se secaba los ojos con un pañuelo.

Por lo que recordaba de cuanto me había contado Vulcano sobre su mundo, el reino del Sur estaba partido por dos grandes extensiones de tierra separadas por el océano Austral: el Viejo Continente, que ocupaba el hemisferio norte, y el Continente Helado, en el hemisferio sur.

—¡Vaya! Eso quiere decir que estamos muy lejos del lugar dónde se encuentra la resistencia, ¿verdad? —dijo rascándose barbilla.

—Lejos no, Hugo, a una distancia imposible si no contamos con un barco que nos pueda llevar al continente Helado. No creo que encontremos aquí algo parecido, ¿o tú sí? —advirtió con gesto preocupado—. ¿Por qué habremos aparecido aquí? No tiene sentido.

—Quizá sí —dijo Lizbeth mirando en la bola de cristal—. Creo que tu madre quiere que vayamos a una ciudad costera, pues veo un embarcadero en el que hay amarrada una embarcación. ¿Hay alguno cerca de aquí?

A Vulcano se le iluminaron los ojos.

—¡Sí! Hacia el sur hay un diminuto pueblo pesquero, llamado Cala Blanca, que está a dos días de aquí caminando. O... —dijo mirando a la manada de caballos—, a medio día al galope de un purasangre sureño.

—¡Yo no pienso montar en una bestia salvaje! —aseveré cruzando los brazos en el pecho.

—No tengas miedo, cascarrabias, los caballos del sur son muy dóciles con los lugareños. Te recuerdo que yo soy el príncipe de este reino —añadió con pose altiva.

El musculitos silbó con vigor y un purasangre blanco alzó la cabeza y nos miró. Al momento acudió a la llamada y se dirigió directamente hacia Vulcano, quien le hizo unos arrumacos mientras le introducía en la boca un terrón de azúcar. Luego le susurró algo al oído y el caballo volvió con la manada. Quise burlarme de su fanfarronada, pero en ese momento el alazán inició al camino de regreso acompañado por otros cuatro caballos más.

Vulcano nos distribuyó por parejas en las monturas, menos a Alexa, quien

prefirió disfrutar del trayecto montando sola. A mí me tocó montar con Sherezade, quien por fortuna también tenía destreza manejando el caballo, y solo tuve que velar por mantenerme en equilibrio sobre la grupa agarrado a su cintura. Lo cierto es que me quedé maravillado con el tacto que mostró el purasangre cuando empezó a galopar siguiendo a sus hermanos. Parecía que el animal volara sobre la hierba de lo suaves que eran sus movimientos, y lo que creía que iba a ser una dura travesía se convirtió en una experiencia inolvidable. Hasta se me hizo corto el trayecto cuando vi perfilarse el azul de la mar en el horizonte.

Bajamos por un desfiladero y cogimos un camino que conducía hacia un pequeño pueblo pesquero. La gente miraba extrañada nuestro paso y, salvo algún niño que corría detrás de los caballos con sus alegres risas, nadie se acercó a la comitiva. Incluso hubo algunos que se metieron en sus casas y cerraron las ventanas a cal y canto.

Vulcano siguió avanzando hasta que llegamos al pequeño embarcadero, en el que había varadas unas veinte barcas de pesca y un pequeño carguero. Nada más desmontar de los caballos, estos emprendieron el camino de regreso al prado y continuamos a pie por la dársena hasta que llegamos a esta última embarcación.

—¿Hay alguien a bordo? —voceó Vulcano.

Al instante apareció por una trampilla un joven, muy moreno y despeinado, que llevaba una incipiente barba con la que pretendía parecer mayor. Primero fijó la mirada en Sherezade y se puso tan colorado que tuvo que apartar la vista cuando ella le sonrió. Fue entonces cuando reparó en Vulcano y, nada más verlo, abrió sus intensos ojos azules y exclamó, mirando hacia la bodega:

—¡Padre, ya están aquí!

El barco se balanceó, al tiempo que se escuchaban unos apresurados pasos en la bodega, y emergió por la trampilla un coloso, de cabellos rubios y ojos grises, que miró a Vulcano como si estuviera viendo al mismísimo Horus.

—¡Por todos los dioses, eres tú! —voceó el hombretón, esbozando una amplia sonrisa.

—¡Norman! Pero ¡si estás aún más fondón y cabezón que la última vez que nos vimos! —replicó Vulcano acercándose a la embarcación con los brazos abiertos.

El marinero saltó del barco y ambos hombres se dieron un enérgico abrazo que hizo temblar el tablado del embarcadero.

—¡No sabes cuánto te hemos echado de menos por aquí! —exclamó

Norman con los ojos vidriosos.

—Pero ¿qué haces aquí, en Cala Blanca? Te hacía en Gélida, preparando a la resistencia para el asalto a la ciudad —advirtió Vulcano mientras le zarandeaba por los hombros.

—Estamos preparados para hacerlo en cuanto tú des la orden, hermano. Tu madre sigue siendo la reina a la sombra y, antes de exiliarme con mis hombres en el Continente de Helado, me hizo prometer que no realizaría ningún movimiento hasta que ella me lo advirtiera. Helga aún tiene fieles en la corte y hace unas semanas nos hizo llegar un mensaje que decía que viniéramos a Cala Blanca y esperásemos tu llegada... ¡y aquí estás! —añadió sonriente—. Y, por lo que veo, muy bien acompañado —dijo mirando con descaro a Alexa, aunque después también lo hizo con todos los demás.

Vulcano nos presentó a su amigo como el general de los guerreros del oso blanco y líder de la resistencia. Norman nos presentó a Biel, su hijo mayor, y nos instó a subir a bordo para continuar la charla en un lugar más discreto. Bajamos a la bodega del barco, que, pese a no ser inmensa, aportaba el espacio suficiente como para albergar una cocinilla, unos cómodos camastros, una mesa, varias sillas, y, al fondo, un escritorio con varios instrumentos de navegación como compases, reglas, cuadrantes, sextantes o cartas náuticas.

Norman nos hizo sentar a unos en sillas y al resto en los camastros. Él lo hizo encima de la mesa.

—¿Cómo está la situación, amigo? ¿Sabes algo de mi madre? —le preguntó Vulcano.

—La reina está serena pese a que permanece encerrada en las frías mazmorras de la Fortaleza de Hierro. Pero tu padre...

—¡No quiero saber nada de ese traidor! —le espetó el herrero.

—Vulcano, eres muy duro con él y sabes que no es culpable de lo que está pasando en el reino. ¡Nadie lo es! —precisó Norman mirándole fijamente a los ojos—. Sigmund es una marioneta en manos de la bruja pero, según me cuentan fuentes muy cercanas a la corte, no está poseído totalmente por su magia. A veces recupera la cordura y hace todo lo posible por ayudar —advirtió, provocando que Vulcano alzara la vista—. Gracias a él hemos podido saber cosas que de otra manera nunca nos habrían llegado.

—¡Ves, te lo dije! Tu padre tan solo es una víctima de Andhra. De no estar embrujado, nunca te habría hecho daño ni a ti ni a tu madre —lo recriminó Alexa.

Vulcano torció el gesto. Cuando miró a Norman, no parecía estar muy convencido con su argumento.

—¿Y cómo se supone que nos ayudó? —le preguntó.

—Tu padre nos advirtió que Andhra estaba preparando una incursión al Continente Helado atravesando el mar Angosto y le reveló a uno de nuestros espías el conjuro para despertar a la bestia. La bruja blanca quería asaltar la ciudad de Gélida desde el este, cruzando el bosque Dorado por el paso del Oso —le explicó—. Gracias a su información pudimos evitarla liberando al Kraken , que hundió numerosas naves y provocó la huida del resto de la flota.

—¿Mi padre hizo eso? —comentó, intentando templar la voz.

—Sí, amigo mío, y no creo que nadie se atreva a navegar por el mar Angosto en mucho tiempo —añadió con una sonrisa—. Pero las cosas se están poniendo cada vez más feas en Rubí y todo apunta a que Andhra maquina algo —prosiguió Norman—. La bruja blanca salió precipitadamente de la ciudad hace varios días con algún oscuro propósito y nuestros espías han averiguado que se encuentra en el monte Argos.

—¿El monte Argos? —profirió Vulcano extrañado—. ¿Qué hará esa arpía en el lugar dónde apareció el unicornio alado?

—¡Esperad un momento! —intervino Marcel emocionado—. ¿Tenéis un unicornio alado?

—Lo tuvimos, maese Marcel, pero fue hace tanto tiempo que su existencia se ha convertido casi en una leyenda debido a los terribles acontecimientos que rodearon su aparición —apuntó Norman—. La única vez que se lo vio fue en el monte Argos, el lugar dónde el rey Sigmund construyó la primera fortaleza del reino al estar ubicado estratégicamente en la falda de las montañas Caelum, una infranqueable cordillera que atraviesa todo el continente de este a oeste y que conforma nuestra frontera natural con las áridas tierras del norte y con la península volcánica de las Tierras Muertas al nordeste. Desde Argos se puede divisar toda la península hasta la costa, incluso hay quien afirma que en los días claros se puede vislumbrar el brillo que desprende el Continente Helado al reflejarse los rayos del sol sobre él. Pero esa fortaleza cayó en desgracia cuando fue atacada por los albingens, unos gigantescos seres antropomorfos y albinos originarios de la vertiente nororiental de la cordillera —nos explicó—. Los albingens nunca se habían mostrado hostiles con los hombres, ni siquiera cuando supieron que el rey Sigmund había abierto una mina de oro y piedras preciosas en una de las

colinas al norte de Caelum, pero todo cambió cuando en una de las galerías apareció una extraña criatura que causó el terror entre los mineros. Los que sobrevivieron afirmaron que era una mujer, tan terrible como hermosa, pero que aquellos que osaron mirarla a los ojos se quedaron petrificados. El rey Sigmund entró en la mina, junto con sus más valientes guerreros, y consiguió cortarle la cabeza al monstruoso ser. Ese hecho encolerizó a los albingens, quienes atacaron la fortaleza de Argos causando la desolación, y nadie hubiera escapado con vida de aquel lugar de no ser porque apareció el unicornio alado. Con su batir de alas hizo retroceder a los gigantes y con la magia de su cuerno los enclaustró en el interior de las montañas. Desde entonces, los albingens nunca más han vuelto a aparecer y el rey Sigmund llamó al unicornio Argos en honor a la fortaleza caída.

—¿Qué pasó con él? —se interesó Marcel.

—Nadie lo sabe. Después de la batalla desapareció tan misteriosamente como había aparecido.

En ese momento Sherezade me agarró con fuerza del brazo y se quedó rígida, con los ojos en blanco.

—¿Qué te pasa? —le pregunté inquieto.

La princesa abrió los ojos y me miró, sin poder contener su agitada respiración.

—¡La he visto! —exclamó, con la cara desencajada—. Su mirada es fría y su corazón un témpano de hielo, aunque nada es tan terrible como la maldad que irradian sus ojos... ¡Es capaz de encoger el alma!

—Pero ¿a quién has visto? —la interrogué asustado.

—A la bruja blanca —dijo con voz trémula—. Está buscando a los gigantes en las nevadas montañas.

Aquella premonición nos dejó helados.

—¿Estás segura de ello? —le preguntó Norman, con los ojos encendidos.

—Y eso no es todo... —añadió con un susurro—. Sé lo que le pasó al unicornio. Está encerrado en una cueva y hay dos horribles seres custodiándolo.

—¿Sabes dónde está Argos? —le interrogó Norman.

Ya no pudo decir más. La pobre me abrazó y se quedó callada sin dejar de temblar.

La visión de Sherezade no dejaba lugar a dudas: Andhra quería dar el golpe definitivo para hacerse con el control total del reino del Sur desatando la furia de los albingens contra la resistencia. A mi entender, las opciones que teníamos se reducían solo a dos: o bien intentábamos abortar las intenciones de la bruja blanca o partíamos de inmediato para Gélida para organizar nuestra estrategia de defensa.

Sin embargo, a Vulcano se le ocurrió una tercera opción.

—Intentar encontrar a Andhra en la inmensa cordillera Caelum sería como buscar una aguja en un pajar, por eso os propongo que aprovechemos su ausencia para hacernos con el control de la ciudad. Seguro que sus esbirros no nos opondrán mucha resistencia —advirtió dando un puñetazo encima de la mesa.

—No dudo de lo que dices, hermano, pues fue lo primero en que pensamos cuando supimos de su partida, pero no es viable ese plan —subrayó Norman bajando la mirada—. La bruja ha dejado Rubí a cargo de su lugarteniente más sanguinario, alguien que no dudará en asesinar a tus padres si presiente que has regresado al reino. Andhra utilizó sus poderes oscuros para corromper el corazón de uno de los mandatarios más próximos de la corte, a alguien a quien no le importó traicionar a su pueblo a cambio de poder.

—¿Quién es ese traidor? —explotó Vulcano.

Norman aguantó un momento la respiración antes de contestar:

—Tu primo Fran.

Mi amigo se quedó de piedra y tuvo que apoyar sus brazos en la mesa para controlar el mareo que se había apoderado de él.

—¿Cómo es posible? Mis padres lo acogieron como a un hijo cuando se quedó solo en el mundo tras la batalla contra los albingens —declaró Vulcano antes dejarse caer en una silla.

Norman se le acercó y apoyó una mano en su hombro.

—Siempre te tuvo celos y no solo porque eras el príncipe heredero al

trono; también envidiaba tu don con la fragua y el reconocimiento y cariño que te profesaba el pueblo. Cuando descubrió que habías abandonado la dimensión, no dudó en ofrecerse a Andhra para comandar la Fortaleza de Hierro y gobernar con mano férrea al ejército para que le fuera fiel —le explicó.

—Ese canalla pagará muy cara su traición... pero tienes razón, Norman: mi venganza deberá esperar. Hay mucho en juego —dijo alzando la mirada—. Creo que ya solo nos queda una salida... ¿Cuándo podemos partir para el Continente Helado?

El general sonrió antes de gritar:

—¡De inmediato! Biel, desamarra la embarcación y suelta la vela del palo mayor. ¡Nos vamos para Gélida!

Subimos a la cubierta para disfrutar de la travesía bajo la luz del sol. Sherezade, a la que ya se le había pasado el susto, parecía asombrada por contemplar por primera vez la inmensidad del océano. Mientras tanto, Norman y su hijo se las apañaban de maravilla manejando la embarcación empujados por el viento de mistral. El semblante de Vulcano era otra historia. Parecía que le hubieran caído varios años encima desde que habíamos llegado a la dimensión, y ni con las muestras de cariño de Alexa parecía animarse.

Después de tres jornadas de travesía, en las que Norman, Vulcano y Biel se iban relevando al timón para navegar día y noche, avistamos el contorno de la costa en el horizonte, cubierta por unos grises nubarrones. El mozalbete nos dio unos gruesos abrigos de piel, forrados de borreguito por dentro, que nos vinieron de fábula para aguantar el intenso frío que hacía en la cubierta, y abrigados de pies a cabeza atracamos en el inmenso puerto de Gélida.

En los muelles que había justo enfrente de los cuarteles de marina estaba amarrada una nutrida flota de guerra: una cincuentena de naves entre galeones, bergantines y galeras. La actividad portuaria era frenética y pasamos casi inadvertidos para los marineros, quienes trabajaban como estibadores en las muchas embarcaciones que había amarradas en el muelle. Seguimos a Norman por el interior de un almacén de pescado y casi me caigo de culo al toparme con un enorme oso blanco, vestido con una coraza de acero y un casco de cuero, que me embistió en una encrucijada. El animal tuvo que bajar la vista para mirarme a los ojos y me enseñó sus afilados colmillos para dejarme claro que no volviera a tropezarme con él.

—¡No le hagas caso, Hugo! Son muy gruñones mientras están trabajando,

pero unos pedacitos de pan cuando salen a tomar copas después de acabar la jornada laboral —me explicó Norman.

«¡Anda que me iba a tomar yo una copa con un bicharraco de esos!», pensé mientras observaba cómo se alejaba pesadamente por el corredor.

Norman se paró a hablar con un hombre recio y moreno que había en un mostrador y este señaló a un muchacho, algo mayor que Biel, que estaba apilando cajas de pescado en un rincón del almacén. El chico nos acompañó hacia una de las salidas de la nave y se detuvo delante de un trineo tirado por un par de osos blancos. Los plantígrados, que estaban comiendo en un cubo, alzaron la cabeza al vernos llegar, pero al ver al chaval continuaron con lo que estaban haciendo y ni se inmutaron cuando nos acomodamos en los asientos.

—En la maleta de atrás tenéis ropa para cubriros —comentó el mozo—. Yo debo regresar al trabajo. ¡Que tengáis un buen viaje!

Biel nos dio una mantas para taparnos y, tras colocarse al mando de las riendas del trineo, lo puso en marcha rumbo a la ciudad.

Gélida se erigía, majestuosa, sobre el cielo gris-violáceo. Norman nos comentó que la fortificación tenía una extensión de unos quince mil metros cuadrados y estaba defendida por cinco torreones, ubicados en cada extremo de su estructura pentagonal, y por la fortaleza Blanca. Nada más atravesar las murallas nos quedamos maravillados con lo bien estructurada que estaba la ciudad. Las casas eran de madera y piedra y se disponían a ambos lados de unas largas avenidas adoquinadas. Bajamos del carruaje y, cuando pisé sobre un pavimento cálido y libre de hielo, no pude evitar mirar a Vulcano con extrañeza.

—¿Habéis visto algo similar? Mi padre descubrió que bajo el subsuelo de este lugar existía un manantial de aguas termales y encargó a sus ingenieros que la canalizaran para proveer de agua caliente a toda la ciudad. Esa es la razón por la que no hay hielo en las calles y la temperatura es tan benigna en su interior. Pero vayamos a la fortaleza Blanca —dijo frotándose las manos—. ¡Ya veréis qué vistas tenemos de Gélida desde la torre del homenaje!

En ese momento alguien gritó: «¡Mirad quién ha llegado! ¡El príncipe Vulcano!». Esta vez fue el forjador el que abrió el paso para darse un baño de masas. La gente aclamaba al príncipe por la calles y al llegar a la fortaleza ya nos seguía una multitud que aclamaba: «El hijo pródigo ha regresado para expulsar a la bruja blanca del trono. ¡Viva el príncipe!», y enloquecieron cuando Vulcano desenvainó a Magma y proclamó: «¡Pronto ensartaré al

Azote de Andhra en su gélido corazón».

En cuanto entramos en la fortaleza y se apagó el eco del jolgorio, Alexa se puso seria y le increpó:

—Pero ¡¿a ti qué te pasa?! ¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué te pones así, cariño? Solo he intentado animar la moral de mi pueblo.

—Creo que Alexa tiene razón. No sabemos quién puede estar escuchando o si Andhra tiene espías en la ciudad —alegó Ángelus con gesto preocupado.

—¿Y a qué vienen tantos recelos? Hemos venido a exterminar a esa maldita rata. ¡Mejor si sabe lo que le espera! —replicó Vulcano irguiendo el mentón.

—Y lo sabrá —certificó Lizbeth, con la bola de cuarzo en las manos—. La reina Helga me ha enviado un mensaje que confirma nuestros peores augurios: al lugarteniente de Rubí le han llegado noticias de tu llegada y ha obligado a tu madre a decirnos que o te entregas a las autoridades de la ciudad antes de diez días o, de lo contrario, la ajusticiará y ensartará su cabeza en una pica que colgará en las puertas de la ciudad.

La cara de Vulcano se desfiguró con la noticia. En ese momento entró Norman en la fortaleza Blanca y, en cuanto vio nuestros semblantes, borró la sonrisa de la boca.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —preguntó contrariado.

Tian Shui le comentó lo que había visto Lizbeth en la bola de cristal y el general se quedó abatido.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —nos preguntó.

—Dejar de lamentarnos de lo que ya no tiene remedio y adelantarnos a los planes de Andhra —añadió Marcel—. Tenemos menos de diez días para encontrar a Argos y preparar el asalto a la fortaleza de Hierro.

—¿¡Cómo!?! —exclamó Vulcano frunciendo el ceño—. No conseguiríamos asaltar la ciudad ni aunque tuviéramos el doble de barcos de guerra, por no contar con la masacre que desataríamos —añadió cruzando los brazos en el pecho—. Además, te recuerdo que el pérfido de mi primo Fran está al mando de la ciudad y ya sabes qué pasará cuando aviste la flota de Gélida.

—¡Deja que se explique, bruto! Seguro que Marcel ya lo ha tenido todo en cuenta antes de idear el plan, ¿no es así? —intercedió Alexa, mirando al druida.

Marcel cogió a Aurora de la mano y nos explicó:

—Es obvio que hay infiltrado un espía de Andhra en Gélida y que cuenta con una forma muy eficiente para hacer llegar su información a Rubí —replicó con sagacidad—. Hagámosle creer que movilizamos al ejército del oso blanco con la intención de invadir la capital y así podremos mantener a tu primo con la vista puesta en el horizonte mientras otros ejecutan una incursión a pequeña escala para tomar por sorpresa la fortaleza de Hierro. ¡Seguro que ese primo tuyo no se esperará tal jugada!

Vulcano se quedó pensativo.

—Pero ¿qué es lo que piensas tanto? ¡Es una magnífica idea! —alegó Ángelus.

—¿Y quiénes realizaran la incursión? —le preguntó el forjador.

—Creo que esta misión deben realizarla Ángelus, Alexa y Lizbeth. La magia se ha de combatir con magia y tú —alegó Marcel, mirándole a los ojos — tienes una deuda pendiente que saldar con Andhra, ¿verdad?

—¿Y cómo demonios piensas que podemos acabar con ese demonio? —advirtió Vulcano arrugando el morro—. La bruja blanca es muy poderosa como para que pretendamos enfrentarnos a ella sin contar con la ayuda de los magos. Tampoco habrá ido sola a buscar a los albingens, ¿no crees?

Marcel no se encogió ante aquel argumento.

—Esa es la razón por la que tendremos que encontrar al unicornio alado; si una vez mantuvo a los albingens a raya también podrá hacerlo ahora. ¡Quién sabe! Tal vez Argos también pueda derrotar a la bruja blanca y, además, tú tienes a Magma —aventuró mostrando una sagaz sonrisa.

—¿Y cómo piensas encontrar al unicornio alado? —le pregunté.

El duende me miró con sus vivaces ojillos.

—Sherezade nos dio una pista que debemos explorar. ¿Por qué no nos describes a los seres que viste custodiando al unicornio en la cueva? —le interrogó.

—Son unos monstruosos seres, mitad mujer y mitad bestias. Lo más aterrador de su fisionomía son sus enredados cabellos cubiertos por víboras —le explicó con una mueca de horror.

Marcel arqueó una ceja.

—¿Y cómo es esa cueva? —le volvió a preguntar.

Sherezadeentrecerró los ojos como quien intenta agudizar la vista en la oscuridad.

—Bueno, más que una cueva es como una especie de galería subterránea. Veo unos carriles en el suelo sobre el que se deslizan unas carretillas de

hierro oxidado y hay más túneles que penetran en la tierra —respondió la princesa.

—¡Eso es una mina! —exclamaron, al unísono, Vulcano y Marcel.

Ella asintió.

—Entonces, ¿sabéis dónde está el unicornio alado? —preguntó Tian Shui.

El forjador le hizo un gesto a Marcel para que respondiera él.

—Creo que, con la información que nos ha dado Sherezade, sé dónde podemos encontrar a Argos y con quiénes nos las tendremos que ver para poder rescatarlo —anunció con misterio—. El lugar donde se encuentra es la mina de oro que hay en la cordillera Caelum y las que le vigilan son las hermanas de la criatura que mató el rey Sigmund en su interior.

—¿Quieres dejar de dar tantos rodeos? —le soltó Aurora.

—¡Vale! Esos seres son unas gorgonas, así que tendremos que andarnos con mucho cuidado cuando entremos en ese lugar.

—¿Unas gorgonas? —exclamó Alexa con un gesto de asombro.

—Sí, son unas monstruosas criaturas que tienen la capacidad de petrificar con la mirada e hipnotizar a quienes presienten con sus afinados sentidos, aboliéndoles la voluntad. Suelen presentarse en forma de tríada, así que en esa mina todavía deben quedar esas dos —nos reveló—. Pero ¿qué otra opción nos queda? Si la bruja blanca consigue liberar a los albingens y se hace fuerte en Rubí antes de que nosotros podamos liberar al unicornio alado, estará todo perdido —subrayó el druida—. La capital será un lugar inexpugnable y podrá chantajearnos con asesinar a los reyes si no accedemos a cumplir con sus peticiones.

Aquel razonamiento era inapelable.

—Hay una cosa que no entiendo —comentó Sherezade—. ¿Qué relación pueden tener las gorgonas, los albingens y Argos?

Marcel se quedó pensativo por un instante.

—Lo desconozco, pero no creo que ese detalle sea relevante y tenemos cosas más urgentes de qué preocuparnos —concluyó el druida.

Por lo menos ya teníamos un punto de partida y no nos iban a amedrentar las dificultades que aparecieran por el camino. En ese instante los rayos de sol que se colaban por la ventana se atenuaron, indicando que estaba a punto de anochecer.

—Entonces, ¿tendremos que volver a atravesar otra vez el océano? —preguntó Aurora con cara de fastidio.

—Esta misma noche —certificó Norman, acentuando el desencanto de mi

compañera.

Norman nos condujo a las dependencias superiores, donde nos reunimos con los capitanes del ejército del oso blanco. El general les explicó cuál era la situación y dejó que el príncipe Vulcano les explicara los detalles de la misión. Una vez concluida la reunión y mientras Norman se encargaba de ordenar que tuvieran preparada una embarcación para zarpar lo antes posible rumbo al continente, fuimos a la cocina para reponer fuerzas con una cena frugal.

Llegamos al puerto en plena noche en un carruaje cubierto tirado por cuatro osos. Durante el trayecto disfrutamos de las espectaculares auroras australes que flotaban en el cielo estrellado. Norman nos guio por el muelle hasta que nos detuvimos delante de una embarcación, de unos diez metros de eslora, una sola vela y muy ligera en cuya cubierta nos estaba esperando Biel.

—Yo no os puedo acompañar si queremos hacer creíble la celada, por lo que mi hijo será el capitán que os llevará a tierra. No debéis preocuparos, pues ya hemos realizado muchas veces este trayecto juntos y le he indicado el lugar exacto dónde debe atracar la embarcación —dijo Norman, tapado hasta las cejas con la gorra de su chaquetón de lana—. Se trata de Aguas Bravas, el último pueblo pesquero que hay al oeste del continente. Se halla equidistante a las minas de oro y a Rubí. Allí os avituallarán con caballos y comida, pero tendréis que llegar en cuatro días, pues el resto del trayecto os llevará otros cuatro más y debemos estar sincronizados a la hora de ejecutar el plan. Nosotros zarparemos en cuarenta y ocho horas, o sea, que arribaremos a las costas de Rubí en ocho días. Para entonces, tendríais que tener hechos los deberes —declaró con serio semblante.

—¡Bueno, Norman! —advirtió Vulcano, con una brillante mirada—. Por nosotros no sufras, somos especialistas en misiones imposibles. Espero que nos volvamos a ver en el patio de armas de la fortaleza de Hierro para celebrar la caída de la bruja blanca.

Ambos hombres se dieron un fuerte abrazo y nos embarcamos para zarpar

cuanto antes. Norman soltó las amarras y se quedó al pie del embarcadero, despidiéndose de nosotros con la mano. Dejábamos el Continente Helado para poner rumbo hacia otra aventura, tal vez la última antes de que se produjera la inevitable guerra contra el Caos.

El viaje de regreso fue de lo más accidentado. Nada más entrar en mar abierto, se desató una tempestad que casi hizo zozobrar la embarcación. Las olas sacudieron el barco como si de un cascarón de nuez se tratara, pero el joven Biel tiró de experiencia y nervios de acero para no perder el rumbo y, finalmente, consiguió sacarnos sanos y salvos de la tormenta. Al día siguiente, fue el viento de levante el que nos azotó con intención de desviarnos de la ruta pero, una vez más, el intrépido capitán tiró de galones y nos dio las órdenes precisas con la que conseguimos reconducir la situación. El tercer día fue la ausencia de viento el que hizo acto de presencia, y tuvimos que ponernos a los remos para perder el menor tiempo posible hasta que Biel consiguió encauzar la nave a favor de las corrientes marinas. Con el amanecer de la cuarta jornada, ya avistamos las costas del continente.

Nada más atracar en el pequeño puerto de Aguas Bravas recibimos la bienvenida de un grupo de pescadores que conocían a Biel. Después de muchos días pudimos disfrutar de una comida caliente a base de caldereta de pescado, pero después de almorzar tuvimos que ponernos en marcha. Lizbeth, Ángelus, Alexa y Biel, quien les haría de guía, se montaron en sendos caballos y pusieron rumbo hacia el este. El resto de la compañía nos dirigimos hacia el norte, hacia la temible mina de oro abandonada.

El viaje se hizo pesado, sobre todo para mis posaderas, pero el tiempo primaveral y el paisaje que disfrutamos hasta que tuvimos delante las altas montañas de la cordillera Caelum nos hicieron olvidar todas las penurias de las pasadas travesías. Al cuarto día, como precisó Norman, nos encontramos con los restos del enclave que algún día prosperó en aquel lugar. Era un pueblecito minero con pequeñas casas de madera y las calles sin embaldosar. Muchos de los edificios estaban derruidos y los que quedaban en pie no reunían las condiciones mínimas de seguridad para que nos aventuráramos a pasar la noche en su interior, así que decidimos dormir a la intemperie.

Condujimos los caballos hacia la entrada a la mina y levantamos un rudimentario campamento, atando unas mantas a ambos extremos de unos árboles a modo de techado, y encendimos una fogata para prepararnos una cena caliente y calentarnos un poco durante la noche. Después de cenar,

todos se fueron a dormir menos yo, ya que decidí agotar mis reservas de tabaco fumándome una pipa mientras realizaba el primer turno de guardia.

—¡Qué frío hace aquí! —susurró Tian Shui, quien apareció con cara de sueño de detrás de unos arbustos.

Alcé la vista y le sonreí cuando se sentó junto al fuego a mi lado.

—¿No puedes descansar?

—¡Es que me hacía pis! —susurró ella, esbozando una sonrisa—. Pero lo cierto es que quería hablar contigo a solas —apuntó, provocando mi gesto de extrañeza.

—¿Te ocurre algo?

Tian Shui negó con la cabeza y fijó la mirada en el fuego.

—Estaba pensando que se acerca la hora de enfrentarnos al Caos y me preguntaba si estaría preparada para volver a estar cara a cara con El Señor Oscuro —comentó con serio semblante.

—Yo también me lo he preguntado alguna vez, pero no creo que nos corresponda a nosotros hacerle pagar por todas sus fechorías —afirmé antes de darle una calada a la pipa—. Sé que tarde o temprano nuestros destinos se volverán a cruzar y espero que Ángelus o los dioses sepan cómo acabar con él.

La sacerdotisa alzó la cabeza y me miró esperanzada.

—¿Entonces crees que podrás hallar *la puerta de puertas*?

—Ese es mi destino y puedo asegurarte que haré todo lo que esté en mi mano para conseguirlo. Se lo prometí a un amigo —declaré echando un aro de humo por la boca.

—¿Qué será de él?

La miré y sonreí.

—Gabriel también me hizo una promesa y nunca perderé la esperanza de que la vaya a cumplir —dije echando la vista al fuego—. Debes pensar que estoy loco por creer en los milagros, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Lo vi morir, lo sé, pero me gusta pensar que él sigue su camino igual que nosotros seguimos el nuestro.

Tian Shui me cogió de la mano y vi cómo emergían unas lágrimas de sus ojos.

—La tenacidad es una de las cualidades que más valoro de ti, Hugo; la tenacidad y el amor que sientes por todos nosotros. ¡Ojalá yo pudiera sentir alguna vez algo parecido! —musitó, antes de levantarse y regresar al campamento.

Intenté decirle alguna frase de consuelo, pero no me brotaron las palabras.

El día amaneció con una fina lluvia, aunque en el cielo no apareció ni una sola nube. Nos tomamos un almuerzo a base de pan de higos, mojama y café mientras ingeniábamos una estrategia con la que adentrarnos en el interior de la mina.

—Ahí adentro hay dos gorgonas que vigilan su tesoro. Si nos presienten, podemos caer hipnotizados por sus poderes y, si las miramos, nos petrificarán, eso sin tener en cuenta otras virtudes que desconozcamos —comentó Vulcano—. ¿A alguien se le ocurre alguna idea?

—Yo tengo una idea que quizá pueda resultar —señaló Sherezade con determinación—. ¿Qué os parece si me adentro en la cueva, cubierta con el manto mágico de Neftis, y busco el lugar donde esas gorgonas tienen recluido a Argos? Con un poco de fortuna podré dar con él y salir de la mina antes de que esas criaturas se den cuenta.

A Vulcano se le iluminó la mirada.

—¡Me parece una gran idea! —exclamó, besándola en ambas mejillas.

—¡Pues a mí no! —atajé frunciendo el ceño.

—No tiene sentido que arriesguemos todos la vida cuando en ese lugar no valen ni las espadas ni las hachas de guerra, Hugo —razonó Sherezade—. Sé que no quieres que me pase nada malo, pero creo que ya os he demostrado que estoy preparada para enfrentarme a cualquier reto.

Aquel argumento desmontaba mi línea de defensa, pero, por fortuna, Tian Shui se encargó de echar por tierra su tesis.

—¿Y qué pasará si tu capa no es insensible a los sentidos de las gorgonas? Estarás vendida y sin posibilidad de salir con vida de allí.

Sherezade miró a Marcel en búsqueda de su apoyo, pero solo consiguió que este se encogiera de hombros.

—¿Y qué proponéis? —dijo, dándose por vencida.

En aquel momento eché mucho de menos la magia de Ángelus y Alexa.

—¿Por qué no hacemos lo que ha dicho Sherezade pero la acompañamos por si surgen dificultades? —propuso Aurora.

—Creo que podría resultar —me apresuré a decir—. Sherezade, ¡escúchame bien! Pondremos en marcha tu idea y, si ves que las gorgonas nos han descubierto, tú sigue adelante con el plan, que nosotros nos encargaremos de ellas. ¿Lo has entendido, cariño? —Sherezade asintió sonriente—. Pues ¡vamos allá!

Una vez consensuado el plan pusimos rumbo a la mina. El camino apenas era un vestigio cubierto de hierbajos y estaba enfangado, pero la entrada a la galería mantenía la pomposidad que debió tener antaño, con su puerta de hierro forjado rematada con oro y platino.

—Recuerdo que la última vez que estuve en este lugar estaba igual de desangelado que lo está ahora y era un mocoso con la cabeza llena de pájaros —musitó Vulcano, parado delante del umbral.

«Tampoco es que hayas cambiado tanto», pensé yo mientras escrutaba con los ojos el interior de la mina.

—¿Estás preparada? —le pregunté a Sherezade al ver que sujetaba el manto por su parte visible. Ella asintió pero, antes de que su cuerpo quedara cubierto en su totalidad por la capa, le acaricié el rostro y la besé en los labios —. Ten mucho cuidado, mi amor —le susurré, haciendo vibrar su mirada.

Sherezade se desvaneció totalmente y no pude evitar estremecerme cuando alargué la mano y tan solo toqué el vacío.

—¿Sigues aquí? —preguntó Tian Shui.

—Sí, justo dónde estaba —escuché delante de mí.

Vulcano fue el primero que entró en la mina, empuñando a Magma. Aurora entró detrás y empezó a brillar, con la intensidad suficiente como para que pudiéramos ver dónde pisábamos mientras discurríamos por el túnel. Marcel y Tian Shui la seguían a cierta distancia, Sherezade iba detrás y yo unos pasos tras ella siguiendo el rastro de la cinta que había deslizado fuera de la capa, cerrando el grupo y con Labrys sujeta por ambas manos.

La galería era bastante ancha y continuaba en línea recta y sin bifurcarse durante unos mil metros. En ese punto partían los escalones que descendían al nivel inferior. El descenso fue prolongado y a medida que nos adentrábamos en las entrañas de la montaña la sensación de ahogo se hacía más patente. Por lo menos, tenía la tranquilidad de que el manto de Neftis aislaba tanto a Sherezade que ni tan solo podía ponerme en contacto telepático con ella, ¡y eso que la tenía justo delante de mí!

La escalera nos condujo a una amplia galería sostenida por gruesas columnas de hierro. Aurora tuvo que acentuar su brillo para que pudiéramos ver en un espacio tan oscuro y, cuando nuestros ojos se acostumbraron a la penumbra, pudimos admirar la obra de ingeniería que habían realizado en aquel lugar. Las pequeñas vetas de oro se dejaban entrever entre las rocas de las paredes, así como las de amatistas, zafiros, rubíes y esmeraldas, y en los abovedados techos, incluso entre sus fajones, podíamos ver cómo refulgía la

luz de Aurora al incidir sobre el platino que había incrustado en la piedra.

—¿Te has fijado en la cantidad de tesoros que hay en este lugar, Vulcano? ¡Es tu sueño hecho realidad! —le susurré, mirando asombrado a mi alrededor.

—¡No toquéis ni una sola piedra! —nos advirtió con gesto severo—. Este lugar está maldito y esos tesoros, manchados de sangre sureña inocente.

Continuamos caminando por el corredor hasta que se partió en tres túneles. Vulcano los inspeccionó y decidió tomar el del centro. Este seguía en línea recta durante unos cien metros y luego descendía por una pronunciada pendiente que desembocaba en una explanada de la que partían un conjunto de túneles y profundos agujeros. En el techo podían observarse los respiraderos y todavía se mantenían en pie los sistemas de poleas, con los que los mineros izaban los metales desenterrados varios centenares de metros más abajo, y las gruesas cuerdas por las que descendían hacia las entrañas de las montañas.

Lo más aterrador de aquel lugar eran las pétreas estatuas que podían verse por doquier. Sus caras eran grotescas: algunas mostraban gestos de terror, otras muecas de dolor y una buena cantidad de ellas yacían desmembradas o mutiladas por el suelo.

Recorrimos aquella sala de los horrores con todos los sentidos en alerta y sorteando las carretillas, los picos y palas, capazos y restos de aparejos que había desparramados por doquier, sin apartar la vista de las pasarelas, escalinatas y puentes que comunicaban con otros pasadizos y túneles, hasta que escuchamos un siseo a nuestras espaldas. Dimos media vuelta y alzamos la vista hacia una de las pasarelas, pero no vimos nada extraño allí. Con un gesto, Vulcano y yo empuñamos nuestras armas y avanzamos por la explanada hasta apostarnos en una de las paredes, desde dónde podíamos tener una amplia visión de la sala sin ser vistos, y, llegado el caso, disponer de una mejor línea de defensa.

De pronto, escuchamos una aterradora carcajada y cómo se caía algo desde lo alto con estruendo. El objeto, que impactó con violencia contra el suelo haciéndose añicos, resultó ser la estatua de un ser humano. El realismo que mostraba el constreñido rostro de aquel infeliz me revolvió el estómago, pues sabía que en su momento había estado tan vivo como lo estaba yo.

—Esto se pone feo —dije haciéndole un gesto a mis compañeros para que corrieran hacia el túnel que teníamos al lado.

Dejé que pasara el rastro que dejaba Sherezade por el corredor y echamos a

correr a toda prisa. Gracias a los dioses, era Vulcano quien abría la marcha, pues aquel pasadizo conducía a un abismo y, de no ser por su corpulencia, que detuvo todos los cuerpos que chocaron contra el suyo cuando frenó en seco, todos nos habríamos precipitado por él.

—¿Y ahora qué? —preguntó Aurora, mirando con recelo hacia el otro extremo del túnel.

Vulcano asomó la nariz por el precipicio y nos hizo un gesto para que lo siguiéramos. El forjador desapareció y tras él lo hicieron los demás. Cuando llegué al extremo del túnel, vi que el abismo era, en realidad, uno de los respiraderos de la mina y que a un lado había una tortuosa senda que comunicaba con una pasarela que salvaba la sima. El piso era firme y no me costó alcanzar el puente. Seguí a mis compañeros, atravesando el paso hasta el otro extremo, pero antes de entrar en el pasadizo no se me ocurrió otra idea más feliz que mirar hacia el túnel por el que habíamos salido... y lo que vi, me erizó todos los pelos de mi piel.

Solo la miré por una fracción de segundo, lo suficiente como para que aquella imagen se quedara guardada para siempre en mi memoria. Tenía una gran cabeza, repleta de agitadas serpientes, su musculoso torso estaba asentado en una cola de serpiente de cascabel y sus ojos eran blancos, sin pupilas, y parecían vacíos. «Por lo menos, esta no tiene la capacidad de petrificar con la mirada», pensé mientras salía pitando por el corredor.

Corrí hasta que me reuní con mis compañeros en una extraña cámara. En ella había unas horrendas pinturas que representaban a las tres gorgonas. No estaban plasmadas con mucho arte, más bien parecían haber sido pintadas de una forma grotesca, pero eran realmente aterradoras.

Una era una mujer muy hermosa, de esbelto cuerpo y sensuales curvas, aunque sus cabellos estaban formados por serpientes, como el de sus hermanas. Por el contrario, las otras dos eran horribles. La primera se parecía mucho a la que había visto aparecer por el túnel y la otra era gemela, aunque tenía ojos de víbora y, en vez de cola de serpiente, tenía unas alas doradas que le conferían un aspecto aún más espeluznante.

En el suelo, justo en mitad de la estancia, había un relieve que representaba una S rematada por sendas cabezas de serpientes.



Nos habíamos quedado paralizados contemplando aquella estancia cuando se oyó el relinche de un caballo. Parecía no estar muy lejos de allí. Nos miramos, indecisos, hasta que Vulcano tomó la iniciativa y se adentró por el único pasillo que salía de aquella sala. Al poco, regresó con una tranquilizadora sonrisa y nos comentó que había encontrado a Argos en la estancia contigua y que no había hallado ni rastro de las furias.

Acompañamos a Vulcano por el pasadizo y emergimos en una amplia explanada salpicada de abetos. Me sorprendió ver árboles en mitad de una mina y que el aire allí fuera más respirable, pero aquel fenómeno tenía una explicación. Al mirar hacia arriba descubrí que el techo estaba abierto y comunicaba con el exterior mediante una gran abertura circular que había a una cincuentena de metros, por la que pasaba la luz del sol, y en medio de la estancia, atado al tronco de un abeto, estaba el hermoso unicornio negro.

Argos cabrioló al vernos y agitó la cabeza a la vez que emitía alegres relinches para reclamar nuestra atención. El cuerno, de más de medio metro de largo, era dorado y tenía estriaciones plateadas desde el punto de inserción hasta la punta. Sus alas estaban pegadas al cuerpo y no parecía poder moverlas, por lo que supuse que sus raptoras las abrían inmovilizado con algún tipo de artilugio mágico.

Sin embargo, antes de que pudiéramos dar un paso hacia Argos retumbó una grave voz que me puso los pelos de punta.

—¿¡Quiénes osan a perturbar el descanso de las gorgonas!?

La cosa se había puesto muy peliaguda y la única salida de aquel lugar se encontraba al otro extremo de la explanada: un puente que salvaba una profunda grieta que partía la estancia en dos.

«¡No las miréis y cerrad vuestras mentes!», advertí a mis compañeros justo unos segundos antes de que una flecha negra impactara en el suelo, a pocos centímetros de mi pie.

—¡Poneros a cubierto entre los árboles! Yo intentaré liberar a Argos —nos

alertó Vulcano.

Nos desperdigamos y corrimos hacia los abetos para ocultarnos detrás de sus gruesos troncos. Vulcano se dirigió hacia dónde estaba Argos y comenzó a desatarlo del árbol. En ese momento apareció la primera gorgona por el túnel que había al otro extremo del puente y al forjador no le quedó más remedio que dejar al unicornio a medio desatar. Echó a correr para refugiarse en el árbol en el que se escondían Aurora y Marcel. Sus cabellos se arremolinaron y emitieron un atroz siseo cuando vio al forjador correr por la explanada.

«¡Mierda, estamos rodeados!», me dije mientras intentaba maquinara algún plan.

—¿Quién nos iba a decir que, después de tantísimo tiempo, podríamos vengar la muerte de nuestra hermana? —rugió mientras avanzaba rápidamente por el puente, reptando sobre su cola y blandiendo una lanza.

—¡No os tememos, malditas! —le espetó Vulcano.

—Debo reconocer que me habéis sorprendido al mostraros inmunes a nuestros poderes hipnóticos, pero una cosa es que seáis capaces de blindar vuestras mentes y otra muy diferente que pretendáis escapar con vida de este lugar —nos amenazó otra voz, desde una galería superior—. ¡Creo que nos vamos a divertir, hermanita! Seguro que no se resistirán a mi penetrante mirada —añadió con una carcajada.

Me asomé un poco y giré el mango de Labrys para mirar a través del reflejo de su hoja. Fue entonces cuando vi a la gorgona caminando por una pasarela con el rostro sonriente. Pese a llevar las alas a medio replegar, su tamaño era sobrecogedor. Llevaba un arco largo y un carcaj repleto de negras flechas. «¿Y ahora qué?», pensé mientras me secaba el sudor de las manos en los pantalones. La respuesta, curiosamente, me llegó del interior de uno de los bolsillos.

«*Vulcano, intenta mantenerlas entretenidas durante un instante y luego reúnete con los demás. ¡No hagas locuras!*», le insté antes de ponerme en contacto telepático con la estrella para pedirle que me hiciera un favor.

—¡Señoras, dejad que me presente! —dijo con tono altivo mientras salía del abeto—. Soy el príncipe Vulcano, hijo del que decapitó a la perra de vuestra hermana, y he venido aquí con el propósito de acabar la faena que empezó mi padre y, de paso, llevarme al unicornio alado. ¿Tenéis algo que decir antes de morir?

Una flecha voló con la intención de instalarse en su cabeza, pero el rápido

e instintivo movimiento de su muñeca la repelió.

«¡Ahora, Aurora!», advertí mirando de reojo los movimientos de la gorgona alada.

Se produjo un fuerte fulgor y, al instante, toda la estancia se inundó con una cegadora luz. Las gorgonas aullaron y se protegieron los ojos, hecho que aproveché para escurrirme a un lado del abeto mientras sacaba del bolsillo del pantalón el mechón de cabellos que me había dado Ariel, el gigante troncorocas. Luego cogí un puñado de tierra y recordé las instrucciones que me dio para convertirme en un árbol. Fijé la vista en el abeto que tenía delante de mí y luego cerré los ojos e imaginé que me convertía en él. Inmediatamente sentí cómo cobraban vida los dedos de mi pie y se introducían en el subsuelo, y el efecto continuó por las piernas, el tronco y los brazos hasta que sentí que mi cuerpo tomaba un aspecto leñoso. La metamorfosis concluyó cuando se me acartonó la cabeza y los cabellos se me erizaron, convirtiéndose en ramales repletos de hojas de abeto. Nada más acabar mi transformación, Aurora dejó de brillar y todos se pusieron a cubierto, ocultándose detrás de mí.

«¿Y ahora qué, cabezota?», medité sin saber muy bien por qué había tomado aquella decisión. Me miré las manos y sentí que todavía sostenía a Labrys, aunque ahora tenía la apariencia de una rama. Estiré un pie y sentí cómo las raíces penetraban por el interior de la tierra a toda velocidad. Luego alargué, con cautela, un brazo y el ramal se extendió con una rapidez que me asombró, y también descubrí que podía ver a través de las hojas, en trescientos sesenta grados. «¡Me siento como un nem!», medité al tiempo que me sentía con la fuerza de un titán.

Vi cómo las gorgonas nos buscaban, una desde el aire y la otra cerca del abeto donde se encontraba el unicornio. Había algo en su talante que me hizo sospechar, pues parecía estar buscando algo con los sentidos. Fue entonces cuando vi el cordel que había dejado Sherezade fuera de su capa para dejarnos un rastro de su presencia y me temí lo peor.

La gorgona se acercó al abeto y pasó la lanza por debajo de la cinta. Sin pensármelo, lancé mis raíces bajo tierra para enredárselas por el cuerpo, pero no llegué a tiempo. La furia alzó la pica y la capa salió despedida, dejando al descubierto a Sherezade y, con un rápido movimiento, la lanza la atravesó por el vientre.

Vulcano saltó, blandiendo a Magma, y le rebanó la cabeza a la gorgona antes de que esta pudiera defenderse con un puñal. Entonces sentí un aleteo sobre mi cabeza y, al ver a su hermana tensando el arco con odio, estiré los

brazos y la trabé entre mis ramales, dejándola atrapada. Grité, poniéndome a temblar desde las raíces hasta la última hoja de mi cabeza, y dejé que toda la rabia contenida en mi alma se acumulara en el filo de Labrys antes de ensartársela con violencia por el pecho. El cuerpo de la gorgona estalló en llamas y el fuego rápidamente la consumió hasta dejarla reducida en cenizas.

Acto seguido anulé el efecto del hechizo y, en cuanto volví a tomar la forma humana, corrí hacia el lugar dónde yacía la princesa.

—Sherezade, amor mío, ¡no me dejes! —sollocé mientras la cogía de las manos.

Ella abrió los ojos y me miró con tanto amor que me hizo estremecer.

—Nunca moriré... si me llevas en tu corazón —balbució antes de cerrar los ojos.

En ese momento alguien me empujó, haciéndome caer de culo. Era Marcel y en las manos llevaba un cuenco con sangre que le dio de beber a Sherezade.

—Pero ¿qué demonios estás haciendo? —le increpé.

—¡Chis! —atajó el druida con una grave mirada. Me quedé de piedra, contemplando aquel repugnante acto, y no pude dar crédito cuando vi que la herida que tenía en el vientre desaparecía y que su cara recuperaba la vitalidad—. Eso es, bébetela toda —añadió Marcel inclinando el cuenco.

—¿Qué le estás dando? —le pregunté, forzando para que me brotara la voz.

—La sangre de una gorgona tiene la propiedad de curar cualquier herida. ¿No lo sabías?

Sherezade abrió los ojos y su rostro lució más bello que nunca. No me pude contener por más tiempo y abracé a Marcel con todas mis fuerzas.

—¡No te puedo querer más, amigo mío! —exclamé antes de comenzar a comérmelo a besos.

—Guárdate tus carantoñas para ella, Hugo —añadió Marcel mientras se zafaba sonriente de mí.

Alcé delicadamente en brazos a Sherezade y nos fundimos en un apasionado beso. Desde aquel instante mi corazón ya no dudaría más de lo que sentía por aquella mujer.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Nadie me va a agradecer haber quitado del medio a esta gorgona? —voceó Vulcano, sonriendo al lado de Tian Shui y Aurora.

Para nuestra sorpresa, Argos relinchó y corrió hacia el forjador para consolarlo a lametazos.

Nunca creí que volvería a ser tan feliz. Mis compañeros me felicitaron por la inesperada jugada maestra con la que conseguí engañar a las gorgonas y yo les agradecí todas las muestras de cariño que medaban de la única manera que sabía hacer: poniéndome rojo como un tomate. No obstante, la misión todavía no estaba completada y mis desvelos viajaron muy lejos de allí.

Argos relinchó al verse liberado del encantamiento de las gorgonas y alzó el vuelo haciendo cabriolas y piruetas aéreas a gran velocidad. Era asombroso verlo cabalgar por el aire como si lo hiciera en tierra firme. Cuando sentí que Sherezade me agarraba por mi cintura, sentí una felicidad que jamás creí que volvería a experimentar. Nuestra aventura en la mina ya había concluido y el sol empezaba a declinar, así que decidimos que era mejor abandonar aquel lugar antes de que nos sorprendiera la noche en su interior.

El unicornio nos fue sacando de la mina por parejas, volando por el respiradero, y estuvimos todos fuera antes de que el sol se pusiera tras las montañas Caelum. Argos pació a nuestro lado mientras cenábamos al calor de una hoguera y luego echó a volar, ofreciéndonos un impresionante espectáculo al iluminarse su cuerno con la luz de las tres lunas. No me separé de Sherezade en toda la velada, aunque a veces tuve que reprimir mis arrumacos para no incomodar a Tian Shui y a Vulcano, quienes nos miraban con la envidia dibujada en la cara.

Aquella noche dormí de un tirón y me desperté poco antes del alba con una sonrisa de oreja a oreja. Las tres lunas parecían tres diminutas bolas en el cielo estrellado mientras que unos amoratados tonos las envolvían, confiriéndoles un misterioso aspecto. «¿Dónde se habrá metido el unicornio?», me pregunté mientras me desperezaba.

—¿Esperas que baje Selena para hacerte una insospechada revelación? — me susurró Sherezade acariciándome los cabellos.

Me giré y le pregunté, intrigado:

—¿La puedes invocar?

—Me temo que antes tendría que hallar el lugar donde se oculta el oráculo —dijo, alzando la vista al cielo—... pero si pudiera hacerlo, ¿qué te gustaría escuchar?

Aquella pregunta me pilló de sopetón.

—No sé... Supongo que la mejor noticia que podríamos escuchar es que nos confirmara que nuestros compañeros han completado con éxito su misión, ¿no? He intentado ponerme en contacto telepático con ellos, pero o estamos demasiado lejos o alguien se está tomando muchas molestias en evitar que podamos comunicarnos —aventuré.

—¿La echas de menos, verdad? —musitó, mirándome fijamente a los ojos.

—Los echo a todos mucho de menos —precisé—. Pero nada comparado con lo que sentí ayer cuando creí que te perdía.

Sherezade alzó la vista con los ojos iluminados.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

Me levanté y volví a mirar al cielo intentando hallar la respuesta. En ese momento apareció Argos, agitando sus negras alas. El unicornio aterrizó y se nos acercó con la respiración agitada. Me acerqué al animal y le pregunté:

—¿Qué te pasa, amigo mío?

Argos dejó que le acariciara el hocico y relinchó cuando le metí un terrón de azúcar en la boca, pero me miraba inquieto. Le di unos golpecitos en el cuello y luego me giré para volver a sentarme con la princesa. Para mi sorpresa, el unicornio me golpeó suavemente con el cuerno en la espalda. Lo miré divertido y le di otro azucarillo, pero lo rechazó y relinchó agitado. Miré a Sherezade extrañado y Argos me volvió a empujar con el cuerno.

—Creo que intenta decirte algo, Hugo.

Con el jaleo despertaron los demás.

—¿Qué le pasa? —preguntó Vulcano, con un bostezo.

—No sé... Argos se muestra inquieto y no para de relinchar.

—¡Son los albingens! La bruja blanca los ha liberado y están a dos días de llegar a Rubí —anunció Aurora, sobresaltada.

Miramos a nuestra compañera extrañados.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Tian Shui.

—Me lo han dicho mis hermanas —dijo señalando al cielo estrellado—. ¿Qué vamos a hacer?

Sabíamos que regresar a Rubí para hacerle frente a Andhra y los gigantes solo nos conduciría a un desastre de proporciones incalculables, sobre todo

porque todavía no habrían llegado los refuerzos de Norman, así que se me ocurrió improvisar una idea que tal vez podría resultar. Miré al forjador y le pregunté:

—Vulcano, ¿cuántos kilómetros hay desde aquí a Rubí?

—Unos doscientos —respondió extrañado.

—¿Y cuánto se tardaría en llegar con vuestros caballos sureños?

El forjador se quedó pensativo.

—Cualquier otro caballo no recorrería más de cincuenta kilómetros en una jornada de treinta horas, que es lo que dura un día aquí, pero estos purasangres, criados a grandes alturas y bien descansados, podrían llegar a Rubí en menos de cuarenta horas —respondió asintiendo con la cabeza—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tenemos que evitar que Andhra y los albingens se presenten por sorpresa en Rubí, así que he pensado que, mientras Argos, tú y yo intentamos retrasarlos, nuestros compañeros pueden poner rumbo a la ciudad para avisarles de lo que se avecina —le revelé.

—Entonces, ¿das por hecho de que Alexa, Lizbeth y Ángelus ya se han hecho con el control de Rubí?

No pude reprimir mirarle con gesto altivo cuando le respondí:

—No tengo la menor duda de ello.

Avivamos las brasas y tomamos un buen almuerzo antes de afrontar el nuevo reto. Sin embargo, antes de partir tenía que despedirme de Sherezade.

Nos separamos del grupo y nos refugiamos bajo la sombra de un abeto.

—Hoy debo separarme de ti, pero te prometo que será la última vez que lo haga —le aseguré mientras la cogía de las manos.

—Y más te valdrá que no me mientas, pues te lo recordaré durante toda la vida —replicó ella con una pícara sonrisa—. Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué me miras con esa cara?

Metí la mano en el bolsillo y saqué la bolsita donde guardaba las gemas mágicas.

—No digas nada y confía en mí, ¿vale? —le susurré mientras le entregaba la bolsa.

—Pero...

Como sabía que ya no me quedaban más argumentos con los que intentar convencerla, solo me quedó acallarla con un beso.

Vulcano me ayudó a subir a la grupa del unicornio pero, antes de que alzase el vuelo, tuve que echar la vista atrás. Sherezade estaba preciosa montada en un purasangre negro y su sonrisa acabó de disipar mis temores. El forjador le susurró algo a Argos y este, tras agitar las alas, echó a volar y se quedó cabalgando en círculos hasta que nuestros compañeros pusieron rumbo hacia la ciudad.

Si el viaje que había realizado montado en un halcón había estado plagado de emociones fuertes, el que hice a lomos de Argos fue como la seda. El unicornio cabalgaba, más que volaba, y sus movimientos eran precisos y muy suaves. Por esa razón no me extrañó que tardáramos menos de media hora en avistar en la distancia a una comitiva formada por los albingens y un nutrido número de guerreros sureños en sus caballos.

—Prepárate para descender, Hugo. No me gustaría que la bruja blanca sepa de nosotros antes de tiempo.

Vulcano le susurró algo al unicornio y este aterrizó en una explanada que había lindante a un pequeño bosque.

—¿Cuál es tu plan, Vulcano? —le pregunté, nada más descender de Argos.

—El camino que comunica las ruinas de Argos con Rubí pasa por un angosto y profundo barranco que atraviesa este bosque —dijo mirando hacia los abetos—. Allí los esperaremos y los emboscaremos. ¡No me mires con esa cara de bobo! El unicornio se ocupará los gigantes y tú de los soldados. No creo que entre los dos tengáis problemas para mantenerlos a raya.

—¿Y Andhra?

—A esa maldita zorra la ensartaré con el filo de mi espada y le haré probar el fuego del volcán —murmuró escupiendo en el suelo.

Vulcano se mostraba tan altanero como irresponsable y su afán de venganza amenazaba con poner en riesgo nuestra misión.

—¿Te has parado a pensar que habrá tomado sus precauciones? Además, está su magia —remarqué mirándole a los ojos—. ¿Cómo narices piensas hacerle frente sin la ayuda de los magos?

—¿Y qué me dices de ti? —me soltó con una sagaz sonrisa—. Te he visto hacer cosas que ni Ángelus o Alexa serían capaces de emular y posees un cualidad de la que ellos carecen: siempre sabes tomar la decisión adecuada en los momentos más complicados. Hugo, tú eres el alma de este grupo y estaríamos perdidos sin ti, ¿todavía no te has dado cuenta? —añadió, dándome unas palmaditas en el hombro.

—Pero...

—¡Ni peros ni leches! Podemos quedar como unos verdaderos héroes y evitar un baño de sangre en Rubí. Además... —dijo atravesándome con la mirada—, ¿no teníamos como misión retrasar a Andhra y a sus secuaces? Pues, a menos que a ti se te ocurra alguna idea mejor que emboscarlos, más valdrá que nos pongamos en marcha. Aún nos queda un buen trecho hasta llegar al barranco —añadió, dando por zanjada la discusión.

Entramos por una senda en el bosque, acompañados por una suave lluvia, y progresamos durante un buen trecho a muy buen ritmo. A medida que íbamos avanzando, Argos se mostraba más inquieto; cabriolaba y relinchaba, y alguna que otra vez tuvimos que tirar de él para que continuara caminando, seguramente porque presentía a los albingens. Con ese tira y afloja llegamos al barranco. El hoyo tenía unos veinte metros de profundidad por seis de ancho y, al echar la vista abajo, descubrimos que el camino se estrechaba al pasar por mitad de un revirado desfiladero. Aquel era el lugar perfecto para ejecutar la emboscada.

—¿Cuál es tu plan? —le pregunté en cuanto alcanzamos la posición de ataque.

—Supongo que Andhra habrá colocado a la caballería como avanzadilla y a los albingens en la retaguardia para atravesar el bosque; así ella irá bien respaldada en mitad de la comitiva —aventuró mirando hacia el otro lado del camino—. Esperaremos a que pase el grueso de los jinetes por el desfiladero y entonces tú tirarás la colina abajo con uno de esos golpes mágicos de Labrys. Mientras Argos se encarga de los albingens, yo tendré una oportunidad de oro de acabar con Andhra. ¿Qué te parece?

Aquel plan era descabellado y, de los muchos puntos débiles que tenía, había uno que sobresalía por encima de los demás.

—¿No recuerdas el poder que desplegó Marcus en Rocaviva, que únicamente pudo doblegar el ave fénix? ¿Cómo pretendes acabar tú solo con ella?

Vulcano arqueó las cejas y puso cara de asombro.

—¡Venga, no seas aguafiestas, Hugo! Contamos con el factor sorpresa. ¿Qué más quieres? —alegó con una rotundidad que me dejó, si cabe, aún más preocupado—. Amigo mío, mi madre vaticinó que la bruja blanca moriría cuando el fuego del acero le atravesara el corazón. Solo necesito un certero golpe de Magma y estoy convencido de poder hacerlo. ¿Confías en mí? —Iba a negarme categóricamente, pero en ese momento el suelo comenzó a temblar

y Vulcano se levantó como un resorte del suelo—. ¡Pongámonos en marcha! —exclamó mojándose los labios con la lengua—. ¡Ya están aquí!

Nos ocultamos entre los árboles y esperamos a que apareciera la comitiva. Lo primero que asomó por el camino fue la caballería con su portaestandarte, quien enarbolaba una banderola en la que aparecía un castillo gris sobre un fondo rojo. A este seguían no menos de cien jinetes en formación de a tres, que fueron desfilando hasta que emergió una mujer, de piel blanca y cabellos azafrán sueltos en una melena, montada en un purasangre gris. Vi cómo se le erizaba el vello del brazo a Vulcano, mientras empuñaba con fuerza a Magma, y por un momento creí que le podrían los nervios y haría una locura, pero mi amigo relajó el porte y me hizo un gesto para que ocupara mi posición.

Me acerqué a la colina y concentré mi energía en el filo de Labrys. En ese momento el suelo empezó a retumbar bajo mis pies y, al mirar hacia el camino, aparecieron a los albingens y lo que vi me dejó boquiabierto. Aquellos gigantescos seres de rasgos humanoides medían más de quince metros de altura, sus cuerpos eran rocosos y sus troncos estaban reforzados con unas largas púas de acero. Miré hacia el desfiladero y vi que solo quedaban seis jinetes por doblar. Agarré a Labrys con ambas manos y respiré profundamente.

Sin embargo, antes de echar la colina abajo con un golpe de hacha, Argos alzó el vuelo y se abalanzó relinchando sobre los gigantes delatando nuestra presencia. No esperé más tiempo. Descargué con fuerza el filo de mi hacha contra el suelo y este se abrió como la mantequilla, provocando que se despeñaran toneladas de rocas sobre el camino con estrépito.

Pero Andhra las detuvo agitando el bastón y las hizo retroceder, arrojándolas sobre nuestras cabezas. Yo pude esquivar un par de rocas rompiéndolas a golpe de acero, pero Vulcano recibió el impacto de una piedra en la frente y cayó inconsciente al suelo. Para colmo, cuando Argos estaba atacando a los albingens con la magia de su cuerno, la bruja blanca le lanzó un hechizo que le paralizó las alas y el unicornio se precipitó contra los abetos antes de estamparse contra el suelo.

En ese momento mi mirada se cruzó con la de Andhra. Se le dibujó una mordaz sonrisa en la cara. Analicé la situación y el resultado no pudo ser más desalentador: decenas de jinetes me apuntaban con sus arcos y los colosales albingens me miraban con sus severos rostros.

—¿Ahora qué harás, rey de Oriente? ¿Huirás abandonándolo a su suerte?

—me espetó Andhra mientras me amenazaba con el bastón.

Dejé que la fuerza de la Luz invadiera todo mi cuerpo y salté sobre la bruja blandiendo a Labrys pero, antes de que lograra alcanzar a mi objetivo, recibí el golpe de un gigantesco brazo en el costado que me estampó contra el suelo.

Intenté incorporarme pero el intenso dolor que sentía en las costillas me lo impidió. Tenía un sabor metálico en la boca y, al escupir, descubrí que todo lo que había arrojado era sangre. La vista se me nubló y me dejé caer en el suelo mientras veía cómo se me acercaba alguien.

Lo último que vi fue la borrosa silueta de una cara que se arrodilló delante de mí mirándome con unos intensos ojos violetas. Luego me sumí en la inconsciencia.

Desperté con una fuerte arcada de dolor y me incorporé justo a tiempo de evitar vomitarme encima. Mientras veía cómo se teñía de rojo el suelo, no cesaba de repetirse en mi mente un enigmático mensaje: «*No hay salida sin sacrificio y en el sacrificio está la salida*». Apenas podía respirar y sentía opresión en el costado izquierdo, seguramente porque tendría alguna costilla rota.

Los recuerdos regresaron a mi memoria cuando una firme mano alzó mi mentón para obligarme a mirar a aquellos terribles ojos.

—Insensato pero valiente. ¿Dónde las tienes? —me preguntó mientras rebuscaba hábilmente en los bolsillos—. ¡Vaya decepción! ¿Y qué voy a hacer ahora contigo, portador de las gemas? —añadió Andhra sin mostrar animadversión en su mirada. Ante mi ausencia de respuesta, la bruja se levantó y le preguntó a uno de los oficiales—: ¿Ya habéis bajado a Vulcano?

El hombre asintió con celeridad y le hizo un gesto a dos soldados para que lo arrastraran hasta allí. Mi amigo tenía una profunda brecha en la frente y continuaba inconsciente cuando lo tiraron a mi lado.

—¿Qué hacemos con esto? —le preguntó el oficial enseñándole a Magma.

—¡Aparta esa abominación de mi vista, Ron! —bramó atravesándolo con la mirada—. ¡Despertadlo! Quiero interrogarlo antes de decidir qué hacer con él —les gritó.

Un soldado se acercó con un cubo de agua y se lo echó por encima de la cabeza. Vulcano emitió un leve quejido y entornó los ojos, que apenas podían abrirse de lo ensangrentados que estaban.

—No reacciona, alteza —replicó el soldado con voz vacilante.

—¡Sois unos inútiles! ¿Es que todo lo tengo que hacer yo? —resolvió Andhra apartándolo de un empujón.

La bruja agitó el bastón y Vulcano pareció recuperar un poco de su energía, pues abrió los ojos de par en par y reuló con gesto de terror. Andhra se carcajeó, pero casi se le congeló la risa cuando vio cómo el forjador se

abalanzaba sobre ella como una exhalación. Un jinete se encargó de enviarlo de nuevo al suelo mediante un certero golpe en la cara con la punta de su arco. Vulcano, lejos de amedrentarse, amagó un gesto de dolor y le soltó:

—¿A qué esperas para matarme, maldita perra?

—¿A qué viene tanta prisa? He estado esperando este momento durante mucho tiempo, pues sabía que tarde o temprano regresarías, y he imaginado mil formas de acabar contigo, algunas muy imaginativas, ¡créeme! Pero tiene gracia... —reveló mojándose los labios con la lengua—. Ahora no sabría con cuál quedarme, así que ¡no me vengas ahora con premuras!

—Me aburres, bruja —murmuró, retirándose el hilillo de sangre que le brotaba de la boca con el dorso de la mano.

Andhra se le acercó y lo agarró con rabia de los cabellos para obligarlo a mirarla a la cara.

—¡Escúchame bien, despojo! He disfrutado mucho viendo cómo tu madre se ha estado pudriendo en las mazmorras de la Fortaleza de Hierro y he manejado a tu despreciable padre como a un perro faldero. ¿Puedes creerte que ese cretino se tragó que me había enamorado de él? —soltó con una carcajada—. Tendrías que haber visto cómo me poseyó el muy cerdo. Creo que disfrutó más por haberle quitado la novia a su hijo que por yacer conmigo. La verdad es que aquella noche me hizo gozar de lo lindo y se esforzó mucho más la noche de bodas, a sabiendas de que habías huido roto de celos y de dolor —añadió con una maléfica sonrisa.

—¡Cállate, zorra! —le gritó el forjador, entre sollozos.

—¡No la escuches, Vulcano! ¿No ves que te está provocando? —le advertí casi sin poder moverme del dolor que tenía en el pecho.

—¿¡Puede alguien hacer callar a ese bastardo!?! —bramó Andhra mirándome de soslayo. Un latigazo en el costado me dejó mudo por un buen rato—. ¿No quieres saber lo que pasó el día de mi coronación como reina del Sur? —prosiguió—. ¡Tenías que haber visto la pomposidad de aquel acto, Vulcano, y la sarta de barbaridades que se dicen por amor! Lo obligué a que humillara a tu madre en público y el muy idiota se ensañó, poniéndose a todo su pueblo en contra, al tratar a Helga como la extranjera del norte que había venido a arruinar el futuro del reino del Sur. Llegó a afirmar que te habías comportado como un traidor al huir de la dimensión con el rubí escarlata. Y, ¡oh!, alcancé el clímax cuando me presentó como la nueva reina, la única que podría salvar al reino de la tiranía del Caos trayendo a Argos y a los albingens para la defensa de Rubí. Así regresaré a mi reino, como la heroína

que salvará a sus súbditos de la Oscuridad —se carcajeó—. ¿A quién creerá entonces tu pueblo? ¿A las promesas cumplidas de su reina o a los extraños usurpadores que han conquistado a la fuerza la ciudad? —atajó borrando la risa de la cara—. ¡Sí, sé que Rubí ha caído en manos de los bastardos que mataron a mi hermano! —murmuró con rencor—. Pero pronto podré vengar a mi querido Marcus y lo mejor de todo... —añadió mirándolo con una triunfal sonrisa— es que todo te lo debo a ti, amor mío.

—¡Ellos saben quién eres, maldita bruja! ¡Jamás te creerán! —le escupió Vulcano.

—¡Mejor así! —zanjó ella dándole una fuerte bofetada—. En cuanto tenga las gemas mágicas, mataré a todo tu pueblo, aunque a ti y a tus despreciables amigos os dejaré para el final. No quisiera privar a tu madre de la oportunidad de ver cómo ejecuto a su hijo delante de sus narices —anunció con gesto altivo—. No obstante, esto no tiene por qué acabar así. Si tú quieres podemos poner fin aquí y ahora a tu sufrimiento. Tan solo tienes que mostrarte colaborador en un asunto y te procuraré una muerte rápida. ¿Qué me dices?

—¡Vete al cuerno!

Andhra alzó el bastón y lo sacudió con odio contra él. Vulcano empezó a echar humo negro por todo su cuerpo al tiempo que se retorció de dolor. Quise interceder por él, pero la bruja me aplicó el mismo castigo. Pensé que mi cuerpo iba a estallar en llamas, pero, cuando creí que no podría resistirlo más, la bruja nos liberó de la maldición.

—Vulcano, quiero que me escuches con atención pues solo te lo voy a repetir una vez —señaló Andhra, relamiéndose con un gesto de placer—. Sé que Rubí ha sido invadida por unos poderosos magos, los hijos de Horus, según me han informado mis fuentes. Ahora quiero saber cuáles son sus poderes y sus puntos débiles ¡y tú me lo vas a decir! —El herrero alzó la cabeza y la miró con altivez. La bruja torció el gesto y sentenció—: Si esa es tu decisión... Tu madre no te reconocerá cuando te vea morir.

Sabía que Vulcano soportaría cualquier cosa antes de traicionar a nuestros compañeros, pero también que Andhra nunca lo liberaría hasta haberlo destruido por dentro. «*No hay salida sin sacrificio y en el sacrificio está la salida*», resonó en mi cabeza.

—¡Espera un momento! —le grité, levantando una suplicante mano—. Conozco una forma de solucionar todo este embrollo sin derramar ni una gota de sangre inocente. Porque quieres las gemas, ¿no?

Vulcano me miró y negó con la cabeza.

—¡Habla! —murmuró la bruja con gesto contrariado.

Me incorporé y me recosté sobre el lado sano.

—Yo te entregaré las piedras mágicas, pero antes tendrás que hacer un juramento inquebrantable conmigo —dije, con la voz entrecortada de dolor.

—¿Te has vuelto loco? —se carcajeó—. Conozco muchas formas de hacerte hablar y puedo asegurarte que me lo pasaré muy bien haciéndolo.

—Sabes que no conseguirás sonsacarnos nada a la fuerza y que tus opciones para recuperar Rubí son casi nulas ahora que la flota de Gélida se halla atracada en el puerto de la capital y que la reina Helga ha retomado las riendas del trono junto con los hijos de Horus... y ya sabes lo que hicieron esos magos con tu hermano, ¿verdad? —le recordé cambiándole el gesto—. Estoy dispuesto a darte las gemas a cambio de que te largues de esta dimensión en cuanto las tengas en la mano.

—¡Jamás renunciaré a vengar la muerte de Marcus! —aseveró henchida de altivez—. Ahora que poseo la única arma que es capaz de herirme mortalmente y que cuento con la ayuda de los albingens, soy más poderosa de que os podáis imaginar tú y esos malditos magos. Echaré la ciudad abajo, si es preciso, para conseguir mis objetivos.

—De ti depende elegir el camino, pero todos los que antes lo han intentado han fracasado, incluso Marcus. ¿Crees en las casualidades? —A la bruja se le cambió la cara—. Además advertí a mis amigos para que abandonaran esta dimensión con las gemas antes de que la ciudad volviera a caer en tus manos —mentí, provocando un gesto de duda en su mirada—. Bajo mi punto de vista, todos perderemos algo, pero por lo menos podremos continuar la lucha. ¿Qué me dices?

Andhra me escrutó con sus penetrantes ojos antes de preguntarme:

—¿Me entregarás las gemas mágicas?

—Estaré obligado por un juramento inquebrantable.

—¡No te creo! —negó con una desconfiada mirada—. No creo que seas capaz de traicionar a tus dioses de la Luz de una manera tan vil.

—No te pido que me creas —alegué.

—¿Y si decides romper el juramento y sacrificarte por tu gente? —me inquirió con una sagaz mirada.

—Sé perfectamente lo que significa caer bajo la maldición de faltar a un juramento inquebrantable y no estoy dispuesto a pasarme una eternidad de tormento y dolor cuando sé que, tarde o temprano, tendré la oportunidad de

ajustar cuentas contigo.

Andhra me miró con un titubeante gesto.

—¡No lo hagas, Hugo, te lo suplico! —advirtió Vulcano, intentando incorporarse.

Sabía que estaba a punto de tomar un peligroso camino que podría echar por tierra todo nuestro trabajo, pero tenía la imperiosa necesidad de confiar en mi intuición.

—¿Cómo haremos el intercambio? —me preguntó Andhra, con el semblante más relajado.

—Llévanos a Rubí y allí te entregará las gemas la persona a la que se las confié —le expliqué.

La bruja blanca me dio la espalda y permaneció en silencio durante unos interminables segundos.

—Acepto —dijo mirándome fijamente a los ojos—. Ron, despéjalos un poco. Quedan dos largas jornadas de viaje y no quiero que desfallezcan mientras caminan detrás de los caballos.

—¡Antes tenemos que hacer el juramento inquebrantable! —le exigí.

—¿Cuáles son tus condiciones? —me soltó torciendo el gesto.

—Solo dos: que no causarás ninguna muerte a partir de este momento y que te irás para siempre de esta dimensión cuando te entreguen las gemas mágicas —le enuncié—. ¿Y las tuyas?

Andhra sonrió, como quien sabe que tiene todas las de ganar.

—Tan solo una... —dijo irguiendo la cabeza—: que me entregues las gemas mágicas cuando lleguemos a Rubí.

El oficial me ayudó a ponerme de pie y no le quedó más remedio que mantenerme erguido mientras pronunciábamos el juramento inquebrantable. La bruja blanca colocó su mano derecha sobre mi costado izquierdo y proclamó:

—Yo, Andhra, sierva del Caos, primogénita de Alrinach, señora de las Tempestades, juro, ante las fuerzas primigenias del universo, abandonar la dimensión del Sur cuando se me hayan entregado las gemas dimensionales sin provocar ningún daño a los que moran en este mundo, bajo pena de muerte y suplicio eterno si incumplo mi juramento inquebrantable.

Había llegado mi turno. Posé la mano derecha sobre su costado izquierdo y declaré:

—Yo, Hugo, señor de la Tierra, primogénito de Alejandro, rey de los señores de la Guerra, juro, ante las fuerzas primigenias del universo, entregar

las gemas dimensionales a Andhra en cuanto lleguemos a Rubí, bajo pena de muerte y suplicio eterno si incumplo mi juramento inquebrantable.

Nada más proclamar el juramento, se materializaron unos destellos en las palmas de nuestras manos y sentí una punzada en el corazón que casi me dejó sin aliento. A Andhra debió sucederle algo parecido, pues se le desencajó el rostro a la vez que sufría un leve estremecimiento.

—¿Te encuentras bien, mi señora? —se interesó el oficial.

—¡Déjame, Ron! —advirtió la bruja blanca, mirándolo con severidad—. Prepara a los hombres para partir de inmediato. ¡Nos vamos hacia Rubí!

Un soldado se me acercó y me dio a beber el líquido de una cantimplora. Tuve que contener las arcadas para no vomitar aquel horrible mejunje de sabor agrío y áspero. A Vulcano no pareció irle mejor. No obstante, una vez se me asentó el brebaje en el estómago, desapareció el dolor y por lo menos pudimos caminar sin mayores problemas, atados detrás del purasangre de Andhra.

Todavía nos quedaba un largo trecho que recorrer, por lo que tendría tiempo para valorar con más calma lo que acababa de hacer. Mientras tanto, lo único a lo que podía aferrarme era a mi intuición.

Caminamos durante todo el día sin apenas descanso y, cuando acampamos para pasar la noche, tuvimos que conformarnos con un mendrugo de pan duro y otra ración de aquella vomitiva pócima antes de irnos a dormir. Nos encadenaron entre los excrementos de los caballos y nos dejaron descansar durante cinco horas seguidas antes de despertarnos a patadas.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté a Vulcano mientras intentaba tragarme un cuenco con gachas frías.

—Humillado y decepcionado por tu traición —murmuró sin mirarme a la cara.

—¿No confías en mí?

Vulcano alzó la vista y se esforzó por sonreír con ironía.

—¿Cómo crees que vamos a salir de este entuerto? ¿No te paraste a pensar en las terribles consecuencias que conlleva regalarle las gemas mágicas al Caos? Y, encima, ¡rubricando el acuerdo con un juramento inquebrantable! —me soltó arrugando el gesto.

—¡Pues claro que lo sé! —le susurré al ver que un soldado parecía mostrar interés en nuestra conversación.

«*Pero tengo la intuición de que me saldrá bien la jugada*», le comunicé mentalmente. El forjador tiró al fango su cuenco de comida y escondió la cabeza entre las rodillas. Me incomodaban sus recelos, pero no podía culparlo por ello.

Me acabé la papilla e ingerí de un trago la medicina, pues necesitaba recuperar fuerzas para pensar con mayor claridad. Me levanté para desentumecer mis doloridos músculos, pero sentí una fuerte punzada de dolor en las costillas que me dobló. Separé la cota de malla para inspeccionarme el costado y vi que lo tenía inflamado y con un feo moratón. Me agaché y cogí un trozo de excremento, recién expulsado por un purasangre, para ponérmelo en la zona dolorida. El calor me calmó un poco el dolor y pude encarar con mejores perspectivas la larga jornada que nos quedaba por

delante.

Hicimos un alto a eso del mediodía en los alrededores de una arboleda y, después de comer, retomamos la marcha dejando atrás las grandes praderas para continuar el camino por un paso rodeado de bosques. Al anochecer, después de acampar en una explanada por la que pasaba un riachuelo, nos dejaron darnos un baño y nos devolvieron las mochilas para que pudiéramos cambiarnos de ropa. Un soldado, de edad avanzada y miope, se encargó de curarnos las heridas a Vulcano y a mí antes de que nos trajeran la cena. Aquella noche nos dieron de comer conejo asado y vino y pudimos dormir en un lugar seco, aunque encadenados a un árbol.

La mañana amaneció con lluvia y esta nos acompañó hasta que divisamos los límites de la capital. A lo lejos se perfilaban las murallas y el contorno de la Fortaleza de Hierro y, más allá, el inmenso manto azul rodeando la bahía. Andhra ordenó montar el campamento en un claro y, mientras tanto, nos dejaron a la sombra de una encina. Al rato, se nos acercó un oficial y nos llevó a la tienda de la bruja blanca, quien nos recibió sentada en un cómodo diván de terciopelo rojo.

—La caminata os ha sentado de maravilla; se os ve mucho mejor y más delgaditos. Sin embargo, no os he enviado a llamar para elogiar las virtudes del ejercicio físico —anunció con el rostro sonriente—. Maese Hugo, ha llegado el momento de cumplir con lo pactado. Creo que posees unas magníficas dotes telepáticas y que en vuestras filas hay una talentosa y obstinada vidente que lleva días haciendo todo lo posible para ponerse en contacto contigo; aunque, como comprenderás, he tomado mis precauciones para evitar que pudierais comunicaros hasta ahora —aseveró—. Desvélele el contenido de nuestro juramento inquebrantable y, sobre todo, anúnciale que quiero que estén todos tus amigos aquí, incluidos el rey Sigmund, la reina Helga y, si aún sigue con vida, mi lugarteniente. Me ha servido bien y me gustaría llevármelo conmigo.

Puse la mente en Sherezade y le transmití la información de forma sucinta, pues sabía que Andhra espiaba nuestra conversación.

—¡Ya está! —dije secamente.

—Lo sé, querido —sonrió ella—. Así que, ¿vendrá tu amada a hacer el intercambio? ¡Qué conmovedor! Me muero de ganas por ver la cara que ponen tus amigos con tu traición.

—Podremos haber perdido esta batalla pero no la guerra, ¡recuérdalo! A diferencia de los acólitos del Caos, nosotros sabemos perdonar los errores

que podamos cometer, pues nuestros actos nunca son egoístas y siempre velan por el interés común —añadí, mirando de soslayo a Vulcano.

Andhra puso cara de hastío y le hizo un gesto al oficial para que nos echara de allí.

—Yo no olvidaré lo que le has hecho a mi pueblo y juro que algún día te mataré —murmuró Vulcano antes de salir de la tienda.

La bruja se tomó aquella amenaza con una carcajada pero, cuando puse la atención en el rostro de mi compañero, percibí un extraño brillo que me estremeció.

—¿No intentarás ninguna tontería, verdad? —le susurré mientras nos empujaban hacia la encina.

El forjador no respondió.

A media mañana se escuchó un cuerno que retumbó en todo el bosque. Nos levantamos, como pudimos, del árbol al que estábamos encadenados y miramos hacia el frente. Me sorprendió ver que la comitiva de la ciudad estaba compuesta por tan solo un puñado de caballos, aunque tampoco habría servido de nada que se hubieran presentado allí con todo el ejército.

Al rato vimos a Andhra salir de la tienda acompañada por sus oficiales. Se había puesto una larga túnica blanca y llevaba puesta una corona de hierro y piedras preciosas.

—¡Maldita zorra! ¡Se ha puesto la corona de mi madre! —masculló Vulcano escupiéndolo al suelo.

Unos jóvenes soldados nos desligaron de las cadenas y nos llevaron con la bruja, que estaba custodiada por los albingens. El pobre Argos se movió, inquieto, mientras permanecía atado a otra encina, con la cabeza cubierta con una capucha de acero y con las alas inmovilizadas con una cuerda mágica.

A unos veinte metros se detuvo la comitiva de la ciudad. Se me inundaron los ojos de lágrimas al ver a mis amigos con sus rostros graves y se me encogió el corazón al ver a Sherezade mirándome con triste semblante. Acompañándolos, distinguí a Norman al lado de un hombre recio que se parecía mucho a Vulcano y de una mujer de cabellos rubios que era la viva imagen del príncipe Nicolás. Tras ellos descubrí que había un joven de cabellos castaños, atado de manos a la grupa del caballo.

—¿Qué esperáis para entregarme las gemas? No tengo la intención de permanecer ni un minuto más aquí —rugió Andhra.

Ángelus miró a Sherezade y le hizo un gesto para que desmontase. La

princesa bajó del purasangre con un ágil movimiento, pero se quedó parada junto al animal.

—No pienso darte nada hasta que no liberes a tus prisioneros —interpeló con firme voz.

La bruja acogió aquella orden con una sagaz sonrisa.

—Me parece bien tu propuesta, pero antes quiero que liberéis a mi lugarteniente.

La reina Helga le hizo un gesto a Norman y este condujo a su montura hacia el lugar dónde se encontraba el traidor. Sacó una daga y, tras cortar las cuerdas de un certero tajo, este cayó de bruces al suelo.

—¡Maldito hijo de perra! —masculló Vulcano mientras intentaba zafarse de las cadenas.

Andhra sonrió ante el impotente gesto del forjador.

—¡Fran, ven con tu reina! —advirtió la bruja blanca.

El sujeto corrió a las faldas de su ama y puso un gesto de temor al ver cómo ella lo miraba con desprecio.

—¿Y bien? —voceó Sherezade.

La bruja miró al oficial y le advirtió:

—Ron, haz lo que pide la princesa, pero mantente vigilante. —Este nos quitó los grilletos y luego se alejó sin dejar de mirarnos con sus intensos ojos azules—. Ahora solo falta que tu amada cumpla con la palabra dada.

Sherezade se acercó con determinación y cuando estuvo delante de la bruja blanca, extendió la mano y le entregó la bolsita de cuero. Andhra cogió la bolsa y la abrió vaciando el contenido en la palma de la mano. No pudo contener un suspiro de asombro cuando vio el brillo que desprendían las gemas mágicas y rápidamente volvió a meterlas en la bolsa, todas excepto el rubí escarlata, la llave de su libertad.

La bruja blanca nos dedicó una engreída mirada antes de abrir el portal dimensional. Fue entonces cuando comprendí que ya no había vuelta atrás. Mi intuición me había fallado y estaba a punto de ver cómo desaparecía la única posibilidad que teníamos de soñar con una victoria contra el Caos.

—¡Espere un momento, mi señora! —voceó Ron mientras se le acercaba corriendo.

—¿Qué diablos quieres ahora? —rugió girando la cabeza. Andhra miró a su oficial, con los ojos desorbitados, cuando vio que estaba empuñando a Magma—. Pero ¿¡qué haces con eso!?

Ya no pudo decir nada más, pues Ron cerró un puño y la alzó un par de

palmas del suelo mientras ella intentaba quitarse con las manos una soga invisible de su garganta.

—Todavía no ha llegado la hora de partir, mi señora. Antes debes rendir cuentas —advirtió el oficial con la voz de Tian Shui. La silueta del joven fue menguando de tamaño hasta convertirse en la frágil figura de la sacerdotisa —. Creo que te corresponde a ti impartir justicia, Vulcano —añadió, entregándole la espada.

—No puedes romper tu palabra, Hugo. Te ata un juramento inquebrantable —balbució Andhra, con los ojos inyectados de sangre.

Vulcano empuñó a Magma y se dirigió con gesto altivo hacia la bruja blanca.

—¿Tienes las gemas mágicas, verdad? Él no ha incumplido nada de lo pactado —sentenció antes de atravesarle el corazón con el filo de la espada.

Vulcano esperó a que el cuerpo de la bruja se desintegrara, consumido por el poder de Magma, y, tras dejar caer la espada, echó a correr para abrazarse a su madre, roto de emoción.

En ese instante, los albingens empezaron a rugir y a mirarnos con gesto amenazante. Eché mano a Labrys, pero no hizo falta que interviniera, pues los gigantes se quedaron mudos cuando escucharon el relinche de Argos y lo vieron suspendido en el aire, agitando las alas y con el cuerno fulgurando.

Enfundé el hacha y, de pronto, sentí que alguien se me echaba encima, haciéndome recordar el hematoma que tenía en las costillas. Era Sherezade. Pese a lo dulce que fue su beso, no pude reprimir un gesto de dolor.

—¿Qué te pasa, Hugo? ¿Estás herido? —me preguntó, inquieta.

—No es nada —dije intentando hacerme el valiente.

Alexa se abrió paso y me espetó:

—¿No es nada? ¡Anda, déjame echarle un vistazo!

La maga no se ando con contemplaciones y tras quitarme la chaqueta, la camisa y la cota de malla, no pudo evitar reprenderme con la mirada.

—¿Está muy mal? —le preguntó Sherezade.

—De esta saldrá, aunque está a esto de que se le gangrene la herida —dijo, separando el índice del pulgar unos centímetros—. Pero no te preocupes, nada que no pueda curarse con estas manitas.

Alexa me impuso las manos en el costado y rápidamente sentí cómo desprendían un calor que me alivió de inmediato el dolor. Después de curarme y mientras me volvía a vestir, se me acercó una sonriente Tian Shui y me susurró al oído:

—¡Gracias a los dioses escuchaste mi llamada, Hugo!

La miré sorprendido y exclamé:

—¿¡Fuiste tú!?

La sacerdotisa me guiñó un ojo y sonrió. ¡Jamás la había sentido tan humana y cercana! Para su sorpresa, la abracé y me eché a llorar.

Sherezade recogió la bolsita de cuero del suelo y metió el rubí escarlata en su interior antes de devolvérmela. Volver a tener las gemas mágicas a buen recaudo, en el interior de mi bolsillo, rebajó la desazón que sentía por haber estado tan cerca de echarlo todo a perder por una intuición. No obstante, Tian Shui parecía haber tenido algo que ver en el asunto y me moría de ganas por saber cómo había conseguido engañarnos a todos sacando el as que tenía escondido bajo la manga en el último momento.

—Creo que nos debes una explicación de tu providencial intervención, Tian Shui —señalé poniéndola colorada.

—¡Eso, que te lo tenías muy callado! —añadió Lizbeth.

—No me preguntes cómo pero, a las pocas horas de partir de la mina rumbo a Rubí, sentí una perturbación y supe de inmediato que os encontrabais en peligro —declaró Tian Shui posando la mano en el pecho—. Al mismo tiempo apareció una voz en mi mente que decía...

—«No hay salida sin sacrificio y en el sacrificio está la salida» —aventuré, para sorpresa de mi compañera—. Yo también la escuché cuando caímos en manos de la bruja blanca —me apresuré a decir, rascándome la cabeza—. Pero ¡no te quedes callada! Continúa.

—Lo cierto es que esa frase me hizo reflexionar, pues recordaba haberla escuchado antes, aunque no sabía ni dónde ni por quién —prosiguió Tian Shui—. Le estuve dando vueltas a la cabeza hasta que afloró un recuerdo en mi memoria que me hizo retroceder hasta uno de los momentos más terribles de mi existencia: aquellas fueron las mismas palabras que había utilizado El Señor Oscuro antes de pronunciar el conjuro con el que suplantó mi identidad. Así fue cómo se me ocurrió la forma de acabar con Andhra —nos desveló—. Pero tenía que mantenerlo en secreto para que la bruja blanca no pudiera sospechar nada. ¿Podréis perdonarme, chicos? —añadió, mirando tímidamente a mis compañeros.

Todos asintieron y la abrazaron, pues gracias a ella habíamos podido

culminar una misión que se nos había complicado en extremo sin sacrificar ni una sola vida.

—¿Cómo sabías que era Ron el que custodiaba a Magma? —le preguntó Vulcano después de haberla volteado un par de veces.

Sherezade se colocó el pelo detrás de las orejas y contestó:

—No lo sabía hasta que llegamos aquí y leí la mente a los oficiales. Lo que ha sucedido después ha sido fácil.

Poco a poco se iban desvelando todos los misterios que entelaban aquella extraña aventura. Sin embargo, aún me quedaban muchos interrogantes por resolver.

—¿Qué vamos a hacer con los albingens? —pregunté, tras alzar la vista para contemplar a los gigantes.

Argos se encargaba de mantenerlos a raya, pero era evidente que aquellos seres eran demasiado peligrosos como para que camparan a sus anchas por el reino.

—Son unos seres de alma noble y el único mal que han hecho ha sido defender a sus madres. ¿Qué buen hijo no defiende a su madre? —alegó Marcel.

Uno de los gigantes dio un paso adelante, haciendo temblar el suelo, provocando que le mirásemos asustados.

—Nos arrepentimos del dolor que causamos a vuestro pueblo en el pasado y también por habernos puesto del lado de la bruja blanca cuando nos liberó, pues nos hemos dejado llevar por el dolor —razonó con su grave voz—. Ahora hemos comprendido su engaño y quisiéramos ayudaros en vuestra lucha contra el Caos.

Marcel se llevó nuestras expectantes miradas.

—No concibo mejor asociación que los maiors de poniente con los albingens del sur —declaró sonriente.

La lógica alegría con la que acogimos todos la nueva incorporación al poderoso ejército del Sur se ensombreció cuando Vulcano posó la vista en su primo Fran.

—¡Levántate, traidor! —le gritó, torciendo el gesto.

El sujeto se incorporó, aterrado y sin dejar de sollozar.

—¡Clemencia, primo! Ella me embrujó y me cegó la vanidad. Me arrepiento de todas mis fechorías —le suplicó, echándose a sus pies.

—¡Mientes y lo pagarás caro! —le espetó apartándolo de una patada—. Pero no es a mí a quien le corresponde juzgar tu delito. Será la reina del Sur

quién dicte tu sentencia —añadió, mirando a su madre.

La reina Helga se acercó al traidor y le hizo un gesto para que se levantara.

—Fran, desde que tu tío perdió a su único hermano en la batalla de Argos, te trató como a un hijo y llegamos a pensar que serías un digno sucesor de tu padre y que tu destino estaba llamado a hacer grandes cosas. Sin embargo, estábamos equivocados y, cuando tuviste oportunidad de mostrar tu valía, decidiste traicionar a tu estirpe posicionándote al lado del Caos —le reprendió con lágrimas en los ojos.

—¡Lo siento mucho, tía Helga! No sabía lo que hacía y nunca os procuré ningún mal. ¡Gracias a mí estáis vivos! —dijo con atropello.

—¡Cállate, tus ojos no pueden mentir! —terció atravesándole con la mirada—. Tal vez nunca quisiste ningún mal para mí o para tu tío, pero ¿a qué clase de vida nos sentenciaste? Al rey a vivir arrodillado bajo el yugo de Andhra y a mí a podrirme en las mazmorras de la Fortaleza de Hierro. ¿Sabes qué pena merece tal ultraje? ¡La de alta traición!

Fran se postró en el suelo y repitió, entre sollozos:

—¡No quiero morir!

—Y no morirás —alegó la reina, suavizando el tono de su voz—, pero te procuraré la misma condena que me reservaste para mí. Te sentencio a pasar el resto de tus días encerrado en las mazmorras de la Fortaleza de Hierro. ¡Quitad a este traidor de mi vista!

Dos guardias reales lo levantaron y, tras ponerle los grilletes, se lo llevaron a rastras lejos de la reina.

—¿Qué será de nosotros, mi reina? —advirtió Ron, postrando la rodilla en la tierra.

—Me temo que esa decisión no está en mis manos —alegó Helga, mirando al rey.

El rey Sigmund avanzó con paso firme hacia el lugar donde aguardaba el oficial y lo ayudó a levantarse.

—Yo también sucumbí a la magia de Andhra y con mis actos herí a las personas que más quiero en este mundo —dijo mirando a Vulcano y a Helga—. Por otra parte, gracias a los dioses, esas mismas personas son las responsables de haber salvado mi alma de la aniquilación y ahora sé que no habrá dificultad que nuestra familia no pueda solventar. Perdonar, aun cuando el dolor te arde en las entrañas, es difícil pero también la única forma que tenemos de llegar algún día a curar las heridas del corazón —añadió emocionado—. Ron, has servido fielmente a tu reino durante muchos años y

tu rey tan solo puede decirte que será un honor volver a contar con vosotros en nuestras filas —proclamó solemnemente—. Hemos vivido tiempos oscuros, pero por fin vuelve a brillar el sol.

Todos vitoreamos la decisión del rey y por fin parecían haberse resuelto todos los problemas. Bueno... todos no.

Me acerqué a Vulcano, que acababa de darse un abrazo con su padre y le di dos golpecitos en la espalda. El hombretón se giró y, al bajar la cabeza, percibí que me miraba con el ceño fruncido.

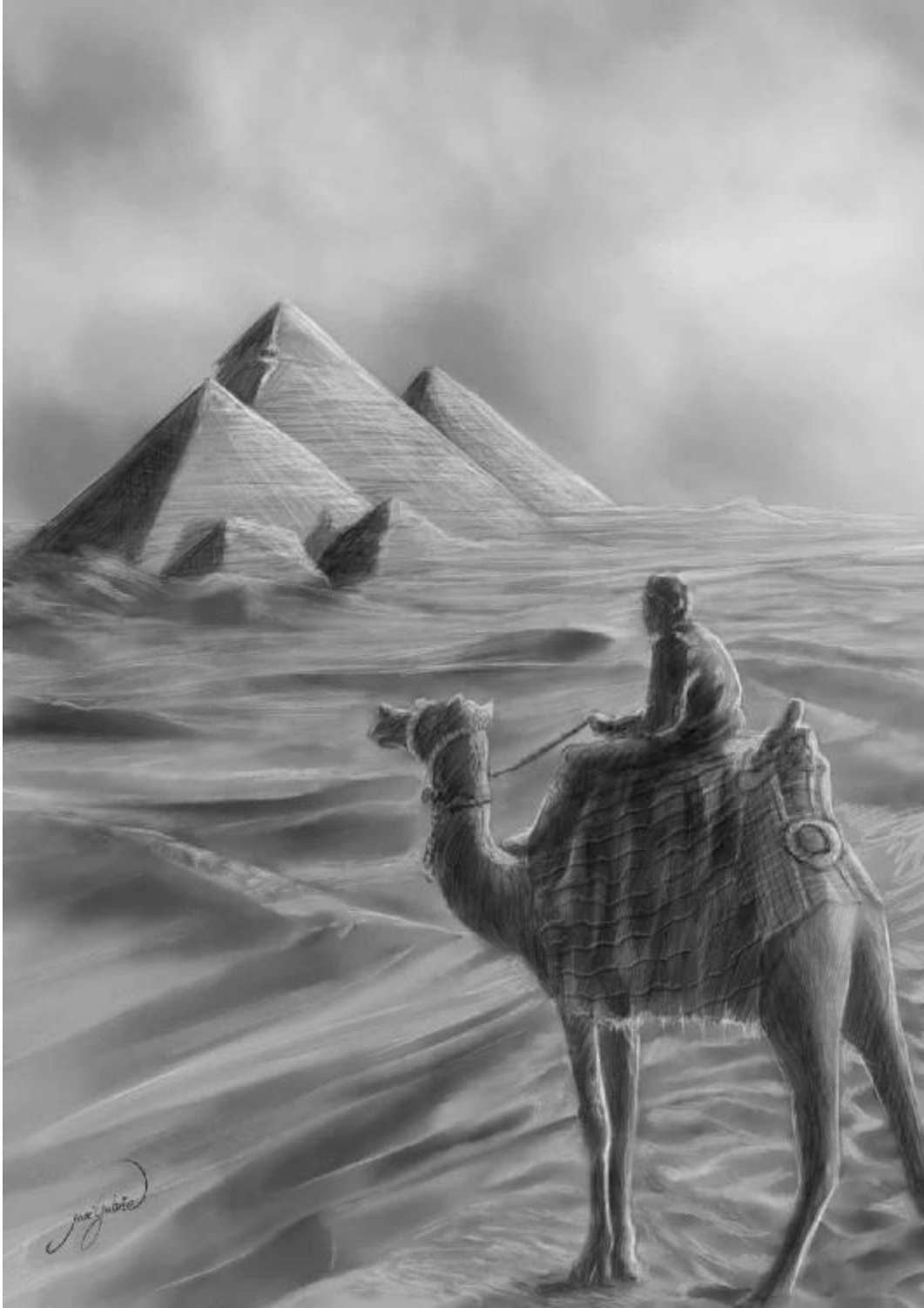
—Vulcano, creo que te debo una...

—¡Para el carro, camarada! Si hay alguien que debe disculparse por comportarse como un cretino, ese soy yo —alegó posando las manos en mis hombros—. Siento mucho haber dudado de ti, amigo, pero te prometo que nunca más lo haré.

Acto seguido me ajustó las costillas dándome su abrazo del oso.

CAPÍTULO 9.

LA GRAN PIRÁMIDE.



*«Todos los secretos, por muy inconfesables que sean, tarde o temprano
acaban saliendo a la luz».*

Contemplar la belleza de Rubí desde lo alto de aquel cerro era algo digno de ver. La capital del reino estaba enclavada en un recinto amurallado y circundada, de este a oeste, por sendos bosques de abetos. Al sur se abría hacia el océano austral, a través de una bahía, y al norte se hallaba la más asombrosa construcción de la ciudad, la Fortaleza de Hierro, cuya torre del homenaje se asemejaba a un martillo y el inmenso patio de armas estaba dispuesto con forma de yunque.

Mientras descendíamos por el camino adoquinado que conducía a la ciudad, no pude evitar echar la vista a la portentosa flota que había amarrada en el puerto. Si la armada del reino del Sur era impresionante, aquella lo era aún más. En total, había al menos doscientas embarcaciones, con los estandartes del oso blanco y de la Fortaleza de Hierro ondeando en los mástiles.

La ciudad estaba engalanada de arriba abajo para la ocasión con banderolas multicolores y solo enmudeció cuando vieron aparecer a los albingens, aunque el silencio dio paso a la algarabía cuando vieron a Vulcano haciendo gala de su pedantería subido a lomos de Argos. El unicornio alado realizó varias piruetas y aterrizó en las puertas de Rubí, desatando la locura entre los sureños.

Dejamos a los gigantes fuera de las murallas y recorrimos las atiborradas calles aupados por el cariño de sus gentes hasta que llegamos a las inmediaciones de la Fortaleza de Hierro. Ya en la plaza colindante con las puertas del castillo, el oficial de la caballería pidió permiso al rey para llevarse a sus hombres a descansar al cuartel y desmontamos de los caballos para continuar el camino a pie. Vulcano, quien había aprovechado el paseo por la ciudad para darse un baño de masas montado en el unicornio alado, pidió a uno de los lanceros que le encontraran un lugar especial a Argos en las caballerizas y luego se reunió con sus padres para entrar juntos en el palacio.

En la puerta fuimos recibidos por una pequeña escolta real en cuyas pecheras lucían el emblema del reino, la Fortaleza de Hierro y el oso blanco sobre fondo azul. Al tener forma de yunque, el acceso a la ciudadela consistía en una estrecha pasarela, en la que apenas cabría un par de jinetes montados a caballo, que salvaba el foso y se iba agrandando hasta ocupar la anchura del patio de armas. El suelo estaba pavimentado con un adoquín gris y en mitad de la plaza, y ocupando dos tercios de su amplitud, se hallaba el formidable castillo con forma de martillo. Tenía una ligera concavidad central y varios ventanales con terraza en la fachada que quedaban mimetizados al estar los muros embaldosados de gris, al igual que el patio de armas.

Nada más entrar en la Fortaleza de Hierro, nos encontramos con una amplia antesala que comunicaba con varias dependencias y que contaba con una escalinata al fondo. Allí nos recibieron varios sirvientes que nos ofrecieron unas jarras de cerveza bien fría. Vulcano se la bebió de un trago, pero yo tenía la boca tan seca e irritada que tuve que tomármela poco a poco y, como tenía el estómago vacío, dejé casi la mitad para no agarrar una melopea. Después del refrigerio nos acomodaron en las habitaciones de la última planta.

Estaba tan cansado que lo primero que hice fue darme una ducha de agua fría, para ver si así me despabilaba un poco. Lo cierto es que funcionó, tanto que, cuando salí del baño y vi a Sherezade estirada encima de la cama con un batín fino que no dejaba casi nada para la imaginación, me quité la toalla que me cubría de cintura para abajo y salté a la cama al grito de:

—¡Esta vez no te me escapas!

En ese mismo instante se abrió la puerta y asomó la cabeza Ángelus, quedándose pasmado de la impresión.

—A comer, parejita —nos advirtió al tiempo que cerraba la puerta rojo de vergüenza.

Por un momento, nos quedamos cortados ante aquella inesperada interrupción, pero en cuanto nos miramos no pudimos contener la contagiosa risa que nos entró. Tuvimos que aparcar el tórrido momento para la noche y, después de vestirnos, salimos de la habitación para bajar a comer.

Ángelus nos esperaba en el pasillo y apenas abrió la boca mientras descendíamos las escaleras hacia la primera planta. Una vez estuvimos en el salón, se escabulló rápidamente para sentarse con Lizbeth y, como llegamos los últimos, tuvimos que aguantar las miradas curiosas mientras desfilábamos hacia la mesa presidencial. Por fortuna, Sherezade acaparaba la mayoría de

las miradas, aunque también pude percibir ciertas mirada de envidia por parte de algunos caballeros.

La comida sureña que nos sirvieron, pese a que me recordaba mucho a la que degustamos los días que estuvimos en la hacienda de Vulcano, me resultó más sabrosa y un poco más picante. También me sorprendió lo rica que era en vegetales y pescados, así como la frescura y variedad de los vinos blancos con los que maridaron los platos. Sin embargo, en aquel almuerzo sumamente protocolario eché en falta la espontaneidad de nuestras tertulias y, sobre todo, conocer todos los detalles del asalto a Rubí.

Esperé a que terminaran los postres y al ver que nadie parecía querer tomar la palabra al respecto, agarré la copa y, tras picarla con una cucharilla, declaré:

—Quisiera proponer un brindis por nuestros anfitriones, la reina Helga y el rey Sigmund, y por el gran recibimiento que nos han ofrecido los ciudadanos de Rubí —esperé a que todos los presentes izaran sus copas y proclamé—: ¡Por los reyes del Sur! —El salón vibró con el replique de las gargantas que se alzaron—. Pero ¡eso no es todo! —voceé, al ver que la gente hacía el gesto de tomar asiento—. Creo que los que tuvimos que jugarnos el cuello entrando en la cueva de la mina para liberar a Argos de las garras de las gorgonas nos merecemos, por lo menos, una explicación de cómo fue tomada Rubí para devolvérsela a sus legítimos mandatarios. ¿Quién quiere sacarnos de dudas? —pregunté al tiempo que me sentaba totalmente ruborizado.

Ángelus se levantó de la mesa y me miró con una sonrisa pintada en los labios.

—Ya tardabas demasiado en pedirnos que saciáramos tu ansiosa curiosidad, Hugo. Intentaré no retrasar por más tiempo ese momento —anunció antes de relatarnos los hechos.

»Después de pasarnos tres largos días haciendo unas pocas paradas para el descanso de los purasangres, en la madrugada del cuarto día avistamos la ciudad. Montamos un campamento en un cerro que hay en el bosque que linda con las murallas del oeste, desde donde podíamos observar los movimientos de la ciudad y del océano sin ser vistos, y esperamos la llegada de la noche para intentar infiltrarnos en su interior. El movimiento en la fortaleza era más que evidente, los arqueros poblaban los adarves mientras los artilleros ya habían montado los cañones y los morteros en el patio de armas de la Fortaleza de Hierro, signo inequívoco de que el espía que tenían en Gélida los había advertido de la arribada de la armada del oso blanco.

»Lo siguiente que hicimos fue elaborar la estrategia de asalto. Intentar trepar aquellas murallas era una misión imposible y tampoco queríamos arriesgarnos a utilizar la magia para no levantar las sospechas del lugarteniente que Andhra había dejado vigilando la ciudad. Empezamos a darle vueltas a la cabeza, pensando en una forma de salir del atolladero, hasta que Alexa recordó la estrategia que utilizasteis para tomar la fortaleza de Euríalo a través de una entrada secreta. Le pedí a Lizbeth que investigara con su bola de cuarzo por si descubría algo y halló una puerta oculta en una porción de la muralla que no quedaba muy lejos del lugar donde nos encontrábamos.

»Amparados por el bosque, descendimos por una senda y exploramos visualmente la muralla hasta que dimos con la entrada secreta, oculta entre unas madreselvas que crecían a los pies del muro. Esperamos a que oscureciera y, tras anular el candado que protegía la puerta, encendimos una tea que encontramos en la pared y nos adentramos por un angosto túnel. Tuvimos que recorrer el corredor encorvados y en fila india hasta que nos topamos con una escalera que nos condujo hacia el nivel superior. Una vez allí, tuvimos que escoger entre dos pasillos, uno que se dirigía hacia el norte y el otro hacia el sur. Tomamos dirección norte y subimos por una ligera pendiente hasta que nos encontramos con un muro que nos cerraba el paso. Alexa encontró con facilidad la trampilla que abría la puerta pero, antes de salir, Lizbeth consultó la bola de cristal para ver qué podíamos encontrarnos en el exterior. La salida del túnel conectaba con uno de los contramuros que colindaban con el patio de armas, pero por desgracia estaba muy vigilado.

»El ronco sonido de un cuerno nos alertó de que la flota de Gélica había sido avistada desde la Fortaleza de Hierro. Ese hecho provocó que los soldados que vigilaban aquel flanco corrieran hacia el otro extremo del patio para echar una mano a los artilleros que estaban preparando las baterías. Aprovechamos aquel momento de confusión para abrir la puerta del pasadizo secreto y recorrer a toda prisa el trecho que nos separaba de la puerta del castillo antes de colarnos en su interior.

»El vestíbulo estaba en penumbras y, pese a que había muy poco movimiento en la fortaleza, percibimos una poderosa presencia en las dependencias superiores. Nos acercamos a la escalinata y escrutamos con la mirada hacia arriba. Todo estaba en silencio y tranquilo, demasiado tranquilo. Nada más pisar un escalón, escuchamos unos espeluznantes ladridos que precedieron a unas precipitadas pisadas que bajaban a toda prisa por la

escalinata.

»En menos que canta un gallo, aparecieron en el rellano dos perros bicéfalos que echaban espumarajos por las bocas. Las alimañas eran considerablemente más grandes que un oso y sus cabezas estaban provistas de dientes afilados como cuchillas. Entre espeluznantes gruñidos, los monstruos fueron bajando lentamente las escaleras, obligándonos a ir retrocediendo por vestíbulo. Sin apartar la vista de aquellos ojos rojos que nos seguían sin pestañear, nos preparamos para repeler la embestida que se daría en cualquier momento.

»El primero saltó sobre Alexa, quien esquivó la dentellada por milímetros y, antes de que pudiera revolverse, lo dejó fuera de combate de dos certeros flechazos en sendas cabezas. El segundo fue a por Lizbeth, aunque conseguí abatirlo con un rayo que le disparé con el cetro de Horus antes de que la alcanzara. Las alimañas se quedaron tendidas inertes en el suelo y, acto seguido, corrimos escaleras arriba hasta que un ruido, procedente del vestíbulo reclamó alarmantemente nuestra atención.

»Eché la vista atrás y el único rastro que quedaba de las alimañas era una mancha de sangre negra en el piso. En aquel momento, una nube ocultó las tres lunas y la estancia se quedó en la más absoluta oscuridad.

»Nos reagrupamos en el rellano y nos mantuvimos alerta a cualquier movimiento que se produjera a nuestro alrededor hasta que se escuchó un sordo aleteo que procedía de lo alto del techo. Alcé la mirada justo en el momento en que se precipitaba una intensa llamarada sobre nosotros. Alexa consiguió protegernos del fuego activando su escudo de volatile antes de que nos redujera a cenizas. Asomé la cabeza, aprovechando que todavía no se había apagado el resplandor, y conseguí ver a nuestro nuevo atacante. Era un dragón de medianas proporciones que estaba sentado en una cornisa preparado para lanzarnos otra bola de fuego.

»Le hice un gesto a Alexa para que retirase la coraza y agité el cetro de Horus al tiempo que recitaba: «*Pacatum focus*». Del báculo brotó una lengua de fuego que impactó con la del dragón, desprendiendo un reguero de chipas que iluminó todo el *hall* del castillo. El dragón intensificó su ataque, pero mantuve firme el cetro pese a que la empuñadura me quemaba y la muñeca amenazaba con reventar de la presión que estaba soportando. No sé qué habría sucedido si en aquel momento no hubiera recibido la ayuda de Alexa, quien empuñó también el cetro para liberar su magia ancestral. La cabeza del halcón relampagueó y fagocitó el fuego antes de impactar contra el cuerpo

del dragón, haciéndole caer al suelo con estrépito.

»Nos sentamos en el rellano con la respiración agitada y sin dejar de mirar el bulto negro que yacía humeante en el suelo. No sabíamos qué otra bestia podría salir de su interior, al ver cómo el humo lo envolvía por completo pero, cuando se disipó, dejó al descubierto la silueta de un ser humano estirado bocabajo en mitad de un charco de sangre.

»Bajamos las escaleras y, al darle la vuelta, descubrimos que era un hombre de complexión fuerte y cabellos rubios, que tenía una grave herida en el hombro derecho. Supuse que aquel infeliz era el primo de Vulcano y deseé acabar con su miserable vida en aquel momento, pero afuera se escuchó el primer cañonazo de los artilleros de Rubí y comprendí que todavía podía sernos de utilidad.

»Alexa le curó las heridas y, tras anular sus poderes con un conjuro, lo obligamos a que diera la orden de rendición a los ejércitos de la ciudad. Lo cierto es que los soldados acogieron con suma alegría aquella orden, pues implicaba no tener que luchar contra sus hermanos de Gélida, y aún fue mayor la felicidad cuando liberamos a la reina Helga de las mazmorras y al rey Sigmund del hechizo de la bruja blanca.

»Así fue cómo liberamos Rubí de la tiranía de Andhra y se reencontraron los ejércitos del oso blanco y de la Fortaleza de Hierro bajo una misma bandera», concluyó, desatando los aplausos de los presentes.

Aquella no fue la única sorpresa de la noche. Nada más acabar el relato, Vulcano se levantó y, tras hacer tintinear la copa con una cucharilla, anunció:

—Hoy es un día de plena felicidad para mí pues, después de pasar por un sinfín de vicisitudes, he regresado a casa para reunirme con mi familia. Me fui con la terrible pena de haber tenido que abandonar a mi madre a su suerte y odiando a mi padre, tanto que pensé que jamás lo podría perdonar —confesó con la voz entrecortada—. Pero en ese viaje he conocido a mucha gente y he visitado mundos en los que he vivido extraordinarias aventuras rodeado de amigos. La amistad es el mejor regalo que me he encontrado por el camino. ¡La amistad y el amor! —añadió, mirando cariñosamente a Alexa—. Gracias a tu generosidad y comprensión estoy hoy aquí, con mi familia y amigos, y puedo afirmar con orgullo que gracias a ti he aprendido a ser una mejor persona. Por ti quiero brindar —dijo alzando la copa—. ¡Por Alexa, el amor de mi vida! —Brindamos a su salud pero, cuando Alexa iba a tomar asiento, Vulcano la tomó de la mano y declaró—: Tú me has salvado de caer en manos de mi propia estupidez y vanidad, me has ayudado a comprender

que es mejor dar que recibir y has conseguido que cicatricen las heridas de mi corazón. Sé que no eres amante de ser el foco de atención y que me voy a ganar una buena reprimenda en privado, pero hoy debo rubricar este gran día proclamando mi amor por ti y por eso voy a preguntarte —dijo, poniéndose de rodillas—: Alexa, ¿quieres ser la mujer que comparta la vida conmigo?

De inmediato, se produjo expectante silencio en la sala y fue tan prolongado que, cuando vi que Alexa se mordía el labio con cara de circunstancias, me temí lo peor.

—Sí, quiero... —dijo con un hilo de voz.

Vulcano sacó una sortija de oro y la alojó en su dedo anular. La estancia vibró con los vítores de los presentes anunciando la buena nueva. Alexa puso la mejor de sus sonrisas y la alegría de todos contrastaba con mi cara.

—¿No te alegras por ellos? —me susurró Sherezade.

—Pues si quieres que te diga la verdad, no, ¡no me alegro nada! ¿No ves que Alexa no es feliz? —Sherezade apagó el semblante—. Pero ¿y a ti qué te pasa?

—¿Tengo que decírtelo?

Parecía que tenía dos frentes abiertos y mi especialidad no era, precisamente, la de apagar fuegos pasionales.

—Alexa es mi amiga y me preocupo por ella, nada más... No sé a qué vienen esos celos —alegué haciendo el ademán de cogerla la mano.

Sherezade la retiró y miró hacia otro lado frunciendo el ceño. En ese momento Alexa se levantó de la mesa y salió a la terraza, aprovechando que Vulcano estaba recibiendo las felicitaciones de sus allegados. Miré a mi amada con la indecisión pintada en la cara.

—Ves tras ella, tontorrón, pero no olvides a quién pertenece tu corazón —musitó Sherezade con la mirada gacha.

Sorteé a las personas que se pusieron por el camino, perseguido por la sagaz mirada de Ángelus, y salí a la terraza. Alexa estaba apoyada en la barandilla, mirando al vacío.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás con tu querida novia? —me soltó cuando me puse a su lado.

—¿Tienes que preguntármelo? —Alexa fijó la vista en el anillo y se mordió el labio sin poder contener las lágrimas—. Es normal que tengas dudas y que...

—¡No, no es normal! —atajó mirándome con los ojos enrojecidos—. No es normal que me muera de celos por Sherezade. No es normal que desee

mirar a Vulcano como ella lo hace contigo. No es normal que no deje de pensar en ti. No es normal que...

Ya no pudo aguantar más y rompió a llorar. La abracé y le acaricié los cabellos con un nudo en la garganta. Cuando cesaron los sollozos, Alexa me empujó y volvió a mirar al océano apoyada en la baranda. Estaba claro que quería estar a solas.

—Date un poco de tiempo y verás las cosas más claras, ¡ya lo verás! —dije antes de dar media vuelta.

Alexa me agarró fuertemente del brazo y me besó inesperadamente en los labios. Por un breve instante, su beso fue correspondido, pero en ese momento supe que mis labios no querían besar otros que no fueran los de Sherezade. Nada más separarme de ella, volteó el cuerpo y se echó a llorar, escondiendo la mirada al otro lado de la barandilla.

Me encaminé hacia la puerta, enfadado conmigo mismo, y, al alzar la vista, vi que Sherezade miraba la escena con la cara desencajada. Quise reaccionar, pero ya había dado media vuelta y desaparecido de mi vista. Eché a correr hacia la puerta y lo primero que hice cuando entré al salón fue mirar a Vulcano. El forjador alzó la vista y me sonrió henchido de felicidad. «*Pero ¿qué haces ahí parado, idiota?*», me recriminó Ángelus mientras me hacía un gesto para que fuera tras ella.

Subí corriendo las escaleras y recorrí el pasillo hasta que me aposté en la puerta de nuestra habitación. El corazón se me iba a salir por la boca y me entraron unas tremendas ganas de llorar al pensar en la supina estupidez que había hecho.

Al abrir la puerta vi que Sherezade estaba llorando encima de la cama, pero nada más verme dio media vuelta y se puso mirando hacia la ventana. Me armé de valor y me dirigí a la cama con decisión.

—¿Cómo has podido hacerme algo tan horrible? —me gritó, saltando de la cama. Intenté decirle algo, pero ella me acalló con una bofetada—. Hugo, ¡vete de mi vista! ¡No quiero volver a verte nunca más!

—Cariño, deja que me explique...

—¡Te odio! ¡Vete! —me gritó—. ¿¡No me oyes!? ¡Lárgate de aquí, monstruo!

Sherezade me dio la espalda y empezó a llorar a mares. Giré mis pasos y me dirigí hacia la puerta de la habitación con el corazón roto. Agarré con rabia el pomo y me tragué las lágrimas antes de abrir. «*Pero ¿qué estoy haciendo? ¡Yo amo a esa mujer!*».

Di media vuelta y retorné sobre mis pasos con determinación. Sherezade se revolvió y me miró con odio, pero no vacilé. La agarré por la cintura y la atraje hacia mí.

—No voy a intentar convencerte de que lo que vieron tus ojos no fue real pero, antes de que me echés de tu vida, quiero que mires en mi corazón, ¡él no te engañará! —advertí poniendo su mano en mi pecho. Sherezade intentó quitar la mano y me miró torciendo el gesto, pero me mantuve firme hasta que tuve el convencimiento de que había transmitido mis sentimientos por ella a través de mi mirada—. Ahora ya sabes lo que siento por ti y solo te corresponde a ti decidir si...

Sherezade se me echó a los brazos y, sin dejar de mirarme a los ojos, me besó.

Nuestros cuerpos rodaron por el colchón sin que se despegaran nuestros labios. Nos desnudamos con la inocencia de quien descubre el amor por primera vez e hicimos el amor delicadamente, despertando cada uno de los sentidos, sin prisas y explorando cada rincón de nuestros cuerpos para hacerlos vibrar con cada caricia y con cada beso.

Y, mientras dejábamos fluir a los sentidos hacia el infinito, supe que mi alma no volvería a errar sola nunca más.

Los sueños se sucedieron aquella noche de una manera inusual. En el primero aparecí con Gabriel en el interior de una cripta contemplando el par de sarcófagos que había en mitad de la estancia. Mi amigo me hizo un gesto y lo ayudé a quitarles las tapas, dejando al descubierto sendos cuerpos tapados con unas sábanas blancas. Gabriel se acercó a uno de ellos y, al destaparlo, apareció el rostro de mi padre. Con el corazón en un puño, me acerqué al otro cuerpo y, tras descubrirlo, me sobresalté al identificar mi propio rostro. Miré a Gabriel, pero ya no estaba allí.

Al instante sobrevino la oscuridad.

En cuanto mis ojos se acostumbraron a la penumbra, descubrí que estaba delante de un espejo, pero en el reflejo vi que estaba desnudo y con la apariencia que tenía antes de la maldición. De pronto apareció detrás de mí Alexa. Estaba desnuda y vi cómo me conducía hacia el pie de una cama deshecha, donde empezamos a besarnos hasta que caímos sobre el colchón para hacer el amor. Quise apartar la vista, pero me pareció ver moverse una sombra en un extremo de la habitación y, al fijar la mirada, distinguí unas facciones que me revolvieron las entrañas. Era El Señor Oscuro, vestido de negro, y se acercaba al lecho empuñando una daga dorada. Quise advertirlos del peligro gritándoles, pero solo conseguí que El Señor Oscuro me mirase con una pérfida sonrisa. Entonces intenté romper el espejo dándole un puñetazo, pero este desapareció y de la inercia caí hacia un oscuro vacío.

Empecé a dar vueltas sin parar y a gran velocidad hasta que conseguí estabilizar mi cuerpo y me quedé mirando bocabajo. Delante de mí se abría una gran extensión marrón en la que se podían distinguir tres diminutas figuras geométricas que resultaron ser las pirámides de Keops, Kefrén y Micerino en mitad del desierto.

Como era de esperar, cuando impacté contra el suelo me desperté con un fuerte sobresalto.

—¿Qué te pasa, cariño? —me preguntó Sherezade preocupada.

Estaba sentada encima de la cama. Al mirar por la ventana, descubrí que todavía era de noche.

—¿Ya estás despierta?

—Desde el primer manotazo que me has dado en sueños —dijo aguantándose la risa—. Pero ¿qué clase de pesadillas estabas teniendo?

En ese momento recordé mi onírico encuentro sexual con Alexa y me sulfuré. «¿Habré hablado en sueños?», pensé horrorizado.

—Cosas horribles y misteriosas. Pero ¡los sueños, sueños son! —dije saliendo del paso—. Perdona si te he hecho daño, cariño.

—Si quieres mi perdón, tendrás que ganártelo, guapo —me soltó Sherezade al tiempo que se ponía a horcajadas encima de mí.

Con tanta noche de pasión, se nos pegaron las sábanas y, cuando bajamos a desayunar, solo quedaba en el comedor un mozo que recogía las mesas. Según nos contó el camarero, nuestros compañeros habían bajado al puerto para despedir a Norman quien regresaba a Gélida y, como no queríamos que se marchara el general sin despedirnos de él, almorzamos rápido y bajamos a toda prisa al puerto.

Por fortuna todavía no había zarpado el barco de Norman y nos reunimos con todos en la dársena. También estaban allí Argos y, a su lado, un enorme oso blanco al que vigilaba Biel.

—¿Cómo estás, mi señora? —le preguntó el chico a Sherezade, mirándola rojo de vergüenza.

—¿Quieres dejar de molestar, mocoso? —voceó Norman soltándole un capón. El pobre se apartó, sonrojado y con la mano en la cabeza—. ¡Estos chavales...! —dijo echándole una cómplice mirada a Sherezade—. Bueno, no quería marcharme sin despedirme de vosotros. Vulcano me ha dicho que ya solo os queda encontrar *la puerta de puertas* para abrísela a los dioses —anunció sonriente. «¡Ojalá sea tan fácil hacerlo como decirlo!», pensé—. Eso quiere decir que tenemos que darnos prisa para estar preparados para una inminente partida hacia la guerra.

—Así es, pero todavía nos queda un largo camino por recorrer antes de que consigamos abrir *la puerta de puertas* y estoy convencido de que el reino del Sur estará preparado cuando sea llamado a la guerra —le comenté, alzando la vista para mirarlo a los ojos—. Norman, ha sido un placer conoceros a ti y a tu hijo Biel. Sin vuestra ayuda habría sido imposible conseguir vencer a la bruja blanca.

—Déjate de tanto cumplido, que me vas a hacer llorar. ¡Venga, dame un abrazo, maese Hugo! —añadió Norman, premiándome con el famoso abrazo del oso sureño—. Y tú, mi señora Sherezade, debes prometerme que, cuando acabe todo, lo convencerás para que vengáis a pasar unos días a Gélida —añadió mientras le plantaba un par de besos en las mejillas.

—Tienes mi palabra, Norman —dijo, una sonriente Sherezade—, pero solo si tú me prometes que vendrás a visitarnos, con tu familia, al reino de Oriente. El desierto también ofrece un espectáculo maravilloso cuando se ilumina con la luz de nuestra luna llena.

El general dio una fuerte palmada y exclamó:

—¡Es hora de partir!

El gran Norman subió a bordo de la galera junto con su hijo Biel, y, tras levar anclas y zarpar, permanecieron en la cubierta diciéndonos adiós hasta que el barco salió de la bahía.

—¿Adónde iréis ahora? —le preguntó la reina Helga a Vulcano mientras caminábamos por el muelle de regreso a la ciudad.

El forjador se encogió de hombros y me miró pasándome la patata caliente a mí.

—Si he de serte sincero, Helga, no sé adónde nos llevarán las gemas mágicas —le confesé rascándome la cocorota—. Pero, si no se equivoca mi intuición, no iremos a parar muy lejos del lugar donde se encuentre la quinta gema, el cuarzo blanco.

—Pero no os iréis hasta después de la boda, ¿verdad? —replicó el rey Sigmund.

Vulcano detuvo el paso y miró a su padre con un gesto que no supe interpretar.

—Hemos estado hablando esta noche y hemos decidido no pasar por el altar, papá —dijo dejándome anonadado—. ¡Es decir, no hasta que acabe la guerra! Entonces, celebraremos un banquete como no se haya visto uno igual en los cuatro reinos —precisó simulando una sonrisa.

—Pero no os iréis hasta después de comer, ¿no? —terció el rey.

Ambos hombres se fundieron en un emotivo abrazo en el que no cabían las palabras y tomamos rumbo hacia Rubí para realizar los preparativos de nuestra marcha.

Después de almorzar, recogimos los bártulos y salimos al patio de armas,

donde nos despedimos de los reyes. Allí nos aguardaba el unicornio alado y un retén de lanceros de la guardia real montados en purasangres sureños.

Dejamos que Vulcano se despidiera de sus padres y luego abrí la puerta dimensional.

—Estoy muy orgullosa de ti, hijo mío —declaró la reina Helga después de abrazar a Vulcano.

—Lo sé, mamá. Yo también te quiero mucho... a los dos —añadió dándole un abrazo a su padre—. Bueno, tenemos que irnos. Argos os mostrará el camino cuando llegue el momento.

—Mi querida Alexa, cuídate y cuídalo, que es como un niño grande — señaló la reina mientras se despedía de ella.

—Así lo haré, Helga —dijo Alexa, abrazándose a Vulcano.

Nos colocamos en el umbral de la puerta y, mientras mis compañeros lo atravesaban, eché la vista al frente y mi pensamiento se fue con Gabriel.

No me sorprendió que, tras la puerta, nos encontráramos delante de las pirámides de Guiza. El sol declinaba por el horizonte y su luz mostraba la belleza del desierto. Sherezade contemplaba la pirámide de Keops como si estuviera viendo las puertas de Aaru. Sin embargo, el sol era de justicia, así que tuvimos que apostarnos a la sombra de la pirámide para pensar en cual sería nuestro próximo movimiento.

—¿Estamos en la Tierra? —me preguntó Marcel mientras se desabrochaba los botones de la camisa.

—Si no fuera porque no presiento vida alguna en este lugar, hubiese afirmado que sí —dije quitándome el abrigo.

—Pero existe una conexión entre ambos mundos, de eso estoy completamente convencida —añadió Alexa pensativa—. ¿No percibís la extraña energía que surge de las pirámides?

—¿No será la magia de *la puerta de puertas*? —vaticinó Tian Shui.

Marcel se cruzó de brazos y empezó a acariciarse la barbilla con serio semblante.

—No sería de extrañar. Yo diría que nos encontramos en una dimensión paralela a la Tierra y a Aaru, y, por ende, muy próxima a la barrera ultradimensional. Esa debe ser la razón por la que percibimos que en este lugar confluyen diferentes energías. La cuestión es, ¿en qué pirámide se hallará *la puerta de puertas*? —razonó el druida.

Tenía la intuición de que las tres pirámides estaban relacionadas entre sí pero, si hubiese tenido que apostar por una, lo habría hecho por la de Keops.

—¿No puedes verlo en tu bola de cristal, Lizbeth? —le preguntó Aurora.

—La puerta es invisible para todos excepto para aquel que debe encontrarla —alegó la vidente, echándome una sagaz mirada.

—Sea como sea, yo no entro ahí dentro de noche —voceó Vulcano dando una palmada—. ¿Por qué no montamos un campamento y buscamos algo de leña para preparar la cena? Pronto anochecerá y podremos disfrutar de una magnífica velada en este marco de incomparable belleza —añadió posando la vista en la mayor de las pirámides.

—Tienes razón, amigo mío. Ya tendremos tiempo de explorar la pirámide mañana —alegó Ángelus mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo.

Lo único que yo sabía de aquel lugar era lo que me había explicado Gabriel durante las largas charlas que manteníamos en casa los días de lluvia. Sabía que la pirámide de Keops tenía cinco cámaras: la del rey, la de la reina, la de descarga, la antecámara y la subterránea, y que se accedía a ellas a través de sendos canales que penetraban en las entrañas de la gran pirámide.

A unos trescientos metros descubrimos que había un oasis, por lo que dirigimos hacia allí nuestros pasos y, mientras ayudaba a Vulcano a recoger leña para hacer un buen fuego, los demás se encargaron de montar el campamento.

Una vez estuvieron montadas las tiendas de campaña y encendido el fuego, nos fuimos a dar un baño en un manantial que habíamos encontrado en un recodo del oasis. Con el frescor de la noche, cocinamos unos chorizos sureños a la brasa y, después de cenar, nos sentamos alrededor de la hoguera para recordar aventuras al calor del fuego. Contemplar la pirámide de Keops iluminada por las estrellas fue un espectáculo sinigual y Aurora se puso a cantar una canción que me hizo estremecer.

«La noche se cierne sobre las tres de Orión y las estrellas lloran porque no hallan el amor. Cuenta la leyenda que la gran pirámide escuchó la plegaria de una de ellas y el amor le concedió. La estrella se enamoró del misterio de la piedra y de lo que albergaba en su interior, y fue tanta la dicha que la estrella desplegó, que un apuesto galante en su ápice apareció y con esta cantinela su amor le entregó. Desde entonces cada noche se reúnen para cantarle al amor, la pirámide enamorada y la estrella de Orión».

Aquella canción fue el colofón perfecto para aquella mágica noche de estrellas y pirámides enamoradas.

El día amaneció gris y los nubarrones que tapaban el cielo amenazaban con una inminente tormenta. La temperatura refrescó bastante y comenzó a soplar el viento, levantando una molesta polvareda. Recogimos el campamento y buscamos la forma de entrar en la pirámide de Keops para refugiarnos en su interior antes de que arreciara la tormenta. Fue Alexa la que encontró la entrada, al percibir el rastro de la magia ancestral, a unos dieciséis metros de altura, por el lado norte. Escalamos hasta alcanzar una estrecha plataforma y allí descubrimos que había una puerta basculante disimulada en la pared. En ese momento escuché un ronco murmullo y, al mirar al horizonte, vi que se nos estaba acercando una tormenta de arena. Por fortuna, conseguimos entrar en la pirámide antes de que nos alcanzaran las fuertes ráfagas de viento.

Gracias a las antorchas que habíamos fabricado con unos tallos de

espadañas que encontramos cerca del manantial, pude guiarme por el entramado de pasillos de la pirámide siguiendo mi intuición. Cogimos el pasaje ascendente de la pirámide hasta que llegamos al pasillo horizontal que nos condujo a la cámara de la reina. El habitáculo, que era rectangular y estaba abovedado, tenía unos cinco metros y medio de largo por poco más de cinco de ancho y contaba con un alto techo cubierto por amplias losas.

Nada más entrar en la sala tuve la sensación de que el tiempo se había detenido y que el espacio carecía de sentido. Parecía todo tan irreal... Mientras inspeccionamos la austera cámara de la reina, comenzaron a temblar los cimientos de la pirámide como si estuviera siendo sacudida por un huracán.

—Parece que hay un buen lío ahí afuera —silbó Vulcano—. Es como si el mismísimo Seth estuviera aporreando la puerta de la pirámide.

—No sé qué estará pasando en el exterior, pero creo que no cesará hasta que hayamos encontrado lo que hemos venido a buscar —vaticinó Tian Shui con su aséptica frialdad—. Hugo, creo que ha llegado el momento de que salgas a buscar la última gema.

Miré a la sacerdotisa indeciso.

—Creo que tiene razón, Hugo —apuntó Alexa—. Cuanto antes lo hagas mejor. Me siento claustrofóbica en este lugar.

Mis compañeros se sentaron en el suelo y me miraron con la expectación pintada en sus caras.

—Bueno... esperadme aquí —dije, por decir algo, antes de dar media vuelta y abandonar la cámara.


—¡Espera, Hugo! —Sherezade se me acercó y me dio un beso de despedida—. Ten mucho cuidado, mi amor.

Salí de la sala de la reina y retrocedí por el pasadizo para coger la gran galería que ascendía a la cámara del rey. Cuando llegué a la antesala, descubrí que estaba cerrada a cal y canto. «¿Qué diablos está pasando aquí?», me dije mientras buscaba en las paredes algún dispositivo oculto de obertura. Finalmente mis dedos tropezaron con una diminuta hendidura que, tras accionarla, deslizó una baldosa que dejó al descubierto una oquedad en la que se veía un sistema de cuerdas y poleas.

Metí el brazo y al estirar del cabo escuché, en la pared que tenía delante de mí, el sonido de una hoja que se deslizaba por una ranura. Continué estirando y ascendió una pesada losa, dejando abierta otra oquedad que dejó pasar una ráfaga de aire fresco. A esa losa la siguieron dos más antes de que se quedara

liberado el paso. Até la sogá a un soporte colocado con aquel fin en el hueco de la pared y cogí la antorcha antes de atravesar el umbral. En el techo había unos canales de ventilación, así que me quedé un momento respirando un poco de aire puro antes de entrar en la cámara.

Lo cierto es que me esperaba encontrarme una estancia digna de un rey, pero lo que hallé fue un austero espacio rectangular y un sarcófago de granito rojo vacío. Inspeccione palmo a palmo la sala, enfocando la antorcha en cada rincón, pero no encontré nada que me llamase la atención. Finalmente, tuve que darme por vencido y me senté en el suelo para secarme con un pañuelo el sudor que me caía a chorros por la frente. Hacía tanto calor y estaba tan agobiado que tiré la antorcha lejos de mí. Fue entonces cuando me pareció ver una imagen en un costado del sarcófago, reflejada por el fuego.

Me levanté y, tras recoger la tea, me postré a los pies de la tumba para examinarla con mayor detenimiento. En efecto, la vista no me había fallado. Encontré incrustado en la piedra un pequeño símbolo que me hizo estremecer: . Reseguí su contorno hasta que descubrí que cedía a la presión. Tomé aliento y, tras presionar el símbolo, el granito cedió emitiendo un chasquido. A continuación, se abrió un agujero a mis pies por el que caí a una rampa.

No pude ni gritar de la velocidad que cogí con el descenso; me limité a apretar los brazos contra el cuerpo y a esperar que aquel oscuro túnel no acabara en profundo precipicio. Fue una larga caída, pero al poco rato la rampa reviró y vi una luz a mis pies. Abrí las piernas para intentar frenar con los pies y eso evitó que el golpe que me di contra el suelo fuera más fuerte y doloroso.

Caí bocabajo y del impacto se me llenó la boca de arena. Me incorporé e intenté ubicarme mientras escupía la tierra, pero hasta que no sedimentó la intensa polvareda no pude ver que me encontraba en una estancia iluminada por lámparas de aceite ubicadas en unos estantes de la pared. Lo más sorprendente de aquella sala era que había una barca funeraria de más de cuarenta metros de eslora, casi seis de manga, y metro y medio de calado suspendida en el aire y moviéndose como si estuviera siendo agitada por unas olas invisibles.

Me acerqué lentamente a la barca y miré hacia la cubierta para ver si podía ver a alguien allí, pero la embarcación, aparentemente, estaba vacía. Agarré un cabo y subí a la cubierta. No había nadie en el castillo de popa y en su interior había una banqueta situada al lado del timón. Al acercarme a la proa

vi que en la punta del trinquete había una cabeza de halcón. De repente, escuché un ruido a mi espalda y, al girarme, vi que se había desplegado la vela por el mástil. Acto seguido, se hinchó y la barca empezó a moverse a gran velocidad. La inercia me envió hacia la popa y me habría empotrado contra el castillo de no haberme agarrado al palo.

En un abrir y cerrar de ojos me encontré navegando en mitad de un ancho río iluminado por la luz del sol. Tuve que agarrarme al mástil de la nave para evitar que los vaivenes producidos por las olas me tirasen al suelo y, al mirar hacia el castillo de popa, vi que el timón se movía según algún rumbo secreto. Como no tenía nada qué hacer, me limité a disfrutar del paseo en barco, apoyado en la barandilla de estribor.

El desierto se extendía a ambos lados del cauce y hasta dónde alcanzaba la vista. La fresca brisa que me acariciaba el rostro me hizo sentir como un lobo solitario que surcaba los cinco mares. Pero el viaje no iba a durar demasiado tiempo, pues el timón viró el rumbo de la barca, llevándola hacia aguas más tranquilas, y al girar por un meandro se metió por un canal. Se replegó la vela y la barca se fue acercando lentamente a la orilla hasta que se atoró en un pequeño embarcadero.

A unos cincuenta metros había una cabaña de madera por cuya chimenea brotaba un hilillo de humo. Eché el ancla y, tras amarrar la barca a una roca, puse rumbo hacia la casita. La fachada solo contaba con una puerta y una diminuta ventana, pero estaba bien cuidada y en el porche había unas macetas con claveles.

Me detuve delante de la puerta pero, cuando hice el ademán de picar, se me adelantó una melodiosa voz.

—Puedes pasar, amigo, la puerta está abierta.

Empujé la hoja y, tras entrar en la casa, me encontré en un salón, alumbrado por un quinqué y calentado por un fuego a tierra, en el que había un peculiar personaje. Era un hombre de avanzada edad, sentado en un anticuado escritorio de escribano. El individuo vestía con un viejo uniforme azul deslucido, llevaba unas potentes gafas de culo de botella y con la mano izquierda tomaba notas con una pluma sobre un cuadernillo mientras con la otra manejaba hábilmente un ábaco.

Me quedé parado en mitad de la puerta, contemplando el desangelado salón y al misterioso sujeto, hasta que este alzó la mirada y posó sus miopes ojos sobre mí.

—¿Qué haces ahí parado? Pasa, hombre. Te estaba esperando —me

comentó antes de volver a centrarse en su trabajo.

Cerré la puerta y me senté en el único lugar del salón en el que podía hacerlo: un apollillado butacón que había enfrente del escritorio que crepitó, nada más apoyar el culo, como si se fuera a desplomar echo trizas por mi peso.

—Mi nombre es Hugo y lo cierto es que no sé qué estoy haciendo aquí —me sinceré al ver que el escriba seguía con su tarea sin prestarme la menor atención.

—Ya lo sé y, aunque te parezca inverosímil, es lo que suele pasarle a todo el mundo que viene a mi casa —señaló sin levantar las gafas del cuaderno.

—¿Me conoce usted, señor...?

El hombre dejó de escribir y me miró con unos inteligentes y grandes ojos azules.

—Mi nombre es Ashir. No te conozco, ¡claro que no! —me soltó torciendo el gesto.

—Como ha dicho que me esperaba...

—Y no te quito la razón; he dicho que te esperaba, pero no que te conociera —me rectificó, con un tonito que no me gustó—. Pero mi tiempo es oro, así que ya puedes ir diciéndome qué es lo que buscas, maese Hugo.

Aquel hombre me tenía contrariado.

—Pero ¡si te acabo de decir que no sé qué estoy haciendo aquí!

Ashir dejó la pluma en el tintero y me miró por encima de las lentes con gesto impaciente.

—Te he dicho que me digas qué es lo que buscas, no lo que haces aquí. ¿Es que no escuchas, cabezota? —replicó torciendo el gesto—. Ahora vayamos al grano... Verás, yo me dedico a buscar cualquier tipo de objeto, material o inmaterial, siempre y cuando exista lo que me pida el cliente. ¿Puedes decirme ahora qué andas buscando?

—¿Eres un mercader?

—¡No, no y no! —advirtió dando un puñetazo en la mesa—. Yo no mercadeo con nada ni con nadie, tan solo busco lo que me pide el cliente.

—Creo que ya lo entiendo. ¿Eres un buscador de tesoros?

—Pero ¿qué clase de cabeza hueca eres? ¿Buscador de tesoros...? ¡¿Yo?! —se mofó—. A ver, chico listo, seguro que estás aquí porque andas detrás de algún objeto que no sabes dónde está, ¿me equivoco? —Negué con un gesto—. Pues yo soy el profesional que te dirá dónde puedes encontrarlo. ¿Lo pillas ahora?

Esta vez, me tomé mi tiempo antes de aventurar:

—Entonces... ¿eres un adivino, no?

El individuo se quitó los gruesos lentes y los estampó contra el escritorio.

—¡Soy un buscador profesional! Tú me dices qué buscas y yo te digo dónde está —dijo remarcando cada una de las palabras para que me quedara claro—. Ahora, ¿puedes decirme qué es lo que quieres encontrar? —dijo con un tono más calmado.

—El cuarzo blanco, ¿ha oído hablar de él? —dije casi con temor de ganarme otra reprimenda.

Ashir alineó las patillas de los lentes, que se habían doblado con el golpe, y se los ajustó detrás de las orejas.

—Si has venido a buscar una gema, estás en el lugar indicado. ¡Soy especialista en la materia! —subrayó mientras cogía la pluma del tintero—. ¿Pagarás en efectivo o en especie?

—¿Cobras por ello? Entonces ¿eres un mercader! —certifiqué, llevándome una reprimenda con su mirada.

—Soy un profesional que cobra por sus servicios, pero eso no me convierte en mercader, ¿te ha quedado claro? —precisó alzando la vista—. Volviendo al asunto, mi tarifa depende de si el cliente es capaz o no de encontrar lo que busca. Por ser tú, solo tendrás que pagarme una cuarta parte del valor del objeto hallado.

—¿Y eso equivale a...?

—¿Quieres que te haga un presupuesto, maese Hugo? Sin compromiso, ¡claro! —me preguntó con ojos perspicaces—. ¡Perfecto! —exclamó sin esperar mi respuesta—. Espera un momento. Consulto en mi tratado de equivalencias y te doy un precio cerrado.

El contable sacó un vetusto libro de uno de los cajones de su escritorio y, tras hacer una breve consulta, alzó la vista y empezó a cálculos con el ábaco. Al rato, dejó de trastear el tablero y me miró arrugando la nariz.

—¿Me saldrá muy caro? —dije preocupado.

—No creo que tengas suficiente dinero para pagarlo —respondió cerrando el libro.

Aquel viejo cabezota me estaba sacando de quicio.

—A ver si lo he entendido bien... ¿Sabes dónde puedo encontrar el cuarzo blanco? —Ashir asintió con un gesto—. Entonces tiene que haber alguna forma de pagarte. Has dicho que podía pagarte en efectivo o en especie, ¿verdad?

—¿Así que estás sin blanca, eh? Bueno, ¡a ver qué podemos hacer! —dijo ajustándose los lentes—. La información solo puede pagarse con otra información, pero dudo que puedas saber algo que me pueda interesar.

—¿Por qué no me pones a prueba? ¡Venga, piensa! ¿Habrá alguna cosa que te interese saber, no?

—Tal vez... —dijo alzando la vista—. ¡No, claro que no puedes hacerlo! —resolvió negando con la cabeza.

—Pero ¿¡qué clase de estupidez es esta!?! —salté, cansado de tanto misterio—. ¿Quieres decirme qué es lo que quieres saber?

Ashir tomó la pluma y, tras sacudirla un poco en el tintero, abrió la libreta por una página en blanco y comenzó a escribir con una caligrafía exquisita. Cuando acabó, giró la libreta y me la acercó.

—Lee el contrato y, si estás de acuerdo, firma debajo de tu nombre, por favor —señaló.

Cogí el cuaderno y lo orienté a la luz del quinqué. El convenio dictaba así:

«Casa de Ashir. Día cuarto del año setenta y dos, del octavo siglo del trigésimo quincuagésimo octavo milenio del tercer eón.

»Los presentes, el profesional buscador Ashir y Hugo, rey de la dimensión de Oriente, pactan lo siguiente:

»Ashir se compromete a informar a Hugo, de forma fidedigna y veraz, sobre la ubicación exacta del cuarzo blanco.

»Por su parte, Hugo se compromete a pagar por los servicios de búsqueda de Ashir ofreciéndole, de forma fidedigna y veraz, información sobre cómo encontrar el amor verdadero, siempre y cuando el cliente encuentre el objeto deseado.

*»Firmado: Ashir
Hugo».*

Firmado:

—¿Quieres saber cómo se encuentra el amor verdadero? —pregunté extrañado.

—¡Sabía que no serías capaz de poderme pagar! —replicó retirándome el contrato.

—¡Espera un poco, Ashir! —dije poniendo la mano encima de la libreta—. Sé la respuesta, aunque desconozco cómo lo podrás alcanzar.

El escriba sonrió.

—Me basta con eso, maese Hugo.

—Pues el amor verdadero...

—¿Qué estás haciendo? —me interrumpió—. Solo tendrás que abonar tu deuda en el caso de que consigas encontrar el cuarzo blanco. ¿No leíste el contrato? Ahora, si estás de acuerdo con los términos, firma debajo de tu nombre y te diré dónde se oculta la gema mágica.

Tomé la pluma y estampé mi firma en el papel. Acto seguido, Ashir firmó su parte y cerró el cuaderno, dejándolo encima del escritorio.

—¿Y bien? —dije con impaciencia.

El buscador profesional se ajustó los lentes y me miró con un ojo ligeramente estrábico.

—El cuarzo blanco se encuentra en el Inframundo. Allí lo tendrás que ir a buscar —dijo, recostándose tan pancho en el respaldo del butacón.

—¿En el Inframundo? Pero ¡si para ir allí hay que estar muerto!

—Te advertí que te revelaría el lugar, no cómo llegar allí. No obstante, creo que no es la primera vez que has estado allí, ¿verdad?

¡Ashir tenía razón! Ya había acompañado a Gabriel al Inframundo y lo había ido a rescatar. Entonces recordé que mi amigo había recorrido un trecho por el Inframundo en una barca, *Mesektet* la llamó él, y tuve una corazonada.

—Ashir, ¿adónde lleva el río?

El escriba abrió los ojos como platos.

—Al Inframundo, pero para poder atravesar sus fronteras necesitas de una barca llamada...

—¡*Mesektet*! —exclamé chasqueando los dedos—. La tengo varada ahí afuera.

—*Mandyet* —me rectificó—. Digo que se llama *Mandyet* la barca en la que has venido. Si no llegas a las fronteras del Inframundo antes de que anochezca, la barca desaparecerá y te quedarás atrapado en este limbo. —Su confesión me descorazonó—. Pero ¡no pongas esa cara, hombre! No vendría nada mal contar con un ayudante y tú pareces majo. —Al ver mi cara de asombro, añadió—: Este es un negocio en auge, Hugo.

—¿Y cuánto falta para que anochezca? —le pregunté, declinando su ofrecimiento.

Ashir se levantó y se acercó a la ventana.

—¡Uy! Si te espabilas y cuentas con un poco de suerte, aún lo puedes conseguir —respondió.

Antes de que acabara la frase ya me había plantado en la puerta.

—¡Muchas gracias por todo, Ashir! Espero poder pagar algún día la deuda.

Salí de la cabaña y eché a correr hacia la *Mandyet*. El cielo se empezaba a teñir con los cárdenos tonos del atardecer. Deshice el nudo con el que había amarrado la barca y, tras levar el ancla, puse rumbo hacia el Inframundo.

Mandyet surcaba veloz por unas embravecidas aguas, tanto que temí que hiciera zozobrar la embarcación. El paisaje iba cambiando por momentos a medida que el sol se acercaba a su cénit. Los campos de trigo que proliferaban a ambos lados del río fueron substituidos por un terreno pedregoso y sin vegetación hasta que todo el campo visual fue ocupado por el desierto.

Miré al frente y vi cómo se empezaba a formar una fuerte tormenta. Los negros nubarrones se iban amalgamando y tiñendo de violetas al tiempo que las aguas del río empezaban a hacer tambalear a *Mandyet*. La embarcación continuó hasta que una fuerza invisible la empujó hacia una ensenada que había al margen del río. Parecía que se me habían cerrado las puertas del Inframundo y estaba a punto de anochecer.

Dejé la barca solar en el remanso y me encaminé por una senda que bordeaba las dunas hasta que a los lejos vi un templo. Corrí hacia aquel lugar y me detuve delante de la puerta. El pilono daba acceso a una antecámara desde la que partían los peldaños de una escalera que descendía hacia un nivel subterráneo. Bajé los grandes escalones, iluminados por la luz de las teas que prendían en las paredes, y llegué a una sala perfumada con incienso.

La estancia tendría unos cuarenta metros cuadrados y estaba ricamente decorada con pinturas egipcias y jeroglíficos de exquisito colorido. El techo representaba el cielo estrellado, con la constelación de Orión como protagonista, y el único mobiliario que tenía era un estante repleto de túnicas de lino blancas y un altar de granito verde. En ese momento percibí una presencia y apareció, por una puerta en la que no había reparado, un hombre musculado, muy alto y moreno, con la cabeza cubierta con una máscara de chacal.

—Bienvenido al templo de Osiris, Hugo. Mi nombre es Anubis y has sido llamado para cumplir con una delicada misión —anunció con una grave voz.

«¿He sido llamado?», cavilé sintiendo un escalofrío.

—¿Estoy en el Inframundo? —le pregunté alzando la vista.

—Estás en sus puertas —precisó sin variar el tono de su voz.

—Pero yo necesito entrar en...

Anubis me acalló con un taxativo gesto y luego declaró:

—Hay una misión mucho más importante que debes cumplir antes de encontrar el cuarzo blanco pero, antes de que pueda revelártelo, debes purificar tu alma —añadió, haciéndose a un lado para que pudiera pasar a través de un portal que no estaba antes allí.

Atravesé el umbral y, tras recorrer un corto pasillo, aparecí en una estancia en la que había una piscina. Miré a Anubis y éste señaló con el brazo hacia el agua, por lo que entendí que tenía que sumergirme allí. Me quité la ropa por completo y fui descendiendo por la escalerilla hasta que me quedé cubierto de agua hasta el cuello. El dios chacal me instó entonces a que me sumergiera por completo y así lo hice.

En aquel momento creí que había entrado en un estado de total ingravidez. El agua desapareció y me vi flotando en una especie de burbuja en la que vi pasar todos los acontecimientos de mi vida en un breve lapso de tiempo. Sin embargo, la última visión no pertenecía a mi pasado y me dejó muy turbado.

Vi un inmenso vacío de oscuridad en el que fluctuaba una sombra blanca y vaporosa. La energía que desprendía aquella materia era de tal intensidad que me quedé sin aliento al sentir cómo intentaba absorber mi energía vital. Me resistí con ímpetu y la sombra se revolvió hasta transformarse en una mujer. Era bella y, a la vez, cruel. Sus ojos reflejaban el universo pero de una forma distorsionada y a su alrededor danzaban unos entes casi invisibles que se unieron para tirar de mí. Tuve que apelar a toda mi fuerza de voluntad para evitar que me llevaran con ellos, sobre todo cuando se sumó una abominable presencia. Entonces apareció una luz que me liberó de la ansiedad y de todos mis miedos.

¡Nunca me había sentido tan profundamente conectado conmigo mismo y, al mismo tiempo, tan liberado de todo lo que lastraba mi existencia!

Cuando emergí del agua, fue como hubiese vuelto a nacer. Comprendí que mis problemas eran relativos, incluso la muerte. Subí por la escalerilla y, una vez estuve en la superficie, Anubis me rasuró por completo el cuerpo y me untó el pecho con aceite de cedro. Luego me entregó una túnica de lino blanco y me vestí con ella antes de regresar con él a la sala contigua.

—¿Qué tienes que decirme, Hugo? —me preguntó Anubis nada más entrar en la cámara.

—He comprendido que la vida es tan solo un tránsito hacia la muerte y que estoy preparado para enfrentarme a ella. Pero antes tengo que saber una cosa —dije intentando ver a través de aquella oscura máscara de chacal—: Gabriel no ha dejado de existir, ¿verdad? Lo he presentido cuando ella me llamaba.

—Mi hermano sigue su camino como tú debes seguir el tuyo —se limitó a decir—. ¿Has visto el peligro que acecha al otro lado del universo conocido y lo que pretende hacer con todo lo que fue, es y será?

Asentí con la cabeza.

—Era la muerte, ¿no? —le pregunté.

—Es mucho peor, Hugo. Lo que viste era la Nada, una calamidad que solo vosotros podéis frenar —anunció.

—¿La Nada? —advertí inquieto.

Anubis cruzó los brazos en el pecho y me reveló:

—La Nada fue lo que existió antes de todo; antes de mis padres, de mis hermanos y del universo. Ahora quiere recuperar lo que es suyo y solo hay una manera de evitarlo; eliminar el enlace que la mantiene conectada a este lado del universo antes de que consiga el poder que le permita romper la barrera que la separa de nosotros —me explicó.

—Pero ¿cómo ha podido pasar inadvertida hasta ahora? —alegué contrariado.

—En realidad, la Nada lleva manifestándose durante mucho tiempo a través de los seres que trabajan para ella. ¿Te suenan los *devoradores de sombras*, verdad? —desveló, dejándome pasmado—. El problema es que no hemos podido relacionarlos con ella hasta que intentamos ponernos en contacto con el guardián del templo del Origen para que nos informase de una perturbación que percibió Osiris, procedente de más allá del universo conocido. Entonces descubrimos que los *devoradores de sombras* habían establecido su cuartel general allí y que el guardián había caído bajo el influjo de la Nada.

Aquella declaración me puso los pelos de punta.

—Entonces ¿la energía vital que usurpan los *devoradores de sombras* la recaudan para la Nada? —Anubis asintió—. ¿Y qué es lo que pretende hacer si consigue romper esa barrera?

—La aniquilación de todo lo conocido para volver a instaurar una época de absoluto vacío y oscuridad.

—¡Tenemos que detenerla! Pero ¿cómo...? También he percibido la presencia de un ser perturbador a su lado. ¿Quién es él? —le pregunté, con un

nudo en la garganta.

Anubis posó sus manos en mis hombros y me miró fijamente.

—Todo ser en el universo tiene su parte complementaria y la Nada no es ajena a esa norma. Pero Él no debe preocuparnos pues lo único que desea es estar con ella, no le importa nada más. —Anubis se dirigió hacia el altar y, tras extender el brazo por encima, apareció un mapa tridimensional en el que aparecía una colosal construcción—. Este es el templo del Origen y se encuentra en los confines del universo conocido, en la dimensión del espacio-tiempo. Ese lugar tiene una peculiaridad que lo hace único, pues en él se halla la puerta dimensional que comunica con el otro lado del cosmos.

—¿Qué hay más allá? —dije, interrumpiendo su discurso.

—Un universo paralelo desconocido: el lugar donde habita la Nada —respondió—. Pero eso no es lo más importante que debes saber. La única barrera que separa a la Nada de nosotros es *la puerta de puertas* y esa es la razón por la que no debes abrirla antes de romper la conexión que nos conecta con ese universo paralelo.

—Pero el Caos...

—El Caos puede esperar, Hugo. Ahora es la Nada el enemigo a batir pues, si ella gana, perderemos todos —sentenció, haciendo desaparecer el mapa.

Era evidente de que aquella información lo cambiaba todo.

—¿Y cómo podemos llegar al templo del Origen?

—Eso es fácil, pues la puerta que comunica con él se encuentra en la pirámide de Keops y tú eres el portador de las gemas mágicas —señaló—. La gran pirámide fue construida por Horus en el único lugar de la Tierra donde confluyen la energía del universo y la magia ancestral, la dimensión del Espacio. Su estructura piramidal, orientada hacia los cuatro puntos cardinales, alberga también los cuatro portales dimensionales que conectan con los lugares más distantes del universo y que se encargan de ocultar a la puerta única, aquella que conduce a todas las demás —me reveló—. Una de esas puertas conduce al templo del Origen.

—¿Qué ha sido de su guardián?

—Es precisamente ese guardián el motivo que más debe preocuparos, pues en su día fue el más poderoso de los magos de la Luz —advirtió aplacando su tono de voz—. Se llama Thot y fue el primer inmortal que crearon los dioses, por lo que lo dotaron con el poder de la sabiduría, de la magia, de los sueños, de los conjuros y del control del espacio-tiempo. Fue tan amado por los dioses que Osiris le concedió el honor de gobernar el templo del Origen.

—¿Por qué abriría Thot el portal dimensional?

—Eres muy sagaz, Hugo. Thot siempre tuvo predilección por el dragón negro, pues lo consideraba el más vulnerable de todos los dioses, y sabemos que este acudió al templo del Origen cuando el Caos perdió la guerra. Lo que desconocemos es cómo lograría convencerlo para que abriera la puerta, pues Thot sabía perfectamente que lo que pretendía encontrar el dragón negro al otro lado del universo era un supuesto poder supremo con el que derrocar al Orden —reveló—. Por desgracia, la Nada debió aprovechar una brecha en la barrera espacio-tiempo, cuando se abrió el portal dimensional, para infiltrar a los *devoradores de sombras* y hacerse con el control de la voluntad de Thot. Vuestra misión será entrar en el templo del Origen y encontrar un antídoto que revierta el conjuro con el que la Nada controla al guardián, pues Thot construyó el puente que enlaza ambos universos y solo él lo puede destruir.

—¿Y vosotros...? ¿Vosotros no podéis hacer nada?

Anubis bajó la cabeza y respondió:

—Ya lo hemos hecho. Por esa razón estás ahora aquí.

Para variar, volvía a recaer la responsabilidad sobre nuestros hombros.

—¿Cómo vamos a conseguirlo?

—Como lo habéis hecho hasta ahora, Hugo —afirmó, juraría que con un tono de voz entusiasta—. No te entretengo más. Tenemos dos frentes abiertos y el tiempo se agota.

—¿Y cuándo tendré otra oportunidad de llegar al Inframundo tan buena como esta? Todavía no he encontrado el cuarzo blanco ¡y estoy tan cerca que...!

—Ahora no es el momento de preocuparse por eso. No obstante, si te sirve de consuelo, confío en que también encontrarás la forma de hacerlo, ¡ya lo verás! —dijo dándome unas cariñosas palmadas en los hombros—. Ha llegado la hora de que abandones este lugar. Te acompaño a la salida, amigo mío. Seguro que Gabriel se siente orgulloso de ti.

Anubis me acompañó a la escalera pero, antes de abandonar el templo, me giré y le pregunté:

—¿Cómo llegaré a la pirámide?

—*Mandyet* conoce el camino de regreso. Déjate llevar.

Miré al dios chacal y asentí, con muchas dudas rondando por mi cabeza.

—Hasta pronto, Anubis —dije a modo de despedida.

—Gracias por haber cuidado tan bien de mi hermano —advirtió antes de darme un abrazo—. Todo saldrá bien, Hugo.

Di media vuelta y empecé a subir los escalones que me llevarían a la superficie. Estaba a punto de anochecer y, cuando llegué a la barca solar, descubrí que estaba orientada a contracorriente. Solté el amarre y nada más subir a cubierta, la vela del mástil se desplegó y *Mandyet* comenzó a navegar.

Me senté en el banco de popa y me abandoné en mis pensamientos. El misterio de los *devoradores de sombras* había sido desvelado, pero solo para atraer a las tinieblas. ¿Qué podíamos hacer contra un poder ante el cual ni los dioses podían hacer frente? Pero entonces apareció una llama de optimismo en mi corazón con la que desterré mis desvelos: había presentido a Gabriel muy cerca de mí y sabía que nunca me abandonaría.

Me acurruqué en la banqueta y gracias al vaivén de las olas, me quedé profundamente dormido.

Desperté con un gran sobresalto. Por un momento no supe dónde estaba pues me hallaba envuelto por la oscuridad. Palpé por el suelo hasta que mis manos tocaron un objeto cilíndrico que me resultó familiar. Cogí la antorcha y, al trastear en la tea, descubrí que todavía estaba caliente. Busqué a tientas mi mochila y saqué el pote de aceite con el cual embadurné la tea antes de encenderla con una cerilla.

Me sorprendió ver que me encontraba en la cámara del rey. Busqué en el sepulcro el símbolo que recordaba haber visto allí, pero no había ni rastro de él. «¿Qué diantres ha pasado aquí?», medité mientras me colgaba la mochila a la espalda. Entonces recordé lo que me había dicho Anubis y me puse en marcha.

Salí de la cámara y descendí por la gran galería para luego torcer por el pasaje que me llevaría a la cámara de la reina.

Alexa se levantó como un resorte cuando me vio aparecer.

—¿¡Ya estás aquí!? ¿Te has dejado algo? —me preguntó con gesto contrariado.

Me quedé parado sin entender de qué me estaba hablando.

—Pero ¡si llevo horas fuera! —exclamé.

—¡Qué va! No hace ni cinco minutos que te has marchado —me soltó Vulcano mientras se levantaba del suelo.

—No es posible, yo... —En ese momento caí en que el concepto espacio-tiempo debía estar distorsionado en aquel lugar—. Es igual, tengo una información muy importante que compartir con vosotros.

Después de narrarles todo lo que había averiguado en la casa de Ashir y en el templo de Osiris, valoramos las opciones que teníamos para llevar a buen término la misión que nos había encomendado Anubis.

La prioridad era hallar un conjuro que anulase la magia con la que la Nada controlaba la voluntad de Thot y, para ello, estuvimos todos de acuerdo en

que el que mejor podía llevar a término esa parte de la misión era Ángelus gracias a sus conocimientos de las doctrinas del manuscrito de Ceres. Sin embargo, estaban los *devoradores de sombras* y, como sospechábamos que no nos iban a poner nada fácil que pudiéramos llegar hasta el guardián, se nos ocurrió que Ángelus utilizara la capa de Neftis para pasar desapercibido para esas criaturas mientras Alexa y Tian Shui se encargaban de mantenerlos a raya con su magia. Los demás tendríamos un papel secundario pero imprescindible: hacer de cebo para distraer a Thot y a los *devoradores de sombras*.

Una vez concretado el plan, recogimos los bártulos y nos pusimos en marcha. Como de costumbre, dejé que fuera mi intuición la que guiara nuestros pasos y estos nos condujeron hacia el nivel inferior, justo hacia la cámara del Caos, la más subterránea de todas.

En cuanto Ángelus se tapó con la capa, abrí la puerta dimensional y atravesamos el umbral. Nada más poner un pie en la dimensión del espacio-tiempo tuve la sensación de que había entrado en un lugar maldito. Una tenue neblina se encargaba de darle al paisaje un aspecto decadente. El sol lucía como un fantasmagórico astro en lo alto del cielo gris y extendía un bochornoso calor, aunque lo peor de todo era sentir la marea de energía vital que fluía en una inequívoca dirección. Hacia allí pusimos rumbo, deambulando cabizbajos, hasta que en la distancia se vislumbró el contorno de una construcción. Aceleramos el paso con la esperanza de que en el interior del templo pudiéramos liberarnos de aquella angustiada sensación, pero nada más lejos de la realidad: allí, incluso, era mucho peor.

La primera estancia que encontramos nada más entrar en el templo del Origen fue una antesala de techos abovedados. El suelo era de mármol blanco y de las paredes de granito rojo pendían unas pinturas en la que se representaban unos retratos de los dioses. Cuando mis ojos se detuvieron en los rostros de Horus y de Hathor, se removieron mis emociones, pero teníamos que continuar, pues la sensación de cansancio era cada vez más acusada por mucho que las magas intentaban protegernos de la acción de los *devoradores de sombras*.

Al fondo de la antesala nos encontramos con una puerta de madera, cerrada a cal y canto.

—La puerta está cerrada con llave —señaló Lizbeth después de accionar el pomo.

—Es solo madera. ¡Abridme paso! —dije mientras me abalanzaba sobre

ella empuñando a Labrys.

Descargué un golpe con todas las fuerzas de las que dispuse, pero la afiladísima hoja del hacha ni siquiera pudo rallar la madera y de la inercia retrocedí hasta caerme de culo.

—¿Por qué no miras lo que hay en su interior? —le preguntó Marcel a la vidente.

Lizabeth sacó la esfera y al rato apareció una imagen bastante nítida en la que se veía una gran sala cuyas paredes estaban repletas de relojes de péndula. Cada uno marcaba una hora diferente, pero el mismo segundo, y parecían estar acompasados con un gran reloj ubicado en el centro de la estancia. Este constaba de una circunferencia vacía, carente de manecillas y de números, y de sus entrañas salía un péndulo que penetraba en el suelo a través de una hendidura que recorría casi la totalidad del salón. No obstante, lo más destacado de aquella estancia era el dispositivo que se alzaba en un extremo, muy parecido a una lanzadera, que conectaba con un electrizante umbral dimensional.

—¿Os habéis fijado en eso? —susurró Vulcano, boquiabierto—. Es una maravillosa obra de ingeniería mágica que integra los elementos más puros y bellos, como el acero, el adamantino y el titanio, con la magia ancestral. Este dispositivo solo puede haberlo creado el maestro de maestros de la forja. ¡Tengo la piel de gallina! —certificó mostrando el brazo.

Yo también tenía el vello erizado, pero no por la misma razón.

—¡Chis! He detectado una poderosa presencia ahí adentro —musitó Lizabeth fijando sus ojos azules en la bola.

En efecto, en medio de la estancia apareció una fulgurante nebulosa que, tras mantenerse levitando unos momentos, se fue transformando en un hombre de larga cabellera cobriza y musculado cuerpo, vestido con un traje azul marino. El sujeto fue girando sobre sí mismo hasta que pudimos verle la cara con nitidez. Tenía un rostro de hermosas facciones, tez bronceada y unos ojos grises como la ceniza, y parecía estar escrutando con los sentidos hasta que alzó la vista y la fijó en nosotros.

Lizabeth dio un respingo, igual que los demás, antes de tapar la bola de cuarzo con el paño. Al instante sentí cómo mis fuerzas empezaban a flaquear de forma alarmante.

—¡Thot nos ha descubierto! —nos alertó Alexa con un hilo de voz—. Entremos adentro y acabamos cuanto antes con esta misión.

Vulcano tomó carrerilla y estampó su hercúleo cuerpo contra la puerta,

pero esta no cedió ni un milímetro. Entonces fue Alexa la que intentó abrirla utilizando la magia ancestral, aunque obtuvo el mismo resultado. «¡*Utiliza la llave, Hugo!*», se coló una dulce voz en mi cabeza. No sabría precisar a quién pertenecía, pero me hizo recordar la llave de oro que me había entregado Esperanza en Aaru.

Me quité el colgante del cuello y agarré la diminuta llave para orientarla a la cerradura, pero, de pronto, sentí una profunda desazón y tuve que apelar a toda mi fuerza de voluntad para introducir el llavín en la cerradura y abrir la puerta.

—¡Adentro! —insté a mis compañeros, quienes parecían haberse quedado petrificados.

Nada más entrar en el salón de los relojes, con el incesante ti-tac martilleando en mi cabeza, me encaminé decididamente hacia Thot, quien nos observaba con una desafiante mirada.

—¿Quién se atreve a entrar en mis dominios? —bramó, amenazándonos con su bastón.

Alcé la vista y murmuré:

—Aquellos que te harán recordar tu traición.

Thot se carcajeó haciendo tambalear los cimientos del templo.

—Sois muy osado, pero pronto descubrirás que nadie puede eludir el efecto de los *devoradores de sombras*. ¡Ni siquiera la muerte podría resistirse a nuestro poder! —replicó atravesándome con sus ojos grises.

«¡*Hugo, no aguantamos más!*», retumbó la voz de Alexa en mi cabeza al tiempo que se desplomaba delante de mí. Eché la mirada a mi alrededor y vi a mis compañeros en el suelo. Thot me miraba con una mordaz sonrisa.

—¡No subestimes al señor de la Tierra! —le grité al tiempo que saltaba sobre él blandiendo a Labrys.

Lo que sucedió a continuación carecía de cualquier lógica. Me vi atrapado en una especie de ingravidez que me dejó suspendido en el aire. Intenté golpearlo con el hacha pero mis brazos no obedecían a mi mente y me limité a resignarme ante mi suerte. Todo dependía de Ángelus y hasta el momento no había dado señales de vida.

—¡Qué sorpresa! —se carcajeó, mirándome con ojos curiosos—. Tengo delante de mí al portador de la llave de *la puerta de puertas*. Y ha venido a mi templo... pero ¿para qué? —dijo a la vez que se me acercaba—. ¿Qué estás haciendo aquí, maese Hugo? ¿Quién te envía?

Quise responderle pero no me brotó la voz. Thot chasqueó los dedos y, de

pronto, volví a sentir el peso de mi cuerpo y me precipité al suelo. «¿A qué estás esperando, Ángelus?», pensé mientras me levantaba, renqueante, del suelo.

—Ya te lo he dicho. He venido a...

—Te ha enviado Anubis, ¿verdad? —comentó sin quitarme la vista de encima—. ¡Claro que sí! Te habrá contado esa paparruchada de la Nada y que traicioné a los dioses abriéndole la puerta a Sejmet, ¿verdad? Me lo estoy imaginando... —añadió con rencor—. Thot, el bienhadado de los dioses, el primero de los inmortales y el más querido de los magos blancos, ¡y el mayor traidor de la historia! Pero yo te pregunto... si tanto me amaban, ¿por qué me condenaron a vivir en los confines del universo hasta el final de los tiempos? ¿Por qué me sentenciaron a vivir solo en este infernal lugar?

—¿Eso fue lo que te prometió el dragón negro a cambio de tu perfidia? ¿Qué clase de libertad se le da a un esclavo? —le recriminé.

Thot sacudió el bastón y volvió a estamparme contra el suelo.

—El dragón negro ya es historia, lo es desde que atravesó ese umbral y desató a la bestia —dijo echando la vista hacia el portal dimensional—. La Nada es la libertad absoluta, la verdadera diosa de todo y de todos... ¡Juntos gobernaremos un reino sinfín! —advirtió con una demente sonrisa.

—¡Un reino vacío, Thot! Un reino sin nada ni nadie a quien gobernar. ¿Eso es lo que te prometió?

—Pronto lo averiguarás, cuando tu energía vital forme parte de ella —se revolvió enfurecido. Por un momento pensé que aquel era el final, pero Thot controló el genio y, suavizando la voz, añadió—: ¡Únete a nosotros y tal vez ella tenga piedad de ti! Solo tienes que abrirle *la puerta de puertas*.

—¡Jamás! —bramó Ángelus, apareciendo de la nada. La voz pilló por sorpresa a Thot, quien tan solo pudo voltear la cabeza para ver cómo el mago le exorcizaba—: ¡*Revelare identâtis!*

Del cetro de Horus brotó un rayo blanco que se precipitó sobre Thot como una exhalación, pero este interpuso su bastón y contraatacó con un relámpago gris que hizo ceder el poder de Ángelus. El mago apretó las mandíbulas, intentando mantener el cetro firme, y resistió la embestida, pero entonces se materializaron unas sombras a su alrededor y sentí cómo intentaban arrebatarme su energía vital.

No podía abandonar a mi amigo a su suerte. Empuñé a Labrys y volví a descargarla sobre Thot. Esta vez estuve muy cerca de golpearlo, pero en el último momento agitó el bastón y el hacha retrocedió tornándose en contra de

mí. Cerré los ojos cuando tuve el filo de Labrys delante de mis narices y contuve la respiración mientras esperaba el mortal impacto.

Pero lo único que sentí fue un fuerte destello y el desgarrador grito de Ángelus que clamaba, insistente: *¡Revelare identâtis!*

El fulgor apenas duró un instante, pero fue tan intenso que tardé varios minutos en poder ver con claridad. No supe qué era lo que había pasado hasta que vi el cuerpo inerte de Thot en el suelo. Enfrente estaba Ángelus. Respiraba con agitación y tenía los azafranados cabellos erizados y la mirada perdida. Jamás había contemplado tal concentración de poder en un mismo ser, ni siquiera cuando estuve delante del dragón gris. Ángelus había dado el paso definitivo para convertirse en el más poderoso de los magos de la Luz.

Miré a mi alrededor y vi a mis compañeros tirados por el suelo.

—No están muertos, Hugo, pero tendré que rescatarlos uno a uno antes de que sus almas atraviesen hacia el otro lado del universo conocido. Los *devoradores de sombras* los han dejado casi sin energía vital —apuntó Ángelus antes de ponerse manos a la obra.

—¿Qué puedo hacer yo?

El mago, que estaba arrodillado al lado de Aurora, alzó la mirada y respondió:

—¿Puedes encargarte de despertar a Thot? Estará un poco aturdido después de haberse anulado el hechizo de la Nada, pero nada que no pueda curar un poco de tu ponche de fuego.

Me situé al regazo del señor del templo del Origen y, tras darle un par de golpecitos en las mejillas, comenzó a parpadear. Le incorporé un poco y le di de beber un sorbo de ponche. Su respuesta fue inmediata. Thot se incorporó agitado, con la respiración entrecortada.

—¿Y Sejmet? ¿Ha regresado el dragón negro? —me preguntó antes de volver a perder el conocimiento.

Miré a Ángelus y este me tranquilizó con un gesto.

—Se pondrá bien, déjalo descansar. ¿Puedes darles un poco de tu elixir a los demás?

Dejé a Thot durmiendo en el suelo y fui haciendo lo que me había encargado mi amigo.

—¿Qué ha pasado con los *devoradores de sombras*? —pregunté—. Antes los he visto, pero ahora ya no percibo ni rastro de ellos.

—Se han desvanecido al desaparecer la magia que hechizaba a Thot, pero volverán si no cerramos esa puerta de inmediato —declaró, echando una inquietante mirada a la lanzadera—. En cuanto acabes, despiértalo. Todavía nos queda una tarea pendiente por hacer.

En cuanto acabamos de reanimar a nuestros amigos, me acerqué a Thot y lo desperté llamándolo por su nombre. El mago fijó sus ojos en los míos y se incorporó, mirando con gesto confundido a su alrededor.

—¿Qué ha pasado aquí?

—¿No recuerdas nada de lo que ocurrió después de que le abrieras la puerta al dragón negro? —le pregunté.

Thot parecía demasiado aturdido para contestar y le di un sorbo de mi medicina.

—Tuve que hacerlo... —se limitó a decir.

—¿Cómo que tuviste que hacerlo? Tiene que haber una explicación que justifique hacer esa locura —le increpó Ángelus.

—¡Debemos cerrar esa puerta! ¡Debemos cerrarla ya! —dijo al posar la vista en la lanzadera.

Thot se levantó y recogió el bastón del suelo antes de acercarse a la estructura metálica que conectaba con el portal dimensional.

—¿Me puede ayudar alguien a desmontar la lanzadera? —preguntó, echando la vista atrás.

Vulcano se prestó a hacerlo con una sonrisa pintada en la cara y, mientras desmantelaban el dispositivo, me acerqué a Sherezade para ver cómo se encontraba.

—Estoy bien, Hugo, soy más fuerte de lo que piensas —señaló sonsacándome una sonrisa—. Por cierto... ¿Te has dado cuenta?

—¿De qué? —pregunté extrañado.

—Del líder en el que te has convertido —susurró para que no lo escucharan los demás.

Miré hacia otro lado antes de que me salieran los colores y, al hacerlo, mi vista tropezó con Tian Shui. Tenía el gesto preocupado y parecía ensimismada. «¿Qué le pasará?», me pregunté mientras me dirigía hacia ella, pero antes de alcanzarla, el vozarrón de Vulcano captó nuestra atención.

—¡Ya está! —exclamó, con la frente cubierta de sudor.

—Aún no —le corrigió Thot.

Habían desmontado la parte de la lanzadera que enlazaba con la puerta dimensional, pero esta todavía continuaba refulgiendo con un misterioso brillo. Thot agitó el bastón y el portal dejó de destellar, cortando para siempre la conexión que tenía con el universo paralelo. Aun así, en su cara no había cabida para la alegría.

—¿Qué te pasa, Thot? —le preguntó Alexa, en cuanto vio que el mago caía al suelo.

La maga impuso las manos y liberó una parte de su energía con la que Thot pareció recuperar el aliento.

—Hasta hoy solo habían pisado este templo Isis, Osiris, Horus y Sejmet, y ahora tengo el honor de recibir a los seres que, para bien o para mal, van a decidir el destino de todo lo conocido hasta este momento. Muchas gracias por ayudarme, Alexa —anunció Thot, forzando una sonrisa.

—¿Nos conoces? —le pregunté.

—Tengo la maldición de saberlo todo, Hugo, aunque no es mérito mío: me crearon así —se justificó mirándome fijamente a los ojos—. Por eso sé que estáis juzgando mi comportamiento y que no entendéis por qué le abrí la puerta a Sejmet, aun a sabiendas del mal que desataría al hacerlo, pero os puedo asegurar que no traicioné ni a mí ni a mis dioses al abrir ese portal —señaló cabizbajo.

—¿Por qué no nos lo explicas? —le instó Marcel.

—El universo sigue expandiéndose y lo seguirá haciendo por siempre jamás, más allá de las fronteras de este templo. Mi función en la dimensión espacio-tiempo es vigilar todo lo que ocurre al otro lado, en el universo paralelo —dijo mirando de soslayo hacia el portal dimensional—. No os voy a negar lo duro que fue para mí saber que Osiris me había encomendado hacerme cargo del control del templo del Origen, condenándome a una vida de eterna soledad, pero la soledad te confiere una increíble virtud de la que solo eres consciente con el tiempo: la clarividencia. Por esa razón, cuando Sejmet se presentó aquí y me expresó lo que sentía al haber sido maldito con el don de generar el Caos y vivir a la sombra de sus hermanos, no tuve otro remedio que darle la razón y empatizar con él pues, en cierto modo, no éramos tan diferentes —declaró sin temblarle la voz.

—¿Cómo pudiste escuchar las patrañas de un ser que representa a la quintaesencia del mal? —le recriminó Vulcano.

Thot agitó el bastón y apareció una ventana en la pared a través de la cual podía verse un vacío de profunda oscuridad. De repente apareció un

gigantesco torbellino multicolor que se manifestó por un breve lapso de tiempo pero que desprendió una energía que me sobrecogió el alma.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Alexa aterrada.

—Acabáis de ver a Magnum, el amante de la Nada, y lo que habéis contemplado tan solo es una parte del poder que puede liberar cuando se siente furioso —respondió antes de quedarse ensimismado mirando al vacío.

—¿Por qué está furioso? —se interesó Aurora.

—Porque, para que este lado del universo pueda seguir expandiéndose, el otro lado debe menguar, y esa circunstancia hace que la Nada se debilite y no quiera saber nada de él —dijo mirando cariñosamente a la estrella—. Como habéis podido comprobar, el dragón negro es un niño en pañales a su lado, pues no hubo, hay ni habrá otro ser tan letal como Magnum a ambos lados del universo. Afortunadamente, él no es consciente de su poder... por ahora —declaró Thot, volviendo a fijar la vista en la ventana—. ¿Sigues manteniendo que Sejmet es la quintaesencia del mal, maese Vulcano?

El forjador negó con un gesto y bajó la vista.

—¿Y ese poder era el que deseaba hallar Sejmet para derrotar a sus hermanos, verdad? ¡Por esa razón le abriste la puerta al dragón negro! —le recriminó atravesándole con la mirada.

—¿¡Te has vuelto loca!? —le reprendió Thot—. Abrí esa maldita puerta para acabar con la eterna disputa que existe entre el Orden y el Caos de una vez por todas —añadió dejándonos boquiabiertos—. Llevo eones viendo cómo el poder de Magnum no cesa de crecer al no poder contentar a su amada aun dándole lo que ella más anhela. Él no sabe que tiene la llave para abrir la puerta que la separa de nuestro universo, pero sé que es solo es cuestión de tiempo que Magnum lo descubra y, entonces, todo estará perdido —anunció antes de cerrar la ventana con el bastón—. Lo único que puede mantener a raya esa amenaza es una alianza de todas las fuerzas, tanto del Orden como del Caos, que vele para contener a Magnum si algún día decide actuar. Así se lo advertí a Sejmet cuando vino a pedirme que le abriera el portal. Por desgracia, sabía que el dragón negro no daría su brazo a torcer hasta que no viera con sus propios ojos el mal que acecha más allá del universo conocido y le abrí la puerta sin saber que la Nada acechaba detrás del umbral.

—¿Y dónde está ahora Sejmet? —le preguntó Lizbeth.

Thot apagó el gesto.

—Huyendo de las garras de Magnum. Ignoro por cuanto tiempo podrá

ocultarse de él. Tenemos que intentar sacarlo de allí antes de que sea demasiado tarde.

—Demasiado tarde, ¿para qué? —le preguntó Aurora preocupada.

—Para evitar que Magnum capture al dragón negro y lea en su mente lo que sabe sobre su poder. Si cae Sejmet, caeremos todos, y solo hay una manera de sortearlo —dijo apoyándose en su bastón—: abrirle *la puerta de puertas* ahora que ya no hay peligro de que la Nada pueda entrar a través de ella.

—¡Y un cuerno! —explotó Vulcano—. Si el dragón negro escapa de ese lugar, ¿quién nos asegura que no intentará aplastarnos como a cucarachas?

—No lo hará —intervino Ángelus, con gesto pensativo—. Ahora comprende que el Caos tiene su importancia en el equilibrio cósmico y sabe que su poder también se puede complementar con el de sus hermanos. ¡Por fin ha podido encontrarle un sentido a su caótica naturaleza! —aseveró—. Pero me temo que el problema vendrá de manos de El Señor Oscuro. Lo conozco y sé que jamás aceptará luchar al lado de la Luz.

Ángelus tenía razón.

—¿A qué vienen esas caras? —exclamé golpeando con el mango de Labrys en el suelo—. Hemos conseguido romper con el enlace por el que se nutría la Nada y, al liberar a Thot de su encantamiento, sabemos cómo podemos poner fin a una contienda condenada a perpetuarse en el tiempo y a llevarse miles de vidas. ¿Qué importancia tiene ahora El Señor Oscuro que no tuviera antes? —alegué—. Ya solo nos queda un paso que dar y pasa por abrir *la puerta de puertas* y exterminar la verdadera amenaza del Caos.

Thot esbozó, por primera vez, una sonrisa sincera.

—Todas las decisiones conllevan unas consecuencias y lo único que espero es no haberme equivocado. Sé que al abrir esa puerta desaté una reacción en cadena que cambiará el destino de todos, y quizá me lo jugué todo a una carta actuando de forma egoísta, pero ¡así me lo dictaba el corazón, aun a riesgo a equivocarme! —razonó apagando el gesto—. ¿Podréis perdonar mi acto egoísta?

Ángelus tomó la palabra, en nombre de todos, cuando afirmó:

—No hay nada que perdonar, Thot. Hugo no lo podría haber dicho mejor ni más claro. Estamos más cerca que nunca de lograr un objetivo inalcanzable y eso, amigo mío, te lo deberemos a ti —certificó dándole un cordial golpecito en el hombro—. Me temo que lo que depara el destino no depende de un solo acto, aunque son los pequeños actos los que provocan grandes

cambios, pero, por lo menos, tendremos la conciencia tranquila al saber que hemos luchado hasta el final por nuestros ideales.

Así eran las cosas. En la vida no solo hay blanco o negro, existen un sinnúmero de matices que pueden cambiarlo todo, y a esa máxima nos deberíamos agarrar para afrontar el incierto futuro que aparecía por el horizonte.

Nos despedimos de Thot en la puerta del templo del Origen y, cuando salimos al exterior, fuimos conscientes de lo cambiado que estaba todo. La neblina había desaparecido dejando al descubierto un maravilloso paisaje. El sol de poniente tocaba las copas de los árboles que circundaban el templo, sacando a relucir unos tórridos tonos otoñales, y, en el horizonte, una mar turquesa competía en belleza con el azul estival.

Descendimos por una ligera pendiente y nos paramos a la sombra de un nogal. Tenía que comunicar algo muy importante a mis compañeros antes de llegar a la puerta dimensional.

—Amigos míos, debemos prepararnos para asumir unos retos que ni la mente más demente habría sido capaz de imaginar. El primero es intentar que el aceite ligue con el agua y eso no va a ser nada fácil de conseguir. En cuanto reúna las cinco gemas mágicas abriré *la puerta de puertas* y, por lo que sabemos, no solo para los dioses de la Luz —precisé—. Sin embargo, antes de que eso ocurra tenemos que informar a los cuatro reinos de la nueva amenaza y de lo que implicará tener que hacerle frente. Sé que podremos conseguirlo, pero el tiempo cuenta en nuestra contra y ya no hay vuelta atrás. Yo debo partir hacia el Inframundo para encontrar el cuarzo blanco y desconozco cómo llegar ni cuánto tiempo tardaré en conseguir abrir la puerta única. Por esa razón debo pedirlos que vayáis a avisar a nuestros aliados y os preparéis para la guerra contra el señor del Caos. Es preciso que él muera antes de que se abra *la puerta de puertas* —sentencié.

—¿Y cómo vamos a conseguir que El Señor Oscuro acepte enfrentarse con nosotros si ni siquiera sabemos dónde encontrarlo? —me preguntó Vulcano.

—Ángelus sabe cómo llamarlo y no te preocupes... ¡Acudirá a su cita! —declaré con total convencimiento.

Esta vez no hubo quejas. Mis compañeros eran conscientes de que no podían acompañarme allá adónde tenía que ir y lo mucho que nos jugábamos, pero esa circunstancia no menguaba la tristeza que sentíamos al tener que

despedirnos en un momento tan crucial como lo demostraban los apagados rostros de mis amigos; todos excepto el de Sherezade, quien me iluminaba con su mirada.

—Me hiciste una promesa y sé que la cumplirás, así que sigue tu destino y regresa lo antes posible a nuestro lado —dijo antes de darme un tierno beso en los labios.

Mis amigos me rodearon y nos dimos un abrazo conjunto con el que se regeneró mi fuerza interior. Luego conecté con las gemas mágicas y, al poner mis sentidos en ellas, se abrieron dos puertas dimensionales.

—Esa puerta os llevará a cada uno de los cuatro reinos —advertí señalando hacia uno de los portales—. El primero en pasar será Vulcano, que irá al reino del Sur. Marcel y Aurora serán los siguientes en pasar y la puerta los llevará al reino de Poniente. Ángelus y Alexa, vosotros acompañareis a Sherezade al reino de Oriente. Por último, vosotras dos —dije mirando a Tian Shui y a Lizbeth— acudiréis al reino del Norte.

—¿Y adónde conduce esa otra puerta? —me preguntó Tian Shui.

—A la pirámide de Keops. Allí espero encontrar la forma de entrar en el Inframundo.

Me despedí, uno a uno, de mis amigos y, cuando llegó el turno de Sherezade, le acaricié tiernamente las mejillas y le susurré:

—Nuestras almas ya están conectadas para siempre. Si en algún momento presientes que algo anda mal, sigue los designios de tu corazón.

—Pero...

La acallé con un beso y, tras separarme de su lado, atravesé el portal dimensional.

*

La oscuridad vino a recibirme al otro lado del umbral. Encendí una de las antorchas que habíamos dejado en el suelo y me dirigí hacia la galería que subía a la cámara del rey; algo me decía que debía buscar allí.

Después del pronunciado ascenso, entré en la estancia y busqué en el sarcófago alguna pista que pudiera orientarme, pero no hallé nada. Entonces conecté con las gemas mágicas, pero tampoco ocurrió nada. Desconcertado, me senté en el suelo y encendí mi pipa con el poco tabaco que quedaba en el pozuelo. «¿Qué estará pasando?», me pregunté mientras le daba una calada.

—¡Estás haciéndote la pregunta equivocada! —resonó una voz en la

cámara del rey.

Era la voz de Tian Shui y su presencia me pilló tan de sopetón que me levanté de un salto del suelo.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté con un nudo en el estómago.

La sacerdotisa sonrió y fijó sus ojos azules en los míos antes de contestar.

—Creí que necesitarías un poco de ayuda para entrar en el Inframundo —dijo con una cordialidad que me sobrecogió—. Pero ¿a qué viene esa cara, Hugo? Somos una familia y, como tal, nos debemos ayudar. ¿No es ese el lema de este grupo?

—Tendrías que estar en el reino del Norte... ¿Dónde está Lizbeth? —le pregunté sin poder templar la voz.

—¡Oh, no tienes por qué preocuparte! Está bien, la dejé pasar primero y luego decidí no acompañarla. Pero no nos desviemos del tema —añadió mientras se me iba acercando—. ¿Todavía no sabes por qué no puedes abrir las puertas del Inframundo con las gemas mágicas?

Me guardé la pipa en el bolsillo del pantalón y empuñé a Labrys.

—¿Quién eres? —murmuré sintiendo cómo se me erizaba todo el vello de mi piel.

Aquella pregunta le arrancó una carcajada que me heló la sangre.

—¡Por fin empiezas a ver! Pero ¿aún no sabes quién soy? —me soltó, poniéndose completamente seria—. Te creía más sagaz, Hugo. ¡Vamos, piensa un poco! Quiero que te diviertas tanto como me estoy divirtiendo yo. —Mi mente se negaba a aceptar la respuesta que le dictaba mi corazón—. Vaya, vaya, vaya... Pero ¡si el rey de los acertijos se ha quedado mudo! —se mofó—. De veras, ¿tanto te aterra pronunciar mi nombre?

—¿Cómo has podido mantener tanto tiempo el secreto, Señor Oscuro?

—¡Por fin! —exclamó dando unas sonoras palmadas—. No te esperabas que un ser tan deleznable como yo tuviera una idea, como te lo diría... tan ingeniosa como las que tienes tú, ¿verdad? ¿A que ha sido un interpretación genial? Y pensar que el plan casi me hizo vomitar cuando se me ocurrió —dijo con una fingida risita—. Hacerme pasar por una asquerosa maga de la Luz, debo reconocerlo, ha sido la experiencia más odiosa de mi vida. Tuve que emplear mucho poder para transformar mi cuerpo en lo que ves, aunque fue aún peor tener que reírle las gracias a unos seres a los que aborrezco y traicionar a los fieles servidores a los que envíe a morir... —añadió torciendo el gesto—. Pero ¡ya ves! Al final ha valido la pena.

—¿Y por qué no acabaste con nosotros en el templo de Anuket?

—¿Y perderme la diversión? —se mofó—. El miedo te impide pensar, Hugo. Sabía que sería incapaz de hallar *la puerta de puertas* ni teniendo todas las gemas, así que ideé la estrategia perfecta que me permitiera ganar la partida de ajedrez. Sacrifiqué fichas, eso sí, pero ya sabes: ¡si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él! —se carcajeó—. Y aquí estamos, mi querido Hugo, ejecutando los últimos movimientos sobre el tablero antes de que acontezca el inevitable jaque mate. ¿Estás preparado para contemplar mi último y magistral movimiento? —señaló con una mordaz sonrisa.

No podía creer que el destino tuviera escrito ese triste final para mí.

—¿Qué le hiciste a la verdadera Tian Shui? —le pregunté intentando ganar tiempo.

—Era dura de pelar, ¡la pequeñaja! Tuve que emplearme a fondo para arrebatarme el diamante boreal, pero me lo pasé muy bien quitándole poco a poco la vida mientras me divertía sonsacándole todos sus secretos para poder interpretar convincentemente mi papel —dijo arrastrando las palabras—. Por cierto, ¿te he dicho que tu padre contempló toda la escena y que le conté lo que haría contigo antes de morir?

—Acabemos de una vez esta maldita partida. ¡Tú ganas! —murmuré, cansado de tanta pantomima—. Pero quiero que lo hagas mirándome a la cara y sin disfraces, como el despreciable ser que eres.

—¿Tan rápido? —alegó con gesto contrariado—. ¿No quieres saber por qué se te han cerrado las puertas del Inframundo? —Escupirle en la cara fue mi respuesta—. Te creía más inteligente, mi querido Hugo —dijo mientras se limpiaba la cara con un pañuelo—. Tú eres el cuarzo blanco, la última pieza del rompecabezas, pero, para extraerlo, debes morir —añadió con una sórdida sonrisa—... y yo te ayudaré.

Aquella revelación se me clavó en el alma como un aguijón de espinos.

—¡Mientes! —le espeté.

—Sabes que digo la verdad —dijo, con voz sibilina—. Gabriel inoculó el cuarzo blanco en tu corazón cuando te rescató de tu cárcel pétreo, por esa razón no pudiste recuperar tu anterior apariencia. ¡Lástima que ni él mismo lo supiera! —advirtió divertido—. Lo que me sorprende es que no lo presintieras tú. ¿De dónde crees que proviene esa poderosa fuerza o tu gran intuición? ¿Por qué crees que fuiste el escogido para ser el portador de las gemas?

Tuve que tragarme el orgullo y admitir que él tenía razón.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que nos contaste tu conversación con Anubis, aunque siempre lo intuí. Ahora ha llegado el momento de derrocar al rey y, como bien dices, debo hacerlo a cara descubierta.

La menuda figura de Tian Shui se quedó envuelta en una nube negra y al instante apareció El Señor Oscuro. No pude evitar estremecerme al ver en lo que se había convertido aquel abominable ser. Lo único que me hacía recordar al que vimos en la dimensión del Fuego eran sus ambarinos ojos, pues el resto apenas era un vestigio de lo que fue. Sus cabellos se habían tornado negros y parecían tener vida propia. Su cuerpo lucía más musculado, hasta parecía haber aumentado de tamaño, y en la mano llevaba un bastón de alabastro, la fuente de su poder.

—Ya sabes el riesgo que corres abriendo *la puerta de puertas*, ¿verdad? —le recordé.

—A diferencia de vosotros, yo no le temo a nadie. Primero acabaré con tus dioses y, si es necesario, también lo haré con el dragón negro y con todos los señores del Caos. En cuanto me haya hecho con el poder supremo, entonces me enfrentaré a la Nada y a Magnum y gobernaré todo —anunció con una demente mirada—. ¿Por qué me miras así? ¿No me crees? —exclamó con una mordaz carcajada—. ¿No te he dicho que cada vez que elimino a un enemigo me quedo con su poder?

Aquella revelación casi me hizo perder la esperanza pero, en ese momento, percibí una cálida luz a mi lado y el miedo desapareció.

—Olvidas que tienes que enfrentarte a tu antítesis y que él será quien pondrá fin a tu miserable existencia —murmuré, riendo entre dientes.

—¡Él morirá como todos los demás! —me escupió contrariado.

—Ya lo veremos... —añadí mientras acumulaba todo mi poder en el filo de Labrys.

—¿¡Estás preparado para morir!?! —voceó alzando el bastón.

En mis pensamientos aparecieron Gabriel y mi padre y, al instante, los sentí muy cerca de mí. Apreté los puños y mi cuerpo fulguró con la luz más pura que me haya invadido jamás.

Miré a El Señor Oscuro, pero sin temor, y empuñé con decisión a Labrys sintiendo cómo se impregnaba del poder de la Luz.

**

Tan solo fue un destello, menor que un leve parpadeo, y de repente vi

cómo se extendía una mancha carmesí por debajo de mi costado izquierdo. Intenté respirar pero me sobrevino el dolor, un dolor que me abrasaba las entrañas y que me anegaba los ojos de lágrimas mientras veía cómo mi brizna de luz se alejaba en la distancia.

Luego exhalé mi último suspiro y me abrazó la oscuridad.

SOBRE EL AUTOR.



Miquel Àngel Lopezosa Criado, reside en Montornès del Vallès, Barcelona. Està casado y tiene dos hijos, Alexa y Gabriel. Actualmente trabaja de profesor de Formación Profesional en el INS La Ferreria, de Montcada i Reixac. Cursó los estudios de Diplomado de enfermería en la Escola Universitària de la Vall d'Hebron (1992/95 - UAB) y el primer ciclo de Odontología, en la Facultat d'Odontologia de Bellvitge (1996/98 - UB). Anteriormente, también estudió hasta el ciclo medio de música (5º curso de acordeón, 5º de solfeo y 4º de piano) en el Conservatori Municipal de Música de Barcelona.

Sus obras hasta la fecha son:

Crónicas de Gabriel. En búsqueda de la verdad. Segunda edición ilustrada. © Octubre de 2017. Publicada en Kindle Direct Publishing.

La puerta, un relato Lovecraftiano. © Octubre de 2017. Publicado en Kindle Direct Publishing.

La decisión, un relato que forma parte de la primera Antología del Círculo de Fantasía, **Dragones de Stygia.** © Enero de 2018. Publicado en Kindle Direct Publishing.

La llamada, un relato que forma parte de la segunda Antología del Círculo de Fantasía, **Dragones de Stygia.** © Agosto de 2018. Publicado en Kindle Direct Publishing.

Más información sobre Crónicas de Gabriel y el autor en:

www.malopezosa.com

Para cerrar el círculo que debe haber entre autor y lector no olvides dejar tu reseña en Amazon. ¡Muchísimas gracias!

Miembro del **CÍRCULO DE FANTASÍA**.



☐ Una pluma de avestruz, que en la mitología egipcia simboliza la verdad, la justicia y la armonía universal y que Anubis pesa en la balanza junto a *ib* (corazón) del difunto antes de que Osiris emita el veredicto divino.

☐ “*Labrys*, brazo de reyes”.

☐ *Sejmet* fue el nombre que le puso Isis a su hijo, el dragón negro, al poseer alma de mujer. Los egipcios adoptaron a *Sejmet* como la diosa de la guerra, y la representaron con cuerpo de mujer y cabeza de leona.

Es una prenda de vestir que llevan los hombres por el desierto, que cubre todo el cuerpo, a modo de túnica, que sirve para proteger del sol y de la arena durante una travesía.

Es un pañuelo que se utiliza para tapar la cabeza y protegerla de las inclemencias del desierto durante una travesía.

Un juramento inquebrantable es aquel que se pronuncia apelando a las fuerzas primigenias de la creación, tanto del Orden como del Caos, y que ninguna de las partes contrayentes puede incumplir bajo pena de morir de forma inmediata. Afecta a todos los seres mágicos, excepto a los dioses.

Kraken: monstruo marino, con apariencia de pulpo gigante, originario de la mitología escandinava.